



Benjamín Vicuña Mackenna

# **La campaña de Lima**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Benjamín Vicuña Mackenna**

# **La campaña de Lima**

Prólogo

Una palabra al lector

El presente volumen es la continuación natural de los tres que le han precedido y forman la historia completa de la tercera guerra de Chile con el Perú Alto y Bajo, conforme a la denominación antigua, lucha porfiada y formidable que lleva de duración cerca de tres años, como las guerras púnicas de la antigüedad, y que ha sido conocida hasta aquí a la luz de un buen criterio con el nombre de Guerra del Pacífico, porque sus numerosos combates, todos gloriosos para Chile, se han librado en las aguas o en el litoral del vasto océano que hoy es nuestro.

El primero de esos volúmenes abraza la época de la preparación de la campaña, desde la ocupación de Antofagasta en febrero de 1879, hasta el memorable combate naval de Iquique, que fue la verdadera iniciación de la guerra activa.

Al movimiento puramente naval de esa primera edad de la primera campaña, se halla también consagrado un volumen aparte y especial pero complementario de esta historia general, con el título de Las Dos Esmeraldas.

El segundo volumen abarca el cuerpo de la guerra misma hasta la terminación de la campaña de Tarapacá en la sangrienta batalla librada dentro de la quebrada de este nombre el 27 de noviembre de 1879.

El tercer volumen, que acaba de salir de las prensas, forma por sí solo la historia de la segunda campaña de las armas de la república desde la marcha del ejército de Ilo, en febrero de 1880, hasta la captura de Arica, hecho de armas gloriosísimo verificado el 7 de junio de ese año.

En consecuencia el libro cuya ejecución hoy acometemos y que será, en su tanto, tan completo como el precedente, está destinado a historiar la tercera campaña de la guerra hasta la ocupación de Lima.

Queda de esta manera cabal en cuatro volúmenes la Historia de la Guerra del Pacífico, que hace dieciocho meses (febrero de 1880) emprendimos.

Naturalmente, la parte más viva, más interesante y más dramática de esos anales militares es la que forma el argumento del presente libro. Ignoramos si habremos de alcanzar la fortuna de colocarnos por el brillo de las formas y el atractivo del escenario a la altura de los grandiosos acontecimientos militares que su ciclo abraza.

Pero no creemos avanzar una pretensión exagerada de jactancia, asegurando al lector chileno o extranjero que, en cuanto el propio esfuerzo lo soporte, como investigación, como estudio y como imparcialidad, no habremos de quedarnos atrás ni en parte torcida del camino que hemos seguido, y cuyo faro y meta es la verdad, augusta luz de la conciencia y en ocasiones del sacrificio.

Posible es que algunos, concibiendo la historia y leyéndola sólo delante de la agitada llama de las generosas o exaltadas pasiones que las batallas engendran en el alma, encuentren pródigas de favor en ciertos pasajes del presente o de los volúmenes ya puestos en crecida circulación, las apreciaciones del enemigo o de sus hechos.

Pero nosotros, como en diversas ocasiones lo hemos dicho y creemos haberlo puesto constantemente en obra en nuestra vida de escritor, que cuenta ya más de treinta años, no escribimos por la pasión, el interés o el bullicio de las generaciones que se agitan en torno nuestro como lumbre efímera que el soplo del tiempo apagará antes de la alborada de la noche, sino para el juicio tranquilo, vasto y lapidario de la posteridad, única y eterna entidad llamada a juzgar con inapelable justicia los hechos de la historia y la vida, espíritu y trabajo de los que, luchando valerosamente con todos los peligros y sinsabores de su propia, fugaz y sufrida existencia, los narran, los enaltecen o los condenan.

Por otra parte, ha sido error evidente y ha ocasionado daños de no pequeña monta el sistema de vanagloria y optimismo absoluto que en nuestro país han acariciado juntos opinión y gobierno, prensa e historiadores, durante la presente guerra, mostrando abultado menosprecio del adversario, porque en ello no ha habido justicia, y mucho menos ventaja, fuera de que así se amenguaba sin motivo la legítima y altísima gloria de nuestras armas, deprimiendo las que con pujante brazo habíamos tronchado.

Doloroso y acaso de grave compromiso es reaccionar contra esa corriente popular liviana, pero, por lo mismo, impetuosa y fascinadora en su caída y en su curso.

Mas, acostumbrados a semejante tarea desde nuestra primera juventud en que escribíamos libros de glorificación y de justicia hacia aquéllos para quienes no éramos deudores sino de sacrificios y de lágrimas, perseveramos deliberadamente en ella, en las puertas de reflexiva pero no egoísta vejez.

Además, fue precisamente esa nuestra primera apreciación y nuestro rumbo de crítica, de patriotismo y de conciencia desde que tomamos la pluma para cooperar con ella a la presente guerra en razón de nuestro humilde esfuerzo, y escribimos en la prensa diaria nuestro primer artículo, cuando aún no se había quemado un solo grano de pólvora, con el título de El Soldado Chileno en presencia del Soldado Boliviano, en febrero de 1879.

Dadas estas ligeras explicaciones sobre el tenor y el alma de esta obra de no corto aliento, nos ponemos al trabajo con la confianza y robustez de ánimo que atrae siempre a todo autor la noticia transmitida por su benévolo e inteligente editor de que sus ediciones se agotan a medida que salen de la prensa, lo cual si no es una recompensa, por lo menos, aún en nuestro país, divorciado por lo común con la lectura de libros nacionales, es un poderoso estímulo en el taller y en la esperanza de reposo y de justicia para más allá de la faena.

B. VICUÑA MACKENNA.

Santiago, octubre 8 de 1881.

## Capítulo I

### El coronel Leiva en Arequipa

El para siempre memorable asalto y captura de la plaza fuerte de Arica, llave marítima y terrestre del Sur Perú y de Bolivia, puso glorioso fin a la segunda campaña de la república el 7 de junio de 1880, como la terrible, desigual e indecisa batalla de Tarapacá cerró su primer período de inexperiencia y heroicas bisoñadas el 27 de noviembre del año precedente. La guerra comenzaba a medirse por años, y las operaciones no por combates sino por campañas.

El ejército vencedor quedó, a consecuencia de las últimas batallas, fraccionado en dos porciones, conforme a sus victorias. Los que habían triunfado en Tacna se mantuvieron en esa ciudad y sus alrededores rehaciéndose. Los que vencieron en Arica vivaquearon, como en el campo de batalla, en las ruinas de su ciudad y de sus fuertes. El general en jefe, promovido por esos días, en recompensa de sus señalados triunfos, al grado de general de división, el más alto de la república, en medio de los aplausos del país y las congratulaciones del ejército, acampó con los últimos acompañado de su jefe de estado mayor el coronel Velásquez.

Pasada allí la bulliciosa y devastadora efervescencia, heces de cáliz de la gloria militar que engendran todas las victorias y especialmente en las plazas tomadas por asalto, y aplacada la ira y la alegría desmandadas del soldado, se consagró con su genial actividad física el general vencedor a las múltiples tareas de su puesto, haciendo enterrar los muertos que eran numerosísimos en el campo enemigo; restañando la sangre de los heridos en improvisados hospitales, porque las ambulancias no llegaron o no las había; despachando al Callao, en

transportes chilenos protegidos por la cruz roja, los enfermos y los sobrevivientes del enemigo, y poniendo en orden todos los servicios, un tanto desbaratados después de dos sangrientas batallas.

La posesión importantísima del puerto de Arica, que el enemigo aliado había artillado hábilmente desde la primera hora de la contienda, facilitaba en gran manera aquel múltiple trabajo de reconstrucción; pero no era éste leve para los que tenían a su cargo su organización y su responsabilidad. Había sido tan crecido el número de los muertos del enemigo, que el coronel Valdivieso, ayudante del general en jefe y nombrado gobernador militar de la plaza el mismo día de su ocupación, hubo de recurrir al arbitrio doloroso pero higiénico de quemar los cadáveres en grandes piras con parafina, gastando en esta horrible operación química algunas docenas de tarros de esa sustancia, que así se transformaba, por la calcina, para el ambiente respirable en pesado aceite humano.

Al mismo tiempo, y para la oportuna y salvadora curación de nuestros heridos, bajaron a tierra, espontáneamente y con generoso espíritu humanitario, los cirujanos de los buques neutrales anclados en la rada y trabajaron con laudable tesón durante cuatro días, con particularidad los de la Hansa, fragata alemana, y los de la Garibaldi, de la marina de guerra de Italia. El gobierno de Chile recompensó tan noble celo con un voto de gracias y una medalla de honor, testimonio de la clemencia y de la caridad universal en medio de las atroces matanzas de la guerra.

Los marinos de Chile, siempre nobles y siempre oportunos, dieron por su parte sepultura a los más bravos y a los más desdichados de sus adversarios, y bajo tosca cruz labrada de madera de la invicta goleta Covadonga, yacieron hasta que llegaron a buscarles sus compatriotas de Lima, Moore, Bolognesi y Zavala.

Preocupaba también en no pequeña parte al general en jefe del ejército de Chile la necesidad de ponerse al tanto de lo que ocurría entre las rotas huestes del enemigo desalojadas de Tacna, y con más particularidad lo que después de aquel desastre habría podido emprender el llamado Segundo Ejército del Sur, que, al mando del coronel don Segundo Leiva, había partido de Arequipa en la medianía de mayo para hostilizar su retaguardia, amagando interponerse entre Sama y la costa, movimiento peligrosísimo para el caso de un no previsto revés.

Y con estos motivos, cumplida su ardua tarea de Arica, el general Baquedano regresó a Tacna con el ejército y su estado mayor en la última semana de junio. El coronel Valdivieso, con unos pocos infantes y artilleros y la mayor parte de la caballería distribuida en el gramadal y en los pastosos valles vecinos, permaneció en Arica.

El cuartel general volvió a quedar instalado en la prefectura de Tacna en los últimos días de junio, y allí y mientras en la capital de Chile ocurría un cambio incomprensible de gabinete, los vencedores aguardaron órdenes.

¿Qué había sido entre tanto del andariego ejército de Leiva?, ¿qué de las reliquias de Montero y de Solar?, ¿qué de Campero y sus mutilados batallones, únicos que habían logrado retirarse en esqueleto?

Esto es lo que, prosiguiendo el hilo natural de los sucesos, vamos a tratar de compendiar en el presente y próximo capítulos, antes de asistir a las emociones, a los aprestos y a las mudanzas que en Lima y en Santiago tuvieron lugar después de las victorias decisivas de Tacna y Arica.

Referimos ya en el volumen precedente de esta historia, como el dictador Piérola, desde que reunió en su mano todos los poderes públicos de su patria en los postreros días de diciembre de 1879, se había preocupado, a impulsos de mezquinos celos y de escondidas zozobras, más que por mira patriótica o estrategia militar, de formar en el sur un segundo ejército de observación, encaminado en realidad a tener en jaque, antes a su aborrecido rival Montero, encerrado a la sazón en Arica, que a los chilenos detenidos todavía en las pampas del Tamarugal.

Echó, en consecuencia, las bases de aquel ejército en varios parajes de la costa y del interior desde Ica a Moquegua el inquieto dictador, acantonando algunas fuerzas en el primero de los pueblos nombrados, al mando del general de brigada y antiguo médico por profesión don Manuel Beingolea, al paso que nombraba prefecto de Arequipa a uno de sus adeptos más fieles, al coronel don Alfonso González Orbegoso, mozo de considerable fortuna y aventajada educación lograda en Europa; mientras que despachaba desde Lima a su adlátere el coronel Gamarra a tomar el mando de la división cuzqueña, que a la última provincia había llegado, al mando del coronel don Francisco Luna en auxilio de Montero.

Tomó el general Beingolea posesión de su puesto en enero de 1880, pero se enfermó (siendo médico), o no quiso marchar largo y fragoso trayecto de 300 leguas hacia Tacna; por cuyo motivo vino de la capital en su reemplazo el anciano y moroso coronel don Segundo Leiva.

Recibía a la vez el mando de la fuerte provincia de Arequipa el coronel Orbegoso a mediados de febrero (el día 13) y Gamarra, agrupando lentamente la división del Cuzco esparcida en los valles de aquel vasto departamento y caseríos, se acercaba a Moquegua, con encargo de defender a sangre y fuego la entrada de Ilo, lo que no ejecutó, por rivalidades lugareñas, haciéndose a la postre batir ignominiosamente en los Ángeles por el general Baquedano el 22 de marzo.

Como el cerebro del dictador de Lima parecía organizado sólo para cosas extrañas y peregrinas, concibió también por estos días un vasto plan de reconquista de la provincia de Tarapacá, en cuyas pampas y calichales los chilenos, malogrando lastimosamente sus victorias, se mantenían inmóviles. Consistía este singularísimo plan de campaña, semejante al que Daza propuso a Montero en la víspera de su caída, en embarcar el segundo ejército en Puno, orillar el lago Titicaca en balsas de totora y vapores de río, y enseguida descender por el Desaguadero hasta el lago Poopó, y de allí por el desierto hasta Huatacondo o la quebrada de Tarapacá. Se hubiera dicho que el místico dictador, antiguo alumno del Seminario de Santo Toribio en Lima, meditaba parodiar a Alejandro en sus conquistas de la Persia o repetir la jornada de Jenofonte en la Armenia y en la Mesopotamia; y en efecto comenzó por confiar el reconocimiento previo de aquella inmensa ruta de riel, de lago, de río, de desierto y de locura, que se dilataba en arco por espacio de más de quinientas leguas

de Arequipa, a su antiguo y juvenil compañero de aventuras el coronel Billinhurst, hijo de un boticario de Iquique. Pero mientras este singular explorador de las recónditas miras militares del nuevo caudillo, cumplía su cometido, conforme a lo que más adelante narraremos, se hacían en Arequipa los aprestos del levantamiento de tropas, si bien faltaban por completo las armas.

El prefecto González Orbegoso había, en efecto, organizado desde su ingreso al mando algunas pequeñas columnas de infantería, traídas de la costa y de los valles, porque el vecindario de Arequipa, valiente y empecinado para defender su egoísmo, se mostraba ahora sórdido de su sangre propia y su tesoro como ofrenda común de la patria. Por esto había hecho desartillar a Mollendo, y conducido sus gruesos cañones a sus propios muros.

Carecía además la ciudad de armamento, de municiones y de vestuario para uniformar aquella escasa tropa, colectada más en sus remotas provincias de la sierra que en su seno propio. Se llamaban estos cuerpos, que todavía existen con su misma denominación de origen, el Dos de Mayo, y el Huancané, compuestos de gente puneña, la Legión peruana, el Apurímac (nombre cuzqueño), cada cual más o menos con 300 plazas, y los batallones Piérola y Cazadores de la Unión, que eran propiamente arequipeños, así como las columnas Mollendo y Grau de la costa y valles vecinos.

Había cooperado a la organización de estas fuerzas, que alcanzaban a unos dos mil hombres escasos el coronel don Mariano Martín López, hombre quisquilloso y amigo de prerrogativas y de trámites, que había comenzado a desempeñar el puesto de jefe de estado mayor del segundo ejército del Sur, bajo el mando superior interino del coronel y prefecto González Orbegoso.

Cuidó el gobierno de Lima con más ahínco de enviar recursos a esas fuerzas, que a las de Montero, y con ese propósito salió secretamente del Callao el transporte Oroya en la noche del 30 de marzo, antes de tenerse allí clara noticia del desastre de los Ángeles. Venía cargado de armas, provisto de vestuario en tela, con poco dinero y algunos soldados, especialmente artilleros, éstos en número de ochenta, a cargo del activo coronel don Isaac Recabarren, paisano pero no amigo del dictador, y que acababa de ser promovido a coronel por su conducta en Pisagua, de cuya plaza era gobernador militar el día del asalto. Venía ahora nombrado subjefe de estado mayor del segundo ejército del Sur.

Echó aquel jefe emprendedor su valiosa carga a tierra en la abierta playa de Camaná el 4 de abril, y requisando brigadas de mulas en todos aquellos valles de arrieros, y especialmente en Huilca, Sigua, Vítor y Tambo, hizo su bulliciosa entrada a Arequipa el 12 de abril con unos cuantos miles de rifles, cañones Krupp, fardos de vestuario y hasta ametralladoras.

Coincidió el feliz y casi atrevido desembarco de Recabarren en los médanos de Chira, junto a Camaná, patria de Piérola y los Gutiérrez, con la noticia que aquel jefe recibiera del desastre de Gamarra en las breñas de los Ángeles; y como hombre arrogante y un tanto desmandado con la disciplina, ordenó al último por telégrafo, una vez, se quedara haciéndose fuerte en las montañas, y enseguida que retrocediera a Arequipa para ir a dar juntos el «grito de la venganza».

No cupo tamaña suerte al vencido de los Ángeles, porque al llegar a Arequipa a retaguardia de sus destrozadas y amotinadas huestes, los arequipeños no quisieron recibirle sino a pedradas y firmaron un acta para fusilarle si le tenían a mano. Se refugió, en consecuencia, con sus tres batallones reducidos a esqueleto el coronel Gamarra en la aldea vecina de Paucaparta, el San Bernardo de Arequipa, y allí, por orden del prefecto Orbegoso, fueron incorporados los restos de su división que no pasaría de 700 plazas, alistándose los Granaderos del Cuzco en el batallón Legión Peruana y el Canchis y el Canas en el Apurimac.

De esta suerte, cuando el subjefe de Estado mayor llegaba a Arequipa a mediados de abril, con oportunísimo refuerzo de municiones, armamento y algún dinero, podía contarse un pie de ejército de 3.188 hombres en la forma que pasamos a expresar, recopilando en un cuadro los numerosos datos que encontramos esparcidos en papeles originales, capturados más tarde en Lima:

Regimiento Dos de Mayo, comandante teniente coronel Manuel Isaac Chamorro 564 plazas.  
Batallón Legión Peruana, comandante coronel Manuel San Román 539 plazas.  
Batallón Apurimac, comandante coronel Juan Francisco Goyzueta 569 plazas.  
Batallón Huancané, comandante coronel Antonio Riveros 500 plazas.  
Batallón Piérola, comandante teniente coronel Ignacio Olazábal 234 plazas.  
Columna Cazadores de la Unión 156 plazas.  
Columna Mollendo 164 plazas.  
Columna Grau 133 plazas.  
Escuadrón volante de ametralladoras, comandante teniente coronel Jesús D. del Valle 145 plazas.  
Artilería, 6 cañones, 2 de a 9 y 4 de retrocarga, con artilleros 184 plazas.  
Total: 3.188 plazas.

Tal era en su composición, apresurada y formada por reclutas, el segundo ejército del sur en la medianía de abril de 1880, cuando los chilenos, mandados ahora en jefe por el general Baquedano, se alistaban para marchar hacia Sama y hacia Tacna.

Conforme a sus instrucciones, recibidas personalmente en Lima, el brioso coronel Recabarren que llevaba en su alma la espina de un dolor supremo y en su frente el reflejo de fuego de Pisagua, se propuso organizar con rapidez dos divisiones volantes compuestas de la flor de las tropas que encontró acantonadas en Arequipa, para lanzarse hacia Moquegua y hostilizar la retaguardia de los chilenos.

Una de esas divisiones sería mandada por el último de los Gutiérrez, el coronel don Marcelino, por apodo el Sobrado, melancólico recuerdo de la pira de Lima, de la que le salvaron sus amigos embarcándole en el Callao dentro de un ataúd, verdadera sobra y misericordia del popular patíbulo. Desde aquel tiempo (julio de 1872) se había retirado a una chacara de la comarca de Arequipa y allí vivía en la más completa oscuridad, sombrío como su memoria, negándose a tomar ningún género de participación en los negocios



públicos de su patria y de su pueblo. Pasaba por un soldado aguerrido y valiente, digno en esto de sus tres hermanos Tomás, Silvestre y Marceliano sacrificados en la hoguera.

La segunda división volante marcharía a las órdenes del coronel don Juan Francisco Goyzueta, hombre flaco, poco probado en la guerra, pero instruido, que fue en un tiempo intendente de Lima. Se denominarían estas divisiones de vanguardia, y se compondrían la 1.<sup>a</sup> de los batallones Legión peruana, cuyo mando asumió el coronel Gutiérrez, y Huancané, una brigada de artillería y el escuadrón volante de ametralladoras, y la segunda de los batallones Dos de Mayo y Apurímac. Conforme a un despacho del prefecto González Orbegoso, estas columnas estarían listas para marchar, bajo el mando en jefe del coronel Recabarren, el 22 de abril, hecho de significado gravísimo para el ejército chileno si se hubiese verificado en tiempo.

Aquella medida habría sido en efecto eficaz y acertadísima en aquella hora, porque esas fuerzas se habrían movido casi paralelamente por Torata sobre Locumba y Moquegua con las del ejército de Chile en sus fatigosas marchas por el desierto. Pero su jefe se encontró, a su decir, en una ciudad yerta y sin patriotismo, de la cual no le fue dable sacar recursos, ni aun hipotecando el corto haber de sus hijos, según lo expuso en nota original que tenemos a la vista, para procurarse un poco de paño del Cuzco destinado a vestir a la ligera su tropa.

Y, en efecto, sea que Arequipa, ciudad de piedra y de puna, mostrara alma reacia a la corriente de la guerra porque no fuera su nodriza, o porque no fuera su negocio ni su vanagloria, como asiento lejano y opulento de la sierra; sea que el jefe de la división volante gastara mucho más garbo y petulancia que lo que la gente estirada de aquel remoto pueblo estuviera dispuesta a tolerar en uno de su propia casta, fue lo cierto que todas las autoridades superiores se involucraron en los más deplorables y vergonzosos disturbios, poniéndose a disputar preeminencias y honores el prefecto González Orbegoso con Recabarren y éste con su jefe inmediato, el coronel don Mariano Martín López, jefe de estado mayor general del 2.<sup>o</sup> ejército del sur.

Resultado de aquella vergonzosa zambra, segunda representación de los disturbios de Moquegua, entre Gamarra, Velarde y los Chocanos, fue que el último de los jefes nombrados destacara una compañía del batallón Legión peruana y rodeara la casa habitación del coronel Recabarren, sita en la calle de Santa Teresa, en los momentos en que el último celebraba una junta de guerra, que era casi una rebelión, y lo prendiera para juzgarlo conforme al ya memorable artículo octavo del Estatuto que castigaba con la muerte todo conato de rebelión. El motivo inminente del disgusto que provocó lo último, fue la renuncia que de su puesto hizo el coronel Gutiérrez, desafecto a Recabarren, por lo cual fue éste preso por su tropa y en su propio cuartel. Hemos ya dicho que el Sobrado mandaba la Legión peruana.

Tenían lugar estos extraños sucesos, diagnóstico inequívoco de la pérdida irremediable de un país, el 19 de abril de 1880, y de ello dan amplio testimonio los diversos documentos originales e inéditos.

En consecuencia de ellos el prefecto González Orbegoso reasumió el mando del ejército el día 20 de abril.

Afortunadamente para la paz de Arequipa, una semana más tarde hacía su aparición en ella, viajando por tierra desde Ica, el anciano y prudente coronel Leiva, nombrado general en jefe del 2.º ejército del sur en reemplazo del general Beingolea. Leiva llegaba a Vítor el día 27 de abril y el 30 tomaba el mando del ejército de Arequipa.

Era el coronel Leiva un antiguo y acreditado capitán del ejército del Perú, sargento mayor en Agua Santa (1842) y coronel en la Palma (1854). Había sido segundo jefe del batallón Callao número 4 bajo la administración Echenique. Soldado aguerrido de los que se llaman en el Perú de la «escuela de Castilla», le ocupó éste en la delicada comisión de apoderarse de Cobija en sus reyertas con Linares, y a la cabeza de dos compañías de su cuerpo, tomó posesión de aquella única puerta de Bolivia, bloqueándola con los bergantines Guise y Gamarra, en 1859.

Retirado más tarde a la vida pasiva de Lima, fue durante muchos años presidente de la comisión de guerra de la Cámara de Diputados, hasta que el receloso presidente Pardo lo redujo a prisión por sospechas de trastorno durante su gobierno.

El coronel Leiva era hombre de respeto, de juicio y de madura edad, propia más para el consejo que para la acción; pero a título de perseguido por su émulo de 1874, Piérola le confió el mando de un ejército bisoño destinado a operar en terreno árido y montuoso.

Desde este punto especial de vista, la elección de aquel jefe, cualesquiera que fueran sus dotes personales, era desacertada, y daría como tal sus frutos, junto con los celos incesantes de sus lugartenientes.

Apremiado en efecto desde la primera hora de su arribo por telegramas sucesivos de Tacna y Arica, comunicados por el dispendioso y por lo mismo lacónico cable inglés de Mollendo, mostró el coronel Leiva al principio alguna decisión, y el 1.º de mayo contestando a Montero le decía estas palabras de esperanza: «Próximamente dos columnas pequeñas por puntos indicados».

Cuatro días antes el prefecto González Orbegoso, más entusiasta, más confiado o más activo, había anticipado esta espléndida noticia que regocijó todos los corazones en Tacna y en Arica: «Arequipa, abril 27 de 1880.- General en jefe (Leiva) llegó a Vítor. Tres mil hombres completamente listos.- González Orbegoso».

Mas, pasaban los días y las semanas, y el segundo ejército no daba señales de vida en la campaña en que el primer ejército del Sur estaba condenado a perderse en fatal aislamiento.

Al fin, cuando era ya demasiado tarde, esto es, el 14 de mayo, se movía con la vanguardia Recabarren, reconciliado ya a la sumisión por el patriotismo, y una semana después (mayo 19) emprendía su pesada marcha el coronel Leiva con el grueso de las fuerzas.

En efecto, la última ciudad había vuelto a ser ocupada el 8 de mayo por los gendarmes del comandante Jiménez, y el 21 de ese mes penetraba Leiva con su bisoña hueste a la vecina población de Torata, posición estratégica.

¡Era ya tarde!, y esto no obstante, la división del Sobrado había quedado a retaguardia con la artillería, emplazado aquél por su tardo jefe para hacer su reunión con el ejército, en la última posición nombrada, el día 26 de mayo.

¡Tardanza fatal para los aliados y su socorro!

Un mes antes (según bien lo pudo) sus maniobras habrían impuesto ruda fatiga y crueles vacilaciones al ejército invasor.

En aquel preciso día se libraba en efecto la batalla de Tacna; y la derrota completa del primer ejército en esa gran jornada debería envolver como en un alud de terror al que venía en su socorro.

De cómo aconteció esto daremos razón en el próximo capítulo.

## Capítulo II

### La retirada de los aliados

Marcando el lento itinerario del coronel Leiva en su tardía jornada de Arequipa a Locumba, decíamos en el capítulo precedente que este jefe había ocupado a Torata el 21 de mayo, quedando así a la espalda de los chilenos que a esas horas se alistaban para emprender el reconocimiento preliminar de la batalla definitiva. Tuvo esto lugar el día 22.

Con reposo inverosímil, a menos que obedeciera a un plan secreto fraguado desde Lima, permaneció el coronel Leiva, cuando los momentos eran meses, una semana entera enclavado en las alturas de Torata, aguardando la división Gutiérrez emplazada para el día 26.

En el intervalo se había limitado el comandante general del segundo ejército del Sur a enviar por caminos extraviados al cuartel general de Tacna un emisario de confianza solicitando órdenes.

Le había impartido ya éstas tímidamente Montero en una carta privada, y el prefecto Solar en una comunicación oficial haciéndole presente, con fecha 22 de mayo, que en junta de generales se había acordado hiciera su inmediato avance en dirección a Locumba y Sama «para cortar la retirada a los chilenos -así decía textualmente aquel despacho- hacia Ite».

No fue diversa la respuesta del generalísimo Campero llevada a Torata el día 26, y por su interés militar e histórico la copiamos enseguida tal cual fue hallada en los archivos de Lima y dice así:

«ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO UNIDO

Cuartel general en el campamento de la Alianza.

24 de mayo de 1880.

Señor:

Contestando el oficio de U. S. de fecha 21 de los corrientes, en que da parte a S. E. el supremo director de la guerra, de su arribo a esa ciudad con el segundo ejército del sur, encomendado a sus órdenes, me apresuro a felicitarle a nombre de S. E. y del mío por su oportuno arribo a tan importante punto de operaciones.

En consecuencia, S. E. me encarga transmitirle las instrucciones siguientes:

1.<sup>a</sup>: Como el día 22 del presente el enemigo ha practicado un reconocimiento sobre nuestra línea, según se impondrá U. S. por el adjunto parte que elevé a S. E., es probable que se prepare a verificar un inmediato ataque general con todas sus fuerzas, situadas en el valle de Sama: en tal caso, procurará U. S. aproximarse con las de su mando a la quebrada de Locumba, para inquietar la retaguardia del enemigo, desplegando sus guerrilleros, conforme a los avisos que tenga U. S. acerca de los movimientos del enemigo.

2.<sup>a</sup>: En el caso de que el enemigo acometiese al ejército de U. S. con fuerzas superiores, podrá emprender su retirada hacia Candarave, de donde le sería fácil tomar las posiciones de Tarata.

3.<sup>a</sup>: Por lo demás que pudiera ocurrir, el conductor, que es de toda la confianza de U. S., le comunicará las instrucciones y conocimientos verbales que se le han dado, para el mejor acuerdo de las operaciones que U. S. debe emprender.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme a U. S. muy atento y obsecuente, seguro servidor.

J. J. Pérez.

A S. S. el coronel comandante en jefe del 2.<sup>o</sup> ejército del sur».

En cumplimiento de estas instrucciones, en el fondo vagas y hasta tímidas, y reunido al fin en Torata todo el ejército de Arequipa, que en sus despachos oficiales el coronel Leiva disminuye a 2.300 hombres, descendió al fin el último con tardo paso, cuando era preciso

volar, sobre Moquegua el 28 de mayo, esto es, dos días después que el ejército que venía desde hacía tres meses y desde Ica y Lima a socorrer, había sido aniquilado. La fuerte división del Sobrado había llegado al punto de la cita el día 26 de mayo, día de la fatal batalla, y en vez de lanzarlo a la llanura, el jefe superior le detuvo a su lado «descansando...» Era a la verdad tan estudiada (o acaso de suyo forzosa) la lentitud de la marcha del segundo ejército, que el 29 de mayo se adelantó Leiva apenas hasta la Rinconada y sólo el 30 llegó, caminando de noche, a la empinada cuesta del Bronce, rumbo de Locumba. El coronel Leiva había hecho con ágiles indios de la sierra en cuatro días aquella jornada que los sufridos y sólidos chilenos ejecutaron antes en dos.

Iban, entre tanto, corridos cinco días desde que el ejército de Chile había ocupado a Tacna, y es tal la soledad de aquellos parajes que nadie trajo a la columna arequipeña la fatal noticia, ni siquiera su vago rumor. En los desiertos del Perú ni los pájaros se hacen mensajeros.

Marchaba en consecuencia el coronel Leiva a segura perdición, cuando por la vía de Mollendo, Arequipa y Moquegua le alcanzó a las 11 de la mañana del día 30 el terrible anuncio transmitido por Bolognesi desde Arica: «¡Esfuerzo inútil! -le decía el gobernador del último reducto peruano en el sur-. Tacna ocupado por el enemigo».

El telegrama iba dirigido al prefecto de Arequipa y en él agregaba su autor, manteniendo su pecho entero, que la situación aunque desesperada podía aún salvarse si Leiva amagaba a Baquedano en Tacna desde Sama o lograba penetrar a Arica por la costa... «¡Esfuerzo inútil!»

Recibió el anciano lugarteniente de Piérola aquella cruel nueva con ánimo enflaquecido por los sobresaltos en el páramo del Bronce, sitio adecuado para resoluciones de alto temple. Pero lejos de oír el clamor de los que le llamaban desde la llanura con la voz de la angustia, torció bridas, como García y García en Angamos, y metiéndose en la región montañosa de Candarave, caminó toda la noche del 30 por las breñas y el 31 de mayo llegó a la aldea de Sinti a las 3 de la tarde con su cansada tropa.

Inmediatamente, sin apearse del caballo, y no para consultar la enérgica súplica del gobernador de Arica entregado a desesperante destino, sino para elegir mejor el sendero de la fuga, envió el coronel Leiva a Campero el siguiente despacho por acelerado expreso, una vez llegado a Sinti en la tarde del 31.

«COMANDANCIA EN JEFE DEL 2.º EJÉRCITO DEL SUR

Sinti, mayo 31 de 1880.

Excelentísimo señor general director supremo de la guerra don Narciso Campero.

Excelentísimo señor:

Hoy en la mañana he tenido conocimiento del desastre ocurrido al ejército aliado. De todos modos marchó con las fuerzas de mi mando sobre Ilabaya; pero desearía que me

comunique V. E. su pensamiento, a fin de saber si debemos reunirnos, a donde debe tener lugar la reunión, y en fin, obrar de acuerdo, como conviene a los intereses de las dos repúblicas.

Dios guarde a V. E., excelentísimo señor.

Segundo Leiva».

La respuesta de esta misiva tardaría largos días en llegar porque no era ni con mucho tan aventajada la condición de los restos del ejército aliado que escapaban desde Tacna, los bolivianos hacia La Paz con Campero, ascendiendo en el corazón del invierno el frígido Tacora, los peruanos marchando en completo desgüeño con Montero y con Solar hacia Tarata y hacia Puno.

Desde el primer momento, la retirada se había convertido en fuga, y la fuga en rebelión y en salteo a mano armada.

Cuando la consulta del coronel Leiva datada desde Sinti llegó a manos del generalísimo Campero, sólo el 2 de junio, se hallaba este en Calacoto haciendo esfuerzos varoniles por mantener la moralidad de su tropa desmandada. El valiente comandante Pando, u otro oficial de su mismo mérito y arma, había logrado salvar dos cañones Krupp, y con este respeto y el prestigio de los jefes en una nación militar había logrado el veterano general en jefe hacer seguir en mediano orden unos cuantos centenares de soldados, mientras los desbandados, mucho más numerosos, iban a la vanguardia ejecutando atroces depredaciones que recordaban el bárbaro saqueo de todos los pueblos de las quebradas de Tarapacá después de San Francisco.

En realidad el general Campero había dimitido de hecho el mando del ejército aliado al descender de la colina de la derrota, y en consecuencia contestó la consulta del comandante en jefe del ejército del sur, en los términos siguientes que eran en realidad una abdicación y una evasiva:

«REPÚBLICA DE BOLIVIA.

EL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO EN MARCHA.

Calacoto, junio 2 de 1880.

Señor:

Habiéndome visto obligado, después del desastre del 26, a retirarme del campo de batalla con los restos del ejército boliviano y dirigirme a Bolivia, deben cesar y cesan de hecho mis funciones de director de la guerra en el sur del Perú; debe, pues, en consecuencia V. S. obrar en conformidad con las instrucciones que tenga del gobierno de Lima.

En mi concepto, el enemigo, aprovechando el triunfo obtenido el 26, se propondrá como inmediato objetivo la toma de Lima o Arequipa; en esta segunda hipótesis, debe V. S. tomar todas las medidas que crea convenientes a efecto de defender aquella ciudad.

Con este propósito, todo mi conato se dirigirá a organizar algunos cuerpos para enviárselos a V. S. como refuerzo.

Con este motivo me es grato repetir a V. S. las consideraciones de estimación y aprecio, con que me suscribo su atento seguro servidor.

Narciso Campero».

Al señor coronel don Segundo Leiva, comandante en jefe del segundo ejército del sur del Perú».

Desde ese momento, y habiendo recibido el general Campero en Yarapalca, lugarejo del Tacora, la noticia, grata sin duda a su alma de patriota, de haber sido reelecto presidente de la República por la Convención convocada a aquel efecto, continuó su penosísima marcha en medio de la soldadesca desmandada «con riesgos aún mayores -dice él mismo- que los del campo de batalla».

Al fin, después de diez días de continua marcha por caminos fragosos y sin recursos de vitualla, llegó el general presidente a Corocoro el 6 de junio, y dejando allí una fuerza competente para reunir dispersos, continuó dos o tres días más tarde su marcha a Viacha, entrando a La Paz el día 10.

Horribles fueron muchos de los cuadros de aquella retirada en la que logró empero salvarse hasta la cuarta parte del ejército de Bolivia.

Estrella más opaca alumbró todavía el áspero sendero de los derrotados que a las órdenes de Montero, pero sin obedecerle, tomaron por la frígida sierra de Tarata el camino de Puno.

Se acordó esta última resolución por mayoría de votos en una junta de guerra celebrada en aquel pueblo el 30 de mayo; y aunque hubo alguna variedad de pareceres entre los jefes, prevaleció el del prefecto Solar, que parecía dominar con su energía las vacilaciones de sus compañeros de derrota. Cáceres y Pando estuvieron por aguardar en Tarata los acontecimientos, Dávila y Godínez por buscar su reunión con Leiva por la vía de Moquegua, y Albarracín por quedarse con su cansada caballería destacado en aquel paraje de vanguardia. Pero el mayor número de los votos siguió al del prefecto, y hubo en esta junta de notable que habiéndola presidido y firmado su acta el primero de todos, Montero no emitió en ella opinión alguna.

Ese mismo día o al siguiente se pusieron en consecuencia en marcha los infelices dispersos hacia Puno por la helada cordillera y en tristísimo talante.

Iban revueltos unos cuantos centenares de soldados, tal vez trescientos, con igual número de oficiales; pero los motines, en demanda de la dispersión, hábito incorregible del montaraz soldado peruano después de los desastres, se sucedían casi en cada jornada. Un sargento llamado Inocencio Pineda dio el grito de la desobediencia armada en Tarata, y fue en el acto pasado por las armas. Pero sin tomar escarmiento, ocurrieron sucesivamente dos conatos de insurrección en Tala. Fue sofocado el primero, huyendo los perpetradores, y en el segundo sufrió en el banquillo la pena de los traidores a la patria, conforme al famoso artículo octavo de Piérola, el sargento 1.º Juan Veintimilla. El prefecto Solar, que envió a Lima estas lúgubres noticias, acompañándolas de cartas íntimas que mostraban la indignación del patriotismo contra la apatía de los pueblos del tránsito, mostró indisputable vigor en esta marcha, secundado por el prefecto ad honórem de Tarapacá don Luis Felipe Rosas, hombre notoriamente activo y animoso. En ese mismo tránsito se hizo enconadizo el procónsul de Tacna con el coronel Belaúnde, aquel cobarde que venía fugitivo de Arica, abandonando su cuerpo, su bandera y su honor en la víspera de la prueba; y éste, menos afortunado que los sargentos cabeza de motín, se escapó de recibir el plomo del artículo octavo del estatuto, pero no de su estigma y el de la historia.

Dando largo rodeo llegaron al fin los escasos restos del ejército de Tacna a Arequipa, y mientras Montero pasaba, caído y desprestigiado a dar cuenta de su conducta a Lima, el favorito Solar hacía simplemente una visita de cortesía al palacio y a su hogar para regresar a hacerse cargo del mando del departamento de Arequipa que todavía conserva.

En cuanto al coronel Leiva, no recibiendo respuesta ni del eco de las montañas que fatigaba con sus marchas, continuó su retirada por las gargantas de Candarave el día 1.º de junio, el 2 llegaba a Mirave y el 8 se encontraba en Torata, preparándose para dar la vuelta a Arequipa, después de haber ejecutado, como Santa Cruz en Zepita, una pequeña «campana del talón».

Recibió allí, sin embargo, en la tarde del día 8 el azorado jefe una orden singular y casi melodramática transmitida en clave desde Lima y desde Arequipa por el dictador Piérola, y fue la de dirigirse a salvar a Arica, que ya en la víspera había caído en poder de los chilenos. La fatídica palabra -«¡tarde!»- parecía haber sido inventada para el desgraciado coronel Leiva.

En consecuencia, a mediados de junio se hallaba con su división de regreso en Arequipa, y cuando se preparaba para reorganizar un ejército de ocho mil o más hombres con recursos de todo género solicitados a Lima, (porque Arequipa, yerta todavía, nada daba ni nada ofrecía) le llegó su sucesor en la persona del coronel de caballería don José Latorre, desairado por Montero en Tacna, y enaltecido por lo mismo en el palacio de Lima, donde respiraba a esas horas a sus anchas y ya sin rivales armados el dictador Piérola.

Llegado es, por consiguiente, el momento de ocurrir a presenciar los sucesos y los aprestos que después de la derrota se desarrollaban en la capital del Perú a cuyos sucesos todos los



espectadores de la gran contienda comenzaban a volver la vista como para presenciar la escena final y terrible del largo y sangriento drama.

### Capítulo III

#### Piérola y sus secuaces en el poder

Llevados por el primordial propósito de conservar a la historia su indispensable unidad, y juntamente por el de repartir con acierto los diversos agrupamientos de los sucesos tan variados como múltiples de una guerra sostenida entre tres repúblicas por mar y tierra, hemos debido aplazar en el volumen precedente de esta narración todo lo que se refería a la política interna y a la organización civil de los dos países más directa y más vivamente interesados en la contienda, a fin de dar cuenta cabal y minuciosa de sus operaciones militares.

Sin embargo, en el capítulo V del volumen que forma el tercero de esta serie, y bajo el título de Piérola Dictador, dimos razón de como este tenaz cuanto osado caudillo se había dirigido desde Chile a su patria al comenzar la guerra (abril de 1879) fingiendo miras y aspiraciones de paz y de confraternidad en un manifiesto público poco recordado; y enseguida como había maquinado en Lima durante ocho meses (de abril a diciembre de 1879) para asaltar el poder, aparentando lealtad de patriota, y como, el día 21 del último de aquellos meses, se había lanzado a la plaza pública con su batallón de secuaces personales y el de algunos correligionarios de última hora, proclamándose «salvador», «regenerador», y, por último, dictador, asumiendo jactanciosamente pero no sin copiar anticuadas parodias de la revolución, con el título oficial de «Jefe Supremo del Perú».

En ese lugar oportuno referimos también como el taimado pretendiente y conspirador de diez años consecutivos se había adueñado del poder por la revuelta y aceptado -así decía su impávido decreto- el título de «Jefe Supremo» que, con «facultades omnímodas», le confirieron «espontáneamente» los pueblos de Lima y el Callao, ratificando inmediatamente esta investidura el día 23 de diciembre el ejército del sur, mandado por el contralmirante Montero y todas las secciones del país puestas al habla con la capital por el telégrafo.

Y a la verdad, es cosa en extremo característica de la índole extraña y peculiar del hombre que desde entonces a regido los destinos de su infeliz patria, acercándose más en su mente y en sus actos al tumultuario Masaniello que al ilustre Juárez, su rebuscado modelo, el hecho de que su primer acto público, la primera emanación de su pensamiento y vanagloria de dictador fuera que, en el instante mismo de decretarse a sí propio la omnipotencia a

manera de la púrpura antigua, la depusiera a los pies del pontífice de Roma, anunciándole además oficialmente, como al augusto pastor de la cristiandad y juez árbitro de la paz de los pueblos en sus inhumanas querellas, que su principal intento, después de su sumisión a la tiara, por nadie solicitada, era el de «preparar el triunfo de sus armas contra Chile».

Este documento inicial, poco estudiado en su espíritu y que anuncia desde la primera hora al Apu-camachicuk o «Protector de la raza indígena» del Perú, estaba concebido en los términos siguientes:

«NICOLÁS DE PIÉROLA, JEFE SUPREMO DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ.

Beatísimo padre:

Un voto espontáneo del Perú emitido de consuno y unánimemente por el pueblo y el ejército de mar y tierra, acaba de investirme del mando supremo de la República, con facultades omnímodas, las cuales, conforme a las inspiraciones nacionales, manifestadas perseverantemente de tiempo atrás, y a los deseos más ardientes de mi corazón, serán empleadas en la regeneración de las instituciones políticas, que la demanda con urgencia, esforzándome ante todo en preparar el triunfo de nuestras armas en la guerra en que nos hallamos empeñados con Chile.

Al comunicar a S. S. mi advenimiento al poder supremo de esta república, tan cara al paternal corazón de S. S., experimento la más íntima complacencia en ratificar solemnemente los sentimientos de fe inquebrantable y de amor filial con que beso las augustas manos de S. S., pidiéndole su apostólica bendición.

Dada en el palacio de Lima, a los veintitrés días del mes de diciembre del año de gracia de mil ochocientos setenta y nueve.

(Un sello).

Nicolás de Piérola.

El secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores y culto,

P. José Calderón».

Cumplido este voto de su conciencia y satisfecha su vanidad de pontífice peruano, el regenerador de su pueblo se preocupó de hacer su entrada triunfal a Lima, el día 24 de diciembre, víspera de Navidad, montado en caballo blanco como Tomaso Aniello, el caudillo pescador de Nápoles, escoltado por inmenso y regocijado gentío, la cauda del Dios Éxito, mientras todas las campanas echadas a vuelo, como a la entrada de los virreyes, atronaban la ciudad.

Hecho todo esto, el día 24 de diciembre, el dictador se ocupó de organizar en esa misma fecha su gobierno dictatorial; pero, arrastrado por su idea dominante y peregrina de cambiar los nombres a todas las cosas, a título de «regenerador del Perú», aunque sin alterar su sustancia, no nombró ministros sino que creó de una plumada siete secretarías que serían servidas por sus adeptos personales más ardientes, cómplices muchos de ellos en antiguas revueltas. El regenerador reagrababa así una de las llagas más antiguas y corrosivas de su suelo, el «personalismo», en lugar de depurarla. Juzgaba que con llamar «secretarios» a los funcionarios que en todos los países del mundo se llaman «ministros», la «regeneración» quedaba de hecho consumada.

Las secretarías de la dictadura eran siete, número místico y hasta simbólico, y llevaban las denominaciones siguientes:

De relaciones exteriores y culto.

De guerra.

De marina.

De gobierno y policía.

De justicia e instrucción.

De hacienda.

De fomento, que comprendía los ramos de obras públicas, industria, comercio y beneficencia.

Designó el dictador para el primero de aquellos puestos al doctor don Pedro José Calderón, hombre de notorio talento natural, hijo de Lima, que había sido su discípulo en el Seminario de Santo Toribio y hacía poco saliera del cuartel de San Francisco de Paula, en cuyos muros su impetuoso partidismo le hizo sufrir largos meses, acusado de secundar en la capital las conjuraciones que el primero enhebraba en todo el territorio desde Chile y desde Europa. Criollo de casta, vehemente, apasionado, grosero en sus hábitos, trabajado su organismo por el deleite, sin escrúpulos morales, místico en las formas, herencia del aula de Santo Toribio, como en Piérola, por lo cual elegía la cartera del culto; pero capaz, una vez colocado tras el altar, de acometer aún las acciones más puestas en riesgo de comprometer el honor, la moral y hasta el simple tacto social, propio de los hombres cultivados, se hallaba el secretario Calderón dotado sin embargo, de indisputable energía y de una resolución a toda prueba para llevar adelante lo que concebía o apadrinaba.

Muy joven todavía, fue el único peruano que se atrevió a poner su firma en el vergonzoso pacto de las Chinchas, ajustado el 7 de enero de 1865 entre Vivanco y Pinzón, y a proclamar aquella mengua internacional como ley de su patria en su calidad de ministro de Relaciones Exteriores del presidente Pezet. Vuelto a la gracia y al favor de los dispensadores de la fortuna (siendo hombre pobre y de origen oscuro) el presidente Balta le envió de plenipotenciario a Alemania; y de allí le retiró la enemiga y el buen sentido práctico del presidente Pardo.

Por lo demás, aunque su inteligencia era clara y en ocasiones chispeante, su invencible pereza natural, su falta de estudios adecuados, la rudeza impertinente de sus modales y hasta la inconveniencia de sus formas de lenguaje en sus notas oficiales, no menos que en sus comunicaciones privadas, no alcanzarían a revestir sus esfuerzos en favor de la

dictadura y de la guerra, del brillo que las exterioridades humanas prestan siempre al poder. Llevando en sus entrañas no poca porción de la sangre Áfricana tan copiosamente esparcida durante los siglos del coloniaje en aquella abigarrada capital, el doctor Calderón, era un elemento explosivo y hasta peligroso de la dictadura, y en breve habría de comenzar ésta a experimentar los efectos de su irreprimible y burda fogosidad. En esta parte la índole sagaz y el aparato cortesano y correcto en cuanto a las apariencias de su antiguo discípulo de claustro y ahora señor, le aventajaba largo trecho para dominar, y hacerse perdonar el dominio y hasta la omnipotencia. El ministro Calderón pretendía remontarse a la alta cima desde la cual imperó Monteagudo en Lima, pero apenas, como hombre de seso, de actividad y de éxito si logró sobrepujar a Tramarria, el revoltoso mulato agitador de castas de la época de Riva-Agüero y de Bolívar.

El punto de confluencia de aquellos dos hombres era, sin embargo, junto con la ambición que no se cansa, el misticismo que no desfallece. Su estadio común continuaba siendo el Seminario de Santo Toribio y su pilar el obispo Huerta, maestro y protector de ambos. Por mera coincidencia de religiosa correlación, el ministro del Culto vivía en la calle de los Púlpitos, tras el Mercado de Lima.

Confió el dictador la cartera de guerra a uno de sus más fieles compañeros de aventuras, el coronel don Miguel Iglesias, rico hacendado de Cajamarca, donde secundara los conatos de rebelión del pretendiente en 1874. Era Éste un hombre de moralidad probada, de robusto corazón, como lo confirmaría un año más tarde en la cima del Morro Solar, y de sano patriotismo, justificado por los primeros actos de su vida pública. El coronel Iglesias había figurado, junto con los coroneles Prado y Balta, entre los primeros patriotas de 1865, desenvainando en sus nativas montañas la espada del honor de la patria mancillada, contra ese mismo ministro Calderón que ahora iba a ser su colega, a título del común partidarismo. Ciudadano honrado, laborioso, pacífico, mediocre en todo lo que no fuera prendas del alma, podía decirse del secretario de la guerra que no poseía ninguno de los defectos ni ninguna de las calidades de su principal compañero de labores. El coronel Iglesias tenía tanto corazón como el doctor Calderón tenía voluntad y tenía pasiones.

Y era entre estos dos hombres, colocados como las extremidades de un eje real, donde existía el punto céntrico y motriz sobre el cual giraría la dictadura, porque todos los demás secretarios hasta el número de cinco no pasaban de simples mediocridades allegadizas de antiguo o de reciente al dictador y a su triunfo.

El secretario de marina y capitán de navío don Manuel Villar era, en efecto, considerado, aun en su carrera y por los de su clase, como un infeliz anciano, de pobre cuna y de más pobre heredad e inteligencia. Había perdido por accidente un ojo en su mocedad, pero aun poseyendo cabal el uso de ambos no habría visto más allá de la borda de su nave ni de la mampara de su despacho. Marino de la escuela de Mariátegui y de Salcedo, discípulos de Guisse, en su juventud pasó por valiente, y más tarde mereció el casual honor de mandar en jefe el cañoneo de Abtao contra los españoles, por la ausencia del comandante general de la escuadra aliada, don Juan Williams, que ese día se hallaba con la Esmeralda en Ancud.

Pero fuera de esta ligera aureola, vivía el viejo marino en su país, y especialmente en la ciudad de Arica donde residía de ordinario con su familia, en la más profunda oscuridad; y

era esto a tal punto, que cuando los marinos surtos en la rada del Callao tuvieron conocimiento de su designación, se reunieron en el Rimac acaudillados por el prestigioso capitán Villavicencio, protestaron contra ella y, aun acercándose a la rebelión de hecho y personal, que entre los peruanos es tan fácil de estallar como la pólvora, manifestaron que aunque dispuestos a aceptar el cambio de gobierno, no lo estaban a reconocer la autoridad directa de aquel jefe.

El despacho del interior fue confiado a don Nemesio Orbegoso, ausente a la sazón en sus haciendas de Trujillo, de cuyo departamento había sido prefecto así como alcalde de Lima. Hombre tranquilo y al parecer honorable, hijo del general de su mismo apellido y presidente del Perú, conservaba, junto con el prestigio de su popularidad, que había sido en Lima tan grande como la de Riva-Agüero y Tramarria, el de su fortuna. Le constituía ésta en patricio y casi en caudillo en Trujillo, como lo era el coronel Iglesias en Cajamarca.

Para los negocios de justicia e instrucción, en época en que estas dos facultades de gobierno iban a ponerse en receso a guisa de trastos viejos, fue nombrado un joven abogado de Lima, que antes de la dictadura dividía cómodamente su tiempo entre su bufete, su chácara y los portales; y probablemente siguió haciendo lo mismo después de la dictadura, porque todo lo que ha quedado de él como memoria es su nombre. Se llamaba el doctor don Federico Panizo y era hijo del coronel de este nombre que mandó con flojas punterías y más que liviana alma, la artillería peruana en el Campo de la Alianza.

El resto de los secretarios del dictador, y que ha hecho, por accidente y por los escándalos financieros y diplomáticos que autorizó con su firma, más ruido en el mando que todos sus colegas juntos, era el doctor don Manuel A. Barinaga, profesor y empleado de hacienda, que había sido ministro de este ramo bajo la administración Prado y de cuyo puesto cayera con fulminante acusación parlamentaria de reciente data por «complicidad» en la emisión de los bonos fraudulentos de Derteano, Schell y otros directores del Banco del Perú.

Ignoramos por nuestra parte, a ciencia cierta, si el ministro Barinaga se hizo o no reo de aquella especial complicidad. Pero por su carácter y su manera de ser no poco común entre los hombres públicos de su país, y por desgracia de otros de la América española, podría definirse con una sola expresión de clases -el doctor Barinaga pertenece a la clase numerosa de los que en política se llaman «hombres-cómplices», que las leyes antiguas calificaban bajo el estigma de «encubridores». Éste fue el ministro de la dictadura que en un despacho público llamó «salteadores» a los chilenos.

En cuanto al séptimo secretario de la lista, el ingeniero don Manuel Mariano Echegaray, encargado de las obras públicas, cuando éstas iban a ser demolidas o clausuradas, de la industria cuando los impuestos acabarían de sepultarla, del comercio en los momentos en que el bloqueo comenzaba a enmurallar, y de la beneficencia cuando la dictadura aprestaba sus manos para el despojo de las casas de asilo y hasta de los altares, todo a título de «fomento», era sólo un nombre agregado a una lista. En cuanto a sus dotes y antecedentes personales, todo lo que hemos logrado saber de él es que sus paisanos le calificaron con un apodo, que en aquel país es una definición acabada de nulidad, de pretensión y petulancia. El ministro de fomento era lo que las limeñas llaman espiritualmente «un cándido».

Resumiendo opiniones y presentando la síntesis del primer gabinete de la dictadura, un diario de Lima, que no la había mirado con ojos de enemigo airado, se expresaba a los pocos días de la designación de los siete secretarios, en los siguientes términos que juzgamos exactos:

«Las tendencias políticas del nuevo gabinete son esencialmente pierolistas.

El sistema de ideas que predomina en su seno es el de la escuela conservadora.

Es, por lo tanto, un gabinete completamente homogéneo, cuyos miembros todos obedecen probablemente a iguales inspiraciones».

Y, enseguida, por su cuenta y en previsión tal vez de la mordaza de prensa que el ministro Calderón alistaba en un rincón de su gabinete, el diarista independiente añadía:

«Si se tratara de un gobierno a quien se le hubiera conferido la misión de reformar las instituciones políticas y sociales del país, no vacilaríamos en declararnos franca y abiertamente contra el nuevo ministerio. Pero como se trata de combatir al enemigo extranjero y arrojarlo de nuestro suelo, y para esto pueden ser buenos los hombres de todas las ideas, no podemos ni debemos, procediendo patrióticamente, juzgarlo y absolverlo o condenarlo a priori.

Los hechos recordados podrían ser suficientes para juzgar si el gabinete de hoy corresponderá o no a las exigencias de la opinión pública y a las necesidades de la guerra actual.

Preferimos, sin embargo, reservarnos el derecho de juzgar al nuevo gobierno por sus hechos, teniendo en vista principalmente su conducta en orden a la guerra, que es por ahora a lo que deben concretarse los esfuerzos comunes del país y del gobierno».

Tal era el franco criterio de la prensa y de la situación que la dictadura le creaba. Mas, no había transcurrido todavía una semana desde el nombramiento de los siete secretarios, cuando todos los diaristas de Lima, número igual al de aquellos personajes, siete secretarios contra siete escritores, habían sido llevados a la cárcel según en su oportunidad habrá de verse...

Atornillaba y ensamblaba la armazón de la dictadura, en la forma personalísima que queda expuesta, era preciso darle alma; y para esto, como el soplo de la Divinidad en el caos que transformó el lodo en ser, y la materia inerte en radiosa vida, don Nicolás de Piérola reveló

la mística omnipotencia de su mente en el famosísimo Estatuto que promulgó en el tercer día de su creación, a título de provisional.

Este singularísimo pero peculiar documento, inspirado a todas luces por el antiguo alumno del Seminario de Santo Toribio o su condiscípulo el ministro Calderón, de cuya pluma salió hecho verbo, luz, castigo y regeneración del Perú, decía así, textualmente copiado de la correcta versión telegráfica que, en medio del asombro de los simples habitantes de Chile, circuló el 8 de enero de 1880, enviado por los alambres ese día desde Copiapó:

«ESTATUTO PROVISORIO.

Nicolás de Piérola, jefe supremo de la república.

Por cuanto es mi ánimo conciliar los respetos debidos a la justicia natural y a la tradición política de la república con la acción amplia y expedita que demandan la regeneración de nuestras instituciones y el definitivo y glorioso triunfo de las armas nacionales.

He venido en sancionar el siguiente estatuto provisorio:

Artículo 1º.- La soberanía e independencia del Perú son el fundamento de su vida política y social.

Artículo 2º.- La unidad de la familia peruana y la integridad del territorio, que histórica y jurídicamente le pertenecen, no pueden romperse, ni menguarse sin cometer un atentado de lesa patria.

Artículo 3º.- No se altera el Artículo 4.º de la antigua constitución relativa a la religión del Estado.

Artículo 4º.- El gobierno garantiza la instrucción primaria a todos los ciudadanos y fomenta la instrucción superior y facultativa.

Artículo 5º.- Queda sancionada la independencia del poder judicial; pero el gobierno se reserva el derecho de velar eficazmente por la pronta y exacta administración de justicia.

Artículo 6º.- Los códigos civiles y penales quedan en todo su vigor y fuerza mientras se vayan haciendo en ellos las reformas necesarias.

Artículo 7º.- Quedan garantizadas bajo la lealtad del gobierno: la seguridad personal, la libertad y la propiedad, el Derecho al honor, la igualdad ante la ley, la libertad de imprenta quedando proscrito el anónimo, que se perseguirá como pasquín.

Los delitos cometidos por medio de la imprenta no cambian su naturaleza. En consecuencia, serán juzgados por los tribunales respectivos.

La libertad de industria, en cuanto no sea dañosa de modo alguno. La libertad de asociación.

El derecho de pedir justicia o gracia individual o colectivamente; pero guardando las formas y por los conductos regulares.

Artículo 8º.- La traición a la patria, la cobardía e insubordinación militares, la deserción en campaña, el peculado, la prevaricación, el cohecho, la defraudación de bienes públicos, el homicidio premeditado y alevoso, y el bandolerismo, cualquiera que sea la condición del culpable, o el carácter que invista, serán, durante la presente guerra, juzgados militarmente, y penados con la pena capital.

Los bienes de sociedades anónimas, de bancos industriales o mercantiles, serán considerados como bienes públicos para el juzgamiento y aplicación de la pena.

Artículo 9º.- Las virtudes cívicas y las acciones distinguidas y heroicas serán premiadas por la munificencia de la nación, ejercida por su jefe.

Artículo 10º.- Se crea un Consejo de Estado compuesto del Reverendísimo Metropolitano, del presidente actual del Congreso de juristas, del presidente de la Suprema Corte de Justicia, del presidente del Tribunal Mayor de cuentas, del Prior del Consulado, del Rector de la Universidad de Lima, y de seis consejeros más, nombrados por el jefe supremo de la República, entre los cuales figurará un general del ejército.

Artículo 11º.- A este consejo pedirá el gobierno su voto consultivo respecto de los asuntos que en su concepto lo requieran.

Ejercerá igualmente las funciones de Tribunal de Apelaciones y última instancia en los asuntos contenciosos administrativos.

Artículo 12º.- Este estatuto regirá mientras se den las instituciones definitivas a la república.

Dado en la casa de gobierno, en Lima, a los 27 días del mes de diciembre del año de 1879.

N. de Piérola».

«Legislar» ha sido una de las manías más acentuadas del doctor Piérola, desde su más remota juventud, según habremos de ponerlo en evidencia al agrupar los rasgos de su móvil fisonomía en su retrato biográfico y moral más adelante. Hijo de un naturalista y clasificador de plantas, que fue además presidente de asambleas legislativas, el doctor Piérola parecía haber bebido en el hogar paterno la ciencia infusa de Solon y de Sièyes, como el doctor Egaña de Chile, hijo también de un abogado y legislador limeño; y el célebre Estatuto del 27 de diciembre de 1879, con todas sus incongruencias, neologías, innovaciones, vaguedades y misticismos, era una prueba palmaria de que en esto no



levantamos falso testimonio ni a su cuna arequipeña, ni a su escuela de Santo Toribio, ni a su organismo de dictador.

Conjuntamente con la organización política del Perú bajo su nueva planta teórica, el futuro «Protector de indígenas» y encuadernador del Libro de la gloria, en que se asignaría a sí propio el primer puesto, decretó la organización de cuatro ejércitos, cuya carne de cañón serían, en el momento oportuno, aquellos mismos infelices indígenas sus protegidos.

Los cuatro ejércitos de esa suerte decretados en el papel, se denominarían, conforme al viejo y emblemático estilo napoleónico Primer y Segundo Ejércitos del Sur, y ya estos dos nos son suficientemente conocidos.

Llevarían los otros los nombres de Ejército del Norte, el cual fue organizado inmediatamente en Lima con contingente de aquella parte del territorio, y el segundo Ejército del Centro, y éste daría esperas. Desde la primera hora, el dictador manifestó marcada disposición para gobernar geográficamente a su país, dividiéndolo en zonas. Más tarde llegaría a hacer de cada hacienda una zona de defensa y de su mando.

El decreto dictatorial que mandaba levantar, a la manera de Pompeyo, cuatro ejércitos a la vez, llamaba a las armas a todos los peruanos de 18 a 50 años, y los agrupaba en dos reservas, la una activa, que se incorporaría oportunamente en el ejército, y la otra sedentaria, compuesta de los que hubiesen cumplido 30 años. Se exceptuaba, como en la conscripción francesa, que el dictador había tomado de seguro por modelo, a los empleados, profesores, tipógrafos, médicos, abogados, y como en el caso de la ex emperatriz Eugenia, «al hijo único de la madre viuda». La traducción era literal. Constituía esta última una excepción francesa, pero se creaba también una peculiarísima cláusula del Perú y que como tal apuntamos: «la excepción del servicio militar de todo el que pagase 50 soles mensuales» para sostén de la guerra; plata por sangre, mugre por patriotismo.

Ejecutado todo esto con vertiginosa rapidez y sin escasear la tinta y el papel, el Ejército del Norte quedó organizado el 3 de enero de 1880 en la forma siguiente, bajo el mando en jefe del octogenario general don Ramón Vargas Machuca, brigadier de caballería, afecto a las carreras y a los caballos de su arma, y que aún en el Perú pasa por «loco», a pesar de su edad más que proveya. Es de advertir que todos los jefes de división eran en lo absoluto pierolistas como los secretarios de la dictadura, y su nomenclatura y la de los cuerpos que mandaban, la siguiente:

Primera división.

Comandante general, coronel don Juan M. Vargas.

Batallón Guardia Peruana número 1.

Íd. Cajamarca número 3.

Íd. Ica número 5.

#### Segunda división.

Comandante general, general de brigada don Javier de Osma.

Batallón Tarma número 7.

Íd. Callao número 8.

Íd. Libres de Trujillo número 11.

#### Tercera división.

Comandante general, coronel don Mariano Vargas.

Batallón Junín número 13.

Íd. Punyan número 15.

Íd. Huancavélica número 17.

#### Cuarta división.

Comandante general, coronel don Buenaventura Aguirre.

Batallón Paucarpata número 19.

Íd. Libres de Cajamarca número 21.

Íd. Jauja número 23.

#### Quinta división.

Comandante general, general don Francisco Diez Canseco.

Batallón Ancachs número 25.

Íd. 1.º de Concepción número 27.

Íd. Zuavos número 29.

Constaba el Ejército del Norte, como habrá podido verse, de unos quince batallones, de los cuales el único veterano era el Callao número 4 (ahora número 9), que se había mantenido fiel al ministro Lacotera a las órdenes de su pundonoroso coronel don Manuel Cáceres. Hizo por esto el último su renuncia y entró a reemplazarle el viejo coronel don Antonio Rosa Jil, el mismo que le mandara en Chorrillos y Miraflores.

No comprendía esa fuerza ni la guarnición del Callao, ni la de celadores de ambas ciudades, y tal vez había cabido en ella sólo una parte de la guardia nacional de Lima que había pasado en revista el presidente La Puerta el 22 de julio de 1879, formando en la carretera del Callao hasta 10.000 hombres entre soldados y reclutas. El ejército destinado a la defensa de Lima no había, en consecuencia, aumentado en satisfactoria proporción durante la administración Prado-La Puerta.

Del ejército pasó la febril y aparatosa actividad del dictador a ejercitarse en la administración, y mientras el 1.º de enero, a estilo de los soberanos y de los pontífices en el viejo mundo, recibía en audiencia pública y solemne al cuerpo diplomático, presidido por un legado del Papa, el 3 de ese mes echaba, como Napoleón el Grande, las bases de su Consejo de Estado personal y consultivo, nombrando conforme al Estatuto, los siguientes miembros de designación libre de ese alto cuerpo que sería montado en el pie del que acostumbraba presidir y hacer trabajar para su gloria el gran capitán del siglo.

Como representantes del ejército, a los generales Echenique y don Pedro Díez Canseco, antiguos presidentes del Estado.

En representación de la marina, al capitán de navío don José Elcorobarrutia.

Y como delegados del elemento civil, a los ciudadanos don Jerónimo Sánchez y don Bartolomé Figari, hijo este último de humilde emigrado italiano como los Canevaro y los Denegri.

Descuajando por sus más hondas raíces todas las instituciones existentes, el «regenerador del Perú» destruyó asimismo de una plumada la administración municipal del Perú, dando por razón que los consejos departamentales (los municipios de provincia) «no tenían razón de ser», y los consejos provinciales o ayuntamientos lugareños «adolecían de gravísimos defectos».

Y enseguida dio un régimen automático, completamente sui generis a todo el país a su albedrío y a usanza feudal, mezclando lo despótico y lo democrático, la edad media y la civilización, como dentro de un mortero. Designó, en consecuencia, para prefecto de Lima a su antiguo cooperador de empréstitos en Europa don Juan Martín Echenique, y después de haber elegido él por su soberana voluntad veinticinco vecinos de Lima, los hizo alcaldes y regidores, por el mismo procedimiento de la colonia, cuando cada magnate, para tener derecho a usar el título y bastón de «maestre de campo» compraba su vara.

Fuera de este copioso parto de decretos y de instituciones, la primera y prolífica semana de la dictadura, que parecía venir en cinta desde larga data, no fue marcada sino por un acto de arbitrariedad personal del ministro Calderón, apadrinada por el dictador, contra todos los

diaristas de Lima que el día 30 de diciembre fueron reducidos a prisión en la cárcel pública de Guadalupe. Su singular delito consistía en haber omitido el requisito de sus firmas en sus escritos, violando lo dispuesto en el artículo 7.º del Estatuto, que declaraba pasquín, lo que no llevara firma, aunque el trozo anónimo fuera una plegaria a la Virgen o un himno al Ser Supremo.

El dictador y su primer secretario habían sido diaristas, en su calidad de redactores de la Patria, el diario por excelencia pierolista de Lima; pero uno y otro comenzaron su estreno de cómica energía por encarcelar, a virtud del olvido de un insignificante detalle, innecesario en una dictadura, a sus más ardientes correligionarios, como el doctor don Pedro Alejandrino del Solar, destinado a ser el brazo derecho de Piérola durante la dictadura y la guerra.

Para hacer todavía más grotesca aquella parodia del régimen napoleónico moderno, verdadera colegialada que no traicionaba entereza singular sino su remedo, el dictador otorgó la gracia de los encarcelados en la mesa de la opípara cena de su natalicio, servida en palacio, entre repiques, luminarias y castillos de pólvora y sahumerio, en la noche del 5 de enero, hora en que el jefe supremo cumplía 41 años.

No faltaron en Lima, ciudad voluptuosa, rica en diamantes, en pastillas olorosas, y en ardientes intrigas femeninas, espíritus suspicaces y malignas lenguas, que en aquel encierro y amordazamiento en masa de los directores de la prensa creyeran encontrar, al menos respecto de uno de los encarcelados que vestía túnica talar y era de seductor aspecto, una intriga de alcoba del feo y voluptuoso ministro Calderón, en cuya vida el «¿quién es ella?» del magistrado inglés era como un apéndice obligado de todos sus actos en la vida pública y en la vida íntima, no obstante ser hombre casado y padre bendecido por mellizos.

Mas según otros, el móvil de tan singular medida no pasaba de aquella «negra honrilla» del escritor adocenado que hacía represalias entre sus colegas de antiguas críticas, insondable vanidad humana que Lesage immortalizó en el caso del arzobispo de Granada y de su secretario Jil Blas de Santillana. Estando a versiones lugareñas, el Jil Blas de esta comedia de palacio había sido el redactor don Pedro del Solar, colaborador principal de La Patria junto con Calderón.

Mas, a nuestro juicio y probablemente al definitivo de la historia, habrá de ser preciso remontarse para formar el recto criterio de estos actos, así como de los que les precedieron y los explican, a causa mucho más alta, motivada y natural que a esa fútil chismografía, espuma del ocio en pueblos agitados. Porque todo eso cabía dentro de la instrucción moral, de los antecedentes, de la vida, de la naturaleza, y de la educación intelectual y política del dictador, según cumple a nuestro haber entrar a demostrarlo. Para ello no necesitaremos más que condensar nuestro propio juicio formulado a la ligera en la primera hora de la revelación del personaje que hoy todavía, después de dos años, ocupa por completo la atención de su país y lo domina.

Después de la prueba larga y sufrida, nadie intentaría probablemente en la presente hora sostener que don Nicolás de Piérola, es un hombre vulgar, ni adocenado.

Puede ser, y a nuestro juicio es y ha sido un hombre extraño, singular, no poco incomprensible bajo muchos conceptos que la disposición de su carácter ayuda a descifrar junto con las peripecias de su vida y las de su país.

Pero a todas luces es un hombre dotado de ciertas cualidades peculiares, de ciertos «peruanismos», diremos así, si la frase es permitida, que dan razón de su carrera, de sus luchas, de sus triunfos, de su elevación, de su popularidad y de su fuerza como elemento de patriotismo y aun como caudillo nacional.

Que, desde este último punto de mira y para lograr lo que como prestigio y como poder ha obtenido en edad comparativamente juvenil, es el dictador del Perú hombre de arrojo, su conducta personal a bordo del Huáscar en el célebre combate de Pacocha, librado por él contra dos poderosos barcos de guerra de S. M. B. (el Shah y el Amethiste) que logró burlar en la tarde del 9 de mayo de 1877, así como sus dos campañas del Talismán y de Torata, habrían sido manifestaciones sobradas, si otra vez no hubiera pagado con su persona su ambición tenaz y desmedida en las calles de Lima. ¿No había sido a la verdad, casi un acto de heroísmo recoger del suelo y a balazos la herencia del ex presidente Prado y de su inmolado antecesor?

De que ha sido un hombre laborioso bajo el clima de la universal molicie, su vida de abogado, de escritor y de ministro son testigos.

Es un espíritu organizador en medio del universal desbarajuste, y es un estadista que hasta a caballo legisla. ¿Y podía requerirse mejor prueba de su afanoso empeño, que su ya célebre estatuto de doce artículos, su ministerio de siete secretarías y su decreto de cuatro ejércitos, del norte, del centro y dos del sur?

Pero la condición más esencial de don Nicolás de Piérola y la que le ha llevado al capitolio, en cuyas gradas cayó hace un año su rival, es su obstinación.

Don Nicolás de Piérola es de estirpe catalana, es decir, de raza de obstinados. Piérola es el nombre de un lugarejo montañoso, de trescientos vecinos, que dista siete leguas de Barcelona y es famoso por su vigoroso vino y su cerril caza de jabalíes y de lobos.

Y pasando más tarde a suelo americano, la corteza del tronco primitivo se endureció en el agrio médano y en el caserío de cañas bravas, porque Camaná, patria de los Piérola peruanos, a sido cuna de verdaderos puercoespines de indómita fiereza. Los cuatro Gutiérrez eran de Majes, es decir, del río de Camaná. El general Segura, tan bravo como aquellos arrieros-soldados y el brazo derecho de don Nicolás de Piérola en sus campañas de Moquegua, es cañameño. En Camaná nació también aquel famoso don Lorenzo de la Llamosa, ayo de Carlos IV, de quien se decía que dictaba a siete escribientes a la vez, lo que no impidió que su sabiduría diera a España el más torpe de sus reyes.

Y como él, don Nicolás de Piérola dictaba, a su turno, a sus siete secretarios...

La tenacidad catalana y cañameña de don Nicolás de Piérola es su cualidad más culminante y absorbadora; y por esto era evidente que en el país de todas las veleidades y de todas las

inconstancias, incluso la encantadora de la mujer, él habría de sobreponerse un día como el trozo de granito que ha rodado sobre movediza arena:

-Señora, hace treinta años que conspiro -decía don Nicolás de Piérola a una dama de Santiago en la víspera de la declaratoria de guerra que le llevó al Perú-, y todavía no sé cuando acabaré de conspirar...

Es lo mismo que decía a uno de sus confidentes militares cuando le acosaban Pardo y Montero, Buendía y Rivarola en las alturas de Torata:

-¡Es revolución, vivir es triunfar!

El futuro y ya próximo dictador del Perú se engañaba, empero, al otorgar a su taima un plazo indefinido. Sus propios enemigos estaban conspirando por él y para él. Desde que estalló la guerra, el general Prado hizo cuanto fue preciso para cederle el puesto y forjarle la dictadura, que desde hace dos años ejerce. Antes que Prado, el rifle de Montoya había hecho todo lo necesario para dejarle ancho y expedito el camino hacia la altura. Pardo vivo, Piérola no habría sido, de seguro, dictador: menos habría sido generalísimo.

Después de su taima de propósitos, lo que prevalece más intensamente en el ánimo del actual dictador del Perú, es el orgullo. Decimos mal. Esa condición de su alma vive junto y bien avenida con su fibra, y aún supera hoy a la última para troncharla mañana.

Lo que ha elevado a don Nicolás de Piérola es su estoica porfía.

Lo que le perderá mucho más aprisa de lo que él se imagina es su petulante orgullo.

Es un hombre no sólo intensamente, sino fastidiosamente vanidoso.

Es hombre capaz de perdonar que le llamen tirano, pero de buen grado mandaría a la cárcel al primer vecino de Lima que no le cediese la acera en su calidad de Jefe Supremo.

Don Nicolás de Piérola parece tener el deleite reglamentario del detalle: la tiranía de las pequeñas cosas, de las salvas, del uniforme, del saludo, del kepí y del pañuelo. El dómine traiciona a cada paso al hombre de mundo, al punto que por la omisión de un simple detalle ineficaz e inoficioso hizo de todas las imprentas de Lima una sola cárcel.

Antes de la época revuelta y alterosa, sin luz, sin lógica y sin rumbo en que comenzó su gobierno, don Nicolás de Piérola había solido llamarse a sí propio «regenerador» del Perú, a ejemplo de Vivanco (su tipo) en 1840. Y en efecto, desde que ceñido de espada y sombreada su frente del galoneado kepí, pisó la cubierta del diminuto Talismán en abril de 1874, se decretó en la orden del día el título de «jefe supremo», que más tarde asumió en el palacio de los Pizarros y en las breñas de la Sierra.

¡Y cuidado que ese tratamiento era parte obligada del diario ceremonial a bordo! Don Nicolás de Piérola, mareado y a cien millas de la costa, se creía capitán general de mar y tierra y como tal procedía.

Siendo hijo de Arequipa, don Nicolás de Piérola, sea contagio, sea simple reflejo, tiene mucho del cándido de Lima. Hasta hoy, el valor personal aparte, es sólo una copia, o si se quiere una miniatura relamida del infortunado don Manuel Ignacio de Vivanco.

Su entrada triunfal a Lima tuvo por esto todos los emblemas de la apoteosis; las coronas, el sahumero, la cauda de los obispos, el redoble de los tambores, los arcos triunfales, la vocería de la muchedumbre, la plegaria de las monjas en el coro. Piérola es en el Perú una especie de «Niño Dios de las Capuchinas...».

El padre de don Nicolás de Piérola fue naturalista, lo que sobra para decir que fue hombre pobre. Fue también ministro de hacienda en el Perú, bajo Castilla, este Solimán el Magnífico del Nuevo Mundo. Y muriendo en la penuria demostró en demasía que era hombre probo y digno de respeto.

En esa escuela se educó el hijo, y es grato, como la vista del oasis en la mitad del páramo, reconocer que su juventud fue pura y aun austera.

Desaparecidos en edad temprana el padre y el maestro, don Nicolás de Piérola, hijo, amó y enseñó su hogar con severidad de trabajo y de costumbres, superior a sus años y a su clima. Ha sido el segundo padre de sus hermanos, uno de los cuales (Emilio), muerto de tisis en los primeros días de la guerra, fue mecánico y naturalista, y otro (Exequiel) ha sido oficial de artillería. Del primero de aquéllos dicen los que lo conocieron que era bajo muchos conceptos superior, como hombre intrínseco, al dictador.

Entre tanto la propia virtud doméstica del último le deparó generoso y bien venido protector en monseñor Huerta, obispo de Puno, cuya mitra éste renunciara por el culto y la cultura de Lima y es hoy prelado de Arequipa.

Le llevó el señor Huerta al Seminario de Santo Toribio, de que era rector, y allí le dio lucida enseñanza de novicio y aun de sacerdote. Piérola, como don Federico Errázuriz, vistió largos años la sotana, y aun se tonsuró de menores. Y desde el aula traicionó su carácter altero, arrogante y aristocrático, a la par que estudioso y tenaz. Recuerdan todavía sus discípulos el lujo de su traje, sus medias de rica seda, sus hebillas de oro, su cuidadoso peinado sacerdotal, sus ínfulas de doctor, su ergo de estudiante, su orgullo y su aislamiento de camarada.

Don Nicolás de Piérola se daba desde los duros bancos de la escuela eclesiástica aires de potentado; y el único amigo de juventud que le ha quedado fiel ha sido el exaltado don Pedro José Calderón.

Por esto, su primera diligencia de dictador fue la de cartearse de hombre a hombre, de potentado a potentado, de soberano a soberano, con Su Santidad León XIII. En esa carta de sublime petulancia, el dictador derramó todo lo que le quedaba en él del monigote.

Como seminarista, don Nicolás de Piérola se hizo también teólogo; ¿y quién, al leer sus decretos, sus epístolas, sus frases, sus modismos, su Estatuto, no descubre en el legislador

de veinticuatro horas los giros peculiares de un antiguo y arraigado dogmatismo? En Piérola la afición y adulo al clero no es únicamente resorte político: es todavía la cauda del Seminario que se arrastra tras su sombra. El día más grande de su vida ha sido aquel en que, ungido por la soldadesca, ha podido empinarse hasta la tiara. Su carta a León XIII, cuando resonaban todavía los bullicios del motín, es una perfecta revelación.

Mas un día, por arrebato juvenil si bien lógico de su naturaleza, el tonsurado de Santo Toribio colgó los hábitos, se hizo abogado y tras de abogado, escritor. Le dio el señor Huerta los tipos viejos de una mala imprenta que había sido del Seminario, y en su consorcio, el discípulo fundó en 1860 El Progreso Católico, periódico que fue el reflejo del que en Chile tenía más o menos ese mismo nombre en esa época La Revista Católica.

El doctor Piérola (que así comenzó a llamarse desde que abrió estudio) colaboró, si no con brillo, con amor a aquella publicación. Era eso en su ánimo, más que una consigna, un tributo de gratitud a su maestro y a su protector. Piérola ha mostrado tener la virtud rara de agradecido, y en su organización esa prenda del alma no es hija del esfuerzo, porque la perseverancia es sólo una forma benévola de la obstinación.

Don Nicolás de Piérola está organizado para amar y para aborrecer con igual intensidad. Haría por esto un gobierno de favoritos y de odios, y desde temprano comenzó a ponerlo en obra. Todos sus ministros eran los compañeros, los aliados, los confidentes, los cómplices de su conspiración de siete años, de su poderío de unos cuantos pero deslumbradores meses. El ministro Calderón había gastado por él toda su tinta, toda su saliva y toda su bilis. El ministro de la Guerra, Iglesias, tomó las armas por su causa en Caxamarca, y otra vez le daría su hacienda y su sangre.

Dijimos antes que don Nicolás de Piérola se recibió de abogado en 1860. Hemos visto un extracto de su memoria de prueba, y hoy, después de veintiún años, es ésa una pieza notabilísima de actualidad, porque es el prefacio de su dictadura y de sus miras. Tomó en ella por tema la soberanía nacional, y desde esa época justificó la dictadura y anunció la monarquía casi como un dogma derivado de la misma soberanía... Era ese entonces un plagio de Napoleón III y sus plebiscitos inicuos, pero en el seminarista-teólogo y en el abogado-politiquero eso era una doctrina:

-Coloquemos frente a frente -decía a propósito de su tema- el triple aspecto del problema de la soberanía, y concluiremos por afirmar que la soberanía en acción consiste en LA OBLIGACIÓN DE MANDAR.

¿Y no está aquí viva y palpitante la teoría de la conspiración permanente para cumplir con la obligación impuesta del mando, y una vez alcanzado éste, subir como consecuencia necesaria a la dictadura, que es la soberanía en acción?

En 1864, el doctor Piérola fundó un periódico laico, El Tiempo, y formó desde la primera hora en las filas de los reaccionarios, es decir, sostuvo a Pezet y a Mazarredo contra la honra de su patria; de suerte que cuando los traidores de las Chinchas cayeron, él cayó con ellos.



Y descendió el diarista tan aprisa los peldaños de la influencia, que en 1868 el doctor Piérola vivía en su casa de la calle de Melchormalo (que es centro aristocrático en Lima) más como agente de Lanman y Kemp y del empresario de anuncios de París Legrand, que como abogado o publicista; daba a luz reclames en lugar de artículos, y en su honor sea esto dicho porque, a juicio nuestro, la única cosa que degrada al ser humano es el ocio. Desde gañán a pontífice, lo que ennoblece la vida no es el título sino el trabajo.

En tales circunstancias, la fortuna fue a golpear a las puertas del caído. Por uno de sus arrebatos insanos, el presidente Balta se había quedado sin ministro de Hacienda, es decir, sin gobierno (porque en el Perú la hacienda pública es el Perú mismo), en los últimos días de diciembre de 1868, que fue el primero de su fatal gobierno. Un confidente de sus cóleras, y que solía apaciguarlas con un dicho de gracejo, se acordó de que había un abogado oscuro, pero de fibra, un escritor adocenado, pero de alientos, y cuyo padre había sido ministro de Hacienda. ¿Podía presentarse mejor candidato en una hora de desesperación? El último argumento sobre todo, ¿podía ser más concluyente? En el Perú un noventa por ciento de la población blanca cree en el misterio de la ciencia infusa; la población indígena y mestiza cree y adora el mismo dogma de los blancos con unanimidad perfecta.

Piérola fue nombrado en consecuencia ministro de Hacienda el 5 de enero de 1869, y cuatro días después, esto es, el 9 de enero, condensaba su programa ante el Congreso en estas pocas palabras de falsa modestia, que encubrían los apetitos de una ambición incontenible:

-Puedo muy poco -dijo-; deseo mucho; tengo fe y voluntad; puedo ofrecer el corazón en la mano; no tengo prevenciones ni compromisos con nadie...

En la súbita elevación de Piérola hay una fecha curiosa, que sus sectarios han acatado como un vaticinio: tomó posesión de su cartera en el mismo día que cumplía treinta años.

Piérola había nacido en Camaná el 5 de enero de 1839, es decir, dos semanas antes de la batalla de Yungay. ¿Fue este acaso otro vaticinio?

En cuanto a su obra de ministro y a su vasto prestigio, que dura todavía, era ese el asunto más sencillo del universo.

El Perú tenía el 31 de julio de 1868 un déficit de 60.826.301 soles y 38 centavos de sol. Cuando entró Piérola el eclipse del sol era por tanto completo.

Pero el Perú tenía debajo de la tierra y del eclipse dos millones de toneladas de huano por vender, lo que era, a 50 pesos tonelada, cien millones en caja. Y una vez hecha la venta, el eclipse cesaba por completo.

Eso y nada más fue lo que hizo Piérola, y de aquí su fama inesperada de hacendista. Cuestión de simple miraje, porque los peruanos toman la cosa por el hombre, el huano por el ministro.

Piérola vendió el huano a Dreyfus, y en esa negociación y su hipoteca levantó uno de los empréstitos más colosales que registran los anales financieros del mundo: 36.000.000 de libras esterlinas que equivalen a 180.000.000 de pesos. El doctor Piérola echó en ese día y con su sola firma, sobre su país, una deuda cuatro veces superior a la que ha contraído Chile en sesenta años de existencia. ¿Podría haber mayor hombre de Estado a la peruana?

Mas suprimiendo el huano, ¿no quedaba de hecho suprimido el ministro con su fama y con su gloria?

Pero en la ciencia económica del Perú vender en conjunto es una habilidad suprema. El ministro García Calderón, predecesor frustrado de Piérola en el gabinete, su sucesor, frustrado también en el mando, había querido vender al menudeo para el reparto acostumbrado de los consignatarios, y por esto había caído. Piérola quiso tener un solo patrón, una sola escritura, un solo prestamista, un consignatario único y judío entre los veinte o treinta consignatarios coaligados, pero nacionales. Simple cuestión de condensación y de alambique, que requería sólo rápida manipulación en el operario y que habría sido llevada a término con igual primor por el primer corredor de la calle de Wall en Nueva York.

El ministro Piérola hipotecó contra el pasado y el presente el porvenir del Perú, y giró contra la hipoteca: eso fue todo. ¿Y qué patán que tiene tierras o tejados, alfalfa o costales no hace lo mismo en los días en que le da la regalada gana de ello?

Se quedó, con todo, el Perú, por ese medio, con tal amplio y potente raudal de oro, que esta sustancia se convirtió en fango... Tan sólo en águilas americanas, de valor de 20 pesos, circulaban en Lima ocho millones, y por este número podrá contarse el de los gavilanes y el de los halcones que en espeso torbellino giraron desde las calles de la ciudad a las cumbres de oro del Oroya y del Vincocaya, tras las águilas...

Piérola decretó también la Exposición de Lima, la Dársena del Callao, la Aduana de este puerto, el puente de Balta, todos gastos suntuarios-huacas del gran Chimú, en que se enterraba el oro y el honor por toneladas.

El Perú entonces quedó perdido porque quedó hipotecado. El agua florida de Lamnan se había trocado en sublimado corrosivo.

El hambre y la penuria no tardaron en hacer su sombría aparición después del derroche, y las siete vacas flacas devoraron a las siete de matanza. Entonces el «regenerador» fue tratado con más dureza que Nabucodonosor; lo acusaron los diputados por doce capítulos de prevaricato ante el Senado y fue obligado a expatriarse desde que el elemento civilista, desairado en su tratado con Dreyfus, subió con Pardo al poder en 1872. Desde entonces contaba Piérola sus siete años de conspirador: 1872-1879.

Tal fue la herencia del último hombre de Estado verdadero, delante de cuya talla, y prescindiendo de sus pasiones y desdichas, Piérola no es ni ha sido sino un simple aprendiz. Bastaría para ello leer las piezas oficiales del primero y la algarabía del último. El tratado secreto de 1873 pudo ser un crimen, pero no fue una ineptia. Si hubo ineptia en ello fue la

de Chile y su gobierno. Pardo creyó que todavía nos guiaba en las alturas la sombra de Portales... y este error suyo era suponernos una gloria que por desdicha no teníamos.

Tal era entre tanto el dictador Piérola, bosquejado al lápiz, pero con la fidelidad de quien no odia ni se humilla.

Existe evidentemente en él, cualquiera que sea la dilatación y expansión de su naturaleza, un doble carácter, porque es un sectario y a la vez un hombre de guerra, un soldado y un pedante. Su misión en la hora de su triunfo habría parecido clara en todo el país del mundo que no hubiese sido el Perú, en el revoltijo de sus castas, sus soldadescas, sus indios y sus salitreras: es decir, la misión única de hacer la guerra y contribuir a la dictadura para vigorizar y empujar esa misma guerra.

Pero el sectario, el regenerador, el pedante, es decir, el teólogo y el conspirador de ideas preconcebidas y tenaces, se apoderaría infaliblemente del caudillo, y de aquí la estampa extraña y casi siniestra de sus decretos y de sus actos posteriores entre propios y extraños, que ha hecho pensar a muchos en este país de Chile, frío y calculador, que junto con la omnipotencia omnímoda comenzaban a aparecer en las cavidades del cerebro del dictador omnímodo los gérmenes de la demencia.

¿Piérola sería así por ventura sólo el Masanielo de su patria para asegurar definitivamente la victoria de Chile y la ruina de Nápoles...?

No lo creemos, pero de lo que no estamos distantes de persuadirnos es de que nuestros enemigos no habían proclamado en su hora dictador a César sino simplemente a Tupac-Amaro.

Y siendo así, ¡Dios tenga piedad de ellos!

Condensada en la forma que precede, ruda pero sincera, tal era nuestra opinión, juicio que podríamos llamar prehistórico del dictador del Perú, al comenzar su labor en enero de 1880; y decimos lo último porque aquel bosquejo era inspirado más por los opacos reflejos del presentimiento que por el estudio de cuerpo presente de su fisonomía, de su vida y de su alma.

Pero los hechos sucesivos se encargaron pronto de aplicarse como los colores a la tela, y el historiador, semejante a aquel pintor español que no atinando a bosquejar la espuma del freno en el caballo de Felipe V, le arrojó el pincel a los hocicos, y por maravilla logró así su intento.

Y a la verdad, en Lima mismo en torno al caro caudillo rodeado a esas horas de la aureola de su éxito, no tardaron en formularse juicios análogos que vieron la luz pública mucho más tarde que el nuestro en las prensas de Chile:

«Mi opinión -escribía al general Montero, un hombre de carácter independiente y de talento claro, juez de alto tribunal en aquella ciudad y que acababa de ser secretario del general Prado en Arica, sin más móvil que el de generoso patriotismo-, mi opinión es que Piérola

estará desprestigiado en quince días más, y que no puede durar mucho su gobierno. Esto iba a decírselo a Ud. antes de lo que ha sucedido ayer; pero ahora lo digo con mayor razón. Ayer puso presos a todos los periodistas, incluso el canónigo Tobar y al editor de La Patria, doctor Solar, porque los periódicos salieron sin la firma que exige el llamado Estatuto provisorio. Aunque algunos creen que Tobar y Solar no han hecho más que una papelada para que el golpe caiga más recio sobre los otros, es difícil creer que se hayan prestado a sufrir un vejamen por sumisión al amo.

Las facultades omnímodas -agregaba el franco corresponsal- han desagradado aquí a toda la gente sensata. Piérola no tiene sino su antiguo círculo, y alguna parte del pueblo, pegado a él porque cree que va a hacer la guerra; pero si él ha subido con esta bandera, porque no podía hacer otra cosa, no le veo ni el arranque, ni el desprendimiento que para hacerla de veras necesitaría manifestar. El que quisiera hacer de veras la guerra, no tendría tiempo para pensar en estatutos provisorios, ni en el lujo de siete secretarios, ni en reformas interiores que no llevan a aquel grandioso fin. El aprovisionamiento del ejército del sur, la disciplina del de Lima, el estudio de la topografía de esta capital para el caso de combate con el enemigo, la indispensable campaña sobre Tarapacá, son medidas para las que no le alcanzaría el tiempo a un vasto espíritu. El que piensa en otras cosas no puede pensar de veras en la guerra».

Tales eran los estrenos y los vaticinios de la dictadura en sus comienzos.

Y este libro destinado a encerrar en sus páginas la historia de su extraño desarrollo y su fatal irrevocable caída, habrá de componerse forzosamente de las comprobaciones que sus antecedentes traían desde época remota aparejadas.

Los documentos que a continuación reproducimos vendrán desde luego en auxilio de lo que hemos venido sosteniendo.

## Capítulo IV

### Las finanzas de la Dictadura y sus escándalos

La guerra es el dinero, y esto no desde los días comparativamente modernos de Napoleón el grande, quien hizo famoso el dicho, sino desde los de Aníbal y sus numerosos milites mercenarios. Y si el flamante dictador del Perú hubiese tenido una mediana intuición de su

deber de patriota y de su labor de hombre de mando, no habría pensado desde la primera hora de su asalto al poder y de su logro feliz sino en estas dos cosas: La guerra y el dinero.

Pero una y otra cosa (que son una sola) sobrevinieron en su ánimo y en su propósito después de sus cartas pontificales y de su montaña de decretos destinados a «regenerar» el país, es decir, a crearle embarazos y novedades en el camino de su rápida organización militar, a la cual los victoriosos chilenos concedían todos los plazos apetecibles. Para un pueblo que combate, la única regeneración posible es la victoria; para una nación invadida el comienzo de la regeneración no está en cambiar nombres a las cosas ni en alterar instituciones sino en la expulsión del invasor.

Y el no haber comprendido esto, que era obvio, trajo comprometida y desacreditada la dictadura ante propios y extraños desde su entronizamiento, como lo hacía ya notar el 31 de diciembre de 1879 el ex secretario del general Prado en su famosa carta al contralmirante Montero, escrita una semana cabal después del éxito.

Por otra parte, como cuestión de vitalidad latente, de sangre arterial, de aire respirable en los pulmones, la inmediata provisión de recursos para el exhausto erario del Perú era la cuestión primordial de la situación, y eso vino en pos de los decretos regeneradores.

No entraremos a fondo durante el curso de esta historia en el terreno de las finanzas peruanas, porque ése es el caos oculto en las cavernas del salitre y en las estratas del huano y de sus fraudes. El Perú, el más rico país del orbe, ha sido en los últimos cincuenta años de su existencia la imagen viva de Tántalo; mientras que todos sus gobiernos y hombres de estado han ejecutado la tarea de Sisifo, llevando sus inagotables tesoros a las cimas para echarlos desde allí a rodar a los abismos.

Contamos ya en efecto en el capítulo precedente como don Nicolás de Piérola, inexperto pero osado ministro de hacienda del presidente Balta en 1870, había iniciado la fatal exageración de esa riqueza, levantando, con el pretexto de obras públicas improductivas en su mayor parte, un empréstito de 180 millones de pesos con la casa israelita de Dreyfus hermanos, dos oscuros mercaderes franceses, improvisados del mostrador de palo a la mampara de caoba y de cristal de los grandes banqueros, por su peculiar astucia de raza, en la calle de las Mantas o la del Correo en Lima.

Derrochados así esos dineros en menos de dos años, cuando por entre la humareda de la pira subió al poder en agosto de 1872 el presidente Pardo, declaró en falencia el estado, ocurriendo él en persona a revelarlo con plena franqueza al Congreso en una ocasión solemne. Excusado es decir que aquélla labró su impopularidad, porque los hombres y los pueblos gustan más ser engañados que darse por apercebidos de su miseria o de su impotencia.

Dos años después (1874), los servicios de la deuda externa, que habían sido hechos exclusivamente con los suministros metálicos de ella misma, recibiendo los prestamistas europeos como uno lo que entregaban como veinte, quedaron oficialmente suspendidos, y el Perú maniatado e hipotecado en manos de los empresarios del empréstito, los Dreyfus y su círculo.

Volvieron éstos la espalda a su deudor común y empobrecido, desde que tuvieron la prenda del huano en sus bodegas del Havre, de Londres, de Oporto, de París, de Amberes, de Génova, de Marsella, de Liverpool, y al propio tiempo desdeñaron las importunidades de los tenedores de bonos en aquellos mercados, pagándose ellos exclusivamente, con la honradez de verdaderos israelitas, de sus anticipos, de sus comisiones y de su administración. Jamás otorgaron un sólo maravedí a los acreedores por vía de amortización o de interés.

Apenas si ahora los tenderos de trapo de la calle de las Mantas se dignaban dar respuesta a las clamorosas notas de los ministros de hacienda del Perú que habían sido antes sus pródigos patrones, desde Piérola, convertido ahora en errante conspirador bajo su patrocinio y su peculio.

Elegido el general Prado en 1875 para suceder al malogrado Pardo en el año subsiguiente, juzgó aquel mandatario en ciernes indispensable hacer en Europa una tentativa personal para emanciparse de la estrecha cuanto impertinente tiranía de los Dreyfus. Y con este objeto se dirigió a Londres y a París a principios de 1876.

En un sentido limitado, alcanzó el supremo emisario del huano, antes de su poder en la república, éxito feliz porque quitó su consignación y su exclusivo e irritante despotismo a los banqueros judíos de París, entendiéndose en Londres con sus rivales por ellos despojados, es decir, con los ingleses, que como siempre, en materia de empréstitos, son los más numerosos y los más saneados. Se llamó esta operación «el contrato Raphael», porque un judío de este nombre, fuerte accionista de los empréstitos desacreditados de Piérola, prestó su firma para encubrirla; y a su nombre se organizó una compañía de explotación del huano compuesta de ingleses y de peruanos, encabezados éstos por el segundo vicepresidente de la república don Francisco José Canevaro, alma de la negociación.

Se llamó la última «Peruvian Guano Company», e impuso al Perú para vivir, como a hijo pródigo e incorregible de padre o tutor opulento, una anualidad de 700 mil libras esterlinas que debería cubrirse por mensualidades, y de aquí que aquella pensión tomara el vergonzoso y humillante nombre de mesada.

Con semejante propina arrancada a su propia vida alentó enfermiza existencia del Perú durante la administración Prado, sin que los tenedores de bonos, especialmente los del continente, recibieran ni el más pequeño dividendo, no obstante las más solemnes promesas y juramentos, cuando fue preciso obtener de ellos su aprobación al contrato Raphael.

El Perú y los tenedores de bonos habían encontrado en lugar de un tirano, dos expoliadores; y la Peruvian con su nuevo stock de huano y los Dreyfus con el que conservaban en sus bodegas en previsión para varios años, puestos ahora en irritada concurrencia, arrastraban de consuno a su víctima como el caballo de Mazzepa.

En estas miserables circunstancias sobrevino la guerra, acto de verdadera demencia del Perú en ruinas, y entonces los dos prestamistas corrieron de común acuerdo la jareta de su bolsa para ahorcar a su placer al ávido beligerante que habría de echarse de rodillas a sus pies para solicitar de ellos le otorgaran los medios de vivir y de agredir o defenderse.

Por su parte, Dreyfus, seguro de su golpe, y hostilizado además por los agentes fiscales y liquidadores del Perú, que le cobraban varios millones, copó el monto del huano y ofreció a los delegados Althaus y Aranibar un millón de libras esterlinas porque lo dejaran en paz y en posesión perfecta del stock o provisión de huano que por cuenta del gobierno todavía administraba. Tal era la sencilla pero arrogante proposición de los judíos de París.

Pero los israelitas de Londres, entre los que figuraban varios peruanos a título de renegados, se mostraron más tirantes. La Peruvian ofreció la misma suma que Dreyfus, mas no por transacción de trampas ni por compra de valores existentes, sino como oneroso anticipo, a cuenta del huano recibido o a flote, y exigiendo, entre otras condiciones imposibles de llenar, la neutralización de los depósitos y el consentimiento del gobierno de Chile para la operación.

Y como los agentes fiscales Althaus y Aranibar se negaran a tal enormidad, Raphael y sus cómplices dieron al gobierno del Perú el golpe de gracia protestando las libranzas del ministro de hacienda Quimper, cuando el presidente Prado se hallaba todavía en Arica y el Huáscar en las costas de Chile.

En medio de este insondable abismo de miseria y de perturbación, un rayo de luz había descendido sobre el acongojado Perú, y esa vislumbre de esperanza era la estela de aquel pequeño monitor de guerra audazmente conducido. Exagerando, en efecto, por medio de la prensa de París, los peruanos residentes en Europa y en particular el archimillonario feudatario de Arequipa don Juan Mariano Goyeneche, que arrastraba fastuosa vida en aquella capital, las proezas de aparato de aquel barco en el litoral de Chile, habían logrado hacer creer a muchos de los tenedores de bonos del continente, maltratados por los grupos ingleses, que la guerra iba a ser una cosecha de oro para el Perú; y tentados por la codicia o la desesperación, los últimos propusieron a Goyeneche, por medio de sus agentes principales los señores Guillaume y Bouillet, una combinación mucho más soportable que la cruel e impasible exigencia de Dreyfus, a la cual la menguada protesta de letras de la Peruvian daba ahora visos de ser un acto de clemencia y aun de generosidad.

A nombre de los tenedores de bonos franceses, belgas y holandeses, y en representación de una acreditada casa bancaria denominada Crédito Industrial, los agentes mencionados ofrecieron en primer término al vicepresidente Canevaro, y por vacilaciones de este fuerte accionista de la Peruvian, al millonario Goyeneche, un anticipo de veinte millones de francos, a condición de entregarles la explotación directa de los nitratos de Tarapacá y de todas las covaderas del litoral, obligándose el Crédito Industrial a extraer durante dos años cuatrocientas mil toneladas de huano que pagaría a razón de 4£, siendo dos de éstas en efectivo, a cuenta de su anticipo, y dos en bonos a fin de dar salida y valor a éstos. Los acreedores del continente perdonaban además los intereses deferidos de cuatro años.

Para estos fines se constituirá en París una sociedad de explotación rival de la Peruvian y de los Dreyfus, con cincuenta millones de francos, y aquélla se comprometía a proseguir el contrato por un plazo indefinido si sus resultados correspondían a las expectativas.

Sucedía esto en agosto de 1879, cuando todavía el Huáscar se enseñoreaba en nuestras costas y no se movía un soldado de nuestros campamentos; de suerte que el negocio no era malo para los que buscaban la hipoteca y la administración de las salitreras de Tarapacá y de los depósitos de guano de toda la costa.

Desairados o simplemente aplazados los señores Guillaume y Bouillet por Canevaro, encontraron benigna acogida en el caballero Goyeneche, hombre indeciso pero honorable, y comunicada por éste a Lima la situación y sus planes, le nombró por telégrafo ministro plenipotenciario el vicepresidente La Puerta con fecha 3 de septiembre, a fin de que consumara todos aquellos urgentes arreglos y llegase cuanto antes el oro al Perú convertido en armas, en pólvora, en blindados y en descuentos.

Con el propósito de reforzar al nuevo funcionario en su acción, y a virtud de una ley de recursos votada por el congreso peruano el 10 de octubre, de 1879, esto es, en la víspera de la invasión de Tarapacá por los chilenos, envió La Puerta a Europa como asesor y como comisario al doctor don Francisco Rosas, médico de crédito, hombre de agradables modales y de notorio pero perezoso talento que había sido ministro del interior del presidente Pardo. Los comisarios Althaus y Aranibar fueron en consecuencia destituidos, acusados de impotencia. Goyeneche era ahora el favorito.

Desembarcó en doctor Rosas en Cherburgo en los primeros días de noviembre de 1879, y sin divisar las altas cúpulas de Londres ni golpear siquiera a la puerta de sus sinagogas por el telégrafo, se encaminó con sus plenos poderes a París, donde le aguardaban con impaciencia los dos grupos rivales de los Dreyfus y del Crédito Industrial. En cuanto a la Peruvian desde su protesta de letras, estaba maldecida y repudiada.

Ansiosos los primeros por liquidar cuentas a río revuelto, rodearon a agasajos al recién llegado delegado, recibéndole en la estación el agente Dumet, jefe de estado mayor de los Dreyfus, como el inglés don Federico Ford era su ministro de hacienda sin cartera en Lima. Le condujo aquel al hotel del Louvre, y allí públicamente le abrazó en su salón de gala al día siguiente el judío Dreyfus besándole en las mejillas, a la francesa... No es por tanto una figura de estilo decir que era aquél «el beso de Judas».

Se hallaban fuertemente empecinados los Dreyfus y «su grupo», en que les admitieran los angustiados peruanos a toda costa su anticipo de cien millones de pesos a trueque de compra y de finiquito, e imponían además la condición de que el Perú se quedase con la negociación del muelle dársena del Callao, pagando a la Sociedad General (así se llama su empresaria y su constructora, constituida ahora en riesgo de quiebra) por la suma de 42 millones de francos, que había sido el precio de costo de aquella obra más suntuosa que de utilidad, porque era una dársena de mampostería dentro de una dársena natural, cual de suyo es el Callao.

Había tenido lugar en este intervalo la captura del Huáscar, la invasión de Pisagua, la victoria de San Francisco, y todo más o menos se sabía confusamente en Europa por los tenedores de bonos. Sólo los ingleses se hallaban bien informados, habiendo sabido el banquero Brown, agente de la casa de Edwards de Chile en Londres, la noticia del combate



de Angamos en el mismo día en que tuvo lugar, mediante un oportuno cablegrama de la última.

En tal situación era fuerza darse prisa, y esto fue lo que ejecutaron los comisarios del Perú Rosas y Goyeneche firmando en la famosa calle d' Antin, domicilio del Crédito Industrial, el 7 de enero de 1880 un contrato de explotación, amortización y anticipo que tenía casi las proporciones de un libro.

El Perú iba a tener al fin unos cuantos millones después de haber pasado un año de guerra en irremediable penuria. Sus comisarios se mostraban altamente satisfechos. No obstante haber perdido en el intervalo a Tarapacá y sus tesoros, rimeros de libras esterlinas relucirían otra vez sobre las mesas de la Legación francesa en la calle de las Caballerizas de Artois, y, lo que no era para ellos de menor satisfacción, habrían burlado al fin los esfuerzos de los chilenos y castigado a Dreyfus de su terca y rígida tiranía de diez años: «Es lo mejor posible, atendidas las circunstancias en que ha sido negociado», escribía el doctor Rosas a un amigo el 15 de enero. Y enseguida, entrando en algunos detalles más o menos íntimos, pero que traicionaban su sincera satisfacción, agregaba:

«La cuestión estaba reducida a saber si nosotros o los chilenos celebrarían el contrato. En los últimos días nos hemos disputado el terreno palmo a palmo. La prensa de Londres y París les ayudaban, la mayor parte de los tenedores de bonos ingleses y aun el mismo gobierno inglés. Yo he tenido conmigo a los tenedores de bonos de Francia, Bélgica y Holanda, y la justicia de la causa que defendía; y al fin he triunfado.

Tal situación, como usted ve, era para hacer un contrato a todo trance, no ya para sacar ventajas, sino para impedir que el enemigo pudiese sacarlas. ¡Qué vergüenza para nosotros si los chilenos hubiesen podido continuar haciéndonos la guerra con los recursos que les hubiera proporcionado nuestro salitre y nuestro huano!

Se ha estipulado que se nos adelantarán dos libras por cada tonelada de huano que se exporte; pero además de este adelanto, he ajustado otro de £800.000 en un tratado secreto; pues no convenía que los chilenos llegaran a saberlo para que se suscitasen dificultades. Este adelanto no ha podido conseguirse a descubierto.

En el estado de descrédito en que se encuentra el Perú por la falta de exactitud en los pagos y por sus derrotas, esto era imposible. Se ha convenido, pues, en que se hará sobre la parte que nos corresponda en el huano que tiene la Peruvian Company y sobre los conocimientos de los buques que están cargando en Lobos para ella».

Pero los delegados financieros del Perú no habían contado con los vaivenes humanos, menos con los de su infeliz patria, tierra de incesantes convulsiones, y por uno de esos acasos singulares en todas partes, corrientes en el Perú, el mismo día 7 de enero (días miércoles) en que Rosas y Goyeneche firmaban en el escritorio de la calle de Antin la negociación del Crédito Industrial el dictador Piérola firmaba un pacto del mismo género

en el palacio de Lima, con el representante de sus antiguos prestamistas y habilitadores del Talismán, del Huáscar y del reciente y afortunado motín de Carceletas, don Federico Ford, apoderado general de los Dreyfus.

Había encontrado Piérola en efecto al adueñarse por sorpresa del poder las huellas de la negociación Rosas-Goyeneche, e inmediatamente despachó a Panamá un telegrama en cifras que llegó a París el 4 de enero, ordenando a aquellos agentes, a título de su autoridad dictatorial, que no cerraran ningún negociado sin ad referendum. El despacho iba firmado por el secretario de hacienda, título que no era reconocido oficialmente ni en el Perú ni por sus agentes, y además (cosas de aquel desdichado suelo en que el desbarajuste es normal) se había olvidado remitir la clave de la cifra, la cual no llegó a la calle de las caballerías de Artois sino el 14 de enero, esto es, una semana después de consumado a firme el contrato de la calle de Antin.

Al impartir aquella orden de interinato, el caviloso dictador había tenido evidentemente el propósito de acometer por su cuenta una negociación con sus patrones de diez años y tal vez de la última hora, porque se dijo entonces que Mr. Ford había ido a Panamá a telegrafarse con sus poderdantes, e inmediatamente a su vuelta había estallado el motín militar del 21 de diciembre, origen ominoso de su criminal dictadura de rebelde.

Para un hombre medianamente respetuoso de su crédito moral habría sobrado esta circunstancia y sus relaciones íntimas con los Dreyfus desde sus famosos empréstitos de 1870 para atajarle la mano y aun el pensamiento de una negociación irresponsable, consumada a la sombra de su advenediza omnipotencia.

Pero el dictador Piérola, dando testimonio de la arrogancia sin escrúpulo con que se había acostumbrado a jugar con los millones de su patria, obró precisamente en sentido opuesto, y desde el día de su advenimiento al poder entró en una negociación que tal vez no ha sido sobrepasada por ningún escándalo financiero en América ni el mundo. El complaciente secretario Barinaga y el astuto apoderado de los Dreyfus, fueron sus cómplices.

Hemos dicho anteriormente que hostilizado Dreyfus para dar cuenta de sus saldos por los agentes fiscales Althaus y Aranibar, había propuesto por buen avenimiento pagar un millón de libras esterlinas, y cancelar cuentas de todo género, por las cuales aquéllos le cobraban alcances que algunos hacían llegar hasta veinte millones de pesos.

Es probable que en esta cobranza habría exageración, porque el Perú había estado siempre necesitado y exigente. Pero los Dreyfus, a estilo de israelitas, formaron o forjaron, para quedar en buen nivel, una contracuenta de embrollos que arrojaba un saldo más o menos análogo contra el tesoro del Perú...

Ignoramos nosotros naturalmente lo que había de verdad en aquel laberinto, porque aquí hacemos la crónica financiera del Perú más no su liquidación. Pero lo llano, corriente y lógico de la situación era que el Perú no debiese un solo maravedí a los Dreyfus, según acontece de ordinario en todos los casos de habilitación de dinero sobre prenda, en que nadie es admitido a girar en descubierto. Había quedado esto demostrado precisamente en 1870, cuando los Dreyfus tomaron la habilitación, a virtud de los empréstitos de Piérola, de

manos de la antigua Compañía consignataria del huano que enriqueció a los Canevaro, a los Caudamo, a los Valdeavellanos y a otros primitivos y suculentos explotadores de las fabulosas islas de Chincha, porque aun en aquellos comienzos del arte, la sociedad resultó alcanzada en favor del erario del Perú en la enorme suma de diez millones 603.640 soles.

Por otra parte, se había practicado hacía poco en Lima, esto es, cuando se quitó la consignación a los judíos Dreyfus para pasarla a los judíos Raphael, una liquidación formal y finiquitada, a virtud de la cual se declaraba por el gobierno del general Prado que los primeros no sólo no tenían derecho para cobrar un ochavo al fisco peruano, sino que eran deudores efectivos de un saldo de 657.384 soles y cuarenta y seis centavos. Por su parte y para no quedarse un sólo punto atrás, los israelitas de París reclamaban en su favor la escandalosísima suma de 18.776.925 soles y cuarenta centavos de sol, alegando mermas y anticipos.

Y bien, pasando sobre todo esto, enormidades y decoro, fraudes y buena fama, el audaz dictador ajustó con los acreedores y cobradores de su suelo en agonías un pacto misterioso en el cual no sólo se daba por pagado del último maravedí de su acreencia y por cancelada toda reclamación ulterior en favor de sus derechos, sino que reconocía la totalidad de la cobranza judaica a sus amigos de 1870, 74, 77 y 79, cuatro períodos de su confabulación evidente con ellos...

El monto de la carga de esa manera impuesta al Perú y al porvenir con una simple rúbrica echada sobre un papel en la media noche y so capa de la impunidad y de la omnipotencia de una dictadura irresponsable, importaba 4.008.000£, 7 chelines y 7 peniques, o sea 21 millones de soles al cambio de 45.5 peniques.

Era tan notoria y tan flagrante la enormidad de aquel pacto, que aun en plena dictadura, el Comercio, diario decano de Lima, se atrevió en su edición de la noche del 10 de enero a censurar la operación, publicando una carta de París en que se proyectaba luz favorable sobre los negociados traídos a buen camino por los delegados civilistas Rosas y Goyeneche.

Estalló inmediatamente la ira del dictador por aquella justa y moderada apreciación de un hecho financiero, de pública discusión, y se dispuso castigar inmediatamente a aquel diario con el sencillo procedimiento de los déspotas: la mordaza. Y para este fin escribió una carta, en nombre de la decencia y de la dignidad, a su secretario de gobierno, y mandó enseguida clausurar la imprenta, por el mismo camino del presidente Balta que pretendió emparedarlo.

Mas, la cólera del dictador no quedó saciada con aquel arrebató y su ejecución, porque, cuando llegó a su noticia que los comisionados Rosas y Goyeneche habían firmado, en competencia con el suyo, un contrato mucho más ventajoso, honorable, garantido y a firme para el Perú, olvidándose que el que él mismo había suscrito con Ford había sido ad referendum, destituyó ignominiosamente a aquellos dos servidores del país y libró un decreto ordenando confiscar sus bienes como en los días más aciagos del feudalismo salvaje. Por fortuna, el doctor Rosas, hombre a quien aborrecía intensamente el doctor Piérola, acusándole del «asesinato» de Herencia Cevallos y de Gamio, del «envenenamiento» del general Vivanco y otros miles crímenes y patrañas, no tenía sino

escasos bienes, escudo reluciente de honradez acrisolada en el Perú. Y en cuanto a Goyeneche, para embargar y vender su fortuna en remate público era preciso vender a Arequipa toda entera, ciudad y campiña, con todas sus casas de piedra y todos sus topos de tierra. Y por esto el bárbaro decreto parece no pasó más allá del papel.

Entre tanto, ¿cuál ventaja pública había derivado la dictadura de su contrato provisional con el agente de los Dreyfus? He aquí el misterio, porque el secretario Barinaga se limita a poner puntos suspensivos donde tal vez se habla de millones. Se ha creído, sin embargo, que el adelanto en dinero obtenido en la negociación, era el mismo que los habilitadores de 1870 habían ofrecido a Althaus y a Aranibar, a Rosas y Goyeneche, esto es, cinco millones al contado, en cambio de 21 millones que el Perú les pagaría a plazos y con hipotecas especiales, principalmente las de Lobos, aparte de muchas otras cláusulas estrechas y leoninas.

Fuera de esta negociación que será de eterno baldón para don Nicolás de Piérola, considerado como hombre y como administrador, y para sus cómplices, especialmente para su ministro de hacienda Barinaga, que había escapado de un proceso parlamentario hacía un año para abrirse a sí propio el hartazgo más grave de la historia, el dictador expidió algunos decretos que revelaban cierta clara inteligencia y fácil comprensión de los negocios de un estado. El 25 de diciembre abolió el ridículo decreto de interdicción (copia del librado en Chile al comenzar la guerra), por el cual el vicepresidente La Puerta había prohibido el 8 de noviembre anterior todo comercio con Chile en represalias del desembarco de Pisagua, y enseguida por decreto de 26 de enero abolió todos los nimios y odiosos gravámenes que una ley de recursos dictada por el Congreso el 4 de febrero de aquel año había impuesto al comercio, gravando con 25 centavos todo bulto que se embarcase o desembarcase, con 80 centavos la tonelada de fierro, carbón y otros metales, y con 30 centavos adicionales los licores, naipes, cigarrillos y otros artículos de regalía y vicio en aquel indulgente clima.

En cuanto a la azúcar, ramo de exportación que después de la ocupación de Tarapacá por los chilenos comenzaba a ser el artículo principal de renta para el Perú, abolió el decreto que la gravaba con un sol por quintal, pero le impuso otro en realidad más fuerte porque era más efectivo, o sea, 20 peniques por quintal español a la azúcar granulada, 18 a la mascabada, o azúcar de miel, y 15 al concreto o azúcar de purga, sin cristalizar.

Dispuso también el dictador con fecha 14 de enero de 1880 que la emisión autorizada por el gobierno anterior se cerrase en 60 millones de soles que era precisamente el de su máximo, lo cual era cuerdo. Pero llevado de su inquieto e incesante afán de renovarlo todo, y en un decreto que comenzaba por declarar que el oro había desaparecido del todo en el Perú, ordenaba (enero 14 de 1880) que el tipo legal de la moneda y los contratos para lo futuro fuera el oro... es decir, la libra esterlina. Al propio tiempo adjudicaba dictatorialmente al sol un valor legal de doce peniques, cuando al cambio corriente de la plaza era muy inferior a esa forzada y por lo mismo ficticia e ineficaz equivalencia.

Tales fueron los estrenos financieros del dictador, arbitrios peligrosos que le condujeron por un sistema fijo, en que la audacia hacía de continuo medias con el empirismo, a invertir en el espacio justo de un año la enorme suma de ciento catorce millones de soles destinada a imponer a su país las más tremendas derrotas de su historia.

## Capítulo V

### El plan de campaña del dictador Piérola

En otro lugar de este libro hemos dicho que la condición dominante en el carácter de don Nicolás de Piérola era la tenacidad, «tenacidad catalana».

Llevaba así al gobierno de su país el dictador arequipeño la misma fuerza que le había sostenido en la conspiración: la intensidad del propósito, acompañada de una laboriosidad a toda prueba, fantástica en ocasiones, pero incansable siempre. Por la vía de los contrastes, la fuerza del caudillo político de Chile en esas horas era «la fuerza de la inercia».

Con el fin de dar cuerpo a sus resoluciones militares de la primera hora, dictó en efecto el jefe supremo del Perú medidas eficaces o de detalle durante todo el mes de enero de 1880; y la más importante de aquéllas fue el planteamiento de la conscripción militar en toda la república.

Auxiliado probablemente por el censo de 1874, y por los datos que, aun en país tan desgobernado como el Perú, le ofreciera el registro civil, pudo repartir con cierta equidad el dictador los contingentes solicitados de las diversas provincias del Estado, desde Lima al Amazonas y desde Tumbes a las quebradas de Tarapacá.

Siendo el Perú un país de tres millones de habitantes, el recuento de éstos arrojó un total de 245.793 individuos aptos para las armas entre los 18 y 50 años, que eran los términos de la conscripción. Descontados 5.437 extranjeros repartidos en el país, el acervo líquido de la carne de cañón quedaba en pie de 240.356 individuos. Mas como se trataba de poner sobre las armas sólo la reserva movilizable que debía incorporarse al ejército activo, se designó el 18 por ciento del total o sea 43.255 hombres para la inscripción inmediata; pero todavía de este número se descontó algo más de la mitad (24.313) porque los últimos habían tomado ya las armas. El monto definitivo y exigible de hombres era sólo de 18.942, todo en números más o menos aproximativos.

Hasta el día en que se hizo el llamamiento general (enero 24 de 1880), los departamentos colindantes de Lima y Junín habían sido los que con más fuertes contingentes habían ocurrido a la guerra, de suerte que sería escaso su raudal de sangre ofrecido ahora a la formación de nuevos ejércitos o reservas movilizables.

Lima había contribuido con 3.568 soldados, y le quedaba un sobrante disponible sólo de 725 plazas.

Junín estaba representado en el ejército activo por 2.700 reclutas y su reserva llegaba apenas a 456 plazas. En cambio el Cuzco, que había entregado ya 2.400 indios de guerra, contribuiría todavía con 1.300, y la egoísta Arequipa que había equipado sólo 2.000 hombres ofreció un contingente de 771.

Del resto de los departamentos, y entre aquéllos que con mayor abundancia pagarían su tributo de fuerzas activas, figuraban en primer lugar Puno con 2.366 reclutas, Amazonas con 1833, Cajamarca con 1.734, y Ancachs con 1.007. Los demás en proporción inferior.

Por la parte que correspondía a la ciudad de Lima, se ordenó el cumplimiento del decreto de conscripción de 26 de diciembre, por el intendente de la ciudad y jefe de su policía el coronel don Mariano Bustamante el 4 de febrero. El cupo de limeños propiamente tales era sólo de 434, y se disponía en el llamamiento local que si no se presentaban los designados en el plazo de una semana, serían presos. Excusado es decir que en todos los departamentos del interior, antes y después de ese plazo, los recalcitrantes serían «amarrados».

No es tampoco necesario decir que los desertores eran tan numerosos como los inscritos, y a este grave particular se refiere la siguiente nota circular que el ministro de gobierno expidió reservadamente el 5 de febrero y que original tenemos a la vista:

«SECRETARÍA DE GOBIERNO Y POLICÍA.

Lima, febrero 5 de 1880.

Señor prefecto del departamento de Tacna:

Algunos cuerpos de voluntarios venidos a esta capital de los distintos departamentos de la República, con motivo de la injusta guerra a que nos ha provocado Chile, han sufrido considerables bajas por la deserción de individuos que estando enrolados en ellos han regresado, sin duda a su país, sin la respectiva licencia final otorgada por la autoridad competente.

Como la tolerancia o impunidad de semejante delito, aparte de relajar la moral y disciplina militar que deben conservarse en todo su rigor, según las prescripciones de las ordenanzas, traería fatales consecuencias para el ejército y muy especialmente para el país; S. E. el Jefe Supremo me ha encargado prevenir a U. S. que expida las órdenes más eficaces a las autoridades que le están subordinadas, para que en las provincias y distritos de su mando proceda inmediatamente a perseguir, aprehender y remitir, por conducto de esa prefectura, a esta capital, a disposición del E. M. J., a todos los desertores que se hallen en esos lugares, siempre que no estén provistos de la respectiva licencia final que los exceptúe del servicio por inútiles, expedida por quien corresponda.

El gobierno espera del acreditado celo de U. S. por el buen servicio y del de las autoridades de su dependencia, que el anterior mandato será pronta y exactamente cumplido.

Dios guarde a US.

Nemesio Orbegoso».

Entre las medidas militares de detalle que el dictador expidió con relación al ejército, después de las que en los capítulos anteriores y el presente dejamos recordadas, figuran la organización de la artillería en una sola brigada, con cinco batallones y la de la caballería en varias brigadas con dos escuadrones cada una, siendo uno de estos de «lanceros» y otro de «tiradores» (decreto de 3 de enero de 1880).

El 10 de enero se mandó asimismo crear tres cuerpos facultativos de zapadores, de pontoneros y de mineros... y el 1.º de febrero, sobre la base de la Columna Constitución del Callao, que daba la guarnición a los buques de guerra, se creó el batallón de Marina, que tan lucida figura haría en la batalla de Miraflores, un año más tarde, a las órdenes de su bravo comandante el capitán de navío Fanning.

El gran obstáculo para la organización de los ejércitos del Norte y del Centro no sería sin embargo la escasez de gente ni de decretos, sino la penuria de armas. Las que habían traído bajo el gobierno del presidente Prado el Talismán, el Limeña, la Pilcomayo y otros transportes desde Panamá, habían quedado o en el campo de San Francisco o habían sido distribuidas casi en su totalidad al ejército de Tacna. El vicepresidente La Puerta despachó a últimos de su gobierno un comisionado especial con libranzas hasta por la suma de 200 mil pesos en oro a cargo del segundo vicepresidente Canevaro, pero esas remesas confiadas a los fabricantes de Estados Unidos y compuestas casi exclusivamente de fusiles Peabody, tardarían todavía algunos meses.

En cuanto al armamento del ejército recluta de Lima, había sido dispersado en su mayor parte en la asonada y combate del 21 de diciembre, en que Lacotera y Piérola se disputaron a balazos la dictadura.

Era a la verdad tan angustiosa la situación a este respecto (y bien debieron saberlo los generales chilenos para ajustar sus procedimientos a esa pauta) que se habló de traer armas hasta por la vía del Amazonas, que era la más remota, pero al mismo tiempo la menos insegura:

«El ministerio que ha caído -escribía a Montero el ex-secretario del presidente Prado don Mariano Álvarez desde Lima y con fecha 31 de diciembre de 1879- había encargado a Europa considerable número de rifles, ametralladoras y cañones, dicen que para hacer la guerra a Montero y a los chilenos y establecer una dictadura. Piérola los ha ganado por la mano, y dicen que seguirá la misma política. Dicen también que Piérola no quiere buques de guerra, que no hará más que la guerra terrestre; y que los armamentos nos vendrán por el río Amazonas, debiendo ponerse expeditos inmediatamente los caminos que lleven al más inmediato afluyente navegable».

Esta idea que no era en manera alguna irrealizable, pues el apostadero amazónico del Perú en Iquitos se halla más o menos a la misma distancia de Europa que Panamá, había sido sugerida desde el principio de la guerra por el geógrafo Paz Soldán, ministro a la sazón del presidente Prado.

A fin de obviar en parte aquellas dificultades se ocurrió al menesteroso pero útil arbitrio de ofrecer una prima por las armas extraviadas y de pertenencia del Estado que existían en manos de particulares, y se acordó pagar hasta 15 soles por un rifle Peabody o Comblain, 10 soles por una carabina Winchester, 2 soles por un sable, un sol por una lanza, y un sol por cada cien cápsulas metálicas... tan grande había sido el desbarajuste y el desparramo de la revuelta sobre cuyas espumas había mecido su cuna la dictadura.

Este bando, que lleva la firma del prefecto Echenique y que consultaba también una medida de seguridad interna y política contra el vértigo de los trastornos, achaque tan nativo del Perú como el soroche, tiene la fecha del 21 de enero de 1880, y fijaba diez días para su ejecución. Pasado este término se practicarían «visitas domiciliarias», y el que hubiese hecho alguna ocultación sería penado con seis meses de cárcel y doscientos soles. A los delatores se les ofrecía por cada denuncia cien soles.

Se preocupó al mismo tiempo el dictador de hacer construir cañones en la vasta y bien montada fundición que el mecánico inglés White tenía montada en la Piedra lisa, al pie del San Cristóbal, y éste fue el origen de las innumerables pero poco eficaces piezas de artillería que en número de varios centenares capturó el ejército chileno en San Juan, Chorrillos y Miraflores. Uno de los sistemas de construcción se llamó Wagner, por el de su inventor; y según un escritor militar de Lima los cañones no eran ni de acero ni de bronce, sino de una sustancia que «tenía las virtudes de ambos metales combinados...». Su modelo era el de Vavasseur de a 4, con alcance de tres mil metros cortos.

Un ingeniero peruano, o más probablemente mestizo, llamado Grieve, hizo también fundir algunos cañones que llevaron su nombre y pesaban «diez arrobas», con un tiro de 4.500 metros calculados.

Es curioso observar que el calibre de los cañones se contase en Lima por arrobas, como en Chile el charqui; pero esto no era obstáculo para que el dictador, que en todo andaba, los ensayase en persona en la playa abierta de Conchán, al norte del Callao. Era éste su pasatiempo favorito del domingo durante los meses de enero, febrero y marzo.

Con el ensayo más o menos afortunado de los cañones en la arena, maduraron las aspiraciones de defensa de Lima que habían comenzado a germinar en el cerebro ya cansado del vicepresidente La Puerta y de su prefecto Lara; de suerte que acaudillados un día los limeños por su alcalde municipal don Melitón Porrás, un flebotomo o vacunador de esa ciudad enriquecido por el agio, en unión de varios centenares de voluntarios, principalmente bomberos y artesanos, iniciaron solemnemente los trabajos de fortificación



cavando una zanja al pie del cerro de San Bartolomé el primero o segundo domingo 23 de febrero de 1880. ¡Lejos estaban entonces los defensores de Lima de imaginarse que lo que abrían con la azada no era un foso sino una sepultura!

Para fin tan patriótico pero efímero se congregaron los entusiastas al amanecer de aquel día veraniego en la plaza pública de Lima, y después de oír una misa y sermón que en el atrio de la Catedral dijo el famoso canónigo Tobar, redactor de La Sociedad, el diario religioso-político del Perú, marcharon en columna de a dos, francos hacia los áridos cerros que rodean por el oriente la ciudad, entonando algunos himnos y armados de sus herramientas de trabajo. Los presidía el ingeniero don Joaquín Capello, que en unos corrales había demarcado el día precedente el primer zig-zag. El ingeniero polaco Malinousky, hombre de notoria habilidad, había sido expulsado por Piérola a cargo de antiguo civilista.

Con tal motivo dirigió a los trabajadores el alcalde Porras patriótica alocución, en la cual relucía por más de una faz de su peculiar elocuencia la antigua palangana del nativo oficio, que en Lima ha creado secta: «los palanganas de Lima»:

«Conciudadanos -les decía en su altisonante arenga el alcalde ex-sangrador, en aquel día-: Os contemplo con todo el entusiasmo que inspiran los nobles movimientos populares. El espectáculo que ofrecéis halaga ampliamente al patriotismo. Después de los abnegados sacrificios que la culta ciudad de Lima ha hecho para el sostenimiento de la guerra; vosotros, ciudadanos, que no creéis haber llenado suficientemente vuestros deberes para con la patria, acudís presurosos y entusiastas a prestar el concurso de vuestro trabajo personal en esta grande obra de fortificación de la ciudad.

No son peligros inminentes los que impulsan al municipio de Lima a la realización de esta ardua tarea. No, ciertamente...».

Y proseguía así el alcalde en su verbosa afluencia entusiasmando a la abigarrada muchedumbre que le seguía más como a capataz que como a gobernador de la localidad.

Esto por lo que tocaba a las palabras, reglón abundantísimo y barato en toda operación limeña, sea de paz, sea de guerra. Mas en cuanto a la acción eficaz, he aquí como la describe un testigo de vista:

«Al llegar la brillante división de voluntarios, que así puede llamársele, encontraron demarcado con un cerco cuadrado y una pequeña muralla de piedras, el lugar de la primera trinchera. El señor alcalde dirigió a la comitiva la palabra, a la que contestó un digno ciudadano.

Se procedió a colocar en el suelo una estaca conmemorativa, y dada la voz de principiar los trabajos, el señor alcalde dio la primera palada, y entonces como movidos por un solo impulso, todos los brazos se levantaron y el sonido de los instrumentos que comenzaron a la vez su obra de zapa, se mezclaba con las dianas que ejecutaban las bandas de música,

animando a los ciudadanos y comunicando vigor y fuerza hasta a las manos jamás acostumbradas a tomar una tosca herramienta.

El espectáculo entonces fue indescriptible; más de dos mil ciudadanos entre los que se hallaban al lado de jóvenes vigorosos, muchos padres de familia acompañados de sus hijos y algunos ancianos entre los que distinguimos al entusiasta coronel don Manuel Tafur, se disputaban un puesto en la tarea, y los diligentes encargados de esta obra de preparación, señalaban incesantemente el sitio que debía demolerse, el que debía rellenarse, el muro que debía ser levantado y el camino llano que debía practicarse».

Dos percances sufrieron, sin embargo, los iniciadores que resfriaron un poco su patriótico ardor, y fue el uno la falta de agua para beber después del sudor del pico, y el que una sección de artillería que por San Bartolomé hacía ejercicio, se entretuvo malamente un rato en cañonearlos...

Por lo demás, aquellos trabajos, si bien grotescamente dirigidos, no podían ser más oportunos, y aun desde entonces se habló de iniciar las líneas de Miraflores que tan funestas fueron más tarde a los chilenos.

El dictador, que al parecer no había tomado parte personal en aquellas disposiciones se fastidió al fin con ellas, y declarando que las fortificaciones del alcalde Porras eran absurdas, mandó suspenderlas, echándolas, conforme al dicho vulgar del país: «a la porra».

Por esos mismos días (enero 27) declaró también don Nicolás de Piérola nulo todo lo actuado en el proceso de los reos de Iquique López-Lavalle, Guerra y otros, a título de que el ministro de la guerra Lacotera no había tenido facultades para proceder a su enjuiciamiento; y, en cambio, por decreto de 31 de enero declaró vencedores a los combatientes de Tarapacá como a los de Junín, Ayacucho y la Palma. En el Perú las victorias se decretan, y el diploma de la de Tarapacá debía contener estas palabras, como prueba: «Él... venció en Tarapacá. Enalteció y dio lustre a las armas del Perú combatiendo en el... el 27 de noviembre de 1879».

En medio de estas incorregibles vanidades que traicionan una enfermedad mórbida del espíritu y cuya exageración febril habremos de compulsar más adelante, el dictador, reaccionando vigorosamente en el sentido de la sensatez, dictó el 25 de febrero de 1880 el siguiente acuerdo que asociaba al Perú a las clemencias de la guerra después de las feroces matanzas que habían deshonrado su bandera en Tarapacá:

«Visto el convenio internacional celebrado en Ginebra en 22 de agosto de 1864 por varias potencias europeas, para aliviar la condición de los heridos en la guerra;

Vistas las modificaciones del mismo convenio sancionadas en París en 29 de agosto de 1867;

Visto los Artículos adicionales al propio pacto estipuladas en Ginebra a 20 de octubre de 1868,

Decreto:

El gobierno de la República peruana presta su adhesión al referido convenio internacional, ajustado en Ginebra a 22 de agosto de 1864, así como a las modificaciones y adiciones del mismo, verificadas en las fechas arriba expresadas, quedando en consecuencia sin valor alguno el decreto referente a este mismo asunto expedido en 2 de mayo de 1879 y cuyos términos pudieron engendrar duda sobre la aceptación completa por parte del Perú de todo lo estipulado hasta ahora en los mencionados actos internacionales.

El secretario de relaciones exteriores y culto queda encargado de la puntual observancia del presente decreto y de mandarlo publicar, comunicándolo en debida forma a quienes corresponda.

Dado en el palacio de Lima a los 25 días del mes de febrero de 1880.

Nicolás de Piérola.

Pedro José Calderón».

No descuidaba en medio de estos afanes el dictador del Perú ni su sangre ni su hogar, porque mientras creaba coroneles a sus primos y a sus hermanos (don Carlos y don Exequiel de Piérola), nombraba fiscal de la corte superior de Arequipa a su tío o primo don Manuel de Piérola. ¡Simples arreglos de familia!

Por lo demás, y mientras los chilenos, o más propiamente sus directores se reposaban en las recias calicheras de Tarapacá, la blanda y perezosa Lima comenzaba a tomar el aspecto de una ciudad de guerra:

«Lima se ha convertido -decía una correspondencia formal del 14 de febrero- en un vasto cuartel, no habiendo menos de quince mil soldados, principalmente de infantería, estacionados en ella en este momento, y el número se aumenta constantemente. Es verdad que la mayor parte de ellos son reclutas que probablemente no han visto ni menos manejado armas de fuego en su vida, habiendo sido arrancados por la fuerza a sus hogares para defender a su patria, pues estos cándidos peruanos se imaginan evidentemente que con vestirlos con uniforme e instruirlos en un cuartel durante un mes, es suficiente para convertirlos en guerreros».

Pero lo que afectaba a la opinión pública y a los partidos, reinaba un completo desarme y armisticio que sería de larga duración:

«La política se encuentra en calma -decía el corresponsal antes citado- en la Ciudad de los Reyes, a consecuencia de la llegada del Carnaval con sus numerosos días de fiesta y regocijo. El dictador, después de dar a luz un sinnúmero de decretos, revocando y corrigiendo muchos de los actos de sus predecesores, parece que se ha entregado temporalmente al reposo, y mientras tanto todo marcha como si no hubiera tal cosa, como si una guerra seria no comprometiera el porvenir del país. Es en verdad perfectamente asombroso para el observador superficial, ver la indiferencia con que la mayoría de esta gente mira este asunto, y mientras los vapores llegan unos tras otros del sur y traen poco y nada de noticias, fuera de que Arica que se considera inexpugnable continúa a la expectativa, no ocurre nada que pueda causar ese estado de excitación loca que cualquier rumor de victoria o desastre produce invariablemente por un corto tiempo».

Y, cosa digna de ser recordada, esa misma profunda apatía del placer o del descanso reinaba a esas horas en Santiago, porque una persona que visitó la Moneda en los días que precedieron al carnaval de 1880, la ha comparado a un inmenso, desierto y silencioso mausoleo... Así se hacía la guerra, y a ese paso caminaba la campaña en tan importante, tan crítica y decisiva coyuntura después de la victoria...

No era tan lento, sin embargo, en sus fantásticas concepciones de campaña el dictador del Perú, como el flemático ministro de la guerra de Chile que a la sazón dirigía las operaciones en Tarapacá, porque en los archivos de Lima se han encontrado documentos de los cuales aparece que don Nicolás de Piérola se proponía arrojar a los invasores de esa provincia por un vasto y singular movimiento de circunvalación que comenzaría en las márgenes del lago Titicaca, como la misteriosa peregrinación de Manco Capac y Mama Ocko en los tiempos prehistóricos del Perú.

Con este propósito, el dictador reforzaba de preferencia el ejército de Arequipa enviando una expedición, según antes vimos, a cargo del coronel Recabarren en el Oroya; acantonaba en Ica un pie de fuerza confiándolo al general Beingolea el 30 de diciembre de 1879, y en los últimos días de enero despachaba una exploración singularísima de reconocimiento a los lagos Titicaca y Poopo y de su río intermedio, el Desaguadero, medida peregrina y casi estrafalaria de guerra a que antes hemos aludido.

Para tales fines comunicó instrucciones secretas a su antiguo confidente, el coronel Billingham, y este partió a su destino por la vía de Atico, Arequipa y Puno hacia la Paz.

Se hallaba en esta ciudad el emisario del dictador a fines de febrero, y a su decir, había encontrado la más entusiasta adhesión a sus quimeras. Era la base de estas la destrucción de los puentes del Desaguadero y su navegación en balsas de totora y cueros de lobos...

Y a la verdad, se trataba de ponerla en inmediata ejecución, cuando sobrevino el desembarco de los chilenos en Pacocha. Delante de semejante novedad los planistas militares de Lima comenzaron a despertar de sus ensueños, fruto de su imaginación y de nuestra pereza.

Y para los unos y los otros era ya sobrado tiempo.

Un acontecimiento de mucho mayor significación acabaría de perturbar la plácida confianza de los limeños en su omnipotencia y en la timidez e irresolución atribuida a los chilenos. En la mañana del 10 de abril de 1880, por entre la espesa bruma del otoño, se había sentido dentro de la rada y a pocos cables de su dársena del Callao una terrible detonación que puso en sobresalto las dos ciudades.

Era la escuadra chilena que hacía su aparición viniendo desde Pacocha a las órdenes del contralmirante Riveros; y el estampido que anunciaba su presencia provenía del estallido de un torpedo frustrado aplicado a la corbeta Unión en su propio fondeadero.

Semejante suceso desvía por su solo curso la presente relación hacia un rumbo de mayor brillo y movimiento. Las hostilidades, después de cinco meses de pausa, iban a comenzar en mar y tierra con nuevo y feliz vigor. ¡Al fin!

## Capítulo VI

### El almirante Riveros en el Callao

En el capítulo XI del volumen que precede al presente y bajo el título comprensivo de En el mar, referimos las operaciones de acarreo de tropas y las correrías de aventura a que se había entregado nuestra escuadra después de la feliz captura de la cañonera Pilcomayo, ocurrida el 18 de noviembre de 1879, frente a Punta Coles.

Enseguida el Amazonas y el Matías Cousiño habían visitado las islas de Lobos, destruyendo, conforme a una regla tan absurda como tenaz e irreflexiva, los elementos de embarque de una propiedad valiosísima que la guerra y la fortuna habían dejado en nuestras manos junto con las covaderas de Tarapacá. Tuvo lugar este hecho a mediados de marzo de 1880, después del desembarco del ejército chileno en Pacocha, maniobra que dejó libre el grueso de la flota para sus movimientos propios y ulteriores.

Se puso en consecuencia la última en marcha en la mañana del 6 de abril con el objeto de entablar el bloqueo del Callao, que nuestras naves no visitaban sino de paso y a hurtadillas

desde la malograda expedición que allí llevara en mayo del año precedente el poco afortunado contralmirante Williams.

Se componía la flota de bloqueo del Almirante Blanco Encalada, capitana de la insignia, del monitor Huáscar, ahora a las órdenes del bravo comandante Condell, de la cañonera Pilcomayo, comandante Uribe, y de los transportes Matías Cousiño, Amazonas y Angamos, este último armado con una terrible colisa de reciente invención con alcance de siete mil metros, por cuyo motivo los marinos chilenos le habían puesto «el mal criado». Era un cañón Armstrong, de retrocarga, de 18 pies de largo, pieza formidable de batir, que alcanzó sin embargo mísero fin en las aguas del Callao.

Comandaba la escuadra destinada al penoso servicio del bloqueo del Callao, que en realidad era el bloqueo de Lima y el Perú, el sufrido contralmirante Riveros, alta y mercedamente prestigiado en el país por sus recientes servicios.

Se proponía el almirante como eficaz estreno de su larga y monótona vigilia, destruir por un golpe de mano la corbeta Unión, único buque que por su rápido andar y buenas condiciones marineras, podía incomodar a la escuadrilla bloqueadora, y con este propósito llevaba listas, aparejadas y a remolque dos lanchas torpedos de excelente construcción y considerable costo. Se llamaba una de estas ágiles embarcaciones, comprada en Inglaterra por el agente del gobierno de Chile, la Janequeo, y habían puesto a la otra, para dar compañía a la heroica araucana, el nombre de Guacolda.

Era ésta última la misma que en el puerto de Ballenitas había quitado el comandante Thomson a los peruanos, cuando anduvo excursionando en diciembre o enero en el Amazonas por los mares del Ecuador, junto con el Blanco y con el Loa.

Como el dominio de nuestra bandera en esos días era absoluto en el mar, hacían los marinos de Chile sus aprestos cual si fuera dentro de su propia casa, y a fin de realizar el intento de hacer volar la Unión, o en su defecto, alguno de los cascos que aún quedaban a flote tremolando el pendón peruano, se pusieron en cobro las dos lanchas portatorpedos durante la tarde del 9 de abril; y ya entrada la noche, cuando la escuadra distaba cuarenta millas de la isla de San Lorenzo, se desprendieron aquéllas, al mando la Janequeo del teniente 1.º don Manuel Señoret y la Guacolda de don Juan Goñi, de la misma graduación, ambos oficiales de la dotación del Blanco y jóvenes tan inteligentes como animosos. El Huáscar escoltaba las dos veloces quillas, y partiendo a su objetivo a toda máquina, se encaminaron a su punto de cita, que era el cabezo de la isla de San Lorenzo. Allí, antes del alba del día 10, debían juntarse para combinar su acción y su sorpresa contra los buques peruanos.

Y mientras avanzan una y otra a su destino, será útil echar una mirada a los aprestos de defensa con que aguardaba a los chilenos el arrogante dictador del Perú, que había tenido ya cien días de plazo bajo su bota y su estatuto para prepararse.

No quedaba a los desdichados peruanos en sus horas de angustia sino un tercio de los doce buques de guerra que con 54 cañones en sus portas le habían servido y baluarte para retar, tan ufano como insensato, a «guerra tremenda» a Chile.

Y en realidad y de hecho no disponía sino de un sólo buque capaz de tomar el mar, cual era la escurridiza corbeta Unión. Todos sus otros cascos de guerra habían desaparecido. La fragata Independencia se fue a pique con sus 22 cañones; el Huáscar (5 cañones) y la Pilcomayo (6 cañones), estaban en poder de los chilenos y aún formaban parte de la escuadrilla bloqueadora para aumentar, si era dable, la humillación y pesadumbre de sus antiguos dueños.

Uno de sus monitores de río, el Manco Capac, que hacía poco había sido refaccionado, se hallaba encerrado en Arica, bloqueado a la sazón por el Cochrane, y con esto no mantenía la dictadura en disponibilidad para la defensa del Callao sino el monitor Atahualpa, en pésimas condiciones de servicio, la Unión, buque de 1.150 toneladas con sus 13 cañones de a 12, el Chalaco, viejo transporte que montaba cuatro cañones pequeños, y los transportes desarmados, si bien fructífera e impunemente empleados como acarreadores de armas, Limeña, Oroya, el Talismán y el Rimac, estos dos últimos cautivos. Pero tales cascos, desde que se cerrara el puerto a sus correrías, iban a servir más de embarazo y cuidado que de utilidad a sus guardadores. El desgraciado Perú había perdido, en un año, de sus 54 bocas de fuego destinadas a su guarda, 35. Le quedaban en consecuencia a flote apenas 19 que serían hartamente ineficaces contra la poderosa artillería moderna de los acorazados chilenos, incluso la del Huáscar.

De muy distinto carácter eran las defensas terrestres de la plaza del Callao, armada en guerra como Valparaíso, Valdivia y Panamá desde el siglo XVII para resistir a los bucaneros y a los enemigos de España en el mar del sur, considerado como un lago doméstico por sus reyes (mare clausum).

Enseguida, desde la época de la independencia, y con más especialidad desde la agresión de España que tuvo su desenlace en aquellas aguas el 2 de mayo de 1866, había dispuesto el gobierno de considerables elementos y metal de resistencia. Y por su orden vamos a enumerarlos.

En el centro de la ancha y remansa bahía que espaldea a seis millas de distancia, a la manera de espléndido y natural malecón, la isla de San Lorenzo, como la Quiriquina a Talcahuano, dejando sólo dos bocas de entrada (llamadas «el boquerón» al sur y «la boca grande» hacia el norte), se alzaba todavía enhiesto el célebre castillo del Sol, fuerte ciudadela de piedra acerca de la cual los monarcas españoles acostumbraban preguntar, en vista de sus ingentes costos, si era de material de plata o tal vez de oro...

Esta fortificación, denominada ahora «Castillo de la Independencia», montaba dos cañones Blakley de 500 libras, y estaba apoyada en sus dos costados por la batería a barbata Santa Rosa, al sur, y Ayacucho, al norte, con dos cañones del mismo calibre y sistema Rodoman, cada uno.

Hacia la banda sur de la rada que va a terminar en el sitio de baños denominado «La Punta», se prolongaban las célebres torres de la Merced, ennoblecida con la sangre generosa de Gálvez, y la de Junín con dos cañones Armstrong de 500 libras cada uno, en un todo semejantes a las dos piezas del Huáscar. La batería de torreón Manco Capac apoyaba

los fuegos del castillo de la Independencia hacia el centro y estaba armado con cuatro cañones de a 300, sistema Vavasseur. La batería de a mil, recientemente construida en la extremidad de esta angosta lengua de tierra tenía también un limitado campo de tiro, hacia la mar brava, rompientes que se dirigen hacia el sur y van a apaciguarse en la playa de molicies de Chorrillos y Miraflores.

Habían erigido además los ingenieros militares del Perú con el nombre de baterías de sotavento y barlovento unos cuantos reductos armados con cañones de menor calibre denominados Maipú, Zepita, Abtao, Pichincha e Independencia, sin contar la famosa batería de a mil que mandaba en La Punta el capitán Astete, el héroe del Shah, íntimo del dictador, y otras obras de mayor o menor cuenta construidas a la ligera desde la medianía del primer año de la guerra. Entre estas se mencionaban la batería 17 de marzo, la Pacocha o batería Rodman (fechas y nombres de las revueltas de Piérola) y varios parapetos de sacos construidos en torno al muro de la dársena.

Mejor abrigo que el de sus cañones prestaba a los débiles buques que aún conservaba el Perú el muro de su dársena, obra de lujo más que de utilidad mercantil, de considerable mérito como construcción civil, ejecutada durante los últimos cinco años. Habían sido sus empresarios hábiles ingenieros franceses; sus capitalistas los de la Sociedad general y su costo el de diez millones de pesos (42 millones de francos).

A sus costados o dentro de su remansa cabida se hallaban acoderados y protegidos por palizadas flotantes, como la Esmeralda española en 1820, los barcos peruanos, especialmente la Unión, el Chalaco y el Oroya, regresado este el día 8 de abril de su última comisión al Sur.

En previsión de un repentino ataque, el dictador había mandado organizar al propio tiempo (marzo 16 de 1880) un cuerpo de vigías en el peñón de San Lorenzo, compuesto de un corto destacamento de marineros al cargo de un hombre de mar llamado Mels.

Tales eran los aprestos y los sustos, las expectativas y las precauciones puestas en planta por los peruanos en torno a su histórica ciudadela, llave de Lima y de su imperio, cuando las naves de Chile envueltas en las densas sombras de la noche y de la niebla se acercaban silenciosamente a provocarlas.

Por desgracia, las dos lanchas torpedos, vanguardia y ojos de la flotilla destinada al bloqueo del Callao, se extraviaron en la oscuridad, a consecuencia de una descompostura en la Guacolda, como había sucedido en el intento de ataque matinal emprendido contra Arica, seis meses hacía (octubre de 1879). La Janequeo fue a recalar diez millas al norte del Callao, y su consorte, con igual mala fortuna, si bien logró penetrar sin ser sentida a las 4 de la mañana al interior del fondeadero, no acertó a encontrar al alcance de su botalón armado de poderoso torpedo ninguna de las quillas enemigas protegidas por la oscuridad.

Cerca del amanecer tropezó, sin embargo, con un bote de pescadores que echó a pique en el encuentro, inutilizándose el torpedo que llevaba armado a su proa. Recogida en la lancha la tripulación, resultó ser un interesante grupo compuesto de un abuelo, su hijo y su nieto, llamados los tres «Torres», en aquella bahía defendida sólo por torres.



Conducido por ellos el valeroso teniente Goñi al sitio que ocupaba la Unión, le aplicó el segundo torpedo que a su banda llevaba, pero sin el éxito con tanto afán buscado, porque la máquina explosiva reventó a diez o doce metros de la corbeta, estrellándose en una viga o percha flotante de las que el comandante Villavivencio había puesto en derredor de su buque para protegerlo. La explosión fue formidable. Se experimentó su sacudida en toda la bahía y aun en Lima, se sintió a esas horas, llevando su estrépito la primera nueva de la presencia de los chilenos en la rada.

Se retiró el comandante Simpson cubierto por la metralla que de las cofas de la corbeta y del Chalaco le hacían las tripulaciones puestas en alarma por la explosión del torpedo, y gobernó mar afuera para reunirse a la escuadra que en esos momentos hacía su aparición en el cabezo, o promontorio septentrional de la isla. Se adelantó enseguida desde allí gallardamente la última hacia el fondeadero, ejecutando las diversas evoluciones que constan de un boletín, resumen telegráfico de las impresiones de novedad, sorpresa y arrogancia de los peruanos, que dice así:

«A las 6:15 a. m. los cuatro buques chilenos se ponen en movimiento con rumbo al norte.

A las 6:31 uno de los buques hace proa al puerto y parece dirigirse al fondeadero.

A las 6:40 se detienen todos aguantados sobre su máquina.

A las 6:50 un buque acompañado de una lancha a vapor viene acercándose nuevamente.

A las 7 la bahía toda se llena de niebla y los buques enemigos se pierden de vista.

A las 7:20 se despeja la niebla. Los cuatro buques y la lancha a vapor parecen dirigirse al puerto directamente.

A las 7:35 los buques enemigos rectifican su rumbo y se dirigen al sur.

A las 7:45 todos se aguantan sobre su máquina.

Nuestra escuadra se alista para moverse.

El entusiasmo que reina en las baterías es grande.

Sobre la cubierta de nuestras naves se nota mucho movimiento.

La infame tentativa de hacer volar a la Unión es calificada por los extranjeros como acto propio de los chilenos.

A las 9 la escuadra chilena permanece evolucionando frente al puerto. Ha engrosado con dos buques más que vinieron del norte a todo andar».

El bloqueo del Callao comenzaba de esta suerte, un año cabal después de declarada la guerra, y a las doce del día era notificado a las autoridades de tierra por la siguiente intimación que condujo un parlamentario en una embarcación del Blanco a la que le salió al paso otra del puerto, ambas con bandera blanca.

«República de Chile.- Comandancia.

General de la Escuadra.

Rada del Callao, abril 10 de 1880.

Señor:

Por orden del supremo gobierno de Chile, vengo a establecer el bloqueo de este puerto y de las caletas próximas que de él dependan.

Lo notifico a V. S. haciéndole saber que tengo instrucciones para conceder ocho días de plazo a fin de que efectúen su carga o descarga las naves de comercio neutrales surtas en esta bahía y se alejen de ella. Pudiendo las operaciones de la guerra hacer necesario romper fuegos sobre las fortalezas, los edificios de estas poblaciones y sobre cualquier punto de ésta, creo de mi deber notificar a V. S. con el objeto de que estos habitantes y los buques neutrales se encuentren prevenidos anticipadamente.

Dios guarde a V. S.

Galvarino Riveros.

Al señor jefe militar y civil del Callao».

En el mismo día y pocos momentos después de recibida la lacónica intimación precedente, el prefecto del Callao don Pedro José Saavedra, antiguo tribuno popular y ministro del general Prado durante la dictadura, joven elocuente como Casós, pero sin elevación moral de alma ni de costumbres, envió a bordo la siguiente respuesta:

«Prefectura y comandancia general de armas.

Callao, abril 10 de 1820.

Señor:

Me ha sido entregado en este momento (12:30 p. m.) el oficio de V. S. de esta fecha, en que me comunica que de orden de su gobierno viene a establecer el bloqueo de este puerto y de

las caletas próximas que de él dependan, haciéndome saber al mismo tiempo que tiene instrucciones para conceder ocho días de plazo a fin de que efectúen su carga o descarga las naves de comercio neutrales surtas en esta bahía, y se alejen de ella.

Agrega V. S. que pudiendo las operaciones de la guerra hacer necesario el romper los fuegos sobre las fortalezas, los edificios de estas poblaciones y sobre cualquier punto de esta rada, cree V. S. de su deber notificármelo con el objeto de que estos habitantes y los buques neutrales se encuentren prevenidos anticipadamente.

En contestación debo decir a V. S. que quedo enterado de la notificación de bloqueo que V. S. me hace, y que de ella he dado cuenta a S. E. el jefe supremo del Estado.

En cuanto a que puede llegar el caso de que las fuerzas del mando de V. S. rompan sus fuegos sobre las fortalezas y edificios de esta plaza o sobre cualquier punto de esta rada, puede V. S. estar seguro de que esa hostilidad sería rechazada con todo el vigor que exigen las agresiones injustas y violentas.

Dios guarde a V. S.

Pedro José Salamanca.

Al jefe de las fuerzas navales de Chile en esta rada».

Se notificó al mismo tiempo aquel acto trascendental de la guerra del Pacífico al cuerpo consular en el Callao, por medio de su decano don José Flores Guerra, cónsul del Ecuador, otorgando plazo de ocho días para el desalojo del puerto por los buques neutrales, y aunque en acuerdo de aquella misma fecha los agentes consulares resolvieron solicitar una ampliación doble de plazo, se negó a ello cortésmente el almirante, prorrogando sólo por tres días más la licencia concedida.

Indecible había sido, entre tanto, la zozobra que la repentina aparición de la escuadra chilena en las aguas del Callao, había producido en el vecindario de las dos ciudades. Se había el dictador trasbordado, con su aparato y bullicio acostumbrados, a las baterías del puerto y se le veía correr de fuerte en fuerte acompañado del prefecto Saavedra y del general en jefe de la guarnición del Callao, el anciano general de caballería don Ramón Vargas Machuca.

Se despachaban al mismo tiempo, y casi de minuto en minuto, numerosos trenes por las dos vías férreas que ponen en contacto las dos ciudades, viniendo al puerto los curiosos y desocupados y trasladándose a la ciudad las azoradas familias que huían de la amenaza del bombardeo. Un corresponsal extranjero aseguraba, con fecha cinco días posteriores a la notificación del bloqueo, que la población del Callao, compuesta de veinticinco mil almas había huido en masa hacia Lima y sus alrededores, y agregaba que la consternación era general en todos los ánimos.

No menos de ocho o diez mil almas vinieron al siguiente día, más por curiosidad y patriotería de novedosos, que por consagración cívica de sacrificio, a visitar el puerto y a contemplar la lejana silueta de los barcos chilenos con anteojos de larga vista desde las azoteas. Los ferrocarriles hacían la cosecha del bloqueo a costa de la gloria barata de sus defensores, y según un diario de Lima, el 11 de abril pagaron su pasaje en la línea trasandina no menos de 3.253 patriotas.

Por lo menos, durante los diez días del plazo previo del bloqueo, tregua sino de Dios, de los fardos, no ocurrió en la bahía, como era de esperarse, nada de notable.

En la noche del día 10, y como augurio de su desdichada suerte, las dos lanchas torpedos de que disponían los peruanos llamadas Urcos e Independencia, se hicieron recíprocamente fuego, pero luego se reconocieron y aplacaron.

Se deslizó también el segundo día de la ansiedad limeña sin más novedad que la captura de una balandra llamada Mercedes Andura, que se acercó a la boca del Rimac con cincuenta de los sabrosos y afamados puercos negros de Huacho, regalo tentador para la escuadra. Y el 12 y 13 sólo ocurrió el desahucio de los vapores de la Cía. inglesa que venían del sur y se vieron forzados a desembarcar sus pasajeros en Ancón, cuyo caserío visitó el dictador con su brillante séquito el día 14. La compañía de vapores había trasladado a aquel puerto su cuartel general.

Se refirió, sin embargo, con extrañeza y sobresalto en la mañana que siguió a aquel pacífico y soñoliento día que los chilenos habían asaltado la batería de a mil del capitán Astete en La Punta, siendo los acometedores, como de ordinario, rechazados con no despreciables pérdidas:

«Con el propósito de inutilizar quizás los cañones de la batería de La Punta -decía, en efecto, el parte diario de la Patria de Lima del día 15- los filibusteros del Pacífico intentaron anoche un desembarco, que con fuerza y energía rechazó la fuerza de guarnición de aquel fuerte.

Es posible que los agresores hayan sufrido algunas bajas. Las primeras descargas de la guarnición debieron ser eficaces, porque el silencio más absoluto se siguió al tiroteo que sólo por un momento sostuvieron los enemigos, sin que más tarde se pusieran al alcance de nuestra fusilería».

Pero. ¡oh, cruel burla de la noche y del miedo forjada contra el nocturno heroísmo! Algunas horas más tarde la prensa de Lima rectificaba aquella azarosa nueva diciendo que no eran los chilenos los que habían desembarcado en La Punta y recibido las descargas de su asustadiza guarnición, sino un viejo pescador que por ahí vivía y durante la noche cruzó delante de los héroes con su pobre canoa en demanda de corvinas...

Por su parte, el jefe de la guarnición, tan viejo y alarmista como el pescador de la Punta, había visitado con algazara los cuarteles el día de la ante víspera, y dando cuenta de sus arengas a la tropa, un diario de Lima copiaba estas palabras suyas de entusiasmo patrio y de reto al invasor:

«En S. E. el jefe supremo están cifradas las esperanzas de los verdaderos patriotas. Tened confianza que con su valor, patriotismo e ilustración salvará la honra nacional.

Un enemigo alevé que no tiene más principio que el robo y el pillaje, se ha atrevido a hollar el suelo querido de la patria, sin tener en cuenta que con el valor del soldado peruano sus crímenes tendrán pronto castigo, y mientras llega el momento solemne, ayudadme a decir:

-¡Viva la república! ¡Viva S. E. el jefe supremo! ¡Vivan los jefes de los cuerpos!

Estas palabras fueron contestadas por los señores jefes, oficiales y tropa con entusiastas vivas dirigidos al señor general Vargas Machuca».

El boletín marítimo del día 16 de abril era todavía más pesado que los anteriores, compartiéndose la monotonía de los buques al ancla con la densa niebla invernal que en esa estación del año cubre como impenetrable velo toda la costa del Perú, y de hecho, y sin notificación previa lo bloquea:

«El día amaneció nublado -decía el parte de novedades correspondiente al 15 de abril, y que nosotros copiamos como los anteriores, porque dan idea apropiada de lo que esa operación de guerra, ya desusada, era en sí misma-:

A las 7 a. m., habiendo disminuido la densidad de la neblina, pudimos reconocer la posición de la escuadra bloqueadora y notamos que era diferente de la de ayer.

Hela aquí:

Angamos y O'Higgins fondeados en una caleta de la isla.

Huáscar y una lancha torpedo, en otra caleta de la misma, que está un poco más al oeste que la anterior.

Pilcomayo aguantada sobre su máquina junto al suroeste de la isla y a corta distancia del Huáscar.

Blanco Encalada, fondeado a gran distancia del cabezo, pero formando línea recta con los anteriores.

Matías Cousiño, fondeado a corta distancia del anterior.

No se avistaba el transporte llegado ayer».

Entre tanto algunos buques entraban sin ser sentidos al fondeadero, protegidos por la tenaz camanchaca del otoño, y los más lo dejaban después de terminada en la dársena su descarga.

La escuadra chilena continuaba voltejando en los afueras o fondeada en San Lorenzo, mientras los buques de ronda, que eran generalmente el Amazonas o el Angamos, recorrían la costa desde Chorrillos a Ancón, cruzando con igual objeto las lanchas a vapor dentro de la bahía.

Y mientras todo esto acontecía en la mar, el arzobispo de Lima, monseñor Orueta, daba muestras, tierra adentro, de su piedad y del debilitamiento intelectual de su cerebro, producido más por los años que por la penitencia, publicando en Lima exhortos que debían llevar el terror antes que la esperanza al pecho de sus fieles; al paso que el prefecto de la azorada ciudad, secundándole en su obra de apocamiento y de inquietud, notificaba al pueblo la cesación de la tregua internacional y la apertura de las operaciones activas con la siguiente proclama, en la cual lo bombástico de la frase no alcanzaba a disimular por entero la inquietud pusilánime del alma:

«Pueblo de Lima:

Hoy se cumple el plazo señalado por los enemigos de la patria para romper las hostilidades sobre la plaza del Callao.

Hoy un pueblo entusiasta se levanta con toda la altivez republicana para rechazar y confundir a esos hijos extraviados de América, cuya avaricia y deslealtad constituyen el oprobio de su raza y la vergüenza de su historia.

¿Qué laudable propósito persiguen las naves de Chile en las aguas del Callao?

El que han perseguido siempre en Antofagasta, en Mejillones, en Pisagua, en Iquique y en Arica: el de reivindicación y el vandalismo.

¡Nosotros, en cambio, defendemos la libertad y la justicia, esos sacrosantos principios que inspiraron a nuestros padres la gloriosa epopeya de la independencia, y que hoy nos conducirán a las resplandecientes alturas de la victoria!

Como tenemos la convicción de nuestro derecho, así debemos tener la convicción de nuestro triunfo.

La gloria, que es la consecuencia de la virtud y del valor, brillará en la frente de nuestros soldados y marinos e iluminará bien pronto la conciencia americana, perturbada por el crimen de un pueblo fratricida.

¡Felices los que hoy presenten sus pechos a las balas enemigas, y más felices todavía los que rieguen con su sangre generosa el suelo de esta patria querida!»

«Respetables matronas:

Nada temáis por vuestros hermanos, por vuestros hijos y esposos. Mantened vuestro espíritu tranquilo y levantado; no nos amenaza el arrojo español, como el 2 de mayo de 1866; tenemos delante la alevosía chilena.

Sólo podemos temer en tan solemnes circunstancias que los blindados enemigos no se coloquen jamás al alcance de nuestras baterías.

Mas si escucháis el estruendo del cañón, preparad coronas y laureles para ceñir la frente de nuestros guerreros, porque ese estruendo, os lo juro, será el anuncio de una espléndida victoria.

Juan Martín Echenique.

Lima, a 20 de abril de 1880».

En este estado de cosas llegó la terminación del plazo sin que hubiese ocurrido en la escuadra nada digno de nota excepto el arribo y partida hacia Paita en demanda de armas enemigas de la corbeta O'Higgins que recaló del sur el día 15 de abril, y la singular exención que el presidente de la Cruz Roja en Lima Monseñor Roca, prelado más astuto que evangélico, solicitó el día 16 del puerto de Chorrillos para establecer allí sus hospitales.

Se acercaba, por consiguiente el momento de la acción, y ésta debía iniciarse por un brillante reconocimiento de las posiciones enemigas que tuvo lugar el día 22 de abril y al cual, así como a las operaciones que le sucedieron hasta el día memorable en que se recibió el aviso de la batalla y victoria del Campo de la Alianza, habremos de consagrar el próximo capítulo.

## Capítulo VII

Los combates marítimos del Callao

(Abril y mayo de 1880)

Los peruanos, pueblo tropical, oriundos de casta andaluza, acostumbrados a vivir más de impresiones que de realidades, se hallaban profundamente persuadidos que el último día de la notificación del armisticio precursor de los bloqueos, sería para ellos un día de prueba y de combate.

Nada parecía anunciar en la escuadra bloqueadora semejante propósito. Pero los habitantes de Lima, en cuyos hogares se había refundido íntegramente el vecindario del Callao, recordaban que en tiempo de los españoles había precedido un plazo de gracia a su famoso dos de mayo; y sin más que esto, era en todos los ánimos creencia invencible la de que las aguas del vecino puerto y las altas azoteas de la ciudad iban a ofrecer el interesante espectáculo de un nuevo dos de mayo en abril... Por esto el arzobispo de Lima ordenaba exhibir en ese preciso día las reliquias de Santa Rosa en las iglesias y el prefecto de la ciudad «juraba» en una proclama que la victoria sería de los de tierra. Excedía en esto el procónsul al dictador, porque el último se contentaba con crear victorias, como la de Tarapacá, por decreto simple y aquel las acordaba bajo juramento.

Desde la víspera se hallaba por consiguiente todo listo en Lima y el Callao, que políticamente es su suburbio y su puerta de calle, para aquel aniversario imaginativo. Habían llevado a la verdad los limeños su aprehensión al punto de distribuir el cuerpo médico y las ambulancias en las diferentes baterías desde la noche precedente.

Hecho todo esto, los peruanos esperaron, anhelantes los pechos, las rabizas de los cañones en las crispadas manos, y el dictador a manera de lanzafuego, a caballo y a pie en todas partes.

Mas los buques chilenos ni siquiera se balanceaban en su tranquilo fondeadero, cómodo nido del invierno y del bloqueo, labrado entre los altos farellones del peñón de San Lorenzo, isla-parrilla como la del santo favorito de Felipe II, y San Quintín.

Por más que hicieran y esperaran los de tierra no habría en aquel día, 20 de abril de 1880, «una de San Quintín».

Sólo con la caída de la noche lograron quietarse las patrióticas ansiedades del pueblo y de la guarnición, y mientras los sacerdotes y las monjas volvían a guardar en Lima sus milagrosas reliquias en sus cajas de oro, los artilleros cubrían con sus fundas los cañones que desde el amanecer habían estado apuntando hacia San Lorenzo, midiendo cada cual con anteojos o micromos las distancias que debía promediar el primer proyectil de la victoria decretada y jurada de antemano.



Pero los luctuosos acontecimientos que los peruanos aguardaron en vano el día 20 de abril, se verificaron a su sabor dos días más tarde.

De madrugada dispuso en efecto el almirante Riveros el 22 de abril que los buques de mayor potencia de tiro verificaran un reconocimiento de las baterías enemigas para medir prácticamente su alcance, y al propio tiempo dañasen con sus piezas de calibre la dársena y los buques peruanos que dentro de ella se hallaban refugiados, al abrigo de altos parapetos de sacos y otras defensas adecuadas.

Avanzaron en consecuencia poco después de medio día en orden de batalla el Huáscar, el Angamos y la Pilcomayo, y a las 2:10 de la tarde rompieron sus fuegos sobre la dársena, apuntando con especialidad sobre la Unión, cuyos masteleros les servían de punto de mira para tirar por elevación. El Huáscar se había colocado a cuatro mil metros de las baterías de tierra, y sus dos consortes algo más distantes.

Se trabó en consecuencia un prolongado pero ineficaz cañoneo en el que tomaron parte los buques y baterías peruanas y los tres barcos ya nombrados. Produjeron las balas del monitor algunos incendios en la dársena, en el arsenal y hasta en las calles de la población, muriendo a bordo de la Unión un marinero. Pero no ocurrió nada digno de nota. Se jactaban los artilleros peruanos de haber hecho caer una bomba de la torre de la Merced muy cerca del Huáscar, como el 2 de mayo de 1866 sobre la Numancia; y en conjunto fue tal la profusión de sus disparos que la Unión, cuyos tiros quedaban cortos en menos de la mitad de su trayectoria, arrojó 72 proyectiles «de lujo» con sus dos colisas, cayendo todos al agua... En cambio, la pesada batería de a mil de la Punta hizo sólo dos disparos.

No pasó aquello, en el detalle, de un simple simulacro o ensayo de cañones, retirándose los buques chilenos a su fondeadero a las cinco de la tarde; pero no sin que el dictador se hubiese dado la satisfacción de un telegrama oficial datado en las baterías a las 3:40 de la tarde y proporcionándose enseguida la ocasión de una proclama el verboso prefecto de Lima, quien a su vez, disparaba a su manera, sobre los chilenos.

Quedaron un tanto acalorados los espíritus con el cañoneo de aquel día, y a la mañana siguiente hubo un encuentro de lanchas cerca de la dársena.

Según apareció entonces, la Janequeo y la Guacolda, comandadas por sus dos bravos e infatigables comandantes Señoret y Goñi, habían intentado un golpe de mano sobre el pesado monitor Atahualpa que se hallaba anclado cerca de la Unión al costado norte de la dársena; pero sentidos, hubieron de retirarse.

Eran en esa coyuntura las 4 de la mañana del 23 de abril, y mientras se alejaban, se avistaron con la lancha Urcos que mandaba el teniente peruano don Domingo Vallerriestra, hijo o nieto de un conocido almirante de su país, y con el encuentro se produjo un ligero tiroteo. Los chilenos arrojaron una granada de mano al fondo de la Urcos, hiriendo a su comandante, al teniente del batallón de marina don José María Delgado y a cinco marineros y soldados. Y con esto los guerrilleros del bloqueo se retiraron a sus respectivos puestos.

En el mar con el vapor se pelea ahora como en tierra: a caballazos...

No ocurrió tampoco nada de notable en las dos semanas subsiguientes; ni aun en el temido y esperado 2 de mayo se movió en la bahía ni una vela ni una mosca. Habían sobrevenido en la rada las mismas bravezas de mar que en ese momento se experimentaban, causando tan mortificantes retardos, en la caleta de Ite, y con este motivo un telegrama del Callao a un diario de Lima del 5 de mayo burlescamente decía «que el mar estaba más bravo que los chilenos».

En cambio, los peruanos, que no se dormían, lanzaron en la madrugada de ese mismo día o en la noche precedente dos enormes torpedos flotantes, especie de cilindros de cobre cargados con dos o tres quintales de pólvora, que habrían podido volar así nuestros acorazados como los buques de guerra neutrales surtos en la bahía, porque navegaban al garete arrastrados por el viento y la corriente. Los descubrió afortunadamente al amanecer del día 5 el Amazonas, buque de ronda, y después de echar a pique uno de ellos a cañonazos con el auxilio de la Guacolda, condujo el otro a remolque al San Lorenzo, donde estalló con terrífico estruendo al chocar contra una roca. Los artilleros peruanos intentaron desviar la atención del Amazonas o atraerlo hacia otro punto de la bahía, con cuyo fin le hicieron algunos tiros, pero en vano, desde las baterías del Norte.

Mandaba uno de estos reductos llamado «batería Rodman» el joven comandante de artillería don Elías Latorre, hermano del bravo y pundonoroso captor del Huáscar y que a la sazón bloqueaba a Arica con el Cochrane.

Pasaron algunos días del eternamente monótono bloqueo, sin más novedad que la de haberse varado en San Lorenzo en la mañana del 7 de mayo el transporte Matías Cousiño; pero nuestros marinos lograron zafarlo con cortas averías dos o tres días más tarde.

Con todo, y deseando probablemente el almirante castigar la alevosía de echarle torpedos sueltos, que no tenían la excusa del valor de quien los condujera o aplicara, ordenó un bombardeo formal de todas las posiciones enemigas señalando el día 10 de mayo para su ejecución.

Había regresado del norte, trayendo a su bordo las autoridades de las islas de Lobos en la noche del 9, la corbeta O'Higgins, y esta tomaría también parte en el combate, al mando de su bizarro y entendido comandante don Jorge Montt.

Ocuparon en consecuencia sus posiciones de combate, a la una de la tarde del 10 de mayo, el Huáscar, la Pilcomayo, el Angamos, y el Amazonas frente a la dársena, el Blanco a la altura de la batería de a mil de la Punta, y la O'Higgins, doblando ésta por el lado de la Mar brava, para atacar sus formidables piezas de enfilada, o por su espalda.

Rotos los fuegos a larga distancia, como el 22 de abril, se hizo notoria la osadía del capitán Condell, quien sumergiendo su buque mediante la inmersión de sus paños de agua, para presentar menos cuerpo al enemigo, se avanzó con extraordinaria rapidez hasta dos mil quinientos metros de la dársena, y desde esa posición, valientemente secundado por la Pilcomayo, causó gravísimas averías a todos los buques especialmente a la Unión, al Limeña y al Chalaco, recibiendo en cambio tres o cuatro proyectiles en su costado, algunos

de éstos de los cañones de más corto calibre de la plaza: tal fue su temeraria proximidad y era así como se vengaba Condell «el sin vergüenza», apodo cotidiano de los peruanos en su agravio.

El capitán Uribe, por su parte, se mostró digno de su fama; y se señaló en aquel día a la admiración de la escuadra por sus certeras punterías un oficial de batería del buque que aquel jefe mandaba, el teniente 1.º don Carlos Moraga. El bravo y malogrado Orella, ausente a la sazón en Ite, había encontrado su sucesor.

Sostuvo con brillo su puesto la O'Higgins, peleando con evidente desventaja en una mar alterosa; y a su turno, el buque almirante se mantuvo resueltamente dentro de la línea de los fuegos hasta que una bomba de a mil cayendo muy cerca de su proa bañó el buque de agua, levantando alta columna que el viento dividió a manera de sábana envolviendo toda su quilla.

Con este motivo se retiró prudentemente el almirante fuera del alcance de las fornidas piezas de la Punta, cuyos artilleros, engreídos por aquella hazaña, se pusieron locamente a disparar cohetes en señal de burla y de victoria.

Se llamó esta jornada el segundo bombardeo del Callao, después del ocurrido el 22 de abril, y como de costumbre uno y otro contendiente se atribuyó la mayor suma de ventajas. Los buques chilenos dispararon 408 proyectiles y muchos de ellos fueron cruelmente eficaces, porque los peruanos publicaron una lista de 30 heridos, pertenecientes en su mayor número a sus buques, al paso que los proyectiles de tierra en número de 151, no causaron a bordo de la escuadra bloqueadora una sola avería de importancia ni una sola baja. Por el contrario, reconocieron los defensores del Callao la excelencia de las punterías de nuestros artilleros, y paladinamente agregaban que si el bombardeo hubiese sido ejecutado desde mayor proximidad, el Callao habría desaparecido. Una sola bomba del Blanco o de la O'Higgins, lanzada sobre la batería de la Punta, mató a dos infelices mujeres llamadas Patricia Vallejos y Victoria Palomino, cantineras del batallón Mirave, que allí preparaban el rancho de la tropa.

El «segundo bombardeo» duró cuatro horas, desde la una y media a las cinco y media de la tarde, según consta del siguiente parte oficial del almirante chileno, siempre lacónico y verídico, fechado el 12 de mayo:

«El día 10 ordené un nuevo ataque sobre la dársena y algunos fuertes de esta plaza.

Dispuse que la O'Higgins, tomando posición hacia el sur de la isla de San Lorenzo, y al frente del canal de la boca chica, enfilase por ese costado las fortalezas de la Punta, servida con dos cañones de a 1.000; mientras el Blanco, colocado en el canal, a 4.000 metros de distancia, dispararía por el frente sobre esa fortaleza.

El Huáscar debía situarse en el extremo de la línea hacia el norte; y entre ese monitor y el Blanco Encalada se colocarían la Pilcomayo, el Amazonas y el Angamos, a 5.000 metros de tierra. El punto de mira de esos buques debía ser el muelle dársena, tras del cual continúan abrigadas las naves enemigas.

La O'Higgins, colocada frente al canal de la boca chica, sostuvo sus fuegos como a 4.500 metros distante del fuerte de la Punta, sin poder ser dañada fácilmente por los proyectiles, a causa de que los cañones de ese fuerte tienen poco ángulo de tiro hacia el sur.

El Huáscar rompió sus fuegos a los 5.500 metros fijados, y fue paulatinamente acortando la distancia hasta llegar a menos de 3.000 metros, pudiendo usar de los cañones de su torre. Hallándose el monitor en el extremo norte de la línea de ataque no podía ser alcanzado por las baterías de a 1.000, que son indudablemente las de mayor alcance en estas fortalezas. Sin embargo, aquella nave, disparando a corta distancia, fue herida por un proyectil bajo la línea de flotación, que abrió una vía de agua, otros dos proyectiles chocaron sin penetrar en su casco, y uno cortó dos obenques del palo mayor.

Del examen practicado resulta que el proyectil que penetró en el Huáscar fue de cañones de poco calibre y lo alcanzó probablemente cuando, a causa de algún balance, esa nave descubría las partes débiles de su fondo. Esas averías han sido reparadas y el monitor puede sin inconveniente continuar aquí sus importantes servicios.

Las otras naves de la escuadra, usando de sus cañones de retrocarga, sostuvieron los fuegos hasta 4:45 p. m., hora en que ordené suspenderlos.

La Pilcomayo continuó, sin embargo, contestando con notable acierto algunos disparos hechos por el fuerte de la Punta hasta las 5:30 p. m.

Según los partes de los comandantes de estos buques, se han gastado proyectiles en la proporción siguiente:

El Huáscar hizo 145 tiros, de los cuales 33 fueron con los cañones de su torre;

La Pilcomayo, 108;

La O'Higgins, 100;

Angamos, 32;

Amazonas, 25;

Blanco Encalada, 8.

En general, las punterías fueron certeras, pudiendo calcularse que el 70 por ciento de estos disparos ha caído en la dársena, en los fuertes o en la población».

A la mañana siguiente todo había entrado en la acostumbrada soñolienta quietud de los bloqueos, y el boletín peruano del 11 de mayo así lo decía:

«Callao, mayo 11.

(Recibido a las 11:45 p. m.)

Señor prefecto:

La escuadra enemiga aparece en la madrugada de hoy distribuida así: Huáscar, Cousiño y Toltén cerca del cabezo, un poco hacia el norte; Pilcomayo y Angamos de guardia; Blanco muy alejado.

Neto».

Sin embargo, la O'Higgins fue despachada ese día a bloquear a Ancón, estrenando sus cañones contra los trenes y factoría de la plaza, que desde ese día dejaron de funcionar.

El 12, rescatado de su peligrosa posición sobre una peña, se marchó al sur el andariego Matías Cousiño, al mando de su entusiasta capitán Catelston. Había este presenciado desde a bordo del Huáscar las hazañas del capitán Condell, y al transmitir desde Iquique el día 19 de mayo su anuncio telegráfico, rumor caluroso de aplauso se dejó oír en todo el país tributado a la conducta del feliz vencedor de Punta Gruesa.

Los boletines sucesivos del bloqueo, que originales tenemos a la vista, recogidos en las oficinas telegráficas de Lima y el Callao, acusan calma imperturbable durante la medianía de mayo, en esta forma:

«Callao, mayo 16 de 1880.

Señor prefecto:

Los buques enemigos en el cabezo de la isla. Amazonas, navegando al frente de la bahía. Blanco, que salió esta mañana con rumbo al norte, regresa en este momento.

Zuleta».

«Callao, mayo 21.

Señor prefecto:

Sin novedad.

Neto».

«Mayo 22.

Señor prefecto:

Sin novedad.

Zuleta».

«Mayo 24.

Señor prefecto:

Los buques enemigos permanecen inmóviles en su fondeadero.

Neto».

Sin embargo, en la madrugada del último día un violento incendio interrumpía la monotonía del bloqueo y de los partes. Comenzó el fuego a las tres de la mañana en el barrio de Chucuito. En pocas horas destruyó varias propiedades, y costó algunas vidas a los bomberos de Lima, acantonados a firme en el Callao para prestar, como en todas partes, sus abnegados y humanitarios servicios.

No sobrevino, por lo demás, desde el «segundo bombardeo del Callao», suceso digno de especial memoria en el bloqueo, hasta la madrugada del 25 de mayo, en que se verificó en el centro de la bahía un duelo de botes-torpedos, sin ventajas pero con dolorosas desgracias para los dos combatientes, compartiéndose por iguales partes entre ellos la gloria y el infortunio.

Echaron de ver, en efecto, con la primera claridad del alba de aquel día los infatigables vigías de la noche Señoret y Goñi (quienes haciendo constantemente la ronda de los buques para protegerlos de acechanzas y de torpedos no pestañeaban) que por el lado de la Punta aparecían los humos de tres lanchas peruanas, y en el acto gobernaron sobre ellas para cortarlas y librarles combate con las suyas.

Era, en efecto, la lancha Independencia acompañada de la Urcos y de la Arnos, que a su vez corrían la ronda de sus posiciones. La primera, que hacía de capitana, había salido aquella noche a las 11 del Callao, mandada por el teniente de marina don José Gálvez, mozo heroico, digno de su padre. Era su segundo un joven guardia marina llamado San Martín.

Parecía por el corte de su quilla la Janequeo un verdadero pez de mar, y rápida como el viento cortó el vuelo a la Independencia, logrando escapar sus consortes hacia las baterías. Conseguido esto, se lanzó inmediatamente el teniente Señoret, que mandaba aquella, sobre su presa y le reventó gallardamente el torpedo de su botalón de proa bajo la roda.

Comenzó a hundirse en el acto el pequeño barco peruano; pero alzándose sobre su borda con esfuerzo verdaderamente digno de alma de héroe, el joven capitán peruano, secundado por un practicante de medicina llamado Ugarte, de la dotación del Atahualpa, que de humorada se había embarcado aquella noche, encendió con la luz de su lámpara la mecha de un torpedo de cien libras que llevaban prevenido a su bordo y lo arrojaron entre ambos sobre el salón de fuegos de la lancha asaltante, disparando al propio tiempo Gálvez con su revólver, como Ricaurte en San Mateo, para apresurar su estallido. Se produjo este al segundo tiro, mató a los dos fogoneros de la Janequeo y abrió en ésta ancho portillo por el cual comenzó a sumergirse: de suerte que los dos combatientes, como los luchadores del Manfredo de Byron, que juntos rodaron al abismo, se fueron aferrados a pique, quedando herido en una mano el bravo Señoret y horriblemente desfigurado pero no muerto su digno antagonista, por la explosión de su propio torpedo.

Por fortuna llegó oportunamente la Guacolda al socorro de los naufragos. Fueron salvados siete de los trece tripulantes de la Independencia y entre éstos su interesante jefe. Los tripulantes de la Janequeo se refugiaron a nado en las vecinas chatas neutrales y el teniente Gálvez, llevado respetuosamente a bordo del Blanco, fue devuelto dos días más tarde a su familia y a su patria. El guardiamarina San Martín y el animoso practicante Ugarte, sucumbieron ahogados con el resto de los tripulantes de la Independencia, causando aquella escaramuza la pérdida de no menos de diez vidas y 150 a 200 mil pesos para uno y otro beligerantes.

Tuvo lugar asimismo, a fines de mayo (el día 27) un tiroteo de cañón durante el cual la peripecia más señalada fue la de que un diestro artillero del Angamos puso dentro de la cámara del Chalaco, en los momentos en que sus oficiales almorzaban, una bomba que llenó el lujoso salón del buque de astillas, cayéndole (así dice una relación del suceso) algunas de aquellas en la boca al guardiamarina Portal y otras «en las patillas» al comandante La Barrera, que se hallaba recostado muellemente en un sofá, cociendo probablemente su digestión, mientras el guardiamarina comenzaba la suya.

Por lo demás, las peripecias de este cañoneo están contadas conforme a la versión peruana en los siguientes telegramas inéditos:

«Callao, 27 de mayo.

A las 11:20 a. m.

Señor Prefecto:

A las 10 y 30 el Huáscar rompió sus fuegos sobre esta plaza: por 15 minutos ha sostenido con alguna viveza el cañoneo que continúa aún. Lancha portadora de comisión encargada de traer a Gálvez entra en Dársena en este momento.

Neto».

«11:30 a. m.

Señor prefecto:

Los tiros de tierra obligan a alejarse al Huáscar a toda máquina. Angamos rompe el fuego. Después de varios certeros disparos y muy especialmente de uno de la Unión, el Huáscar sigue puesto fuera de tiro. El Angamos es el único que sigue sosteniendo el combate.

Neto».

«11:50 a. m.

Señor prefecto:

Tanto de parte del enemigo como de nuestras baterías ha cesado ya hace rato el fuego. El Angamos sigue navegando hacia afuera.

Neto».

«8:38 p. m.

Señor prefecto:

Nuevamente dispara el Huáscar.

8 y 20. Angamos y Pilcomayo continúan disparando, el primero hacia la población, la segunda hacia la batería del dársena, sin éxito. El Huáscar con proa al norte permanece mudo.

8 y 30. Huáscar y Angamos hacen fuego. Pilcomayo y Angamos ponen proa fuera.

Neto».



El día subsiguiente fue, como los de casi toda aquella pesada estación, intensamente nublado, y tanto era esto, que por la noche los buques se hacían señales con cañón para reconocerse:

«En este momento -escribía el vigía del Callao al prefecto de Lima a las once de la noche del 28 de mayo- se han sentido dos detonaciones muy lejanas. Son sin duda señales que hacen los buques enemigos a causa de la neblina que cubre la bahía».

Pero la calma precede de continuo al huracán, según la leyenda del marino y la experiencia del meteorologista, y esto fue lo que aconteció en las aguas del Callao después de su invernal y tenaz camanchaca, porque el día 29 de mayo fue aniversario del célebre combate de Pacocha entre el Huáscar y el Shah. Y como si aquel aguerrido barco hubiese querido recordar su bien alcanzada gloria en ese día, se presentó impávido al frente de las baterías.

Es interesante la versión peruana e inédita de este combate matinal, especie de «esquinazo» de guerra dado a la plaza, y por lo mismo vamos a copiarlo de sus telegramas originales que así dicen:

«Callao, mayo 29.

7:20 a. m.

Señor prefecto de Lima:

Dos lanchas enemigas empezaron fuego contra las nuestras a las 6:20. La Pilcomayo, Angamos y Huáscar se dirigen a la bahía y la primera rompió el fuego habiendo hecho un disparo el Huáscar, virando luego ambos, por señales que les hacía el Blanco. Regresando inmediatamente, siguiendo los tres los fuegos que eran contestados por baterías plaza.

Zuleta».

«7:40 a. m.

Señor prefecto:

Angamos, Pilcomayo y Huáscar mantienen lentamente el fuego sobre la plaza. Quedan muy cortos los disparos del enemigo.

Zuleta».

«8 a. m.

Señor prefecto:

Pilcomayo sostiene el fuego con más empeño. Al parecer el enemigo está hoy colocado a mayor distancia que en los días anteriores. Huáscar hace un tiro que cae al mar, contesta la Unión. La Pilcomayo se ha colocado cubriendo al Angamos. El Blanco y un transporte avivan sus fuegos.

Zuleta».

«8:13 a. m.

Señor prefecto:

La batería de a mil ha roto el fuego. El enemigo contesta con lentitud. Huáscar se mantiene al frente de la bahía sin hacer fuego. Los proyectiles del Angamos no caen en las baterías sino a la población.

Zuleta».

«8:15.

Señor prefecto:

Rodman y batería de la Punta disparan con algún éxito. El Huáscar trabajosamente y después de largo rato, vira para hacer fuego al dársena.

Zuleta».

Hasta este punto llegaba la parte inédita y reservada de la comunicación telegráfica; pero he aquí los anuncios posteriores que los vigías del Callao continuaron dirigiendo a Lima después de la última hora mencionada, y que el dictador hizo publicar ese mismo día en sus boletines para retemplar y «retemplarse»:

«Recibido a las 9:05 a. m.

Señor prefecto:

El monitor Atahualpa avanza en este momento hacia el centro de la bahía. Esta salida del monitor va a poner en serios conflictos a nuestros cobardes enemigos.

Zuleta».

«Recibido a las 9:06 a. m.

Señor prefecto:

El Huáscar huye cobardemente y se coloca fuera de tiro, el monitor sigue avanzando. La Pilcomayo imita al Huáscar en su cobardía; se aleja haciendo fuego.

Neto».

«Recibido a las 9:18 a. m.

Señor prefecto:

Ha cesado por completo el fuego de los buques enemigos por haberse colocado a prudente distancia.

Neto».

No obstante, el descomunal heroísmo atribuido al monitor gemelo del que en breves horas se zambulliría cobardemente en las aguas de Arica, parece que el casi cotidiano tiroteo acabó temprano en aquel día, porque el telegrama de la noche no contenía sino esta palabra, eterna orden del día de los bloqueos:

«Callao, 29 de mayo de 1880

Señor prefecto:

Sin novedad.

Zuleta».

Una peculiaridad peruana, sin embargo, habremos de notar aquí: la de las felicitaciones. Era el 29 de mayo, según dijimos, uno de los aniversarios de la vida aventurera del dictador, cuando pretendiente; y el gobernador de Ancón, mientras se batían en el Callao, hacía vibrar los alambres con el siguiente telegrama dirigido a su jefe político, a Tacna, semejante a los de Arica dirigidos el 2 de mayo a Montero:

«Ancón, mayo 29 de 1880.

Señor coronel prefecto don J. M. Echenique:

Felicito a U. S. en este gran día de legítimo orgullo para la patria que conmemora el gran combate de Pacocha de 1877.

De U. S. respetuosamente.

Pedro F. Suárez, gobernador».

El día 30 de mayo hubo un corto tiroteo, acostumbrado desayuno matinal de los bloqueadores; y después todo entró en calma.

Los únicos boletines telegráficos de ese día que hemos encontrado dicen en efecto así:

«Callao, mayo 30.

7:17 a. m.

Señor prefecto:

A las 6:35 la Pilcomayo dispara dos cañonazos sobre las lanchas que estaban hacia el norte de la bahía, fueron contestados por la batería del Dársena.

Zuleta».

«8 p. m.

Señor prefecto:

A la puesta del sol, Pilcomayo y Angamos cruzaron la bahía hacia el lado norte. Los demás buques enemigos en el cabezo, haciendo vapor. Hasta este momento no ha ocurrido otra novedad.

Zuleta».

Entre tanto, y volviendo al cañoneo del 29 de mayo, cuyo boletín de sensación, ya dado a luz, decía: «El Huáscar huye cobardemente», llevaba este temprano a Lima las emociones matinales que los nervios de sus habitantes requerían como incesante y necesitado pábulo. Lima no puede vivir sino de impresiones: de victorias y pastillas, de sahumero y de pólvora. Los chilenos se contentan sencillamente con mandar su prosaica plata a la plaza...

Pero aquella postiza alegría no sería de dura, porque dos días después, es decir, en la mañana del día 1.º de junio, se veía acercarse al costado del Blanco una pequeña embarcación a vapor que llegaba del sur empavesada, y en el acto todos los buques bloqueadores cubrían su jarcia de vistosos trapos, saludando ufanos con el cañón de las salvas reales y el clarín de las dianas de guerra la noticia de inmortal victoria.

Era el aviso a vapor El Toro que traía de Pacocha la nueva del triunfo completo obtenido por las armas de Chile sobre el ejército de los aliados a la vista de la ciudad y valle de Tacna el memorable 26 de mayo de 1880.

Indescriptible fue el júbilo que se apoderó de las tripulaciones de la escuadra en presencia de aquella fausta, si bien no inesperada nueva, que venía a servir de grata necesitada pausa a las fatigas y a los insomnios del bloqueo.

Se aumentó aún más, si ello era posible, la alegría y el bullicio de los tripulantes de nuestras naves que el tedio comenzaba a trabajar intensamente con la nueva de la captura de Arica, que no tardó en llegar en alas del viento, mientras que a los infelices peruanos se la comunicaban desde Pisco por el telégrafo sus propias autoridades.

Sombrío estupor se adueñó en los primeros momentos del ánimo de los impresionables peruanos, siempre confiados en fácil y perezosa fortuna, siempre engañados por pérfidas arterias de ambiciosos, pero siempre «retemplados» por sus propias forjadas ilusiones y falaces esperanzas.

Mas la desesperación tiene también sus mirajes, y apenas hubieron conocido el pueblo y el gobierno la intensidad de sus desdichas, tomaron pie de ellas para cobrar nuevos bríos; la prensa, apellidando a sus héroes muertos, convocó con tono épico a los vivos a las armas; el ejército se juntó para contarse y para medirse en paradas militares; se tomaron medidas de ánimo levantado a fin de tener hombres, armas y dinero, y declarando el dictador que se sentía fuerte en su prestigio, en su alianza y en el apoyo de cinco millones de seres humanos que tenía a su espalda, juraba solemnemente que no soltaría las armas hasta no quebrarlas en el pecho de los invasores, expulsándolos del suelo profanado de la patria.

La guerra iba a entrar por consiguiente en su faz más decisiva, más resuelta y más terrible. Testimonios vivos de ello era todo lo que acontecía en Lima, en Arequipa, en torno a nuestros buques, a la vista de nuestras avanzadas de tierra, después de las más imponentes victorias alcanzadas.

Y estos mismos éxitos que una desacertada política malograría respecto de Chile, no sólo no alcanzaban a solucionar la guerra, sino que la comprometerían más intensamente sellando la alianza de los adversarios de la república con su propia sangre vertida en campo común de común infortunio.

Por manera que lo único que en tan grave coyuntura parecía racional, oportuno, expedito y patriótico, era aprovechar con vigor y celeridad el aturdimiento y la desmoralización que en todos los pueblos producen durante sus primeras angustias la adversidad continua y casi implacable, para marchar por el sendero más corto y más recto a su final avasallamiento.

Y ese camino había sido otra vez, como en tres ocasiones anteriores, únicamente el de Lima, que era, política y militarmente hablando, el Perú, a fin de consumir así en su centro la grande empresa que el destino y la fortuna habían dejado en nuestras manos.

Fuerza y dolor nos es por tanto cambiar totalmente el escenario en que hasta esta época había venido desarrollándose la guerra, para ocurrir pacientemente a presenciar en el suelo de la patria una serie inconcebible de errores, de pequeñeces de ánimo y de cortedad absoluta de vista, no ciertamente en el país, sino en sus mandatarios, de quienes hubiera podido decirse que deslumbrados por los reflejos luminosos que de lejos venían a herir su vista miope, habían perdido el rumbo y extraviado el sendero de la marcha victoriosa de la república.

## Capítulo VIII

### El ministerio Recabarren

El congreso de Chile se reunió, conforme a su estatuto, el 1.º de junio de 1880, al ruido del cañón que anunciaba las glorias y los regocijos de Tacna. La ocasión era solemne. La palabra inaugural del jefe de la nación, siempre sobria e incolora, no correspondió al nivel a que habían alcanzado las emociones del patriotismo popular; pero, como de costumbre en las cosas de su gobierno, se mostró sincero, verídico y sin malicia. Se contentó por esto con trazar, pálida, fría, casi menesterosa reseña de la campaña, desde la captura del Rimac en el año último, y terminó su exposición de guerra en estos glaciales términos:

«La victoria del 27 del pasado mayo, ha sido el digno coronamiento de una campaña que será recordada en la historia militar por las contrariedades de todo género que fue necesario vencer.

En Tacna, como en Pisagua, como en los Ángeles, las posiciones que ocupaba el enemigo, y que la naturaleza y el arte habían fortificado, no fueron suficientemente poderosas para detener el ímpetu de nuestros soldados.

Tanto en mar, como en tierra, la fortuna ha sido adversa a los aliados. Su marina ha sido aniquilada, y su tropa veterana, concluida y desmoralizada por una serie de derrotas. Permitido nos es esperar que los gobiernos del Perú y Bolivia, acatando el fallo del destino, harán cesar una guerra injusta en su origen, y que ha sido desastrosa para los países que ellos representan».

En cuanto a la marcha interna del país, demostró el presidente con cifras, más que con palabras, su imperturbable prosperidad, aun en medio de la sangrienta y dispendiosa lucha en que nos hallábamos empeñados.

«Las consecuencias ordinarias de la guerra -dijo S. E.- poco se han hecho sentir, al menos hasta este momento, entre nosotros. Ha coincidido con la guerra una mejora notable en los negocios, debido a las buenas cosechas de los dos últimos años, al alza del precio del cobre y del salitre, y más que todo, a que en el año pasado principiaron a producir su efecto las economías a que se sometió el país por consecuencia de la crisis comercial e industrial de los años anteriores.

El dinero es en el día más abundante que antes de la guerra; el interés ha bajado; hay más facilidad para las transacciones; y los valores han tenido en general una alza considerable.

El movimiento comercial del año pasado ascendió a 59.360.226 pesos. De esta suma, 36.620.226 pesos corresponden a la exportación, y 22.740.000 pesos a la importación, superando, como lo habréis notado, la primera a la segunda en 13.880.226 pesos.

La exportación del año pasado, comparada con la del año de 1878, aumentó en 6.802.401 pesos; y la importación disminuyó en 2.582.011 pesos.

El valor de los productos agrícolas exportados ascendió en el año pasado a la suma de 12.811.570 pesos, excediendo al año anterior en 4.138.000 pesos. Los productos de la minería figuran en la exportación por 20.280.258 pesos, suma superior en 2.754.392 pesos al valor de los mismos productos exportados en 1878.

Las entradas ordinarias y extraordinarias en el año 1879 ascendieron a la cantidad de 27.693.087 pesos 74 centavos, y los gastos a la cantidad de 24.777.300 pesos 12 centavos. En esta última cifra, no se comprende una buena parte de los gastos hechos por nuestra legación en Europa, por estar aún pendiente su liquidación».

Al concluir su discurso de instalación, el señor Pinto encontró también dentro de su helado pecho algunas palabras de acompasada justicia hacia el país:

«Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados -dijo al terminar y con aquel propósito-:

Si os he hablado con grata complacencia de las glorias alcanzadas por nuestro ejército y nuestra marina, tengo también la satisfacción de hablaros de la misma manera de la noble, serena y patriótica actitud que el país ha conservado durante el curso de esta guerra.

La tan generosa como eficaz ayuda prestada al gobierno por el país entero, ha sido el primero y más importante elemento que ha ocurrido a preparar y obtener los triunfos que justamente celebramos hoy. Dominados los partidos por un elevado espíritu de patriotismo, se han impuesto un cuerdo y oportuno silencio respecto de todas aquellas cuestiones que pudieran encender los ánimos y provocar irritantes discusiones. Siempre será un motivo de legítimo orgullo para el país, como para el gobierno, haber sostenido la actual guerra, tan dificultosa por los recursos que ha sido menester emplear, en medio de la más profunda paz interior, sin que se haya alterado el orden constitucional, ni suspendido una sola de las garantías que las leyes aseguran a todos los ciudadanos.

Cuando un pueblo puede, como Chile, emprender y sostener una guerra sin perturbar el orden constitucional, ese pueblo se ha conquistado una gloria no menos envidiable que la obtenida por nuestros soldados en los campos de batalla».

Fue bien recibida por la generalidad aquella manifestación del estado de las cosas, haciéndose notar únicamente, como un vacío extraño, la abstención absoluta de la palabra presidencial con relación a los propósitos ulteriores de la guerra, así como a las arduas y urgentes medidas que, a juicio de todos, la campaña requería para su feliz y pronta terminación, aprovechando el brío de nuestras victorias y el desaliento de los vencidos. Aun ante los espíritus más ciegos, la guerra iba a entrar en su faz más grave y a necesitar su pronto, inevitable, fatal complemento en una expedición rápida sobre Lima.

Se aumentó este sentimiento de expansión natural en el país una semana más tarde, cuando en la noche del 8 de junio el alcalde trasmitió de Iquique la nueva de la espléndida victoria de Arica, que volvió a enloquecer de alegría y de entusiasmo a todas las poblaciones.

Por otra parte, con el brillo de aquellos triunfos se había acentuado y robustecido la popularidad del ministerio que presidía el señor Santa María, tan vacilante antes de la captura del Huáscar.

A nadie se ocultaban, a la verdad, los méritos personales y los servicios distinguidos de cada uno de sus miembros. Cualesquiera que hubieran sido sus errores de concepto y de detalle, nadie hacía ofensa a su patriotismo, a su entereza, a su laboriosidad, ni menos a sus



rectas intenciones. Si no era un ministerio de hombres de estado, era un ministerio de patriotas.

El señor Santa María, que lo regía, había hecho en efecto dos viajes a Antofagasta, en época azarosa y con decadente salud, acarreándose gravísimos compromisos personales a fin de empujar las operaciones de la campaña hacia un rumbo activo. El señor Sotomayor, ministro de la guerra en campaña, había muerto en el puesto del deber y del patriotismo. Su reemplazante en Chile, el señor Gandarillas, ministro en propiedad de justicia, no obstante la aspereza de sus exterioridades, y tal vez a causa de ellas, había sido yunque de trabajo, constituyéndose en Valparaíso para la reorganización de nuestra marina que dio por resultado la aprehensión del monitor enemigo que tenía en jaque a nuestro ejército.

No habían sido menos laudables la laboriosidad, consagración patriótica y energía de espíritu para procurar armas y recursos al país, atribuida con justicia al joven ministro de hacienda señor Matte; y aun se alababa la actitud resuelta en los consejos del señor Amunátegui, ministro de Relaciones Exteriores. Había este hombre político voluntariamente consentido en oscurecerse bajo la dirección de un caudillo que no era su amigo ni participaba sus miras. No obstante, sus elevados talentos y notorias virtudes personales, el señor Amunátegui no figuraba propiamente en el gabinete del señor Santa María como una personalidad de guerra. Se le reconocía por el contrario el mérito de la abnegación al formar parte de una combinación tan ajena a sus propósitos como a sus tendencias y en la cual entraba como simple moderador y amigo personal y antiguo del jefe del estado.

Tomado en conjunto el gabinete de agosto de 1879, se sentía, por consiguiente, no sólo fuerte sino prestigioso, y se esperaba que no sería remiso en cosechar el fruto de los sacrificios del país y de sus propios esfuerzos, cuando una mañana en día frío y lluvioso (la del domingo 13 de junio) comenzó a circular por la ciudad, el extraño rumor de una crisis ministerial completa, motivada especialmente por las renunciaciones irrevocables de los señores Santa María y Gandarillas, las dos personalidades políticas más acentuadas de la administración, y que por lo mismo no habían vivido siempre en perfecta cordialidad. La Moneda de Chile no fue nunca la jaula de la familia feliz, del empresario Barnum.

El hecho era entre tanto singularmente cierto, y aunque en las primeras horas de la mudanza manifestaron inquebrantable propósito de retirarse sólo los dos ministros ya nombrados, la crisis se hizo sucesivamente general, y tres días más tarde, esto es, el miércoles 16 de junio, a las dos de la tarde, el señor Pinto firmaba los nombramientos de un nuevo gabinete que quedaba compuesto de la manera siguiente:

«Interior.- Señor Manuel Recabarren.  
Guerra.- Señor Eusebio Lillo.  
Relaciones Exteriores.- Señor Melquíades Valderrama.  
Hacienda.- Señor José Alfonso.  
Justicia.- Señor Manuel García de la Huerta».

Aquella composición fue acogida con natural frialdad por el público, que hacía el legítimo contraste de los que se iban con los que llegaban; y a la verdad, apartados de la crítica sus dos primeros nombres, aquella indiferencia se hallaba justificada no sólo por el mérito que ahora se reconocía a sus antecesores, y porque los nuevos ministros pertenecieran en su gran mayoría, casi en su totalidad, a un bando político que nada había hecho por la guerra ni para la guerra, sino especialmente por la insignificancia política casi absoluta de su personalismo.

El ministerio Recabarren era radical casi en su totalidad, pero carecía intrínsecamente de fuerza política, de prestigio en la república y en la dirección de la guerra, de razón de ser en la actualidad. Era una combinación tomada como al vuelo, una especie de tabla de transición que había de servir de puente endeble a la guerra, cuando lo que en realidad se necesitaba eran fortísimas cadenas y estribos de piedra de sillar para sostener y encarrilar la enorme gravitación de deberes, de peligros y de pruebas que a causa de sus mismas victorias iban a pesar sobre el país.

¡La guerra iba a comenzar!

Nadie negaba al jefe del gabinete su hidalga caballerosidad personal, la honradez a toda prueba de su carácter, la firmeza y la unidad de su conducta política, ni menos la general simpatía que disfrutaba, al menos entre los hombres de su generación, en toda la república. Soldado animoso de la causa liberal en 1851, combatiente en las trincheras del 20 de abril de aquel año junto con el poeta Eusebio Lillo y el filósofo Francisco Bilbao, que como él empuñaron un fusil en ese día luctuoso, la juventud de dos generaciones posteriores había guardado intacto el prestigio de aquel noble estreno de su carrera.

Pero desde esa época el señor Recabarren, a la manera de aerolito que brilla fugaz para convertirse en opaca masa metálica, se eclipsó voluntariamente haciéndose campesino en la Requínoa. Había figurado sin brillo en algunos congresos y hecho una corta campaña patriótica a Chiloé en 1866, como secretario del almirante Blanco, su deudo.

Pero no por esto podía decirse que el jefe del gabinete de junio se hubiese preparado para dirigir la política del país en una situación ordinaria, mucho menos en días de gravísimo conflicto. Amigo personal y antiguo del presidente Pinto, como lo era el señor Amunátegui, participaba del reposo y de la flemma de ambos, condiciones negativas de su carácter en los momentos en que lo que más fuertemente la crisis demandaba era una voluntad ardiente y dominante que sacudiese al fin la inercia y el invencible sopor del jefe del estado, que había ido alojando la guerra, después de cada campaña parcial, como si hubiese sido el ejército un campamento de carretas en nuestros antiguos caminos públicos de llanos y de cuestras.

Mucho más se esperaba en este sentido de su popular y brillante colega de la guerra don Eusebio Lillo, a la sazón secretario del almirante Riveros, y que con la abnegación y entusiasmos peculiares a su carácter y a su estro, entrara desde la primera hora a participar de todos los peligros, penurias y sacrificios de la guerra. Había tomado parte desde a bordo del Blanco Encalada en el combate de Angamos, y ahora sobrellevaba alegre y

patrióticamente todos los sinsabores y disgustos del bloqueo cuyas principales peripecias acabamos de contar.

Se juzgaba que no obstante la comparativa oscuridad, en que voluntariamente había encerrado su vida y su talento, quebrando su lira de oro en los negocios y su esterilizadora prosa, el señor Lillo traería al gabinete el fuego de su patriótico ardimiento y serviría de estímulo y aguijón no sólo a la morosidad natural del jefe del estado sino a la de sus propios compañeros.

En cuando a los últimos, el país vio con profunda indiferencia su designación, y esto por justo motivo. Los señores Alfonso y García de la Huerta, habían sido ministros en épocas recientes, pero todos buscaban la huella de su paso por el gabinete sin hallarla. El señor Valderrama, sacado, como el primero, de la magistratura, almacén consuetudinario e inagotable de ministros de ocasión hasta que lo emparedó la ley, era como simple aparecido, una esperanza para algunos, una novedad para todos. Tenía siquiera este funcionario el prestigio de no haber sido todavía nada y de su honorabilidad reconocida.

Una noble expectativa alentaba sin embargo, en medio de la debilidad congénita del nuevo gabinete, a los hombres patriotas que habían arrojado su alma en el torbellino de la guerra como se arroja el pábulo dentro de una tea. Y era la de que las dos personalidades más robustas del gabinete lograrían adueñarse del espíritu del presidente de la república, supremo director constitucional de las operaciones y lo lanzarían al fin por la ancha vía de las grandes soluciones que ésta a gritos reclamaba.

Mas desgraciadamente no sucedió así; y si bien por causas muy diversas del sincero acatamiento, que como jefe de un partido prestó al jefe del estado el patriota señor Varas, durante su corto gabinete, y el que por miras políticas y opuestas sirvió de rémora a los señores Santa María y Amunátegui, fue lo cierto que contra las expectativas del país y las advertencias de sus más leales amigos, el señor Recabarren se dejó ganar desde el primer día por la mano y por la apatía suprema que pesaba desde antiguo sobre la administración, haciendo causa común con el sistema de temporizaciones, retardos y aficiones inmaduras a la paz que fueron causa de tantas humillaciones diplomáticas para la república, de sus funestas e insensatas operaciones subsidiarias de merodeo, de las terribles hecatombes que sembraron los campos que rodean a Lima con los cadáveres de seis mil chilenos, y enseguida, de lo que sería mucho más funesto y desolador que todo eso, de una ocupación indefinida del país dominado, obra exclusiva de la pereza, de la petulancia y de la cortedad de miras de los hombres públicos de Chile.

Se empeoró todavía esta situación con la renuncia que como hombre de corazón sano y levantado trajo en persona desde el Callao el señor Lillo, devolviendo al presidente la cartera de la guerra sin haberla siquiera abierto, manifestando así que era digno de ella y dando lealmente como excusa la de que no se creía con las fuerzas necesarias para desempeñar en ocasión tan grave puesto de tantas responsabilidades. El señor Lillo venía de la guerra, sabía lo que era la guerra, creía en ella, deseaba probablemente hacerla, y por lo mismo, mirando en su derredor, se abstuvo de caracterizar una situación en la cual probablemente los sucesos y los caracteres lo dejarían solo. Y fue de esta manera como el

único hombre de guerra que se presentaba en el dintel del gabinete recién creado, renunció su puesto de ministro de aquel ramo, que absorbía a esas horas la administración entera.

Como una devolución natural y legítima de la situación, rehusada la cartera de guerra por el secretario del almirante de la escuadra, se pensó inmediatamente por sus amigos radicales, dueños de la mayoría sino de la totalidad del gabinete, en el ex secretario del general en jefe don José Francisco Vergara, quien, después de prestar en la campaña los señalados servicios que en el volumen precedente dejamos leal y fielmente recorridos y aun ensalzados, había vuelto a la capital después de la batalla de Tacna en que tomara parte activa. Fue el primer oficial chileno que entrara a aquella ciudad y el primero también que saliera del campo de batalla en dirección a Chile, en demanda de ciertos agravios contra el general en jefe y su segundo el coronel Velásquez, que databan desde antigua fecha y que en aquella jornada se habían agravado.

Se atribuía, en efecto, al jefe de la caballería del ejército un profundo desabrimiento con aquellos jefes, y se aseveraba por el público en voz baja y por la prensa desembozadamente, que los rumores que habían perturbado el criterio de la nación y aun del gobierno sobre los resultados militares de la gloriosa y cabal batalla que acababa de rematar la segunda campaña de la guerra, arrancaba de aquellos tristes desavenencias.

Y tal era por desgracia la verdad más allá de lo imaginable; y como cumple a nuestro deber y a nuestra promesa formulada en ocasión señalada dar razón precisa de un acto tan desacertado y tan peligroso de la política del presidente Pinto, vamos a poner de manifiesto enseguida cuáles eran los sentimientos, las quejas y las recriminaciones ardientes del ejército y de sus principales jefes en los momentos en que el presidente de la república, echando a un lado las más obvias conveniencias, designaba como su director legal en aquel ramo al antiguo secretario de los generales Arteaga, Escala y Baquedano.

Es el secretario del último quien va a explicar la situación y sus azares en carta que escribió, por encargo expreso de su jefe, al presidente de la república con fecha 23 de julio y que textualmente dice así en los párrafos especiales y pertinentes que a tan delicada materia consagraba:

«... El nombramiento de don José F. Vergara para ministro de la guerra ha causado en el ejército el efecto de la explosión de una bomba y ha venido a perturbar profundamente la tranquilidad de que estábamos gozando. Y como presumo que Ud. no conoce las causas de esta agitación, voy a comunicárselas aquí aunque sea brevemente.

Estábamos sitiando a Arica cuando comenzaron a llegar de a bordo noticias de la inquietud que habían causado en el sur las que el señor Vergara había transmitido y comunicado verbalmente sobre la batalla de Tacna y sus resultados. Exagerando mucho sin duda, como sucede en tales casos, se le atribuían palabras y conceptos destinados a herir profundamente el amor propio de los principales jefes del ejército. Resumiendo la impresión dejada por las que se decían revelaciones del señor Vergara, se aseguraba que Tacna había sido un segundo Tarapacá.

Tomada Arica, las diversas personas que iban bajando a tierra confirmaban estos rumores, y después las cartas que llegaban del sur venían a robustecer la creencia de que el señor Vergara había procurado empuñar la acción de Tacna. Puso el sello a esta impresión la correspondencia del Mercurio que se creyó inspirada por el mismo caballero con quien hizo su viaje al sur el corresponsal de aquel diario.

Hubo con este motivo en el ejército un verdadero alboroto que se tradujo en murmuraciones violentas y en censuras acres contra los cucalones, nombre que se complacían en dar al señor Vergara. Sin embargo aquello pasó sin dejar huellas, al parecer.

Pero viene ahora su nombramiento de ministro, y he aquí que han renacido todas las quejas y todas las censuras con mayor violencia que antes. El general dice que se retira porque es incompatible con su dignidad su permanencia en el puesto que ocupa siendo ministro el señor Vergara. El coronel Velásquez se propone hacer lo mismo y dice que lo acompañarán los artilleros que fueron -son sus palabras- los más indignamente calumniados por el señor Vergara. ¿Cuántos jefes acompañarán a estos? No lo sé aún porque la noticia no es conocida de todos, pero sí temo que sean algunos.

¿Sería posible dominar esta tormenta que amenaza traer una disolución funesta en las actuales circunstancias? Por el momento no, porque la irritación es muy grande. Le dará una idea de ella el telegrama que le ha dirigido en la mañana de hoy el general Baquedano de acuerdo con el coronel Velásquez. Atenuada en lo posible la dureza de las expresiones y disfrazado cuanto sea dable el pensamiento fundamental, siempre ha quedado algo que bien pudiera traer una crisis cuya solución no veo: 'Era el único hombre -oigo decir a cada momento- que no podía ser ministro de la guerra porque nos había injuriado'. Y, aunque se den explicaciones, la mala impresión que alcanzó a robustecerse se ha hecho indeleble».

Y estas vivas y patrióticas aprehensiones consignadas con meritoria sinceridad en un documento que acarrea tantas responsabilidades al ejército, y que el general en jefe había reiterado en una comunicación telegráfica dirigida al jefe del Estado, no era sólo del dominio del gabinete, sino de la ciudad y de todo el país.

La atmósfera bajo cuya presión nació el nuevo funcionario era a la verdad candente, y de tal suerte que apenas se hizo público su nombramiento, uno de los representantes más modestos y acostumbrado a no tomar parte en los debates, el diputado por Vichuquén don Segundo Molina, llevó al seno de la Cámara una interpelación a manera de protesta, inusitada y antiparlamentaria sin duda, pero que no dejaba de ser por esto una revelación franca y patriótica de la situación y sus peligros.

Pero descartando de esta relación de los sucesos, en cuanto ello es posible y decoroso, aquello que pertenezca al dominio del personalismo, escollo muchas veces de la recta apreciación de los acontecimientos, lo que resultaba como una verdadera amenaza para el porvenir y el desenlace de la campaña y de la guerra, no era aquel antagonismo funestamente creado entre dos fuerzas que debían ser esencialmente armónicas, el ministro

y el general en jefe (temeridad cuyas consecuencias pagaría en breve hartos cara el país) sino la completa unificación de miras que se estableció en oposición a las del caudillo del ejército, del ejército mismo y del país, entre el gabinete y el conductor político de la guerra sobre la manera de ver esta y de proseguirla.

Se había imbuido en la mente y en el alma del presidente de la república la creencia tenaz y singular que de que la guerra iba a terminar de hecho y de derecho con la campaña subsidiaria de Tacna y Arica, que como la de Tarapacá, había afectado sólo una de las extremidades del territorio y de los recursos de los aliados beligerantes; y en consecuencia abrigaba la inmutable convicción, a todos por él llanamente manifestada, de que la paz no tardaría en sobrevenir, fuera por la ruptura de la alianza, que acababa sin embargo de robustecerse en un común holocausto; fuera por el abatimiento o el motín de la soldadesca que rodeaba al dictador Piérola, encerrado por nuestra escuadra en el recinto de Lima y el Callao; fuera, en fin, por el «predominio del elemento conservador» y de sus intereses en aquellas poblaciones, manía que se había apoderado desde el principio de la guerra del espíritu del señor Pinto, regido en esto por sus lecturas filosóficas predilectas y por sus hábitos sedentarios y en el fondo «conservadores». La guerra era para el presidente de la república una simple tesis social y política que él siempre decidía conforme a su criterio y su manera de ser, esto es, por el arbitrio de la paz: cuestión de simple metafísica.

Había sido esta la norma invariable y porfiada de su conducta durante todas las crisis de la guerra, desde su iniciativa; y de esa manera es como la historia se ha explicado sus bochornosas conferencias con el enviado Lavalle, la ocupación y desocupación de Calama para reconciliarse con Bolivia, el bloqueo insensato y prolongado de Iquique para obligar a doblegarse a los ricos de Lima, la campaña de Pisagua para tomar en mano propia la prenda de su codicia, y por último la campaña ineficaz de Tacna, llevada a cabo sólo por no emprender la de Lima que era mucho más breve, más barata en sangre y en caudales y mucho más segura como éxito. Y a todo este cúmulo de errores en que, no el sano patriotismo sino la pereza y la adulación eran parte, se amoldaron los nuevos ministros como la masa a la masa en el batido que la forma.

La política del gabinete de junio iba en consecuencia a ser profunda e intencionalmente de paz, cuando todo aun la más obvia lógica lo empujaba, incluso su nacimiento, hacia la guerra y sus soluciones.

Y precisamente donde a toda costa se resistía el presidente a ir, era adonde el país entero desde el primer momento en que tomó las armas y se hizo ejército para marchar y para pelear, quería ir: a Lima.

En diversas ocasiones de esta historia y esparcidos en sus tres volúmenes precedentes existen los comprobantes de esta aspiración universal, enérgica, convencida y racional de la república, que no era, como en el ánimo presidencial y en el amén de sus palaciegos, una síntesis abstracta, sino el resultado del sentimiento público, ilustrado por la razón, recalentado por el patriotismo y sostenido por la historia, suprema guía de los pueblos. A Lima había ido San Martín y había solucionado con ese acto militar y político el gran problema que la América le encomendara; a Lima había llevado el general Bulnes su victorioso ejército, dando pronto y radical remate a ardua campaña, y a Lima, es decir, a sus

aguas que son las del Callao, zaguán marítimo de aquella ciudad, habían ido sucesivamente Brown, Cochrane, Blanco, Guise, Postigo, todos los capitanes de mar de la república.

Podríamos agregar aquí nuevos e inexcusables testimonios de que ésa era y había sido la aspiración única del pueblo y del ejército, que era el pueblo armado; pero será sobrado a nuestro propósito afirmar, mientras en el lugar adecuado adelantamos esas pruebas, que ese era el convencimiento y el plan unánime o casi unánime del Congreso, y especialmente de la Cámara de diputados, que bajo ningún concepto se mostraba hostil al gabinete y menos al gobierno sino su sincero y caluroso aliado.

El divorcio del gobierno con el Congreso (¡extraño caso!) estaba hecho; y (¡caso más extraño todavía!) era el presidente de la república, su personalidad, y su manera de ser y de pensar, no participada tal vez en el fondo por sus ministros, lo que comenzaba a ahondar, frente del peligro común de la patria y del malogro de cruentos sacrificios, la sima de la desunión de los partidos.

A dar cuenta de fenómeno tan nuevo como interesante y digno de ser recordado está consagrado el próximo capítulo.

## Capítulo IX

La lucha entre el Congreso y el presidente Pinto por la expedición a Lima

(Agosto, 1 septiembre de 1880)

La discusión ante el Senado del proyecto de emisión de seis millones de pesos, negocio que se verificaría entre el gobierno y el público, o más bien, entre el erario y los bancos, acentuó todavía con mayor intensidad la política de reticencias, de desconfianza y de pusilanimidad del gabinete que había nacido al calor de las batallas de Tacna y de Arica, no para darles ancho campo de desarrollo sino, al contrario, para sujetar por la brida al ejército victorioso y encerrarlo en sus campamentos durante ocho meses, el mismo plazo fatal (¡año y medio!) en que se le había amontonado y detenido en los arenales de Antofagasta y después en los de Tarapacá.

El gobierno, a pesar del enérgico clamor del pueblo, no se corregía, sino que a la manera de los niños mal criados y engréidos, se amostazaba con las advertencias y gustaba de hacer lo opuesto de lo que se le pedía.

Llevado en efecto el proyecto de emisión al Senado, aprobado por la Cámara de Diputados el 29 de julio, comenzó a discutirse en sesión secreta el 4 de agosto. Había sido ya aprobado este proyecto de guerra en su forma primitiva en aquel alto cuerpo por unanimidad y sin debate el 7 de junio anterior, y ahora volvía a su mesa con leves mudanzas de detalle.

Iniciada la discusión en el día mencionado, la alta Cámara como para manifestar su ardoroso empeño en secundar los propósitos guerreros del gobierno, aprobó la indicación de uno de sus miembros para constituirse como en permanencia celebrando dos sesiones diarias para su despacho. Mas no debió ser pequeña su sorpresa y su disgusto, cuando interrogado el ministro de hacienda por el senador por el Ñuble, don Melchor Concha y Toro, sobre si el gobierno se proponía expedicionar a Lima, a fin de valorizar el monto definitivo de la cantidad que debería votarse, el representante del gobierno dio por única respuesta la eterna evasiva que había caracterizado su actitud en los azarosos debates de la Cámara de Diputados que dejamos recordados:

«El señor ministro de hacienda -dice el acta de la sesión secreta de aquel día, que vio la luz pública un año más tarde, conviniendo en general en las observaciones del señor Concha y Toro- hizo presente, sin embargo, que en el punto relativo a la expedición de Lima, se veía obligado a guardar reserva, asegurando sólo que el gobierno deseaba estar preparado para toda eventualidad».

Esto fue todo; y a la verdad no habría pasado probablemente de ese mutismo obstinado la discusión y sus espinas, si al vicepresidente del Senado, hombre sagaz y versado en cosas de hacienda, no se le hubiese ocurrido poner de manifiesto con números y demostraciones matemáticas que la cantidad que el ministro del ramo solicitaba no era sino la mitad justa de lo que el gobierno de urgencia requería.

Después de tres o cuatro sesiones se aprobó definitivamente el proyecto, más o menos tal cual había sido enviado por la otra Cámara y por unanimidad, con la discrepancia de uno o dos votos en materia de detalles o de bancos.

Se verificó este despacho de urgencia en la sesión del 9 de agosto, pero deseando caracterizar la situación y su voto uno de los pocos senadores, tal vez el único, que acostumbraba expresar al país y a sus comitentes con toda plenitud los móviles de su conducta, el senador por Coquimbo, usó de la palabra para significar al gobierno, lo que el país tenía que reprocharle y lo que tenía derecho a esperar de él, no obstante su fatal pereza y su reserva culpable, innecesaria e inmotivada para con los cuerpos colegisladores. Y con tal motivo se expresó de la siguiente manera, según el acta secreta de la sesión ya recordada:



«Expuso -dice aquel documento- el señor senador por Coquimbo, que estando ya concluido en el proyecto de ley de subsidios en cuanto a sus efectos legislativos, a los que había cooperado siempre con toda su voluntad, en este caso y en los anteriores en que el gobierno había pedido autorización de fondos al Senado, creía de su deber motivar su voto de aprobación bajo el aspecto de la significación política de éste, tratándose de un acto tan trascendental como era la emisión de una suma de papel moneda que equivalía casi al total de la renta de la república, y al tres tantos de esta en época no remota con hipoteca de las generaciones y del porvenir.

Que en obediencia al espíritu de concordia que siempre lo había guiado, hacia patriótica y magnánima salvedad de la resistencia que había opuesto el gobierno a revelar sus planes al Senado, resistencia que no tenía razón de ser desde que no se trataba de una mera interpelación sino de votar una cantidad concreta de millones para objetos que no sólo era el deber sino el pleno derecho del Senado conocer a fondo; y bajo el mismo punto de vista prescindía de los datos incompletos que había presentado el señor ministro de hacienda sobre empréstitos renovables pero colocados a intereses más fuertes que los corrientes de plaza y el pago íntegro y onerosísimo de servicios de buques que estaban en poder del enemigo o sepultados en el fondo del mar, así como de los excesos de cuentas corrientes en los bancos o con agentes de consignación privada, limitándose sólo a llamar la atención del gobierno al error e injusticia que se padecía al considerar como gastos sin urgencia el pago de los haberes del ejército, cuya penuria le constaba y cuya deuda, a su juicio, era la más urgente y sagrada de todas, concluyendo esta parte de su discurso por exponer que, dejando al señor ministro de hacienda en la integridad de su reputación como juez probo e inteligente, reputación que le habría habilitado para desempeñar con éxito el ministerio de justicia, no podía menos de reconocer su falta de preparación para desempeñar el importantísimo cargo que hoy ejercía.

Pasó enseguida el señor senador por Coquimbo a ocuparse largamente del espíritu personal y de incorregible optimismo que había prevalecido en la dirección superior de la guerra, desde la ocupación de Antofagasta hasta la hora presente, hora de funestas vacilaciones, espíritu que había gastado tres ministerios, y que, a juicio de su señoría, estaba encarnado en la mente del jefe del Estado, cuyos respetos ponía a salvo, haciéndole responsable de los errores a que se habían sometido los hombres de Estado que había llamado a su servicio. Trajo a colocación a este respecto el carácter puramente local y lugareño de la ocupación de Antofagasta, limitada a su recinto salitrero; la desocupación de Calama inmediatamente después de haber sido tomada a viva fuerza, mientras el Perú y Bolivia marchaban, arma al brazo y unidos, para acometernos; el no haber ido al Callao con la escuadra cuando esa plaza se hallaba abierta y los buques enemigos en el más completo abandono; el largo y fatal bloqueo de Iquique establecido sólo como falaz apremio contra Lima, y la negativa de ocupar ese puerto con la expedición que había proyectado el ministerio del señor Prats en el mes de abril, cuyo propósito fue tal vez la verdadera causa de la caída de ese ministerio, porque era un hecho evidente que S. E. el presidente de la república no había comprendido nunca ni querido ni mandado ejecutar la verdadera guerra, franca, resuelta y pronta, tal cual la había pedido siempre el país y exigido el congreso.

Protestó, en consecuencia, su señoría contra la aseveración que acababa de hacer el señor ministro de hacienda, asegurando que cuando la captura del Rimac no se pensó en pagar inmediatamente este buque porque entonces era la opinión general del país que la guerra terminaría pronto y de una manera favorable para la república, opinión que su señoría, el señor senador por Coquimbo, había contradicho siempre en este recinto, especialmente desde la sesión del 21 de marzo de 1879 en que pidió el envío de todo el ejército de línea a la frontera del Loa y el acuartelamiento de las guardias cívicas, solicitando que se ocuparan con ese objeto los templos mismos, si ello era preciso, como en la edad de fe y de patriotismo de la independencia, añadiendo que esta misma opinión había sido la de todo el país, con excepción de S. E. el presidente de la república, de su círculo privado y de los ministerios a que por desgracia había logrado imponerla hasta el presente día, siendo todos ellos responsables ante la historia de los males presentes y venideros del país.

Pasó en revista con este propósito su señoría las dos campañas terrestres de Tarapacá y Moquegua, manifestando que, a su juicio, la primera había sido una campaña exclusivamente marítima que terminó en el glorioso combate de Angamos, cuya batalla naval nos dio la verdadera posesión de Tarapacá, siendo el cañoneo de San Francisco únicamente la repercusión de ese combate y la salva de honor a la ventura de Chile, contra un ejército amilanado y disperso que había sido vencido de antemano por nuestra escuadra y el desierto; por manera que, a juicio de su señoría, el gobierno pudo y debió, aun en esa época, ir a buscar la solución franca de la guerra, en el centro del enemigo, que era Lima, revuelta por la guerra civil, desarmada y sin gobierno, y que aun pudo intentar con fortuna ese desenlace en la segunda faz de la campaña en Moquegua y en Tacna, cuyos errores estratégicos de embarques y desembarques, de marchas y contramarchas, su señoría había señalado en otra ocasión, limitándose por ahora a fijar estos dos graves errores políticos cometidos: el haber ido a atacar el ejército de Bolivia en el Campo de la Alianza, junto con el de los peruanos, en los momentos en que se buscaba por todos caminos la segregación de esas dos entidades, dando por resultado ese choque la Confederación Perú-Boliviana, que podía ser tan fantástico y deleznable como se quisiera, y como su señoría lo deseaba en vista de los rumores que se acentuaban de reconciliación con Chile en las clases influyentes de Bolivia; pero que no por eso dejaba de ser un hecho americano de considerable trascendencia y significación política y militar. Y segundo, la destrucción misma del ejército civilista de Montero, el único e inquieto rival que tenía el dictador en Lima, hoy por esta misma causa omnipotente.

Agregó, en consecuencia, su señoría que no pudiendo apreciar la política actual del gabinete en razón de su silencio, se limitaba a condenar de la manera más enérgica, en nombre del país, del senado y de su deber, toda expedición de merodeo que no tuviera por base absoluta, firme e irrevocable la ocupación definitiva de Lima y del Callao, porque, a su juicio, esta larga y gravísima campaña, única que ha debido hacerse con todo el esfuerzo del país y retardada durante meses y años en sus verdaderas oportunidades, era en el presente día no sólo una absoluta e imprescindible necesidad de la guerra como operación militar, sino una lógica, inevitable y terrible expiación de las faltas cometidas durante veinte meses».

A todo esto, y conforme a una costumbre ya estereotipada, el ministro de hacienda (porque los otros de ordinario no concurrían siquiera a los debates) replicó sencillamente que en otra ocasión contestaría.

Y en efecto, conforme a su promesa presentó el señor ministro de hacienda sus descargos en la próxima sesión del senado, que tuvo lugar en secreto como las anteriores el 11 de agosto; pero su argumentación, descolorida como siempre, no ofreció sino el melancólico interés de descubrir la tenaz antipatía que el gobierno abrigaba por una expedición en grande escala a Lima, rechazando así implícitamente el voto del Congreso y del país, acentuando, para mayor dolor, su afición a las funestas expediciones de merodeo en sustitución de aquella radical, patriótica e histórica empresa, única digna en tales horas de Chile y de la América.

Por lo demás, las respuestas y excusas del señor ministro adolecieron de la eterna vaguedad que se había apoderado del gobierno que la victoria había hecho cabalístico y cobarde en lugar de devolverle toda su expansión y robusta franqueza, secreto de fuerza en las grandes crisis nacionales:

«Concretándose -así dice en efecto el acta respectiva- el señor ministro al cargo que se le había hecho por no haber solicitado una emisión mayor de seis millones de pesos en papel, habiéndose demostrado que esa suma no bastaba para las necesidades actuales, hizo presente que el gobierno había observado en este caso el procedimiento seguido desde el principio de la guerra por estimarlo más conveniente, pero que, como la discusión del proyecto se había prolongado por mucho tiempo en ambas cámaras, las nuevas necesidades que durante él habían surgido, habían hecho insuficientes los fondos primitivamente solicitados; que el reproche que se le había hecho por haber traído al senado un dato equivocado lo juzgaba nimio si se tomaba en cuenta su buena fe, pues él le había sido suministrado por una oficina pública y rectificado por su señoría mismo en la sesión siguiente.

Por lo que hace al hecho de haber aceptado la cartera de hacienda sin estar especialmente preparado para desempeñarla con acierto, recordó que habiendo vivido en un centro comercial como Valparaíso, no le eran del todo extrañas las grandes cuestiones que se rozaban con las finanzas del Estado; pero que si en circunstancias normales no habría aceptado aquel puesto, la situación tan grave y solemne porque el país atravesaba y que exigía el sacrificio de todo hombre patriota, lo había inducido a tomar de nuevo una participación activa en los negocios públicos. Por lo demás, abrigaba el firme propósito de conservar la pureza en la administración de las rentas del Estado y llamar a los puestos de hacienda a personas de la más reconocida probidad, sin mirar su color político.

Con relación al cargo deducido por el señor Vicuña de mantenerse al ejército insoluto de sus sueldos y en cierto abandono, afirmó su señoría que durante el tiempo que ha desempeñado el puesto de ministro, él estaba perfectamente equipado y atendido aun en sus más pequeñas necesidades; que últimamente había conferenciado con su colega el señor ministro de la guerra y que éste, que había también tenido oportunidad para notar cualquiera falta, le había asegurado que estaba tan bien atendido como los mejores ejércitos

de Europa; que a su juicio no podían hacerse con seriedad cargos como éste fundado sólo en informaciones privadas y no revestidas de la autoridad necesaria para prestarles algún crédito.

Por lo que hace a la duración de la guerra y al hecho de no divisarle todavía término, creía que no dependiendo este resultado de la voluntad de uno sólo de los beligerantes, no podía tampoco formarse un cargo serio; que podía tal vez haber habido algunos errores de concepto en la forma como ella se había llevado a cabo, pero que siempre el gobierno había tratado de hacerla expedita y eficaz, para lo cual no había omitido diligencia ni sacrificio alguno, y que en esto había perfecta conformidad de miras entre S. E. el presidente de la república y sus ministros.

Relativamente al ningún resultado obtenido con la expedición a Huanchaca, mandada por el señor Letelier, que había impuesto al erario un gravamen de ciento cincuenta mil pesos, el señor ministro dio lectura a una carta del comandante de armas de Antofagasta señor Arriagada, en que se expone que el costo total de la expedición subía a sesenta y cuatro mil pesos, contando el valor del forraje de animales y otros gastos crecidos; pero que en realidad el mayor gravamen impuesto por aquella no podía estimarse en más de dieciocho mil pesos; que si la expedición no se había llevado a término, no por eso sus resultados eran menos reales y evidentes, puesto que con ella habían conseguido distraer una fuerza como de dos mil hombres mandada por el general Flores.

Examinando enseguida los supuestos errores cometidos en la dirección de la guerra por haber operado primero sobre la provincia de Tarapacá, después en la de Moquegua y por último sobre la de Tacna, cuando había muchos que señalaban como objeto, si no único, principal, el ataque a Lima, hizo notar que cualquiera que fuese el valor de esas críticas, lo cierto era que Chile había llevado la victoria a todas partes; que era, a su juicio, elemental, que las mejores reglas de estrategia militar consistían en llevar el ataque al centro de la resistencia del enemigo; que una expedición sobre Lima tenía para nosotros en la primera época el gran inconveniente de separarnos mucho de nuestra fuente de recursos, y que si con las expediciones anteriores habíamos afianzado la permanencia de Piérola, atacando a Lima habríamos favorecido a Montero; pero que Chile no debía tomar en cuenta la suerte de tal o cual caudillo sino sólo consultar sus intereses.

Terminó el señor ministro manifestando que las expediciones de merodeo, como las de Mollendo, condenada por el señor Vicuña Mackenna, estaban autorizadas por el derecho internacional y que la guerra bien entendida consistía en hacer al enemigo el mayor mal posible».

Como era su hábito y su deber se levantó el senador que había pasado antes en revista los funestos errores del gobierno y condenado su fatal y voluntaria persistencia en ellos, y teniéndose ya noticia pública, no negada siquiera por el gobierno, de que en Tacna se aprestaba una división destinada a asolar las costas septentrionales del Perú, comprometiendo graves intereses neutrales, como había ocurrido en la fatal expedición del

mismo género a Mollendo, y esto sin más objeto que eludir torpemente con esa maniobra peligrosa y completamente ineficaz, el plan de una expedición formal a Lima, haciéndola más dispendiosa y más sangrienta con la demora, formuló las protestas que ponemos a continuación y que la historia decidirá, en vista de los resultados y de sus vaticinios, si estuvo o no fundada en razón:

«Contestando al señor ministro de hacienda -dice el acta de la sesión secreta de aquel día (11 de agosto de 1880)-, al señor Vicuña Mackenna, senador por Coquimbo, observo que limitaría su respuesta a los únicos puntos de su discurso anterior a que había aludido el señor ministro, esto es: al pago del ejército, la duración de la guerra y las expediciones aisladas.

Sobre el primer punto leyó varias cartas de Tacna y Arica que atestiguaban lo que había afirmado y volvió a recomendar el carácter urgente y sagrado de esta deuda para con los valientes defensores del país.

A propósito del segundo punto disertó largamente el señor senador sobre las ventajas de una acción total, rápida y central que habría podido poner término a esta guerra, como a las anteriores, llevándola al corazón del enemigo y no a sus extremidades como ha sucedido en la presente: dando por resultado, a causa del error en la estrategia la pequeñez en las miras, que después de catorce victorias y dos grandes batallas campales, la solución definitiva de la guerra sea tanto o más ardua que a su principio, lo que pone de manifiesto, a juicio de su señoría, la equivocada dirección que se ha impreso a la campaña, gastando treinta millones de pesos y la mejor sangre de sus hijos en meros detalles.

Sobre el tercer punto volvió a insistir su señoría en que toda operación subsidiaria que no tuviera por base una gran medida estratégica era un error y un daño, citando para el caso las expediciones de Moquegua y de Mollendo y la última hecha al interior de Bolivia, sin resultado práctico de ninguna especie, a pesar de haberse gastado en ella la suma de sesenta y cuatro mil pesos, según acababa de revelarlo el señor ministro, perdiéndose no menos de treinta hombres por el efecto de la puna.

Habiendo entrado a la sala en ese momento el señor ministro de relaciones exteriores, el señor senador por Coquimbo concluyó su discurso llamando la atención del señor ministro sobre el incompleto y deficiente servicio de nuestra diplomacia americana, en contraposición a los incesantes y esforzados trabajos del Perú para conjurar contra Chile a toda la América, lo que por nuestra culpa iba sucediendo.

Citó a este respecto varios hechos privados relativos a la actitud de Colombia, leyendo cartas de sus hombres públicos que había traído al senado hacía un año y sometido, al parecer sin fruto alguno, al ministerio de aquel tiempo.

Concluyó su señoría por llamar la atención del señor ministro del ramo a la significativa política americana de la Confederación Perú-Boliviana, expresando que, a su juicio, en su significación militar era de poca monta; pero que no sucedía lo mismo en las raíces internacionales que ese hecho podía tener en el continente».

Pero todo era en vano y aun contraproducente, porque mientras todo esto tenía lugar en el seno de las dos ramas del poder legislativo, en los cuales el gobierno no había encontrado sino solícitos, desinteresados casi entusiastas colaboradores, la actitud del gobierno para con el país, para con el congreso, para con el ejército mismo que había vencido en Tacna y en Arica, continuaba inalterable.

Verdad es que en los primeros días de junio el gobierno se había apresurado a solicitar del senado la promoción del jefe vencedor en aquellas batallas al grado de general de división, lo que fue otorgado sin debate y con ferviente unanimidad, en el mismo día de su solicitud (9 de junio).

Mas, tardó un mes cabal el ejecutivo en presentar el mensaje de premios a los jefes que tan denodados sacrificios habían hecho a su patria y al deber durante la campaña ¡Y cosa inaudita!, pero característica del hombre a todas luces pequeño que regía los destinos de la guerra y que, sin embargo, había sido colocado por la fortuna un puesto apropiado para reflejar su inmensa gloria, aquel mensaje, con una sola excepción (y ésta de favor personal, como móvil) excluía a todos los que se habían batido con honor, a fin de repartir holgadamente grados, fajas y ascensos entre los que se habían quedado en su casa o en su tienda...

Este inverosímil pero significativo mensaje que fue recibido con marcada y natural desazón por el senado en la sesión del 9 de julio, elevaba en efecto a la categoría de generales de brigada a los coroneles Godoy, Prieto, Saavedra y Sotomayor, que no habían hecho la última campaña, si bien respecto del último era una deuda pendiente de la anterior; y a coroneles a los comandantes Ortiz (del Buin) y Castro (del 3.º) que por su mala estrella no habían peleado en parte alguna...

Se agraviaba en cambio con torpe, sórdido y culpable desaire al bravo comandante del Atacama que había perdido en la batalla a sus dos hijos; al coronel Niño, que mandara la vanguardia de una división y tenía su graduación de antigua data; al viejo y heroico comandante Barceló que había llevado una división entera al fuego y a la victoria, y a muchos otros. Sólo al comandante del cuerpo movilizado de Navales, don Martiniano Urriola, que era a la sazón teniente retirado de ejército, se le hacía justicia de salto, pero no era esto ciertamente a título de su meritoria conducta en la batalla sino de amigo antiguo y personal del jefe del Estado.

Y aquí es de oportunidad hacer notar para poner en transparencia el triste personalismo y el espíritu estrecho y doméstico de aquella distribución de recompensas a los militares que no habían peleado, en daño de los que habían derramado en la víspera su sangre, que hallándose por esos mismos días en marcha desde Arica el ministro de la guerra señor Lillo, no consintió el presidente en aguardarle unas cuantas horas, como era de su obvio deber, sino que despachó su mensaje de urgencia con su complaciente secretario ad interim, cuando antes había demorado cuarenta días en su confección. ¿Influiría por ventura tan incalificable desaire en la caballerosa renuncia del señor Lillo que llegó dos o tres días más

tarde del Teatro de las operaciones y de la justicia?

Pero aun en los ascensos propuestos para la marina se había obedecido al mismo mezquino propósito, después de tan grandes luchas, eligiéndose sólo dos nombres en su rico escalafón. Y si bien había justicia en la promoción de aquéllos por escala, se equivocaba a todas luces la oportunidad y su significación, porque lo que resaltaba con evidencia para el criterio del país, del ejército y de la armada, era que no se recompensaban los servicios recientes de la guerra como estímulo sino la rutina de la antigüedad.

En cambio de estas desalentadoras iniquidades con los vivos, el pueblo junto con el gobierno sepultaba con tiernas manifestaciones de respeto a sus servidores y sus héroes caídos en el puesto del deber. El 23 de junio tenían lugar las honras fúnebres del malogrado ministro Sotomayor y el 28 de ese mismo mes las del comandante Santa Cruz y sus compañeros de gloria y de martirio, conducidos, como él, en brazos del pueblo a su último hogar: Silva Arriagada, Dinator y Calderón. ¡De pie sobre las gradas de mármol los señores Santa María, Amunátegui, Novoa y otros ciudadanos hacían siquiera al ejército la fácil justicia de las tumbas!

Por su parte, y en todo lo que era el régimen interno y económico del país, continuaban las dos ramas del Congreso funcionando con laudable actividad y con tan franca como meritoria e inusitada prescindencia del gobierno. Se discutían así y se aprobaban diversos proyectos de entidad, como el de incompatibilidades parlamentarias, la abolición del estanco y el impuesto sobre los salitres, que si tuvo el mérito de ser general a todas las zonas ocupadas, fue evidentemente demasiado oneroso en su monto. A la verdad, el gobierno dejaba pasar todo con la sola condición de que no lo obligaran a ir a Lima. El presidente, como los antiguos viajeros que hacían a carreta de bueyes y picanas la jornada de la capital a su puerto, quería dormir la tercera siesta de la guerra en Curacaví, es decir en Tacna. Las dos primeras las había ya dormido en Antofagasta y en Tarapacá.

Y a este propósito es digno de especialísima nota el siguiente telegrama peruano, que aunque incompleto, pone en evidencia que los enemigos de Chile conocían la mente ulterior y resuelta del presidente Pinto, aun antes de la batalla de Tacna, porque el boletín que va a leerse tiene la fecha del 27 de mayo, estaba datado en un punto del norte al que solían arribar los vapores del sur, y así decía:

«Chancay, mayo 27 de 1880.

(3:27 p. m.)

Señor prefecto:

(Lima).

Vapor Lontué fondeó a la 1 p. m. Las principales noticias de que es portador son las siguientes: Ministro de guerra en campaña Sotomayor falleció repentinamente. Chile

suspenderá las operaciones de la guerra si triunfan en Tacna. Así lo quieren los principales círculos políticos de Santiago, pero la prensa...».

Entre tanto, ¿cuál era la expedición actual, genuina y verdadera, en el fondo filosófica e inamovible, en la superficie enana y mezquina de todo aquello, que sucedía meses en pos de meses, mientras el enemigo se armaba a toda prisa y se fortificaba tras de sus trincheras y nuestro glorioso si bien diezmado ejército tascaba el freno de la impaciencia y casi de la cólera en sus campamentos de Tacna?

La explicación de aquel extraño enigma, de aquel misterio impenetrable aunque mal guardado, de aquellas ocultaciones persistentes, de aquellos aplazamientos indefinidos, era que mientras la Cámara de Diputados acentuaba su resolución de empujar al gobierno a la guerra manteniendo en todos sus actos las declaraciones del 8 de junio, a consecuencia del proyecto de acuerdo Walker Martínez, y mientras el Senado acababa de completar su obra de patriotismo votando por iniciativa propia la duplicación de los millones que se le exigían a título de guerra, el gobierno, es decir, el presidente de la república, con la triste complicidad de su gabinete, había entrado en tratos de paz con un agente desautorizado, peligroso y extranjero y amparándose en una mediación que en sí misma y en su éxito era una amenaza.

Por la ilación natural de esta historia y por su lógica habremos de entrar en el fondo de aquel negociado en que el decoro del país fue arrastrado por el suelo y por el espumarajo de los mares, como si hubieran sido los nuestros tierra y mar de vencidos, cuando hayamos de ocuparnos de las malhadadas negociaciones de Arica, que tuvieron lugar en octubre de 1880 a bordo de la corbeta de los Estados Unidos Lackawana.

Y por lo mismo será suficiente decir hoy que habiendo aportado a Valparaíso en los primeros días de agosto el ministro de los Estados Unidos en Lima, Mr. Cristianey, en un buque de guerra de su nación, con propósitos exclusivamente personales o de servicio interno de su gobierno, sin haber traído una sola palabra, una sola base, ni siquiera la más leve insinuación de paz de parte del gobierno del Perú, el de Chile se puso inmediatamente al habla con él y celebró a escondidas la culpable negociación que era causa de todos sus misterios y manejos.

Pero aun había algo de más singular en aquel apresuramiento por aceptar la personería, por nadie reconocida, de aquel excéntrico personaje a quienes pesares domésticos de tálamo, habían inducido a darse el placer o el consuelo de las brisas del mar. Porque existe hoy suficiente constancia de que no dio siquiera aviso oficioso ni privado de su viaje a Iquique y a Chile a las autoridades peruanas. Y lo que era en un sentido internacional mucho más grave que eso, hay constancia de que conociendo el gobierno de Chile por comunicaciones auténticas depositadas en su archivo, que el gabinete de Washington, que a la sazón presidía el anciano y prudente señor Evarts, había prohibido (sic) a sus representantes en los países beligerantes del Pacífico inmiscuirse en negocios de mediación, a no ser cuando fueran formal y explícitamente solicitados para ello, arrebatado el primer funcionario de



Chile por sus ansias incurables de paz y sosiego, solicitó oficiosamente la ingerencia intrusa de aquel viajero de ocasión, y comenzó a llevar a la sordina el hilo de la trama, precisamente desde los días a que hacen referencia los últimos viriles y reveladores actos del Senado de que hemos hecho memoria.

Y a la verdad con tanto ahínco, tesón y al parecer buena fortuna llevaba el negociado el señor Pinto, secundado por la complaciente más que oficiosa participación de su amigo personal el señor Huneus, agente intermediario, que hacia el día 10 de septiembre quedaron designados en palacio los tres plenipotenciarios que por parte de Chile debían concurrir a las conferencias que a bordo de un buque de Estados Unidos tendrían lugar en un puerto del Perú ocupado por nuestras armas. Se entendía que los negociadores por parte de Chile serían los señores Irarrázaval (que para el caso fue llamado a palacio) y los señores Santa María y Huneus, reconciliados estos últimos aparentemente para el caso.

No se habían ocultado del todo aquellos manejos al país y menos a los representantes del pueblo, no pocos de los cuales andaban en la madeja. La presencia inusitada, irregular en tiempo de guerra, misteriosa en sus movimientos, seguida paso a paso por la curiosidad y por la prensa, del representante de Estados Unidos ante uno de los beligerantes, dieron la alarma desde el primer día. El agio por su parte, que es el Argos moderno, siempre receloso, despierto y suspicaz, puso en movimiento todos sus resortes incluso el cable submarino, sin exceptuar siquiera las confidencias íntimas de Lima; y allá por los días en que se designaba en el palacio para la hora necesitada a los agentes de Chile, el país entero se agitaba en la zozobra, en la desconfianza y la protesta.

«Se dice -exclamaba a este propósito el diario que mayor influjo alcanzaba en la opinión pública dentro y fuera del país-, se dice que el jefe del Estado no tiene embarazo para confesar que la ida a Lima le desagrada por no ser ella, en su concepto, ni necesaria para el fin que se desea, ni propicia para la gloria de nuestras armas. Se añade que se quiere contentar al pueblo haciéndole el aparato de una poderosa expedición, la cual sólo tendría lugar si fracasasen todos los planes que están en mira y en obra.

Según esto, se espera de la diplomacia, se espera de las hostilidades en detalle, se espera del descontento y volubilidad del pueblo limeño, se espera en fin de Bolivia, que al cabo concluirá por convencerse de que no le queda otro recurso que hacer la paz con Chile y recibir en cambio una compensación de lo que se le ha quitado.

Con relación a las hostilidades de detalle -continuaba observando el mismo diario a propósito a la expedición Lynch, que era ya un hecho público-, aun siendo lo más devastadoras, nunca serán ellas de tal naturaleza que inclinen en favor de la paz al dictador del Perú ni tampoco a los rentistas y negociantes de la capital.

Las provincias en el Perú no valen nada; se las oye como quien oye llover, se las ataca a discreción, se las oprime a gusto de los bribones que reciben del jefe del estado revestida intendentil, y cuando llega el caso en que se revolucionen, se las amarra de pies y manos para esquilmarlas mejor.

¿Qué podrán los azucareros y cafeteros del interior, aunque se les desuelle vivos, si en el ánimo de los egoístas de Lima no pesan un adarme ni su angustia ni su vergüenza?

Las hostilidades parciales o en detalle irritarán más al dictador, harán más desvergonzada a su prensa y más insolentes a las turbas que allí manejan el puñal y la tea incendiaria».

Y por último, encarándose a la misma acariciada y funestísima quimera que albergaba en su seno el presidente de la república como Cleopatra el áspid que debía morderla, el sesudo articulista censuraba la intervención del agente norteamericano como dañosa a los actuales y permanentes intereses del país:

«Desde que los Estados Unidos -dice en efecto al terminar- o cualquiera potencia europea se mezclasen calurosamente en nuestros asuntos, la mediación amistosa se convertiría en humillante intervención, y nosotros seríamos los primeros en rechazarla.

¿En qué país de Europa han hecho algo las mediaciones amistosas?»

En medio de esta penosa situación creada exclusivamente por el capricho y la reserva característica del jefe del estado y la pasiva sumisión de su débil, incoloro y ya profundamente desprestigiado gabinete de junio, y mientras que a título de «coerción de paz» se aprestaba en los campamentos del ejército de Chile la estéril y fatal expedición Lynch, sobrevino un luctuoso acontecimiento que cubrió de luto los ya preocupados corazones chilenos, tal fue la desaparición, si no de la más poderosa, de la más querida nave de la república, la goleta Covadonga, emblema de caras glorias nacionales echada vergonzosamente a pique por un torpedo peruano en las aguas de Chancay el 13 de septiembre, es decir, cuando en Santiago se designaban potestativamente los negociadores de la paz el día 10.

Por un casual acaso, en sesión de la antevíspera de aquel día había formulado en la Cámara de Diputados el representante por Carelmapu don José Manuel Balmaceda una serie de preguntas tendentes a desenmascarar al gabinete y sacarlo del terreno de sus incorregibles y quiméricos acomodos tan notoriamente repudiados por el pueblo y su representación; y en ausencia de todos los ministros (que era cosa habitual) las formulaba por escrito en los términos siguientes a fin de que les fueran con prontitud comunicadas:

«1.º ¿Hay iniciadas negociaciones de paz?

2.º Si hay iniciadas negociaciones de paz, ¿quiénes son los negociadores y cuál el desenvolvimiento que han tenido?

3.º ¿Cuál es el estado presente de las negociaciones?

4.º ¿Qué actitud de guerra asume Chile mientras se negocia?»

5.º ¿Qué elementos de guerra se han organizado después del asalto de Arica y cuál es el objeto a que se destinan?

Circulan -agregó el diputado interpelante para motivar su acción y sus propósitos-, circulan apreciaciones que hacen muy poco honor a los señores ministros. Así, por ejemplo, se dice que hay ciertas vacilaciones en el gabinete, que a ser ciertas podrían traer una seria perturbación en nuestras operaciones bélicas y gravísimas complicaciones en la misma negociación de paz».

Y ello no podía ser más cierto, ni más triste, ni más ocasionado a demoras tan funestas como las derrotas mismas.

Se presentó a dar respuesta a estas interrogaciones el ministro de relaciones exteriores, señor Valderrama, en la sesión próxima (14 de septiembre), víspera de las fiestas patrias, y encerrándose en una especie de estudioso mutismo, reflejo del que a esas horas gustaba el jefe del estado, se limitó a dar explicaciones que sin negar la efectividad de los tratos de paz, los desnaturalizaba en su esencia atribuyéndoles una iniciativa extraña, cuando la deplorable realidad, como a su tiempo habrá de verse, era que la injerencia extranjera, bajo ningún concepto solicitada por el vencido, había sido buscada y tomada de los cabellos por los que tenían la representación y la guarda del decoro de Chile, a costa de tanta sangre y de tanta gloria vencedor.

No parecía esto creíble y ello era, sin embargo, la estricta verdad de la situación.

Ocupándose en efecto de la primera pregunta del diputado interpelante, es a saber, sobre si existían o no negociaciones de paz, el ministro se limitó a responder estas palabras textuales:

«Desde luego puedo decir que no hay gestión alguna oficial sobre este punto, y aunque esto me excusa de dar mayores explicaciones, voy, sin embargo, a ser más explícito. Se han dado pasos (¿quién los había dado?) extraoficiales dirigidos a saber en qué disposición se encontraba nuestro gobierno y ha contestado lo que siempre ha dicho, es decir, que no hace la guerra por simple espíritu de guerrear, y que si los gobiernos del Perú y Bolivia se deciden por la paz, el gobierno de Chile está dispuesto a oír las proposiciones que considere aceptables».

Resumiendo enseguida las dos interrogaciones siguientes en una sola, el señor ministro-enigma las contestó como la Efigie del Cairo de esta manera:

«Estas dos preguntas se encuentran contestadas en la primera, pues no existiendo hasta el presente negociaciones, sino simplemente los pasos oficiosos de que he hablado, el

gobierno no ha podido ocuparse de nombrar negociadores. Ello sería importuno o extemporáneo».

Y esto decía textualmente el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, cuando el pueblo repetía de memoria los nombres de esos negociadores, cuando era notorio que el 10 de septiembre, día de su alumbramiento en el despacho presidencial, se había producido un choque por la designación de personas enemistadas entre sí, y cuando precisamente ese disgusto y sus divulgaciones eran lo que había hecho romper al día siguiente al señor Balmaceda el velo de su habitual moderación para lanzarse en las aventuras de una interpelación más patriótica que política.

La manera de solucionar la cuarta pregunta de la interpelación, relativa a la actitud que asumiría el gobierno de Chile durante las negociaciones (negadas, pero en plena vigencia) fue todavía más enigmática, más estudiosa y cabalística:

«Esta pregunta -exclamó el señor ministro interpelado- que corresponde a una situación que todavía no se ha producido, no puede tener una contestación concreta y determinada. Si la situación a que alude la pregunta llega a producirse, el gobierno verá lo que más convenga a la honra e intereses del país».

Agregó enseguida el honorable señor Valderrama algunas vaguedades relativas a la quinta pregunta, como la compra de algunos transportes, el laborioso aumento del ejército, y pidió permiso para detenerse, como si un solo momento hubiese estado lanzado, en la vía de la franqueza y de las revelaciones.

Como era obvio, semejante manera de tratar un negocio que tanto preocupaba a la república y ante una cámara que había manifestado una adhesión tan absoluta y tan patriótica a la política de guerra de los cuatro gabinetes que la habían dirigido hasta aquel día, estuvo muy lejos de satisfacer ni al diputado interpelante ni a la gran mayoría de sus colegas representantes de todos los colores políticos ya un tanto desteñidos, pero que, como en los tapices antiguos que por lujo o curiosidad suele algún aficionado mantener colgados en el muro, tenían todavía a la vista su lana y su trama:

«Las contestaciones, del honorable ministro de relaciones exteriores -repuso en efecto el señor Balmaceda, cuando el honorable señor Valderrama puso fin a su discurso que duró por reloj tres minutos- no son bastantes explícitas y tienen un doble carácter para el debate: el oficial y el privado».

¿Cómo distinguir el uno y el otro carácter entre funcionarios que hablan a nombre de la representación de sus gobiernos? El hecho es serio y merece toda la atención de la cámara y del país.

«Por otra parte -exclamó el diputado autor de la interpelación, que en esto se llevaba el asentimiento y los aplausos, no sólo de todo el país sino de todos sus partidos en desarme-, ¿es éste el momento de negociar una paz conveniente y sólida? La cuestión es profundamente seria. Aquí principian, sin duda, las diferencias de apreciación y lógicamente los peligros de las más serias desinteligencias entre gobernantes y gobernados, entre el ejecutivo y el Congreso».

Reiteró como respuesta, y en un discurso que encontró amplia cabida en quince renglones del boletín oficial, el imperturbable ministro señor Valderrama, estoico e impasible como su jefe, encastillándose en su propósito de taciturna reforma para con la cámara; y en consecuencia el diputado por Carelmapu flageló tan inconcebible y vedada actitud en un gobierno representativo con estas dignas y severas palabras:

«Su señoría, ministro de Relaciones Exteriores, gestor de la dignidad y del interés de Chile con el mundo civilizado, no puede hablar en carácter privado con los representantes autorizados de un estado amigo. Su señoría puede comunicarse pública y privadamente con ellos; pero en carácter privado o de tal naturaleza que escape a su posición oficial, es imposible.

Así pues, tenemos que llegar a la conclusión de que hay negociaciones iniciadas confidencialmente, que el gobierno está dispuesto a ir desde luego a la paz y que le será forzoso corresponder a las declaraciones que ha hecho, si el Perú quiere o le conviene ponerse en camino de llegar a ello.

Entre tanto, ¿es posible llegar a una paz conveniente en estas circunstancias? Y antes de ocuparme de este gravísimo aspecto del debate ¿son los señores ministros que así nos niegan el conocimiento de lo que hacen, los hombres capaces de servir las aspiraciones del país y de conducirnos a una paz que sea previsión y futura seguridad?

Por otra parte -agregó el orador-, hace ya cuatro meses que se dio la batalla de Tacna, y nada hemos hecho hasta el presente. ¡La situación es para inquietar!

Con tanta más razón cuanto que para nadie es un misterio ha habido una dualidad esterilizadora de la voluntad manifiesta del país. Unos han combatido y no han querido la expedición a Lima y otros la han querido y la quieren.

Vienen negociaciones de paz. ¿Cuál será el desenlace lógico? El de facilitar por las condiciones de la paz el desistimiento de la expedición a Lima».

Y colocando la cuestión de actualidad y de porvenir bajo su verdadero punto de vista, el bien inspirado representante concluía dando vida a las aspiraciones legítimas de la república y a sus propias desconfianzas con las palabras y la proposición de censura al ministerio que enseguida van a leerse:

«... Chile necesita en Tarapacá su compensación pecuniaria; pero Chile necesita para su bienestar futuro, para su prestigio en el mundo, para su seguridad de siempre, aniquilar, no al Perú, lo que sería excesivo; pero sí al poder militar del Perú en el corazón de su más robusta existencia.

Es preciso que el Perú quede sin escuadra que perturbe el pacífico dominio de nuestras naves. Es preciso que las fortalezas y cañones del Callao desaparezcan. Es indispensable que no quede un sólo puerto artillado en el Perú y que no puedan artillarse en cinco años a lo menos.

Ésta es la seguridad futura, ésta la precaución inevitable para todo género de emergencias. Todo puerto fortificado en el Perú puede ser un asilo de gran peligro para la seguridad del Estado».

Y en consecuencia de todo esto el orador formulaba su proyecto de censura en estos términos:

«La honorable Cámara de Diputados, inspirada en la gravedad de la situación exterior de la república, declara la necesidad de organizar el ministerio de modo que corresponda a la confianza del país y al régimen parlamentario».

Representaba en la Cámara de Diputados el señor Balmaceda, antiguo miembro del grupo reformista, el matiz liberal más acentuado de sus partidos, y decimos lo último porque el abigarrado bando que sigue a todos los ministerios y que vota a todo trance con ellos, nunca ha sido para nosotros partido sino vientre.

En contraposición, llevaba la voz del partido conservador en el grueso que en aquella Cámara se sentaba, el distinguido escritor y hábil hombre público don Zorobabel Rodríguez; y apreciando este desde su asiento de diputado la conducta del gobierno con relación a la paz y en vista de la actitud y de los fueros del parlamento, anatematizó a los autores de la situación en el lenguaje conciso y contundente que es su peculiaridad como orador y como diarista:

«En vano se dice -exclamó el diputado conservador por Santiago- que apenas hay algo más que unas cuantas ideas acerca de la posibilidad de llegar a un arreglo, cambiadas entre nuestro gobierno y el honorable señor Christianey; porque pasos como el que ha dado ese caballero no se dan sino cuando hay una base de discusión que proponer y cuando el que la propone tiene motivos serios para calcular que ella puede ser aceptada.

Ahora bien, ¿no es posible sospechar cuál será esa base de discusión que ha parecido aceptable al gobierno de Chile? Por mi parte creo que ello no es difícil. Esa base no puede ser sino una que parezca aceptable a Piérola y que nuestro gobierno no dista de creer satisfactoria. Siendo ello así, tengo por verosímil que se trata ahora de renovar la tentativa que, según se asegura muy de cierto, hizo el ministerio anterior después de Tacna, para exigir como condición de la paz nada más que el abandono liso y llano del territorio de Tarapacá. El sólo pensarlo me entristece y alarma, pero confío en que la buena voluntad de nuestros conductores para celebrar un arreglo semejante se estrellará una segunda vez contra la inflexible voluntad del dictador peruano, sostenido, más que por la expectativa de una resistencia imposible, por el temor de que el populacho de Lima le hiciera pagar con la horca o la hoguera sus promesas embusteras y sus ridículas baladronadas. Una vez más -lo espero firmemente de la bondad de nuestra estrella- la salud, en la hipótesis que considero, nos vendría de nuestros enemigos.

No me mueve, señor presidente, ni el odio ni el deseo de venganza; no me gozo en la idea de la humillación y ruina de los enemigos de Chile; pero obedezco a la lógica de la situación en que los acontecimientos nos han colocado. Esa situación es terrible y hay que salir de ella a filo de espada, despedazando y reduciendo a la impotencia a nuestros enemigos de hoy, que han sido nuestros enemigos tradicionales desde la época de la independencia, y que, si no los reducimos a la impotencia, continuarán, con la rabia en el corazón, acechando el día de procurarse sangriento desquite.

Con Bolivia hemos vivido en guerra permanente, de hecho o de derecho, y en guerra permanente también con el Perú, incitador oculto de Bolivia, foco de las conspiraciones contra Chile y madriguera de los que lo aborrecen por emulación, por codicia o por envidia.

Con enemigos como éstos no se negocia la paz, sino que se les impone. La paz negociada no pondría término a la guerra sino en apariencia: en realidad nos obligaría a consumirnos haciendo por años y por siglos tal vez los sacrificios de la paz armada, mucho más pesados e insoportables que los que la guerra demanda.

Si la Cámara está de acuerdo con el que habla en estas apreciaciones, me parece que lo que el patriotismo le ordena es afirmar su opinión en presencia de los actos no bien conocidos y de las opiniones crepusculares del gobierno. Deja la palabra: no ha llegado aún la hora de iniciar ni de aceptar negociaciones de paz, y deja en su libertad de acción al presidente de la república y a su ministerio».

En consecuencia, el señor Rodríguez dio eco a sus ideas en el siguiente proyecto de acuerdo:

«La Cámara de Diputados declara que, en su opinión, no ha llegado aún para Chile la oportunidad de entrar en negociaciones de paz y mucho menos de ofrecerla».

Tomó enseguida su puesto en el torneo de los oradores para ponerse del lado del gobierno, como su auxiliar y confidente íntimo, el señor Huneeus, que hasta ese momento había estado sólo al timón de las secretas negociaciones de la calle de San Antonio, residencia de horas y casi de minutos del aparecido, a manera de duende, ministro Christiancy, emisario de sí mismo y de la locura de nuestros gobernantes por la paz, especie de manía no curada del todo hasta el presente. La paz no es un deseo que se satisface como el de Eva. Es un hecho que se impone con la espada. Con su natural franqueza, el defensor de su propia causa comenzó por hacer una declaración previa que era puñalada mortal asestada al pecho de la negociación que hasta ese momento su señoría dirigía y que iría a zozobrar lastimosamente en otras manos:

«Declaro de la manera más enfática y categórica -exclamó el señor diputado enfática y categóricamente-:

- 1.º Que el señor Christianey no ha venido a Chile con misión alguna del señor Piérola, y que no ha iniciado proposición alguna de paz a nombre del gobierno peruano;
- 2.º Que el señor Christianey no ha pedido a nuestro gobierno proposiciones de paz; y,
- 3.º Que el señor Christianey ha venido a Chile simplemente a conferenciar con el señor Osborne (el ministro residente de los Estados Unidos), a fin de dar cumplimiento a encargos de su gobierno referente a cuestiones que han llamado la atención del gabinete de Washington».

A la verdad, nada podía ser más enfático ni más categórico que aquella declaración del honrado y honorable representante por Elqui. Hablaba en causa propia y decía toda la verdad: El señor Christianey no había venido a nombre de Piérola, no había traído insinuación de ninguna especie sobre la paz, no había pedido tampoco al gobierno base alguna, su viaje tenía sólo propósitos de servicio interno para su país. Y si esto era así, ¿cómo entonces y por vía de cuál encantamiento sucedía que de ese viaje había surgido la idea de tratar con el Perú y con Bolivia, y cómo en ese viaje y el regreso de quien tan sin propósito lo hiciera encontraron su punto de partida las negociaciones de Arica, que en breve surgieron sobre la superficie de las aguas y vergonzosamente se malograron?



¡Ah!, era que se hacía o se buscaba la paz a escondidas del país, como una maniobra doméstica, como un reposo a la fatiga impuesta y aceptada de mal grado, como una manifestación fisiológica de la tendencia de espíritu del jefe del estado que había vivido envuelto durante la guerra en el sudario de la paz, sintiéndose abrumado bajo el peso del yelmo, de la coraza y de la espada que otros a la fuerza y casi de sorpresa le ciñeran. La paz, como se la proseguía y como se la había iniciado, no en Lima, no en La Paz ni siquiera en Washington sino en Chile, en Santiago, en la calle de San Antonio número 16, era en realidad una conspiración del gobierno contra el pueblo y contra el Congreso de Chile.

Trabado así el debate durante varias sesiones consecutivas desde el día 11, la del 14 de septiembre se convirtió, más adelante y a virtud de la ley natural que hace al agua buscar su nivel en la superficie y hervir cuando arimada al fuego, en ardiente palenque de política, formándose en línea de batalla los sostenedores del ministerio y sus adversarios, que en fuerza si no en votos (los ministerios tienen siempre por hábito y tradición mayoría de urna en Chile), se balanceaban.

En la sesión del 16 de septiembre sostuvieron en pro y el contra del debate los señores Aldunate y Urzúa. Y en esa ocasión terció por la primera vez el ministro de la guerra para manifestar que por su parte se trabajaba con actividad en los aprestos de la guerra (lo que con relación a su ministerio era tan cierto, como que en el ministerio de relaciones exteriores se trabaja con igual actividad por la paz), y para provocar un lance personal que el boletín oficial vierte en estos términos:

«El señor Arteaga Alemparte.- Sin embargo, el señor ministro ha dicho que se pueden organizar soldados con tal rapidez.

El señor Vergara (ministro de guerra).- No he dicho tal cosa.

El señor Arteaga Alemparte.- Su señoría habla entonces con toda la confianza de un soldado.

El ministro Vergara (ministro de guerra).- Sí, señor diputado; sé sostener mi palabra como soldado y como caballero, y no permito a su señoría que en este punto me dirija interrupción ninguna».

Crecía el calor en los espíritus y en los bancos hasta la animosidad y la amenaza. En la sesión del 21 de septiembre lucharon sobre la ya traqueada y revuelta arena de las negociaciones oficiales y oficiosas los señores Balmaceda y Valderrama, este último en visible retirada; y hasta el señor Huneeus terció en la brega por la segunda vez con el propósito de justificarse del cargo de indiscreción que en general había formulado contra los negociadores de la calle de San Antonio y la Moneda el señor Recabarren en la sesión precedente: «Ni Ud. ni los señores Santa María e Irarrázaval han podido ser indiscretos», le decía el ministro en carta del día subsiguiente, y sin embargo el público había estado al corriente de todo el negociado desde su primera hora hacía ya una larga semana...

Por último, se celebró el día 26 de septiembre una sesión al parecer concertada de antemano para acomodos parlamentarios, ardid usual y triste, pero que esta vez el patriotismo cubría con su velo; y dando cuenta de sus diversas peripecias un diario de ese mismo día las refería en los vivos términos que por abreviar reproducimos.

El diputado Walker Martínez, dejando de camino las proposiciones que antes habían formulado los señores Balmaceda y Rodríguez, presentó como base del acuerdo una indicación tendente a declarar que la cámara insistía en que la solución de la guerra debiera encontrarse sólo en Lima, y caracterizando la obstinada invencible resistencia del jefe del estado, se expresó de esta manera:

«Al terminar la sesión anterior manifestaba el funestísimo influjo que ejerce el Presidente de la República en el ánimo de los hombres públicos. No trataba de excitar pasiones, sino de cumplir con un deber. Su señoría, dentro de la Constitución, cree que tiene el derecho de discutir los actos y las personalidades de los hombres públicos.

Pues bien, el Presidente de la República es el único obstáculo que encuentra la expedición a Lima y la prosecución enérgica de la guerra. Todos los ministerios han escollado en esa roca presidencial. (Aprobación).

Por eso su señoría ha querido poner el dedo en la llaga, sin detenerse en ninguna consideración. Hay quienes se atreven a decir que es una falta de patriotismo hacer estas acusaciones al ministerio; al contrario, señor, la falta de patriotismo sería la indiferencia y el silencio; sería dejar que continuasen esas miserables negociaciones de paz, que todo Chile rechaza. (Aprobación).

¿Qué contestaríamos a nuestro heroico ejército cuando nos acusase por haber hecho estériles sus heroísmos y sus sacrificios?

Fruto de las observaciones que su señoría ha hecho, es el proyecto de acuerdo que va a someter a la Cámara, a nombre de algunos de sus amigos políticos. Si su señoría hiciese una indicación a su propio nombre, sería la de que el Congreso se reuniese para procurar dar vida a un cadáver, o bien para arrojar por la borda un fardo inútil! (Vivos movimientos en los bancos de los diputados: agitación profunda en la sala; manifestaciones reprimidas en las galerías).

El proyecto que su señoría propone es el siguiente:

La Cámara pasa a la orden del día, declarando que en su opinión el gobierno de Chile no debe negociar, ni celebrar la paz, sin haber obtenido antes el desarme completo del Callao y el aniquilamiento del poder militar y marítimo del Perú.

Su señoría cree que hasta los mismos ministros pueden votar sin inconveniente este proyecto de acuerdo. Con él el Presidente de la República se decidiría al fin a llevar la guerra tal como la quiere el país, sin descansar hasta que nuestro ejército entre vencedor en

Lima, y hasta que el Callao quede completamente desarmado. (Aprobación en la sala; aplausos comprimidos en las galerías)».

Tomó el presidente de la Cámara, como era en él deber y lealtad de amigo antiguo y de ministro reciente, la defensa del Presidente de la República, y exclamó:

«Yo declaro que el Presidente de la República no ha sido jamás un obstáculo a la guerra activa, enérgica y gloriosa.

Ésa es la verdad; el Presidente de la República ha trabajado incansablemente en la guerra activa y enérgica; no ha sido jamás un obstáculo, y por eso el honorable diputado que deja la palabra no ha debido juzgarlo como lo ha hecho».

Igual y aun más caluroso pero no menos noble testimonio personal dio al Presidente de la República su joven ex ministro de Hacienda, que estaba ahí presente, todo lo cual es honroso para el alma de los que amparan al agredido, pero no es ni luz para la historia y menos es contradicción para los hechos consumados. De lejos se divisaba ya venir a la playa de Arica en la altura del mar peruano el negro penacho del cañón de humo de la corbeta Lackawana, y ese hecho revelaba todas las defensas que sobre los embrollos funestos de la paz formaba la vida diaria y tenebrosos de la Moneda.

En la historia, contra los acontecimientos no hay argumentos ni hay excusas, ni siquiera generosidades. La historia no puede desmentir a la historia.

Y en esta vez el jefe del estado había sido sorprendido en flagrante acto de flaqueza y de contradicción con el país, porque las negociaciones de paz, no solicitadas por el vencido ni por nadie, estaban allí en el fondo del mar peruano, y luego subirían como a alto pilorí de caoba a la cámara de la corbeta mediadora, su teatro y su sepulcro.

Se había anunciado entre tanto en los corrillos del público curioso que en aquel día sería llevado a la Cámara de Diputados en brazos del ya escuálido ministerio, un atleta de poder hercúleo, que, habiéndose mantenido hasta cierto punto apartado de aquellos fatigosos debates, se encontraba mejor sostenido por su potente y brillantísima pujanza de tribuno. En esta ocasión, al menos, el popular diputado por Valparaíso, combatido por todos los gobiernos anteriores, hablaría casi desde la altura de un ministro sin cartera o por lo menos, de un orador que llevaba la palabra del gobierno y el encargo de salvarlo.

Con la notoria y deslumbradora elocuencia que ha hecho comparar en muchas brillantes ocasiones de éxito popular y parlamentario al señor Errázuriz a Mirabeau, tomó la palabra en pos del señor Walker Martínez, y después de pasar en revista los trabajos verdaderamente notables del ministro de la guerra dirigidos a la remonta del ejército, habló

de las negociaciones de paz como de una simple tontería y de la expedición a Lima como una necesidad de la situación, indispensable, absoluta y salvadora:

«Después de los rumores de paz -dijo el elocuente diputado por Valparaíso- cree con franqueza que el ejecutivo se ha hecho reo de una enorme inocentada al aceptar conversaciones de paz de esos eternos oficiosos que se mezclan en todo.

Pero la fruta de la paz no está aún madura, y por eso los mediadores oficiosos han sacudido inútilmente el árbol, y la fruta no ha caído. La fruta caerá cuando el brazo robusto de Chile crea necesario arrancarla del árbol, sin necesidad de mediadores. (Aprobación en la sala y en las galerías).

¡La fruta estará madura cuando los cañones de Chile, coronando la cumbre del San Cristóbal, hagan llover lluvia de buen sentido y lluvia de verdad sobre la ciudad de Lima! (Viva aprobación).

Señor, cuando treinta mil bayonetas brillan en el norte al sur de Chile, empujadas por un viento irresistible hacia Lima, no caigamos en la puerilidad de estar preguntando al ministerio a donde va ese ejército. (Aprobación).

La cámara tiene medios constitucionales, no los remedios quirúrgicos indicados por el diputado por Santiago, para vencer la voluntad personal del presidente de la república. Según el señor diputado, las campañas de Tarapacá y Tacna se han hecho contra la voluntad del presidente de la república. ¡Y bien! ¿Qué se opone a que la expedición a Lima se haga también contra la voluntad del presidente de la república? (Aprobación).

Pero, señor, ¿cómo pensar que el presidente de la república permita armar treinta mil hombres, si no piensa llevarlos a la expedición de Lima? Un cambio ministerial en el caso actual pondría demora a la misma empresa que queremos resguardar. Por eso declaro a nombre de mis colegas y en el mío que votaremos en contra de todo proyecto que envuelva una censura declarada u oculta?»

El ministerio estaba salvado, según fue la expresión corriente en aquel día en las tribunas y en la ciudad. El señor Recabarren habló en un sentido análogo, pero sin nombrar todavía la palabra del enigma, que era Lima; tanta era la taima y la reserva supremas sobre ese tema particular.

Y habiendo pedido en consecuencia de los dos discursos convergentes del ministro y del tribuno el señor Rodríguez que se suspendiese la sesión, se hizo así.

El parlamento iba a parlamentar.

Y tal aconteció, porque vueltos los diputados a sus asientos se aprobó por 70 votos contra 6, es decir, por casi la totalidad de la sala una orden del día sostenida brevemente por el señor Augusto Matte y que estaba concebida en los términos siguientes:

«Retirados todos los proyectos de acuerdo presentados con motivo de la interpelación pendiente, la Cámara pasa a la orden del día».

Quedó así terminado, con esta columna de diáfano humo, simple indicio del paraje en que la hoguera había ardido y se extinguía, el borrascoso debate que comenzado el 11 de septiembre se había prolongado durante seis largas sesiones.

El ministerio, es decir, el personalismo de la actualidad, que es lo que en Chile se llama convencionalmente «gobierno», había quedado a flote, y a la salida de los diputados en el vestíbulo y en la plaza del Congreso, el pueblo, que había asistido tumultuoso a todas las borrascas precedentes, como el viento al huracán, gritaba:

-¡Viva el ministerio! ¡A Lima! ¡A Lima!

Mas, ¿se hallaba por ventura salvado el gobierno como entidad moral y permanente de la república, la guerra como peligro, como tardanza y como futuro y cruel derramamiento de sangre y de millones?

A corto plazo se hallaba encargado de resolver lo último el tiempo, porque al día siguiente del acuerdo absolutorio del Congreso, las negociaciones de paz que tanto se había negado o encubierto, continuaban con mayor ahínco, y al propio tiempo al dispersarse los diputados por la ciudad iban leyendo con intensa preocupación en un boletín de la prensa un telegrama del gobernador militar de Arica recibido aquella mañana y que decía sólo estas ominosas palabras de destrucción ineficaz y de castigo mal repartido e injusto, que haría toda paz imposible:

«(Despacho recibido a las 10 horas 20 minutos a. m.)

Santiago, septiembre 25 de 1880.

Señor presidente de la República:

Acaba de fondear el Lontué del norte.

Comunica que la expedición Lynch ha destruido a Chimbote y por completo la hacienda del señor Derteano.

Seguirá a Pacasmayo.

Dios guarde a V. E.

Valdivieso».

De esta suerte, y mientras una rama del Congreso, haciendo acto de magnanimidad o de condescendencia, absolvía al gobierno del señor Pinto de sus errores, comenzarían a marchar paralelas en las costas del Perú las dos empresas insensatas y contraproducentes, que se excluían violentamente entre sí y que se daban, sin embargo y a virtud de una ceguera inconcebible, como cooperadoras a un sólo fin.

Ese fin era una paz falaz e inmadura, y conocidas hoy bajo los nombres de las Conferencias de la Lackawana y Expedición Lynch, se convertirían en las más opacas sombras de la guerra, porque no las había inspirado la cordura, el interés ni la gloria de Chile sino la codicia de la poltronería de un gobierno que en la mitad de la jornada se había echado al suelo y no quería oír los gritos del país que lo azuzaba para marchar hasta el fin, ofreciendo llevarlo en sus propios y robustos brazos victoriosos.

Y a fin de comprender mejor la enormidad de aquellas faltas, que no eran desmedro del patriotismo en el presidente de la república ni en sus ministros, como antes lealmente dijimos, sino de inteligencia y de clara y definida concepción de la guerra en que nos hallábamos hacía dieciocho meses empeñados, será fuerza retrogrademos a los orígenes de la resistencia del Congreso a la política gubernativa inmediatamente después de Tacna, tanto más cuanto que por un leve error de compaginación el impresor ha hecho aparecer el capítulo que aquí acaba antes del que le sigue, siendo que su colocación natural y congruente era la inversa.

## Capítulo X

La guerra y el congreso

(Junio y julio de 1880)

Comenzaron a diseñarse en el congreso de Chile los primeros síntomas de la lucha parlamentaria que crearía la sorda pero tenaz resistencia del presidente de la república para resolver a su manera y a su albedrío, a virtud de engreído y fomentado personalismo, las grandes, necesarias e históricas soluciones de la guerra en la Cámara de Diputados, desde el segundo día de sus funciones ordinarias y una o dos semanas más tarde en el pacífico Senado.

En la segunda sesión ordinaria que la Cámara de diputados celebró el 8 de junio, el enérgico representante por Santiago, don Carlos Walker Martínez, presentó, en efecto, por escrito y como para resumir el sentimiento y la opinión de aquel cuerpo político ante el país y el ejército, el siguiente proyecto de acuerdo para el cual solicité inmediata discusión:

«La cámara de diputados acuerda un voto de admiración y de gracias a los jefes, oficiales y soldados vencedores en Tacna y Arica y les anuncia que la opinión pública de Chile, les señala a Lima como corona y término de sus heroicos sacrificios».

Hubiera parecido que tan llano pensamiento y ovación tan ampliamente merecida estaban destinadas a encontrar el unánime y caluroso asentimiento de la sala, mucho más cuando aun no se apagaba en los horizontes el ruido lejano del cañón de las victorias.

Y en realidad, así habría tal vez acontecido si el diputado por Talca don Ricardo Letelier, no hubiera caracterizado lógicamente la proposición sometida al patriotismo de los representantes del pueblo atribuyéndole su verdadero alcance:

«A juicio del país -dijo el joven diputado, tan resuelto como su colega autor del proyecto de acuerdo- esta guerra debe concluir por la ocupación de Lima salvo el caso en que se determine el gobierno del Perú a pedir la paz. En otros términos, lo que consulta el proyecto del honorable diputado es que el gobierno de Chile no hará proposiciones de paz, como se ha insinuado sin fundamento, a mi juicio, por algunos, ni se paralizarán las operaciones de la guerra antes de que el Perú se haya sometido.

En este pensamiento todos estamos de acuerdo y creo que no habrá una sola persona en este recinto ni fuera de él que no piense de la misma manera».

Se equivocaba, sin embargo, el honorable representante por Talca en su cómputo total de las adhesiones, porque uno de los miembros del Congreso de mayor influencia en el bando político a que pertenecía, por sus relaciones, su briosa energía y su fortuna, el diputado por San Carlos don Francisco Puelma, rico salitrero de Antofagasta, y a cuya opinión se atribuía gran peso en los consejos de la Moneda desde la ocupación militar de aquella plaza, por él vivamente solicitada y obtenida, se levantó para formular una apreciación tan grave como contradictoria de los juicios y de los votos emitidos por sus predecesores en el

debate. Esas palabras, que llevaron el asombro a todo el país, porque por no pocos se supuso eran el eco de opiniones y deseos constituidos a gran altura en la dirección de los negocios del Estado, fueron textualmente las siguientes, conforme al boletín oficial de aquel día:

«He pedido la palabra -dijo el señor Puelma- sólo para manifestar que no creo, como lo han asegurado los señores diputados por Santiago y Talca, que la opinión unánime del país sea que no debe pensarse en la paz mientras no llegemos a Lima, y que el gobierno haría mal si diese cualquier paso por ahora en un sentido pacífico. Yo pienso, por el contrario, y ésta es también la opinión de todas las personas sensatas con quienes he tenido ocasión de hablar sobre este asunto, que en el estado de irritación a que han llegado los ánimos en ambos países, no será posible arribar a la paz sino por la mediación de potencias amigas, y que sería un deber del gobierno procurar esa mediación.

En la situación en que nos encontramos, después de los gloriosos triunfos que hemos alcanzado sobre el Perú, creo que Chile bien puede tender una mano generosa a su enemigo y ofrecerle la paz, sin que se nos acuse de debilidad.

En el estado de miseria y de completa impotencia a que ha llegado el Perú, yo creo que si él va adelante en la guerra, es sólo por la exaltación que en él producen los continuos bombardeos e incendios que diariamente está sufriendo, y si fuera posible darle algunos momentos de calma para que apreciase su situación y se le ofreciese la paz, sería muy probable que la guerra pudiera terminarse.

Yo no veo tampoco qué ventaja pudiera haber para Chile en llevar adelante esta guerra a sangre y fuego y en arribar a la paz por la ruina del Perú. Después de todo, el Perú es el único consumidor obligado de nuestros productos, así como nosotros lo somos de los suyos; tenemos, pues, que mantener por fuerza estrechas relaciones de comercio con él para lo futuro, y por lo tanto no está en el interés de Chile que la guerra se desenlace por la ruina de ese país.

Por consiguiente, yo no concibo -así concluyó el honorable diputado- que fuera una desgracia que el gobierno pensase ahora en la paz; y creo, por el contrario, que, por lo mismo que Chile está triunfante, y el Perú casi moribundo, sería un deber de nuestra parte tender una mano amiga a ese país que al fin y al cabo es nuestro hermano».

Saltó de su puesto como herido en parte noble de su ser el autor de la indicación, y en breve pero acentuado discurso replicó al diputado por San Carlos, mereciendo las congratulaciones de muchos de sus colegas y los aplausos de diversas poblaciones del país, que como Melipilla, expresamente le tributaron.

«Si hubiera sospechado, señor presidente -exclamó en efecto el diputado Walker Martínez- que el proyecto de acuerdo que he tenido el honor de presentar iba a promover una discusión de esta naturaleza, protesto que lo habría roto en mil pedazos antes de darle



ocasión de tener el sentimiento de oír el discurso que acaba de pronunciar el honorable diputado señor Puelma.

La cuestión propuesta y combatida en los términos en que la ha tratado el honorable diputado, ocultando en su fondo algo que es profundamente irritante para el patriotismo chileno, es indigna del país y de la Cámara (Aplausos en los bancos de los diputados).

Yo sostengo que sería una mengua para Chile solicitar mediaciones extranjeras, y no somos nosotros los que debemos humillarnos hasta ese extremo, cuando toda nuestra campaña es una continua serie de triunfos y de glorias.

Yo sostengo que después de la conducta observada por el Perú antes de la guerra y durante toda ella hasta en los momentos presentes, no está ni en nuestra dignidad ni en nuestra honra ir a ofrecer esa paz de que habla con tanta humanidad el señor diputado; y sostengo, por último, que semejante paso enlutaría las banderas de la república que han flameado hasta aquí y deben flamear siempre, inmaculadas y puras.

Bien sé -añadió el diputado autor de la glorificación parlamentaria del ejército- que la guerra no es un fin sino un medio de llegar a la paz; pero sé también que los que pueden imponerla con el hierro no deben solicitarla por medio de súplicas. La escribirán a su debido tiempo nuestras bayonetas, no nos la darán las intervenciones extrañas. El país no aceptaría jamás tanto exceso de debilidad y de culpables complacencias, porque los que han triunfado con inmenso heroísmo en Tacna y Arica, no necesitan de nadie para llevar sus armas victoriosas a Lima, y para dictarla como vencedores, no como vencidos, ni siquiera como iguales.

Confieso que me ha sido doloroso oír al señor Puelma. ¡Oh! Su discurso habrá hecho estremecerse en sus tumbas a las ilustres cenizas de nuestros valientes soldados muertos en los campos de batalla.

Mal me ha comprendido el señor diputado cuando supone que mi proyecto de acuerdo lleva envuelto el pensamiento de hacer la guerra al Perú a sangre y fuego; ni mucho menos que considere como una desgracia el que Chile haga la paz con sus enemigos. Mi idea es completamente distinta. Lo que yo quiero es que esta página histórica concluya como empezó, con gloria y con valentía, no con proposiciones cobardes, ni con temperamentos tibios, que son los peores consejeros en los momentos supremos.

El proyecto de acuerdo que he propuesto es la interpretación de la opinión pública que clama: '¡A Lima!'; o sea, metafóricamente hablando, al corazón de nuestros enemigos.

Aprobarlo, es el más brillante testimonio que podremos dar a nuestros soldados de que sabemos apreciar en lo que valen su heroísmo y sus hazañas.

No discuto la conveniencia de ir a Lima, porque no es ocasión oportuna de hacerlo, dejo sólo consignado el hecho de que el país lo pide. Los romanos vencieron a Cartago yendo al pie de sus muros a imponerle sus condiciones, no deteniéndose en España ni en Sicilia».

Amainó, y no poco con este arranque de calor en su primera salida el diputado por San Carlos, que en su vida parlamentaria había solido bogar en mares bravíos, y se contentó con pedir que se agregase al proyecto de acuerdo sólo una breve frase de mitigación para aceptarlo. Esa frase era la de que se iría a Lima, si ello fuera preciso.

Manifestaciones análogas no tardaron en surgir en el seno de la otra Cámara, aprovechando uno de los senadores por Coquimbo la primera ocasión que se le presentaba para desarrollar su juicio sobre la manera como había sido conducida la guerra hasta esa hora, señalando los errores padecidos las faltas de obstinación y voluntad en la colecta de los soldados o en los planes de campaña y su ejecución, las continuas negligencias de mando tan cruelmente espiadas por el pueblo y el ejército, y por último los peligros que se diseñaban para lo venidero, todo esto con motivo de la lectura que su lacónico programa de gobierno y de guerra hizo el jefe del ministerio nombrado el 16 de junio en la sesión que aquel alto cuerpo celebró el día 18. Ciertamente es que el honorable señor Recabarren prometía a nombre del gobierno «una guerra activa», «tenaz» y «enérgica»; pero más allá de los fáciles epítetos que son a los gobiernos, lo que los rayos solares a las nubes, simples cambiantes de color, comenzaba ya a columbrarse claramente en el horizonte que los propósitos del ministro no eran en el fondo de su conciencia y de su voluntad suprema (irresistible para todo en Chile, aun para la inercia) los del presidente de la república, quien con honradez y perfecta franqueza no hacía para nadie misterio de sus planes y esperanzas de paz que en breve salieron a la luz del sol para recibir la repulsión del país y su castigo.

Tomando, en efecto, pie de la declaración del ministerio y desconfiando evidentemente, no de su sinceridad sino de su ejecución y de sus medios, el senador ya aludido solicitó el uso de la palabra, y analizando los diversos acontecimientos sobrevenidos en la guerra hasta ese momento y las tendencias que se diseñaban en los hombres de gobierno, es decir, en el presidente de la república cuyas inspiraciones personales habían seguido todos sus gabinetes, se expresó en estos términos, conforme a la versión oficial de aquella sesión y dando respuesta a las promesas de guerra del jefe del nuevo ministerio:

«... Y ahora, ¿qué decir, señor presidente, de la manera como el gobierno ha llevado la guerra y como se ha comprendido, considerada ésta como estrategia?»

¿Puede calcular el país, puede darse cuenta el Senado de lo que cuesta a la nación en dinero, en tiempo, este oro invisible pero pagadero en buenas letras, en desprestigio ante nuestros vecinos y ante nuestros propios enemigos el bloqueo de Iquique, ese triste espasmo de 117 días que se acabó por sí solo, porque los fondos de nuestros buques estaban podridos, sus hornillas caldeadas, sus quillas inmóviles y agotadas hasta la desesperación, el escorbuto, la paciencia y las fibras de sus desgraciados tripulantes, sacrificados no sé a qué interés, no sé a qué porfía?

Y esta última y lamentable campaña de Moquegua, campaña de circunvalación, campaña mediterránea, absolutamente innecesaria, en la que hemos tirado deliberadamente a un lado del camino las cartas geográficas, los derroteros, las lecciones históricas de antaño y de

ayer, los avisos de la ciencia y los avisos de la experiencia, que comenzaban en el arriero y acababan en Raimondy, ¿cuánto cuesta al país en vidas, en desesperación, en sed y en millones? Campaña de veinte leguas, emprendida en el mes de febrero y que ha venido a terminarse en junio gloriosamente en las cumbres de Tacna, que el inmortal valor de los chilenos ha acercado al cielo, envolviendo sus cimas en eterna y esplendente luz de victoria.

¡Ah! Si no hubiera sido, señores, por esos hombres de músculos de hierro y de almas de gigante que han atravesado los desiertos con los pies quemantes y las fauces enjutas, apoyados en el rifle y siguiendo la bandera, mudos, sombríos, irritados, pero invencibles, ¿adónde, a qué hondo abismo nos habrían llevado los autores de estas campañas al menudeo, en un país cuya topografía de desiertos y montañas aísla los valles y confedera los pueblos en el más completo aislamiento, de suerte que la parálisis reina en las extremidades, mientras la vida fluye en un solo órgano de fuerza y de expansión?

No, señor presidente. La guerra no tenía sino un objetivo claro, preciso, único, marcado por la historia, marcado por la victoria y por todos los genios que se han sucedido desde Cochrane y San Martín a Bulnes y al Pílo, este general ungido por el pueblo, porque ese general que no es sino una comunidad de deseos y de vulgar buen sentido, ha dicho desde el primer día: «¡A Lima! ¡A Lima!».

¡Ah! Si en lugar de ir a Iquique y a sus médanos, hubiésemos ido, como fueron antes todos, al corazón del Perú, la guerra que hoy ruge inmolando a ese país desventurado y poniendo a prueba al fuerte nuestro, no llevaría de seguro diecinueve meses de duración, ni habría necesitado de cuatro batallas campales que nos han dado sólo una provincia, porque es evidente que una sola gran batalla librada temprano y con los puños arremangados, habría solucionado esa guerra en la victoria y en la derrota de uno u otro de los dos contendientes.

Otra de las capitales faltas del sistema impulsivo de la guerra es, a mi juicio, señor presidente, la táctica de las demoras y de los aplazamientos en las operaciones, táctica que se ha constituido, a su vez, en sistema.

Por un motivo u otro, porque faltaban batallones o porque faltaban buques o lanchas, o faltaban odres o caballería, o cañones o cartuchos, nos empantanamos ocho meses en Antofagasta. Y cuando está probado que pudimos ir a Iquique en la primera quincena de mayo y tomarlo por asalto en media hora de fuegos, pues el enemigo no los tenía sino para veinte minutos, fuimos a Pisagua en octubre. Y cuando derrotamos a cañonazos el ejército aliado de la Encañada, y se retiró este desbandado, desnudo, hambriento, sin jefes, desenganchándose sus artilleros de los cañones que quedaban cargados a orillas del camino, y después del choque sangriento de Tarapacá, huyó como los gamos en tropel por la ceja de la montaña hasta Arica, convertidos los hombres en fantasmas, nosotros que éramos los dueños absolutos del mar, que éramos los dueños de la victoria y de sus alas y que habíamos enviado como vanguardia al campo del enemigo ese terrible auxiliar que se llama el pánico, nosotros nos cruzamos otra vez de brazos durante tres meses y nos empampamos en las salitreras del Tamarugal, como nos habíamos embarbascado en las salitreras de Antofagasta.

¿En qué país, señor, se llama esto hacer la guerra, a pedacitos y con plazos, cortando poco a poco los cupones? Si la victoria tiene alas, no es para plegar éstas sobre su pecho, como la mortaja de los ángeles, sino para remontarse a la altura y señalar con su espada refulgente el rápido sendero que conduce al desenlace. Señor presidente, ¿no hay por ventura en este país hombres de Estado?

¿Y qué decir del funesto, raquítrico y empobrecedor sistema de reclutar el ejército a que ha obedecido el gobierno con una increíble obstinación?

Este país, señor presidente, en esta precisa hora tiene cien mil combatientes varoniles, prontos a marchar al sitio que se le señale en nombre de la patria, en nombre de la provincia, en nombre de la aldea.

Consta de datos estadísticos que cuando el gobierno de 1810 confió la defensa del país a un oficial de ingenieros natural de Irlanda, había veintitrés mil hombres enrolados bajo las milicias del rey, y ese general extranjero pidió para armarlos veinticinco mil fusiles, cifra que hoy espantaría a muchos ánimos melindrosos.

No hace mucho leía la Memoria de Guerra, suscrita por el ilustre coronel Vidal; y de sus cuadros resulta que el país tenía, en la medianía del siglo, sesenta y dos mil guardias nacionales perfectamente bien organizados. Y cuando se toma en cuenta que en 1810 nuestra población no llegaba a seiscientos mil almas, y en 1850 apenas pasaba de millón y medio, se comprenderá si es paradoja o si es un hecho estadístico, llano como la aritmética, el de que Chile tiene hoy cien mil combatientes, es decir, apenas el cuatro por ciento del total de sus dos millones y trescientos mil habitantes.

Pero el gobierno anterior, que ha conducido la guerra evidentemente con mano firme pero parsimoniosa, en vez de inspirarse en estas cifras que representan la igualdad de las cargas y de los sacrificios, ha vuelto la espalda a las prácticas saludables de todas las naciones militares modernas para seguir el sistema antiguo del bodegón, del real y medio y del cabo de vela, enganchando gente a granel en las pulperías, en las chinganas y en los campos indefensos, donde se alista por venganza, por mugre y por castigo».

Tal era, resumida en tosco lenguaje, pero con la fidelidad del calco sobre el papel, la expresión del sentimiento público del país acentuado por la discusión y por la prensa hasta en los últimos rincones del territorio en esas horas. Pero en medio de aquella calurosa unanimidad, comenzaba a señalarse por todos una sola excepción. Y ésta era la del palacio de la Moneda, que continuaba ciego en su optimismo, imperturbable en su reposo y devorado por el malsano e incurable apetito de la paz, que empezó bajo la administración del señor Pinto desde que en la medianía de su curso se declaró la guerra y no se acobardó en su propósito hasta que aquella terminó en septiembre de 1881, dejando la guerra, a fuerza de querer la paz, tan empedernida y tenaz como al principio.

No se hizo pues concepto alguno ni aun el más leve, ni aun el de la cortesía, sino el de la crítica y alegre murmuración palaciega, de aquellos conceptos y advertencias que arrancaban en ambas ramas del poder legislativo, por lo menos de almas sinceras y de pechos patrióticos.

Y antes por el contrario, empezaron por esos días a correr juntas la política y la guerra por su carril antiguo, divorciado en lo absoluto el anhelo presidencial, que era la paz sin Lima, y el empuje del país que era el de llegar cuanto antes a la capital del enemigo para imponer esa misma paz haciendo rodar nuestros cañones, como en Guía, por los guijarros del río que baña a aquella orgullosa ciudad y por aquel tiempo comenzaba a reflejar en su turbia onda su insolente dictadura.

Durante los primeros cuarenta días que se sucedieron a las victorias de Tacna y de Arica hasta aquel en que por el llamamiento del señor Vergara al ministerio de la guerra el 15 de julio, cesó tan mortificante interinato, no se dio, en efecto, un solo paso en el sentido de preparar una expedición a Lima, que era el complemento obligado de la campaña y su coronación natural, y se dejó vagar el maltratado esquife de la guerra a la merced de las olas de la pereza y del optimismo, precisamente cuando aun el gobierno más omiso no habría perdido un solo minuto para aprovechar el éxito alcanzado. Muy lejos de ello. Todos los días se esperaba en la Moneda un telegrama de Iquique anunciando una revolución en Lima, o la ruptura de la alianza, o la caída de Piérola, o la sumisión de este caudillo a la paz, como lo había asentado a manera de esperanza el jefe del estado en su mensaje del 1.º de junio. A esas horas era en verdad tema de burlesca charla la expedición a Lima en el palacio, y el presidente, que ha sido siempre hombre de verdad en su trato público como en su vida familiar, calificaba a cada paso semejante propósito como solemne desatino (eran sus palabras textuales), haciéndole naturalmente coro sus cortesanos y sus ministros.

Entre los últimos, el señor Vergara era a todas luces hombre de guerra, y en el fondo de su espíritu estaba indudablemente por la guerra; pero sea sumisión a las circunstancias, sea, como él lo aseguraba a sus íntimos, que había encontrado la atmósfera de palacio demasiado adversa, contemporizó desde luego y aguardó mejor hora.

Verdad era que el señor Recabarren había declarado en la medianía de junio, y a nuestro juicio con perfecta sinceridad en cuanto a su sentir propio, que el gobierno estaba resuelto a hacer guerra eficaz y activa, y que el ministro de la guerra había reiterado esta misma manifestación en el día de su primera conferencia ante el Congreso en la medianía de julio, asegurando que «estaba de acuerdo con S. E. el presidente de la República y el gobierno en la idea de activar las operaciones de la guerra».

Pero la verdad era que el ministro de la guerra era tan completamente sincero como el del interior, por cuanto se trataba sólo de «una idea» existiendo de hecho una paralización absoluta de las operaciones.

Más adelante nos haremos cargo de lo que esa idea de activar las operaciones significaba, y como de esa idea presidencial nació la más absurda, funesta y contraproducente de las empresas llevadas a cabo por aquel gobierno: la expedición Lynch. Pero desde luego nos limitaremos a recordar que, desdeñando todos los consejos prácticos y desinteresados que

señalaban al gobierno la actitud del país puesto todo de pie para marchar a Lima, ofreciendo cada provincia y cada ciudad, cada montaña y cada villorrio, su generoso contingente de sangre, continuaba el antiguo torpe, ilegal, abusivo y hasta cobarde arbitrio de las antiguas levas, enrolando pequeños grupos de voluntarios, que cada día eran traídos al depósito central de Santiago bajo candado, por los trenes, conduciéndolos enseguida a través de la Alameda en la hora del paseo, cabizbajos e irritados entre dos filas de tropa y en la proporción de diez, quince o treinta cada día.

Era eso lo que se llamaba «llenar bajas», es decir, satisfacer las venganzas o las conveniencias de los subdelegados, de los jueces e inspectores de campo; permitir el negocio infame de los conchavadores de hombres en el juego, en la bebida y la crápula; pagar primas, como sucedía en Colchagua, a los que daban caza a balazos a los fugitivos asilados en los montes, y convertir, en conclusión, por tales medios la recluta del ejército en un acto de esterilizante villanía y despotismo lugareño cuando el país entero, como comunidad y como colectividad, tascaba el freno por enrolarse y partir. Se vería esto en breve, cuando al fin de porfiada brega, el congreso impuso su voluntad y la razón su ley.

Se levantaron a este propósito vivas protestas en el seno de la Cámara popular, y precisamente por aquellos representantes que más a pecho tenían la expedición a Lima, como los señores Walker Martínez, Jordán y Urzúa, que citaron casos irritantes de aquellas inútiles vejaciones, al punto de aseverar el primero de aquellos valerosos diputados que las autoridades subalternas tenían organizada en toda la república una verdadera «caza de hombres». Y, sin embargo, mientras esto se hacía, la mayor parte de los pueblos, y en especial Quillota, la Victoria, Linares, Chillán y otros departamentos que han enviado después batallones y regimientos a la guerra, firmaban solicitudes que eran llevadas al congreso por sus representantes para que se aceptase el ofrecimiento espontáneo y ardoroso de su voluntad y de su sangre.

Entre tanto, la acción del gobierno no pasaba de aquel menguado arbitrio. El general en jefe del ejército, según en su lugar lo comprobaremos, solicitaba instrucciones, recursos y órdenes para marchar a Lima, y aun indicaba desde el 8 de julio (una semana antes del nombramiento del señor Vergara) el sendero para llegar hasta el corazón del enemigo que fue el que más tarde se siguió.

Mas el gobierno a nada respondía.

Había tenido lugar, por otra parte, en los principios de ese mismo mes (el día 3 de julio) el horrible hundimiento del Loa por un traidor torpedo del enemigo, pero el sopor antiguo continuaba en las altas regiones de la política. Al fin el diputado por Linares, señor Jordán, formulando una momentánea interpelación sobre aquel espantoso suceso que crispó aun las más frías naturalezas en la república, pero sin sacudir una sola fibra del alma del gobierno, osó preguntar, si el último «no creía llegado el caso de una acción bélica que desenlazara pronto la guerra y de pedir al país todos los recursos que ella reclama».

Tenía esto lugar en la sesión del 13 de julio y el ministro de hacienda señor Alfonso, único de los miembros del gabinete que se hallaba presente, contestó evadiendo la insinuación y manifestando, como de costumbre, que el gobierno haría «con mayor energía la guerra».

Tenía esta declaración constante y cabalística cierto significado de actualidad, porque ya desde esa época, y especialmente desde que ocupó su puesto en el gobierno el señor Vergara, comenzó a hablarse de correrías de merodeo llevadas a las costas enemigas para apremiar, por medio de la confiscación y destrucción de los ricos ingenios de azúcar de los valles del norte del Perú «aquellos intereses conservadores» que se creían sobresaltados, prontos a sublevar a Lima para salvar sus zurriones y echar la dictadura por la ventana a fin de conservar intactos sus escudos, idea y plan favoritos del señor Pinto. Y, en efecto, se hizo venir para combinar empresa tan ingrata y falaz al gobernador militar de Iquique don Patricio Lynch, que desde el principio de la guerra en el mar, y en aquel pueblo con mayor acierto y fortuna, había prestado notorios servicios al país.

Esa expedición era el secreto de la «fortuna, energía, actividad y eficacia» de la guerra de que había hablado el señor Recabarren, porque en cuanto a la expedición a Lima que la cámara de diputados había votado implícitamente y por unanimidad desde su segunda sesión celebrada el 8 de junio, continuaba siendo en la tertulia cotidiana del presidente y de sus ministros un «delirio» y un «solemne disparate».

Proseguía entre tanto, por su parte, el congreso en su laboriosa tarea de prestar su desinteresado y patriótico concurso, no obstante su actitud de estudiosa reserva y de pusilanimidad notoria, al gabinete de junio, votando todos los proyectos de ley que el gobierno le presentaba, y aun duplicando, como lo hizo más tarde el senado, el monto de subsidios solicitado por el ministerio de hacienda para los gastos de la guerra.

Suscitó este proyecto algunos embarazos en la Cámara de Diputados; mas no por efecto de resistencia a otorgar cuantos fondos se exigiesen para la guerra, sino sobre meros detalles de emisión y especialmente sobre la visible desconfianza que sobre su inversión en objetos positivos de guerra reinaba en todos los espíritus, dada la actitud del gabinete, y, no obstante, la excitación profunda que había causado el aleve atentado contra una nave de la república en las aguas del Callao.

Tomando pie de esta situación que comenzaba a ser azarosa, el joven y ardiente diputado por Linares don Luis Jordán, en cuya sangre y en cuyo nombre el patriotismo en acción era vieja herencia, inició, según hace poco dijimos, una especie de interpelación de indignación contenida en las siguientes interrogaciones que eran en el fondo un cargo contra la supina atonía en que hasta esas horas (¡cuarenta y cuatro días después de la batalla de Tacna!) se mecía el gobierno y sus ministros llamados de urgencia y de remuda al pesado atalaje de la guerra:

- «1.<sup>a</sup> ¿Qué medidas ha tomado el gobierno con motivo del desastre del Loa?
- 2.<sup>a</sup> ¿Qué piensa de los bloqueos después de ese desastre y si cree que las ventajas que le han procurado bastan a compensarlo?
- 3.<sup>a</sup> Si no cree que ha llegado el momento de una acción bélica que desenlace prontamente la guerra y de pedir al país todos los recursos que ella reclame».

Dijimos que el ministro Alfonso dio brevísima respuesta por de pronto a estas preguntas, y para mayor eficacia aquí estampamos lo que dijo:

«Pido la palabra para decir solamente que después del último desgraciado suceso, acaecido en las aguas del Callao, el gobierno se propone imprimir a la guerra más actividad y energía».

La contestación ministerial era a la verdad sucinta, pero era sincera, y como cogida de sorpresa: el ministro prometía, «más actividad y más energía». Y esto claramente dejaba por sentado que unas y otras condiciones habían faltado hasta esa hora a la mente y al brazo del gabinete.

Replicó, sin embargo, con brioso aliento el diputado autor de aquella patriótica interpelación, y son dignas de ser conservadas por varoniles y por exactas algunas de sus palabras y conceptos:

«Este fracaso -exclamó el señor Jordán, aludiendo al naufragio del Loa, que más adelante habremos de contar con todos sus horribles detalles, este fracaso-, señor, es debido no sólo a los eternos bloqueos, sino a la lentitud, a las vacilaciones con que se viene dirigiendo la guerra; pero el país jamás se ha equivocado; el país ha reclamado guerra enérgica, y sólo el gobierno ha sido imprevisor y más de una vez no ha sabido aprovechar el sentimiento unánime de entusiasmo que animaba al país entero. Así vemos que este pequeño pero gran país ha ofrecido al gobierno desde el primer instante todo cuanto podía dar, siendo pródigo de su dinero, de sus vidas, ofreciéndolo todo a la patria.

Pero el gobierno no ha sabido comprender lo hermoso, lo grande del sacrificio que los hijos de Chile anhelaban por ofrecer: la opinión pública no ha errado hasta ahora en su patriótico y seguro instinto; el pueblo entero se levanta enérgico y decidido, sólo el gobierno se muestra vacilante y frío. ¿Será porque en ese palacio de la Moneda se enfría todo sentimiento, se hiel todo fervor patriótico?

El Estado, respecto al país, se puede llamar una pesada carreta que el pueblo ha obligado a marchar; pero, a pesar de su empuje, más de una vez ha permanecido inmóvil.

Así vemos que nuestro ejército queda largos meses clavado en la línea del Loa, consumiéndose inútilmente en estéril vida de guarnición.

A impulso del país conquistamos la provincia de Tarapacá, y volvemos a quedar largos meses estacionados en la línea de Camarones. Por fin, a impulsos, otra vez del país y de la opinión pública, manifestada por medio de meetings y por la prensa, el gobierno hizo la campaña de Tacna y Arica, y va corrido más de mes y medio y todavía no sabemos si se han tomado las medidas enérgicas que la situación reclama y que la nación viene exigiendo



para reorganizar nuestro ejército, continuar la campaña, lanzando de una vez nuestras columnas sobre el Callao y Lima para dar una terminación pronta a la guerra.

Si el gobierno hubiera prestado oído a los hombres patriotas y a la opinión pública, tendría en estos momentos un medio fácil y expedito de llenar las bajas de nuestro ejército.

Si se hubiera pedido a cada provincia uno o más regimientos, según su población, y se le hubiera obligado, además, a mantener cada una un cuerpo de reserva bien disciplinado, las bajas de nuestro ejército se habrían llenado en 24 horas.

No se equivoque el gobierno -decía al terminar con entereza rara vez escuchada en aquellos bancos el diputado por Linares-: la única solución posible es dirigir nuestro ejército sobre Lima y el Callao y destruir el poder de ese déspota ridículo, que va ya tocando a su fin y que sólo se mantiene merced a la lentitud con que dirigimos la guerra».

Entrando, por su parte, no en el incidente doloroso, que era la pérdida casual e irresponsable del Loa con un centenar de nobles vidas, sino en el fondo de la cuestión en debate, que era el de los subsidios, solicitados con singular parsimonia y apocamiento por el gobierno, el diputado por Carelmapu don José Manuel Balmaceda, representante antiguo y prestigioso, como miembro de un partido que solía darle su voz y sus votos, creyó llegado el momento de apreciar la situación en general, a fin de llegar a una solución parlamentaria más o menos concreta, y uso extensamente de la palabra en aquella misma sesión del 10 de julio en pos del fogoso diputado por Linares:

«Llega el momento de considerar la cuantía de los recursos propuestos -dijo el honorable diputado-, y ellos son, a mi juicio, insuficientes. Lo son más aun si la Cámara medita en las razones que en mi juicio particular, y sin ánimo de imponerlo a los demás, obran para medir los recursos de guerra por las proporciones mismas de la guerra.

Seré explícito, manifestaré mi pensamiento todo entero y diré cuáles son las razones de guerra que me aconsejan proponer una base de recursos más vasta, más en armonía con la dignidad y riqueza del país.

El apresamiento del Huáscar nos dio el dominio del Pacífico. Pero la guerra, en cuanto era menester obligar a los enemigos a la paz, quedaba viva mientras no recorriéramos estas tres situaciones.

- 1.<sup>a</sup> Tomar al enemigo sus recursos de guerra, como riquezas o como crédito en la provincia de Tarapacá.
- 2.<sup>a</sup> Destrozar la alianza en el campo de batalla, aniquilando en el corazón de su organización más regular, las huestes enemigas; y,
- 3.<sup>a</sup> Obligar al Perú a la paz, vencéndole en sus fortalezas del Callao y en el legendario palacio de los virreyes.

Error y muy grave fue el de aquéllos que creyeron que la ocupación de Tarapacá nos había de colocar en condiciones de paz o de ver alejarse a Bolivia del teatro de la guerra.

De igual manera las jornadas de Tacna y Arica, no nos han conducido al término de la guerra, como algunos lo esperaban. Creí siempre lo mismo. La paz posible está en Lima o no está en ninguna parte. Lo quiera o no el gobierno, lo desee o no el ejército, los acontecimientos, más poderosos que los hombres y que sus preocupaciones, nos obligarán a ponernos en marcha a Lima.

No podemos permanecer con el arma al brazo, sufriendo todos los gravámenes de la guerra, sin recoger ninguna de sus ventajas.

No podemos prolongar la contienda sin abrir ancha huella a complicaciones imprevistas.

No podemos amenguar la virilidad de la república, siempre resuelta y siempre triunfante, sin menoscabar el prestigio de nuestras armas y la seriedad de nuestras fuerzas.

No podemos, señores, inclinarnos ante el destino que está en nuestras manos dominar.

Hemos de ser chilenos, y para no dejar de serlo, hemos de poner manos a la obra y llegar hasta donde lo exija el término de la guerra. Toda otra conducta es imprevisora, toda otra manera de discurrir, ocasionada a vacilaciones que nos pierden o a postraciones que nos humillan.

La empresa demanda 40.000 hombres. Diez mil para guardar el territorio ocupado, otros diez mil para la reserva y 20.000 para la operación directa.

¿Y qué se hace para servir a estas miras que están en la atmósfera del patriotismo de todos, en la conciencia pública? Hace más de un mes y medio que postramos a los aliados en Tacna; hace más de un mes que en jornada imperecedera le aniquilamos en Arica. ¿Y qué hemos hecho?

No penetro los secretos del gobierno; pero esta lentitud me inquieta. Mis palabras, nacidas de un hombre sin pasiones políticas y de un amigo leal del gobierno, son la expresión de un sentimiento superior a toda consideración personal: el interés de Chile, tan seriamente comprometido en la guerra contra dos Estados vecinos.

No veo que se alleguen rápidamente las fuerzas que demanda la situación. Se procuran soldados con violaciones imprudentes que hieren el patriotismo y la dignidad de la república. Se emplean procedimientos tardíos que exasperan el civismo y el anhelo natural por la acción.

Pues, señores, ¿Se quieren 15.000 hombres para enterar la fuerza efectiva de 40.000 soldados?

Si doce horas bastaron para dar una ley de curso forzoso, dos días bastarían para dar una ley de reclutamiento. Sería la última.

Pero en todos casos, que se obre con presteza. Toda demora es consumo de gasto sin fruto real, toda lentitud una falta que sobreexcita las naturales impacencias del civismo común.

Bien, señores -concluyó diciendo el correcto y elocuente orador: Emprendamos la obra, lleguemos a Lima, y si somos felices, habremos hecho cuanto de nosotros exige el honor nacional, el derecho de las naciones y nuestros honrados y legítimos propósitos de paz».

Con el propósito de imprimir a sus ideas una forma más tangible y angulosa, sin que llegaran a constituir una agresión ni siquiera un conflicto pasajero para el ministerio de junio, ya tan fuertemente sacudido a virtud de los reveses del mar y su inacción, el diputado por Carelmapu, cuya moderación era notoria, concluyó proponiendo la siguiente indicación de aplazamiento:

«La cámara acuerda nombrar una comisión de siete miembros de su seno para que, tomando en cuenta las necesidades de la guerra, propongan todos los arbitrios dirigidos a obtener los recursos que se necesitan para llevarla a término».

No concurrió el ministro de la guerra ad interim (porque aún no había sido nombrado, en reemplazo del señor Lillo, el señor Vergara) a la sesión siguiente celebrada por la cámara de diputados el día 13 de julio. Y autorizándose con tan inusitado desaire, el diputado por Linares señor Jordán hizo formal indicación para que se suspendiese el debate sobre los subsidios solicitados por el gobierno hasta que su interpelación fuese contestada.

Se suscitó con este motivo largo y desorientado debate en que algunos diputados, como el señor Mac-Iver, secundando al ministro de hacienda, se oponían a toda idea de aplazamiento; otros, como el señor Errázuriz-Echaurren, encontrando fundada la resistencia de su colega de Linares, requerían de su condescendencia la aplazase; y otros, por último, como el honorable y patriota diputado por Combarbalá, don José Antonio Tagle Arrate, exigían se celebrase sesión secreta para darse cuenta de los planes del gobierno y de los propósitos con que pedía emisión tan considerable de papel moneda, negándose perentoriamente a decir cuál sería su inversión lo que no sólo era extraño sino insolente.

Reunió esta última idea muchas adhesiones en la sala, lo que ponía en clara y acusadora evidencia la ansiedad patriótica que comenzaba a prevalecer en el Congreso por conocer las miras secretas del gobierno, miras que nadie colegía ni divisaba, como si tenaz niebla se hubiese interpuesto entre los dos edificios casi colindantes por sus vientos en que tienen su asiento el poder que legisla y el poder que ejecuta. Y a la verdad, fue aquel un día excesivamente oscuro y lluvioso, ocurriendo un incidente casual que obligó a suspender largo rato la sesión, porque el ruido de la recia lluvia, al azotar las mamparas de vidrio de la alta claraboya de la sala, no permitía oír.

Convocados a segunda hora los representantes por la campanilla del entendido presidente de la Cámara, que a la sazón lo era don Demetrio Lastarria, empeñó el debate por un breve espacio el señor Huneeus, diputado por Elqui; y con esa diáfana transparencia de frase y la cristalina limpidez de su eco y su palabra que se desliza por la garganta y el oído como el agua que corre por el mármol, caracterizó perfectamente los graves síntomas de divorcio que comenzaban a prevalecer entre los dos grandes poderes políticos del país, por culpa del ministerio, caracterizando la flojedad y apartamiento sistemático y no motivado de uno de ellos.

«Las discusiones que diariamente -dijo su señoría- están teniendo lugar en esta Cámara; el giro que ha tomado el debate referente al proyecto que tiene por objeto proporcionar al Ejecutivo la suma de 6.000.000 de pesos, los sordos murmullos de descontento, de recelo y hasta de desconfianza que a cada instante se escuchan dentro y fuera del recinto de esta sala, revelan que la atmósfera que en ella respiramos es una atmósfera cargada, una atmósfera que no debe existir en las relaciones del Ministerio con el Congreso. Y, sin embargo, nunca más que ahora es menester que esas relaciones se mantengan en el pie de la más estrecha y perfecta armonía.

¿De qué proviene semejante situación?

Me parece, señor, presidente, que ella tiene su origen en la ignorancia completa que reina en la Cámara acerca de los propósitos del Ejecutivo en cuanto a la dirección que se propone dar a la guerra en que nos encontramos empeñados.

Las opiniones se encuentran divididas acerca de este punto, que está llamado a ejercer una influencia decisiva en la marcha de nuestras finanzas.

Algunos quieren, como lo quiere el honorable diputado por Carelmapu, que se emprenda una tercera campaña sobre Lima y el Callao, buscando en ella un medio de poner término a la guerra actual.

Si esa opinión hubiera de prevalecer, no digo seis, ni quince, ni veinte millones de pesos, tal vez, bastarían, aparte de lo que ya tenemos gastado, para llevar a efecto ese plan.

Otros querían que semejante operación no se emprendiera -continuó diciendo el hábil expositor, acostumbrado a la claridad enfática de la cátedra que regenta desde niño-. Teniendo presente que nuestro ejército y que nuestra escuadra han obtenido ya una larga y brillantísima serie de victorias; que hemos batido al enemigo donde quiera que nos ha presentado cara; que el brillo de nuestras armas resplandece hoy como nunca, y que el resultado positivo de esta guerra debe ser para Chile el restablecimiento del equilibrio, alterado desde hace ya algunos años, entre nuestros gastos y nuestras entradas, querrían que las operaciones ofensivas terrestres no pasaran más adelante en grandes proporciones».

Y, enseguida, tomando calor en el trayecto (que esto sucede a la palabra en oposición a la bala) su señoría terminaba enunciando la opinión de los que ya desde tan temprano no querían ir a Lima, alojándose en Arica como se alojan hoy los convoyes mortuorios en la mitad de su jornada de la mansión al cementerio, y concluía su notable arenga con la siguiente vigorosa acometida, no ciertamente contra el ministerio sino contra el Perú:

«Los que piensan de esta segunda manera creen que Chile debe limitarse a mantener la posesión de las porciones de territorio enemigo que hoy ocupa con sus armas, y a defenderlas con entereza. Creen que, si nuestros enemigos no aceptan, dentro de un breve y perentorio término las condiciones de paz que la victoria nos da el derecho de imponerles, Chile debe continuar con actividad, con decisión y con energía las operaciones marítimas, manteniendo en constante movimiento a nuestra gloriosa escuadra; intentando desembarques donde podamos hacer sentir al enemigo los efectos de la guerra: privándole de sus elementos de riqueza; arrancándole contribuciones donde ello fuere posible; y, aun si así persistiera en no ceder, arrasándole una población cada mes, cada quince días, cada ocho días, si ello fuere menester, para hacerle comprender que debe someterse a la dura ley del vencido».

Dio, entre tanto, por resultado tangible el debate de aquel día que el señor Balmaceda modificase su indicación primitiva y la del señor Jordán, aceptando por de pronto una sesión secreta de explicaciones previas y reduciendo a seis días el término de la prórroga para seguir conociendo del negocio de los millones. Pero la Cámara, obedeciendo lógicamente a la propia aprehensión patriótica que la trabajaba, no quiso aceptar ni siquiera la sombra de una resistencia opuesta a los planes del ejecutivo, cualesquiera que éstos fuesen, y mucho menos un retardo en el voto de subsidios pedidos para la guerra; y en consecuencia y por una votación de 42 votos entre 54 miembros presentes, rechazó la indicación de aplazamiento por seis días del debate.

Tal era la actitud de la Cámara de diputados netamente planteada por su voto. La sola idea de aplazar por una semana el suministro de recursos al gobierno para proseguir con empeño la guerra, era rechazada por casi la totalidad de sus miembros.

No era esto obstáculo, entre tanto para que el gobierno, desatendiendo tan noble actitud de la representación nacional, y manteniendo su absoluta incomunicación con los poderes colegisladores, mantuviese aplazada la guerra, empeñado, sin embargo, en hacer creer a las gentes que se hallaba empeñado en colosal y misteriosa empresa necesitada de millones y de silencio.

Al fin, y después de muchos incidentes parlamentarios de un carácter puramente económico, la cámara de diputados aprobó en su 23.<sup>a</sup> sesión celebrada el 29 de julio, el proyecto de emitir seis millones, admitiendo en cambio depósitos graduales con el interés del cinco por ciento, a medida que la emisión echase al mercado sus billetes. En consecuencia, el gobierno tenía ya dinero, pero no sabía propiamente cómo ni en qué invertirlo, según quedó demostrado en la discusión del asunto en la otra cámara.

No se hace ahora preciso entrar en el fondo de ese arduo debate y de sus incidencias, que sólo encontraron término en la memorable sesión del 25 de septiembre y por la promesa más o menos velada y recelosa de que al fin se iría a Lima. El compaginador de este libro anticipó nuestro tema en el anterior capítulo arrancándolo a su curso natural, y en consecuencia nos cabe hoy sólo la penosa tarea de acentuar la gravedad de los hechos que preocupaban al país y al parlamento, empujando al taimado jefe de la nación a entrar en la obra definitiva, con los formidables aprestos de bloqueo echados sucesivamente a pique en los puertos del Perú.

## Capítulo XI

### Las defensas de Lima

Mientras el Congreso de Chile entablaba las prolongadas y esterilizadoras luchas de que dejamos dada cuenta en el capítulo precedente para sacar al camino real de las verdaderas soluciones de la guerra el pequeño y empequeñecedor gobierno del presidente Pinto, el dictador del Perú, aun en medio de su genial insensatez, inclinada en todo a fantástico desmán, encontraba fuerzas, arbitrios y la cordura suficiente para armar la capital, que era el Perú, y preparar lo que sería más tarde la sangrienta y triple hecatombe de San Juan, de Chorrillos y de Miraflores.

Durante el mes de marzo el dictador, ocioso con la expectativa de Tacna, se había entregado, en verdad, a las más singulares extravagancias del ocio y de su peregrina fantasía; porque mientras que por una parte declaraba indigno de ser ciudadano del Perú a su predecesor en el mando, el desgraciado general Prado, se decretaba a sí propio y a sus secuaces de motín los timbres de la gloria, creando una orden de caballería bajo los principios más incongruentes y disparatados, mezcla del Quijote y Napoleón I, y mandaba abrir el Gran Libro de la República para inscribir las acciones heroicas, por los mismos días en que declaraba cobardes a muchos de sus antiguos émulos, vencedores de su arrogancia en pasadas guerras civiles.

Se entretenía el dictador, en otro sentido, con las pompas de su Consejo de Estado, que era sólo una conjuración solemne de cómplices o adoradores silenciosos, y en decretar la unificación y confederación de los dos países aliados, simple quimera de un día de conflicto, cuyos protocolos firmó el 11 de junio con el ministro de Bolivia Terrazas, nombrado ad hoc para aquel ensueño internacional concebido en noche de zozobra y pesadilla.

Difícil y hasta inverosímil hubiera parecido que un cerebro sujeto a semejantes intermitencias y delirios tuviera la nutrición y médula requeridas para acometer la obra ardua de la defensa nacional encomendada por entero a su actividad física y mental.

Mas, a virtud de los fenómenos que la naturaleza humana, como la herbácea, suele ofrecer en los férvidos climas tropicales, había en aquella organización compleja y verdaderamente singular el pábulo suficiente para engendrar y mantener vívidas las inspiraciones más serias y trascendentales de un gobierno encargado por asalto de defender sin recursos el suelo y la causa de la patria en peligro.

Persuadido, en efecto, en la medianía de junio de la doble catástrofe de Tacna y Arica, en términos que acusaban la absoluta imposibilidad de emprender una campaña activa, el dictador se preocupó sólo de la defensa de Lima, que hasta ese momento podía considerarse como una plaza abierta de par en par al tardo vencedor.

Lanzó el jefe supremo del Perú al recibir aquellas nuevas, a la manera de hondo alarido una proclama que no carecía de elocuencia, apellidando al pueblo peruano a indómita resistencia. Y juntamente haciéndole eco patriótico la prensa de todos los matices de la política, invocó la concordia y la unión contra el inhumano invasor, cuyas cofas se divisaban con la vista desnuda desde las azoteas de Lima, y en cuya amena planicie creían divisar sus mujeres cada mañana el tenue humo de los primeros campamentos:

«¿Habéis oído? -exclamaba el diario que se había mostrado más resuelto y animoso contra la dictadura, el Nacional, y bajo la firma de su principal redactor, el inteligente doctor indígena Cesáreo Chacaltana-

¿Habéis oído?

La virtud escarnecida, el honor ultrajado, la hacienda saqueada, pueblos indefensos entregados a las llamas, la infancia violada y presa enseguida del fuego alimentado por la misma mano, no es bastante todavía para el país del crimen.

Una horda feroz se une a otra para lanzarse sobre nuestro suelo privilegiado, para ejercer peores acciones; y si el sacrificio de nuestras vírgenes en Pisagua, Mollendo, Tacna y Arica; el asesinato de nuestros heridos en el lecho mismo del dolor; el incendio de nuestras ciudades; el menosprecio de nuestros derechos y la consigna infame a que se condenó hasta a la anciana y al niño, nos impuso una misión que quizás descuidáramos; la unión de esos salvajes y los nuevos aprestos nos prescriben el cumplimiento de especial deber.

El deber de no omitir medio, de no vacilar ante nada, de arrostrar todo y sacrificarnos gustosos, con tal que Chile encuentre su sepulcro en el suelo mismo que intenta profanar.

Lima debe ser y tiene que ser, o la tumba de todos, o la eterna capital de la república.

No hay medio.

O libres y señores de todo lo nuestro o que sólo un montón de cenizas determine en el porvenir el adónde existió Lima».

Pero descendiendo de la región de las palabras, de las proclamas y de los elogios, mar fosforescente en el que flota de ordinario la impresionable población de la Ciudad de los Reyes, el dictador con pulso resuelto ponía dos semanas más tarde (el 27 de julio) la capital y su departamento en pie de defensa militar y hacía el llamamiento inmediato de las reservas movilizables y sedentarias creadas en el papel desde fines de noviembre del año precedente.

Con mucha anterioridad a estas medidas de apremio, que el terror de una invasión inmediata avivó como un peligro de horas, el dictador había logrado, mediante eficaces medidas, y contando con bien remuneradas complicidades, aumentar el ejército activo de Lima con valiosos contingentes, de la costa del Norte, abundante en caballería, y con conscripciones de la Sierra, comarca vastísima e inagotable en indios, de los cuales, para el caso, se había declarado según vimos Apúcamachicuk, es decir, Protector.

Desde fines de marzo al 23 de abril habían ido llegando en efecto por los vapores de la compañía inglesa a los puertos de Chancay y de Ancón, y encaminándose desde allí a Lima por tierra, los cuerpos de caballería denominados Cazadores del Rimac, (éste desde su acantonamiento de Huarás) los tiradores de Pacasmayo y el escuadrón «Pascua», embarcados todos con disfraz de peones, pero previo pasaje adelantado.

El 7 y el 11 de junio llegaban también en dos partidas por los vapores Trujillo y Mendoza el batallón Piura, compuesto de los robustos habitantes de esta ciudad encargada de suministrar a sus ejércitos del Perú, por lo común de corta talla, sus más bizarros granaderos.

Por la parte de la sierra venían al mismo tiempo en marcha dos batallones desde el fondo de las regiones amazónicas, y hacia el 27 de junio, es decir, en el mismo día en que se decretaba el estado de defensa militar del departamento de Lima, hacía su aparición en Chicla, esto es, a la cabecera del ferrocarril de la Oroya, una división de cerca de tres mil indios del valle de Jauja, llamados a las armas por el entusiasmo y desprendimiento de un joven doctor y rico hacendado de la ciudad de la Concepción don Luis Milon Duarte. Tenemos a la vista un telegrama de ese entusiasta patriota en el cual, anunciando su arribo a aquel punto estratégico para el 27 de julio, solicitaba del jefe de ese cantón, el coronel movilizado don Antonio Bentín, activo industrial y minero en aquellas hondas quebradas, raciones para 3.200 plazas.

La división Duarte, compuesta de los batallones Tarija, Concepción, Tarma y Manco Capac, hizo su entrada solemne en Lima el 6 de julio, formando no menos de veintidós batallones del ejército para darle la bienvenida, en medio de repiques, músicas y cohetes, a usanza de limeños y de indios.



Las tropas indígenas que el coronel Duarte condujo del riñón de la sierra fronteriza a Lima pasaron a formar la primera división del Ejército del Centro, que fue confiado en primer término al anciano general don Fermín del Castillo, y por renuncia de éste el coronel don Juan Nepomuceno Vargas, veterano de la independencia tan viejo casi como el último y que ha muerto poco más tarde.

Tenía así puesto sobre las armas el Perú dos meses después de la batalla de Tacna un segundo ejército, y no hay exageración en decir, que mientras el gobierno de Chile se empeñaba en su sistema de reclutar por puñados los hombres, el dictador había logrado duplicar el número de los defensores efectivos y eficaces de la ciudad, que el universo entero, con la sola excepción del presidente de Chile y su gabinete, consideraba como el natural, necesario, inevitable objetivo de la guerra.

En cuanto a la reserva sedentaria, dispuso el dictador por un decreto que el domingo 11 de julio ocurrieran todos los habitantes de Lima, entre la edad de 16 a 60 años, a inscribirse sin «excluir estado, clase ni posición social», bajo penas de diez a diez mil incas, y el apremio de ser enrolados los que no cumplieran con lo mandado en el ejército activo. Se nombraba general en jefe de este tercer ejército al prefecto de Lima don Juan Martín Echenique, quien cedía su puesto al coronel don Juan Peña y Coronel, y se designaba como jefe de estado mayor a un rico azucarero de Lima, hijo de francés y entenado del coronel alemán Althaus llamado don Julio Thenaud.

Recibidas las inscripciones con patriótico fervor en los días señalados (del 11 al 18 de julio) al toque de arrebato de las campanas, al estrépito del cañón de Santa Catalina y al ruido de las músicas militares que recorrían la ciudad tocando generala, quedó durante un mes de asiduo trabajo formado el ejército doméstico de Lima, compuesto de todas sus clases distribuidas en diez divisiones y treinta batallones bajo la denominación de números pares desde el 2 al 62.

Ingeniosa y por demás característica de las costumbres de Lima que cantó el impúdico Terralla, era la composición de aquellas fuerzas, y la nomenclatura de sus divisiones daría mediana idea de su índole y estructura.

Se hallaba la primera división mandada por un caballero solterón y rico hacendado de Cañete, hijo del célebre Unánue, y estaba compuesta de los empleados del orden judicial desde el último ministril al presidente de la Corte Suprema. No había ni se admitía excepción alguna en toda la jerarquía.

La segunda división, cuyo jefe era el coronel provisional, o temporero, como se decía en Lima aun en documentos oficiales, don Pedro Correa y Santiago, comprendía todo el ramo de instrucción pública desde los maestros de escuela a los claustros de la famosa universidad de San Marcos. Era el coronel Correa y Santiago, antiguo y honorable miembro de la Beneficencia de Lima, hijo de un meritorio compañero de San Martín, el coronel argentino don Estanislao Correa, avecindado en Lima desde 1821.

Mandaba la tercera división, que cuajaba en sus filas la alta y baja finanza, desde el suertero de la lotería que callejea los portales y las plazas, hasta los jefes y directores de los bancos, el antiguo diputado, don Serapio Orbegoso, hermano del ministro del interior.

La cuarta división estaba a las órdenes de un descendiente de los opulentos marqueses de Lurigancho, don Juan Aliaga, gancho sin tronco, conocido únicamente en Lima (como el «Piquillo» de Soulié) con el nombre diminutivo de «Juanito Aliaga». Se componía esta tropa del ramo de edificadores, desde el albañil al arquitecto.

En la quinta división, que al principio mandó el coronel Peña y Coronel, entraban los encargados de vestir al cuerpo humano desde el calzado al sombrero.

Se componía la sexta, coronel Montero, del gremio de plateros, herreros, fundidores, la fragua entera de Vulcano.

La séptima, coronel Derteano, de los obreros de la prensa desde el entintador al redactor en jefe.

La octava, coronel Arrieta, del dulce y de suyo poco belicoso ramo de los que en Lima viven de la almíbar, el tamal y el almirez, como los bizcocheros, incluyendo en estos a los sirvientes, a los mozos de los hoteles y a los cantores de las chinganas.

Se componía la novena división, a cargo de don Bartolomé Figari, mestizo italiano enriquecido con el abarrote, de los decoradores de la ciudad y del rostro humano, comenzando por los barberos y acabando por los empapeladores...

Por último, la décima división, compuesta de los empleados de ferrocarril de la Oroya, del gas, del agua potable, etc., quedaba sometido al coronel Bentin, señor de las quebradas de la Oroya, según vimos.

En cuanto a los aguadores y otros trajinantes a caballo en acémilas o en borricos, se les reservaba para formar una brigada de caballería a las órdenes del coronel don Juan Francisco Elizalde, al paso que a los carroceros y en general a todo hombre que entendía en ruedas, se les destinaba el servicio de una brigada de artillería, que mandaría en jefe el conocido coronel don Adolfo Salmón, el de las famosas cartas a su «querido Patricio», antiguo cónsul del Perú en Valparaíso y que estuvo más tarde al ser fusilado por sus expresivas y poco cautelosas epístolas.

Entre las diversas secciones del estado mayor general, que pasaban de ocho, se creó también una especial de ingenieros, a cargo del apreciable joven don Francisco Paz Soldán, notable como ingeniero civil del Perú y a quien el dictador dio por subjefe a un entusiasta y hábil escritor llamado Daniel Desmaison, hijo de francés, mozo de 30 años.

Hecho todo esto, el dictador mandó suspender el 14 de julio todas las obras de defensa de la ciudad emprendidas por el alcalde vacunador Porras, alegando que no obedecían a un plan científico, y conforme a su índole original dividió todo el territorio del departamento de Lima en zonas, por haciendas, encargando a cada uno de sus propietarios formar una

columna de reserva movilizable que tuviera por objeto hostilizar al enemigo en caso de desembarco, obrando como guerrilleros, y prestar auxilio, en calidad de exploradores, vanguardia y arriadores, etc., al ejército activo, en caso de salir a campaña.

Estas zonas, cada una de las cuales comprendía treinta o cuarenta haciendas, podían denominarse, según su ubicación, en la forma siguiente: 1.<sup>a</sup> zona: Supe.- 2.<sup>a</sup>: Huacho.- 3.<sup>a</sup>: Chancay.- 4.<sup>a</sup>: Carabaillo.- 5.<sup>a</sup>: Lurigancho.- 6.<sup>a</sup>: Magdalena.- 7.<sup>a</sup>: Ate.- 8.<sup>a</sup>: Chorrillos.- 9.<sup>a</sup>: Junín.- 10.<sup>a</sup>: Chilca.- 11.<sup>a</sup>: Cañete.- y, 12.<sup>a</sup>: Lunahuaná, esta última encima del valle de Cañete y al pie de la Sierra. Las seis últimas demoraban el sur de Lima, y, por consiguiente, iban a tener cierta importancia estratégica en la campaña que por esa dirección se desarrollaría seis meses más tarde.

No descuidó tampoco el dictador vestir su ejército a su gusto y a su usanza. Desde el principio de la guerra había realizado su diminuta figura con un caso prusiano cuyo sol reluciente había reemplazado al águila imperial de dos cabezas. Y enseguida, en conformidad a este modelo, trató con el sombrerero francés Segard de 20 a 30 mil cascos al precio de 3 1/4 incas para los soldados y 4 1/2 incas para los oficiales, comprometiéndose el contratista a entregar 500 morriones por semana con el nombre de Ros de Olano, llamados así por la forma del kepí especial que desde la campaña de África hizo adoptar este conocido general al ejército español. Los cascos de los soldados debían ser de cuero mate con un apéndice llamado «cubrenuca», que sería movable, y los de los oficiales tendrían, como el del dictador, el sol del Perú de bronce dorado.

El artículo 4.º de la contrata Segard era característico y textualmente decía como sigue:

«4.<sup>a</sup>: Los morriones para jefes y oficiales de infantería, cubiertos de paño, orlados de cordón de seda amarilla, visera de hule, guarnecida con un sol en vez de cucarda, cubrenuca de lienzo y pompón de crin, siendo la parte metálica de cobre dorado, serán fabricados en la cantidad de tres incas veinticinco centavos cada uno. El plumaje y banda bordada para los comandantes de brigada y división y ayudantes de campo, no están comprendidos en los anteriores precios».

Uniformado de la manera que queda referida y que revela notable trabajo de detalles (en medio de risibles fruslerías), espíritu evidente de organización y una constancia y energía a toda prueba en país de suyo casi ingobernable, el dictador dispuso con clara percepción práctica que el ejército saliera por divisiones a acampar fuera de Lima, y que las reservas se ejercitasen todos los días en el manejo de las armas, desde las dos a las cinco de la tarde, debiéndose cerrar para esto al toque de un repique especial y sonoro de la Catedral, verdadero *couvre feu* de la ciudad en peligro, todos los negocios y oficinas de la metrópoli.

La ciudad de Lima hervía de tropas desde fines de julio, y aun la congregación numerosísima de extranjeros que en aquel lánguido clima del ocio hace el trabajo y la cosecha de los naturales, incitados por el dictador el 27 de junio a constituirse en guardia urbana contra «los feroces captores de Arica que todo lo habían pasado a cuchillo», habían

celebrado algunas reuniones previas con aquel objeto, en sus respectivas legaciones. La de los ingleses tuvo lugar el 10 de julio.

Por lo demás, en Lima podían armarse de tres a cuatro mil extranjeros, tan numerosa era su colonia, aumentada ahora con la del Callao.

Pero en medio de esta abundancia de carne de cañón, que hacía subir los defensores de la Ciudad de los Reyes a no menos de 30 a 35 mil combatientes, reinaba casi irremediable penuria de un elemento indispensable, que no era el pan ni el dinero, sino las armas.

En otro lugar contamos cómo el coronel boliviano Aramayo había enviado por el mes de mayo de 1879 las armas que de Estados Unidos y del Callao, llevó la Pilcomayo a Arica, a Tacna e Iquique.

Pero rotos o capturados esos armamentos en las primeras victoriosas campañas de Chile, Lima había quedado a tal punto indefensa, y más que indefensa, desarmada, después de la revuelta de Piérola, que hubo de recurrirse, según antes vimos, al singular arbitrio de recuperar, mediante una prima, las armas dispersadas en los tumultos civiles.

Se dio, sin embargo, trazas el dictador para renovar sus pedidos al extranjero, y en el mes de abril partía para Nueva York un comisionado secreto llamado don José de los Reyes, provisto, entre otros valores de una libranza de 40.000£ a cargo del banquero Canevaro, la cual descontada en Nueva York por la favorecida casa de Grace hermanos, produjo 192.374 pesos 26 centavos, el 4 de junio subsiguiente.

Sirvió este fondo para encargos de fábrica, compras de armas al contado violento en el mercado y cohechos en el camino, porque todas las adquisiciones en número de no menos de quince a veinte mil rifles, cañones, ametralladoras, dinamita, cápsulas, etc., fue conducido salvo hasta Panamá. Y como una muestra del ilimitado derroche y cupida venalidad que todo aquello necesitó, será suficiente recordar que al superintendente nada menos del ferrocarril de Panamá, Mr. G. A. Burt, siendo director responsable de una empresa de millonarios, le pagaron los agentes peruanos cuatro mil incas de plata «por servicios personales». Hacía cabeza en el gremio de los cohechadores y servidores en Panamá, el coronel Larrañaga, hombre sumamente vivo, inteligente y resuelto, que con una pierna de palo, ha hecho más por la defensa de su patria que diez de sus generales a caballo.

El verdadero peligro de la remesa de armas comenzaba, sin embargo, en la playa del Pacífico y sus costas, que desde la captura del Huáscar habrían pagado amplio tributo a Chile si las hubieran visitado sus buques constituidos en cruceros y no en pontones de inacabables bloqueos.

Siquiera un sistema mixto habría producido excelentes resultados para el desarme del enemigo. Pero ni esto siquiera se hizo, y en varias expediciones sucesivas se remitieron a las costas de Tumbes y de Chimbote, desde mayo a septiembre de 1880, armas suficientes para un ejército de veinte mil hombres.

Intentaron los peruanos despachar el primer cargamento llegado a Panamá en la goleta norteamericana Enriqueta, sobornando a su capitán; pero el generoso desnudo de un grupo de chilenos que en los primeros días de mayo salió a cortarla en las afueras de Panamá, resueltos a tomarla al abordaje y al mando de los patriotas y meritorios jóvenes chilenos Hermida y Whiting, retardó por lo menos aquel importante socorro algunos meses, porque el barco enemigo cobardemente manejado y protegido por las autoridades del Istmo, ganadas vergonzosamente al Perú por dinero, se refugió dentro del puerto el mismo día de su escapada.

No haremos mención en este libro de las complicidades verdaderas o supuestas, francas o solapadas, de simpatía o de cohechos que el Perú en sus angustias logró propiciarse en las costas del Pacífico donde Chile no mantenía por desidia cruceros ni agentes diplomáticos por economía. Pero en la prensa diaria se han registrado documentos que acusan al presidente Guardia de Costa Rica de haber negociado con el Perú la venta de seis mil rifles y la apertura de un puerto especial denominado «Coco» para mayor comodidad de los envíos. El agente del Perú Lalama denunciaba también a su gobierno la complacencia del general Barrios, presidente de Guatemala, dirigida a ejecutar trasbordos de armas en San José, si bien sobre este particular el poco afortunado negociador se ha visto obligado después a cantar la palinodia.

Pero si es vedado al historiador entrar en este género de revelaciones cuando no alcanzan a revestir la suficiente comprobación internacional, se hace de legítimo derecho denunciar la infame conducta de unos cuantos capitanes de la compañía inglesa de vapores del Pacífico que se constituyeron en viles acarreadores de elementos de guerra a uno de los beligerantes, no a título de simpatías con el infortunio, que eso era excusable y en ocasiones noble, sino por cohechos viles.

El primero en hacerse reo de esa fea mancha, después del capitán Cross que a bordo del Ilo había servido de espía a los marinos peruanos desde el comienzo de la guerra, fue el capitán Stedman del Bolivia. Tomando a remolque en el golfo de Darién la goleta portuguesa Guadiana, despachaba no obstante las protestas del activo cónsul de Chile en Panamá don Carlos Rivera Jofré, para el puerto de Esmeraldas, la condujo, no sin merecidas peripecias de sobresaltos y de fugas, al puerto peruano de Máncora, junto a Tumbes, y allí desembarcó el 7 de julio dos mil bultos que fueron inmediatamente internados. El diligentísimo cónsul Larrañaga vino a cargo de esta remesa, y aunque se dijo que trajo consigo veinte mil rifles, los bultos de embarque, que eran 2.042, descubren un número algo inferior. Larrañaga se hallaba otra vez expedito en Paíta el 11 de ese mes, y en un telegrama de servicio decía ese día al prefecto de Lima y su antiguo camarada de empresas pierrolistas: «¿Por qué no contestas? Dime, ¿qué resuelve el jefe supremo? ¿Voy a Panamá o a Lima?»

Vino en pos de la Guadiana, la goleta Estrella repleta de armas, y logró meterse en Paíta, no obstante la vigilancia tardía del Amazonas que fue enviado a virtud de un denuncia a Tumbes y a Guayaquil. El 27 de julio se hallaba aquel transporte chileno en observación frente al Amortajado a la entrada del río Guayaquil, cuando hacía dos semanas que el cojo Larrañaga, semejante en esto al gato que calzaba botas de siete leguas, había echado a tierra su segunda remesa.

El Amazonas había partido del Callao el 19 de julio con el objeto de apoderarse del armamento que según el denunciado de un marinero griego extraído o expulsado del vapor Pizarro, había quedado en la playa de Tumbes. Mas, habiendo bajado éste a tierra con dos marineros encargados de explorar lo que pasaba en tierra, ni el griego ni sus compañeros, que tenían órdenes de matarlo en caso de traición, regresaron jamás a bordo, cayendo los dos últimos en manos de los peruanos.

El último en llegar a su destino fue el transporte Enriqueta, porque sólo cuando el capitán Nodder del vapor Mendoza, un hombre sin honor, aceptó traer la goleta a remolque, pudo verificarse su viaje en condiciones de seguridad. El precio ordinario de cohecho por cada remolque era de dos mil libras esterlinas al contado, es decir, el sueldo de cuatro años de cada capitán, ganado así en cuatro días, pero cambiando el trabajo honrado y a plazo, por flagrante infamia sin descuento.

El Mendoza entró a Guayaquil el 3 de agosto, dejando la goleta pintada de negro a cargo de su capitán, un aventurero norteamericano, junto a Tumbes; y volviendo a salir al día siguiente, la encontró pintada de plomo y en esta forma la condujo con su valiosa carga a Pacasmayo el día 6 de aquel mes. De allí la goleta fue llevada a remo hasta Chimbote, donde se hizo el reparto de las armas vía Huarás y Huacho en millares de mulas, y borricos que para el efecto se aporataron en todos los campos del norte.

Pero ni aun esto, que constaba en Chile a todo el país y era noticia casi cotidiana de los vapores, de los avisos de los cónsules y de las reclamaciones de la prensa, movía al gobierno ni a su almirante a desprenderse de un buque de una manera permanente ni siquiera ocasional para dar caza a los acarreos.

Clamaba esta incuria al cielo, y en la escuadra misma se murmuraba sin rebozo contra ella:

«Nada de lo que está sucediendo -exclamaba con este motivo un inteligente oficial de marina en carta confidencial al autor, de principios de agosto-, nada se remediará si no se piensa en mandar un crucero hasta Panamá o de estación en ese punto para evitar que el enemigo esté armándose hasta los dientes, cuando dentro de tres o más meses venga a llegar aquí nuestro ejército. Cada día que pasa el enemigo fortifica a Lima y Callao y levanta más tropas y las arma como buenos Peabody, esto sin contar con las minas que son su fuerte. También están trabajando con empeño cañones, que por malos que sean, le servirán de mucho».

Al fin, pero en las postrimerías de septiembre o en octubre, cuando ya no había casi objeto, se puso de guardia en Panamá, el transporte Amazonas; y los peruanos, que ya habían remesado cuanto necesitaban para las próximas batallas, se limitaron a fastidiar con notas a los agentes de Chile, solicitando del gobierno del Istmo y del de Colombia la expulsión de aquel barco de guerra que con su permanencia violaba (a su decir) los tratados y la neutralidad.

Queda todavía, a propósito de la acumulación de elementos de defensa que con tanta tenacidad como fortuna hizo el dictador del Perú durante los meses de profunda quietud y de fe ciega en la paz que sucedió en Chile a la batalla de Tacna, un punto importante que tocar.

Era éste el de los recursos financieros que puso en juego la dictadura para procurarse los citados socorros del extranjero que dejamos enumerados, y para vivir además con desahogo y aun con prodigalidad dentro de su propia casa.

En hombres del temple de don Nicolás de Piérola, acostumbrados a maniobrar sin escrúpulo con los millones, todo esto entraba sencillamente en la vida corriente de aquel desventurado país.

Desde su apoderamiento del mando había contado, en efecto, el dictador con los 32 millones de soles que faltaban por emitir a las autorizaciones otorgadas al presidente Prado; con las cantidades misteriosas que estipuló recibir en puntos suspensivos en su contrato con Dreyfus, cuando le regaló 20 millones de pesos mediante una rúbrica; con la venta paulatina del huano en los dos stocks principales de Europa, a cargo de los mismos Dreyfus y de la Peruviana; con los cargamentos que a mansalva y sobre las quillas de los buques chilenos estuvieron sacando los contratistas ya nombrados de las islas de Lobos; con el producto de la suscripción popular para comprar un blindado que se llamaría el Almirante Grau, que alcanzó a más de un millón de soles; con el producto de los derechos de azúcar, lanas y algodón, que se pagaban en letras sobre Europa por los exportadores, y por último, con los bienes de las iglesias que de acuerdo con el arzobispo Orueta y Castellón, fueron aplicados, desde fines de junio, al sostén de la guerra.

Había ocurrido también el dictador al singular arbitrio de convertir el papel en oro por decreto, creando una moneda llamada «inca» que se sellaba juntamente en la casa de Moneda y en las litografías, en estas últimas con la cabeza de un inca, y de aquí el nombre.

A fin de atribuir al inca de papel el mismo valor que al inca de plata que valía 48 peniques (por decreto) se le imponía un interés de tres por ciento, se le declaraba redimible en oro y se aceptaba a su responsabilidad directa todas las rentas inmediatas del estado. En consecuencia, el inca de papel valía diez soles papel.

Pero el nivel de los negocios y de los cambios se impuso desde el primer momento por sí solo, y todos pedían y aceptaban el inca de plata dejando en las arcas del tesoro los incas de papel, más o menos como se dejaban los antiguos soles.

Más adelante y a virtud del informe de una comisión en que figuraban Derteano, Figari, Thenaud y otros capitalistas y banqueros, Piérola ordenó emitir un empréstito de cinco millones de incas, por mensualidades de quinientos mil incas, o sea cien mil libras esterlinas, con derecho a ser recibidos como metálico, en pago por mitad de contribuciones y derechos de aduana después del transcurso de un corto tiempo, a fin de mantener su ilusoria y deleznable circulación en el mercado.

No descuidaba tampoco el activo dictador del Perú, que a virtud de su peculiar organización cerebral y su temperamento eminentemente nervioso velaba cuando el presidente de Chile dormía, la agresión marítima de la escuadra que le bloqueaba, por medio de torpedos, ya que de quillas de guerra había quedado limpio el mar peruano.

Pero como este asunto, digno de ser tratado aparte por las desastrosas consecuencias que para la armada de Chile tuvo en las aguas del Callao y de Chancay, juzgamos oportuno reservarlo para el próximo capítulo.

## Capítulo XII

### El siniestro del Loa

Desde que en la mañana del 1.º de junio se apareciera en las aguas del Callao el aviso El Toro, emisario de gratas nuevas para los ya fatigados bloqueadores, el asedio del puerto volvió a su antigua, inalterable y estéril monotonía. Las nieblas del invierno se asentaron como un sudario sobre la costa; y así, a manera de fantasmas, cruzando entre las olas y el espacio, permanecieron nuestros sufridos marinos durante los meses de junio, julio y agosto que en aquellos parajes son un solo nublado.

De cuando en cuando, la llegada de algún transporte que traía noticias del hogar, periódicos, municiones y víveres frescos para las escuálidas bodegas de los buques, era toda la variedad y toda la alegría de aquella operación de guerra tan justamente caída en desuso y que tan funesta fue para Chile desde el bloqueo de Iquique.

En la mañana del 22 de junio se presentó en la rada el rápido transporte Loa, despachado de Arica el día 16 por el general en jefe del ejército chileno bajo la Cruz Roja y conduciendo 510 heridos de los combates de Tacna y Arica.

El día 29 de ese mismo mes llegaba al cabezo de la isla el portatorpedos Fresia, lancha a vapor, de dos chimeneas y de rapidísimo andar, adquirida en Inglaterra, que venía a reemplazar a la pérdida Janequeo, a cargo del entendido y bizarro teniente don Ramón Serrano Montaner, hermano del «abordador». La Fresia era susceptible de recorrer hasta 21 millas en una hora, y había hecho la travesía desde Valparaíso por sí sola. Por lo demás, los nombres araucanos de la flotilla sutil de Chile en las aguas del Callao, la Janequeo, la Guacolda y la Fresia, no se avenían mal ciertamente, a virtud de las leyes de la poligamia que en la tierra de aquellos héroes rige todavía, a una flota mandada por un almirante que se llamaba «Galvarino».



Hizo su aparición algo más tarde el transporte Lamar, conduciendo víveres, pertrechos y sesenta heridos del sur.

En el intervalo de tiempo que medió entre los dos transportes chilenos, se dirigió a Arica el Limeña, transporte peruano, para acarrear los últimos restos de los enfermos y mutilados de las batallas del sur. Solicitó esta gracia, por conducto del encargado de negocios del Brasil, señor Mello e Alvin, el presidente de la Cruz Roja del Perú, monseñor Roca; pero este sacerdote, mucho más engreído y atrabiliario que evangélico, se hizo reo de poca delicadeza al confiar el mando de aquel barco, despachado a una misión de gracia, al traidor Cross, que había sido expulsado del servicio de la compañía inglesa de vapores por sus innumerables infidencias durante la guerra. El representante del Brasil había solicitado aquel favor con apremiantes palabras de humanidad el día 11 de junio, y habiendo accedido el almirante por nota del día siguiente, el buque peruano se hizo a la vela, como el Luxor en enero, en su misión de consuelos y dolores, el 24 de junio.

Mientras esto sucedía, el Loa se había atracado al Blanco para entregarle su carga de pertrechos y cañones, incluso una pieza de a 70 de retrocarga destinada a aquel acorazado; y verificada en gran parte esta operación, quedó el transporte haciendo la guardia del puerto al mando de su comandante el capitán de corbeta don Guillermo Peña, natural de Concepción.

Hasta esos días y durante cerca de tres meses, los peruanos no habían alcanzado ninguna fortuna con sus ponderadas defensas de torpedos fijos o movibles. Existía en el Callao una numerosa división de torpedistas de diversas nacionalidades y a cargo del relamido ministro de fomento Echegaray. Habían los últimos sembrado la bahía de todo género de máquinas infernales, sin que ninguna de ellas causara el menor mal a los bloqueadores y ni siquiera a los neutrales que en ello, por su proximidad, corrían mayor riesgo, si bien tenían éstos una zona fijada para su estadía y aun para sus conflictos.

Esto, no obstante, eran aquellos aparatos tan mal contruidos que habiendo entrado al fondeadero en uno de los primeros días de junio la corbeta de guerra italiana Archimedes, pasó a llevarse con su quilla una red de torpedos, ninguno de los cuales hizo explosión; y ésta fue la historia de aquella tan temida arma de guerra desde el comienzo hasta el fin de la campaña marítima para uno y otro beligerante. A la verdad, se lograron por los peruanos únicamente aquellos que nuestros marinos por culpable incautela o voluntariamente se echaron encima para volar en astillas, según aconteció al Loa el 3 de julio, y al Covadonga el 13 de septiembre. A su turno los buques peruanos no volaron sino por su propia dinamita en la terrible noche del 16 de enero de 1881.

Llegado es por tanto el momento de narrar el primero de aquellos desastres.

Desde que la corbeta O'Higgins había entablado a fines de mayo el bloqueo del puerto de Ancón, distante del Callao sólo cinco leguas y casi a su vista, los peruanos se habían esforzado en quemarla por medio de un brulote ingeniosamente preparado: pero esta noticia llegó a Chile por algún oficioso o bien pagado aviso, y el presidente de la República lo transmitió por telégrafo al gobernador de Iquique a fin de que fuera oportunamente comunicado al almirante de la escuadra bloqueadora. Según parece, la nueva llegó al Callao

en tiempo oportuno, y el jefe de la escuadra, por demás reservado, se limitó a comunicarlo al capitán Montt que bloqueaba a Ancón en la primera semana de julio. El aviso exacto y salvador, que sólo se dio en la orden general del día 4 de julio, decía textualmente así:

«Orden del día:

Julio 4 de 1880:

Por telegrama S. E. dice lo que sigue:

En Ancón preparando joven Manuel Cuadros un segundo torpedo, a pesar de haber tenido un fin desgraciado el primero.

He oído decir que el torpedo es de esta manera:

Se compone de una lancha grande de vela, cargada con comestibles, carneros, etc.; al quitar el último bulto hay un resorte que hará reventar el torpedo».

Los peruanos no se daban, en efecto, por vencidos en sus ardides, y para ello contaban con el ingenio y perseverancia de un joven químico e ingeniero de minas que había sido educado en un laboratorio europeo y tenía gran experiencia y habilidad para el manejo de los mixtos. Se cree que este entendido manipulador fuese el ya nombrado químico Cuadros, hijo único de un caballero arequipeño de su mismo nombre a quien conocimos en 1860 ya muy anciano, y que casado en la familia del rico minero de Huancavélica y Morococha Mr. Flucker, tenía tanta pericia como caudal y tiempo disponible para sus ensayos.

El joven Cuadros, que preparó los torpedos del Loa y de la Covadonga, no pertenecía a la división cosmopolita del ministro Echegaray, sino a una sección de voluntarios que trabajaban bajo la hábil dirección del subsecretario de marina don Leopoldo Sánchez, joven de distinguidos antecedentes, y a la que pertenecían el capitán Cortínez, el teniente de marina Oyague y otros entusiastas.

Con el propósito de tentar la gula de los bloqueadores, azuzada por una cruel vigilia que duraba ya el doble del ayuno de los santos en el desierto, se dieron los torpedistas peruanos a lanzar pequeñas balandras y lanchas de cabotaje cargadas de apetitosos comestibles, gallinas, plátanos, verduras, arroz, patos, camotes, un verdadero banquete de Tántalo confiado al azar de las olas desde sus caletas; y hay motivos para creer que tal propósito había sido puesto en ejercicio desde los primeros días de junio, porque con fecha 11 de ese mes encontramos un telegrama del dictador dirigido a las autoridades de la costa septentrional del Callao, que textualmente dice así, datado a las doce de la noche:

«Palacio, junio 11 de 1880.

Señor comandante de fuerzas estacionadas en Infantas:

Prevenga U. inmediatamente a las fuerzas que guarnecen la costa de Bocanegra o Márquez que si alguna embarcación menor llega por allí no la hostilicen en manera alguna.

Piérola».

¿Era ésta la misma embarcación que veinte días más tarde echó a pique el transporte Loa?

Lo ignoramos, pero es más que posible que ésa u otra semejante rondara desde esa época con aquel intento. Personas que por su intermediación al dictador han podido saberlo, aseguran que el verdadero y bien meditado objeto de aquel torpedo era el buque almirante, porque los astutos torpedistas del Callao tenían bien observado que todas las presas que se hacían en la bahía eran llevadas inmediatamente al costado de aquella nave y a su bordo se ejecutaba la descarga.

Sea ello como fuere, lo que está suficientemente averiguado es que en la noche del 2 de julio una de esas balandras cargadas con exquisitas provisiones fue dejada al ancla siete u ocho millas al norte del Callao, con sus velas flotantes, como abandonada de improviso y cargada con un torpedo de 300 libras de dinamita colocado bajo una falsa quilla, atado a un saco de arroz que cubría el aparato, y el cual, al ser izado, provocaría la fatal explosión. Tres quintales de dinamita equivalían a 45 quintales de pólvora.

Durante todo el día 3 el traidor brulote se mantuvo desapercibido aun para los anteojos vigilantes de la escuadra, por más que los peruanos, con refinada astucia, le dejaran colgado el velamen al mastelero para darle horizonte.

Al fin, y cuando ya la temprana tarde invernal caía a plomo sobre la costa y el océano, el Loa, que estaba ese día de servicio y de ronda, se adelantó a toda vela hacia el norte para reconocer el extraño aparecido. ¡Y singular acaso! A esa misma hora se desprendía de la playa un bote tripulado para recoger el brulote, por temor de que zafándose de sus amarras fuese a estallar entre los buques neutrales fondeados hacia el norte de la bahía. Cuando los remeros peruanos columbraron al transporte chileno que se dirigía a su perdición, regresaron a todo remo y desde la playa se pusieron en acecho.

Después de navegar tres cuartos de hora a toda máquina, el capitán Peña detuvo su buque sobre 18 brazas de agua y ordenó al teniente 2.º don Pedro N. Martínez fuese a reconocer la balandra anclada e inmóvil a pocos cables de su proa.

Desde el primer momento nació a bordo en todos los pechos, desde el segundo jefe, que lo era el entendido teniente don Leoncio Señoret, hasta el último grumete la sospecha de que lo que tenían a la vista era un torpedo. Se hicieron en consecuencia generales las conversaciones y los comentarios y hasta las apuestas sobre el particular. El peligro parecía tan evidente, que era preciso cerrar voluntariamente los ojos para no verlo.

Pero había a bordo un marino, uno solo, que no abrigaba tales temores, ni oía aquellos avisos ni hacía caso, ni como hombre ni como jefe, de ningún consejo, y ese hombre era el comandante del buque don Guillermo Peña.

El capitán Peña, hijo de un honrado administrador de correos de Concepción, en cuya ciudad naciera en 1843, era, tomado en conjunto, un buen marino, instruido, rígido y esforzado, compañero del curso de Prat y de Latorre, de Uribe, de Montt, de Condell y demás bizarros y cumplidos capitanes de la armada. Pero se hallaba dotado de una ciega obstinación, de una propensión casi brutal a los caprichos que una creciente falta de sobriedad avivaba, lejos de amortiguar. Notorias se habían hecho con este motivo en toda la escuadra sus faltas y sus traspiés. Mandando accidentalmente el Huáscar después de su captura, había dado un fiero encontrón al Abtao en Pisagua dentro de la bahía alumbrada por esplendorosa luna; bloqueando enseguida a Mollendo fue causa de que se ahogasen dos de los heroicos marineros sobrevivientes de la Esmeralda, por haber dado orden de poner el buque en movimiento cuando aquéllos no habían sido aún izados. En el combate de Arica se negó con su invencible, característica porfía a cortar el camino a la lancha torpedo Alianza, que logró escaparse por su sola culpa; y así cada cual en la escuadra hacía caudal, por su parte, de algún grave rasgo de sus genialidades o de sus faltas en el servicio, derivadas todas de una causa principal: la torpeza de la obstinación. A la verdad, no habría sido posible encontrar en toda la flota de Chile sino un barco a propósito para ser mandado por aquel desventurado marino, y éste (por su nombre al menos) era El Toro... Se ha asegurado además que el gobierno había manifestado su más decidida voluntad para que el capitán Peña no estuviese en el mar, y se le destinaba a la capitanía de puerto de Talcahuano, donde en breve debería casarse con una señorita de Concepción.

Aseguraban que solo el almirante Riveros le sostenía como jefe y como amigo en aquel universal denuncio de su incompetencia. ¡Funestísimo error!

En vista de lo que pasaba y que a todos infundía natural recelo, el segundo del buque, Señoret, manifestó sus vivos temores al comandante Peña; pero conforme a su costumbre, éste se encogió de hombros. Aun el segundo piloto del buque, un sueco llamado Stabell, hombre sumiso y complaciente con sus superiores, se atrevió a participarle sus inquietudes, más con el mismo resultado. El comandante Peña se limitó a decir secamente: «Los peruanos no tienen derecho para introducir víveres en el puerto».

Mientras esto sucedía a bordo, el advertido teniente Martínez, despachado al peligroso servicio de reconocer la balandra sospechosa, se había acercado a ella con la mayor desconfianza y casi seguro de que escondía un aparato de destrucción, hizo pasar a su bordo un marinero llamado Donato Castillo. Y éste, participando, a su vez, de la universal zozobra, cortó con su navaja la amarra del ancla, por temor de que al izarla se produjese una explosión.

De regreso a bordo, el teniente Martínez repitió sus justas inquietudes al comandante; mas fue en vano, y al contrario, dirigiéndose el último al castillo de popa ordenó izasen la sabrosa carga por el portalón de estribor, descendiendo ocho marineros al fondo de la lancha, agrupándose no menos de sesenta de los últimos en la borda para asistir a aquel

banquete de los Borgias en las remansas aguas que luego serían su horrible sepultura. La tripulación del transporte se componía de 181 hombres, de capitán a paje.

Eran las cinco y media de la tarde. Se ocultaba el sol tibio y rojo de los trópicos tras el pardo peñón de San Lorenzo, y la mayor parte de los oficiales bajaban a esa hora a la cámara, comentando la obstinación invencible de su jefe, cuando penetró a su turno en el salón el teniente Señoret para participar su desazón, cada momento más viva, a sus camaradas. Y no había acabado de hablar, cuando horribísimo estruendo derribó a todos de sus asientos, haciendo trizas la cámara. El joven capitán alcanzó a exclamar únicamente: «¡No ven, pues!»

En efecto, al izar por medio de un aparato el último saco de arroz, como estaba matemáticamente anunciado desde Arica y desde Santiago, la explosión se había producido, y los ocho hombres que hacían la operación de la descarga habían sido aventados como menudos átomos en el espacio.

No había sido menor ni menos instantáneo el estrago entre los infelices que se hallaban afirmados en la borda, pudiendo asegurarse que todos perecieron por la concusión espantosa del torpedo.

Cayó entre éstos, desgarrados los vestidos hasta la cintura, con una oreja desprendida por un filón de dinamita, sustancia terrible que convierte las ráfagas de aire en acerados cuchillos, vomitando sangre por la boca y las narices, pero entero y obstinado todavía, el desventurado capitán Peña.

Sin aturdirse, subió al puente y ordenó al teniente Señoret, disparase el cañón de caza situado a proa, en señal de alarma y de socorro.

Pero esto no era ya posible. El estallido de la dinamita había abierto en la popa del valioso transporte de fierro un portillo de catorce metros de largo y dos de ancho, y en el acto mismo el buque comenzó a irse a pique por ese compartimiento, encabritándose de proa.

Para mayor desdicha, todas las embarcaciones, con excepción de dos, fueron destrozadas, y una de éstas demasiado cargada de gente se fue a pique, salvándose solamente en la segunda los ingenieros Duncan y Craig con trece hombres de la tripulación. El animoso marinero Castillo, el mismo que había cortado la amarra del torpedo, se echó sobre el chinchorro con cinco de sus compañeros, y aunque estuvo esta embarcación corto rato a flote, logró salvar al cirujano don Demetrio Zañartu que nadaba aturdido en el agua y al infantil aspirante don Florencio Guzmán, quien, en el acto de estallar el torpedo, saboreaba un plátano cautivo con apetito y delicia de niño.

Entre tanto el último en abandonar el buque había sido el capitán Peña en obediencia a su deber. Le instó a salvarse su segundo y rehusó. Hizo igual empeño el teniente Martínez con igual resultado, como en el caso del aviso, contentándose el jefe interpelado con dar a su subalterno un salvavidas de dos que tenía en sus manos. Sólo cuando la nave se sumergió arrastrando en espumoso remolino todo lo que en su derredor flotaba, se dejó arrebatar el obstinado mozo por el destino y la corriente.

Afirman los que desde el agua le divisaron, como el alférez Bianchi, que su aspecto era terrible, de pie sobre la borda, desgredado y cubierto de sangre, esperando el instante de la fatal inmersión. Se le hubiera tomado por la encarnación heroica y casi feroz del deber cumplido aun en la culpa y en la expiación; y en aquel tiempo se contó que aun para morir había sido obstinado negándose a nadar con calma, según se lo suplicaban, a porfía, los que a su lado luchaban con mejor fortuna con la muerte.

Entre tanto, llegaba apresuradamente la noche, y un centenar de infelices había ya perecido. Ningún socorro de nuestros buques, fondeados a siete u ocho millas de distancia, se columbraba entre las sombras. El Amazonas se acercó un instante como una esperanza para los pocos que aun exánimes sobrenadaban agonizantes; pero de repente el tímido transporte paró su máquina y de ello se hizo grave cargo a su comandante el teniente Riofrío, quien diera por excusa el temor de los torpedos.

En cambio, los buques neutrales que se hallaban más cerca enviaron todas sus embarcaciones. Y a sus abnegados tripulantes, especialmente a los de la fragata inglesa Thetis que salvó 31, y a los de la Alaska, Garibaldi y la Decrés se debió el salvamento de los que escaparon:

«Los últimos que fueron librados de la muerte -dice una relación verídica del siniestro- por las embarcaciones de esta nave de S. M. B. fueron los señores Bianchi, Bordalí y el ingeniero 1.º del Loa.

Ya los botes se retiraban cuando el subteniente Bianchi, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban dio voces. Una de las embarcaciones se acercó entonces y lo tomó a su bordo. Privado del habla, completamente sordo y ya casi exánime, Bianchi les indicó, sin embargo, con una mano que cerca de él había otros compañeros de naufragio. Los humanitarios ingleses comprendieron las señales y no tardaron en dar con el contador don Ricardo Bordalí y el ingeniero primero señor Wyllie que estaban ya acalambrados y próximos a expirar. Al instante se les suministró una dosis de ron, les frotaron el cuerpo y los abrigaron dándoles sus propias camisas de lana.

Como a las nueve de la noche todos ellos eran trasbordados al Blanco. Iban medio muertos por el cansancio, por las heridas que recibieron al hacer explosión el torpedo y por el frío del agua. Al doctor Zañartu costó no poco salvarle la vida, pues era el que se encontraba en peor estado».

A 63 llegó el número de los rescatados del Loa, contando con ocho que en la tarde habían pasado a bordo del Lamar a proveerse de víveres. Pero el de las víctimas alcanzó a la espantosa cifra de 119, cabiendo esta triste suerte a tres jóvenes guardiamarinas llamados Fierro, Oportus y Huidobro, que dos días más tarde fueron encontrados enredados en las jarcias del buque naufrago devorados por los tiburones.

El primero de aquellos desventurados niños era hijo del antiguo comandante de artillería don Francisco Fierro que hizo el crucero de la Rosa de los Andes en 1820 y de la señora Lorenza Beitía. Se había educado en la Academia Militar, y en el combate de Angamos quedó completamente sordo, por lo cual deseó quedarse en Santiago. Mas como no tenía favor, no lo consiguió.

El joven Oportus fue hijo de Curicó y del inteligente y entusiasta juez de letras de esa provincia don Rodolfo Oportus, mozo de 23 años.

El guardiamarina Huidobro fue también muy lamentado. Era natural de San Fernando y hermano del juez de letras de Santiago don Ramón Huidobro.

Sucumbió también en aquella fatal, casi inconcebible celada, el joven ingeniero chileno don Emilio Cuevas, descendiente de los Cuevas de Rancagua, y el mismo que condujera con experta mano y animoso corazón la goleta Covadonga por entre los arrecifes de Punta Gruesa el día memorable en que, persiguiéndola, se encalló la Independencia. Este desgraciado joven, que hacía por esos días un año recibiera en Santiago las más calurosas ovaciones, a la par con Condell y con Orella, se hallaba en depósito en ese transporte para regresar a Chile, y tristemente se ahogó.

En cuando a los que ufanos y gozosos contemplaban desde tierra aquel bárbaro espectáculo, se ha dicho que el telégrafo había ido transmitiendo al palacio de Lima y en la hora de la sobremesa cada una de las peripecias del siniestro, desde que el Loa comenzó a acercarse al brulote. Pero en honor de la verdad debemos declarar que en nuestras colecciones de despachos inéditos figuran sólo los dos siguientes:

«Callao, julio de 1880.

(Sin fecha y sin hora.)

Viniendo del Norte el Loa se sintió hace pocos momentos una fuerte explosión. Hace un minuto acaba de hundirse completamente dicho transporte. Los demás buques chilenos caldean.

Neto».

«Callao, julio 3.

(6:33 p. m.)

Huáscar y Blanco han dejado sus fondeaderos respectivos, uno de los transportes enemigos se dirige a fuerza de máquina hacia el lugar del hecho, el Blanco avanza lentamente en la misma dirección y el Huáscar ha ocupado el lugar del Blanco.

Neto».

Tal fue el siniestro del Loa, obra casi exclusiva de la fatalidad porque en él hicieron conjunción la refinada astucia de los agresores con la ciega torpeza del agredido. Fue un torpedo de tentación y de estómago, como hay muchos cuando después de la vigilia se busca la hartura en el exceso.

Por parte de los peruanos hubo más perfidia que inhumanidad, porque con igual intento iniciaron los chilenos el bloqueo, y la dura ley de la reciprocidad es legítima en la guerra. Pero como si el destino hubiese querido echar en cara lo horrible de la casual matanza a sus perpetradores, al día siguiente del hecho, esto es, el 4 de julio, regresaba de Arica, a título de buque de misericordia, con pasavante chileno, el transporte Limeña, conduciendo los últimos restos de los heridos de Tacna y los despojos mortales de Bolognesi, Moore y Zabala, a quienes los chilenos habían dado en el país de su sacrificio cristiana y honrosa sepultura. El Limeña había dejado parte de su carga humana en Mollendo y condujo hasta el Callao algunas familias y 149 heridos, pertenecientes en su mayor número al batallón Canevaro y al Ayacucho número 3, tropa limeña.

El día 6 de julio celebró el prefecto del Callao las honras solemnes de sus más ínclitas víctimas y caudillos del sur, disparando la Unión un cañonazo cada media hora, y llevando los féretros en sus brazos los jefes más caracterizados del ejército y de la marina. Igual pero mucho más suntuosa ceremonia tuvo lugar en Lima el 8 de julio, recorriendo la fúnebre comitiva toda la ciudad hasta el cementerio, en un día encapotado de sombrías nubes y marchando en pos de los féretros los caballos de batalla de los infortunados defensores del honor peruano.

Después del desastre del 3 de julio una calma parecida a la melancolía, al duelo y a la muerte, reinó en las aguas del Callao. Los buzos del Blanco, a modo de sepultureros comenzaron a descender, desde el día 5, al fondo del mar en el sitio de la catástrofe, y lograron recobrar algunos objetos de guerra, especialmente el cañón de retrocarga destinado a la nave almiranta, y esto no sin sostener rudos y tenebrosos combates con los tiburones de los trópicos, cebados en aquel opíparo y horrible banquete de carne humana.

Por lo demás, a manera de manto funeral, la niebla perpetua del invierno en aquella costa inclemente, húmeda pero sin lluvias, es decir, sin vientos y sin sol, entumecía los miembros de los desdichados bloqueadores, y comenzaba a producirles, junto con la carencia ocasional de víveres frescos, mortificantes enfermedades al estómago y a la vista.

El boletín del bloqueo era siempre por esto una ráfaga de niebla alternada con otra de profundo tedio:

«Julio 11:

Intensa neblina.



El enemigo en las posiciones de costumbre.

Huáscar de guardia.

Neto».

«Julio 21.

Sigue la niebla.

Sólo se distingue a la Magallanes y al Toltén en el sitio en que naufragó el Loa.

Neto».

La niebla se ha, tal vez, alzado una semana más tarde, porque el corresponsal telegráfico de la prefectura de Lima, el oriental Neto, escribe en la mañana del clásico 28 de julio la siguiente baladronada:

«Los enemigos han defraudado las esperanzas que abrigábamos de celebrar dignamente el día de la patria».

«Julio 30:

Noche tranquila. Los enemigos en el cabezo de la isla.

Neto».

La guardia de la bahía se había aumentado entre tanto con dos nuevos custodios desocupados de su larga faena de Arica, el Cochrane y la Magallanes. Dos pequeñas lanchas a vapor, denominada una de ellas Tucapel, habían llegado también de Valparaíso.

Se decía que el blindado captor del Huáscar venía en reemplazo de éste y del Blanco, cuyos fondos se hallaban extremadamente sucios. Era esto de tal manera que los tripulantes de la nave almiranta solían darse el pasatiempo de comerse en sopas los sabrosos choros y jugosos picos que se pegaban a su quilla...

Dio también su vuelta de Tumbes el Amazonas el día 31 de julio, después de la fábula del griego ya contada que nos costó dos prisioneros; y como los limeños no sólo continuaban viviendo con hartura y hasta con prodigalidad con los suministros de la Sierra y de los valles vecinos, por el sur y por el norte, desde Pisco a Huaura, el almirante resolvió cerrarles las caletas inmediatas de Chorrillos y Chira que les servían para recibir por mar abundantes provisiones al pie del Morro Solar. Con este objeto se dirigió el último buque a Chorrillos el 2 de agosto e intimó el bloqueo, otorgando un plazo perentorio de 24 horas a dos buques que allí se hallaban. Al día siguiente el capitán del Amazonas, para hacer efectiva su notificación de la víspera, intentó apoderarse de algunas pequeñas embarcaciones de Chorrillos, pero los peruanos hicieron insolentemente fuego de rifle sobre nuestros botes, hiriendo en un pie a un marinero inglés, y, con extraña mansedumbre, regresó a su fondeadero el insultado buque chileno, sin haber castigado aquel desmán con un solo cañonazo, ni ese día ni más tarde.

El bloqueo comenzaba a degenerar en una simple guardia de honor de los puertos peruanos.

Chorrillos había sido hasta ese día puerto franco bajo la quilla de nuestros buques bloqueadores. El 13 de julio la Garibaldi había embarcado allí varias familias italianas que huían ya del próximo asedio de Lima; y cuando el día 2 de agosto el Amazonas notificó el bloqueo de la caleta de Chira, estaban al ancla descargando los barcos ingleses Stuart y Dunelm y la alemana Wm. Röhl.

No por esto se paralizó, sin embargo, el tráfico, y veinte días más tarde se recibía en Lima el siguiente telegrama que ponía de manifiesto la ineficacia de los bloqueos modernos, tal cual el de los puertos peruanos por nuestras naves se llevaba a cabo:

«Chorrillos, agosto 21.

Señor subsecretario de marina:

Botes mandados Jaguay regresan cargados arroz y carbón. Esta noche salen nuevamente canoas allá.

F. M. Frías».

La monotonía del asedio marítimo de Lima continuaba así cada día más tenaz y con menores resultados.

El 14 de agosto el dictador visitó a caballo las baterías, especialmente las de la Punta, a que se había dado su propio nombre y el de Tarapacá.

Mas por vía de pasatiempo que de ensayo, hizo el jefe supremo disparar sobre la isla de San Lorenzo una de las piezas de a mil, y el día 15 se arrojó al peñón un proyectil de a 500 desde la nueva batería denominada «Dos de Mayo».

El boletín del día 16 volvía a acusar la somnolencia del bloqueo con estas palabras:

«Callao, agosto 16.

El Huáscar ha permanecido hoy cruzando frente al puerto.

El Amazonas se halla en el cabezo de la isla, al costado del Blanco.

Neto».

Y así prosiguieron las cosas hasta que en los días 30 y 31 de agosto el Angamos, que había ido a los puertos de Chile y se hallaba en mejor disposición de emprender de nuevo los bombardeos de mayo y de junio, comenzó a tirar sobre la dársena a distancia variable de 6 a 8 mil metros, apuntando especialmente a la Unión el capitán Moraga, quien en dos ocasiones logró herir en parte vital aquel importante buque. Prosiguió por este orden el bombardeo durante los días 1.º y 2 de septiembre, disparando el Angamos su gran cañón cada 7 minutos por término medio y respondiéndole con la misma lentitud los buques y baterías de tierra.

En el bombardeo del 1.º de septiembre se cambiaron de esta manera 38 proyectiles y en el del 2 de septiembre 27, contando sólo hasta el mediodía, porque estos tiroteos solían hacerse en tres jornadas, para que «comiera la gente».

Dio lugar, sin embargo, el penúltimo de estos, así llamados «combates» a una peregrina ocurrencia de los peruanos, según la cual la pequeña lancha Urcos mandada por el teniente don Santiago Torrico puso en fuga al Angamos, a la O'Higgins y aun a toda la escuadra.

«Después de mi carta de hoy doce y media -decía, en efecto, el portugués Horta al Nacional-, en la que di cuenta que el Angamos hacía fuego en retirada, se le unió la O'Higgins y ambos buques se han empeñado en un combate, asómbrese el mundo entero con tres pequeñas lanchas a vapor, que enarbolan nuestra gloriosa bandera.

Y no se crea, que combatían de cerca, no, siempre a una distancia inmensa.

Los buques ingleses, americanos, italianos y franceses, deben estar sorprendidos, absortos del triste y vergonzoso papel desempeñado hoy por los buques de guerra de una nación que en medio de su ridícula jactancia se ha titulado la primera potencia marítima de Sudamérica...

¿Qué dicen hoy los Riveros, los Latorre, esa pléyade de héroes formados por la prensa de Chile?

¿Qué dirá mañana mismo esa prensa al extranjero, cuando sepa que las naves de guerra, de esas mismas naciones han presenciado los hechos de hoy?».

Después de estos empeños intermitentes que a nada efectivo conducían sino al gasto de pólvora y de fierro, de tinta y de paciencia, el bloqueo continuaba con su letal, eterno aburrimiento, fatigando aun los cuerpos más membrudos y los ánimos más acerados entre los tripulantes de la armada de Chile. Sólo el contralmirante Riveros, cuya constancia parecía a toda prueba, se mantenía impasible; no obstante, su deteriorada salud, en medio de las torturas de la incertidumbre y las penurias de la lejanía. Era un hombre eminentemente de deber, y lo cumplía con admirable entereza.

Entre tanto, a lo que habían llegado todos los espíritus como conclusión práctica era a la convicción de que el bloqueo del Callao sería eficaz solamente para mantener a raya a los desarmados buques peruanos, especialmente La Unión.

De suerte que por evitar las correrías de este barco ligero, malgastábamos la fuerza de toda nuestra escuadra, dando lugar a que los peruanos se armaran a nuestras barbas, al punto de erigir nuevas baterías con nuevos cañones para dominar el peñón de San Lorenzo y nuestro fondeadero.

«De una semana a esta parte -decía un inteligente corresponsal escribiendo desde la escuadra el 13 de septiembre y abundando en las ideas que ahora y siempre hemos mantenido sobre los bloqueos favoritos del Jefe del Estado-, las naves bloqueadoras han tomado ocho o diez lanchas en las cercanías de Chorrillos. El bloqueo ha sido extendido hasta Chilca, 40 millas al sur del Callao, y al norte comprende una costa de 25 millas hasta Chancay. Las naves están en constante movimiento. La O'Higgins visitó recientemente el puerto de Huacho, pero no hizo daño. Examinó los papeles del vapor Charrúa y de dos o tres buques costaneros y los encontró en regla. El Huáscar ha ido para Valparaíso a componerse. Los blindados Blanco Encalada y Almirante Cochrane continúan frente al Callao, acompañados siempre de un par de transportes y de las lanchas torpedos. En esta semana no han tratado de bombardear al Callao, por haberse convencido tal vez de que es una tarea inútil. Siempre han dirigido sus tiros contra el muelle dársena, donde están guarecidas las naves peruanas. La dársena tiene una área de ocho acres, y por lo general las bombas han caído en ella, y sólo dos o tres veces han dado en los buques, sin causar averías de consideración. La mayor parte de ellas han pasado por alto sin causar daño a la población. A un extremo del muelle dársena, hay tres baterías ligeras, y todas han quedado intactas, a pesar de haber servido de blanco a centenares de proyectiles».

En cambio, los marinos de Chile habían comenzado a sufrir después de la nostalgia la natural y mortificante enfermedad de alarmas, insomnios, rondas, fantasmas y sobresaltos que se ha llamado con propiedad «torpeditis».

Y a la verdad, desde el hundimiento del Loa existía más que sobrado motivo para tales inquietudes, porque por esos mismos días (11 de septiembre) el almibarado ministro de fomento Echeagaray, general en jefe de la división de torpedistas del Callao, había firmado con dos aventureros llamados Pedro Beausejour, que de maestro de niños había descendido al de volador de buques por contrata, y un Aquiles Conti, obligándose a pagarles 600.000 pesos oro por cada uno de los blindados, un millón de soles papel por el Huáscar y ochocientos mil soles papel por cualquiera de los demás buques de la escuadra.

«Con respecto a los que trabajan en torpedos para hundir nuestras naves -nos decía a este propósito uno de nuestros correspondientes de la escuadra- se comprende su empeño desde que les salió tan bien el que echó a pique el Loa. Los ingleses de los buques de guerra nos han dicho que desconfiemos hasta de las banderas neutrales».

Y en efecto, un hecho profundamente doloroso y aleve no tardaría en venir a dar razón a los que sin esperar nada de los bloqueos todo lo temían de ellos.

## Capítulo XIII

### El hundimiento de la Covadonga y sus consecuencias

Desde mediados de junio de 1880 el bloqueo del Callao se había extendido por el norte primero hacia Ancón y después hasta Chancay, pobre pero agradable caleta de mar situada en el camino de fierro de Lima a Huacho, que pone en comunicación los ricos valles de Huaura y del Rimac. Dista Chancay 12 o 15 millas de Ancón, y Ancón algo más del Callao.

Sostenían alternativamente el bloqueo de Ancón la O'Higgins y el Amazonas, y el de Chancay había sido establecido el 11 de junio por la Pilcomayo, otorgando su capitán un plazo de 48 horas a los dos únicos buques mercantes que allí se encontraban, las barcas Lilly Grace y Spartan.

Tenía por objeto el bloqueo de Chancay, no tanto el cierre del puerto, sino impedir el tráfico del ferrocarril, evitando así en lo posible el paso de armas y víveres hacia Lima desde Huacho, término de aquél y de los ricos valles que van tejiendo una red de fertilidad hacia el norte hasta Trujillo y hasta Piura. El bloqueo de Ancón obedecía al mismo propósito.

Daba esto lugar a un constante ejercicio de cañón sobre los rieles, los carros y las recuas de mulas, pero con tan poco éxito que quedaba allí justificado el dicho antiguo de que para matar a un hombre en la guerra «se necesita todo su peso en plomo». Estando a la estadística de los boletines telegráficos de Chancay firmados por un Menacho, la Pilcomayo disparó el 23 de junio cuatro tiros sobre una recua de mulas, sin causar el menor daño ni a los arrieros ni a las acémilas. El 1.º de julio igual número de disparos y la misma impunidad. El 3 de julio 25 tiros y ninguna avería. El 4 de julio se hizo fuego a la playa con ametralladora, pero con resultado negativo. El 14 de julio 11 tiros sobre el cerro de Peraloillo; más el cerro quedó inmutable, y no mojó sus rocas azotadas por las olas ni una sola gota de sangre peruana, ni siquiera de cuadrúpedo.

Notando tal vez el poco acierto de las punterías, o por otros motivos de servicio, dispuso el almirante el 1.º de septiembre que la goleta Covadonga que bloqueaba a Ancón desde el 21 de agosto, pasase a relevar a la Pilcomayo, al mando del intrépido y cuidadoso Orella, el mejor artillero de la armada.

Por desgracia, la permanencia de Orella no fue larga en Chancay, porque a los pocos días el almirante, que le distinguía sobre manera, le confió el mando de la O'Higgins; y como era diestro en los desembarques, envió el ayudante a ayudar al comandante Lynch en la expedición al Norte en la medianía de septiembre.

En su lugar quedó uno de los oficiales de la O'Higgins, el teniente primero don Luis Ferrari, mozo instruido pero un tanto excéntrico y despótico, como el capitán Peña del Loa. El teniente Ferrari padecía una enfermedad de insomnios que producía en su existencia una irritabilidad continua, pérfida consejera de resoluciones en el delicado servicio del mar y sus bloqueos.

Mientras esto sucedía en la escuadra bloqueadora los peruanos, alentados por el éxito terrible del Loa, no cesaban de poner a prueba su fecunda inventiva para dañarlo; y en consecuencia en los mismos días en que el comandante Orella se dirigía al norte, llegaba por tierra a Chancay el teniente Oyague (septiembre 9) a cargo de un torpedo ingeniosamente colocado en las cajas de aire de un bote perteneciente a la capitania de puerto del Callao que había sido coquetamente pintado de blanco y provisto de todo género de adminículos, incluso las chumaceras de reluciente bronce, para tentar la codicia de los bloqueadores. Habían sido probablemente los inventores de este ardid el químico Cuadros y el subsecretario Sánchez, como lo fueran de la balandra del Loa. Un patrón de bote del Callao llamado Sosa había conducido el pérfido bote hábilmente por mar, burlando de noche la vigilancia del bloqueo.

Se le vino en mientes al capitán Ferrari, una semana después de haber tomado el mando provisional de la gloriosa goleta chilena, entrarse al puerto para reconocerlo y tirar sobre los rieles y el muelle de fierro que sirve de cómodo desembarcadero al puerto. Y como desde hacía algunos días se observara allí una lancha y el bote mencionado, ordenó echar una y otra embarcación a pique a cañonazos.

Se conformaba en esto el capitán chileno a las órdenes terminantes del almirante que tal había dispuesto en las instrucciones confiadas a todos los comandantes de buque, por orden general del 7 de julio, estableciendo que no se reconociese ninguna embarcación sin permiso previo de la nave de la insignia, y ordenando algunos días más tarde (julio 25) que no se permitiera acercarse a la amura de los barcos de la escuadra a menos de mil metros ninguna embarcación menor, cualquiera que fuese su bandera, a fin de evitar toda celada.

La lancha que pertenecía a los Grace, de Nueva York, estos Dreyfus marítimos del Perú, fue sumergida con facilidad, pero el bote torpedo escapó. Y como a la simple vista todos admiraran sus elegantes formas, ordenó el capitán Ferrari al aspirante don Melitón Guajardo se dirigiese con el calafate José María Avila a reconocerlo. No encontrando estos nada sospechoso a su bordo lo trajeron al costado de la goleta para izarlo.

Era el mismo desvarío, la misma codicia, la idéntica fatalidad del Loa cuarenta días hacía. Los bloqueos producen en el organismo humano una perturbación singular de criterio y de indiferencia que explica muchos de los sucesos de que venimos dando cuenta. Para el que navega en alta mar sobrevienen de ordinario percances, azares, emociones que mantienen toda la vitalidad de su espíritu despierta y estimulada. Pero en los asedios que duran dos, tres, seis meses, un año entero, la nostalgia que comienza en el alma y en el spleen del hígado va a rematar al fin en el cerebro. Y esto fue evidentemente lo que aconteció a los infortunados capitanes Peña y Ferrari.

El calafate de la Covadonga, hombre rudo y sin malicia, que sobrevivió singularmente al desastre que su jactanciosa torpeza motivara, se cercioró a su manera de la inocencia del barquichuelo, pasando un cabo en banda por su quilla para verificar que no contenía ningún aparato peligroso; y habiendo dado cuenta de su inspección, el comandante expidió distraídamente orden al oficial de guardia, el teniente don Froilán González, para hacerlo izar, amarrándolo de las argollas que para tal objeto existían a popa y a proa de la embarcación. Y era precisamente en esos aparatos donde los torpedistas peruanos habían colocado el resorte de ignición de la máquina infernal.

Ejecutaban esta operación por la popa de la goleta el oficial de guardia González, y el contraestre Constantino Micalví, rodeado de un grupo de griegos que como él se habían hallado en el combate de Iquique, Kakaldi, Paculun, Chapullí, Cancino, etc., y es de justicia declarar que a ninguno de aquellos hombres expertos en las cosas del mar les había asaltado la sospecha de una traición después del reconocimiento del calafate Ávila. Al contrario, se jactaba éste en el puente de haber regalado tan linda presa a su comandante.

Mas cuando ya estaban amarrados los cabos que debían servir para izar el bote sobre la amura, y el contraestre griego tenía el pito en los labios, esperando la señal del oficial de guardia, se asomó a un portalón el joven teniente don Vicente Merino Jarpa, que por sus dos apellidos es arribano, es decir, ladino; y observando la embarcación peruana un poco sentada de popa, gritó a González: «¿Qué va a hacer compañero? En esas cajas de aire caben por lo menos 80 libras de dinamita, y nadie las ha reconocido!».

Aceptó el oficial de guardia la discreta insinuación de su compañero de servicio y ordenó suspender la operación gritando en términos de mar: «Forte la iza del bote»; y se dirigió

hacia la proa a tomar la venia del segundo jefe del buque, que en esa coyuntura lo era el teniente primero don Enrique Gutiérrez.

Mas no había hecho todavía el joven oficial la mitad de su camino en demanda de su diligencia, cuando sintió el estridente ruido del pito de metal del contramaestre, e instantáneamente una detonación espantosa que un marinero sobreviviente comparaba en Lima al estallido de «cuarenta cañonazos a un tiempo».

Como en el caso del Loa, todo había salido al paladar de los peruanos, recayendo la culpa exclusiva del desastre sobre la impericia, tenacidad o aturdimiento de los jefes chilenos. E igual cosa acontecía respecto de las embarcaciones de salvamento, porque o se hallaban estas en reparación sobre la cubierta (y esto dio tal vez pábulo al deseo de adquirir un nuevo bote) o fueron voladas por el terrífico estallido. Sólo quedó ilesa la canoa del comandante, y en ella lograron embarcarse hasta 29 de los 140 tripulantes de la náufraga goleta, la mayor parte oficiales e ingenieros. El capitán Ferrari que en el momento de la explosión se ocupaba en examinar tranquilamente a popa una ametralladora, rehusó noblemente, como el comandante Peña, salvarse en su propio bote, porque tal vez no quería sobrevivir a su responsabilidad.

El destrozado casco del buque chileno no tardó entre tanto sino dos minutos en hundirse (la mitad del tiempo del Loa); pero hallándose por fortuna solo en ocho brazas de agua, dejó en descubierto su arboladura y en ella se salvaron no menos de cuarenta infelices. El tope de guardia llamado Mellado había caído con el sacudón del buque, y hecho pedazos sobre la cubierta.

En cuanto al desgraciado Ferrari, sin desnudarse, se aferró de un madero; y como en ese momento hubiese una fuerte marejada, se le vio que era arrastrado hacia el norte. Ésta fue la última noticia que de él se tuvo. Los demás fueron salvados por embarcaciones peruanas que, dando pruebas de laudable humanidad, vinieron de la playa. Entre los últimos fue recobrado el aspirante don Melitón Guajardo, horriblemente herido pero que mejoró más tarde en Lima. Se contaba también en el número de los salvados al ingeniero 3.º del buque don Ángel Feites que había trabajado en el ferrocarril de la Oroya y hacía poco se había embarcado en Valparaíso.

Entre tanto, conducido el único bote salvado por el hábil teniente Merino que llevaba el timón, hizo rumbo con mar gruesa hacia los peñones de las Hormigas de tierra, esperando encontrar en su camino alguno de los buques chilenos que sostenían el bloqueo de la costa. Mientras hubo luz se vieron perseguidos a fusilazos por un bote que los peruanos tenían listo en el puerto, y después por las olas que encapillaba la canoa donde apenas era posible bogar por la apretura. Iban treinta en un bote hecho para cinco, el comandante y sus cuatro bogadores.

Después de mil angustias, a las diez de la noche y en medio de lóbrega oscuridad, el capitán Moraga que hacía la ronda de Ancón, divisó en la cumbre de una ola el bote náufrago, y aunque en el primer momento iban los marineros a hacerle fuego, presumiendo fuera un torpedo enemigo, a los gritos reconoció a sus compañeros y los recogió a su bordo cuando iban ya a sucumbir.



Se adelantó el capitán Moraga aquella noche a reconocer el sitio de la catástrofe, y no encontrando en la solitaria arboladura sino las pavesas del naufragio, regresó apresuradamente al Callao a cuyo punto llegaba a las seis de la mañana del martes 14 de septiembre y daba inmediatamente cuenta de lo sucedido al almirante:

«Jamás he visto un hombre más angustiado -nos escribía por esos días el emisario de la fatal noticia-. Me dio pena ver el inmenso sufrimiento que se pintó en su fisonomía, y cuando supo que casi todos los oficiales se habían salvado se limitó a exclamar:

-¡Loado sea Dios!».

¿Y no habría el país de exclamar de igual manera y a su vez, revistiéndose de más ruda entereza, al saber que los dos capitanes náufragos del Loa y de la Covadonga no habían sobrevivido a su fatal credulidad o desobediencia? Porque eso, probaba al menos que los marinos de Chile que no sabían cumplir con los deberes rutinarios de su puesto, sabían siquiera morir.

Sordo estremecimiento de horror sacudió las quillas de las naves de Chile, condenadas desde hacía seis meses a inglorioso bloqueo, de retos no contestados y de cobardes impunidades, al cundir la nueva de que fuera mensajero el capitán Moraga en la mañana del 14 de septiembre. No era aquella pequeña goleta ciertamente el barco más importante de la armada, pero era el más querido y acariciado por el país y su marina. No había sido comprado en arsenales extranjeros al precio de libras esterlinas, sino adquirido con fornidos brazos chilenos en el mar de nuestros hogares y a su vista, aparte de que su nombre estaba vinculado a todos los encuentros marítimos de las guerras de la república, desde el Papudo a Abtao, desde Punta gruesa a la Poza de Antofagasta, desde el desembarco de Pisagua a los bombardeos de Arica. Con excepción del Huáscar, su digno consorte, o tal vez tanto como él, la Virgen de Covadonga había sido la nave más batalladora del Pacífico.

Se reunió en consecuencia inmediatamente a bordo del barco almirante una junta de guerra para tomar una resolución suprema. Y, triste es recordarlo, se apareció allí como única resolución la voluntad del presidente de la república que había ordenado al almirante por cartas particulares no bombardear ninguna plaza enemiga sin su autorización previa. La idea de comprometer sus ensueños de paz preocupaba más intensamente el alma del señor Pinto que todas las emergencias y todas las justas iras de la guerra. A la verdad, el único de los comandantes de buque que estuvo por la acción inmediata y escarmentada fue el joven capitán de la Pilcomayo don Carlos Moraga. Se hizo esto público, y el mismo bizarro mozo nos lo escribió por esos días.

«En el acto -nos decía en efecto, el capitán Moraga desde Chancay, en carta del 13 de septiembre- ordenó el almirante la reunión de un consejo de jefes para acordar el temperamento que debía adoptarse.

Después de leernos el almirante las instrucciones que tenía, se procedió a deliberar. Yo opiné porque se bombardease en el acto, si posible fuera, toda la costa peruana, y me fundé para ello en la clase de hostilidades que los enemigos nos hacían. Yo considero plazas fortificadas no sólo las que tienen cañones sino también aquéllas que están defendidas por torpedos, armas tan terribles como traidoras.

En Chorrillos se nos ha hecho fuego hiriéndonos un hombre, en el Callao se nos echó a pique un buque con un torpedo traído de Ancón, en Chancay se nos echó a pique otro. ¿Puede haber vacilación en tomar una condigna represalia?».

La junta de guerra se atuvo sólo a las instrucciones del almirante, es decir, a las órdenes del señor Pinto, en consecuencia de las resoluciones acordadas de consultar a Santiago sobre el género y tiempo del castigo que se debía infligir al enemigo, se despachó aquel mismo día el veloz transporte Angamos a Arica. Y al hacer este buque su aparición en aquellas aguas en la mañana del 17 de septiembre, víspera de regocijos para la república, el telégrafo mudó los aprestos en luto. Aun los diarios más adictos a la administración tronaron contra el alto funcionario a quien voz universal y ya implacable acusaba de aquellos atentados sin castigo, de aquellas menguas sin reparación.

«Ha llegado -exclamaba La Patria de Valparaíso el día 20 de septiembre, al reaparecer después de las amortiguadas fiestas cívicas-, ha llegado la hora de la acción. Que cesen en Santiago los bailes y tertulias, los banquetes y las comidas de felicitación. Que la capital imite el noble ejemplo de este pueblo varonil; que todo el país se ponga de pie y no tenga sino una sola voz para exigir guerra enérgica, guerra de exterminio a fin de llegar pronto a la paz.

Si no lo hace, volvamos atrás; entreguemos todo el territorio conquistado; no pensemos más en expedición a Lima y resignémonos a soportar todo el rubor de nuestra vergüenza.

El país debe mostrarse a la altura de la situación y dejarse de vanas recriminaciones: haciéndolo no habrá gobierno que pueda oponerse a su voluntad soberana».

Y al día siguiente, entrando con voz de apremio en el coro de todas las condenaciones, ese mismo diario agregaba en su artículo de fondo del 21 de septiembre estas palabras de profunda pero acaso tardía sinceridad, bajo el rubro de «Deber y Responsabilidad»:

«La pérdida de nuestra gloriosa Covadonga ha producido, como es natural, una profunda indignación en los pueblos de Chile, indignación legítima y perfectamente motivada si se considera que hemos vuelto a ser víctimas de una celada de nuestros enemigos, casi a sabiendas.

Cuando ocurrió la pérdida del Loa, despedazado también por un torpedo peruano, la palabra oficial inculcó del siniestro al comandante de ese crucero. Hoy se pretende hacer exactamente lo mismo en cuanto a la Covadonga; mas no es fácil contar en esta vez con la inocente credulidad del público.

Lo cierto, lo que nadie ignora en Chile, es que llevamos perdidos tres buques, sin otra razón que las punibles omisiones o errores del jefe del Estado.

¿Qué órdenes se impartieron a la escuadra después del hundimiento del Loa?

Nadie lo ha sabido en el país, a pesar de las protestas y declaraciones del ministerio de entonces.

¿Y ahora qué se ha hecho?

Esto es lo que nos preguntamos todos con afán.

El fracaso de la Covadonga, ocurrido precisamente en momentos en que la opinión acusaba al presidente de haber estado tratando de negociar una paz inoportuna y absurda con los enemigos de Chile, ha venido a acentuar más las protestas repetidas del país contra la funesta credulidad de sus hombres públicos que ha sido y está siendo aún un manantial de contrariedades para la patria».

«El país -exclamaba por su parte el prudente Mercurio de Valparaíso del día 20, en un artículo de colaboración que llevaba con fecha de la víspera la firma del autor de esta historia-, el país al menos lo sabe, y sabrá valorizar todo lo que pasa. Pero las operaciones de la guerra, incluso el triste y vergonzoso tributo de los cien mil pesos de Chimbote, limosna vergonzante impuesta a nuestros gloriosos soldados por la insensatez gubernativa, taimada para la empresa de la guerra en grande, todo lo que pasaba puede trazarse física y moralmente al apetito voraz de una paz tan imposible como menguada... ¡Ah!, si pudiéramos hablar; si pudiéramos decir al país cómo se ha jugado con su honra, a su ejército el precio que se ha asignado a su sangre, a la marina cuál ha sido la tasa de su gloria... ¡y por quién otra vez como en la misión Lavalle, que fue un preludio de vergüenza oficial para esta guerra de dos años en que todo y casi todo ha sido hecho por el brazo del pueblo combatiente!...

Pero no nos anticipemos a la historia, que hoy por fortuna pisa la huella fresca todavía de los que delinquen y aun de los que tropiezan».

Y bien. La hora de la historia ha llegado, y se halla ésta en el deber imprescindible de ratificar todas sus apreciaciones y todos sus castigos, porque en los instantes en que todo

eso se escribía y el país palpitaba de cólera, como el toro maniatado en el redil de la matanza, ponía su proa al Callao el aviso Angamos llevando la orden condicional de bombardeo de los puertos vecinos al Callao, precedida de una condición que iba a imponer al país una afrenta más terrible que la de las catástrofes, la afrenta del ridículo.

Por el rubor de la historia nacional quisiéramos cubrir con denso velo semejante incomprensible procedimiento en que presidente y gabinete fueron cómplices, pero dejamos encomendada a las tristes páginas de la diplomacia el consignar en sus helados documentos aquellos acuerdos que siquiera ahorran al narrador la fatiga y el dolor de recordarlos.

El Angamos se hallaba, en efecto, de regreso en el Callao el 21 de septiembre, habiéndole bastado una corta semana para ir y volver a Arica; y apenas había echado su ancla al costado del buque almirante, se destacaba de éste una embarcación con bandera de parlamento y entregaba al prefecto Astete, que había reemplazado el 5 de agosto al doctor Saavedra, la siguiente comunicación en la cual se había vaciado por entero la palabra y la responsabilidad presidencial de Chile:

«Comandancia en jefe de la escuadra.

Rada del Callao, septiembre 21 de 1880.

Señor:

Con motivo de la alevosa celada que ha ocasionado la pérdida de la goleta Covadonga en el puerto de Chancay, he recibido instrucciones de mi gobierno para bombardear los puertos de Chorrillos, Ancón y Chancay, si en el término de veinticuatro horas el gobierno del Perú no ha entregado a esta escuadra la corbeta Unión y el transporte Rimac.

Lo que digo a V. S. para los fines consiguientes, previniéndole que si mañana 22 del corriente, a las 12 m. no me han sido entregados los citados buques Unión y Rimac, se llevará a cabo el bombardeo de los puertos arriba nombrados, sin otra prevención.

Dios guarde a V. S.

Galvarino Riveros.

Señor jefe político y militar del Callao».

La respuesta del dictador, transmitida por el órgano del prefecto del Callao, su antiguo cómplice a bordo del Huáscar, no tardó en llegar a manos del contralmirante Riveros, y ella estaba concebida en los términos siguientes:

«Callao, septiembre 21 de 1880.

Señor jefe de las fuerzas navales de Chile, presentes en este puerto.

Señor:

Acuso a V. S. recibo de su nota de la fecha.

Mi gobierno, en cuyo conocimiento puse el contenido de su citada comunicación, es de sentir, que teniendo V. S. al frente y en las mismas aguas a los buques peruanos Unión y Rimac, puede V. S. venir a tomarlos, si le acomoda; y que el bombardeo de poblaciones indefensas como Chorrillos, Ancón y Chancay, es digno de la manera como Chile hace la guerra; sin que esto pueda tomarle al Perú de nuevo, pues se ha hecho ya fuego sobre Ancón, y Chancay fue bombardeado diariamente, antes de la destrucción de la Covadonga.

El hundimiento de esta nave, llamado por V. S. 'alevosa celada', no ha sido más que la condigna pena que reciben los salteadores en mar y en tierra: ser castigados por su propio crimen.

Queda de esta manera contestada la vergonzosa intimación de V. S., extrañando de mi parte, que debiendo merecer los quilates del noble corazón peruano, se haya avanzado a suponer que pudiera pasar por tan indigna propuesta.

De las naciones civilizadas y grandes en carácter, es luchar con lealtad, y no ensayar su saña con poblaciones desarmadas.

Honroso sería para V. S. avanzar sobre las fortalezas de esta plaza, y no hacer el simple papel de espectador, en el largo espacio de cinco meses transcurridos desde el establecimiento del bloqueo.

Dios guarde a V. S.

L. G. Astete».

Y como si los peruanos hubieran querido hacer más acervo su agravio y más intensa su despreciativa burla «a los salteadores» (¡oh, mengua!) que les pedían con empeño dos de sus buques por habernos echado a pique igual número de quillas, publicaban el mismo día el siguiente telegrama del ministro de la guerra al jefe militar de la plaza del Callao:

«Lima, 21 de septiembre de 1880.

(2 p. m.)

Señor prefecto y comandante general de armas del Callao:

En este momento se recibe el oficio de V. S., elevando la vergonzosa intimación del almirante chileno.

La destrucción del Covadonga, llamada por él 'alevosa celada', no ha sido sino la condigna pena que reciben los salteadores en mar y tierra: ser castigados por su propio crimen.

Conteste usted al almirante chileno que, teniendo al frente de las aguas mismas del Callao la Unión y el Rimac, venga a tomarlos si le acomoda; y que en cuanto al bombardeo de poblaciones indefensas, como Chorrillos, Ancón y Chancay, es digno de la manera como Chile hace la guerra; y que no puede tomarnos de nuevo, pues se ha hecho ya fuego sobre Ancón, y Chancay es bombardeado diariamente desde antes de la destrucción del Covadonga.

Rúbrica de S. S.

Villar».

Y fuera de esto, los peruanos, profundamente irritados con los destrozos que a esas mismas horas ejecutaba la división Lynch en el norte, destruyendo por la tea con insensato y contraproducente encarnizamiento propiedades de particulares y de neutrales que sólo podían tasarse por millones de pesos, no sólo acentuaban la insolencia de su provocación en sus notas oficiales, sino en los hechos. Durante dos noches sucesivas habían venido desde las baterías de la Punta a dar un asalto a nuestra guarnición de San Lorenzo, desembarcando en la madrugada del 16 de septiembre 200 hombres y presentándose en la noche del 17 al derredor de la isla una verdadera flotilla de lanchas al mando del comandante don Manuel Antonio Villavicencio.

En una y otra ocasión los asaltantes habían sido rechazados por la guarnición de la isla compuesta de 75 soldados de la Artillería de marina que comandaba el oficial don Pío Guerrero y el antiguo y bravo sargento de la Covadonga (ahora subteniente) don Ramón Olave. Las lanchas a vapor Princesa Luisa (comandante R. Osorio) y la Fresia (comandante R. Amengual) tomaron parte principal en estos combates nocturnos, cañoneando la flotilla sutil de los peruanos y dispersándola. En el último de aquellos encuentros el bizarro teniente Amengual se metió en medio de las lanchas enemigas y las ahuyentó con el botalón de su torpedo, recibiendo uno de sus tripulantes llamado Castillo mortal herida de rifle. Por fortuna de los tripulantes peruanos, el torpedo de la Fresia en dos ocasiones no dio fuego.

Tres días más tarde y antes del regreso del Angamos con su singular notificación de trueque de buques echados a pique por buques a flote, la guarnición peruana de Chancay había hecho también fuego sobre las lanchas de la Pilcomayo que se ocupaban en buscar y extraer del fondo de la náufraga Covadonga, su ametralladora, sus cañones y parte de su armamento menor.

Después de la arrogante cuanto insolente y provocadora respuesta del dictador y de su lugarteniente del Callao, reagravada por los actos anteriores, no quedaba al almirante otra alternativa que la de formular la renuncia de su puesto o cumplir las tímidas y potestativas instrucciones de la Moneda, y a esto último se dispuso, ordenando que simultáneamente se ejecutase el día 22 de septiembre el bombardeo de todas las caletas y puertos peruanos en el orden siguiente:

«El Cochrane, acompañado del Toltén, buquecillo que sostenía el bloqueo de Chorrillos, bombardearía este puerto.

El Blanco y la Princesa Luisa se dirigirían con igual propósito a la playa de Ancón, y la Pilcomayo verificaría a la misma hora el bombardeo de Chancay».

Conforme a estas órdenes, cumplidas con evidente desgano por el almirante y sus principales lugartenientes, y desoyendo una protesta colectiva del cuerpo diplomático de Lima sobre el bombardeo de plazas indefensas, los buques designados se encontraron en sus puestos antes de las doce del día 22, y rompieron sus fuegos, el Cochrane sobre Chorrillos a las 12 y 10 del medio día, el Blanco algo más temprano y la Pilcomayo en el intermedio.

Duró aquel ataque, a que los enemigos sólo respondieron en la primera de las ciudades agredidas, cerca de cinco horas, y con tan poco efecto, que habiendo arrojado los buques chilenos cerca de mil quintales de hierro sobre aquellas poblaciones construidas de delgada caña, no se produjo ningún incendio ni siquiera causaron averías de consideración. El Cochrane se había colocado, por recelo de los torpedos, tras el morro Solar, y tirando por elevación (mientras el Toltén por medio de señales rectificaba sus punterías) logró poner sólo 13 de sus proyectiles dentro de la ciudad sin dañarla, extraviando 73 disparos en el campo. En cambio, el dictador que, trasnochado en la noche precedente, había improvisado dos baterías de piezas Krupp, la una en el morro Solar y la otra en el Salto (Asalto del Fraile -decía el jefe de ella, don Guillermo Yáñez) mantuvieron nutrido fuego sobre el blindado a la distancia de 4.000 metros, y aun lograron meterle un proyectil en su costado.

A las cinco de la tarde aquel triste, ineficaz y sobre todo tardío simulacro, que había carecido de su principal justificativo, la instantaneidad como represión, como castigo, y como enmienda, había terminado por completo, y nuestros barcos, como si hubiesen sido humillados por ingloriosa tarea, volvían lentamente a su fondeadero, después de haber arrojado inútilmente a la playa enemiga 424 bombas desde el calibre de 70 al de 250, en esta forma. El Cochrane 84, el Blanco 140 y la Pilcomayo 100: unas cuarenta o cincuenta toneladas de metal y un centenar de barriles de pólvora para abrir algunos agujeros en la caña de Guayaquil de las ciudades de baños del litoral de Lima.

Chorrillos, el Barranco y Miraflores habían escapado ilesos, cual si estuviera escrito que implacable destino los reservaba intactos para más horrenda y fatal hecatombe.

Los bombardeos decretados tímida y tardíamente por la Moneda fueron de esta suerte no sólo completamente ineficaces en su ejecución, sino que contribuyeron no poco a aumentar la soberbia del dictador, que a esas horas andaba, por otra parte, solicitado en tratos de paz por agentes que habían venido de Chile tomando el nombre de su gobierno como promotor de imposibles avenimientos. Y en consecuencia de todo lo que pasaba y que no podía ser más desdorado para nuestro prestigio alcanzado en tan duras pruebas, las operaciones marítimas del bloqueo comenzaron a languidecer de una manera lamentable. De cuando en cuando nuestras lanchas a vapor se dirigían hacia el fondo de la bahía a perturbar el sueño de las guarniciones de las baterías disparando al aire cohetes Hall, pero sin más resultado que el entretenimiento recíproco de los soldados y los marinos: cohetes contra cohetes. Se había en otro sentido, después de los ataques nocturnos de mediados de septiembre, intentado fortificar la isla de San Lorenzo, y al efecto el transporte Barnard Castle condujo de Valparaíso cañones y albañiles; pero aquellos jamás fueron sacados de su bodega, se les tuvo varios días atareados en erigir un monumento fúnebre de cal y ladrillo a los que habían perecido en el bloqueo... ¿Y por ventura no habría sido de mayor acierto consagrarlo a la memoria de los errores, que por culpas más de ajenos que de propios, habían convertido el soporífero bloqueo del Callao en uno de los medios más poderosos de armamento y resistencia ulterior para el enemigo?

A la verdad, el bloqueo del Callao que había durado ya cerca de seis meses y que en manera alguna había evitado que el Perú se armase y ni siquiera que Lima viviese con desahogo y aun con esplendor, nos costaba la pérdida de doscientas vidas, un transporte valorizado en medio millón de pesos, un barco que no admitía tasación posible en dinero, una valiosa lancha cañonera, unas cuantas toneladas de proyectiles, innumerables cargamentos de carbón, el tedio moral de la escuadra, el menoscabo de la salud de sus tripulaciones, la continua zozobra de los torpedos, uno de los cuales cargado con trescientos quintales de pólvora reventó cerca del Cochrane en la mañana del 10 de octubre; el deterioro de todos nuestros buques, especialmente el del Huáscar, que había regresado a Chile a componerse y el del Blanco que recorrían los buzos en su propio fondeadero, y por encima de todos estos daños, las humillaciones que en este capítulo dejamos recordadas: tal era el sucinto epítome de la vida y el fruto del bloqueo del Callao, sin contar la impunidad con que de todas partes llegaban a las caletas y puertos del Perú víveres y armamentos.

Por otra parte, y gracias a la parsimonia con que ha sido costumbre atender a las necesidades de nuestra marina desde los tiempos del gobernador marítimo don Luis de la Cruz que ordenaba entregar a Lord Cochrane «medio cable» cuando el último pedía un calabrote, las tripulaciones enfermas, descontentas y desalentadas se hallaban insuficientemente provistas para su duro servicio.

«Da risa -escribía un marino del Blanco, en los últimos días de octubre y cuando el bloqueo estaba en su séptimo mes-, da risa oír por las tardes al guardián dar la voz de '¡vestirse de abrigo!' y quedar tanto o menos abrigado que en el día, según cual haya sido la librea que hayan tenido puesta.

Muchos he visto hacer su servicio con camiseta y blusa de dril. Así, no es extraño que el número de enfermos en los blindados fluctúe entre 12 y 20, y aun suba a 25, pues no son



pocos los catarros y reumatismos que se agarran con motivo del cambio brusco de temperatura entre el día y la noche y de las perpetuas neblinas y frescos terrales.

También deja mucho que desear la alimentación, la cual no es de las más a propósito para mantener la salud y el vigor de la gente de mar. En estaciones tan largas como ésta (no se puede dar otro nombre) convendría dar más raciones frescas que secas; pero aquí rara vez toman las primeras, y su alimento diario consiste en charqui, carne salada, porotos, pan o galleta y la chica de aguardiente. Ya que estamos de estación en San Lorenzo, debería haber frecuentemente bueyes para dar a la gente por lo menos dos veces a la semana ración fresca y guardar el charqui y carne salada para cuando se tiene que hacer un largo viaje en que es difícil llevar animales; pero sucede que aquí se carece hasta de las papas y cebollas...».

Tal era el bloqueo del Callao en las postrimerías del mes de octubre, y tales habían sido en épocas anteriores los bloqueos de Iquique y de Arica y lo continúa siendo hasta hoy (después de tres años con corta diferencia) el bloqueo de Mollendo. Pero si sus frutos habían sido escasos y aun negativos, había que admirar en ellos la laudable paciencia, la constancia inquebrantable, la resignación de verdaderos santos que hacía a nuestros marinos y a su digno jefe aguantarse meses de meses sobre el puente de sus naves, sin dormir, casi sin comer, pasando una estación en pos de otra, el otoño, el invierno, la primavera y el estío, en indecibles zozobras, siendo para ellos y especialmente para el almirante cuya escasez de salud era notoria, asunto de regocijo y aun de lujo, poderse desnudar de cuando en cuando para reparar sus fuerzas después de las veladas y de los torpedos.

Por fortuna, el estado de las cosas iba a cambiar radicalmente haciendo aparecer en el plomizo horizonte del mar, algo que sólo los que en su elemento viven alcanzan a comprender -la esperanza- luz de un faro invisible que guía los pechos y las quillas a lo único que se apetece de veras e intensamente en las guerras, al desenlace.

En la medianía de octubre se sabía en efecto que el ministro de la guerra en campaña, señor Vergara, acompañado de un grupo de generales había llegado a Arica el 10 de ese mes; y citado al almirante Riveros a una conferencia en ese puerto, iba y volvía en el transporte Carlos Roberto, instalándose en el Callao el 16 de octubre para ejecutar operaciones que serían al fin el principio del fin.

No se precipitaría el último, sin embargo, a su cauce natural con toda la energía de una evolución final sino después de pruebas y dolores de otro género, conocidos en la república y en la historia con los nombres de la «Misión Christiancy» y la «Expedición Lynch», a cuyo desarrollo, duro pero ineludible deber nos obliga a consagrar algunas páginas antes de narrar las grandes, gloriosas y definitivas jornadas de la guerra.

## Capítulo XIV

### La paz de Arica

Una de las benéficas modificaciones que la civilización y el derecho moderno han impuesto a la guerra es sin duda la de los «buenos oficios» de amistad de las potencias neutrales y amigas, sea para evitar en tiempo los rompimientos armados, sea para mitigar los desmanes de la guerra, de suyo violentos y en ocasiones bárbaros, sea para poner término, acechando la ocasión oportuna, a sangrienta y prolongada lucha de pueblos o de ejércitos.

Y esto fue precisamente lo que aconteció desde las primeras horas en la guerra entre Chile y las repúblicas aliadas del Pacífico, anticipándose, según su costumbre, la poderosa, comedida e influyente Inglaterra a ofrecer a nombre de su amistad, en las apariencias, y en el fondo, de sus vastos intereses mercantiles comprometidos, su mediación oficiosa a los beligerantes.

Tuvo este acto diplomático lugar antes que de hecho estallase la guerra con el Perú, elevando el ministro de S. M. B. Saint-John el 24 de abril de 1879 al gabinete de Lima una nota llena de moderación encaminada a interponer únicamente sus buenos oficios en hora oportuna. Pero el ministro Irigoyen, rebotando de infatuación y de odio, tuvo a bien no darle curso, contestando al benévolo agente de la reina que no le era dable aceptar la oficiosidad de terceros, desde que Chile fundaba su agresión contra Bolivia en un principio de usurpación, y a esas horas había dado ya comienzo a la guerra con actos que revestían un carácter de barbarie, cual habían sido, en su concepto, los bombardeos de Pisagua, Huanillos y Pabellón de Pica.

Esta respuesta puso término al primer propósito de ofrecimiento, no propiamente de una mediación, que es acto internacional harto grave, sino de los simples buenos oficios de una caballerosa y desinteresada cordialidad entre amigos:

«Los buenos oficios -decía el ministro de Relaciones Exteriores de la reina Victoria, Lord Granville, en un célebre despacho al embajador de Prusia en Londres, el conde de Bernstorff, cuando París se hallaba ya asediado por Moltke y por Bismark el 21 de octubre de 1870-, los buenos oficios (good offices) de un gobierno pueden ser benévolos, mas no así la mediación».

Conviene por tanto tener entendido que lo que la Gran Bretaña ofrecía no era su mediación sino simplemente sus buenos oficios, y esto era lo que de derecho y nada más le correspondía.

El gobierno de Chile no aceptó tampoco, por su parte, el ofrecimiento de pacificación de S. M. B., porque ya la guerra estaba entablada de hecho, y los buenos oficios tienen cabida, por lo común, como en los casos del duelo privado, sólo antes de la consumación del lance. E igual respuesta dio el gabinete de Santiago a los plausibles actos de fraternidad americana dirigidos al mismo propósito que en los primeros meses de la guerra, de abril a junio, tuvieron a bien manifestarle los gabinetes de Bogotá y de Quito, el primero por conducto de su encargado de negocios en Chile, el apreciable caballero don Ricardo de Francisco y enseguida por su ministro especial el señor Arosemena; y el último, acreditando como ministro plenipotenciario ad hoc al general Urbina, uno de los veteranos de su independencia.

Mas, trabada la acción bélica y ejecutados los peligrosos bombardeos de puertos y caletas industriales a que se entregó el almirante Williams en las costas de Tarapacá, sin prever consecuencias diplomáticas ni nuestro propio negocio futuro, comenzaron a surgir en las cancillerías europeas, y especialmente en la de San James, que era la más directamente interesada y damnificada, veleidades no ya de buenos oficios, que no cabían en el estado de las operaciones de la guerra, sino de mediación positiva, lo que era harto más trascendental y ominoso para las aspiraciones de Chile.

El sábado 3 de mayo de 1879 se presentaron, en efecto, en el despacho del conde de Salisbury, ministro de Relaciones Exteriores de la reina en el gabinete que el año precedente había formado el conocido y ya difunto Disraeli, hombre sagaz pero dado a turbulencias diplomáticas, varios comerciantes de fuste a reclamar contra los actos bélicos de Chile, ejecutados en marzo y abril en las costas contra los intereses semibritánicos del departamento de Tarapacá.

La diputación de mercaderes y capitalistas que resueltamente solicitaba la acción directa del gobierno inglés para sujetar la mano y aun el cañón de Chile con el brazo y el cañón inglés, presidida por los señores Jorge Browne, de Glasgow, y H. W. Lowe, de Londres, solicitó del noble lord por conducto de su subsecretario Mr. Bourke, en aquella conferencia, entre otras cosas de menor cuantía, lo siguiente que era de considerable y significativa entidad:

«1.º Que el gobierno británico requiriese al de Chile para que permitiera la reconstrucción de las máquinas y muelles que sus buques habían destruido en las costas del Perú, especialmente en Pabellón de Pica y en Huanillos;

2.º Que no se interrumpiese el embarque de huano en esos muelles, y de ninguna manera el carguío de los buques británicos que ahora se hallan en esas costas;

3.º Que el gobierno inglés reclamase del de Chile el pago de los daños y perjuicios causados a los armadores británicos por la destrucción de dichas máquinas y muelles en los depósitos de huano, y por haber impedido, en consecuencia, que completaran su cargamento los buques ocupados en este tráfico».

Como de costumbre, los negociantes ingleses, que ante todo son gentes prácticas y no hablan jamás a secas, solicitaron que el almirantazgo enviara al Pacífico suficientes cañones para hacerse oír.

El Times del 6 de mayo de 1879, dando cuenta de la entrevista de los «damnificados de Tarapacá», agregaba en efecto, que entre las conclusiones que aquéllos habían sometido a su gobierno, figuraba la siguiente:

«4.º Que haya en las costas de Chile y del Perú una fuerza suficiente para proteger como se debe los intereses de los armadores ingleses».

Estas manifestaciones sordamente desfavorables, si no abiertamente hostiles a Chile, comenzaron a tomar cuerpo poco a poco en la prensa y en los actos de los gobiernos europeos, y con rápido crecimiento en la prensa y en las esperanzas de nuestros enemigos. Se hablaba en verdad y se telegrafiaba con frecuencia en Berlín, en Roma, en París y especialmente en Londres, a propósito de una «intervención colectiva» (joint action), como la de la Santa Alianza de 1823, en la guerra del Pacífico, guerra incómoda, tasada por peniques, y que tanta perturbación llevaba diariamente a los escritorios de comercio de aquellos países exportadores.

Se veía al mismo tiempo llegar a nuestros puertos y a los del Perú una verdadera flota de barcos de guerra, y mientras esto se divisaba a la distancia, los diarios de Lima se complacían en anunciar, a la llegada de cada paquete de Panamá, que la hora del castigo de Chile, por ajena mano, iba a llegar.

Y en efecto, era cosa fuera de toda duda que el ministerio «Tory», que presidía en la calle de Downing el inquieto israelita Disraeli, eterno perturbador de Europa y del universo, miraba con enfado a Chile y meditaba bajo influencias y presiones poderosas la manera cómo sujetarle el brazo antes que nuestras gloriosas bayonetas descerrajaran en Pisagua las puertas del imperio del huano y del salitre, sustancias hipotecadas o semihipotecadas por los peruanos al inglés.

Se llegó, a la verdad, en esa época (julio de 1879) hasta decir en voz baja que el gobierno de la reina acumulaba en sus pontones del Pacífico ingentes cantidades de víveres, carbón y pertrechos navales y militares, en prevención de futuras y tal vez próximas eventualidades.

Es este lugar oportuno para decir que esos rumores, ciertos o exagerados, ejercieron cierta influencia positiva en los acontecimientos internacionales, que fueron a tener un año más tarde tan desairado desenlace a bordo de la corbeta Lackawanna; porque por esos días (julio de 1879) venía de viaje de Nueva York para Chile en el vapor de Panamá un coronel

norteamericano, entusiasta admirador de nuestro suelo; y éste creyó entrever en las conversaciones que a bordo tuvo con un oficial de la marina inglesa, el teniente E., (que por aquella vía venía a juntarse a su bandera) el peligro inminente de una coalición europea contra Chile, o al menos contra la guerra que habíamos emprendido sin éxito y sin prestigio hasta ese momento. Recuérdese que julio fue el mes del Rimac...

En consecuencia, cuando aquel paquete inglés entró de subida a Guayaquil, el coronel F..., a quien nos referimos, escribió desde esa ciudad al subsecretario de Relaciones Exteriores de Washington Mr. Federico Seward, hijo del eminente estadista de este nombre, una carta fecha 13 y 14 de julio (carta que hemos visto) en la que le participaba sus temores sobre la intervención de los europeos en los negocios domésticos de la América, lo cual, a su juicio, lesionaba a claras vistas una doctrina internacional intermitente y acomodaticia, pero que los americanos del norte han mantenido de vez en cuando como una teoría de gobierno propia: «la doctrina Monroe».- America for the americans.

Las revelaciones y alarmas del comedido comisario bostonense estaban principalmente fundadas en las noticias secretas e indiscretas del teniente E... Y hora fueran éstas de grave y urgente carácter como lo parecían, ora fuese sólo arranque de generosa zozobra, es lo cierto que por esos días, coincidiendo las fechas con los avisos enviados desde Guayaquil, comenzó a sentirse algún movimiento en el gabinete de Washington, dirigido a cruzar los planes que se atribuían a las naciones rivales de su comercio en el otro lado del océano.

«De buen origen se anuncia -decía a este propósito una correspondencia semioficial dirigida al Heraldo de Nueva York el 16 de agosto del año último- que nuestro gobierno ha enviado instrucciones al ministro Christianey, en Lima, y al ministro Thomas A. Osborn, en Santiago de Chile, a fin de que comuniquen a los gobiernos cerca de los cuales están acreditados, que el de los Estados Unidos siente profundamente el rompimiento desgraciado de las buenas relaciones entre Chile y el Perú que ha conducido a las dos naciones a hacerse la guerra; y que, aun cuando nuestro gobierno no desea interponer su mediación, sin embargo, siendo mucho su anhelo por la paz y la prosperidad de ambos países, está dispuesto, si lo desean mutuamente, a interponer sus buenos oficios, a fin de conseguir un arreglo honorable de las diferencias entre los dos gobiernos beligerantes, cuando quiera que ellos indiquen que aceptan esos servicios».

Según en diversos pasajes de esta historia lo tenemos recordado, a título de lealtad, ignoramos entonces y continuamos ignorándolo hasta el presente, cual fuera el rumbo diplomático que aquellas insinuaciones, no poco osadas de parte del alto comercio inglés, recibieron de su gobierno y del nuestro propio, porque, como lo tenemos declarado, de propósito nos hemos abstenido siempre de levantar siquiera (pudiéndolo) la tapa superior de la carpeta que guarda nuestros secretos diplomáticos, dejando intacto este depósito para futuros historiadores, y dirigiéndonos sólo por lo que la prensa y las revelaciones parlamentarias, hechas públicas, han venido poniendo en transparencia. Pero se dijo entonces que desde agosto de 1879, a virtud tal vez de las sugerencias interesadas de Lord Salisbury, o más bien por el celo monroano que ellas despertaron en el ánimo susceptible

del gobierno de Washington, acostumbrado a saltar sobre la brecha en todo negocio en que cupiera participación directa o indirecta al Nuevo Mundo, insinuó por su parte y en aquella época temprana de la guerra sus buenos oficios para moderarla o acercarla a una solución americana, con prescindencia absoluta de los influjos europeos puestos en juego por los peruanos o los ingleses. Sobre este particular, todo lo que por hoy se sabe, es que cada vez que el honorable representante de los Estados Unidos en Chile Mr. Thomas A. Osborn, caballero leal y sagaz, se acercaba en aquel tiempo ya remoto (en las postrimerías de 1879) al honorable señor Amunátegui, ministro de relaciones exteriores de Chile, con el objeto de hablarle de paz, encontraba en éste distinguido hombre público blanda y cariñosa acogida. Eso iba de molde al carácter personal de aquel funcionario, de suyo tranquilo, acomodaticio, enemigo de ruidos y por naturaleza bondadoso.

Mas vinieron una en pos de otra nuestras victorias; y éstas, si no crean derechos, como alguien ha dicho, crean siempre respetos, porque desde entonces los gabinetes europeos comenzaron a desilusionarse de la eficacia y oportunidad de su joint action, y parecían dispuestos a dejarnos expedito el camino y la repartición de los ricos fósiles conquistados con nuestra sangre, entre sus súbditos acreedores hipotecarios del suelo redimido.

Hubo, por consiguiente, una tregua internacional de más de seis meses de duración, desde Pisagua a Tacna, en toda la línea de la presión diplomática sobre nuestras operaciones: era la tregua de la victoria.

El gobierno de Estados Unidos, egoísta como su raza, terco como su poder, desafecto a complicaciones internacionales en razón de su propio orgullo, no menos de los sanos consejos de una tradición que remonta hasta Jorge Washington, fundador de la República, no se había sentido dispuesto a entrometerse en las querellas de las revueltas naciones hispanoamericanas, por las cuales ha manifestado siempre un estudioso desdén, al punto de que para reconocer su independencia, su gobierno fue llevado a remolque por el de Inglaterra. Canning arrastró a Clay.

Mas, tentado ahora por las sugerencias europeas, se dejaba deslizar lentamente en el camino de una intervención amistosa, si bien casi desinteresada de influencias políticas y especialmente mercantiles. Y tan cierto era el desgano que aquejaba a aquel gobierno por envolverse en la guerra del Pacífico, bajo cualquier concepto, que habiendo venido a Chile por el mes de junio de 1879 un personaje diplomático y soltado éste algunas palabras ambiguas de intervención o protesta, recibió explícito rechazo de su gobierno. Este primer heraldo de las intrigas que han ido después en creces, y que tienen su asiento más en los escritorios de caoba de Nueva York que bajo la cúpula del capitolio de Washington, se llamaba Mr. Peters, e iba a su patria en viaje desde Bolivia, donde había sido ministro de su patria.

Ajustándose a estos antecedentes, el director de la política internacional de los Estados Unidos, Mr. Evarts, traducía neta y honradamente su pensamiento en instrucciones que han llegado hasta nosotros de una manera privada y sólo como fragmentos, careciendo por tanto de fecha, si bien su autenticidad se halla perfectamente comprobada.

«Debo manifestar -decía en efecto Mr. Evarts a sus representantes en Lima y en Santiago-, debo manifestar a usted mi aprobación de sus ideas, expresadas en la forma que usted me indica con respecto a la actual guerra entre Chile y el Perú, como asimismo sobre la posibilidad de una mediación por parte de este gobierno una vez que esta fuese solicitada por parte de los beligerantes con el propósito de una arbitración pacífica y honorable. Hace algunos meses y en contestación a las indicaciones de la Gran Bretaña y Alemania sobre esta misma materia, este gobierno contestó explícitamente que consideraría una medida semejante como intempestiva en aquel momento y que no tomaría parte en una intervención cualquiera que pudiese menoscabar los derechos de los beligerantes.

H. de la C. de Lima».

Se veía en estas graves palabras, de cuya autenticidad respondió ante el Congreso el autor de esta historia en la hora oportuna, confirmado con un alto e irrecusable testimonio cuanto hemos venido diciendo respecto de la intentada coalición (joint action) de la Alemania, de la Gran Bretaña y tal vez en secreto de la Italia y de la República Francesa, en nuestros negocios domésticos. Era aquello asunto de mano levantada, en tales empresas hombres como Bismark, Disraeli y aun Gambetta necesitan sólo de una guiñada para ponerse de acuerdo.

Cierto es que entre un año y otro año, de 1879 a 1880, desde el mes del Rimac al mes de Tacna y Arica, habían surgido para el viejo mundo nuestros gloriosos éxitos militares, y respecto de los Estados Unidos se había acentuado con hechos y protestas el plan de los europeos de hacer de Panamá una compuerta del viejo mundo dejada en manos y a su arbitrio, plan de invasión mercantil que, como el nivel de las aguas desposeería a la América del norte de la visible influencia que ejercita en su desencuadrada consorte de mediodía. Pero sea como sea, el gabinete de Washington resucitó en provecho propio y el de Chile la doctrina Monroe (la misma por la cual 15 años atrás metieron a la cárcel de Nueva York al que esto escribe); y sea por el canal de Balboa, sea por el desfiladero de Monroe, los Estados Unidos hicieron a Chile un servicio positivo que obliga a perpetuidad todo honrado reconocimiento.

A la verdad, el probo y circunspecto Mr. Evarts había ido aun más lejos, porque habiendo tenido noticias de las veleidades de intervención de que hablara a su paso por Santiago el ya mencionado Mr. Peters, lo desautorizó por completo en la nota tan caballeresca como honrada de que venimos haciendo mérito.

«La visita de Mr. P... -decía el canciller americano en el despacho citado- fue enteramente sin autorización por parte de su gobierno, y tengo entendido que el carácter no oficial de sus esfuerzos ha sido plenamente conocido por los gabinetes de las tres potencias. La relación que hace este señor de sus entrevistas con los señores ministros de relaciones exteriores del Perú y Chile hace imposible creer que su lenguaje pudo haber sido recibido como abrigando una amenaza por parte de los Estados Unidos hacia cualquiera de los tres y mucho menos contra Chile».

«En el caso que usted encuentre -agregaba Mr. Evarts más adelante a su representante en Chile- que exista en los círculos oficiales de ese país cualquiera idea desfavorable nacida de los dichos o hechos del señor P..., podrá usted, si así le pareciere, robustecer sus manifestaciones, asegurándoles que este gobierno ni intenta, ni propone unirse a movimiento alguno en el sentido de una intervención amigable, a menos que no sea evidente que los deseos de todos los interesados en la lucha son en favor de tal medida y en obsequio de la paz».

Se echa de ver a la distancia de leguas la extremada y tradicional cautela con que el conductor de la política internacional de los Estados Unidos, hombre anciano, docto y prudentísimo, pone la mano en la llaga de la guerra, a fuer de experto cirujano. Pero ese procedimiento no es enteramente personal en el manejo de las relaciones diplomáticas de la Gran República. Al contrario: los americanos del norte acarician como un dogma sagrado el sabio consejo de Washington en su Farewell Adress, testamento político de aquel grande hombre, en que aconseja a sus compatriotas, con el sagaz y previsor egoísmo de su raza, no mezclarse jamás en cosa ajena que, cual más cual menos, resultará siempre en pleitos de casados...

«No entangling alliances», es el principio que modera en los consejos del Potomac los ímpetus de la doctrina Monroe y la encierra casi siempre dentro de los fríos límites de un pliego de papel, jamás en la recámara de un cañón, ni siquiera en el cilindro de un revólver. ¡Alianzas con nadie! Ésa ha sido la divisa permanente de la Unión del Norte, y como consecuencia su egoísta pero sabio retraimiento internacional de los demás pueblos de la tierra, con excepción de aquéllos cuya inmediata y dócil comunicación está en sus intereses explotar. Y en comprobación de todo esto y con conocida mala gana el ministro Evarts terminaba su nota, que entendemos es de agosto de 1879, ofreciendo su condicionalísima y solicitada mediación en los fríos términos que pasamos a copiar de un despacho reservado:

«En el caso de que exista semejante deseo para verificar un arreglo de la disputa y ese plan se limite a pedir los buenos oficios de los Estados Unidos por sí solos, sobre una base racional de arbitración de todas o una parte de las causas de las diferencias, está usted autorizado para desempeñar los servicios de este gobierno para su inmediata y seria consideración, con el fin de hacer uso de todos sus esfuerzos para lograr la paz».

Mas para desdicha de Chile, que a virtud de su tradicional perenne fortuna avivaba la desabrida, mezquina y recelosa acción del gobierno norteamericano, sobrevino una circunstancia de orden privado pero en sí mismo tierno y elevado que sería parte en no pequeño grado para precipitar los vacilantes deseos de la política del Potomac a la funesta



gestión tripartita llamada de la Lackawana, que tuvo a bordo de ese buque un desenlace aparente y de actualidad, pero dejó vivas las heces que engendraría más tarde la levadura de funestos apetitos. Y vamos a narrar, poniendo a tributo nuestros recuerdos íntimos, pero ya consagrados oportunamente en el papel, la manera como aquello tuvo lugar.

Era el representante de los Estados Unidos en Chile desde 1876 el honorable Thomas A. Osborn, uno de esos hombres que todo lo deben a sí propios y hacen de esa suerte el mayor elogio posible de su carácter y de su raza. Hijo, como Lincoln, como Grant, como Garfield, como Hayes, como el mismo Mr. Christiancy y probablemente como Mr. Adams, sus colegas futuros en la Lackawana, de un simple campesino (farmer) de Pensilvania, Mr. Osborn, a la edad de veintiún años había abandonado esa comunidad rica y culta para hacerse colono de la en aquella época no remota (1857) semi-selvaje Kansas. Y, cosa digna de ser tomada en cuenta en nuestro país en que la juventud de los hombres públicos es óbice constante a sus servicios y a su engrandecimiento, a los dos años de estadía en su ciudad adoptiva de Elwood, el joven emigrado de Pensilvania era electo senador a los 23 años de edad, y enseguida, durante la guerra civil, presidente de esa corporación. En 1862 era nombrado teniente gobernador, y en 1864 gobernador del Estado.

Cuando el emigrante de Pensilvania presidía el senado de Kansas había cumplido apenas 23 años; cuando gobernaba el Estado como vicegobernador 26, y cuando fue propietario, por elección directa, tenía 28 años porque había nacido en Meadville por octubre de 1836. En los Estados Unidos la electricidad es la fuerza universal de la dinámica material, y la juventud, electricidad de la vida, es la fuerza impulsiva del mundo moral en todos sus sublimes giros.

Alistado en el partido republicano que acaba de triunfar con Garfield y con Arthur en la Unión del Norte, amigo personal de Lincoln, que le ayudó con su palabra en los campos y en las aldeas del naciente Estado, antes de ser presidente de la Unión; reelecto gobernador de Kansas en 1874 por una mayoría que equivalía casi a la unanimidad, y poderoso cooperador político en la elección del presidente Hayes, le ofreció este, apenas subió al supremo poder ejecutivo en 1876, la tranquila y codiciada legación de Chile, a cuyo país vimos llegar al simpático emisario por el mes de agosto del año subsiguiente.

Desde entonces el honorable Mr. Osborn, acompañado por una esposa joven, bella y madre de una encantadora criatura, vivió entre sus compatriotas y entre los chilenos rodeado de igual respeto, por su cortesía, su republicana franqueza, su noble porte como amigo y como funcionario.

Pero el viaje, la ausencia y el cambio súbito de clima y lo que los franceses llaman con propiedad pero sin definirlo -le mal de la patrie-, afectó en breve profundamente la delicada complexión de la afectuosa y amada compañera del delegado americano, situación que vino a agravar un accidente casual ocurrido en el verano que precedió a la guerra en el Hotel de Viña del Mar.

Preocupado con esta doble dolencia del físico y del alma, el noble ministro solicitó del presidente Hayes un corto permiso para conducir a su esposa a los aires nativos, geniales a

su índole; y el adiós de esa partida tuvo lugar en el Hotel Inglés de Santiago el 17 de marzo de 1879, cuando la guerra con el Perú aún no era sino un peligro.

Se embarcó en consecuencia el honorable Mr. Osborn con su dulce compañera el 4 de abril en Valparaíso, rumbo de Panamá. Pero un fatal cablegrama de su gobierno le atajó de súbito en Iquique, y tuvo el dolor de ver partir a su esposa, delicada y enferma sin más compañía que la de un tierno niño, en guerrera costa y por mal sanos climas.

Con sorpresa, pero no sin placer, todos los amigos de Mr. Osborn le vieron de regreso en Santiago a fines de abril. El gabinete de Washington le ordenaba perentoriamente no abandonar su puesto en el Pacífico hasta la conclusión definitiva de la guerra, fuera por larga tregua, fuera por la paz de hecho o de derecho.

Pero el amor no sólo tiene ingenio sino alas, y como Miguel Ángel, el inquieto ministro, cautivo en la lejana ciudad, pudo decir, pensando en sus floridos bosques de Elwood de Kansas:

«Chi ama qual chi muore

Non ha da gire al ciel dal Monde altr'ale».

Forjó en consecuencia el ministro prisionero en Chile en su alma y en su pensamiento, estas dos alas de la vida, un plan ingenioso para escaparse, siquiera por breves días, siquiera volando, al apartado nido.

Había en efecto, según vimos, intimado al ministro viudo el severo Mr. Evarts, cuyo rugoso rostro a nosotros mismo nos puso respeto cuando fue nuestro abogado contra la «Doctrina de Monroe» en 1866, que no le sería lícito levantar su tienda de peregrino en Chile sino cuando la guerra del Pacífico hubiese tenido una solución cualquiera; y en consecuencia todos los anhelos del cautivo se encaminaron a procurar aquella paz que era la propia suya. Por esto dijimos antes que en este negocio de la Lackawana había como origen una historia interna del corazón, rey del universo, junto con el sol.

Y no tardó aquél en sugerir, a la preocupada inquietud del ministro, prisionero sin canje posible, un afortunado arbitrio.

Sabedor de que en los adentros de la Moneda y entre holgados divanes de tertulia o de platónicas lecturas de revistas quincenales, se suspiraba por la paz, se dijo a sí mismo:

«Si yo logro poner al habla al fiero caudillo del Rimac con el manso conductor de Chile, sería algo como aproximar a la viga que arde entre las ruinas una tina de agua fría; y así, con un poco de afán y otro poco de maña puedo apagar, si más no sea temporalmente, el tenaz incendio. Y una vez alcanzado esto, yo logro visitar mis lares».

Para todo esto y mucho más era suficiente una cortés invitación enviada al palacio de adobe de Lima y al palacio de cal y ladrillo de Santiago, una vez obtenida la indispensable venia del cauto Mr. Evarts y el préstamo obsequioso hecho por el comodoro Rogers de uno de los muchos buques que con la bandera de las estrellas en lo alto de sus mástiles cruzaban en aquellas horas las aguas del alborotado Pacífico.

Llenaba así además el digno señor Osborn de la más cumplida manera su cometido público, según el cual debía acechar cualquiera oportunidad para aceptar los tratos de paz de los beligerantes.

Según lo tenemos dicho, la nota remisoria de estas ideas tenía la fecha de 10 de mayo de 1879 un mes después del regreso forzado del ministro de Estados Unidos en Chile.

Parece que estas ideas de futuras conferencias bajo la dirección suprema del gabinete de Washington encontraron fácil acogida a orillas del Potomac, y habiendo partido de Chile en mayo como simples indicaciones, regresaban el 10 de agosto a Santiago como órdenes y como un plan definitivamente acordado entre partes.

Pero cuando iban tal vez a tomar su curso natural las negociaciones así iniciadas, surgió un nuevo y peregrino incidente que no era, como el móvil secreto del empeño del diplomático de Santiago, dulce llama de amor sino su triste pavesa. En uno y otro caso era una mujer la que agitaba los ánimos y hacía, sin pretenderlo, de procuradora en los negocios de la paz, que al fin por esto se convirtieron en antojo y aborto de mujer.

Precisamente en los días en que el Perú aceptaba la guerra que le había declarado Chile (abril de 1879) llegaba a las playas de aquel país con el carácter de ministro de Estados Unidos el extraño personaje que ha sido más tarde universalmente conocido por sus aventuras y que llevaba el nombre de Mr. Christiancy, anciano de 70 años nacido en Montgomery (Michigan) en 1812, y que de juez de la Corte Suprema de su Estado había sido enviado al senado de Estados Unidos en 1835 por la unanimidad de votos de su partido en la ciudad de su residencia, Detroit, capital de su Estado.

Como anciano, como juez y como político era hombre de respetos; pero habiendo enviudado de una mujer epiléptica que le dejara hijos ya ocupados en destinos de cuenta en su país, le tentó el demonio de la vejez haciéndole encontrar una vivaz Susana en una joven de quince abriles, tan hermosa como descontentadiza que no llevaría flores sino espinas a su tálamo y a su hogar.

Motivó probablemente este desgraciado y desigual enlace su renuncia del puesto de senador en Washington y su viaje al Perú como ministro, en edad ya avanzada, a lánguido clima y sin saber una sola sílaba del idioma nacional.

Sus desavenencias domésticas no se calmaron siquiera en la blanda atmósfera del Rimac, y al contrario llegaron al punto de un fulminante divorcio por sospechas o por ira. La señora

Christiancy ha declarado más tarde que su esposo la maltrató de hecho y hubo de fugarse del lecho conyugal acompañada de uno de sus propios entenados.

Las cosas llegaron a la verdad al punto que se hizo necesaria una separación de cuerpo, y en los primeros meses de 1880 la joven esposa del ministro dejó el hogar vacío de sus gracias y sus mimos, emprendiendo su vuelo hacia la patria.

Honda melancolía se apoderó entonces del anciano. Vagó unos cuantos meses en Lima como aturrido por golpe asestado al corazón, y al fin, así como por sus amores había venido al Perú, por sus amores, es decir, por sus tristezas y sus desengaños, tomó la resolución de hacer un paseo marítimo a Chile en la medianía de agosto de 1880.

Hizo alistar con este fin la cañonera Wachussetts, surta en el Callao, y un buen día (el 15 de agosto) sin decir adiós a nadie, ni enviar siquiera la notificación diplomática usual al gobierno ante quien estaba acreditado ni a sus colegas, puso rumbo hacia Iquique, donde tenía algunos reclamos de cancillería que evacuar contra Chile, y enseguida a Valparaíso.

Tan singular había sido aquel procedimiento, que la prensa misma de Lima, ávida de novedades, no acertaba a explicarse los motivos ni los propósitos de aquel viaje tan súbito como misterioso.

«Varios son los rumores que han circulado con motivo de la reciente partida al sur del respetable señor Christiancy -decía la Opinión Nacional de Lima del 20 de agosto, esto es, cinco días después de la partida del honorable caballero y cuando ya su sombra, proyectándose con el sol poniente sobre los pardos farellones de Angamos, traía la inquietud antigua de Sharp y de Grau a todas nuestras costas-. Entre los que corren con más insistencia -añadía el mismo diario limeño-, dicen unos que la Gran República no puede permitir que en América se hagan guerras de conquista, porque ellas traerían por consecuencia inmediata la ruptura del equilibrio continental y la guerra perpetua entre las diversas secciones de Sudamérica, con todas sus fatales consecuencias para los mismos Estados.

Y los que tal dicen creen que el viaje del ministro americano no tiene otro objeto que hacer dicha notificación a Chile.

Otros, que no son los menos por cierto, y que creen poseer la noticia de autorizadas fuentes, manifiestan que el viaje del ya nombrado diplomático no tiene otro fin que entablar una reclamación con motivo de la extracción de 27 de nuestros compatriotas del consulado de Arica».

Entre tanto tan tranquila y reposadamente hacía su viaje de placer, o más propiamente de descanso o de consuelo el anciano juez de Michigan, que habiendo sido avistado el Wachussetts el día 22 de agosto desde Mejillones, Tocopilla y Taltal alternativamente, produciendo este hecho, transmitido desde Illapel, no pequeña alarma por la sospecha de

que el buque aparecido fuese la Unión, echaba sus anclas en Caldera el 23 de agosto y sólo el 26 por la tarde en Valparaíso.

Al día siguiente, y con la calma del que pasea y se refresca por su sola cuenta (porque ésta era la verdad desnuda del caso), Mr. Christiancy tomaba el tren lento de 4 y media, viajaba como curioso de Valparaíso a Santiago y se hospedaba tranquilamente en el Gran Hotel Inglés aquella noche.

Visitaba al día siguiente a su colega Mr. Osborn en su casa habitación número 16 calle de San Antonio, y sólo entonces tomaba conocimiento de los planes que el último había adelantado hasta hacer necesaria una explicación de los tres gobiernos beligerantes y precisaba por consiguiente su inmediato regreso a Lima. A la verdad, si Mr. Christiancy hubiese demorado dos días más su partida del Callao, habría recibido la notificación oficial de su gobierno para quedarse y ofrecer su mediación para realizar el plan de avenimiento sugerido desde el mes de mayo por el honorable Mr. Osborn. Y tan era ello así, que hallándose a mucho mayor distancia el ministro Adams recibió su respectiva notificación en la Paz el 26 de agosto, es decir, el mismo día que, ignorándolo todo, llegaba a Valparaíso el ministro de Estados Unidos en Lima, y que en hora tan poco propicia dejara su puesto para visitar de capricho a uno de los beligerantes.

Quiso un destino adverso a Chile que ello así sucediera y que las insinuaciones de paz, que nunca debieron partir sino del campo enemigo y vencido, tomaran arranque en el palacio de la Moneda, según en un capítulo anterior lo dejamos recordado, ofreciendo comprobarlo.

El mismo día (sábado 28 de agosto) en que los dos enviados norteamericanos conferenciaban sobre sus planes, se presentó en efecto, de visita en su alojamiento el señor Jorge Huneeus, y en el acto, con la expedición que es peculiar a este hombre público y de negocios, quedó trabada una acción por parte del gobierno de Chile o, más propiamente, del presidente Pinto, a cuyo nombre habló siempre el señor Huneeus «a título de amigo personal y oficioso». Venía de aquí aquella excusa, verdadera sólo en apariencias, hipócrita en el fondo, que había dado alas al señor Valderrama para sostener en la Cámara de Diputados, en la sesión del 14 de septiembre ya mencionada, que el gobierno no trataba oficialmente, limitándose a declarar que se habían dado «pasos» para tentar un avenimiento. A la verdad, y según consta de las notas del general Adams al ministro Carrillo de Bolivia y que éste publicó en su manifiesto, el gobierno del señor Pinto había aceptado de hecho la mediación, mucho antes que de ello tuvieran siquiera conocimiento los gobiernos del Perú y de Bolivia.

Aquella misma tarde, que fue nublada y un tanto lluviosa, los dos ministros norteamericanos hicieron una visita de cortesía y de generalidades al presidente Pinto en su despacho; el 29 (día domingo) fue de encierro a puerta cerrada con el comisario de palacio que iba y venía; el 30 almorzó el señor Christiancy en el Santa Lucía, como un simple viajero, y el 31 se marchó a Valparaíso, embarcándose ese mismo día para el Callao. A la calma del viaje de subida sucedía ahora inusitada y costosa celeridad.

¿Qué había acontecido entre tanto entre los representantes de Estados Unidos y el gobierno de Chile? ¿Qué entre los señores Huneeus y Christiancy, puesto al habla por el señor

Osborn? Nadie lo supo a punto fijo, y esto probablemente no se sabrá sino cuando los actores de la triste comedia diplomática, que a la ligera recordamos, hablen y se defiendan. Se dijo únicamente que el ministro Christiancy aseguró como convicción propia y personal (puesto que para nada tenía autorización ni mandato, ni insinuación siquiera del gobierno del Perú), que el dictador Piérola estaba dispuesto a hacer la paz bajo la base de la cesión a Chile del departamento de Tarapacá.

No había nada que estuviera más lejos de la lógica, de la racionalidad, de la posibilidad misma de las cosas humanas (aun en el Perú) de que tal propósito existiera, como lo demostraban los hechos, las declaraciones terminantes y la actitud cada vez más arrogante del dictador de Lima y de su pueblo; pero tomando aquel desvarío como «una demostración, que, si no era matemática podía considerarse como tal», el presidente Pinto ahogado por sus ansias de paz, se embarcó con todo su bagaje en aquella ridícula e ilusoria negociación en la que el país no recogería sino afrentas y la guerra sólo sangre.

El 4 de septiembre el Wachussetts tocaba de regreso en Arica, y de ese puerto partía a media rienda un expreso a La Paz, llevando la citación de la mediación, ya acordada en Chile, al ministro de Estados Unidos, general Adams, y a los plenipotenciarios bolivianos que el gobierno para el caso designase. El 10 de septiembre entraba la cañonera portadora de la palabra de Chile a la dársena del Callao, después de un viaje redondo de 25 días, e inmediatamente el señor Christiancy redactaba un mensaje diplomático conteniendo estas palabras, que verdaderas o falsas, harían subir el tinte del rubor a la frente de la nación fuerte y feliz que en todas partes y en todas épocas había humillado a sus enemigos castigándolos:

«Acabo de regresar de Santiago, donde con el ministro americano M. Osborn tuve largas conferencias con el gobierno chileno, que aceptó la mediación de los Estados Unidos para entrar en negociaciones de paz con el Perú y Bolivia.

Ahora estoy autorizado para decir que el Perú acepta la mediación y que las negociaciones de paz se iniciarán enseguida. Cuando conferencié con el gobierno chileno, no estaba autorizado para decir que el Perú aceptaría la mediación de los Estados Unidos; pero ahora estoy autorizado para decir que el Perú la acepta y que los plenipotenciarios de los beligerantes se reunirán en los primeros días de octubre con ese objeto».

Tenía esto lugar en Lima en las mismas horas en que en el palacio de la Moneda se designaban los negociadores que concurrirían por parte de Chile a las conferencias de Arica, según lo tenemos ya referido, y aquí los recordamos sólo para demostrar cuán grandes eran la confianza y la culpa del gobierno en la locura que había acometido, sin más razón ni antecedentes que el propósito de no proseguir la guerra y no marchar a Lima, como continuaba solicitándolo con incesante clamoreo el país entero, el congreso y el ejército.

A la verdad, temeroso de la opinión pública que comenzaba a inquietarse, el gobierno por un acto de cortesía diplomática, se hizo ofrecer la mediación con fecha seis de octubre, cuando constaba que en La Paz se había declarado oficialmente su formal aceptación con fecha veintisiete de agosto y cuando en Lima la aceptó Piérola el 29 de septiembre, esto es, cuarenta días antes en Bolivia y con anterioridad de una semana en Lima, según consta todo de tristes documentos oficiales.

No tenemos el propósito de profundizar estas vergüenzas sino el de bosquejarlas para imponer a sus perpetradores el castigo de su propio engaño y para que el país y la posteridad recojan de mano de la historia una lección provechosa. Y por lo mismo bastará decir que el dictador del Perú, dándose aires de solicitado y haciéndolo constar así estudiosamente de documentos públicos, nombró como negociadores de paz el 29 de septiembre (cuando los de Chile estaban designados hacía tres semanas) a los señores Antonio Arenas y Aurelio García y García, con un personal numeroso de secretarios, y los despachó al puerto de Mollendo en el transporte Chalaco el 30 de septiembre.

Por su parte, el gobierno de Bolivia había designado a los señores Baptista y Carrillo, que se unieron a sus aliados en aquel puerto, y el de Chile a los señores Eusebio Lillo, a la sazón jefe político de Tacna, al ministro de la guerra en campaña señor Vergara, que había llegado a Arica el 10 de octubre, y, en reemplazo del señor Santa María, al señor Altamirano. Partió este el 15 o 16 de octubre en el Lontué y el día 20 llegaba a las aguas de Arica junto con el Chalaco que traía a los negociadores de la Alianza, y que habían hecho punto de honor celebrar su conferencia en un puerto suyo ocupado por las armas de Chile. El digno ministro Osborn, que se había adelantado hacía tres días en el Santa Rosa, puso enérgico término a aquellos resabios de vanidad de vencidos, empeñados en presentarse como vencedores, declarando que si las conferencias no tenían lugar en Arica no se celebrarían en parte alguna.

Reunidos, en consecuencia, en la cámara de sombría caoba de Honduras de la Lackawana los siete emisarios de la paz, celebraron durante los días 22, 23 y 25 de octubre las curiosas y bombásticas conferencias que, por prolijas, estériles y de todos conocidas, no detallamos aquí. Sobrará con decir para el rubor de la historia y su enseñanza que, empleado el primer día en el canje de poderes y en la presentación de la minuta de las condiciones de Chile (que hasta esta humillación nos cupo, cuando lo obvio era oír lo que los vencidos solicitaban), en la sesión del 25 se descubrió el enigma de un complot que desde entonces ha seguido su sorda marcha como una amenaza para la república, por cuanto el plenipotenciario García y García propuso lisa y llanamente el arbitraje de los Estados Unidos en todas las cuestiones, apoyándolo no sin algún calor el ministro Adams, mientras que el infeliz juez de Michigan hacía el papel de un convidado de piedra en su propio banquete, y el señor Osborn, que presidía, el de un perfecto caballero y hombre honrado.

A la verdad, la única sesión efectiva y eficaz de las conferencias fue la que tuvo lugar el 25 de octubre en que se discutió la minuta durante tres horas y se pronunciaron los discursos grandilocuentes de los plenipotenciarios, que a hurtadillas apenas disimulaban, los unos, sus zozobras, los otros su mal humor y todos su absoluta incredulidad en el resultado. Por lo demás, las principales incidencias de aquel día fueron transmitidas a la prensa por sus

corresponsales, y una de las más sobrias de esas comunicaciones estaba concebida en los términos siguientes:

«La segunda reunión de plenipotenciarios duró desde la 1 hasta las 4:30 p. m., hora en que regresaron a tierra los nuestros. En ese mismo día debió quedar terminado definitivamente todo, pues no había arreglo posible ni la más remota esperanza de que él pudiera llegar a tener lugar.

El ministro peruano señor Arenas, al pronunciarse sobre las bases chilenas, para rechazarlas, pronunció un discurso que a juicio de sus mismos compañeros era sumamente estudiado para producir efecto y conmover corazones. ¡Estuvo elegante, florido, sentimental y patético!

El señor Baptista, boliviano, se expresó con menos sentimentalismo, pero más práctico y varonil. Dicen que lo hizo bien.

El señor Altamirano, según lo hemos oído a miembros de la plenipotencia boliviana, habló con mucha altura y elocuencia, e hizo una pequeña alusión honrosa en favor del señor Baptista, a propósito de su discurso. Los plenipotenciarios aliados se han formado una alta idea del señor Altamirano.

La conferencia duró casi todo el día. Al fin, el honorable señor Baptista, deseoso de dar más tiempo a los peruanos para estudiar su situación y de arbitrar algún medio a fin de llegar a la paz, indicó la idea de que el Perú reconociera una cantidad de millones como deuda a Chile, cediéndole en calidad de prenda pretoria los territorios de Tarapacá hasta Camarones, con derecho de explotación y usufructo hasta el pago total de la deuda.

Para discutir esta nueva proposición, pidió una última conferencia, con la esperanza de poder conseguir en el ínterin inducir a su aliada por el camino de la paz. Se le concedió la nueva conferencia, debiendo tenerse presente que el señor Osborn, ministro de los Estados Unidos, residente en Santiago, manifestó en un elocuente discurso que no arribándose a conclusiones ningunas de paz, declararía terminada su misión mediadora, garantizando que su gobierno mantendría en lo sucesivo la más absoluta abstención y neutralidad sobre la guerra del Pacífico.

La última conferencia otorgada tuvo lugar ayer 27, desde las 12 m. hasta las cinco de la tarde.

Como a las dos bajó a tierra el señor comandante de la Lackawana, y por él supimos que ya todo estaba roto, que no había paz, y que los ministros norteamericanos habían declarado concluida su misión y continuaban guardando la más severa neutralidad. En virtud de este aviso recibido por conducto tan fidedigno y severo, les comunicamos lo ocurrido por cablegrama de ayer.

A las cinco bajaron nuestros plenipotenciarios y hoy firmaron los protocolos de la última conferencia, los cuales constaban de quince pliegos. Todo quedó concluido. No hay paz y es imposible que pueda haberla sin que vayamos a dictarla con las bayonetas en Lima.



Ahora, en 30 minutos más, parten los aliados para el norte».

La comedia había concluido como comenzara. Los males causados al país y en general a los beligerantes no podían medirse ni siquiera calcularse; pero el capricho supremo estaba ampliamente satisfecho, y el 27 de octubre por la noche dos telegramas simultáneos, recibidos, el uno con profunda angustia en la Moneda por el jefe del Estado y otro con intenso regocijo por los jefes y soldados de Chile en los campamentos de Tacna, anunciaban que la hora de los desvaríos y del apoltronamiento había pasado para abrir ancho camino a la solución y a la gloria.

## Capítulo XV

### La expedición Lynch en Chimbote

Por una de esas aberraciones que acusan la incurable flaqueza del espíritu humano, sea en los gobiernos que osan o se engañan, sea en los pueblos que aplauden o se resignan, durante las mismas horas en que el ministro de Estados Unidos Mr. Christiancy recalaba a Arica en su misión de paz, el 4 de septiembre, y desde allí, agitando en el horizonte blanca bandera de parlamento hacia a su colega de la altiplanicie boliviana y a su gobierno un explícito llamamiento a la paz, surcaba aquellas aguas en plácida noche la expedición que iba a llevar la tea del estrago, de la esterilidad y de la provocación de implacable guerra y eternos rencores a los mismos pueblos que por ocultos protocolos convidábamos a la reconciliación. ¿Cuándo hubo jamás en la historia absurdo ni contradicción semejantes?

Aquella cruzada de apremio y destrucción era la que es ya conocida históricamente con el nombre de «La Expedición Lynch», la cual embarcada en los transportes Itata y Copiapó, se dirigía a asolar los ricos valles e ingenios del norte del Perú, a título de presión de guerra para empujar aquel desgobernado país hacia la paz.

No habría podido, a la verdad, idearse, ni aun dentro de un cerebro enfermo empresa más fuera de razón, de propósito y de oportunidad, sin tomar en cuenta la implícita barbarie que a toda expedición de destrucción de propiedades va afecta, sea en el mar o sea en tierra firme. Y en efecto, prescindiendo de la cuestión de derecho internacional que sin duda faculta el mayor daño del enemigo, pero encerrándolo cada vez en más estrechos límites de civilización y de clemencia, aquella cruzada, destinada en apariencias contra el Perú lo era

en realidad contra nosotros mismos, cual lo habían demostrado las funestas devastaciones marítimas del litoral de Tarapacá que ahora era nuestro litoral. Ibamos a resucitar los días de los corsarios en nuestro propio suelo, cuando el mundo entero, de común acuerdo, acababa de abolirlos.

Hechos sucesivos y elocuentes se encargarían de demostrar esta verdad y de dar amplia razón a la protesta que el autor de esta historia hizo desde su asiento de senador contra semejantes empresas, apenas comenzó a hablarse de ellas vagamente en el público en los primeros días de agosto.

Porque si la guerra nos conducía fatalmente a adueñarnos de las riquezas y de los destinos del Perú, como ha acontecido, lo que estaba en nuestra manifiesta utilidad era conservar con los menores menoscabos posibles aquellos bienes que íbamos a usufructuar a título de indemnizaciones y de reparo.

Por otra parte, si bien era cierto que los valores sobre los cuales expedicionábamos eran de importancia, no rendían a nuestros enemigos sino leve utilidad para sus armamentos, porque la industria del azúcar era naciente en aquellos climas como artículo de exportación al extranjero y se hallaba sometido a un régimen de protección en el cual el fisco utilizaba sólo cortas entradas. Por manera que el daño que íbamos a causar era más a la industria local que al centro de la resistencia armada que a la sazón estaba radicada exclusivamente en Lima.

Pero existía aún una consideración de mayor valía para no llevar nuestras armas, su prestigio y su poder a aquellas remotísimas comarcas separadas por centenares de leguas de desiertos de la enloquecida capital. Y era aquélla la de que los deterioros, los apremios y destrucciones en cuya prosecución nos embarcábamos no tendrían la menor influencia de reacción en el ánimo de las naciones que sostenían la dictadura, porque además de las causales que dejamos apuntadas, casi la totalidad de los intereses efectivos que la expedición encontraría delante de sus quillas o de sus bayonetas no pertenecían a peruanos, a virtud del ocio eterno de aquellas gentes, sino a sus habilitadores ingleses, franceses, italianos y alemanes. El Perú, el país más portentosamente rico del universo, que tiene cerros de plata en sus cumbres andinas, un litoral que vale como el oro a orillas del océano y valles en que rivalizan en lujo y opulencia las producciones más valiosas de la naturaleza, es una colmena en la cual sólo trabajan abejas forasteras desde el chileno al chino.

Y aun de este último endeble y peligroso elemento de prosperidad futura, la raza amarilla, íbamos a privar a las comarcas de la azúcar prieta que meses más tarde ocuparíamos con nuestras armas en demanda de una justa devolución de valores y que por lo mismo no hallaríamos en estado de producir resarcimiento. La expedición Lynch, entre otros inmensos irreparables males iba a sublevar forzosamente una colonia de cincuenta mil asiáticos y a volverlos o salteadores o parias, como de hecho ha sucedido.

El mayor de los males que una empresa de ese género traería aparejados no sería sin embargo el cúmulo de peligros y de perjuicios, que dejamos a la ligera recorridos, sino el de que mientras por una parte despejábamos la guerra de su carácter noble y heroico, lanzaríamos a nuestros soldados en el terreno de aventuras que no reportarían bien alguno a

su moralidad actual ni a nuestra civilización futura, siendo todavía más grave y trascendental que todo esto, el que una cruzada de merodeo en la cual los intereses neutrales serían casi exclusivamente afectados, nos enajenaría por completo las simpatías de las naciones extranjeras y daría origen a una verdadera montaña de reclamaciones diplomáticas, origen de las más graves perturbaciones ulteriores. ¿Acaso con lo sucedido seis meses antes en Mollendo no teníamos sobrado?

Pero a nada de todo esto, daños positivos y peligros inminentes a que un patriotismo sano y desinteresado dio formulas como alerta y como amenaza, se prestó oído por los empíricos que al amparo de una naturaleza completamente vedada a las grandes resoluciones, se habían apoderado de las riendas del país y de la guerra. Lo más que sus conductores eficaces solían decir por excusa, era que aquella expedición sería sólo un ensayo de transacción con el presidente de la república, que esperaba de aquel apremio de paz, y que no viéndola venir, se decidiría al fin por emprender sobre Lima.

Tales eran, bosquejadas muy a la ligera, las condiciones en que se emprendía en los primeros días de septiembre la por todos títulos fatal, ingloriosa y no sólo estéril y esterilizadora sino contraproducente expedición confiada al capitán de navío don Patricio Lynch desde principios del mes precedente.

Por fortuna, el caudillo había sido bien elegido. Frío, sereno, sagaz, bravo sin arrogancia ni precipitación, conocedor profundo no sólo de la superficie del corazón humano sino de sus abismos, sumiso al deber y a la consigna, el coronel Lynch, educado, por otra parte, desde la niñez en la escuela de las aventuras y de los peligros, era tal vez el único jefe de nuestro ejército que habría tenido hígados suficiente para realizar las responsabilidades de aquella misión y aun para aceptarlas.

Se le dio por esto facultades discrecionales, y eligiendo de preferencia aquellos cuerpos que le habían acompañado como guarnición durante su corta pero brillante administración de Tarapacá, formó un núcleo de dos mil hombres que embarcó el día 2 de septiembre en Iquique y el 4 en Arica en los dos transportes mencionados. La composición de la fuerza de las tres armas era la siguiente:

Regimiento Buin, comandante J. L. García 800 plazas.

Batallón Talca, comandante J. S. Urízar 550 plazas.

Batallón Colchagua, comandante J. M. Soffia 550 plazas.

Cien Cazadores a caballo, capitán Montauban y cien Granaderos, capitán Larenas, al mando en jefe del comandante Muñoz Bezanilla 200 plazas.

Una sección de artillería Krupp, a cargo del capitán don Emilio Contreras 30 plazas.

Total: 2.130 plazas.

Con la agregación del cuerpo de ayudantes, entre los que figuraban el bravo inglés Roberto Souper y el mayor movilizado don Juan Francisco Larraín, el servicio sanitario, la maestranza y demás impedimenta, la expedición excedía de dos mil doscientos hombres, y tomando en cuenta la tripulación de los transportes y de los buques de guerra destinados a

convoyarlos, no descendería en mucho de la cifra de tres mil plazas efectivas; un pequeño ejército en suma.

Acompañaban al jefe de la expedición en calidad de auxiliares tres hombres que valían por un regimiento, y eran estos el infatigable cuanto patriota comandante de ingenieros don Federico Stuyen, jefe de las maestranzas del ejército y de la armada en campaña, apenas recobrado de sus heridas en Pacay, y sus dos lugartenientes el capitán Marcos Lahtam, verdadero Hércules de trabajo y el ingeniero catalán Quellart.

El secretario del jefe de la expedición don Daniel Carrasco Albano, aunque muy joven, se había hecho ya de cierto nombre por su habilidad como secretario de la gobernación de Iquique, y su conducta durante la azarosa campaña que iba en cierta manera a dirigir bajo su delicado punto de vista internacional, confirmaría plenamente cuanto de él se esperaba.

Terminados los últimos aprestos de la marcha, la expedición se hizo al mar, según dijimos, en la noche del 4 de septiembre, conduciendo el Itata todas las fuerzas con excepción del Buin acondicionado en el Copiapó. Y sin más contratiempo que la pérdida de una pequeña lancha a vapor que el último transporte llevaba a remolque y se fue en la tercera noche de viaje al garete y a pique, el convoy se hallaba el 8 de septiembre frente al Callao en las islas de las Hormigas; y desde allí enviaba el jefe de la expedición a la corbeta Chacabuco (comandante Viel), que a su paso había tomado en Mollendo, a solicitar noticias y a recibir instrucciones del almirante Riveros.

Se había dado por punto inicial a las operaciones del coronel Lynch el apoderamiento por sorpresa de uno de los numerosos cargamentos de armas de que antes extensamente hemos dado cuenta y que habían sido desembarcados en Tumbes, en Paita y en Chimbote; y si bien para el logro de esta tentativa habría sido mucho más eficaz un simple crucero, era ya tarde aun para quitarlas por la fuerza a una tropa de arrieros, mucho más a una fuerte división internada con su presa en las sierras.

En consecuencia, y con mucho más acertada inspiración, olfato certero del hombre de mar, el coronel Lynch resolvió dejarse caer en Chimbote, donde hacía en esos momentos quince o veinte días había fondeado con su valiosa carga la goleta Enriqueta.

Puesto de acuerdo sobre aquel particular con el contralmirante que bloqueaba el Callao, el jefe de la expedición apresuró su marcha, y a las siete de la mañana del 10 de septiembre anclaban sus barcos en las remansas aguas de la espléndida bahía de Chimbote, cerrada por altos cerros y blanquecinas islas, y demoninado con propiedad por su amplitud y por su abrigo el Ferrol del Perú.

Constituye la comarca de Chimbote, verdadero portento de fecundidad, el centro geográfico y mercantil de los valles y puertos azucareros del Perú. Y su ferrocarril, iniciado ya hacia Huarás, en el corazón de las sierras, y su sistema de irrigación calcado sobre el prodigioso mecanismo de los incas, o más propiamente del émulo de los últimos el Gran Chimú, rey de Chimbote y de Chicama (Trujillo), están destinados a hacer de su vasta y cálida planicie no sólo el rival del Callao en el porvenir sino el competidor de Valparaíso y Guayaquil. Y precisamente allí, entre los dos ríos que fecundizan sus terrenos llanos, inverosímilmente

ricos, el «rápido» Santa y el azulado remanso Virú, que dio su nombre (Pelú) a toda la tierra, fue donde Francisco Pizarro puso por la primera vez, como Bulnes trescientos años justos más tarde, su planta de conquistador victorioso en las playas del continente al sur del Ecuador.

«Lo que más admiré cuando pasé por este valle -dice el viejo Cieza de León, intendente de los Pizarro- fue ve la muchedumbre que tienen de sepulturas; y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle hay número grande de apartados, hechos a su usanza, todo cubiertos de huesos de muertos. De manera que lo que hay en este valle más que ver es las sepulturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos».

Esta labranza primitiva era verdaderamente prodigiosa, y con haber aprovechado sólo un ramal de la acequia llamada «Del Inca» que sale del río Santa y tiene una extensión de 50 kilómetros, uno de los propietarios del valle, vuelto solitario por la matanza y dispersión de cien mil pobladores, había habilitado en los últimos años una extensión de seis mil fanegadas, o sea 103 millones de metros en cultivo.

Tenía Chimbote en 1862 sólo 452 habitantes; pero habiendo heredado, por su tálamo, del dueño principal de aquellos terrenos don Luis González del Riego (que fuera el primero en regarlos) anciano más aficionado a los gallos que a los cilindros, su dependiente don Dionisio Derteano, joven sagaz, natural de Lima, que casó con su viuda (la señora Mercedes Saavedra), mediante el impulso que en poco tiempo diera con capitales extranjeros, a las haciendas casi eriazas de Puente y Palo Seco, la heredad de González del Riego, las puso desde 1873 en el pie de producción cerca de medio millón de quintales de azúcar, que importan cinco o seis millones de exportación al año.

Tomó con esto tal incremento el puerto de Chimbote, que al comenzar la guerra era una pequeña ciudad y su estancia vecina de Palo Seco un palacio. Construido su ingenio y sus dependencias en 1873, con capitales suministrados especialmente por la casa inglesa de Graham Rowe y por los Dreyfus de París, a cuyo favor reconocía una hipoteca de cuatro millones de pesos, aquel establecimiento azucarero pasaba en septiembre de 1880 como el más valioso del Perú.

«Sus capitales semovientes y ferrocarriles -decía un diario de Lima a este respecto- costaban 150 mil libras esterlinas.

Los edificios que ocupaban los talleres de carpintería, carrocería, herrería, fábrica de gas, tonelería, hojalatería, etc., con sus respectivos útiles, representaban un valor de 80.000 libras esterlinas.

Las casas para empleados, incluyendo 36 casas de fierro y madera construidas en Estados Unidos, valían más de 40.000 libras esterlinas.

La oficina de destilación, tan completa y excelente como puede serlo la mejor de Europa y que poseía un alambique de la conocida casa de Mac-Laren de Escocia, alambique que producía 180 galones de alcohol de 40 grados por hora, significaba un desembolso de 40.000 libras esterlinas.

La casa de pailas y aparatos para elaborar la azúcar mandada construir por el inteligente e infatigable ingeniero don Santiago Cahill, bajo su inmediata inspección y la del apreciable y laborioso caballero don Jeremías Murphy, de cuya competencia responden los resultados obtenidos durante la elaboración, tenía un valor de 240.000 libras esterlinas.

Su importe total podía estimarse por esto en un millón de libras esterlinas o sea cinco millones de pesos fuertes».

Ahora bien, apenas hubo desembarcado el diligente cuanto inexorable coronel Lynch, en medio de la sorprendida población del puerto y la campiña, se dirigió con 300 hombres del Colchagua y un pelotón de Granaderos a la hacienda de Palo Seco, por el tren, y conforme a sus instrucciones intimó al hijo del propietario que allí se hallaba, don Arturo Derteano, el pago de una contribución de rescate en especies o en dinero sonante hasta el importe de cien mil pesos que debería pagar en el término perentorio de tres días, so pena de destruir por el fuego aquel gran establecimiento, orgullo de la industria sudamericana.

Se prestó de buen grado el joven Derteano a aquel avenimiento que le hacía ahorrar varios millones, y consultado por el telégrafo con su padre, que se hallaba en Lima, ratificó su palabra. Y de hecho se había comenzado a llevar por los rieles al puerto, del que distaba sólo tres leguas, una gran cantidad de valores en azúcar y otras especies, siendo opinión común que éstas habrían bastado para cubrir por sí solas el cupo exigido, aun sin necesidad de ocurrir a letras de cambio o a metálico.

Mas cuando se hacía el transporte de las mercaderías a los buques, durante los días 11, 12 y 13 de septiembre, llegó por la tarde del último día un fatal telegrama de Piérola, el cual se mostraba inexorable dentro de la lógica de su derecho y de su política, prohibiendo el pago de un sólo maravedí so pena de traición a la patria y su castigo.

«Apenas conocida esta resolución -dice la pluma que mejor ha relatado estos horribles sucesos y a cuya narración la nuestra invenciblemente se resiste- se comunicó al comandante Soffia, del Colchagua, para que procediera a tomar las medidas oportunas a fin de destruir el ingenio.

Se dio al instante suelta a los trescientos o cuatrocientos chinos que desde la llegada de nuestras fuerzas habían sido encerrados por el administrador como en un corral de vacas, y era de ver el gozo con que aquellos infelices abandonaban su duro cautiverio y el entusiasmo con que corrían en todas direcciones en busca de combustible para quemar los suntuosos edificios, en medio de alegres gritos: «¡Flegue, patlon! ¡Viva Chile! ¡Muela Pelú!»; salpicados de orangutanescas gesticulaciones.

Un poco más tarde, preparados ya los elementos de destrucción, recibía el comandante Stiven la orden de destrozarse la maquinaria, y he aquí cómo nos describe él mismo esta importante operación:

‘El día 13, a las dos y media de la tarde, recibí orden de destruir la preciosa maquinaria de la hacienda. Daba lástima emprender esta destrucción.

Conocedor de la maquinaria, di orden de aplicar dinamita a las piezas nobles; los balancines de las máquinas a vapor saltaron en pedazos; los cilindros de las mismas se inutilizaron, las pilastras de fierro del establecimiento se rompieron con dinamita; el tiempo era corto para una destrucción completa. El fuego invadía los pisos superiores; las escalas de fierro fundido se derretían al calor del fuego intenso; los tachos vacíos de cobre se inutilizaban con dinamita; la maestranza perdió sus máquinas importantes; los ternos, taladros y herramientas se inutilizaron; los calderos que dan vapor a las muchas máquinas a vapor, no pudieron destruirse completamente; el humo, el fuego otras circunstancias dificultaron la operación. El inmenso trapiche para exprimir el jugo de la caña quedó por esto casi intacto, y no me extrañará que se pueda hacer chancaca usando los dos calderos poco deteriorados.

El alambique, lo más completo que he visto, hermoso edificio, preciosos cubos, estanques, etc., quedó completamente roto e inutilizado; el ingenio de arroz se destruyó del todo; las casas de habitación del ingenio y de la azúcar, quemadas completamente; allí se encontraban cuadros, pianos, espejos y toda clase de muebles; no quedó nada; ruina completa, excepto los trapiches de la caña y calderos’.

Al mismo tiempo que la dinamita del comandante Stiven causaba en la maquinaria tan terribles estragos, el fuego devoraba los edificios, los muebles y los cañaverales, sin cesar atizado por los chinos de la hacienda, que, minuciosos y concienzudos en su tarea, se metían en medio de las llamas para remover los tizones y hacer que no quedaran ni vestigios de los muebles, útiles y herramientas que no habían sido aún del todo consumidos.

Los soldados, por otro lado, trituraban y despedazaban las piezas pequeñas de la maquinaria y contribuían a dar más pábulo al incendio, derramando el ron que contenían las pipas y atracando a las paredes el bagazo o residuo de la caña elaborada.

Esta misma precipitación de los nuestros y de los chinos para hacer que ardiera pronto el edificio, perjudicó la tarea de destruir concienzudamente la enorme maquinaria. Pero a pesar de eso, la ruina puede decirse que fue completa, ya a las cinco de la tarde estaba el enorme establecimiento convertido en una inmensa e inextinguible hoguera. Sólo se habían salvado los animales de lujo y las principales obras de la escogida biblioteca; todo lo demás, hasta los alfombrados y pipas de ron y de pisco, fue devorado por las llamas.

A las ocho de la noche reunía el comandante Stuken todas las locomotoras y carros de la hacienda, se embarcaba en ellos el Colchagua y abandonaban todos el lugar en donde había existido la hacienda o haciendas del Puente, Palo Seco y Rinconada. Los chinos continuaban ahora la obra de devastación, después de haberse apoderado de todas las mercaderías y comestibles que existían en la tienda, y desde lejos se contemplaba con emoción aquella enorme masa de llamas coronada de espesa cabellera de humo, que anunciaba a los pueblos de las cercanías el castigo y la venganza de Chile».

Y, sin embargo, hacía pocos meses que formulando el programa de la guerra activa y eficaz el gobierno del señor Pinto por el órgano de su ministro en campaña, el lamentado señor Sotomayor, se había expresado en los términos que siguen con el aplauso de todas las almas honradas y especialmente de todas las almas patriotas:

«Nada de destrucciones insensatas de propiedad, que a nadie aprovechan y que redundarían en esta ocasión en daño de nosotros mismos. Nada de violencias criminales contra personas indefensas e inofensivas. El ejército de Chile se halla obligado por la grandeza de sus hechos pasados a manifestarse tan humano en el campamento como es irresistible en el campo de batalla».

Mientras tan horribles escenas de devastación tenían lugar tierra adentro, se había aparecido en Chimbote, viniendo del Callao, la corbeta O'Higgins, según antes vimos, trayendo graves pliegos de protesta de los neutrales, y la noticia de que al pasar frente a la caleta de Supe, había visto su comandante Orella, que tenía ojos de lince y con el auxilio del antejo, la playa repleta de bultos que no podían ser sino de armas.

Con laudable celeridad se embarcó en esa misma noche el coronel Lynch llevando en el Copiapó un batallón del Buin, y durante el día 14, si bien no dio alcance a las armas, que eran, a su decir, cinco mil rifles Peabody, hizo quemar un centenar o dos de miles de cartuchos que quedaron rezagados en la fuga de los arrieros, y enseguida, como para castigar a estos, hizo volar con dinamita y arder con petróleo el ingenio azucarero de San Nicolás de Laos, que por su propia tasación valía un millón de pesos.

Ejecutado de prisa todo esto el día 14, el incansable exterminador de la fortuna pública y particular del Perú regresaba el 16 de septiembre a Chimbote, y después de haber hecho destroz a golpes de dinamita siete locomotoras y quemar la aduana de madera «de la que no quedó el más leve vestigio», volvió a hacerse a la vela hacia el norte en la madrugada del 17 de septiembre.

La caballería chilena había llegado por ese mismo rumbo hasta el río Virú, pasando y repasando el Santa, y si bien no había hecho por fortuna ningún daño a la propiedad



particular, ni alcanzó a descubrir las armas que perseguía, destruyeron los jinetes del comandante Muñoz Bezanilla con sus sables no menos de diez leguas de telégrafos.

Consuela dar testimonio de que en medio de tantos desmanes de la guerra, el coronel Lynch mantenía su tropa dentro de los límites de una disciplina de hierro, y esto al punto de que sólo por una leve sospecha, semejante a la que hacía cuarenta años había obligado al almirante Blanco Encalada a fusilar en la plaza de Arica al bravo capitán Carrillo (1837), el segundo jefe del Buin, que se justificó espléndidamente más tarde y fue absuelto en Tacna, quedó separado de su cuerpo y obligado a hacer en calidad de preso la campaña, siendo un jefe valentísimo.

La expedición del coronel Lynch se había reembarcado con cierta premura en Chimbote después de una semana de estadía, y este apresuramiento tenía por causas motivos importantes que serían origen de la más valiosa y de la más legítima presa de su expedición. Pero antes de partir será de justicia recordar, al dar cuenta de tamaños estragos, una dolorosa si bien casi equitativa compensación del destino y de la guerra: y era aquélla la de que cuando el coronel Lynch ordenó la destrucción de la aduana de Chimbote, del material rodante de su ferrocarril a Huarás y del muelle mismo (que sólo parcialmente pudo llevarse a efecto) acababa de tener noticia del horrible siniestro de la Covadonga ocurrido en Chancay, el mismo día (13 de septiembre) en que el ingenio de Palo Seco, convertido en inmensa pira, era reducido a cenizas.

## Capítulo XVI

### La expedición Lynch

(Desde Payta a Arica)

Decíamos al finalizar al capítulo precedente que la corbeta O'Higgins, llegada del Callao a Chimbote (navegación de veinticuatro horas) el 13 de septiembre, había conducido pliegos de reclamaciones diplomáticas de casi todas las legaciones extranjeras acreditadas en el Perú, en previsión, guarda y aun amenaza de los daños que la expedición Lynch pudiera ocasionar a los intereses neutrales, directa o indirectamente comprometidos en el vasto giro de la producción de la azúcar de exportación que el Perú comenzaba a producir en escala considerable y aun prodigiosa; y asimismo, dejamos ya demostrado como esta industria era casi exclusivamente extranjera en el territorio norte del Perú, con relación al capital, a la

maquinaria y a la administración, porque sólo la tierra y las hipotecas eran legítimamente peruanas.

Y en efecto, sucesivamente fueron llegando a manos del coronel Lynch y de su entendido secretario protestas cada vez más vivas contra el plan de destrucción que había comenzado en el ingenio de Palo Seco, hipotecado a los Dreyfus y a Graham Rowe (súbditos de Francia y de Inglaterra) el 13 de septiembre. El ministro de S. M. B. denunciaba no menos de cinco propiedades de sus nacionales, puestas bajo el amparo de su bandera y expresaba formalmente que la expedición chilena estaba obligada a respetarlas en el curso de sus operaciones, especialmente la del ferrocarril de Eten a Lambayeque. El representante de la reina Victoria agregaba a su enumeración estas graves palabras -graves, sobre todo en un despacho británico:

«Cualquier daño que se haga a esta propiedad expondrá a usted a las más serias reclamaciones que serán sostenidas por el gobierno de S. M. B.».

El ministro de Francia M. de Vorges señalaba, por su parte, la neutralidad de Palo Seco en la víspera de su destrucción por su hipoteca a los Dreyfus; el de Italia, señor Viviani, ponía reparo en los intereses del conde Giuseppe Canevaro, su súbdito, residente en Florencia, amenazando al coronel Lynch con «la reserva expresa de los derechos de los ciudadanos italianos y la acción del gobierno del rey», y por último, con menos escrúpulo y mayor avilantez, el ministro de Estados Unidos Mr. Christiancy, en dos despachos sucesivos del 14 y 17 de septiembre que llegaron en pos de la O'Higgins, declaraba que por su parte haría respetar la propiedad y los derechos de sus nacionales comprometidos en el ferrocarril de Chimbote, cuyo material rodante, a su decir, pertenecía a ciudadanos de la Unión, así como las haciendas de Suchiman, propiedad del ingeniero Dubois, Clichin y hacienda de Arriba de J. W. Grace, y las de Lache, Palmilla y otras varias situadas en el valle de Chicana, que, como las anteriores, se hallaban fuertemente afectadas a la casa habilitadora de Prevost. Y aunque resultó más tarde, como el jefe chileno lo previera en sus sagaces respuestas evasivas o afirmativas del derecho de Chile, que muchos de aquellos títulos eran acomodaticios o de última hora, como la reclamación de la rica hacienda de Cayalti, propiedad de los peruanos Aspillaga, no por esto la situación que aquella funesta cruzada iba a crear en el porvenir al gobierno ciego y sordo que la había ordenado, podía ser ni más embarazosa, ni más ocasionada a gravísimos peligros y desazones.

«No quiero ni puedo -escribía, en efecto, el ministro Christiancy al coronel Lynch el 3 de octubre- asumir la responsabilidad de contrariar las instrucciones que V. S. haya recibido de su gobierno, ni tampoco la línea de conducta que V. S. ha adoptado. Pero V. S., lo espero, apreciará mis razones y las del gobierno que represento (que es igualmente amigo de todos los beligerantes), al sugerirle yo, tanto como sus órdenes se lo permitan, lo prudente que sería y lo favorable a la pronta conclusión de la paz, evitar toda depredación y causas de encono que no sean obligatorias por sus órdenes.

Y V. S. me permitirá decirle que los ministros extranjeros, tanto aquí como en Santiago, lamentan las depredaciones en propiedades privadas no exigidas por las necesidades militares, al atacar las fuerzas armadas del enemigo, e imponerles contribuciones; y si especialmente esas depredaciones vienen a convertirse en contribuciones forzadas sobre la propiedad privada conocida como propiedad de ciudadanos neutrales y de naciones amigas, fácil es de ver que surgirán de esto muchas complicaciones y reclamaciones. El gobierno de Chile será instruido desde luego de la aceptación por parte del Perú de la amigable mediación de los Estados Unidos y su prontitud para entrar en negociaciones bajo tales auspicios.

Si yo hubiese podido, mientras estuve en Santiago, asegurar al gobierno chileno la buena voluntad del gobierno del Perú para entrar en estas negociaciones, como Chile convenía en hacerlo, me inclino a creer que su expedición no se habría realizado de modo alguno y quizás le habrían dado órdenes más restringidas y menos apremiantes que las que tiene actualmente; pero yo no pido a V. S. que adopte mi opinión, y reconozco por completo el hecho de que V. S. debe obrar según su mejor parecer en vista de las circunstancias y de las órdenes que haya recibido de su gobierno».

Los ingleses, por su parte, y como para acentuar más su actitud, enviaron a Chimbote la cañonera de guerra Pinguin, con orden de seguir como su sombra a los chilenos, y así con verdadera persistencia británica lo cumplió el comandante de aquel barco.

Participando, a su manera, y dentro de la legítima esfera de su patriotismo, de su franqueza y de su deber, como representante del pueblo, el único senador que antes de emprenderse aquella operación bajo todos títulos desastrosa protestó contra ella como un peligro para el futuro y una esterilidad manifiesta para las operaciones de la guerra, volvió a alzar su voz en el Senado en la sesión secreta del 29 de septiembre a fin de reiterar sus protestas solemnes y sus avisos patrióticos, siempre y sistemáticamente desdeñados por el gobierno.

«Antes de pasar a la orden del día -dice el acta respectiva que se publicó sólo un año más tarde- el señor Vicuña Mackenna, tomando pie de declaraciones explícitas que había hecho en la sesión secreta de 9 de agosto condenando toda expedición de merodeo que no tuviera por objeto exclusivo y directo la ocupación de Lima y el Callao, objetivo único de las operaciones que desde la primera hora de la guerra debieron tener nuestro ejército y escuadra, a su entender, se hallaba en el caso de protestar de nuevo contra ese género de hacer la guerra, con motivo de los despachos telegráficos en que se anunciaba la destrucción, no sólo de las propiedades fiscales del gobierno del Perú en el puerto de Chimbote, sino el incendio de valiosísimas propiedades particulares, embarcándose por cuenta de la república mercaderías y frutos cuyos precios se indicaban como en una factura de comercio.

A juicio de su señoría, esas operaciones eran indignas de nuestro ejército y constituían una verdadera deshonra para la república, para su grandeza moral y su historia futura; además de crearlas no sólo ineficaces como medida de guerra, sino contraproducentes, puesto que

Lima y el Perú eran hoy gobernados por un dictador inmoral y omnipotente, levantado en hombros de una soldadesca en medio de la cual habían desaparecido, como en una vorágine, todos los elementos conservadores de las sociedades bien organizadas. Su señoría pidió quedara constancia expresa de esta segunda protesta suya para salvar así, ya que su voz no era escuchada, los deberes que le imponía la representación del pueblo».

¿Y por ventura tardaron mucho los hechos en dar razón a estas apreciaciones, a estos anuncios, a estos graves temores y consecuencias?

Pero fuerza es seguir a la expedición Lynch, en su itinerario marcado en todas partes por la huella de la dinamita, de Chimbote a Paita, de Paita a Lambayeque, de Lambayeque a Trujillo, de Trujillo y sus cercanías a Quilca y a Arica.

Referíamos antes que un aviso importante había apresurado la salida de la expedición de Chimbote en la noche del 16 al 17 de septiembre; y aquel era nada menos que un telegrama encontrado en la oficina de ese puerto, del cual resultaba que a bordo del Islay, vapor de la compañía inglesa del Pacífico, venía un verdadero cargamento de dinero para el exhausto erario del Perú, exactamente como los renombrados tesoros que, «El Draque» y lord Anson persiguieron en los galeones del mar del sur en sus respectivos siglos. La diferencia de tiempos requería únicamente que en lugar de las pesadas y relucientes barras de plata de Potosí, la riqueza se hallara representada por pequeñas tiras de papel litografiadas en Nueva York y contenidas en treinta y tres cajas con un importe de cerca de 8 millones de pesos nominales o sea 800 mil pesos valor efectivo.

El Islay conducía en efecto la cantidad de 7.290.000 soles papel y un importe de 375.000 soles en estampillas de correo de la Unión postal; y sorprendido in fraganti el barco contrabandista a la salida de Chimbote por la Chacabuco, que seguía con la O'Higgins convoyando la expedición, aquellos papeles listos para la circulación fueron extraídos e incorporados por su valor efectivo al tesoro nacional. Esta importante y valiosa presa, debida propiamente al servicio de crucero marítimo que iba haciendo el convoy, fue un poderoso auxilio para el ejército de Chile, y puede decirse que lo que produjo el resto de las operaciones en efectivo no alcanzó a la mitad de su importe, sin contar extravíos, menoscabos e inevitables usurpaciones.

¿Adónde se dirigía entre tanto la expedición Lynch?

Nadie lo sabía.

El resultado de sus operaciones en Chimbote había sido diametralmente opuesto a las expectativas del gobierno, por cuanto, en lugar de amilanar a los ricos y a los «conservadores» de Lima, los había irritado hasta la desesperación, robusteciendo así a la dictadura con el encono mismo de los egoísmos provocados. El incendio de Palo Seco había dado calor y pábulo al patriotismo de los peruanos en la misma proporción que había debilitado las simpatías de los neutrales, damnificados o amenazados, hacia nuestra causa.

Pero era forzoso al jefe de la escuadrilla seguir su rumbo, conforme a sus instrucciones; y después de haber acabado de destruir lo poco que quedaba en pie como aperos de carguío en las islas de Lobos de Afuera (para reconstruirlos después por cuenta del gobierno de Chile o a expensas de sus contratistas), la expedición se apareció en la mañana del 19 de septiembre en Paita, espléndida bahía situada doscientas leguas al norte de Lima, y en una posición análoga a la de Caldera respecto de Santiago.

A fin de abarcar en un sólo cuadro el conjunto de las operaciones de devastación encomendadas al coronel Lynch, será suficiente decir que el puerto de Paita, célebre por su luna y su chancaca (porque en todo lo demás es sólo una sucia ranchería) formaba el límite norte de aquella excursión por todos los valles azucareros del Perú, que propiamente arranca del grupo de Supe, Huaura y Huacho hacia el norte, hasta Piura.

Verdad es que el cultivo de la caña comienza en el Perú propiamente en el valle de Locumba y con más particularidad en los de Tambo y Camaná, del departamento de Arequipa, encontrándose en la última de aquellas comarcas la famosa hacienda de Chocaventos, del italiano don Pedro Denegri. Pero la producción sacarina de esos lugares se destina de preferencia a los alambiques para emborrachar a los indios bolivianos, al paso que el pingüe rendimiento de las haciendas del valle de Chíncha, cien leguas más al norte, y las de Cañete, cuyos ocho poderosos ingenios producen 400 mil quintales de azúcar, tienen un consumo más local que forastero, así como los ricos establecimientos que rodean a Lima, especialmente los de Villa, San Juan, Infantas y otros de menor cuenta.

Mas, los centros productores de azúcar en bruto y destinada a la exportación se hallan esparcidos en diversos grupos desde el ya mencionado de Supe, visitado de prisa por el coronel Lynch el 14 de septiembre, hasta Piura, en una extensión de cerca de 200 leguas, alternadas de estériles médanos y horribles desiertos, como los de Guarmey, Pativilca y Sechura, con valles feracísimos. Para mejor comprensión del lector chileno agruparemos esos centros de riquezas, siguiendo el itinerario de tierra desde Lima.

El grupo azucarero de los valles de Chancay, Huaura y Supe, dista 30 leguas de Lima, promediándose el primero a doce leguas y el segundo a veinticuatro. De Huaura a Supe hay sólo seis leguas peruanas.

Desde allí, es preciso atravesar 70 leguas de páramos y despoblados para llegar al valle de Santa, emporio futuro de la azúcar y región comparativamente aislada porque la vieja villa de igual nombre dista 101 leguas de Lima. Chimbote, regado profusamente por las aguas de aquel río y sus ramificaciones, es el segundo centro productivo en grande escala de azúcar de exportación en el Perú.

Siguen después sucesivamente los valles de Virú, diez leguas al norte del río Santa y el de Trujillo, hoy día el más opulento de aquella tierra colmada de dones por la naturaleza. Trujillo dista por tierra de Chimbote unas 25 leguas chilenas, y tan sólo en su famosa planicie de Chicama, jardín y mies opípara del gran Chimú, se ostentan las chimeneas de 42 ingenios de azúcar que valen de seguro otros tantos millones y valdrían probablemente el doble si el agua destinada a la sedienta caña fuera más copiosa. El ingenio de Casa grande,

propiedad del caballero alemán don Luis Albrecht, situado entre Ascope y Chocope, recuerda por su extensión y magnificencia el de Palo Seco.

Cuarenta leguas al norte de Trujillo se dilatan los tres cálidos y opulentísimos valles de Chiclayo, Lambayeque y Zaña, famoso el último desde los yesqueros de la colonia por su plebeyo tabaco y su riquísimo arroz.

La azúcar ha ido expulsando aquellas antiguas producciones coloniales, y todas las haciendas que riegan las aguas de aquellos poderosos ríos, desde Monsefú a Ferriñafe y Pátapos, propiedad esta última del chileno don José Tomás Ramos, no son hoy sino una serie de valiosas fábricas de azúcar, prieta llamado «Emilia Rosa» y de «concreta», desparramadas en una extensión de 44 kilómetros. En su conjunto todas ellas van a tener su salida en el puerto artificial de Eten, formado, como Mollendo, para propósitos de agio, de cohechos y ferrocarriles. El antiguo puerto de Lambayeque era San José situado un poco más al norte, como el de Trujillo era Huanchaco y el de Arequipa primero Quilca y más adelante Islay.

Desde hace seis u ocho años ha sustituido al famoso puerto de Huanchaco, casi inaccesible por sus rompientes, pero unido a Trujillo por una deliciosa alameda de sauces de dos leguas de curso, la caleta artificial de Salaverry, una o dos leguas más al sur. De este puerto arranca el ferrocarril que, pasando por Trujillo, hace una amplia curva al través del valle o planicie de Chicama, recorriendo y explotando todas sus haciendas y va a terminar en Ascope, pueblo de porvenir seguro, situado cerca de la ceja de los Andes y en el paso de los departamentos de Cajamarca y Loreto que conducen a las regiones amazónicas.

Fue concesionario del ferrocarril de Salaverry a Cajamarca un especulador español, llamado Larrañaga, y éste como todos sus predecesores hizo cambiar de puerto de entrada a la línea férrea, más por el negocio de vender sitios eriazos a los pobladores que por la comodidad del tráfico. Es la misma vieja historia de Pacocha sustituyendo a Ilo; Mollendo a Islay, Salaverry a Huanchaco y Eten a San José. El inventor del puerto de Eten fue el conocido diplomático don José Antonio García y García.

Entre los valles de Trujillo y de Lambayeque existe una zona intermedia de desiertos y de oasis de azúcar, en medio de los cuales los más famosos son los de San Pedro, Pueblo Nuevo y Guadalupe, y éstos van a encontrar su salida por el antiguo puerto de Pacasmayo, la caleta de Malabrigo y otras inferiores en importancia. De San Pedro a Pacasmayo existe un corto ramal de ferrocarril.

Por lo demás, ha sido tan rápido el crecimiento de la industria azucarera en los valles del norte del Perú, que habiendo alcanzado su exportación en 1870 sólo a 251 toneladas, cuatro años más tarde (1874) había subido a 25.700 toneladas. Y al año subsiguiente (1875) se duplicó esa suma, rindiendo la estadística una cifra de 50.000 mil toneladas.

La producción continuaba en aumento hasta 1878 en que alcanzó a 83.800 toneladas, y si bien la guerra paralizó en 1879 un tanto su vuelo, haciéndola descender a 81.500 toneladas, la expedición Lynch la hizo quebrar de golpe en un tercio. La exportación de 1880 decayó en efecto a 62 mil toneladas, y hoy se dice que no alcanza a producir la mitad del valor que

antes rindiera, todo en detrimento efectivo del país que ocupa aquellas regiones y que con sus hombres y sus fiebres las domina desde hace ya un año.

Tal era el teatro en el cual, conforme a las desatentadas órdenes de la Moneda, tristísima transacción entre la poltronería del jefe del Estado que no quería comprender la guerra en grande escala y el enérgico grito del país que la exigía como solución, ajustaron en mala hora sus ministros, y especialmente el que divorciado de hecho con el ejército sepultado en Tacna, acababa de tomar la dirección del ramo especial de las armas y la marina.

No nos detendremos, por consiguiente, en aquella dolorosa cruzada que duró sesenta y siete días (desde el 4 de septiembre al 10 de noviembre), y nos contentaremos con ir marcando en el mapa las etapas de su marcha que la tea y no la gloria de Chile fue alumbrando.

Desembarcada en Paita una parte del batallón Talca (al cual ahora tocaba el turno de ir a tierra y a quemar), el coronel Lynch impuso al pueblo una contribución de 10 mil pesos, y como nadie la pagara porque las autoridades huyeron, se ordenó volar con dinamita la valiosa aduana de hierro del puerto y enseguida incendiar su contenido, excepto lo reconocido y reclamado como propiedad neutral y la parte de saqueo que cupo a la hambrienta plebe lugareña. Igual suerte corrió la estación del ferrocarril y otras dependencias fiscales. Por su parte, la caballería conducida por el comandante Muñoz Bezanilla, llegó por los rieles hasta la estación de la Huaca, situada 30 kilómetros hacia el interior en dirección a Piura, junto al río de la Chira de azules y aterciopeladas aguas, y allí quemó unos cuantos carros y garitas.

Después de tres días en que imperó sólo la dinamita, la expedición chilena dejó a Paita en la tarde del 22 de septiembre, llevando por única presa de importancia unas cincuenta pacas de algodón y el vapor Isluga que con bandera norteamericana había estado haciendo el servicio de los peruanos pero que sus tripulantes impávidamente no entregaron sino con falsas protestas de neutralidad.

Después de visitar con propósitos de innecesaria y contraproducente destrucción las islas de Lobos llamadas «de Tierra», la expedición Lynch se presentó en el puerto de Eten, cabecera de los valles de Chiclayo y Lambayeque en la mañana del 24 de septiembre, pero con paso tan tardío que cinco locomotoras se escaparon sucesivamente del puerto por los rieles. Se culpó a la Chacabuco de la demora.

Es el puerto artificial de Eten sumamente peligroso por sus bravezas, como la mayor parte de los del norte del Perú, y en general de su costa, con excepción de los del Callao, Santa, Chimbote y Paita; y de ellos dice no sin espiritualidad y malicia un viajero inglés que los visitara en 1872, que al observar su incesante furia, le parecía que «habían sido creados expresamente por Dios para que nadie entrase a aquella tierra ni nadie saliera de ella».

Luchando con grandísimas dificultades no obstante la ventaja de un espléndido muelle de setecientos metros de extensión que los peruanos pudieron defender con siete hombres en un desfiladero, y echando una escalera de mano dos marineros del Itata, pudieron subir aquel día a tierra tres compañías del Colchagua, y en la noche, por temor de un asalto sobre

tan débil fuerza en valle poblado por más de 50 mil moradores, desembarcó, uno a uno, por medio de cordeles los 92 hombres de su compañía guerrillera el capitán del Buin don Parmenio Sánchez, natural de Quirihue y agregado hoy a la asamblea de Lebu.

Continuó el desembarco con mil peripecias, especialmente para la caballería durante los días 25 y 26, y sólo en la tarde del último logró ponerse en marcha hacia el interior el infatigable comandante Stuken en persecución de las máquinas escapadas en la mañana del 24.

El comandante Stuken iba a pie con un bastón en la mano y escoltado sólo por la compañía del capitán Sánchez que marchaba a retaguardia, y así fue ocupando, uno en pos de otro, todos los pueblos del valle, sin el menor amago de resistencia de aquellas poblaciones degradadas por el vicio, el clima y el chino. Hubiera parecido que la embriaguez asiática del opio y la estúpida apatía que en el organismo produce la coca en los que abusan de su estímulo, se hubiesen aliado para sumergir aquellos valles en la infame inopia de la cobardía. El prefecto Aguirre, lleno de baladronadas, hizo en la primera hora del peligro poner a arrebato las campanas de Chiclayo y de Lambayeque, ciudades de 12 y 14 mil almas que han solido librar sangrientas batallas de rivalidad civil o lugareñas, pero fue aquello sólo para huir. Ostentando falsa energía, se adelantó en un tren con tropas hasta Monsefú, pueblo distante seis kilómetros del puerto; pero no bien columbró en la distancia los buines del capitán Sánchez, que avanzaban con Stuken por los rieles, cuando se retiró a todo el bramar de la máquina para no volver a vérselo.

El comandante Stuken, sin más armas que su bastón y sin más arreo que su sombrero de cucalón (modelo de los oficiales de la India), ocupó, según dijimos, en la tarde del 26 de septiembre el pueblo de Eten, que dista tres kilómetros de la costa, y no siete leguas según apunta el geógrafo peruano Paz Soldan, localidad curiosa, como la geografía del último, que posee además, al decir de los curiosos, la particularidad de que los chinos que llegan del Asia se entienden con sus indios tejedores de esteras y cigarreras en un común idioma. Y probablemente de esta farsa filológica proviene se diga que Ancón procede de Honcong y Chancay de Shangay...

Enseguida, el enérgico mestizo se hizo dueño de Monsefú, cuyo cura salió a ofrecerle su iglesia y cuyo alcalde le brindó su tálamo... Pero aunque Monsefú contaba con una población de 4 mil almas, el jefe de la vanguardia chilena se limitó a pedir por oprobio y castigo de cobardes al coronel Trujillo, especie de orangután que manda aquel cantón y cuyo retrato, debido al feliz lápiz de un oficial chileno, tenemos en nuestras colecciones, una contribución simbólica de doscientas gallinas, la cual fue en el acto cubierta y desplumada.

Marchando inmediatamente parte de la noche y sin soltar su bastón, apropiado para las gallinas y los que se les parecían, el comandante Stuken, conocedor antiguo de aquellos parajes y que pasaba ahora con el nombre del «coronel inglés», llegó a las 11 de esa noche a Chiclayo, después de haber recorrido 18 kilómetros; y volviendo a resumir su marcha a las 6 de la mañana, almorzaba en Lambayeque suculenta cazuela a las 10 de la mañana del 27 de septiembre, habiendo ocupado en el espacio de 24 horas con 92 hombres, y sin



disparar un tiro, tres ciudades que encerraban en conjunto una población de 30 mil almas. ¿Cuándo se vio jamás mayor oprobio para un pueblo?

En la tarde de aquel mismo día continuó el feliz explorador su viaje a Ferriñafe pueblo, situado a 43 kilómetros de la costa, siempre en persecución de las fugitivas máquinas, y sólo en el día siguiente y en los sucesivos vino a recobrarlas en la hacienda de Pátapos, escondidas las principales piezas en los cañaverales y denunciadas por los chinos, los implacables enemigos del peruano.

Entre tanto, el coronel Lynch se había avanzado, por su parte, con la división entera en pos de Stuyen; y ocupaba a Chiclayo el 27 de septiembre imponiéndole un cupo de 20 mil pesos. Mas, como nadie se presentara a pagarlo, comenzó, cual en Chimbote y como en Paita, la tarea fatal y horrible de la pira, haciendo saquear las propiedades señaladas para la destrucción antes de aplicarles los tizones.

Escuchemos otra vez de ajenos labios estas ominosas relaciones.

«Dos horas antes de vencer el plazo señalado -dice el corresponsal Caviedes- para el pago de la contribución de guerra, se dio la orden de principiar la destrucción de propiedades enemigas. La primera que se designó para presa de las llamas fue la de un ricacho llamado don José María Arbulú, la que era grande y espaciosa y tenía buenos muebles y muchos objetos de valor.

Después de ésta siguió la de un manco Lastres, muy conocido en Chiclayo por su apodo, y que a pesar de ser manco era el brazo derecho del prefecto Aguirre y su compañero inseparable de chupeta y de parrandas.

Antes de incendiar ambas casas se dio permiso al pueblo chiclayano para que las desocupara, y entonces era de ver la pecha de los cholos para penetrar a las habitaciones y la alegría con que se apoderaban de todos los objetos. Salían cargados como mulas, llevando a cuestras sillas, mesas, alfombras, platos, ollas y toda una infinidad de menudencias que a veces se arrebatában unos a otros en medio de disputas que degeneraban en encarnizadas peloterías.

Nuestros soldados, mientras tanto, dejando tranquilos a los cholos que hicieran su agosto a costillas de sus paisanos, contemplaban aquellas escenas en medio de pullas y de carcajadas, sintiendo más bien lástima que desprecio hacia aquellos infelices cholos a quienes la prensa limeña representa como héroes destinados a aniquilarnos entre sus brazos varoniles. Ningún soldado chileno 'se ensuciaba' en granjear utensilios, muebles o ropas, y sólo servían, en ocasiones, para mantener el orden y apartar a los contrincantes, y en otras para dar justicieros fallos respecto de los objetos en disputa.

El día siguiente continuaron las destrucciones, incendiándose el local del cabildo, gran edificio que tenía una elegante y elevada torre con reloj, tres casas ocupadas por la subprefectura y oficinas fiscales, y la propiedad de un señor Villasis. Estos incendios se verificaban, por supuesto, después de abrir las puertas al cholaje chiclayano, que por su

número parecía haber brotado de la tierra, y que dejaba peladas las paredes y pisos de las casas.

Fue perdonado de la destrucción el teatro, edificio que tiene mucha semejanza con el de Variedades de Santiago y que era en parte de extranjeros, como igualmente la casa de una señora Salazar, que se supo era viuda y tenía siete hijos menores sin contar con otros bienes que su casa. Se perdonó también el local de un colegio de niñas, para acceder al pedido de una comisión de veinte niñas que vinieron a suplicar al coronel Lynch revocara la orden que había dado para prenderle fuego.

Al incendiar una de las casas designadas, situada entre dos propiedades extranjeras, se encontraron éstas en grave peligro de ser también presa de las llamas. Pero entonces los soldados que contemplaban el incendio divirtiéndose como de costumbre con las escenas de disputa y afanes de los cholos, organizaron el servicio de salvamento con baldes de agua y hachas, trabajando con el entusiasmo, ardor y arrojo de verdaderos bomberos.

Sus esfuerzos fueron coronados con el más feliz éxito, pues lograron salvar de todo daño las propiedades de neutrales. Los oficiales de la Penguin, que habían seguido a la fuerza chilena en sus peregrinaciones por el departamento, felicitaron calurosamente a nuestros jefes por la conducta de la tropa, alabando su abnegación y su arrojo, y lo mismo hicieron muchos vecinos de diversas nacionalidades».

En cuanto a las extorsiones ejecutadas en el campo, he aquí lo que decía una relación peruana, evidentemente falsa o exagerada, publicada por el Huáscar, periódico de Chiclayo, bajo la firma de su redactor Carvajal.

«Las haciendas incendiadas hasta hoy son las del Combo, de don José María Arburú y la Vista Florida de don Ramón Pinto.

Se llevan grandes cantidades de arroz, azúcar, tabaco y concreta, y reses y caballos, todo lo que han encontrado a su paso; fuera de alhajas arrebatadas al prestamista don Ramón Palacios y dinero sellado que puede estimarse en más de 20.000 soles plata, sin contar diferentes casas donde han descubierto entierros de dinero.

Han dado libertad a todos los chinos de las haciendas en que han tocado, pudiéndose calcular todas las pérdidas sufridas en el departamento en más de 1.000.000 soles plata».

Las haciendas que mejor escaparon fueron las del chileno Ramos, a la cual se impuso sólo una contribución en animales y en especies, y la de Tuman, propiedad del difunto presidente Pardo, y que como casi todas las estancias de azúcar del Perú estaba hipotecada

por su capital y su administración a un extranjero. La hacienda de Combo, que la relación peruana antes citada da por incendiada, pagó por vía de rescate 500 pesos plata.

Verificado todo esto en el espacio de dos semanas, el coronel Lynch resolvió animosamente conducir por tierra su expedición hasta Trujillo a fin de poner a rescate las haciendas del trayecto, especialmente las de San Pedro, Pueblo Nuevo y las del distrito de Guadalupe, célebre por su feria de noviembre y por hallarse situada dentro de sus lindes la renombrada hacienda de Talambo que dio origen a la guerra con España de 1864-66, con motivo de las riñas de sus colonos vascos. Compró este fundo, que todavía posee su antiguo dueño Salcedo, su inmunidad al barato precio de cinco mil soles papel.

Aquella marcha de cincuenta leguas chilenas y de dos semanas fue dura y penosa, y he aquí como la compendia en fragmentos uno de los que a caballo la ejecutara:

«El 5 de octubre a las cinco de la mañana -dice el inteligente cirujano del Buin, varias veces citado en esta relación, en carta familiar a su hermano- salimos de Eten para la hacienda de Llape, propiedad de una señora Voca. Recorrimos siete leguas de un desierto arenoso y pesado, cubierto de trecho en trecho de montones de arena fina y sutil.

A las 4 tres cuartos p. m. llegamos a la hacienda, que es hermosa, y tiene extensos planteles de caña de azúcar, alfalfaes y muchos bosques y montañas. Se le ha puesto una contribución de 2.000 soles, 1.000 quintales de chancaca y algunos cientos de sacos de azúcar.

A la hacienda de unos señores Aspillaga, (Cayalti) que está cerca de ésta, se le sacaron 2.000 libras esterlinas y bastante azúcar, que se embarcará como la otra por la caleta de Chenipe.

A las 10 y media del 6 de octubre, salimos en dirección de Pueblo Nuevo, sufriendo todo el calor de esa hora. Se quedaron en Llape el secretario señor Carrasco y los Granaderos para recibir y hacer embarcar lo que se pagó.

Atravesamos la hacienda por en medio de bosques y montañas inmensas, formados por tamarugos muy altos y antiguos y gran variedad de árboles y arbustos. Si hubiéramos salido por la mañana temprano, habría sido un paseo agradable.

Enseguida pasamos una extensión de algunas leguas, de una pampa árida y arenosa, cubierta de árboles secos. Recorrimos seis leguas, y a las 9 p. m. alojamos en un campo agradable y con agua, a pocas cuadras de Pueblo Nuevo.

El coronel ha recibido la noticia de que dos correos nos buscan, para anunciarnos la suspensión de las hostilidades.

El pueblecito es pequeño, de tres o cuatro callejuelas de ranchos viejos y miserables.

La mejor casa es la de la hacienda de Montevideo, donde estamos, que es propiedad de un señor Palan.

A la 1 p. m. del 7, después de almorzar la tropa, emprendimos camino para el pueblo de Guadalupe. El camino que seguimos en agosto, rodeado por canales de agua cristalina que corren por cercos de árboles tupidos y frondosos.

La vegetación es muy rica y es el campo más precioso que he recorrido de todo el Perú. Bosques, montañas, potreros de verde y tierna alfalfa, trigo, arroz, platanales, limoneros, naranjales, jardines, etc., íbamos encontrando a nuestro paso.

A las 4 y media p. m., entramos al pueblo por la calle central que da a la playa; la tropa llevaba armadas sus bayonetas y la banda tocaba marchas marciales.

El pueblo, aunque pequeño, presenta una vista agradable, mucho más estando colocado en medio de un valle tan fértil.

Su plaza es extensa y tiene algunos edificios cómodos, como el que ocupa en la plaza el jefe de la división, de propiedad de un coronel Goiburo, y el que sirve de alojamiento al Buin, de unas señoritas Pardo.

Las máquinas y trenes que comunican a esta población con el puerto de Pacasmayo y la sierra, las han llevado a este último punto, a una distancia de 30 leguas, y no se ha mandado a buscarlas.

... Hoy reunió el coronel a algunos peruanos del pueblo para el asunto de contribuciones.

Como en todos los otros pueblos que hemos recorrido, las familias se han ido y sólo queda alguna gente del pueblo.

Los hoteles también son de chinos y a pesar de la escasez que reina por nuestra llegada, la comida no es tan mala.

Como se paga en billetes peruanos, los precios son muy bajos y una comida o un almuerzo cuesta dos soles, que vienen siendo menos de veinte centavos, plata.

Guadalupe y sus alrededores ha dado 1.453 libras esterlinas. Un caballero español que se ha encontrado en los arreglos (señor Larrañaga) me asegura que Guadalupe ha dado 900 libras. La hacienda de Lurifico, que está cerca, es de propiedad de Dreyfus hermanos, de mucho valor, y su maquinaria para la elaboración del azúcar, es igual a la de Derteano. Una comisión de extranjeros ha venido del pueblo de Chepin, que está a distancia de dos millas, y ha dado 100 libras. El comandante García ha recibido de la hacienda de Talambo, 5.000 soles peruanos.

... A la diana del 11, el coronel y sus ayudantes se pusieron en marcha.

El comandante Muñoz Bezanilla y el secretario, que se habían quedado en Llake, llegan en la tarde con la caballería. Nosotros salimos a las 6 p. m. Atravesamos campos que me hacían recordar a los de Chile, por su aspecto ameno y bello. Después de costear unos

cerros, llegamos con una noche pura y una luna brillante, al centro de un bosque, el que atravesamos a pesar del pequeño sendero practicable y debajo de un techo verde y compacto.

El camino se nos perdía en la abundancia de la vegetación, lo que nos hacía caminar despacio y sigilosos, temiendo el extraviarnos, pero gozando del espectáculo más magnífico de la naturaleza.

En los puntos donde descansábamos, los 300 chinos, que con tanto gusto nos seguían, encendían grandes hogueras en los árboles inmensos de la montaña, que nos alumbraban a gran distancia y producían en su vorágine rápida e invasora, un ruido parecido al fuego de fusilería.

Poco después atravesamos los dos brazos del río Lequetepegue, que es el más caudaloso que he visto en el Perú.

Cansados y rendidos, a las 3 de la mañana se dio la orden de detenernos.

A las 5 a. m. del 12 de octubre estábamos otra vez en pie, vimos con la luz del día, que habíamos perdido un tiempo precioso en la noche y contramarchando más de dos leguas en dirección al punto de partida. Siguiendo la línea del ferrocarril, llegamos a las 10 y media a. m. a San Pedro, y fuimos a ocupar, como cuartel, el edificio de la recova. En este mismo punto estuvo alojado un tal Barrenechea, que estaba formando una legión de caballería y que sólo le sirvió para hacer su negocio con los reclutamientos. Esto pinta bien el patriotismo abnegado de los peruanos del norte y también de los del sur».

Comenzaron a llegar desde este puerto a los alojamientos del coronel Lynch, por medio de mensajeros sigilosos, las famosas cartas del prefecto Salmón, y aun vino éste a San Pedro, sin poderse explicar a sus anchas con el coronel Lynch, su antiguo amigo, por hallarse rodeado de «impertinentes tábanos».

Son tan curiosos y especialmente tan peruanos estos mensajes de un coronel de artillería a un capitán de navío, que más que retos de guerra habrían parecido citas de amor, que no podemos menos de reproducir algunas de ellas que así dicen:

«Octubre, 9.

Señor coronel don Patricio Lynch.

Mi querido amigo:

Nunca creí que llegara el día de que Chile y Perú, Patricio Lynch y Adolfo Salmón, se pegaran de balazos y se procuraran su ruina.

Antes de separarnos, quizás para siempre, le daría el abrazo de despedida como símbolo anticipado de la necesaria reconciliación de los países.

Suyo siempre y en toda circunstancia amigo afectísimo y S. S.

A. Salmón».

«Chocope, octubre 13 de 1880.

Señor coronel Patricio Lynch, etc., etc.

Mi querido Patricio:

Rodeado de impertinentes tábanos, no pude encontrar oportunidad de hablar a solas con usted, cuando mi viaje a San Pedro no tuvo otro objeto. Impaciente por lograr este propósito, he ideado mandar el parlamento que le entregará el pliego oficial, que usted no debe aceptar, evadiéndose cortésmente, y aprovechando la oportunidad, me escribe indicándome dónde y cómo nos vemos a solas. Creo que el mejor lugar sería Pacasmayo, en casa de Kauffman, persona circunspecta y reservadísima. Si le parece bien, avísemelo para salir en el acto, a fin de llegar tarde de la noche. Mucho tenemos que conversar.

Suyo afectísimo.

Adolfo».

A estas extraordinarias insinuaciones de un jefe encargado de la defensa y de la honra de su suelo y que era seguido de numerosa hueste de gente armada y de «impertinentes tábanos», contestó el jefe de la expedición chilena desde San Pedro el día 13 de octubre en los concisos y sobrios términos que siguen:

«Señor coronel don Adolfo Salmón.

San Pedro, octubre 13 de 1880.

Estimado amigo:

He sentido mucho, por la suerte que probablemente correrá Trujillo y el rico valle de Chicama, que no hubiera tenido usted paciencia para esperarme en este pueblo.

El tiempo, que es tan capital en las operaciones de la guerra, me obliga hoy a no postergar mi marcha para dar lugar a una entrevista de resultados desconocidos. Lo único que puedo hacer en obsequio a nuestra cordial amistad y al deseo que tengo de no causar daño inútiles

a poblaciones que no han tomado una parte directa en la guerra, es esperarlo mañana en la noche en el lugar que me indica, no para discutir arreglos, sino para recibir la cantidad de ciento cincuenta mil soles en plata u oro, como contribución de guerra que le impondría hoy a Trujillo y su valle.

Si no puede venir con el objeto que le indico, seria mejor que ahorrara un viaje penoso, que no tendría para usted ningún resultado práctico.

Para que pese bien las consecuencias que podría tener una negativa de su parte para el pago de la cantidad indicada, será bien que tenga presente que a mi división sigue una falange de más de mil chinos, que no puedo dedicarme a cuidar y que son los que podrían saquear algún lugar a mi pasada.

Cualquiera que sea su resolución, las fuerzas de mi división se pondrán pronto en marcha en dirección al lugar en que usted se encuentra acampado.

Deseándole felicidad, lo saluda su afectísimo amigo que desea verlo.

Patricio Lynch».

No se desanimó por esto el prefecto de Trujillo, apasionado de su rival, como Pedro el grande de Carlos XII en Putalwa, y al día siguiente le envió todavía por expreso desde Chocope la siguiente curiosa misiva:

«Chocope, octubre 14 de 1880.

Señor coronel don Patricio Lynch.

Mi querido Patricio:

Su carta de hoy me pone en apuros. ¿Cómo reunir en horas a cuarenta y cinco hacendados, consultarles, resolver y disponer el pago de la fuerte suma que usted exige con perfecto derecho como contribución de guerra? Porque en puridad de verdad, hoy en el Perú es cuestión seria disponer de ciento cincuenta mil soles plata, y aun menor suma.

Justo me parece darme veinticuatro horas más. Espero respuesta para ir a Trujillo y volver el mismo día.

¿Qué le ha parecido la rica costa del Perú? ¡Cuánto campo hay en estas comarcas para el trabajo y la industria y todo perdido en esta funesta guerra!

Le estrecha la mano su afectísimo amigo.

A. Salmón».

Era Chocope, pueblo de una sola calle, situado a lo largo del ferrocarril de Trujillo a Cajamarca, y que hoy termina en Ascope (cuatro o cinco leguas más al oriente) el cuartel general de las fuerzas del departamento de la Libertad, la antigua Huaylas de la colonia; pero más que ciudad peruana parece aquel un barrio del Celeste Imperio, especie de Pekín en miniatura, en el cual corre como refrán lugareño que sólo dos de sus vecinos llamados don Juan Flores y don Marcos Carranza «no sabían beber», sin embargo de andar de continuo como la uva... A la verdad, mucho más cruel había sido para el Perú el flagelo de los chinos que el de los chilenos. Junto al pueblo de Chocope existe también la hacienda de la Viñita, propiedad de don Aurelio García y García que se rescató con 500 libras en libranzas. Igual rescate pagó la hacienda de la Viña y diez o doce más del valle de Chicama.

Resuelto entre tanto el coronel Lynch a poner término a aquellas ridículas idas y venidas envueltas en almibaradas epístolas, se puso en marcha hacia Trujillo el 14 de octubre, empeñado en tomar posesión del ferrocarril en Chocope, núcleo de las más valiosas haciendas.

Desde el pueblo de San Pedro al viejo caserío de Paiján, situado a la cabecera del fertilísimo valle de Chicama, esplendor de Trujillo, se extiende un despoblado de doce leguas, y en consecuencia juzgó el coronel Lynch prudente organizar su división en aquel pueblo para marchar en orden a cobrar por sí mismo el dinero del rescate, que en varias parcialidades venían a brindarle voluntariamente los hacendados del valle, especialmente el rico alemán Albrecht, que entre ellos, por anciano, por opulento y por neutral, hacía cabeza.

Mas, como mientras el prefecto Salmón, al paso que ofrecía todo género de rendimientos al jefe chileno escribía por el telégrafo al dictador que lo recibiría a balazos, a fin de fingir que cumplía su palabra, se situó con 800 hombres en un paraje adecuado a la entrada de Paiján llamado Monte Seco; y no hizo sino divisar el despliegue de nuestras primeras guerrillas, como el prefecto Aguirre de Monsefú, cuando fugó cobardemente. Y de esa suerte la columna chilena comprometida en aquella marcha de quinientas leguas por cinco florecientes departamentos del Perú, no encontró un solo hombre que supiese defender su suelo, ni su hogar, ni siquiera su azúcar... Y a la verdad esta demostración de eterna mengua para el Perú y de pujanza viril para Chile fue el único resultado verdaderamente satisfactorio de aquella cruel cruzada.

Únicamente en San Pedro o en Chocope, unos cuantos desalmados atacaron en un bosque a un soldado del Colchagua y lo hirieron con cuchillo y un tiro de pistola; pero cuando el jefe de la división se preparaba a vengar aquella con un condigno escarmiento, el soldado herido fue traído a su presencia en demanda de perdón. Y aquel rasguño fue toda la defensa que medio millón de peruanos hizo durante dos meses contra dos mil chilenos.

De Paiján se dirigió la columna chilena a Chocope camino de Trujillo y allí recibió su jefe, el coronel Lynch, orden de sujetar su marcha y regresar a Arica con premura. Se limitó en



consecuencia a recoger las contribuciones que los extranjeros le ofrecían en letras sobre Inglaterra; hizo volar el magnífico viaducto de Chicama, que había costado medio millón de pesos plata (y nos costó a nosotros hartas vidas y sacrificios repararlo), volando 21 de sus 24 magníficos arcos. Y mientras esto ejecutaba el mayor Latham, el ingeniero Quellart destrozaba la maestranza, estación y locomotoras en Chocope, centro importante de la línea de Trujillo.

Ejecutado todo esto, que importaba, sumando la destrucción con sus anteriores ítems, la suma de cinco millones de pesos, y después de una expedición nocturna llevada por los comandantes García y Muñoz Bezanilla contra Salmón, quien después de su fuga de Monte Seco se había refugiado en el pueblo de Ascope y volvió a huir, la columna se dirigió a la costa para embarcarse.

En consecuencia de todo esto la infantería se embarcaba el 24 de octubre en el puerto de Malabrigo, no sin perder en sus terribles rompientes algunos soldados del Buin (dos o tres y otros tantos marineros), y la caballería en Pacasmayo.

El 29 de octubre la expedición Lynch pasaba de esta manera en su regreso por delante del Callao, y mientras los peruanos los esperaban en Pisco desde el 20 octubre, iba a recalar a Quilca el 1.º de noviembre, fingiendo hábilmente un movimiento de agresión sobre Arequipa.

Diez días después, esto es, el 10 de noviembre, la expedición entraba con su escaso y triste botín al puerto de partida, en el cual por fortuna y para indemnizar a la guerra y a la historia de los dolorosos trances que hemos venido resumiendo, todo a esas horas era allí alegres y varoniles aprestos para marchar a Lima.

La expedición Lynch, que fue un dogal, había terminado casi a un tiempo con la misión Christiancy y las conferencias de Arica, que fueron sólo una vergüenza.

Terminaba así aquella famosa empresa de guerra que no quemó un sólo grano de pólvora y sí muchos quintales de dinamita. En manera alguna logró el objeto primordial y casi único que fue destinada, esto es, atemorizar a los ricos de Lima mediante la destrucción de sus intereses, a fin de arrancar al dictador una paz pronta; y por el contrario con la ruina de sus propiedades se habían envalentonado hasta llamarnos «salteadores», cuando ellos probaban ser de hecho tristísimos cobardes.

En cuanto al botín de guerra, que ni la riqueza, ni la moralidad, ni el buen nombre de Chile para nada necesitaba, y fuera de la captura importante del Islay y la del Isluga, consistía aquel en definitiva en unos tres mil sacos de azúcar, 700 a 800 sacos de arroz, 500 pacas de algodón, 17 bultos de chafalonía de plata, 29.500 libras esterlinas en giros sobre Europa, que no sabemos si fueron alguna vez cubiertos, 11.428 pesos plata, cinco mil soles papel, y cuatrocientos chinos del peor tipo de la raza amarilla que desde entonces comenzó a invadir desde Arica los puertos de Chile, sin hacer cuenta de una infinidad de pequeños artefactos o ingredientes que por rubor no nombramos.

Y quedaba así plenamente confirmado el hecho y la predicción tantas veces sostenida con calor en esta historia, en la prensa y en el parlamento de Chile, de que no había sino una guerra digna, eficaz y de positivos resultados: la guerra en grande, única digna de los grandes pueblos.

Para dicha y honra de la patria esa guerra iba ya a comenzar, y ella haría tal vez acreedoras al olvido y casi a la absolución todas aquellas faltas que eran el fruto del empecinamiento y pequeñez de ánimo, si bien no de la carencia de patriotismo del jefe del estado y de su círculo íntimo y oficial.

A contar tan grandes hechos está reservada la segunda parte del presente volumen y último de la historia de la guerra.

## Capítulo XVII

Las expediciones de los chilenos a Tarata, a Moquegua y a Huanchaca

(Mayo-octubre de 1880)

Las conferencias de Arica tuvieron un desenlace, que hubiera sido desastroso si no hubiera sido risible, el 27 de octubre; y en consecuencia, en ese mismo día, o en el siguiente, se cambiaron entre el diplomático que hacía cabeza en el triunvirato de los negociadores por parte de Chile y el general en jefe, los siguientes telegramas:

«La diplomacia ha dejado la palabra. La tiene ahora el ejército!

E. Altamirano».

«Si la diplomacia ha cesado, el ejército celebrará la paz en Lima.

M. Baquedano».

¡Era ya tiempo!

El día mismo en que se cerraron aquellos inverosímiles trámites de la guerra, se cumplían a la verdad cinco meses desde que el ejército chileno entrara victorioso a Tacna, y aunque en ese lapso de tiempo una escuadra y aun un ejército hubieran podido dar desahogadamente la vuelta al mundo, las operaciones de la guerra encomendadas a la voluntad del presidente de la república, no habían avanzado una sola pulgada en el territorio enemigo después de aquel maravilloso y completo triunfo.

Al contrario, todo lo que habíamos hecho era perder tres buques, algunos centenares de miles de pesos en carbón de piedra, no pocos millones en efectivo y el doble en justas expectativas de indemnización, reduciendo a cenizas algunos de los más saneados bienes de nuestros adversarios y deudores. Y de esta serie de males, hijas de la inacción y de la pereza, se derivaban todavía dos de mayor entidad, cuales eran el armamento completo del enemigo y las reclamaciones diplomáticas que por todas partes seguían el paso depredatorio de nuestros soldados.

¡Ah!, cuánta sangre, cuántas complicaciones, cuántos dolores habría evitado a la república un solo momento de decisión! ¿Qué decimos? Cuanto más rápida, feliz y eficaz habría sido la solución de la guerra, a la que se había puesto esposas en las manos y grilletas en los pies, si el gobierno hubiera querido oír un solo día la voz del Congreso, la súplica siquiera del general en jefe que desde los primeros días de julio pedía sólo tres mil hombres para llenar sus bajas y marchar arma al brazo sobre Lima.

Llegará en breve la oportunidad, grata a la historia, de dejar demostrada esta última e interesante faz de la campaña, la acción personal del general en jefe en sus operaciones. Mas, por ahora será suficiente dejar demostrado que éste no se mantuvo un sólo momento en el ocio ni en la expectativa después de las victorias caramamente compradas de Tacna y Arica.

Al contrario, permaneció el general Baquedano en el último puerto hasta fines de junio empeñado en despachar a Chile, a Lima y a La Paz los heridos de los combatientes que en número de tres o cuatro mil yacían en hospitales insuficientes o en descuidadas ambulancias; y ya hemos visto cómo sucesivamente fue remitiendo al Callao en el Limeña, en el Loa y el Lamar la carga humana que correspondía al Perú. Los heridos de Chile habían sido enviados con anterioridad hacia Iquique y Antofagasta, la Serena, Valparaíso y Santiago, cuando no había riesgo en su traslación, y en el Itata marcharon al sur los prisioneros de las dos batallas a cargo del comandante Salvo el 12 de junio.

En los primeros días de julio el general en jefe visitaba también por mar el malsano cantón de Pacocha, guardado por los novicios batallones Caupolicán y Valdivia que la fiebre y la inacción diezaban.

Al mismo tiempo, fuera de las sucesivas circunstancias de la campaña, o para hablar con más propiedad, de la inacción, el general en jefe había despachado desde Tacna y desde Arica diversas expediciones subalternas, entre las cuales las más notorias fueron las que

emprendió el coronel Barbosa hacia Tarata y Ticaco, es decir, al riñón del Tacora en lo más frígido del invierno, y las que los comandantes Echeverría y Salvo condujeron por la costa hacia Pacocha en la primavera de 1880. Se hacía con tan señalada pausa la guerra que el tiempo daba holgura para elegir una en pos de otra todas las estaciones.

Cabe por tanto narrar aquí muy sucintamente esos dos hechos de guerra, que en su época y en ausencia de empresas de mayor aliento, preocuparon al país.

Desde mediados de junio el ejército chileno se había escalonado por divisiones desde Tacna a Pachia, tomando lo que habría podido llamarse sus cuarteles de invierno, si tal estación fuera capaz de hacer sentir su adusto paso en aquellos dulces valles semitropicales. La 4.<sup>a</sup> división, que había peleado en el ala izquierda de Tacna, había marchado a ocupar posiciones análogas entre Calana, Pachia y Calientes, en el camino real hacia Puno y hacia La Paz que así quedaba cubierto. Según se recordará, el coronel Barbosa mandaba esta brillante tropa compuesta de los regimientos Zapadores, Lautaro y Cazadores del Desierto, cuerpo que algo más tarde fue disuelto y refundido en los anteriores.

En cierta mañana de julio, varios oficiales del Lautaro invitados por el valiente capitán don Bernabé Chacón para una partida de caza en las cordilleras de Calientes, se dirigieron en demanda de huanacos hasta el punto llamado Palca, en el camino del Tacora; y cuando los cazadores se hallaban en una choza de indios departiendo sobre frugal colación, una descarga a quema ropa les intimó hallarse prisioneros. Era la guerrilla de Pacheco Céspedes, aventurero cubano que se decía sobrino del ilustre caudillo que intentó libertar la Gran Antilla y sucumbió en la demanda como bueno y aun como grande, porque estando ciego murió peleando.

Se componía la imprudente comitiva de excursionistas, del capitán Chacón, el teniente don Ramón Luis Álvarez, del Lautaro, y del cirujano don Moisés Pedraza. Había notado éste que al llegar al rancho en que se albergaban, un niño había salido hacia el campo; y receloso, montaba a caballo cuando fueron asaltados.

Herido por tres proyectiles logró sin embargo escapar y dio la alarma aquella misma tarde en Pachia. Era el 16 de julio de 1880.

Puso en el acto el coronel Barbosa en movimiento la caballería de su división, y esa noche salió en persecución de los guerrilleros el alférez de Granaderos don Juan Esteban Valenzuela, joven oficial de probada bravura que desapareció más tarde en los valles vecinos a Tacna de una manera misteriosa sin que hasta hoy se sepa su paradero o su fin.

Nada se descubrió ese día ni al subsiguiente, salvo que los prisioneros chilenos estaban vivos y cortésmente custodiados por el capitanejo Céspedes.

Mas, deseoso el general en jefe de limpiar los alrededores de su campo de incómodos merodeadores, ordenó con aquel motivo al coronel Barbosa marchase hacia el Tacora donde los guerrilleros de Céspedes y los del joven y valiente oficial peruano don Leoncio Prado, compañero del último en Cuba, ocultaba su nido y su reparo. Se recordará que el

último tenía a sus órdenes desde antes de la batalla de Tacna un cuerpo franco de caballería con el nombre de Guerrilleros de Vanguardia.

Muy de madrugada en la mañana del 19 de julio se puso en consecuencia en marcha el infatigable coronel Barbosa, hombre que duerme sobre el lomo del caballo con más placer que en blanda almohada, a la cabeza de una división de 700 hombres. Iba esta compuesta de 500 infantes del Lautaro (comandante Robles), 200 caballos con los oficiales Jiménez de Carabineros y Valenzuela de Granaderos, y dos piezas de montaña a cargo del teniente don Guillermo Nieto.

Al propio tiempo, y haciendo un rodeo por los valles de Sama, de Sinti y de Ilabaya, el comandante don Wenceslao Bulnes, a la cabeza del primer escuadrón de Carabineros de Yungay, que en ausencia de su hermano comandaba, iría a cortar la retirada de los guerrilleros del Tacora, situándose a la altura de Tarata en la vecindad de Moquegua. Aquella doble expedición completaría su circuito en dos nombres que por su semejanza muchos confunden en uno sólo: Tarata y Torata.

El coronel Barbosa debía arrear las partidas de Céspedes y de Prado, así como las fuerzas de infantería que por allí mandaban el coronel Rosas, prefecto sin prefectura de Tarapacá, y el doctor arequipeño Prada, desde Tarata a Torata.

No necesitamos agregar, después de haber apuntado estos dos nombres de jefes peruanos que no tenían mando sino nombres, que ambos vivían en perpetua riña por el mando. Es lo que aparece en toda circunstancia en que dos caudillos o dos caudillejos logran en aquel desgraciado país ponerse el uno junto al otro.

Caminando dos días consecutivos por desfiladeros andinos y casi inaccesibles, sin detenerse en las noches que luna diáfana e invernal iluminaba con intenso reflejo sobre el hielo en las alturas, sino para dormir en el sendero, y después de haber atravesado los lugarejos desiertos de Estique «villorrio miserable y harapiento» y el de Turicachi, verdadero nido de águilas suspendido en altísima roca, la sufrida columna chilena amanecía el 21 de julio, día frigidísimo, en la vecindad del pueblo indígena, pero comparativamente rico e industrial, de Tarata. En otra ocasión dijimos que este distrito montañoso, cuya población pasa de 1.500 individuos, la mayor parte arrieros, sirvió de granero al ejército aliado de Tacna en sus días de penuria.

El guerrillero Céspedes había tomado una dirección opuesta a aquella en la que se le perseguía, y el bombástico coronel Rosas se había retirado a Ticaco, nombre de montaña y de laguna, tres leguas más adentro de la sierra, dejando de avanzada al coronel Prado con sus guerrilleros. El mismo Prado guardaba a Turicachi, posición inexpugnable; pero en la víspera había salido con su tropa a poner en paz a Prada y a Rosas, y no sólo no lo consiguió sino que cayó enfermo en Torata.

Sin vacilar, y no obstante su dolencia que lo postraba en cama, salió el último a medio vestir al encuentro de los chilenos que casi sin ser sentidos se habían posesionado de un elevado portezuelo, cubierto de arbolado, que domina el pueblo. Pero, como de continuo, los soldados huyeron dejando miserablemente a su jefe entre las breñas. Peleaba éste

armado de carabina Spencer de 10 tiros, y al primer animoso lautarino que le intimó rendición lo dejó en el campo disparándole a boca de jarro, con su arma. Pero como se hallase rodeado en todas direcciones, se rindió al fin como si hubiera sido un simple soldado. Los suyos en la huida habían dejado 26 muertos y 24 prisioneros, tres de estos heridos. Nuestras pérdidas habían consistido sólo en el soldado del Lautaro que de hombre a hombre mató Prado.

Descansó el coronel Barbosa un día en Tarata para dar aliento a la caballería contra el cansancio y al soldado contra el soroche, y el día 22 continuó hacia Ticaco, donde sólo encontró sobre el hielo la huella de los fugitivos.

No siendo posible, a causa del frío y la distancia, marchar más hacia Puno y menos dirigirse hacia Torata, dando vuelta por las asperísimas serranías de Candarave, el jefe resolvió regresar a Pachia después de consultada debidamente esta medida. Mientras el expreso iba y volvía, se solazaron los soldados comiendo sin tasa de rancho ni de estómago cuanto hubieron a mano, porque asaban en grandes fogatas exquisita carne de ternera y millares de cuyes que aquellos indios, tan prolíficos como estos roedores, crían en sus ranchos y corrales con más profusión que las ratas. Y tomando el 26 de julio el mismo camino de regreso la expedición del Tacora, ingresaba a su campamento arreando abigarrado piño de cabras, de vacas, de ovejas y de llamas, cada soldado caballero en un borrico, el 27 de julio dando su misión por terminada.

«Posesionado de Ticaco -dice uno de los más inteligentes ayudantes del estado mayor divisionario que acompañaba a la expedición y hechas algunas exploraciones y tomados datos seguros- se vio el coronel Barbosa en la imposibilidad de cumplir las órdenes recibidas de juntarse con Bulnes, pues de Ticaco a Tarata, había ocho o diez días de camino por las sierras, los que nuestra tropa no podía ejecutar. Así es que consultado sobre este punto el general Baquedano, dio orden de volverse a Pachia. La expedición sólo había costado la vida de un hombre; se había mantenido durante ocho días con los recursos del enemigo y llevó una buena cantidad de ganado vacuno, lanar y cabrío, además de volver toda la infantería convertida en caballería, pues se reunieron 500 burros. Por manera que la economía de la expedición importaba una gruesa suma y militarmente había sido llevada a término con gran estrategia y felicidad. El enemigo se retiraba a Puno y a Arequipa, de donde no era fácil intentase volver, sabiendo que los chilenos vencían con facilidad las inmensas dificultades de una marcha por la fragosa sierra».

En cuanto a la tropa de caballería que el comandante don Wenceslao Bulnes condujo hasta Torata para hacer el rodeo estratégico de los guerrilleros, sufrió algunas inclemencias en el tránsito de las montañas, y en una sola noche perdió cinco caballos extenuados por el frío; pero logró estacionarse oportunamente en el lugar de su destino, y sólo regresó a Tacna cuando se le comunicó aviso de retirada del coronel Barbosa a su campamento de Pachia.

Causas análogas a las que habían motivado el envío de la expedición Barbosa hacia el Tacora dieron origen, tres meses más tarde, a la excursión de castigo y de rescate que por los médanos de la costa llevó a la ciudad de Moquegua el comandante don J. de la C. Salvo.

Aprovechando su conocimiento en los lugares se había aproximado después de la derrota de Tacna al valle vecino de Sama el comandante de los gendarmes de Moquegua Jiménez, trocado ahora, bajo el nombre indígena Guacuyaní en guerrillero con su gente; y sea por medio de halagos o por sorpresa había ido adueñándose en aquellos parajes de no menos de dieciocho soldados chilenos la mayor parte pertenecientes al agraviado y disuelto batallón Cazadores del Desierto, con sus armas. Circulaban además profusamente en los campos vecinos a nuestras avanzadas incitaciones impresas en papeles microscópicos que textualmente así decían:

«Aviso importante:

La prefectura de la provincia litoral de Moquegua, ofrece dar a los desertores del ejército chileno que se presentasen armados, una gratificación de veinte soles y sin armas diez; y además tendrán los mismos seguridad de trabajo libremente donde les convenga».

Se agregaba a todo esto que el atentado de los moqueguanos cuando apresaron a traición al alférez Letelier y mataron su escolta, acaudillados por el coronel Flores, había quedado impune, y de ello se aprovechaba aquella gente para insolentarse en nuevos desmanes.

A fin de poner reparo a tales avances y castigarlos debidamente, despachó el general en jefe desde Tacna, a fines de septiembre y por el camino del Hospicio, al comandante don Feliciano Echeverría con el escuadrón de aguerridos Cazadores que mandaba. Mas este jefe, impresionado al llegar a Conde, por la vista de los guerrilleros del comandante Jiménez, que no llegaban a cincuenta, y según otros, asustado por algunos riscos que a la distancia figuraban tropas, torció bridas a su encargo y a su fama y regresó al cuartel general, declarando que Moquegua estaba fuertemente ocupada por el enemigo y que, por consiguiente, no se había atrevido a tomarlo a sable y carabina. Pedía refuerzos, y venía a buscarlos en persona. La retirada del comandante Echeverría delante de las piedras, había tenido el 28 de septiembre.

Indignado el pundonoroso general Baquedano por aquella conducta tan extraña en un jefe chileno, hizo poner un tren, y conociendo la resolución natural y energía de carácter del comandante don J. de la C. Salvo, que se hallaba en Arica, recientemente regresado de Chile y a cargo de la artillería del Morro, se dirigió en persona a aquel puerto y le ordenó saliese inmediatamente por mar con dirección a Pacocha, organizase allí de ligero una expedición de infantería y marchase sobre Moquegua, al paso que el comandante de Carabineros don Rafael Vargas avanzaría por Sama con su escuadrón y una batería de montaña para reunírsele y esperar juntos, si las noticias que el comandante Echeverría había traído resultaban exactas. El general Baquedano ordenó a este mismo jefe, que sin tomar descanso regresara con su desairada tropa a dejar cumplida, costase lo que costase, su

comisión primitiva. La expedición vengadora contaría de esta suerte de más de mil soldados de las tres armas.

Tenía esto lugar en la noche del 30 de septiembre. Al día siguiente se embarcaba el comandante Salvo en el Paquete del Maule con su joven e inteligente ayudante don José Alberto Bravo, uno de los más entusiastas voluntarios de la campaña, y, antes de amanecer el día 2 de octubre, se hallaba en Pacocha.

Con la celeridad que la situación requería y dando vuelo a sus naturales bríos, el comandante Salvo eligió tres compañías del batallón Valdivia que allí mandaba el coronel don Lucio Martínez, según dijimos, y 275 soldados del Caupolicán, que estaba desde la muerte de su jefe y organizador don Félix Valdés, a las órdenes del comandante don José María del Canto, y sin dar espera a aprestos indispensables en las marchas por el desierto y reclamados por una dolorosa experiencia, el impetuoso artillero se movía en dirección a Moquegua aquella misma tarde con su división de 575 infantes, a pie y sólo con 27 cargas de agua y de víveres. A cargo de la tropa del Valdivia iba el mayor don José Joaquín Rodríguez, excelente hombre de guerra, y de los caupolicanes el capitán ayudante don Telésforo Infante, oficial movilizado pero entusiasta y enérgico.

Caminando pesadamente toda la noche del 2 y a trechos el día 3, llegaba la fatigada división Salvo al Hospicio a las doce de la noche del último día; y aunque había hecho un desvío por el valle siguiendo la quebrada llamada «De Loreto», padecían los soldados y aun los oficiales las mismas torturas de sed que tanto había angustiado a las divisiones del ejército en su marcha hacia Locumba, cinco meses hacía. Uno de los expedicionarios escribía por esa época, entre otros detalles al autor de este libro, que una parte no pequeña de los soldados iba descalza, en traje de verdaderos pililos de faena carrilana, y, lo que era mucho más grave, tan mal provistos de caramayolas, que «para cada veinte soldados llevaban una».

En la mañana del 3 de octubre, después de una arenga militar del jefe de la división, se habían regresado a Pacocha 34 soldados del Caupolicán que declararon hallarse incapaces de continuar la marcha, así como el subteniente don José Félix Calleja «enfermo del hígado».

En la hora exacta de la cita, se reunió en el Hospicio al teniente coronel Salvo, el comandante Vargas, que aunque enfermo y echado sobre su montura, sabía cumplir militarmente su consigna. Junto con el esfuerzo de caballería de Vargas, llegaron cinco piezas Krupp de montaña, a cargo del capitán Nieto (el mismo de Tarata), y una abundante tropa de mulas con víveres y agua. Las dos divisiones formaban un total de 855 plazas.

Consagraba el comandante Salvo el día 4 de octubre a organizar sus fuerzas, en previsión de un encuentro, el 5 bajaba a Conde y el 6 a las 2 de la tarde se presentaba a la vista de Moquegua en el Alto de la Villa, después de haber recibido en las afueras de la población una diputación de extranjeros presidida por el italiano don Felipe Revoredo, encargado de pedir gracia a nombre de la neutralidad y de la indefensión de la ciudad, que databa desde el mes de agosto.



Sin tomar en mucha cuenta este aparato, y sin descender del Alto de la Villa, ordenó el comandante Salvo que los vecinos del pueblo se convocasen a las doce del día siguiente en la sala capitular, presididos por su síndico o alcalde, para que allí tomasen conocimiento del pesado rescate que la venganza de Chile iba a imponerles. Se llamaba el agente municipal don Juan Daniel Navarrete.

Se hizo así, y en la hora fijada del día 7 de octubre una docena o dos de vecinos aguardaban al comandante Salvo, y éste con una alocución más o menos eficaz, en que recordaba a los moqueguanos su pérdida de conducta para con el ejército de Chile, los condenaba a entregar, por vía de multa, en la caja de la división, en el espacio de veinticuatro horas, la enorme suma de cien mil pesos en plata.

La imposición en dinero era justa en tal evento; pero el motivo debía considerarse como cruelmente exagerado para un pueblo empobrecido por la guerra, cuyos vecinos pudientes habían huido y que a virtud de la invasión creciente del papel moneda no tenía en realidad arbitrios para llenar ni la más leve parte de aquel cupo en especie, es decir, en dinero y en pastas metálicas.

A consecuencia de una reclamación de los circunstantes, el jefe de la expedición chilena consintió en bajar la cuota a 60 mil pesos, amenazándolos con el apremio de terrible represalia en caso denegado; y fue dolor y falta evidente de tacto no haber hecho descender el tributo a lo que montase el dinero disponible, porque siempre será desdoro para un ejército despojar a las matronas de su más íntima y recóndita vajilla (como aconteció en aquel lance) y a las jóvenes de sus zarcillos de gala y hasta de sus sortijas de alianza, para echarlas en los platillos el rescate de Breno.

Se mostró, a la verdad, inexorable sobre ese particular el jefe chileno.

«Por todas las calles -dice el alcalde o síndico municipal Navarrete, en una relación que pasó al prefecto de Arequipa sobre la breve ocupación de Moquegua por los caupolicanes- se cruzaban grupos de personas, tanto de varones como de mujeres, afanosos por auxiliarse mutuamente para contribuir con lo que les era posible, depositándolo en mesas colocadas en la plaza. Cumplidas las 24 horas, ocuparon en efecto las fuerzas chilenas esta población y muchas señoras se presentaron ante el jefe a pedir la disminución del crecido impuesto y prórroga para cubrirlo, o que se les señalase un lugar de asilo para poner a salvo sus personas y honor, lo que no consiguieron a pesar de las súplicas que emplearon y las lágrimas que vertieron; objeto que tampoco consiguieron el señor cura vicario y otro sacerdote, señor Comas, que lo acompañó ante el jefe».

El 8 de octubre a las 12 del día en punto, el comandante Salvo descendía a la plaza del pueblo con toda su división en son de guerra para imponer el rescate, mientras el alentado mayor Alzérreca, segundo jefe de Carabineros, iba a hacer una prorrata de animales en Torata.

Formó el comandante Salvo su división en cuadro como para una ejecución, en la plaza del pueblo, y tomando su puesto a la cabecera de una mesa provista de balanzas, iba a comenzar la operación del rescate, cuando, como en Roma, se sintió la voz sentimental de un grupo de damas que venían a solicitar clemencia.

Las recibió el comandante Salvo con su cortesía característica, y entonces con eco acentuado pero suplicante le habló en los siguientes términos la señora Dominga Llosa de Duran, que por el apellido parece arequipeña y por el alma y la lengua hija de Roma:

«Señor:

Nuestros acongojados semblantes más bien que nuestras palabras demostrarán a usted la tristísima situación en que nos encontramos. Tiene usted la fuerza y con ella la suerte de este pueblo, su fortuna y su vida; pero esperamos de su corazón magnánimo y generoso que, inspirándose en nobles sentimientos, en el recuerdo de su esposa e hijos, conceda un lugar de refugio para la vida de nuestros hijos, para el honor de nuestras hijas. Hemos dado todo cuanto tenemos; el dinero destinado a nuestro alimento, las alhajas que conservábamos con cariño. Estamos dispuestas a dar más, todo lo que tengamos, nuestras propiedades y nuestros muebles. Pero que el honor y la vida de los inocentes y débiles quede salvaguardada de los desórdenes de la tropa. Pedimos un lugar de asilo para nuestros hijos. Pedimos mayor plazo para cumplir la obligación impuesta al pueblo, y todo esto pedimos por lo más santo y sagrado que haya en su corazón».

El arrogante comandante Salvo, puesto de pie contestó inmediatamente, y conforme a su diario de campaña, de la manera que pasamos a expresar:

«Señora:

He escuchado con profundo respeto y emoción las nobles palabras que usted, a nombre de las distinguidas señoras de esta ciudad, me acaba de dirigir.

Representante, no de mi voluntad, sino de una voluntad superior, yo no soy aquí sino el mero ejecutante de las disposiciones del gobierno de Chile. Tengo el honroso mandato del gobierno de mi patria, y dejando a un lado los impulsos personales que pudieran moverme a alterar mi línea de conducta, me es doloroso, no poder acceder a todo lo que ustedes, señoras, me piden. Las hostilidades del ejército de Chile se dirigen contra los que hacen hostilidades en daño de Chile, no contra las mujeres, niños y hombres indefensos: las contribuciones de guerra pesan sobre todos los habitantes de los pueblos. Al hacerlas efectivas, las propiedades y las casas deben servir para satisfacerlas, no las personas. Puedo asegurar a ustedes, señoras, que ni un cabello de persona alguna de este pueblo será tocado por nuestros soldados. Ustedes pueden reposar tranquilas. No necesitan lugar alguno de asilo.

En cuanto a prorrogar el término para el pago de la contribución, me es absolutamente imposible hacerlo. He fijado un término fatal: no está en mi ánimo alterarlo. Lo siento, pero no puedo hacer más».

Terminando así esta plática triste y singular, tomó la palabra la señora doña María Noel de Tizón, hija probablemente del bravo marino de aquel nombre (el capitán Noel) que se ahogó en Paita en 1850, y con un acento de desesperación que hizo asomar las lágrimas y el sonrojo a todos los circunstantes, exclamó:

«Es justo, es necesario, señor, que ya que usted significa que se harán hostilidades en la población si no se alcanza a cumplir el impuesto, es indispensable que usted indique que hará. Tenemos el derecho de saberlo, porque, como madres, tenemos la obligación de cuidar de nuestros hijos; trataremos de ponerlos a salvo. Espero se sirva usted contestarme: ¿qué hará usted?».

El comandante Salvo, respondió:

«Repito, señora, no tienen ustedes que preocuparse de la seguridad de las personas: su vida y su honor están seguros bajo las armas de Chile».

Agregan las crónicas moqueguanas encargadas de perpetuar estas escenas dolorosas que recuerdan las ciudades puestas a saco de tesoro y de vírgenes en la antigüedad, que notando la impasibilidad con que el jefe chileno exigía el monto total del rescate, una de las damas que rodeaba la mesa, crispando su puño y su lengua, lo apostrofó diciéndole: «¡A este hombre no lo ha parido mujer!»

No hubo arbitrio (si bien, a juicio nuestro, habría sido preferible encontrarlo) y, en consecuencia, comenzó la operación de la colecta de dinero y de valores que debía durar cuatro mortales días. Por lo que se refería al del primer plazo, he aquí como el rescate de Atahualpa fue contado:

«El comandante pasó con su ayudante a ocupar la sala consistorial y las señoras se retiraron entre exclamaciones y lágrimas. La comisión de vecinos entró también a la sala exhibiendo unas talegas con dinero y unas balanzas para pesar las pastas metálicas».

Estaba, pues, pagada la contribución pecuniaria impuesta por el jefe chileno.

En más de una vez aquella penosa operación que traía convertidos, «a virtud de orden superior», a los nobles soldados de Chile en judíos venecianos, fue interrumpida por falsas alarmas de las avanzadas. En una de las primeras noches se anunció por tres expresos sorprendidos a la vez (lo que debió ser ardid peruano) que el coronel Leiva se avanzaba con ocho mil hombres a arrojar a los invasores de Moquegua. De esto dio aviso inmediato el comandante Salvo al cuartel general y motivo viva alarma allí y en el país. En consecuencia, el nunca cansado coronel Lagos se dirigió a Pacocha, y de allí, con los comandantes del Valdivia y del Caupolicán, a Moquegua. Por su parte, el comandante Salvo se había adelantado valientemente con 200 caballos y 3 cañones hasta Homo, camino de Arequipa, donde se persuadió que la noticia de la bajada de los arequipeños había sido falsa.

El 8 de octubre había llegado el comandante Echeverría con su escuadrón (103 plazas) y 31 hombres del Bulnes montados en mula, habiendo partido de Tacna el día 4. Como castigo o como una encomienda fue enviado con su tropa a la vanguardia, es decir, a Homo, por donde se esperaba ver llegar las columnas de Arequipa. La división de Moquegua, con estos refuerzos, ascendía a 983 plazas de todas armas.

Con motivo de las alarmas dadas, el regimiento Santiago había partido también por tierra y llegado hasta Sitana sembrando aquellos valles de desertores. Según el diario del comandante Salvo, pasaron éstos de 40, y era cosa digna de ser notada que aquellas correrías en demanda de desertores concluían por aumentar su número. El mismo jefe de la expedición dejó siete de éstos, de los cuales dos eran del Bulnes, uno de Cazadores y cuatro de Carabineros. Los peores y más lobos eran los trompetas, que tal vez por esto han hecho de su oficio un mal nombre.

De acuerdo con el coronel Lagos (que el 14 de octubre había avanzado hasta Conde), regresó la infantería en tres días a Pacocha por el camino de la ida, siguiendo el comandante Salvo con la artillería, la caballería (unos 350 jinetes), y el tesoro a Tacna por la vía de Sama. Llegó esta columna a su destino el 19 de octubre de madrugada, y, después de haber entregado su jefe con la más laudable delicadeza hasta el último maravedí y el último anillo de oro a la caja del ejército, se trasladó por mar a Arica la fuerza que en Pacocha había quedado y se incorporó hacia el 22 de octubre al ejército de operaciones que presenciaba a esas horas con el arma en descanso las inverosímiles conferencias de la Lackawana.

Con mucha anterioridad a las operaciones, más de botín que de guerra, referidas ya en el presente capítulo, había tenido lugar una de las más extravagantes y culpables maniobras militares de esta guerra en que todas las operaciones en grande han sido coronadas de éxito brillante, y las de simple merodeo en desmedro o en baldón, desde la de Mollendo a la de Chimbote.

Con el singular propósito de ir a llamar la atención de la quinta división que en las alturas de Lípez mandaba a fines de 1879 el general Campero, y cuando hacía ya un largo mes que se hallaba aquella fuerza incorporada al ejército de Tacna, y en la víspera inmediata de esta

batalla, librada a doscientas leguas de distancia, salió en largo tren de carretas fletadas por 10 pesos diarios cada una a la casa de Artola, sin incluir víveres ni forraje, la expedición que se llamó de Huanchaca y que condujo el comandante de artillería don Ambrosio Letelier bajo la dirección superior del coronel don Marco Aurelio Arriagada, gobernador militar del territorio de Antofagasta y por órdenes del gobierno de la capital.

Con relación a la estrategia de la guerra y dadas las distancias y el tiempo de la ejecución, aquella empresa era simplemente un desvarío. Pero por la hora en que se le dejó partir fue casi un crimen.

Era el mes de mayo, época de indecibles rigores en las cordilleras de Bolivia, y en consecuencia era materialmente imposible para tropa bisoña y aun para los más aguerridos veteranos, ejecutar aquellas marchas, que en diversas tentativas anteriores y verificadas en el verano habían dado lugar a demostrar su absoluta imposibilidad. Los bolivianos mismos, que son gamos en la guerra, no se atrevieron nunca a descender desde Oruro, ni siquiera desde Potosí y de Huanchaca hacia la costa, y ahora con un puñado de reclutas del Melipilla, unos cuantos jinetes del escuadrón Maipú y dos cañones, se pretendía hacer en el corazón de frigidísimo invierno tal locura.

La expedición partió de Calama a mediados de mayo, y apenas había comenzado a encumbrarse en la cordillera vecina que va a descender a Canchas Blancas, en la altiplanicie boliviana, la colecticia tropa se dio cuenta por sus primeros padecimientos de los que más allá le aguardaban.

«Desde que salimos de Santa Bárbara (segunda jornada de Calama) -dice una relación de aquellas aventuras- principiaron nuestros sufrimientos pasando días enteros sin comer, y lo que es más horrible, quince días casi sin dormir, pues no era suficiente forrarse en cueros y bayetas; el frío era insufrible. Me baste decirle que los escupos dentro de nuestras carpas eran a los dos minutos un pequeño pedazo de nieve; el agua de las caramayolas, el vino y todo líquido se convertía en hielo; en los pequeños riachuelos teníamos que romperlo para que bebieran nuestros caballos. ¡Cuántas noches tuvimos que azotar a individuos para que no fueran víctimas de una muerte segura! (¿Y por qué no azotar hoy a los que los mandaron?)».

Arrastrándose así la maltratada columna rota y dispersa en trozos, marchando al paso de las carretas por los páramos helados y las cuestas inaccesibles, logró descender hacia el revés de Canchas Blancas, donde ocurrió un siniestro que mató a dos artilleros.

Por fortuna un rayo de luz penetró en la cavidad cerebral de los que habían fraguado aquella empresa cruelmente temeraria, y el comandante Letelier recibió, en medio de las más horribles penurias, la orden de regresar a Calama, sin haber divisado siquiera las tentadoras lomas argentíferas de Huanchaca.

Más cruel que el viaje de subida fue el de regreso, porque cogió a la desbaratada hueste un recio temporal de viento y hielo que estuvo a punto de hacerla perecer. Y así habría acontecido casi sin remedio sin la extraordinaria energía y sagacidad militar de su jefe.

«Desde que salimos de la posta de Viscachilla (que está al otro lado de la cordillera) -dice la relación que hemos venido citando- principió un temporal de viento; el primer día, que fue de marcha hasta Tapaquilcha, no fue tan terrible como los dos días consecutivos de este último punto a Ascotan y Polape, días terribles y que no los olvidaré nunca. Cuatro caballos se me quedaron en el camino apunados; tres hombres helados, uno de ellos, alemán, pedía le cortaran el pescuezo y buscaba el cuchillo en las botas (el que ya un soldado le había quitado); los que se libraron de la muerte fue mediante a las atenciones del doctor señor Mamerto del Campo, quien se ha portado muy atento con todos los de la división durante la campaña; las mulas se nos estrellaban unas con otras con el recio viento; no pudimos abrir los ojos con la tierra que volaba en el espacio; se les corrían las lágrimas a los pobres soldados, y preferían pasarse sin comer con tal de no parar hasta llegar a un punto donde siquiera encontrásemos peñas en que refugiarnos».

Tal fue, someramente compendiada, la expedición a Huanchaca, que era la séptima de su especie después de las tres de Moquegua, la de Mollendo, la de Chimbote, la de Tarata; todas más o menos eficaces para el gran objetivo de la campaña, que en la primera faz de la guerra fue Tacna y en la segunda Lima.

Con excepción de las operaciones que muy a la ligera hemos referido (y aun mayor quisiéramos hubiese sido nuestra premura) no ocurrió en los campamentos nada de notable durante la estadía de cinco meses que le impusiera la absurda, ciega y obstinada poltronería del gobierno.

En la vida de espera y de aburrimiento, que es la consecuencia peligrosa de las guarniciones, sólo tenían lugar lances penosos, y aun horribles. Ya eran ocho soldados del 3.º que se desertaban con sus armas con dirección a La Paz, y rodeados de la caballería rompían contra ella sus fuegos. Cuatro de éstos murieron con gran bravura en el banco de Pachia y cuatro yacen todavía en la Penitenciaría de Santiago. En otra ocasión se fusilaba en Pocollay a un soldado del Caupolicán que había hecho fuego sobre su capitán en la marcha de Pacocha a Moquegua, y en Arica era ejecutado hacia el 22 de agosto un arriero natural de Codoa llamado Silva. Acertó éste un balazo con su revólver al conductor de equipajes Bascañán y murió enseguida al pie del Morro con una entereza que maravilló a todos los que se hallaban presentes. No consistió en que le llevaran en un carretón al sitio del suplicio ni que le vendaran la vista para saludar y despedirse de sus conocidos, hasta que cayó por el plomo sin haber sido soldado, sino un infeliz arreador de mulas.

Fue especialmente autorizado aquel escarmiento por órdenes del general Baquedano, que desde Tacna se alarmaba de los frecuentes crímenes cometidos en el vecino puerto.

Un capitán de buque había sido encontrado asesinado dentro de un foso y un contador de la armada, que bajó a tierra con dinero, había desaparecido de una manera misteriosa.

No escaseaban tampoco en Tacna los sucesos dolorosos, porque, aparte de un oficial chileno que fue asesinado por un cabo que custodiaba una casa, el valiente capitán del 4.º de línea don José Miguel La Barrera, que tanto se había distinguido en el asalto de Arica, pereció víctima de una celada peruana en noche de placer. El capitán La Barrera era natural de Chillán y en 1861 había comenzado su carrera en el 4.º de línea como simple soldado, a ejemplo de su jefe el malogrado San Martín; y cuando aguardaba sus despachos de sargento mayor cayó víctima de una daga que le atravesó de parte a parte el costado.

Los peruanos no cesaron de mostrar su aversión tenaz hacia los invasores y llevaron en ocasiones su venganza hasta el insulto y la villanía.

El 18 de septiembre, escribía un oficial a su familia desde Tacna, hubo misa de gracias a la cual asistieron la 1.ª y 2.ª división.

Después de la misa desfilaron por la calle del Comercio, donde estaba el jefe para pasarles revista. Cuando tenía lugar este desfile, le tiraron agua sucia al estandarte del Atacama y de pedradas al del Santiago, y no sé a que otro cuerpo. Todo esto se ha dejado impune, ha pasado desapercibido: ¿qué tal?».

Atentados de índole tan indigna en país avasallado por sus derrotas, habían encontrado sin embargo con anterioridad espléndida compensación, porque, guiado el inteligente capitán de ingenieros don Enrique Munizaga por el dicho de un soldado prisionero y enseguida por la revelación del cura italiano de la iglesia parroquial de Arica, supo que el estandarte del 2.º de línea, perdido en Tarapacá, se hallaba escondido en la sacristía de la iglesia de San Ramón de Tacna, y ayudado por el capellán de ejército don Ruperto Marchant Pereira y por un cabo del Lautaro llamado Cipriano Robles, lo extrajo del fondo de una caja de casullas el 11 de junio, con intenso regocijo de todo el ejército, que así quitaba al enemigo su único trofeo.

Pereció por estos días en lecho rodeado de respeto y de afectuosos cuidados pero no a influjo de las balas que tenían surcado su cuerpo en los combates que se habían sucedido en la república en el último medio siglo, desde Lircay a Tacna, desde Piura a Cerro Grande, el bravo entre los bravos, comandante del regimiento Chillán Vargas Pinochet, a quien por la fama de sus hechos militares y en memoria de ser el último capitán del viejo Carampangue le pusieron sus amigos al morir: Vargas Carampangue. Tocado dos veces en Tacna por el plomo, se mantuvo entero, pero anciano ya de 67 años, sucumbió en esa ciudad a una recia pulmonía, fruto de sus patrióticas fatigas.

Por lo demás los soldados y oficiales del ejército hacían cuanto les era dable por matar honestamente el tedio de su existencia condenada a eterna espera. En los campamentos de Pocollay, Calana, Arica, Dolores, Pisagua, etc., se sucedían las representaciones teatrales amenizadas con juegos acrobáticos, títeres y pantomimas, y aun elevando un tanto más su estro, los sargentos del Atacama comenzaron a publicar en Pocollay una hoja manuscrita y humorística titulada El Atacameño, al paso que los oficiales de algunos cuerpos daban

alegremente vida a un periódico impreso en Tacna en octubre, al cual por remedar al Eco, diario que había sido de los peruanos, le pusieron por nombre el Hueco, hasta que la autoridad, celosa de la disciplina, lo mandó suprimir.

Ocurrió también a fines de ese mes un desastroso incendio que consumió en ocho horas veintisiete manzanas de la ciudad de Iquique, valorizándose el daño en tres millones de pesos.

Fuera de esto nada de importancia se había hecho en aquellos distritos salitreros sino habilitar algunas oficinas, encerrándolas en estrecho monopolio, a virtud de un excesivo derecho que alejaba la competencia de nuevas industrias, y de esa manera retardaba torpemente, por la avidez de los escudos, lo que podría llamarse la «chilenización de Tarapacá».

En cambio se había fortificado a Iquique con 7 cañones, a Pisagua con 4, a Pabellón de Pica con 3 y en Huanillos no se había alcanzado a montar un cañón de a cien por falta de «agua y de tiempo».

Tal era, más o menos, la situación de los campamentos chilenos a lo largo del litoral del Pacífico desde Antofagasta a Pacocha, desde Pachia a Arica, cuando el 10 de octubre llegaba al último puerto el ministro de la guerra en campaña acompañado de los generales Saavedra, Sotomayor y Maturana, a quien seguiría en breve el general Villagrán ascendido recientemente a general de división, con numeroso grupo de jefes de diversas jerarquías en el vapor Valdivia, y cuando disipada «la paz de Arica» como si hubiera sido espesa camanchaca de aquel pesado clima, penetraba, un mes cabal más tarde (10 de noviembre), el coronel Lynch de regreso de su terrible e infructuosa expedición al Norte.

Se operaba así al fin un movimiento de concentración general que sería augurio de días felices para el ejército y el país, y de esto, antes de emprender la jornada hacia Lima, vamos de seguida con satisfacción a ocuparnos.

## Capítulo XVIII

### El ejército de operaciones sobre Lima

En diversos pasajes de los tres volúmenes que sin contar el presente, van corridos de esta historia y revista de la guerra, crónica minuciosa y comprobada de hechos que sigue el carro de aquella cual si fuera su sombra y su reflejo en la revuelta y ensangrentada arena, hemos venido midiendo el incalculable trecho que nos habían dejado atrás las artes



prolongadas de la paz en el arte de la guerra. Muy pocos, si alguno de nuestros jefes, habían pasado más allá de Yungay, refriega de montañas y de fusil de chispa, o de Loncomilla, pelea no de ejércitos sino de perros bravos en que fue un lujo matarse a culatazos y con fusil de fulminante.

Había sido esto, a la verdad, de tal manera, que el general en jefe había resistido con invencible tenacidad (¡caso inverosímil!) a la agrupación de su ejército en divisiones, al paso que el gobierno, ciego al espíritu del país y sordo a sus gritos, continuaba (¡cosa increíble!) empeñado en reclutar y reformar el ejército por medio del sistema colonial, podrido, injusto y negativo de las levas y el enganche, los garitos y la chicha.

Gota a gota, semana tras semana, meses en pos de meses, fueron acumulándose así, en el cuartel de depósito de la Cañadilla de Santiago, desde mayo a julio, los individuos recogidos en los campos y a granel para llenar las bajas de la campaña, y aun para esto su número no era suficiente. Un diario de Valparaíso que tomó nota de la remesa más fuerte de esta carne cruda y anónima de cañón despachada en el transporte Itata el 3 de agosto de 1880, apuntaba las siguientes partidas de reemplazo:

Para el Talca 351

Para el Colchagua 286

Para los Navales 231

Para varios cuerpos 605

Era eso hacer la guerra a retazos para que fuera mucho más cara y más sangrienta. Y era en vano que la prensa clamara contra tan anticuado y estéril arbitrio, porque mientras en las provincias se juntaba gente para un transporte, otro transporte traía del norte, a título de licenciados, de inválidos o de enfermos, un número aproximativamente igual de bajas. La guerra se había hecho de esta suerte, la imagen viva del tonel de las Nereidas.

«El sistema invariable adoptado hasta aquí -decía un escritor, preocupado constantemente de las cosas de la guerra, en un artículo que dio a luz en El Mercurio del 3 de 1880- ha consistido en estas dos cosas:

- 1.<sup>a</sup>: Hacer economías de cuartillos para gastar más tarde millones; y,
- 2.<sup>a</sup>: No creer en las fuerzas vivas del país y no explotarlas con tiempo para la victoria.

Ocurrid a las provincias -se decía de todas partes al gobierno, y aun lo solicitaban con patriótica humildad las provincias mismas en sus continuos memoriales-. Apelad a la potente autonomía de este suelo de soldados, en cuyos campos y bosques, uncidos al arado, al hacha o a la gavilla, existen diseminados cien mil combatientes. Descentralizad la guerra de la capital y de sus aspirantes a puestos y a galones, volvía a decirsele. Llamad a las armas por masas la guardia nacional, que esa es la ley de justicia y patriotismo, y así tendréis ejércitos cuantos queráis, para lo que queráis y en la hora que queráis».

Al fin, el ministerio escuchó el universal clamor, y en los últimos días de julio de 1880, cuando la guerra llevaba de duración año y medio, dictó un decreto en el que se llamaba a las armas el elemento autonómico de la república, es decir, se admitía en la participación directa de la guerra a las provincias mediante la organización de los cuerpos del ejército con sus propios oficiales y soldados, su denominación lugareña, la bandera del hogar, etc., como se había practicado en 1839 y como era de ley el volverlo a poner por obra.

Y se vio entonces con asombro por los incrédulos que en el espacio de dos o tres meses el ejército se duplicó como por encanto, convirtiendo cada provincia sus batallones primitivos en regimientos, como el Atacama, el Coquimbo, el Aconcagua, el Colchagua, el Talca, el Chillán, el Chacabuco, etc., y dando otros pueblos nuevas legiones que se llamaron el Valparaíso, el Rancagua, el Rengo, el Victoria, el Concepción, el San Fernando, el Vichuquén, el Lontué, el Ñuble, el Maule, el Biobío y otros más.

Con fecha 30 de septiembre se dispuso también cuerdamente organizar en las provincias centrales un ejército de reserva compuesto de diez mil hombres y a cargo del coronel don Luis Arteaga.

Verificado todo esto más en el papel que en el terreno, el ministro de la guerra se embarcó con destino a Arica en los primeros días de octubre, según antes vimos, con el propósito de activar la marcha del ejército hacia Lima, cuando la mano de los negociadores de la paz le diesen suelta y licencias en Santiago y en Arica.

Tenía esto lugar cuatro largos meses después de la batalla de Tacna, que para el ejército y el país no había sido sino el prólogo de la marcha y ocupación de Lima.

Apenas había transcurrido en efecto un mes desde el asalto de Arica, cuando el general Baquedano, con ojo mucho más militar que los politiqueros de Santiago, con mucha mayor previsión que su gobierno, había solicitado marchar a Lima, sin poner otras condiciones que la de que se llenasen las bajas de las dos últimas batallas y del clima:

«Para expedicionar sobre Lima, cree el general -escribía por su orden su secretario don Máximo Lira al presidente Pinto desde Tacna el 8 de julio- que basta el ejército que tiene actualmente bajo sus órdenes, contando con los batallones que hay en Pacocha y llenando todas las bajas. Efectivamente así se completarán más de dieciocho mil hombres que bastarían para batir a los 22 ó 23 mil que componen el ejército bisoño de Lima».

Proseguía enseguida el interesante documento inédito de que copiamos el anterior pasaje como un timbre de alta honra para el general en jefe de Chile, enumerando al pormenor los recursos con que a esas horas se contaba en tropas, en buques, en movilidad terrestre, en víveres, municiones, etc., y terminaba por insinuar al gobierno exactamente y casi palabra por palabra en la primera semana de julio de 1880, el mismo plan que se llevó a cabo en la segunda semana de enero de 1881, esto es, ¡medio año más tarde!

Proponía, en efecto, el general Baquedano al presidente Pinto, que continuaba siendo el generalísimo de la campaña, el transportar el ejército en dos divisiones sucesivas de nueve mil hombres cada una al puerto de Chilca, apoderarse a viva fuerza del valle de Lurín que consideraba como una «fortaleza natural», aguardar allí la incorporación de la segunda mitad del ejército y marchar enseguida sobre Lima que a esas horas apenas comenzaba a preocuparse de su defensa. Para esto el general en jefe contaba con ocho regimientos y doce batallones de infantería con 1.200 caballos y ochocientos artilleros a cargo de 40 piezas Krupp, en todo 18.800 plazas que sobraban para la empresa.

Correspondía por otra parte aquel plan de operaciones al sentimiento universal que palpitaba en el corazón de todos los chilenos, ora bajo el burdo poncho de sus labriegos, ora bajo la tienda de lona de los campamentos. Pero todo aquello era formar coro al viento y a las nubes, porque lo único que se buscaba por el gobierno, con la excepción evidente del ministro de la guerra, a quien en propiedad alguien puso entonces el nombre de «Sisifo» era la paz. Y si bien se firmaban decretos de creación de cuerpos y fletamento de transportes, se verificaba, esto según enseguida va a verse, sin soltar ni por un momento la rama de olivo cada vez más y más marchita que el jefe del estado traía asida con sus dos manos. Se llegó a la verdad hasta afirmarse por áulicos complacientes que el ejército se mostraba desazonado y hasta reacio para marchar a Lima, cuando ese era precisamente su más antiguo y más vehemente anhelo.

Y aquí es de notar que los peruanos mismos creyeron que la campaña sobre Tacna sería sólo un movimiento disimulado para ejecutar la gran medida estratégica de la guerra:

«Temo mucho -escribía el más anciano y entendido de los generales peruanos a un hijo suyo que servía en el ejército de Tacna-, temo mucho que Lima sea el verdadero punto de la elección de los chilenos, porque si quisieran ir sobre ustedes no lo dirían».

Pero era tan dolorosamente cierta la ciega invencible resistencia del presidente Pinto y su círculo al plan que tan hábilmente bosquejaba el general en jefe por mano de su secretario, que ni siquiera (aunque esto parecería completamente inverosímil) se le acusó recibo de sus proposiciones.

Meditó también por esa época el general en jefe despachar una expedición de tres mil hombres a La Paz, a cargo del activo e inteligente comandante don Arístides Martínez, y aunque semejante operación pudo dar en aquellos momentos los más felices resultados, se le contestó que enviase un oficial a proponer el canje de los dos oficiales chilenos que habían caído prisioneros en Locumba...

Comenzaba aquello ciertamente a ser profundamente irritante.

Verdad era que desde fines de septiembre habían llegado a Arica algunos buques a vela fletados a gran costo, y que se había comprado por el gobierno, después de Tacna, tres o

cuatro transportes a vapor, entre otros el Chile y el Paita de la compañía inglesa. Pero no por eso se daba el más mínimo impulso efectivo e inmediato al desarrollo de la campaña; tanta era la preocupación absorbente de la paz y su negociado:

«A mediados de octubre -nos escribía desde Arica precisamente el entusiasta patriota don Alberto Stiven que se había hecho cargo de acelerar el alistamiento de los transportes surtos en aquella bahía- puedo asegurarle que absolutamente nada se había hecho para la expedición a Lima: el ejército carecía de lo más indispensable, víveres y ropa; a los transportes de vela anclados por largo tiempo en Arica no se les había preparado en lo más mínimo».

Pero como a cada cosa y a cada hombre llega en la historia su hora y su página, sobreviene ahora el caso de ocurrir al testimonio del delegado general de la intendencia del ejército, empleado de alta responsabilidad hoy mismo, quien llegó a Arica el 17 de octubre, y apreciando la situación de guerra que el gobierno del señor Pinto había creado a la guerra hasta una semana antes del rompimiento de las negociaciones de paz en Arica, se expresa en los graves términos que a continuación copiamos:

«Llegado a Arica, mi primer cuidado fue visitar los almacenes. No había nada en ellos. Ni víveres, ni forraje, ni vestuario, ni equipo. Algunos de estos artículos se habían pedido por telégrafo a Iquique, para que de allí se remitiera lo que se pudiera reunir.

En los transportes de vela no se había puesto una tabla ni un clavo, ni hecho una sola manguera para ventilación.

En una palabra, no había ni un solo preparativo para la expedición.

Los primeros materiales para trabajar en los transportes, los entregué a don Alberto Stiven a fines de octubre, por orden telegráfica del Ministro de guerra.

Pocos días después, por orden del mismo Ministro, proporcioné al señor Stiven todos los primeros materiales para la construcción de un extenso muelle que prestó importantísimos servicios para el embarco de la expedición.

Se principiaron a hacer, por telégrafo, a Valparaíso, pedidos de grandes cantidades de víveres, veinte mil vestuarios y otras tantas piezas de equipo, como también muchas municiones que faltaban».

Tal era la guerra en medio de la paz, y no podía bajo ningún concepto ser de otra manera, dada la índole física y moral del mandatario que desde su gabinete se obstinaba a su manera en dirigirla.

Mas desde el arribo del ministro de la guerra y del delegado Pérez de Arce y su bien dirigido personal de auxiliares, comenzó visiblemente a cambiar el aspecto de las cosas, si bien el gobierno continuaba acariciando en sus mullidos divanes el resultado de las negociaciones que por esos mismos días se trataban en Arica y el de la expedición Lynch, que se juzgaba como una medida eficaz y cooperativa a la de las conferencias de Arica en el sentido de atraer a los peruanos a la paz.

Por fortuna, las relaciones de los dos conductores rivales de la guerra iban a ser desde el primer día tan cordiales como era menester, no obstante que en el fondo de los corazones las intenciones y los agravios quedarían inalterables. En la noche de su llegada al cuartel general de Tacna el general en jefe visitó de etiqueta al ministro de la guerra, y éste al devolverle al día siguiente su cortesía, acompañado del prefecto de la ciudad don Eusebio Lillo, creyó oportuno entrar en ciertas explicaciones personales sobre los acontecimientos ya pasados que aclararan un tanto los horizontes. Oídas esas manifestaciones, el general Baquedano dijo al ministro en su lenguaje peculiar y soldadesco: «Ud., ministro. Yo, general. Lo pasado... como humo que el viento disipa en los tejados». Y así era la verdad, porque el humo dejaría de aparecer en la superficie, ardiendo la pira de las discordias intestinas sólo dentro de los ánimos divididos por los consejos de una política fatal.

Conviene, a fin de valorizar todo esto, dejar aquí constancia de que el gobierno no sólo no aceptó las proposiciones militares del general en jefe para expedicionar sobre Lima y sobre La Paz, sino aún que el ejército fuese distribuido en divisiones no en su tienda ni bajo sus ojos, ni a su dictado, sino en el gabinete del presidente, cual si fuera aquella cuestión de agrupar fardos en la aduana, y que aun se nombraron en Santiago jefes y subjefes para aquellas, incluso el del estado mayor general, sin haber solicitado siquiera su parecer y menos su venia, ni aun para quitarle su secretario personal nombrándole otro.

Tal era la política del gobierno del presidente Pinto, no sólo para con el general que había vencido en Tacna y en Arica, sino, lo que era mucho más grave, para con el caudillo a cuya discreción y responsabilidad estaban confiadas las más trascendentales operaciones militares de Sudamérica en el presente y en los pasados siglos.

Por fin, y para ventura de Chile, el 27 de noviembre fue arrojado al agua por uno de los portalones de la Lackawana el castillo de naipes que pacientemente había venido encumbrando el jefe del estado para forjarse ante sí propio las ilusiones de una paz imposible; el 10 de noviembre regresaba la división complementaria del coronel Lynch; y desatadas así todas las amarras en el cuartel general como en la bahía, se dio orden a la escuadra para estar lista a levar y al ejército para embarcarse, después de cerca de dos años de guerra, en demanda del único objetivo capital de la guerra, de la capital del Perú.

Fue aquel un día de legítimo e inmenso regocijo en los campamentos, hogar del soldado y en las ciudades, hogar del ciudadano.

Para aquel fin, el ejército chileno, que hasta esa fecha había ido contando bajo sus banderas y en diversos parajes hasta 54 mil hombres, fue distribuido en el número de 24 mil soldados

de las tres armas y en el orden siguiente para formar, aparte de las reservas, el verdadero ejército de operaciones:

Primera división.

Comandante general, el general de división don José A. Villagrán.  
Jefe de estado mayor, coronel don Gregorio Urrutia.

Primera brigada.

Coronel don Patricio Lynch.  
Regimiento Atacama, coronel Martínez.  
Íd. 2.º de línea, comandante del Canto.  
Íd. Talca, comandante Urizar.  
Íd. Colchagua, comandante Soffia.  
Batallón Quillota, comandante Echeverría.

Segunda brigada.

Coronel don José Domingo Amunátegui.  
Regimiento 4.º de línea, comandante Solo Saldívar.  
Íd. Chacabuco, comandante Toro Herrera.  
Íd. Coquimbo, comandante José María Soto.  
Batallón Melipilla, comandante Balmaceda.  
Caballería, Granaderos a caballo, comandante Yávar.  
Artilería, dos brigadas, comandante Salvo.

Segunda división.

Comandante general, el general de brigada don Emilio Sotomayor.  
Jefe de estado mayor, comandante don Adolfo Silva Vergara.

Primera brigada.

Coronel, don José Francisco Gana.  
Regimiento Buin, comandante García.  
Íd. Esmeralda, comandante Holley.  
Íd. Chillán, comandante Guíñez.

Segunda brigada.

Coronel, don Orosimbo Barbosa.  
Regimiento Lautaro, comandante Robles.  
Íd. Curicó, comandante Rodríguez.  
Id. 3.º de línea, comandante Gutiérrez.  
Caballería, Cazadores a caballo, comandante Soto Aguilar.  
Artillería, dos brigadas.

Tercera división.

Comandante general, coronel don Pedro Lagos.  
Jefe de estado mayor comandante, don J. E. Gorostiaga.

Primera brigada.

Coronel, don Martiniano Urriola.  
Regimiento Zapadores, comandante Martínez.  
Íd. Aconcagua, comandante Díaz Muñoz.  
Y los batallones Navales, (comandante Fierro) y Victoria, (comandante Baeza).

Segunda brigada.

Coronel, don Francisco Barceló.

Regimiento Santiago, Comandante Fuenzalida.

Íd. Valparaíso, comandante La Rosa.

Batallones movilizados Bulnes, comandante Echeverría; Valdivia, comandante Martínez; Caupolicán, comandante Canto; Concepción, comandante Seguel.

Caballería, Carabineros de Yungay, comandante Bulnes.

Artillería dos brigadas.

Total del ejército de operaciones: Tres divisiones, seis brigadas, dieciséis regimientos y ocho batallones de infantería; tres regimientos de caballería y dos de artillería, divididos estos en seis brigadas, que dan en cifras redondas, un total general de 24 mil plazas efectivas de combate, divididas en tres divisiones más o menos de ocho mil hombres cada una.

Contando con el personal de la escuadra y transportes, (32 quillas), el servicio sanitario, parque, bagajes, arrieros, etc., la expedición chilena sobre Lima excedía en mucho una cifra de treinta mil hombres, empresa tardía pero grandiosa del patriotismo chileno a la que vamos a consagrar las últimas y más gratas páginas de este libro.

## Capítulo XIX

### La división Villagran en Paracas

Concluidas las vacilaciones, las esperanzas y los acomodados de la gente civil, egoísta y miedosa, el ejército expedicionario sobre Lima comenzó a embarcarse el 12 de noviembre, dos días después del regreso a Arica de la expedición del coronel Lynch.

Se hacía todo ahora con una pujanza poderosa, con una alegría intensa, con un entusiasmo casi febril. Era la reacción del patriotismo, comprimido entre las tablas de caoba de una nave extranjera, que recobraba en los campamentos al aire libre toda su expansión. Era el espíritu de Chile, que rotas las ligaduras con que los pusilánimes y los obstinados le habían traído atado como dentro de un saco de ajustes diplomáticos inverosímiles, recobraba otra vez su imperio y su nivel.



Todo era patriotismo y se cumplían los milagros del patriotismo.

El ministro de la guerra en campaña trabajaba con su notoria actividad.

El general en jefe, sin cuya consulta técnica, sin cuyo beneplácito de dignidad, siquiera de cortesía, se había fraccionado el ejército en divisiones y en brigadas, entregando éstas a jefes y generales traídos de Santiago, sin su autorización y aun con su sospecha, se había resignado generosamente a todo y dejaba hacer, con tal de no crear embarazos a la solución final, anhelo antiguo de los corazones.

Todos los chilenos ansiaban una sola cosa: cumplir su deber para con la patria, pero cumplirlo en Lima, donde el simple instinto les había señalado desde la primera hora la meta natural, ineludible de la guerra.

La intendencia general del ejército que ahora iba a asumir un papel capital, acababa de ser puesta por fortuna en manos de un delegado tan inteligente como activo. Don Hermógenes Pérez de Arce, intendente de Lebu, y joven señalado por sus notables dotes administrativas desde sus primeros años de empleado público, había sido sacado de su puesto el 9 de octubre, por renuncia del coronel Urrutia; y el 17 tomaba en Arica posesión de su destino que a esas horas, según antes vimos y consta de su propia declaración, era el vacío.

Se había estado a la verdad, tan lejos de la guerra en medio de la guerra, a virtud de las quimeras de la paz, que no había nada, absolutamente nada listo para la campaña, excepto los soldados y sus armas que el general en jefe había mantenido en severa disciplina y rígida instrucción en sus campamentos. Existían, es cierto, al terminarse las negociaciones de la Lackawana treinta quillas en la bahía, y entre éstas ocho grandes fragatas fletadas que pagaban estada en el ocio más completo. El agua era la gran necesidad de la campaña, y no había a bordo de los buques fletados ni un solo estanque ni siquiera un barril de respeto. Una parte de los cuerpos no tenían caramayolas, y reunidas las de todo el ejército un mes más tarde faltaron mil quinientas de éstas, para la 1.<sup>a</sup> división que constaba de 8.500 plazas.

Por fortuna, la pericia y la labor incansable del nuevo delegado de la intendencia general y de sus subalternos a todo suplía. Se había rodeado el señor Pérez de Arce de hombres competentes, elegidos especialmente por el intendente general señor Dávila Larraín del cuerpo de bomberos de Santiago, como los señores Tulio Ovalle y Buenaventura Cádiz, en calidad de inspectores, y de un grupo de jóvenes inteligentes y de trabajo que con el método y el vigor reemplazarían la labor perdida. Don Francisco Álvaro Alvarado, industrial de empuje y hombre de notorio talento de organización, sería su brazo derecho.

Por otra parte, el delegado de la intendencia había tenido la fortuna de tropezar con los servicios de un voluntario que acababa de llegar a Arica a sus expensas, en demanda de patriótica tarea. Era éste el hermano menor del comandante Stuken, don Alberto Stuken, y se tuvo la feliz idea de nombrarle inspector general de los transportes ociosos en la bahía, sin designarle sueldo. No obstó esto ciertamente para que con una consagración que no se conciliaba ni con el sueño ni con el hambre, Stuken, que había comenzado su tarea en el mismo día que el delegado Arce (octubre 17), tuviese listos en tres semanas ocho transportes a vela con sus cocinas para la tropa, con el servicio adecuado para cien oficiales

en cada buque, con capacidad para 1.800 bestias, y lo que era más importante que todo esto, con 400 toneladas de agua, en todo género de vehículos. Se calculaba que ése sería el mínimo para ocho mil hombres y mil trescientos caballos y acémilas de trabajo, a razón de tres litros diarios por hombre y treinta por animal durante cinco días.

Hecho todo esto, y recibidos de Valparaíso los elementos pedidos en gran abundancia al intendente general que los despachaba con laudable celeridad, el ministro de la guerra en campaña visitó los transportes a vela el mismo día en que anclaba en Arica la expedición Lynch (10 de noviembre); y satisfecho de su cómoda instalación, disponía el embarque de la primera división para el subsiguiente día 12 de noviembre. Conforme al plan primitivo del general Baquedano, formulado en su carta del 8 de julio, la expedición contra Lima emprendería su marcha en dos divisiones a fin de consultar la capacidad de los transportes.

La primera división, cuya composición ya conocemos, se dirigiría en consecuencia a Pisco, y allí se haría fuerte mientras llegaba la segunda, dos o tres semanas más tarde. El plan no podía ser más sencillo ni más eficaz, contándose siempre con la incurable desidia, timidez y rivalidades caseras de los peruanos, causa esta última de su eterna perdición.

Los primeros cuerpos que llegaron de Tacna el día 12 de noviembre fueron, como de costumbre, el Atacama y el 2.º de línea de la brigada Lynch (1.ª división), y éstos se embarcaron con notable facilidad en dos o tres muelles cortos y anchos construidos para el efecto por órdenes del general Baquedano y del delegado Pérez de Arce. Al día siguiente cupo su turno en el arribo por los rieles y en el embarque a Coquimbo y al Chacabuco y enseguida al 4.º de línea. El ministro de la guerra presidía a los embarques junto con los jefes de cuerpo los marinos de la escuadra y los empleados de la intendencia general. Todo se hacía con el mayor orden y buena disposición de ánimo.

«Tres días consecutivos -decía una correspondencia del ejército a La Patria de Valparaíso- duró la operación del embarco del ejército, sus bagajes y elementos de movilidad. Era cosa digna de verse. Se trabajaba desde las 4 a. m. hasta las 10 p. m. sin cesar un instante. El muelle, toda la explanada de la bahía se notaba llena de gente en actividad. Aquello era un grande hormiguero que estaba mudándose con su despensa, de tierra a bordo.

En una parte se embarcaban caballos y mulas, haciéndolos saltar de tierra firme a las lanchas planas, semivaradas para el objeto. En otro, un donkey de mano levantaba en alto las piezas de artillería y las dejaba caer suavemente sobre las lanchas atracadas a la orilla; más allá, los regimientos desfilaban por compañías de la explanada al muelle y del muelle a las lanchas en el mayor orden, y sin otra novedad que los vivas entusiastas de los soldados y los acordes marciales de las bandas de música, que anunciaban el comienzo de una nueva jornada de gloria.

¡Qué laberinto de afanes!, ¡qué cuadro tan completo y múltiple!

La bahía estaba cubierta de embarcaciones menores, botes, falúas, lanchas y remolcadores.

Las falúas de los buques de guerra, especialmente la del Blanco, gobernadas a diez remos, remolcaban también cargamentos desde el muelle a su destino. Los remolcadores no

paraban un solo instante: ‘¡chas, chas, chas, chas!’; gritaban todo el día por sus chimeneas, yendo y viniendo sin cesar.

Los donkeys de los transportes no tenían un momento de sosiego: desde el muelle se veían bultos, caballos, bueyes, cañones, que aparecían izados en el aire, y desaparecían enseguida detrás de las escotillas».

A las 9 de la noche del 14 de noviembre el general en jefe decía sus adioses al ministro de la guerra, y éste se embarcaba en el cómodo transporte Itata, acompañado del general Villagrán, de don Eulogio Altamirano y don Isidoro Errázuriz que marchaban más como voluntarios del patriotismo que como adictos a una sección especial y determinada de servicio a la campaña del Norte. El primero tenía el título de plenipotenciario para el caso de entablarse negociaciones de paz y el último el de secretario del ministro de la guerra en campaña.

Se había creído zarpar al amanecer del día 15 de noviembre; pero a virtud de los mil tropiezos de detalle que surgen en la hora postrera en toda empresa acelerada, el convoy sólo comenzó a moverse en ala y en dos divisiones del fondeadero a las dos de la tarde de aquel día.

Constaba en convoy de quince cascos, de los cuales la mitad eran vapores, e iba resguardado por las corbetas Chacabuco y O’Higgins. El comandante de la primera don Óscar Viel, que en esta expedición dio muestras de notable pericia en el manejo de los buques, iba a cargo del derrotero como oficial más antiguo.

El orden de marcha, que esta vez se conservó, gracias a la experiencia y a la dulzura excepcional de la temperatura, con admirable precisión, era el siguiente:

Primera fila.

Limarí, Lamar, Itata.  
Exelsior, Julia, Norfolk.

Segunda fila.

Carlos Roberto, Santa Lucía, Copiapó, Angamos, O’Higgins, Chacabuco.  
Orcero, 21 de mayo, Inspector, Humberto I.

Huanay.

En cuanto a la distribución de los cuerpos en cada uno de los transportes, consta del siguiente comprensivo cuadro de la intendencia general:

Itata.- Artillería y cabalgaduras de íd.  
Norfolk.- Atacama, y oficiales.  
Lamar.- Regimiento 2.º de línea.  
Julia.- Caballos custodiados por granaderos.  
Limarí.- Regimiento Colchagua.  
Excelsior.- Caballos con granaderos y bagajes.  
Angamos.- Primer batallón del regimiento Talca.  
Humberto I.- Caballos y mulas, custodiados por granaderos.  
Copiapó.- Regimiento Coquimbo y algunos animales.  
Inspector.- Regimiento 4.º de línea.  
Santa Lucía.- 3 compañías sueltas.  
21 de Mayo.- Regimiento Chacabuco.  
Carlos Roberto.- 2.º batallón del regimiento Talca.  
Orcero.- Mulas y caballos custodiados por granaderos.  
Huanay.- Ambulancias.  
O'Higgins, Chacabuco.- Artillería de marina.

La composición total de la expedición estaba representada por 35 jefes, 292 oficiales y 8.090 soldados, sea 8.500 hombres en todo, fuera de las plazas accesorias de la intendencia, bagajes, servicio sanitario, etc. El último iba embarcado en el vapor Huanay, a cargo del cirujano San Cristóbal. El total general de hombres de guerra era de 8.864 con 19 cañones, y el de los animales de servicio 1.439. La fragata Norfolk llevaba víveres para diez mil hombres durante 15 días, y en el vapor Limarí se hizo provisión para dos días, a fin de atender a las necesidades urgentes de un inmediato desembarco. Además, cada buque llevaba su provisión especial y aguada para quince días, figurando, en la honorífica proporción de costumbre el charqui, el fréjol y la harina tostada.

La distribución de las tropas se había hecho no con el cruel agrupamiento de los primeros convoyes sino con el desahogo que la salubridad y el bienestar que la gente requería. El buque más recargado era el vapor Copiapó que conducía el regimiento Coquimbo (1012 plazas) y las fragatas Norfolk (a cuyo bordo iba el Atacama) y el Inspector con el 4.º de línea. El espacioso transporte Itata marchaba esta vez completamente desahogado, pues sólo conducía la artillería, a las órdenes de Salvo con 402 plazas, 275 caballos y, según dijimos, 19 cañones Krupp. La caballería de la expedición, compuesta del regimiento de Granaderos, iba distribuida en los transportes Excelsior, de 1256 toneladas, y Julia de 1159.

Mediante éstas inteligentes instalaciones, que tanto honor reflejaban en la intendencia general, y gracias a la cariñosa benignidad de la estación, el viaje de la primera división se hizo, hasta Pisco, con mayor celeridad que lo que se esperaba, y con incomparable fortuna

y buen humor. Aunque el convoy, consultando la demora de los remolques, no avanzaba sino a razón de cinco o seis millas por hora, a las 11 de la noche desde el día de su partida había alcanzado a la altura del morro de Sama, y el 17, navegando a la vela con acariciadora ventolina del sur, pasaba en análoga hora frente a Chala, mitad de su itinerario.

En consecuencia, el 18 de noviembre a las cinco de la tarde, se dio orden para que los vapores que no llevaran remolques forzaran sus máquinas a fin de presentarse delante de Pisco el 19 de madrugada, y en este orden se adelantaron la O'Higgins con la Artillería de Marina, el Angamos con un batallón del regimiento Talca, y el Copiapó con el Coquimbo.

«El mar continuaba tranquilo -dice hablando de ese último día de viaje el corresponsal Caviedes-, y el horizonte sonrosado y transparente. Para amenizar la monotonía del paisaje no tenían los expedicionarios, acostumbrados ya a la inalterable bonanza del Pacífico, más grato espectáculo que el de contemplar con atónitos ojos las espléndidas puestas de sol de estas zonas tropicales, donde son desconocidas las borrascas y las tormentas. El sol, sumergiéndose majestuoso entre las ondas, reflejaba en las tenues nubecillas los suaves cambiantes del ópalo y del topacio y parecía alejarse de la tierra después de enviarle una dulce sonrisa entre sus mil rayos de oro. La atmósfera, tibia y enervante, predisponía el cuerpo a la somnolencia y a la inercia, y entonces les era a todos fácil explicarse el carácter tímido, afeminado y muelle del peruano».

Las bandas de música hacían constante eco al bullicio casi infantil de los expedicionarios, que no se cuidaban un sólo instante en preguntar a las plácidas azules olas si aquel camino era el de la muerte. El capitán del 4.º de línea, don Casimiro Ibáñez, que debía perecer gloriosamente al pie del Morro Solar, excelente e incansable cantor en la vihuela, tenía en arma su transporte, el Inspector, y en cada buque había bailes nacionales, cogollos y esquinazos.

«Ha llegado la noche del 18, cuenta un viajero que iba incorporado al Coquimbo a bordo del Copiapó, y parece que la gente de este buque se ha enloquecido. La banda toca zamacuecas, y la zapatean; enseguida se largan a cantar la canción de Yungay con entusiasmo loco. En el salón de los camarotes sucede lo mismo: los oficiales tienen un concierto infernal de voces humanas y notas del piano. Están con una alegría suma. Tocan zamacueca, cantan, aplauden, se divierten.

En lo mejor de la fiesta, suenan las cornetas su toque cotidiano de silencio. Las músicas cesan, las voces empiezan a apagarse...

Un rato después, todo el mundo está durmiendo tranquilo a bordo.

No ha habido ni un solo avance ni desorden, ni desacuerdo, ni disputa. Todo ha sido alegría y fraternidad».

Al fin, en la madrugada del 19 de noviembre penetrando por la angostura de San Gallán, célebre desde las discordias de los Pizarros y de los Almagros, los buques delanteros de la escuadrilla, doblando la península de Paracas, a las nueve de la mañana, iban a echar sus anclas en la célebre rada de aquel nombre, en cuya blanda arena echó San Martín su famosa expedición libertadora el memorable 8 de septiembre de 1820. Chile tiene aprendido de memoria el camino de las invasiones históricas del Perú. Aquélla era la quinta, contando con las dos de Cochrane, la de San Martín y la de Bulnes.

Circulaba a esa misma hora y era leída con regocijo en todos los transportes del convoy la siguiente noble proclama del comandante en jefe de la primera división, que era un coronamiento adecuado de la hasta ese momento felicísima jornada, y en cierta manera una digna protesta contra la manera como en el ocio de las armas se había llevado la guerra por las insensatas instrucciones de la Moneda. Ese noble documento decía textualmente así:

«¡Soldados de la primera división!

El ejército encargado por Chile de resguardar su honor y su derecho va a comenzar su tercera y última campaña contra los enemigos de la patria.

A vosotros ha tocado el honor de formar la vanguardia de las fuerzas chilenas.

En pocas horas más vuestras plantas victoriosas hollarán el suelo de una de las más hermosas y ricas comarcas del Perú y os encontraréis instalados firmemente como señores a pocas jornadas de la ciudad de Lima, centro de la resistencia y de los recursos postreros del enemigo, que el ejército chileno tiene encargado de rendir y someter.

¡Soldados de la primera división!

Antes de que hayan transcurrido muchos días habrán acudido a sostenernos y acompañarnos en el avance contra la orgullosa y muelle ciudad de los virreyes vuestros compañeros de la segunda y tercera división.

Antes de muchos días, el poderoso ejército que ha hecho surgir del suelo el patriotismo inquebrantable de la nación chilena se hallará unido y en aptitud de marchar con paso rápido a poner a la guerra un término digno de los sacrificios y las glorias de Iquique y de Pisagua, de Angamos y San Francisco, de Tacna y de Arica.

Entre tanto la primera división vivirá de los abundantes recursos que le brinda la fértil región enemiga que pronto ocupará; y su general, lo mismo que el gobierno y el país, esperan de ella que mientras llega la hora de los combates, sepa dar al ejército ejemplos de disciplina, de moralidad y de cultura.

Nada de destrucciones insensatas de propiedad, que a nadie aprovechan y que redundarían en esta ocasión en daño de nosotros mismos. Nada de violencias criminales contra personas indefensas e inofensivas. El ejército de Chile se halla obligado por la grandeza de sus

hechos pasados, a manifestarse tan humano en el campamento como es irresistible en el campo de batalla.

Soldados:

En víspera de nuevos esfuerzos y de nuevos triunfos, os saluda a nombre de la nación chilena y del gobierno,

Vuestro General».

Entre tanto, ¿qué hacían los peruanos para aguardarnos, avisados como se hallaban de nuestra marcha con la anterioridad de tantos meses?

Cambiando totalmente de escena, eso será lo que con el rubor de la historia y del honor de los pueblos reunidos en una sola lástima habremos de constar por separado en el próximo capítulo con documentos tristísimos y hasta hoy no conocidos.

## Capítulo XX

### Los chilenos en Ica y en Tambo de Mora

Nunca en su ya larga historia de dolores y de culpas, se mostraron más a lo vivo los síntomas del mal antiguo, tenaz y ya incurable que corroe las entrañas del Perú y lo precipita a insondable decadencia, que en los hombres, los sucesos y los crímenes que precedieron a la entrada de los chilenos a Pisco, en la medianía de noviembre de 1880.

Siendo aquéllos los más ricos parajes de esa espléndida zona tropical, a la par de los de Trujillo en el norte, con valles que destilan su riqueza en alambiques de oro y que jamás extinguen sus fuegos, disponiendo de fácil, abundante y barato trabajo servil, la diversidad de sus castas, por una parte, negros libertos, chinos esclavos, serranos imbéciles, y por la otra, la explotación, el desenfreno, la codicia y la maldad de los blancos, convirtieron esos centros en verdaderos arrabales de cobardes y de explotadores que en la crisis de que nos ocupamos echaron eterna mancha sobre sus ya desgarradas banderas arrastradas por el polvo de las derrotas.

El dictador Piérola había dividido aquellos valles, según antes dijimos, en zonas, desde Lurín a Ica, y había designado un jefe para cada una de aquellas mal cortadas posiciones del territorio; pero apenas hubo tomado su puesto cada uno de aquellos funcionarios, se trocó en sátrapa.

Se hallaba la zona de Lurín a cargo de un personaje muy conocido en Lima, don Manuel Miranda «el cholo Miranda», hombre de casta, sumamente aficionado a lides de toros, al punto de haber ido en persona a España a elegir toros padres del Jarama, y para reproducirlos en los trópicos tenía arrendado en aquel ameno valle una hacienda, a fin de proveer el Acho de que era asentista. Y no bien invistió cierta autoridad, convirtió el pacífico valle en verdadero toril de riñas y exacciones, acusando a todos sus vecinos de traidores, denunciándolos a Piérola, a quien denominaba en sus notas «su patrón», y a la postre, suscitando por sus violencias el alzamiento de los moradores.

Un montonero llamado «Merejo» se había ido al monte con los descontentos, mientras otros cabecillas, oficiales del ejército, robaban escandalosamente caballos para regalarlos al general Vargas Machuca, y aun salteaban las tropas de asnos que desde los valles vecinos de Cañete, Chíncha y Pisco eran enviados para la institución humanitaria que en Lima se llamaba «El pan del pobre». El 16 de abril de 1880 un jefe militar que murió con honor en Miraflores, el coronel de la Melena (sic), anunciaba que «Merejo» andaba alzándose con los negros de Chíncha y que no tenía como desarmarlo. Un mes más tarde, un tal Idiáquez, comisario de reclutamiento, daba cuenta, desde Lurín que el mayor Arís se ocupaba en reclutar gente «a balazos», y con esa misma fecha, más o menos, enviaba a Lima el siguiente telegrama que en Chile parecería cosa ininteligible o inverosímil.

«Lima, mayo 16 de 1880.

Señor subprefecto:

Grave molestia con coronel Miranda por tomarse libertad hacer tocar arrebato con campana: yo porque salí a oponerme, he sido gravemente ultrajado por el capitán instructor diciendo ambos que tanto usía como las campanas estaban bajo (sic) sus órdenes por ser él el comandante militar.

Todo esto sucedió en momentos que de todos los campos habían concurrido unos a tomar boletos de inscripción y otros convocados para arreglar provisionalmente el batallón. Un remedio pronto.

Idiáquez».

No era más sosegada ni más patriótica la condición del vecino valle de Cañete, verdadero infierno de negros y de chinos. A fin de mantener a raya estas dos razas que se detestan del fondo de sus entrañas, cual si el África y el Asia fueran los dos polos del odio humano,



habían estacionado en la capital de aquella subprefectura una brigada de caballería mandada por el coronel don José Mariano Alvizuri, que diez años atrás, gobernara aquellas revueltas tribus como autoridad política. Y lo menos que habían hecho los oficiales de uno de esos cuerpos, el 3.º de caballería, había sido dar una feroz paliza en la plaza pública al subprefecto del lugar, después de una borrachera celebrada en el café de un austríaco, sito en uno de los costados de aquélla. El subprefecto quedó maltratado, y mal herido en la cabeza un practicante de medicina llamado Iturrizaga que se metió ebrio en la zambra.

Culminó este desbarajuste en la renuncia que cobardemente hizo de su puesto el jefe que cubría con sus fuerzas el opulento valle de Cañete, y a ese particular hace referencia el siguiente curioso telegrama:

«Pisco, octubre 27 de 1880.

(Oficial).

Señor coronel Alvizuri:

Te suplico vuelvas en sí y reorganices tu curación. Oficia por el cambio que te indiqué. Esperamos piratas en estos días. Dos mil hombres en revista de los distritos y seiscientos montados.

Ha llegado prefecto Orbegoso y coronel Dávila: marchan por tierra.

Recibe un abrazo.

Zamudio».

Pero donde la anarquía, lobo hambriento e insaciable que ha devorado la vida del Perú desde su cuna, dejándole apenas existencia raquítica y miserable a través de las edades y de las pruebas más crueles, donde la anarquía se mostraba en mayor amplitud e insolencia, era en los fertilísimos valles de Chíncha, verdadero paraíso de los trópicos. El ocio ha hecho allí feroces, como los brutos, a los seres humanos, y después de larga serie de crímenes, los negros sublevados contra el trabajo y contra el blanco, como el hombre amarillo se subleva contra el negro, habían asesinado allí bárbaramente, después de la batalla de San Francisco, por la pascua de Navidad de 1879, a los ricos propietarios Carrillo y Albornoz, un joven inofensivo, y a don Antonio González Prada, antiguo dandy de Lima, de Santiago y de París, que fue atrocemente sacrificado, a título de antiguo patrón, en su hermosa hacienda de Larán.

Mandaba en aquellos lugares como comandante general, el coronel don Mariano de La Torre, pero bajo su autoridad, o contra ella, vino un abogado de Lima llamado López Torres que con el nombre de reclutador desquició por completo lo poco que quedaba en pie en aquellos parajes como orden y como fuerza: Torres contra Latorre.

He aquí uno de esos telegramas peculiares del Perú que anunciaba una de aquellas novedades:

«Pisco, octubre 17 de 1880.

Señor prefecto:

El comandante López Torres destacó fuerzas reclutas en pueblo de Chincha, tomó y rompió boletos de las reservas; el pueblo tocó campana y rechazó partidas.

M. A. Zamudio».

Vino de ésta o de otras causas que iban a condenarse probablemente en un sólo origen, que era el miedo, la renuncia que de su puesto hizo, como el Alvizuri de Cañete, a la vista del enemigo interno y exterior, el coronel La Torre de Chincha, sin que fueran bastante a retenerlo las amonestaciones de su jefe superior, el coronel Zamudio, nombrado hacía poco comandante superior de todas las zonas vecinas a Pisco, donde a la sazón tenía el último su cuartel general.

Prosiguiendo este itinerario de vergüenzas, encontramos al fin un hombre que revela cierta energía y asomos de patriotismo en aquella región de esclavos alzados y de mandones sin honor; y ése es aquel infeliz subprefecto de Pisco don Agustín Matute, a quien su desgraciado apellido y su triste suicidio con una navaja, diera en Chile injusta reputación de miserable. De los libros de la subprefectura de Pisco que en una carga de camello tenemos a la vista, de sus telegramas y de sus cartas resulta, en efecto, que aquel desventurado tenía el propósito de servir con desinterés a su país y se afanaba por levantarse al nivel de la situación, apartándose del fango en que se veía sumergido. Colectaba víveres; enviaba a Lima los recursos de las iglesias; corría ya en una dirección, ya en otra para allegar fuerzas y aporratar caballos, y por último, exponía su propia vida para mantener el orden en su distrito, haciendo fusilar montoneros y facinerosos, y entre estos a dos hermanos Santa Ana y un Lobatón, que ordenó ejecutar con rigurosa crueldad en Tambo de Mora.

Mas, como hiciera todo esto, los desalmados le profesaban odio intenso, y en una ocasión (el 30 de agosto) en que fue a estorbar en Pisco una riña de gallos, que el había prohibido por bando, los tahures lo asaltaron a golpes, le botaron con su propio revólver los dientes y le robaron cerca de dos mil soles que llevaba, a su decir, en los bolsillos.

Y en medio de todo esto, aquellos tristes hombres no encontraban más arbitrio eficaz para defenderse, que inventar noticias noveleras, propias para niños, o mandar envenenar los pozos del desierto, proeza y recurso de caníbales que recuerda los ardides de los más infames crímenes asiáticos en sus guerras de bárbaros afeminados.

A fin de poner en mediano orden los escombros de aquel caos que era la imagen viva del Perú, en la hora del peligro, el dictador envió a Pisco, en los primeros días de octubre con el título de comandante general, al coronel de caballería don Manuel Antonio Zamudio, jefe que gozaba de cierto prestigio militar, y se decía era hijo de un ilustre general de caballería de Chile, fruto de amores de proscripto.

Y, a la verdad, consta de los papeles sorprendidos en Pisco, que Zamudio hizo todo lo imposible por cumplir su cometido, y así es deber declararlo. Mas para poner a lo que ahí pasaba el sello del desgobierno y de la locura, el prefecto de Ica, de que aquellos valles hasta Cañete dependían, un tal Villena, se sublevó contra la autoridad militar de aquel delegado, según consta del siguiente telegrama que coincide precisamente con el primer reconocimiento de desembarco que en la dirección de Pisco hicieron los chilenos a principios de noviembre:

«Pisco, 3 de noviembre de 1880.

Señor secretario de guerra:

Lima, (Palacio).

Magallanes anclada y un transporte en la península de Paracas. No he recibido orden alguna como poner término a esta criminal situación. El prefecto desconoce mi autoridad.

Zamudio».

Todo esto carecería de nombre en un país en que las nociones y aun los instintos salvadores del patriotismo tuvieran algún valimiento. Pero la verdad es que las provincias del Perú que Chile iba invadiendo sucesivamente, presentaban la imagen de otros tantos cadáveres que al paso de sus armas se estremecían y caían en átomos, a semejanza de lo que con sus momias seculares acontece. Porque es preciso no olvidar que mientras todo esto tenía lugar en las zonas sur del Perú, tan densamente pobladas como las del norte, el coronel Lynch se paseaba, arma al brazo, por las últimas, sin sentir siquiera el disparo de un viejo trabuco contra su hueste invasora. ¿Qué decíamos? Refiere el comandante Stuyen, en una carta íntima, que habiéndose extraviado cerca de Pueblo Nuevo, en el departamento de Lambayeque, entró solo a la aldea, y viéndose rodeado de un grupo numeroso de desconocidos cuya actitud ignoraba, se le ocurrió decirles: «Señores, no teman ustedes nada. He dado orden a la caballería que no moleste a los moradores pacíficos». Y sin más que esto, todos se quitaron los sombreros y con voz suplicante le dijeron: «¡Gracias, mi general!».

Algo semejante iba a ocurrir en Pisco porque aunque el coronel Zamudio había logrado reunir hasta tres mil hombres y tenía batallones que se denominaban San Martín, Sunampe, Chincha Alta y Baja, etc., su composición moral era lo que puede colegirse por los antecedentes que hemos venido reanudando; y en consecuencia bastó que el comandante

Souper se adelantara solo en su caballo, blandiendo su sable para ahuyentar sus avanzadas, y enseguida tres o cuatro disparos de la Chacabuco, para poner en fuga la numerosa caballería de los valles el día del desembarco, 19 de noviembre de 1880.

No había soltado sus anclas el Itata en el blando fango de la histórica caleta de Paracas, simple albergue de pescadores y del viento (que ahí se llama Paraca), cuando el general Villagrán enviaba el Angamos, capitán Lynch, más que a intimar rendición, a tomar lenguas de lo que pasaba en el puerto de Pisco, distante once millas al norte por la plaza. Y desde la extremidad de su muelle, obra monumental en cualquier país del mundo, fabricado en Inglaterra hace veinte años, soltaba el capitán del ágil transporte uno de sus oficiales, el teniente don Adolfo Rodríguez y éste llevaba a Zamudio la notificación de rendirse.

A tan poco cortés mensaje, el comandante general de las zonas del Pisco respondió por escrito con el siguiente heroico cartel:

«Comandancia en jefe de la plaza.

Pisco, noviembre 19 de 1880.

Al jefe de las fuerzas expedicionarias de Chile.

En contestación a su intimación verbal de la rendición de esta plaza, digo a V. S. que puede proceder a tomarla a viva fuerza, y que un solo peruano no arriará el pabellón a las huestes invasoras.

Manuel A. Zamudio».

Entre tanto había echado la O'Higgins a tierra en Paracas la compañía del capitán Rojo de la Artillería de Marina y unos cuantos pelotones de Granaderos que iban ensillando y saliendo por grupos al interior o por la playa.

Es la comarca de Pisco llana y arenosa con extensas vistas, no desprovistas de rasgos pintorescos, porque hay palmeras, viñedos y matorrales. Hacia el sur de la ciudad se dilata un árido desierto llamado la pampa de Guayurí, que va hasta Ica, comarca rica en aguardientes exquisitos, dieciocho leguas más hacia el medio día por los rieles.

Por el lado norte de la ciudad corre en lecho pedregoso y desigual, en trechos de césped y de vegas, el crecido río de Pisco, que después de abrirse paso por los desfiladeros de Humay, seis o siete leguas al interior, se derrama turbio y fertilizante, en la estación veraniega, que es la de las lluvias en la Sierra, por las haciendas de cañas y los viñedos, el maíz y los camotales.

Pocas cuadras hacia el norte, pasado el río por cómodos vados, se encuentra la espléndida hacienda de Caucato, el nombre de la tenca peruana, en cuya vecindad los peruanos

peleando como verdaderos caucatos, se derrotaron y huyeron recíprocamente en la célebre jornada de Agua Santa, en 1842.

El viejo pueblo de Pisco con sus manzanas tiradas a cordel, sus calles polvorosas, como las de Melipilla; ciudad de viñedos y arboledas, cual la última, no ostenta como lujo sino su plaza con su vieja parroquia de azoteas y cúpulas jesuíticas, y dos o tres conventos, hoy solitarios y derribados.

Se halla esta antiquísima villa sobre un alto ribazo, y el puerto propio diez o doce cuabras hacia la playa, descendiendo por una pendiente arenosa, bordada en avenida formada de raquíuticos sauces de Castilla. El puerto es miserable, con unas pocas bodegas que hacen contraste con su magnífico muelle de seis cuabras (700 metros) de largo, construido sobre elegantes y altísimas columnas piramidales de hierro. El mar es allí abierto, y tan somero que se anda muchas cuabras sobre la tosca, lamida por la paraca, antes de poder tomar un baño hasta la cintura. Ese pasatiempo es, sin embargo, peligroso, y a un soldado del 4.º que más tarde se bañó allí, por orden superior, algún bicho marítimo venenoso le picó un tendón y fue preciso cortarle una pierna. Dos de sus compañeros escaparon apenas a la amputación.

Había puesto Zamudio su cuartel general en el puerto, mientras su jefe de estado mayor Pinillos atrincheraba su cobarde gente en el pueblo viejo, y allí por sí solo, sin disparar un sólo fusilazo, se dispersó, no obstante hallarse competentemente armada.

Habría parecido paradoja decir que el comandante Souper se había tomado a Pisco, como si hubiera sido un sorbo de su rico mosto verde, pero esa fue históricamente la verdad, porque al verlo avanzar solo por la playa le dieron alcance los paisanos don Isidoro Errázuriz, don Alberto Stuen y don Daniel Cuervo, y luego ocho Granaderos al mando del alférez Ibarra. Y sin más que divisarlos, los custodios de los dos pueblos huyeron.

Poco más tarde, se incorporó a los atrevidos exploradores el capitán Rojo con su compañía, y esto afirmó la resolución de aquellos para marchar adelante.

En consecuencia, e ignorando la intimación del Angamos, acordaron Souper y Errázuriz enviar como parlamentario a don Alberto Stuen, y éste regresó ya entrada la noche con la misma altisonante respuesta de Zamudio, y con sus dos asistentes bien provistos de sabrosas gallinas que habían sacado, como para hacer irrisión a tanto cobarde, de sus dormitorios.

Y en efecto, aprovechando la noche los tres mil soldados de la zona de Pisco se escaparon hacia Humay en el más ridículo desorden, olvidando el coronel Zamudio prenda que rara vez deja en su derrota un jefe peruano, su bastón de ceremonia con empuñadura de oro que hoy con su cifra esculpida por entero -«Zamudio»- luce un caballero en las aceras de Santiago.

En las horas a que en el curso de la guerra habíamos llegado hasta las puertas de Lima, se hubiera dicho no quedaban en el Perú sino dos hombres, y éstos eran don Nicolás de

Piérola, a pesar de sus extravagancias, y el subprefecto Matute, a pesar de sus pánicos, porque éste fue al menos el único peruano que se mató por su patria o por su causa.

Según una carta enviada a La Patria de Lima por los telegrafistas de Pisco, el coronel Zamudio ordenó la concentración de las tropas en Pisco Alto a las 4 de la tarde y a las 7 la retirada, abandonando él a esa hora la ciudad en compañía del capitán de Puerto Portal, después de haber destruido éstas las embarcaciones menores de la rada y los carros de mano que sobre rieles hacían el servicio del muelle.

Averiguado todo esto por la partida de voluntarios del comandante Souper, que en la noche retrocedió por órdenes terminantes del general Villagrán hacia Paracas, avanzó toda la división en orden por la playa el día 20, y en la tarde fue a estacionarse cómodamente en los dos pueblos.

El Coquimbo y el Chacabuco pasaron a guarnicionar la ciudad propia, y al jefe del último regimiento, el enérgico comandante Toro Herrera, fue nombrado gobernador militar de la plaza.

Pisco había sido ocupado como si hubiera sido una vasija y no una ciudad.

Establecido sólidamente el general Villagrán en Pisco, con cómodo cuartel, forrajes suficientes, pan y choclos en abundancia, se prolongó la ocupación hacia el sur marchando el coronel Amunátegui con el 4.º de línea y un escuadrón de Granaderos y 4 piezas hasta Ica, cuyo suculento pueblo ocupó el día 23 de noviembre, huyendo el prefecto Villena, como huían todos, según el interesante parte oficial que se registra en el anexo.

Por el norte, el día 21 nuestros exploradores, que ahora lo eran por vía de paseo, los señores Altamirano y Errázuriz, escoltados por un pelotón de Granaderos al mando del teniente Padilla, ocuparon a Caucato, cuyos chinos sublevados pedían, como en todas partes, venganza contra sus crueles amos.

Cuatro días más tarde salían por tierra 200 Granaderos al mando del comandante Yávar con 200 infantes del 2.º a ocupar a Chincha Alta y Baja y a Tambo de Mora, que es la caleta casera de aquel valle. El ministro de la guerra, acompañado del señor Altamirano, conducía esta expedición, mientras que en el Angamos se dirigía el comandante Vidaurre, con una sección de su cuerpo (250 hombres y 4 cañones de bronce), a tomar posesión de aquel importante desembarcadero.

Se hizo esto conjuntamente con la llegada de los Granaderos por la playa, después de haber dominado las dos poblaciones mediterráneas del valle y todas sus ricas haciendas, especialmente la de Larán. Al penetrar en las calles de Chincha Alta al amanecer del 26 de noviembre, fue tomado prisionero el célebre subprefecto de Pisco Matute, y conducido este infeliz a Pisco, se degolló con una navaja en su calabozo.

El ministro de la guerra regresó a Pisco el 29 de noviembre, dejando instalada la cabeza de nuestra línea seis leguas al norte de Pisco y diez al sur de Cañete, a cargo del cuidadoso

comandante Vidaurre, y el 2 de diciembre se embarcaba con rumbo hacia Arica para acelerar la partida del segundo convoy, que ya tardaba.

## Capítulo XXI

### El ejército de Chile en Pisco

Cuando el ministro de la guerra en campaña se dirigía a Arica el 2 de diciembre de 1880 para acelerar la partida del pesado convoy que debía conducir el resto del ejército expedicionario sobre Lima (las divisiones Sotomayor y Lagos), avistaba el puerto de Pisco una escuadrilla de seis buques compuesta de tres vapores y sus respectivos remolques a vela. Era la brillante brigada Gana, la misma que nos abriría el camino de la victoria en Lurín y en San Juan, que llegaba de Arica, de cuyo puerto había partido el 29 de noviembre sin mayor embarazo. Venía el regimiento Esmeralda embarcado en el cómodo vapor Chile, recientemente comprado, el Buin en el transporte Dordrecht, a remolque del Huanay, y el Chillán, huérfano de su valeroso jefe el bravo Vargas Carampangue, muerto hacía poco en Tacna de violenta pulmonía, en el Matías Cousiño. El Carlos Roberto, vapor de la Compañía de Lota que había regresado de Pisco, conducía el lucido batallón Quillota, recientemente incorporado al ejército.

No había sido difícil despachar aquella segunda remesa de tropas, procurándoles equipo y especialmente aguada, a costa de las que aún quedaban aguardando su turno en los campamentos de Tacna. Y a la verdad, cuando el general Maturana en su calidad de jefe de estado mayor general, se dio cuenta del estado verdadero de las cosas, tuvo lugar de asombrarse de los casi irreparables daños que en materia de elementos de guerra habían causado los ahíncos de paz del gobierno y sus fatales aplazamientos. Sumadas las cosas y útiles que faltaban para equipar la mitad del ejército que aún no había emprendido viaje, resultó, en efecto, que hacían falta no menos de veintiséis mil piezas de todo género, según aparece del siguiente despacho que se mandó a Valparaíso por el cable, muy urgente, el 25 de noviembre, es decir, en la víspera de la salida de la brigada Gana:

«Intendencia general del ejército.

Noviembre 25 de 1880.

(De Tacna a Valparaíso).

Los 800 aparejos son indispensables. Aquí no hay donde buscarlos. Allá puede usted hacerlos comprar en Aconcagua y otros puntos. Los 300 caballos que pedí son para remonta. Si han venido 180, faltan todavía 120.

También se necesitan doscientos sables de caballería con tiros, dragonas y ganchos de bandoleras, quinientos portamosquetones, 600 sudaderos, 600 pares espuelas, 200 frenos, 200 cabezadas, 200 riendas largas, 200 cortas, 500 correas de valija, 500 de capa, 400 mantas de caballo, 1.300 dolmanes, 2.200 blusas de paño, 2.600 pantalones de paño, 3.300 calzoncillos, 1.200 camisas, 3.300 frazadas o mantas, 4.000 porta-capotes y ciento cincuenta arrieros con sus monturas. Todo es urgente lo mismo que lo pedido en telegrama de ayer y anteayer.

M. 2.º Maturana».

Pero la necesidad más apremiante de la situación y que el jefe de estado mayor se había apresurado a poner en conocimiento del gobierno, era el convoy de ochocientas mulas que a última hora se hacían absolutamente indispensables junto con sus aparejos para movilizar la mitad del ejército.

Dio lugar en el público este afanoso pedido a comentarios, ya dolorosos, ya burlescos, sobre la incuria en que se había vivido, y para darle cumplimiento, se hizo preciso andar arrebatando por los valles de Santiago, de San Felipe, Quillota y otros parajes, sus mulas de servicio a los infelices argueneros que reparten sus menestras a domicilio, además que en Aconcagua se compraron algunas pjaras por el precio que sus dueños exigieron y sin regatear.

Y a la verdad, aquel auxilio aunque incompleto y tardío, fue eficazísimo, porque sin las mulas de los argueneros de Renca, que llegaron a fines de diciembre a Curayaco, el ejército no habría podido marchar ni con la mitad de sus pertrechos y recursos de aquel desembarcadero a Lurín y desde Lurín a Lima.

«He sido testigo -nos decía a este mismo propósito un inteligente oficial del estado mayor, don Fidel Urrutia en carta de Tacna, diciembre 10-, he sido testigo de la actividad desplegada por nuestros directores para la movilización de este ejército; pero los refuerzos de tropa, la remisión de armamento, vestuario y equipo, ha sido tan lento, que sólo debido a esa circunstancia, se han perdido dos meses del más precioso tiempo. Verdad es también que hemos tenido que vencer la negativa absoluta del presidente para seguir adelante, pues este señor, sólo después del fracaso de las negociaciones de paz, vino a dar su asentimiento. A pesar de esto, llevamos cuerpos mal equipados y aun hasta faltos de caramayolas; verdad es que no pasan de mil hombres los que marchan en esta condición. La falta de caramayolas tal vez alcanzáramos a suplirla con medidas adoptadas por el general Maturana, quien se ha dirigido a Antofagasta, Iquique y Pisagua a fin de que le remitan ese utensilio tan indispensable en estas localidades.



El embarque de tropas, caballos y material de guerra en Arica, se ha hecho con toda rapidez y felicidad, debido en todo al contingente de buena voluntad con que ha contribuido cada uno de los encargados de ese trabajo, vigilado por el señor ministro de la guerra en campaña. Ayer, a las 7.15 a. m., se remitieron a Arica 1.500 hombres y a las 10.40 estaban ya a bordo, habiéndose embarcado a más en el mismo día 400 caballos. Esto le dará la medida de nuestro deseo para salir de estas poblaciones.

Termino ésta esperando continuarla en Lima, si la suerte así lo quiere.

En este instante acaba de fondear en Arica el vapor del norte procedente de Chimbote; confirma la noticia de la existencia de 40.000 hombres en Lima, sin la reserva, y un número de cañones que hacen subir a 200, de distintos calibres, a más de las minas de dinamita, que las hay en abundancia.

Esperamos cartas de Lima, que inspiran más confianza que la noticia comunicada por pasajeros».

Al tocar en tierra en Arica el ministro Vergara el 4 de diciembre, encontró en consecuencia allanadas la mayor parte de aquellas dificultades de detalle, que son graves en la guerra, porque en ella todo es detalle, desde el espiral del rifle que dispara, al microscópico proyectil que mata y a la caramayola que lleva la vida del soldado.

Existían fondeados en la bahía no menos de 25 buques, por mitad de vela y a vapor, siendo de notar que el ministro, sin consulta del almirante, había hecho venir del Calla el Cochrane, dejando el bloqueo confiado sólo al Huáscar, como buque de respeto. Este acto de arbitrariedad innecesaria, dio lugar a la instantánea renuncia del almirante, arranque de hidalguía y de agravio que el patriotismo por de pronto acalló. Y de esta suerte, mientras se había dejado partir la brigada Gana sin la guarda del más pequeño barquichuelo de guerra, el último llevaría de lujosa custodia los dos acorazados y la O'Higgins. El ministro de la guerra, como en señal de reto al almirante, ordenó izar el pabellón tricolor en el Cochrane, buque que eligió para su instalación, haciendo así alarde de una insignia y de una autoridad que las ordenanzas navales no reconocían ni definían siquiera.

Prescindiendo de estas contrariedades, resultado ineludible de la repartición de mandos en el manejo de un ejército que debe ser antes que todo unipersonal, el embarque de la tercera división y parte de la segunda se hizo con felicidad, orden y rapidez en los días corridos del 9 al 15 de diciembre. El comandante Latorre secundaba al ministro de la guerra en su actividad en el muelle, al paso que el general en jefe remitía en el orden debido los cuerpos expedicionarios desde Tacna.

Cupo el puesto de preferencia en el embarque al Concepción el 9 de diciembre, y enseguida desfilaron el Santiago, el 3.º, el Aconcagua, siendo uno de los últimos el Lautaro y los cuerpos que llegaban recientemente del sur, como el Curicó y el Valparaíso.

El 15 de diciembre, cuando se cumplía un mes cabal de la partida de la división Villagrán, comenzaban a moverse en una imponente masa los veinticinco buques del último convoy; y como nada da una idea más gráfica de las emociones y episodios de tan solemne acto, los adioses de un pueblo, que aquellas impresiones recogidas al doble vaivén del alma y de la quilla por alguno de los noveles y entusiastas expedicionarios, copiamos del diario de un joven capitán del regimiento Valparaíso, que iba en la fragata Norfolk, los siguientes pasajes, que desde su llegada a Pisco nos enviara:

«A la 1:15 p. m.- Blanco disparó un cañonazo.

2 p. m.- Lamar deja su fondeadero y remolca a la barca Orcero.

2:20.- Copiapó remolca Norfolk. Amazonas deja su fondeadero.

2:25.- Paita remolca a Julia. Inmenso gentío en el Morro. Todas las bandas rompían los aires tocando Canción Nacional e himno de Yungay. En los semblantes de todo el Regimiento Valparaíso se nota la alegría y contento por ver confirmadas en un hecho sus más ardientes aspiraciones. Esto es probar que son o serán dignos de admiración, como sus émulos los batallones Valparaíso del 39 y 79.

2:28.- Luis Cousiño remolca la fragata Giuseppe Murzi.

2:35.- O'Higgins deja su fondeadero.

2:36.- Blanco dispara otro cañonazo.

2:37.- Cochrane principia a moverse.

2:38.- Deja su fondeadero y pasa por estribor de nosotros. Infinitas chalupas y botes cruzan la bahía.

2:39.- Huanay deja su fondeadero, lleva la insignia de la Cruz Roja al palo mesana, pasa por babor de toda la flota, ya formada en dos líneas. Todos los buques que están en movimiento pasan por la proa del Copiapó.

2:40.- El Cochrane a distancia de un cable pasa con su majestuoso andar por estribor de la Norfolk.

2:42.- Santa Lucía remolca a Juana.

3.- Huanay vuelve a su fondeadero y se aguanta sobre su máquina.

3:01.- Blanco iza señales y se pone al habla con el Paita.

3:02.- Se divisa el tren que parte de Arica con dirección a Tacna con un numeroso convoy de carros, tal vez conduciendo al batallón Rengo que acababa de llegar de Iquique en el Amazonas.

3:03.- Norfolk iza señales pidiendo agua.

3:08.- Copiapó silva de un modo significativo.

3:10.- Con el antejo de a bordo diviso una gran muchedumbre en el muelle, tal vez se despiden del cuartel general. La extensa y mal resguardada bahía de Arica va quedando solitaria de buques, se ve sólo al pontón Valdivia, pintado de plomo, como un testigo que presencia la partida del convoy.

3:15.- Todos los oficiales del regimiento bailan de contento en la espléndida cubierta del buque que nos conduce al campo de la gloria.

3:41.- Se desprende un bote de estribor de la Norfolk, va el capitán en busca del vapor aguador.

4.- Blindado Cochrane iza señales, son contestadas por la O'Higgins.

4:01.- Llega el capitán a bordo precedido del vapor aguador.

4:06.- El vapor aguador llega al costado de la Norfolk y dice: '¡no hay agua!'.

4:30.- Pisagua remolca a Avestruz.

4:50.- Barnard Castle remolca a Lota.

5:40.- Chile se larga de su fondeadero y remolca a Humberto 1.º

5:50.- Limarí remolca a Excelsior.

5:55.- O'Higgins remolca a barca Wilhelm.

6.- Nos ponemos en movimiento rumbo SE. En este movimiento nos ponemos frente al Morro y divisamos a la población toda embanderada. Las bandas rompen los aires con la polka guerrera La Victoriosa.

6:35.- Copiapó remolcando a la Norfolk toma rumbo al O.

6:40.- Es imponente ver en este momento una flota compuesta de 22 buques en movimiento».

En medio de alegres vítores de adiós a aquella tierra de espera, simple alojamiento de una campaña hecha en carreta, y haciendo resonar el aire, cubierto de penachos de humo, los parches y los bronces de las bandas, junto con los estridentes silbidos del vapor, se lanzó a la mar el convoy, alumbrado por espléndida luna, como el primero, y una vez acollarado con sus remolques avanzó hacia el oeste, con mar tranquila pero boba, en el orden siguiente:

El general en jefe se había embarcado en el Chile a las 2 de la tarde con el cuartel general, y es fama que al imprimir la máquina su primer vuelco al barco que partía, exclamó aquél sin rebozo: «Al fin se acabó el telégrafo... Ahora mando yo!». Tal había sido la anómala, extraña y casi inverosímil tutela en que se había mantenido para las cosas más simples y no necesitadas de consulta, al general en jefe que sin ayuda de nadie, excepto de su ejército, había dado a la república tres de sus más gloriosas victorias.

Iban embarcados ahora en el tercer convoy tres generales, un vicealmirante, un ministro de la guerra en campaña, un intendente general (cada cual en buque aparte), 94 jefes, 621 oficiales y 12.784 soldados, unos catorce mil hombres, contando con el servicio sanitario que navegaba también en buque separado (el Paquete del Maule).

Conducía también el convoy los parques divisionarios del ejército y el parque general (unos doce mil bultos con nueve millones de tiros de fusil) y además 1.475 caballos y 420 mulas. Un buen número de éstas había llegado en la fragata Otto, fletada por la activa intendencia general de Valparaíso, y pertenecía a la misma prorrata callejera de los primeros días de diciembre, operación de guerra que hizo encarecer las frutillas de Renca por falta de vehículo...

Con la blandura del clima que es propia del mar del sur en sus trópicos, desde que el viento de su nombre, que es recio en las costas de Chile y allá lánguido y tibio, se desata de sus cavernas del polo, se hizo aquella tercera navegación tan tranquila, rápida y feliz como las dos primeras.

El 16 y el 17 hubo una mar boba que mareó la gente; pero en la tarde del último día, el viento enderezó las quillas, y la alegría, las músicas y los bailes se improvisaron sobre todos los puentes. El bravo Dardignac, que iba en el Santa Lucía con su cuerpo (el Caupolicán) hombre de salón, de guerra y de todo, no soltaba la vihuela, cantando ya plañideras coplas, ya cantos y bailes nacionales, como el capitán Ibáñez en el primer convoy. Ambos iban a morir...

«Nuestro hermoso convoy -decía uno de sus tripulantes instalado en el Cochrane- continúa hoy día 18 de diciembre en mar y cielo favorables. Sopla una ligera brisa que apenas alcanza a hinchar las velas de los transportes, y los cascos de las naves se destacan en un horizonte claro y despejado.

¡Qué días, qué noches son las de esta benigna región y en estas circunstancias!

Antenoche paseaba el Cochrane los vivos torrentes de su aparato eléctrico, y era hermoso el efecto que hacían los buques, el mar y el cielo envueltos en la combinación fantástica de la luz artificial con los suaves fulgores de la luna de los trópicos.

Y bajo este velo de poesía y de encantado silencio, ¡cuánta fuerza varonil, cuánto esfuerzo poderoso de una nación, cuánta maravilla de previsión, vigilancia y organización, cuánta y cuán activa vida en los espíritus y en los corazones!

Muchos son, sin duda, en esta ciudad flotante de quince mil hombres, los que van acercándose a la interesante capital peruana con el pecho lleno y agitado exclusivamente por las impresiones del peligro, de la ira, del deber y de la esperanza de un momento; pero la solemnidad histórica de estos días se impone irresistiblemente a toda alma capaz de sentir y de recordar, y forma en honor nuestro como una segunda atmósfera que conservará sus colores y su brillo al través de los siglos».

A las cuatro de la tarde de ese mismo día (18 de diciembre) se adelantaron como, en el caso del primer convoy, los buques ligeros de la escuadra, la O'Higgins, el Chile, el Paita y el Amazonas, y a las once de aquella noche echaban sus anclas en la rada de Pisco. El Cochrane los había precedido algunas horas, y se encontraba en su fondeadero desde las cuatro y media de la tarde. Al día siguiente, muy de madrugada, toda la flota penetraba por el boquerón de San Julián, después de una noche fresca hasta ser helada, y se dirigía a formarse delante de Pisco para desde allí emprender en aquel mismo día o el siguiente la última jornada.

A esas horas y un mes justo después del arribo de la primera expedición al puerto en que San Martín desembarcara hacía sesenta años con cuatro mil aliados, veinticinco mil chilenos alistaban sus armas para llevar el castigo y la victoria, por la tercera vez en un siglo, a la insensata y provocadora capital de sus más irreconciliables y antiguos enemigos.

## Capítulo XXII

### El ejército de Chile en Curayaco

Graves sino inesperadas desazones aguardaban al general en jefe al llegar a Pisco con el tercer convoy del ejército que comandaba en la madrugada del 19 de diciembre de 1880.

Había sido punto convenido y ordenado de su plan de operaciones, inciertas todavía en gran manera, que en la víspera o antevíspera de su partida de Arica con la mitad del ejército, la división Villagrán, acantonada en Pisco desde hacía un mes, se movería por tierra hacia Chilca, puerto señalado, aunque no de una manera absoluta, para el desembarco general, situado diez leguas al sur de Lima y el Callao.

En consecuencia, el general Villagrán debía haber emprendido su marcha por el pesado camino de la costa el 13 de diciembre, a fin de encontrarse, después de quince o veinte esforzadas jornadas por los médanos en la playa de Chilca y hallarse así en aptitud de sostener el desembarco total del ejército.

Semejante medida no correspondía a la verdad a ningún propósito eficaz de estrategia, porque desde que teníamos el dominio absoluto del Pacífico y de todas sus caletas, hasta el Callao, como lo probaba el bloqueo, y hasta Paita, según lo había demostrado la expedición Lynch, no se presentaba ninguna razón suficientemente autorizada de estrategia que aconsejara hacer marchar fatigosamente por el desierto 8.500 hombres, un verdadero ejército de las tres armas, para ocurrir al desembarco y desfile de otro ejército.

En diverso sentido, era evidente que los peruanos fiaban toda su defensa a sus reductos en torno a Lima; y si en un largo mes, después del torpe y cobarde desamparo de Pisco y de su rica comarca, no habían tomado el campo contra una sola división repartida en las treinta leguas que corren de Tambo de Mora a Ica, ¿emprenderían ahora la menor agresión contra todo el ejército reunido en un solo puerto al abrigo de sus naves?

Era evidente que no.

Y, por consiguiente, aquella marcha impuesta a la 1.<sup>a</sup> división por un territorio inclemente, sin aguadas, sin recursos, excepto en el valle intermedio de Cañete, y expuesta a continuos asaltos de montoneras, era sólo un lujo costoso de precaución militar, según el hecho lo dejó enseguida demostrado a costa de las fatigas del pobre soldado, jinete e infante. En todo caso habría sido sobrado que un regimiento de caballería, con unos cuantos fusileros a la grupa y un pequeño transporte a la vista hubieran ejecutado aquella operación, siguiendo el camino de la playa.

Mas no porque estas reflexiones sean evidentes, debe entenderse en la rígida compaginación de la milicia y de la historia que tal movimiento no debió ejecutarse desde que estaba ordenado y convenido. Todo lo contrario. Mayores que hubieran sido los obstáculos, deber obvio del comandante general de la primera división era haber obedecido sin vacilar, porque esa es ley ineludible de la guerra. Y si bien es cierto que el general Villagrán comenzó a ejecutar su movimiento adelantando desde Pisco la brigada Lynch el día convenido, que fue el 13 de diciembre, es también notorio que se sometió a este orden con desembozado desabrimiento, declarando que aquella marcha era un absurdo, y aun dejando una protesta escrita por los fracasos que su sumisión pudiera acarrear a sus fuerzas.

Por manera que si hubo culpa militar en el general Villagrán (y en nuestro concepto la hubo, por más que participemos de su opinión sobre aquel movimiento), no fue obra de desobediencia, como se ha dicho, sino de mala voluntad, o según es más exacto decir, del

secreto antagonismo que en su pecho existía desde antiguo contra el general Baquedano, por amargas querellas de preeminencia y de oficio que estallaron entre uno y otro durante la administración Errázuriz, parcial en todo al último. Y aquella divergencia de posiciones y de miras que debería producir uno de los más penosos incidentes de la campaña, cual era un asomo de discordia a la vista del enemigo, no fue en el fondo de las cosas humanas sino el resultado lógico e imposible de evitar del atolondramiento (si es que no militaban peores y secretos propósitos), con que se había rodeado a última hora al general en jefe de un grupo de oficiales de alta graduación, que él no sólo no había solicitado, sino que con militar franqueza declaró no necesitar para su último esfuerzo. El general Baquedano acostumbraba decir sin reserva que con «sus coroneles» tenía de sobra para tomar a Lima. Y tal era la verdad y fue el resultado.

De todas maneras, dio muestras de viva contrariedad e irritación de ánimo el general en jefe al tener conocimiento en la rada de Pisco de lo que ocurría, y poco más tarde escribió al gobierno un despacho haciéndole saber que aquella circunstancia le obligaba a modificar su plan de operaciones. En consecuencia, y como la brigada Lynch se había ya movido, y ese mismo día debía hallarse por Cañete, ordenó al general Villagrán telegráficamente, contramarchase desde Tambo de Mora a Pisco por tierra con la brigada Amunátegui, y mientras esto se verificaba, recibía a bordo de sus buques durante el día 19 y parte del 20 la brigada Gana que pertenecía a la 2.<sup>a</sup> división y la completaba.

A las 2 p. m. del último día se hallaba terminada esta operación, y al ponerse en franquía la escuadra por la tarde del 20, avistaron por el boquerón de San Gallán los humos del transporte Itata que llegaba conduciendo directamente de Valparaíso el primer regimiento de artillería a las órdenes del comandante don Carlos Wood y desde Arica el batallón Melipilla, comandante Balmaceda.

Con este refuerzo, el ejército expedicionario sobre Lima subía a 26 mil hombres efectivos, y el que ahora se dirigía al puerto vecino de Chilca, navegación lenta de una noche, constaba de 19 mil soldados de las tres armas embarcados en treinta y cuatro transportes que navegaban majestuosamente al norte, desde las siete de una noche diáfana, víspera del día en que la luz alcanza mayor duración en el estío, y en la forma siguiente:

De madrugada al día siguiente, 21 de diciembre, se hallaba aquella flota cuyas quillas y cuyos humos los expedicionarios no podían menos de contar y recontar con orgullo desde su borda, a la vista de los pardos farellones de Chilca, en una costa profundamente desgarrada, llena de caletas más o menos seguras, y que en aquellas horas la bruma matinal envolvía en propicio manto de confianza y de reposo.

«A las diez de la mañana -refiere a su diario el corresponsal del Mercurio de Valparaíso, en carta de Chilca de aquel día- aclaró el horizonte, y se dejó ver a nuestra izquierda un grupo de cerros de variadas formas, que bajan, en partes, en suave pendiente hasta el mar, formando una especie de anfiteatro. Uno de los más avanzados morros es la isla de Chilca, tras de la cual se halla el puerto, pequeño pero abrigado y cómodo.

La soledad y el silencio reinan en toda la comarca, algunos creen divisar en los cerros uno que otro fugitivo.

El Blanco, seguido de los buques de guerra con sus remolques, llegan al frente del puerto y echan sus botes al mar con el objeto de rastrear en busca de torpedos.

Los demás buques van arribando uno tras otro y aguantándose sobre las máquinas, a alguna distancia».

A mediodía en punto toda la escuadra echaba sus anclas frente a Chilca, después de haber explorado el Blanco y sus consortes de guerra el puerto y sus inmediaciones. Al mismo tiempo, y por indicaciones de un pescador italiano llamado Agustín Raineri, natural de Milán, y antiguo marinero del Tibre, que hacía dos meses había salido de Chilca en circunstancias singulares de que más adelante daremos noticia, el Cochrane se adelantó a reconocer las pequeñas bahías gemelas de la Chilca que se extienden en un espacio de diez a quince millas hasta dar frente, por el norte, cerca de los islotes llamados de Pachacamac, al valle de Lurín. Esas caletas se llaman sucesivamente Cruz de palo, Cruz de hueso, Curayaco (que en indio querría decir corral de piedra) y por último una pequeña ensenada que por su oficio denominan los lugareños «caleta de pescadores», junto a la boca del río Lurín.

Mucho se ha hablado y aun levantado la voz con vanagloria sobre los exploradores que «descubrieron» aquellas caletas, como si éstas no hubiesen existido a la vista y en las cartas y en el continente, probablemente desde la formación del mundo y en noticia de todos los navegantes y pescadores que en ellas desde edades inmemoriales traficaban o vivían.

Mientras el Cochrane hacía aquel sencillo reconocimiento hacia las caletillas del norte, al caer la tarde desembarcaba en Chilca el infatigable comandante Stuken, vanguardia del ejército, acompañado del animoso corresponsal del Ferrocarril don Eduardo Hempel, y seguidos de un piquete de 25 hombres del Bulnes, estos gendarmes del ejército, que al mando del teniente Bravos eran escolta de aquéllos echaron a la playa como en tierra amiga un rato más tarde, fueron a tomarse el pueblo de Chilca, por el estilo que el primero se había tomado todos los de Lambayeque y Pueblo Nuevo, a título no de ingeniero sino de «general inglés».

Entre tanto el Cochrane, llevando a su bordo al ministro de la guerra, había adelantado su reconocimiento hasta la boca del río de Lurín, sin distinguir, como Stuken, ni rastro del enemigo, ni una carpa, ni una mula, ni un humo.

«Al fin -dice una relación prolija de aquellas operaciones de mar-, después que cruzan varias veces los botes entre el Cochrane y el Blanco y que el almirante va en persona a conferenciar con el ministro, el Cochrane avanza a la 1 p. m. hacia el norte, en dirección al grupo de las islas de Pachacamac, medio perdidas todavía en la neblina.

La lancha a vapor del Blanco se hace cargo del reconocimiento de las caletas.



A las 5 p. m. se halla de nuevo el Cochrane en su fondeadero.

Del resultado del reconocimiento, se ha podido averiguar hasta aquí, con seguridad, lo siguiente:

El Lurín desemboca frente al grupo pintoresco de las islas de Pachacamac; entre éstas y el continente hay espacio y fondo suficientes para los buques, y en días buenos, es posible desembarcar en la playa abierta.

El valle no puede tener, hasta donde alcanza la vista, menos de 2.500 a 3.000 metros de anchura; ostenta abundante y lozana vegetación; y es formado al norte y al sur por alturas que van subiendo de la ribera, en la misma forma anfiteatral que hemos observado desde Chilca, y que quedan bajo los fuegos de la escuadra.

Entre grupos de árboles, asoman en el fondo del valle y en las faldas de las colinas que lo cierran por el sur, edificios de haciendas y del pueblo de San Pedro de Lurín, y a lo lejos, río arriba, aparece entre la niebla un cerrito oscuro en forma de cono.

En toda la comarca no se han descubierto enemigos, y en cuanto ha sido posible apreciar habría sido inútil cualquiera tentativa para impedirnos el acceso al río.

Las posiciones que hubiera podido ocupar el ejército peruano, cerca del mar, habrían quedado expuestas a ser evitadas o envueltas por el interior del valle y flanqueadas a la izquierda por la escuadra.

Este reconocimiento ha tenido por primera y más importante consecuencia el abandono del propósito de efectuar el desembarco por el norte.

La marcha por el sur es más larga y obligará al ejército a maniobrar cuidadosamente para ocupar las líneas de ataque contra la ciudad; en cambio, vemos el camino expedito y franco ante nosotros y tendremos tiempo para concentrar las fuerzas y organizar el avance.

Así, pues, adelante por Lurín, llevando al frente la caballería a fin de encubrir nuestros movimientos y observar los del enemigo y oblicuando firmemente sobre la derecha hasta llegar a la altura del norte de Lima y cortar al dictador los caminos de la retirada.

¡Adelante!

Un cañonazo que el Blanco disparará mañana a las 4 a. m. será para los buques del convoy la señal de abandonar el fondeadero y de dirigirse a la Cruz de Palo y Curayaco, en donde tendrá lugar el desembarque».

Todo esto había tenido lugar el 21 de diciembre, frente a la costa de Chilca, y a la vista de Lurín, es decir, frente a Lima, el día 21 de diciembre, y era notoria a todos la vacilación de

los ánimos a bordo, porque, según antes dijimos, no había ni podía haber un plan definitivo de desembarco y de campaña acordado de antemano.

Chilca había sido señalado por el general en jefe desde el mes de julio como el objetivo más cercano de aquella evolución y este mismo itinerario marcaba en su croquis el estado mayor que presidía el general Maturana.

Pero se hablaba también de Ancón, y aun se dijo que en aquel día el ministro de la guerra había insinuado la conveniencia de dirigirse en demanda de aquel desembarcadero, lo cual era sencillísimo. Sin embargo, semejante maniobra habría dejado aislada la brigada Lynch que avanzaba lentamente por tierra, al paso que descubría de lleno la flaqueza estratégica de la operación terrestre que se había encomendado al general Villagrán y que éste por fortuna había sólo cumplido en parte.

Resuelto ahora a firme el desembarco en las caletas meridionales del departamento de Lima con el propósito inminente y esencialísimo de tomar posesión del hermoso valle de Lurín y allí concentrar y reorganizar el ejército para las jornadas definitivas, comenzó el desembarco en la caleta de Curayaco, no sin los tropiezos que el cambio continuo de los transportes en su itinerario y en su posición debía originar. Había cabido a la brigada Gana, como a la más descansada del mar, el honor de desembarcar la primera y marchar inmediatamente a posesionarse de Lurín que distaba de aquella caleta de tres a cuatro leguas de camino pesado y medanoso.

«La nave almiranta -dice la relación que hemos venido citando en el presente capítulo- apareció, cuando hubo luz el día 22, fondeada frente a Curayaco, y los buques del convoy que se hallaban agrupados más al sur, frente a Chilca, se encontraban entregados a la sola inspiración del buen sentido de sus capitanes y tripulantes.

Poco a poco, avanzan en dirección al Blanco y las caletas del norte.

A las 8:30 a. m., el grupo se encuentra al frente de la Cruz de Palo.

Durante algún tiempo, buques y embarcaciones menores bogan un poco desorientadas; pero el orden se establece al fin, y a las 8:30 se desprende de la Magallanes la primera lanchada del regimiento Chillán.

Continúa desembarcando tropa del Esmeralda, del Abtao y la Elena, chillanejos de la Magallanes y el Angamos y algunos buines de la Inspector.

Estas fuerzas pertenecen a la brigada del coronel Gana (1.<sup>a</sup> de la 2.<sup>a</sup> división).

La caballería de esta misma división comienza a salir de la Excelsior y de la Orcero.

No mucho después de las 10 a. m. se ven formando sus compañías sobre un elevado faldeo al Chillán y al Esmeralda.

A mediodía avanzan estos cuerpos por el camino que conduce al norte sobre la primera corrida de bajas colinas, presentándose a trechos y desapareciendo a trechos a nuestra vista. En la caleta de Curayaco se detienen y establecen su campamento, del cual se dirigen a la playa y a los cerros inmediatos enjambres de soldados.

Estos movimientos lo mismo que los de la bahía, son observados desde las alturas que cierran por el sur el valle de Lurín por una avanzada enemiga, que se mantiene en ese punto hasta puestas de sol, hora en que marcha en esa dirección el primer piquete de Cazadores a Caballo.

En la segunda parte del día, se interrumpe el desembarque de la brigada Gana, porque faltan al Buin algunas caramayolas, que se le distribuirán a bordo, y bajará el 3.º de línea entero y parte del Lautaro, regimientos que pertenecen a la brigada Barbosa.

Viene la noche quedando en tierra unos 3.500 hombres de infantería y más de 100 jinetes».

No era en manera alguna escaso el número de soldados echados aquel día a tierra, visto que todos los que desembarcaban tenían que desfilar por una tabla; y éstos a la verdad sobraban para cualquier emergencia de aquel día. Mas atribuyendo falta al almirante en este servicio, el ministro de la guerra, que no daba pruebas de prudencia y parecía ya carta de más en aquel juego, le envió una nota de reconvención que ahondó sin justicia los recelos y las divisiones. El ministro Vergara había prestado indudablemente servicios señalados a la campaña, pero desde que el ejército iba a entrar en operaciones puramente militares, que necesitaban la más absoluta unidad y responsabilidad de dirección, su puesto evidentemente no era aquél, y él mismo tuvo ocasión de conocerlo así prácticamente más tarde.

En Arica, como intermediario entre el gobierno y el ejército, su desempeño habría sido más útil, más alto y evidentemente más conforme a su estatuto. En ningún país del mundo los ministros de la guerra hacen campañas, y esta innovación ha sido una singular costumbre y aberración constante del sistema militar de Chile durante la última guerra. Por lo demás, la acusación de morosidad contra el almirante era completamente injusta, porque dadas las condiciones naturales y náuticas del desembarcadero, no era posible haber hecho más; y si habían ocurrido entorpecimientos inesperados como el no desembarco del Buin, a causa de no llevar caramayolas suficientes, no era ciertamente al jefe de la marina a quien semejante responsabilidad cabía.

Entre tanto, aquella misma noche el coronel Gana formó su valiente brigada en una loma fuera del alcance del puerto y en un compacto cuadro, porque no se sabía a punto fijo si el enemigo se hallaba o no en fuerza en Lurín, como la más vulgar previsión lo habría hecho esperar. La verdad era, entre tanto, que los peruanos nos habían cedido sin disparar un fusilazo el valle de Lurín, que era posición formidable contra un ejército que llegaba sediento, como nos habían cedido antes el ferrocarril y las aguadas de Pisagua al desembarcar en Tarapacá y como nos habían cedido el ferrocarril de Moquegua y el

delicioso valle de Ilo al desembarcar en Pacocha... Ilusión fantástica de la esperanza parecía aquel don, pero era entre tanto la realidad del miedo, de la incuria, de la decadencia visible de una nación que iba cayendo en escombros bajo la tosca suela de las botas amarillas de nuestros soldados.

Al regimiento Buin, había reemplazado en el desembarco el regimiento 3.º, no menos famoso y eficaz, y es preciso no echar en olvido la causa de este cambio a la vista del enemigo: la falta de caramayolas en aquel cuerpo que era considerado sin embargo como de preferencia... ¿Cuál sería la condición de los otros?

Vigilante y sin apearse del caballo pasó aquella noche el coronel Gana, que era novicio en las peripecias de la guerra, más no en su arte como antiguo alumno de Metz y jefe del cuerpo de ingenieros. Lo rodeaban sus tres jefes divisionarios: Gutiérrez del 3.º, Holley del Esmeralda y Guíñez del Chillán. Cien cazadores habían marchado adelante llevando la descubierta, al mando del mayor don José Francisco Vargas, acompañado este del comandante Letelier.

Aunque no tenía órdenes muy precisas, el comandante general de la 1.ª brigada de la segunda división, en ausencia de su jefe superior (el general Sotomayor), que aún no había desembarcado, creyó prudente levantar su campo a la una de la noche y marchar cautelosamente sobre Lurín, siguiendo en la oscuridad la línea de los postes del telégrafo.

Al amanecer, el mayor Vargas le envió aviso de que se avistaban enemigos y con esto redobló su marcha. Pero era sólo la guerrilla de la zona de Lurín que mandaba el «cholo Miranda», un verdadero palangana de Lima, que después de hacer disparar a su gente sus carabinas a largo tiro de cañón (a tres mil metros), torció bridas y galopando por la Tablada fue a rematar su caballo junto a la tienda de «su patrón» y jefe el dictador, a la sazón en «Villa», que para el caso debió tener la agregación de «Diego»... Probablemente el cholo de Lima iba en busca de su «Chepita».

En consecuencia, a las 9 de la mañana del 23 de diciembre el coronel Gana se posesionaba tranquilamente de Lurín, donde no encontró sino unos pocos chinos libertos de las haciendas allí vecinas. El alférez Harrington, de Cazadores a caballo, soldado voluntario del Cabo de Buena Esperanza, persiguió buen trecho con su mitad al alígero señor feudal de la zona militar de Lurín.

Al mismo tiempo que recibiera el aviso del mayor Vargas sobre la posibilidad de una resistencia, que era tan natural suponer en las escarpadas riberas del río, si más no fuese para prolongar la punzante sed del invasor, la transmitió al coronel Gana al cuartel general por vía de precaución. Y cuando esta vaga noticia, traída a galope tendido por el bizarro cirujano Llausás, que pagó algo más tarde el tributo de su noble y juvenil vida a sus fatigas, llegó a Curayaco, se suscitó extraño alboroto y ansiedad en el campamento. Comenzó a decirse que la brigada Gana, que a esas horas almorzaba los toros bravos de Miranda cazados a bala y exquisitas cazuelas en los gallineros de Lurín, había sido temerariamente comprometida, y el general Sotomayor partió a escape con refuerzos, solicitando el inmediato envío de cañones. Nuestros jefes no acababan de conocer todavía a los peruanos.

Continuaba, entre tanto, en Curayaco el desembarco con mayor actividad durante todo el día 23, y en los subsiguientes del 24, 25 y 26, y a medida que los cuerpos descendían a tierra eran despachados con más que regular premura y poco rancho hacia Lurín. Toda la artillería de campaña quedaba a bordo.

El 23 por la noche marchó hacia el interior el regimiento Curicó desembarcado en esa tarde, pero extraviado en la oscuridad, y como si todavía se hallase sometido a la influencia del mareo, describió un círculo en redondo, de suerte que cuando creía su jefe descender al oasis de Lurín notó con asombro al segundo día que había regresado a Curayaco...

El 24, víspera de Navidad, desembarcaron el regimiento Valparaíso y los batallones Naval, Bulnes, Victoria y Caupolicán, así como los arrieros y sus mulas para el acarreo de víveres, y el 25, día de íntimas alegrías y recuerdos, el cuartel general y la mayor parte del ejército celebraba las memorias de la patria ausente en el pintoresco valle y caserío que su incansable buena estrella les había deparado. Sin metáfora había podido decirse que la estrella de los reyes magos conducía a los chilenos a la ciudad de los reyes.

Y, en efecto, en ese mismo día hacia la una de la tarde desfilaba por delante de las arboledas de Lurín, montada en abigarrada caravana de asnos, a la manera de los peregrinos de la Tierra Santa, una muchedumbre de gente que apenas dejaba ver por entre el denso polvo que les cubría sus arreos militares. Era la cabeza de la división Lynch, que después de una marcha de doce días (del 13 al 25 de diciembre) llegaba de Pisco, habiendo recorrido sin mayores contratiempos, pero con innecesarias fatigas un desierto de más de 30 leguas a lo largo de la costa.

## Capítulo XXIII

### La marcha del Príncipe rojo de Pisco a Lima

Forma la distancia de 50 leguas que separa los valles de Pisco y de Lurín un árido desierto de arenas muertas, que el viento arrastra lentamente describiendo montículos de caprichosa forma llamados médanos. Fue en uno de éstos, un poco al sur de Pisco, donde naufragó en 1823 el escuadrón de Granaderos a caballo que el coronel Lavalle salvó de la rota de Torata, y todavía las osamentas de sus jinetes señalan al viajero su fatal itinerario.

En el primer tercio del camino se encuentra el valle de Cañete, doce leguas peruanas distante del de Pisco, y enseguida más hacia Lima, los oasis más bien que valles de Asia y Mala, donde don Francisco Pizarro tuvo su célebre conferencia de engaño con el incauto y generoso Almagro. En estos dos últimos lugarejos sus escasos pero pacíficos habitantes

viven de sus sembradíos cuando el agua de la sierra llega hasta sus páramos. Son terrenos de temporada y de chacarería, y hace cuarenta años vivía ahí en humilde condición de albergador de viajeros un tío del general en jefe del ejército chileno, y que si nuestra memoria no nos es esta vez infiel, tuvo su propio nombre.

Más allá de esos parajes se dilatan las montuosas haciendas de secano, pobladas de bosques de árboles espinosos, como la antigua Colina en Chile, llamadas de Retes y Bujama, famosas por sus toros bravos del Acho émulos de los que el «cholo Miranda» trajera de los cálidos valles toledanos que el Tajo riega y encoleriza.

Pasa el viajero desde allí a las lomas medanosas de Chilca, villa situada en una hondonada pero que tiene hermosa iglesia, en otros años opulenta en joyas y hoy en harapos, y un poco más hacia el norte, siempre por camino enjuto, agrio y penoso, se desciende al valle de Lurín, que reverdece de caña y alfalfa, de menestras y camotales.

«La travesía de Chilca a Cañete -decía el propio autor de este libro, haciendo en la hora oportuna el resumen de las marchas que iba a emprender infructuosamente, a su sentir, parte del ejército-, travesía que nosotros hemos recorrido en un esforzado día a caballo, es penosa, pero es comparativamente corta y llevadera. Por el contrario, la de Cañete a Lima es prolongadísima, abrumadora, y si no fuera emprendida contra peruanos podría ser hasta peligrosa para las columnas que marchan por la ardiente arena, agobiadas con el peso del fusil, del morral, del abrigo y de la caramayola, que es preciso rellenar a cada etapa, sin saber en dónde. Lo único que refrescará al soldado en esa dura travesía es la proximidad del mar y la vista constante de los transportes en que más felices compañeros adelantarán alegres sus cómodas jornadas.

Encontrarán los expedicionarios de la división Villagrán, su primer refrigerio contra la sed y el calor después de abandonar los caseríos civilizados de Cañete, en el valle de Asia, oasis de temporada, cuyos escasos habitantes han podido seguramente en la presente estación, a causa de la abundancia excepcional de las aguas, cultivar sus chacras de camotes, de zapallos dulces y de yucas en más que regular acopio. Como de costumbre, el enemigo, que ha podido talar el campo hasta reducirlo a pavesa delante del invasor, lo habrá dejado también intacto. Por todos caminos, después de una esforzada marcha de cinco leguas peruanas, el ejército chileno habrá encontrado en Asia un poco de agua para reponer sus caramayolas y sus estanques de hierro, si el general Villagrán ha logrado llevar éstos consigo. Por lo demás, Asia no es un emporio, sino un pobre aduar de indios labradores, que viven de las clemencias del cielo cuando en la sierra llueve y ‘corren las quebradas’. Cuando esto no sucede, la mayor parte de los habitantes emigran a Cañete, ‘tierra de promisión’.

Entre Asia y Cañete existe, en un desfiladero que el mar corta a pico, un cerro arenoso, y de los flancos de éste ruedan galgas enormes. Es éste el célebre Malpaso, terror de los viajeros. Lo atravesó en noche de densa oscuridad un viajero chileno que había salido de Asia con los huesos molidos de cansancio a la una de la mañana, y cuenta él que en silenciosa caravana y junto a una dama que, como todas las peruanas, dignas descendientes en esto de las Amazonas que descubrió Orellana, iba jinete a horcajadas, cual los hombres, en brioso

palafren de sutil paso, y platicando las cansadas horas de la noche, como Ercilla y sus castellanos cuando les contaba en Arauco la historia y el dolor de Dido, le dijo aquella:

-Si hubiera luz no iría usted tan sereno. La mar ha cortado todo el cerro que llevamos al costado, dejando grandes trozos volados de donde solas se desprenden grandes piedras que matan a los animales y también a los pasajeros, siendo todo el espacio que hemos andado del aspecto más horrible».

Otras cinco leguas peruanas (cerca de siete de las nuestras) han conducido a los chilenos al valle de Mala, que no es malo, sino al contrario, un paraje encantador en que los habitantes descansan de sus menudos afanes de labranza a la sombra de verdaderos bosques de naranjos y limoneros. Mala es una especie de Chíncha en miniatura, pero en tan reducidas proporciones que bien pudiera caber todo su panorama dentro de la tela de un cuadro de cortas dimensiones o en el foco opaco de una máquina fotográfica. Antes dijimos que allí viviera un tío legítimo del general en jefe de nuestro ejército que se enamoró de aquellas sombras, y puso, en medio de la genial incuria, un pequeño negocio de que vivía auxiliado por la azúcar de Montalván. Su paisano y su huésped de alojamiento, el general O'Higgins, le vendía ésta con buena cuenta o a su paso se la obsequiaba.

Andando en lo montado y en buena mula de paso se llega en tres horas de Asia a Mala.

Las jornadas de Asia y de Mala serán, a pesar de todo, las menos duras y las más socorridas para nuestro ejército, porque en el último de aquellos valles comienzan propiamente las arenas muertas que los vientos furiosos, las paracas del estío, arrancan a los médanos y van esparciendo en blandas y sueltas fajas por todo el trayecto hasta la caleta de Chilca y enseguida hasta el angosto valle de Lurín, y más allá hasta el Morro Solar, a cuyo pie septentrional está Chorrillos, comenzando allí mismo la planicie y el cultivo del valle del Rimac.

Chilca no es, como Asia, un sembradío, ni como Mala un oloroso y fresco bosquecillo, sino una mísera caleta de pescadores, y un poco más hacia la tierra una aldea de tejedores de sombreros y de cigarreras, que vive de esta renombrada industria, cultivando el fino esparto en enjutos, reducidos y salobres lagunatos. La caleta es abrigada pero reducida, y Piérola ha pretendido fortificarla para darnos el placer y la ventaja de un pequeño Pisagua. La aldea o ranchería de los indios tejedores dista unas pocas cuadras de la lengua del agua, y todos los viajeros que por allí para su mal han transitado están de acuerdo en declarar que en ninguna parte del mundo han visto un lugar más miserable: «wretched village» la llama Stchudi en sus viajes (página 228): «aldea miserable que no tiene nada, absolutamente nada, de lo que es capaz de suministrar el sustento y la existencia al hombre».

Y, sin embargo, otro viajero asegura que, gracias al paciente tejido de sombreros de pita y de cigarreras labradas y de colores gayos, los chilcanos llegaron a disfrutar antes de la independencia de una magnífica iglesia, con costo de 300.000 pesos, y un hospicio generosamente servido por ellos mismos. Es fama que en este último se daba sustento al

viajero y forraje para su bestia, pero con la precisa condición de que el transeúnte no se detendría jamás en sus tierras más de doce horas.

Se atribuía esta singular limitación de hospitalidad a los celos de aquellos indios selváticos, ocupados de entretejerse entre sí, y logrando así mantener pura su raza y al propio tiempo conservar el monopolio de la red y los sombreros. Todo lo que ha cambiado desde la independencia acá es el culto del santuario, porque, al decir de los trajinantes modernos, donde los chilenos tenían antes a la Virgen han puesto hoy la irreverente efigie del dios Caco.

Se añadía a estas dificultades naturales la posibilidad de encontrar una resistencia de asaltos y emboscadas en todo el largo del trayecto, especialmente en los lugares boscosos como el de Hervay bajo, en el paso del río de Cañete, famoso por su fortaleza incásica que lo domina, en los callejones de las haciendas de caña o en los bosques espinosos de Bujama. Pero los peruanos, siempre ineptos y siempre pusilánimes, se habían limitado a destacar hacia Cañete desde Villa el regimiento de caballería Cazadores del Rimac, que Piérola había hecho descender de los valles de Lambayeque en los primeros días de su dictadura, y lo confiaba ahora al coronel de caballería don José Sevilla, jefe que pasaba, como Zamudio, por esforzado. Una guerrilla de cien infantes montados al mando del coronel Arciniega, se le agregó en Cañete, al paso que otra montonera al mando del guerrillero Celestino Conde, merodeaba por los vallejos de Asia, Mala y Bujama.

La parte más angustiosa de aquella larga travesía iba a ser, tratándose, no de la marcha de simple viajero, sino de una columna pesada, la que se extiende desde Tambo de Mora a Cañete, porque en aquel páramo no existía sino un escaso bebedero en el sitio llamado el Jagüey, a pocos metros de la playa y bajo un grupo de elegantes palmeras, reinas del oasis y de sus copas de verde follaje.

Sin embargo, desde que los chilenos se posesionaron de Pisco y de sus valles ribereños, una guardia de veinticinco Granaderos, a cargo del alférez Daroch, custodiaba aquel tesoro y lo ponía a cubierto de las infames maquinaciones que se habían descubierto a los peruanos. Oportunamente llegó también allí, por orden del general Villagrán, el patriota, inteligente y abnegado voluntario don Arturo Villarroel, renombrado más tarde con el título de «General Dinamita»; y ayudado este infatigable gastador del desierto por unos cuantos chinos, ensanchó aquella vertiente hasta convertirla en un espacioso bebedero de 14 metros de largo por una vara de profundidad, «un hermoso baño de natación», según él mismo nos decía.

Contando con este poderoso auxilio y deslindadas ciertas dificultades que agriaron los ánimos de algunos jefes de la primera brigada contra el coronel Lynch que la mandaba, éste último diligente capitán, denominado a su vez por la actividad de sus marchas el «Príncipe Rojo» de la guerra en el Perú, se puso en marcha desde Tambo de Mora el 16 de diciembre, habiendo dejado a Pisco el 13, según estaba acordado.

Dividió el coronel Lynch diestramente su columna en dos trozos, y con una jornada de intervalo la hizo marchar, poniéndose él a la cabeza de la primera mitad, compuesta de los Granaderos de Yávar, que iban a la vanguardia, de la Artillería de Marina, regimiento que



andaba suelto, sin pertenecer a división determinada, del 2.º de línea, del Talca y de una sección de artillería.

La segunda porción venía confiada al coronel Martínez y se componía del Atacama y del Colchagua.

Eran en todo unos cinco mil hombres, y su orden fijo de marcha fue el siguiente, advirtiéndose que sólo se andaba con la fresca y descansando veinte minutos por cada hora de avance. Entrando más en el pormenor de aquellas duras jornadas, adelante de todos iba el general «Dinamita» con su legión asiática llamada «de Vulcano», porque era la que desenterraba las minas y los torpedos; enseguida los Granaderos apoyados por 25 fusileros del 2.º al mando del subteniente don Filomeno Barahona; en pos la artillería de campaña del capitán don José Antonio Errázuriz; más atrás un enjambre de chinos aliados, arriando sus bueyes y sus mulas cargadas con marmitas o barriles para el rancho de la división, y en pos los infantes de los cinco regimientos en el orden ya apuntado. La primera jornada nocturna de la sufrida brigada fue al Jagüey, donde bebió a sus anchas el agua vertida en la media noche el 16 de diciembre, y allí se acampó hasta las cuatro de la tarde del siguiente día:

«A las 11 de la mañana del 17 -dice un corresponsal de la prensa que llegó a esas horas a aquel paraje-, encontramos acampada la división.

Allí había un verdadero pueblo improvisado de carpas también improvisadas: parecía que una tribu de nómadas acababa de sentar sus reales en el lugar, que se veía poblado de hombres, mujeres, bueyes, vacas, mulas, burros, cabras, ovejas y hasta perros.

Había carpas grandes y las había formadas con mantas puestas sobre fusiles empabellonados o sobre pedazos de caña plantados ex profeso.

En el centro de esta población ambulante, y como a dos cuadras de la playa, o sea de la orilla del océano, se alzaban tres palmas hermosas y verdes, unidas por el tronco, bajo cuya ancha sombra se veía el abundante pozo que surtía de agua a los precarios pobladores.

A las 5:20 de la tarde -agrega el mismo narrador- se tocó nuevamente atención, y enseguida marcha, y la inmensa columna se puso en movimiento con un orden verdaderamente admirable. El coronel Lynch, desmontado y con el caballo de la rienda, vio desfilar toda la división hasta su último hombre, y enseguida partió a tomar la cabeza, una vez que se cercioró de que todo marchaba bien.

La tropa iba fresca y contenta, pues el camino era llano y sin médano. El tiempo fresco y agradable.

El telégrafo continuaba siempre a nuestra derecha.

A poco de habernos movido, cincuenta mulas cargadas con barriles pasaron adelante del ejército, conduciendo agua para esperarlo en cierto punto dado, a fin de que la tropa pudiera rellenar sus caramayolas, caso de necesitarlo».

Hizo su segunda jornada del 18 de diciembre la división del «Príncipe Rojo» sin novedad; pero al aproximarse a las barrancas que cierran el valle de Cañete por el sur, junto a Hervay, dio aviso a aquel el comandante Yávar de una sorpresa que le costó un herido, un prisionero y cinco caballos muertos. Fue ésta la única hazaña de los Cazadores del Rimac y de los guerrilleros de Arciniega, que parapetados tras unas tapias en un callejón y aprovechando la hora del amanecer y de la camanchaca, lanzaron a quemarropa varias descargas sobre los Granaderos. Hecho esto huyeron hacia Cañete llevándose dos o tres heridos y dejando uno de los suyos en el campo. Al recibir el aviso de aquel nocturno asalto, el coronel Lynch avanzó con sus fuerzas en son de batalla, pero al disiparse la niebla echó de ver que el enemigo se había disipado con ella. Según una expresión favorita del general Baquedano, los peruanos son todos más o menos «nieblas»... Se acampó aquella tarde la división en Hervay bajo, hacienda abandonada, teniendo a la vista su pintoresca fortaleza y el río de Cañete que allí corre crecido; y a la mañana siguiente (20 de diciembre) pudo almorzar con abundancia de café y de arroz con leche bajo los anchos corredores y frescas arboledas de las casas y hacienda histórica de Montalván, situadas sobre corpulenta huaca indígena a la entrada del pueblo de Cañete y a tiro de piedra de su plaza de armas. Para defender aquel riquísimo valle, poblado de haciendas que valen millones, los peruanos no encontraron más arbitrio que desbarrancar las acequias que riegan sus cañas, zanjear los angostos callejones que separan los plantíos y echar por ellos los cauces, gastando así estúpidamente el agua de los riegos, ya que no sabían quemar la pólvora de los combates.

Chapaleando por aquellos angostos pantanos y sumergiéndose a veces hasta el cuello en los tajos encubiertos, avanzaron en la noche de aquel día penosamente los cuerpos de vanguardia hasta Cerro Azul, posición importante que desde temprano ese día había ocupado el coronel Yávar sin resistencia.

El 21 de diciembre, a las 9 de la mañana, esto es, a la misma hora que el convoy avistaba a Chilca por la mar, el grueso de la división Lynch penetraba en Cerro Azul y allí almorzaba.

El 22 amanecía, caminando de noche, en Asia y allí a la sombra de los guarangos descansó hasta la tarde.

A las dos de la mañana del 23 continuaron su estéril jornada aquellos sufridos soldados, y al llegar al bosque de Bujama se sintió intermitente tiroteo de emboscada. Era la guerrilla de Conde que parapetada tras los árboles asesinaba un soldado del Talca llamado Olegario Reyes y al cabo del 2.º Juan de Dios Rivera. Un granadero desapareció también en la brega, y quedaron dos heridos, probándose así cuán fácil habría sido causar crecidos daños a aquellas fuerzas, si los peruanos hubieran imitado siquiera a sus gallinazos y no a sus gallinas.

En castigo de aquella alevosía el coronel Lynch destacó la brigada infernal de Villarroel a la que se habían incorporado en Cañete no menos de ochocientos chinos alzados, e hizo arrasarse hasta sus cimientos las pequeñas poblaciones de Chala y San Antonio. Un

guerrillero vestido de paisano que fue tomado con las armas en la mano, fue pasado instantáneamente por ellas.

Era, según llevamos dicho, aquel día el 23 de diciembre, el mismo en que el coronel Gana ocupaba a Lurín; y se coloca aquí un episodio interesante de aquella jornada. Desde Curayaco había sido enviado hacia el sur en busca de la brigada Lynch, cuyo rumbo se ignoraba, el bizarro teniente don Agustín Armaza, oriundo de Chillán, como el Armaza de Locumba, y ambos hijos de un soldado de Yungay que aún existe. Le acompañaban sólo 25 Cazadores, de los primeros que montaron a caballo, y el impetuoso mozo, abriéndose paso por el bosque que hervía de enemigos, cumplió su comisión reuniéndose al coronel Lynch al amanecer del 23 en Bujama. Durante largo rato Granaderos y Cazadores se estuvieron midiendo a la distancia, juzgándose enemigos, y cuando dos mitades avanzaban resueltamente a encontrarse sable en mano, a los gritos de: «¡Son los Cazadores! ¡Son los Granaderos! Se reconocieron unos y otros...»; y lanzando alegres sus caballos en forma de torneo los valerosos jinetes vivaron en medio de las selvas a la patria. Armaza fue ascendido por aquel hecho como en el campo de batalla.

Desde Bujama, la marcha de la brigada no ofreció episodio digno de nota. El 24 de diciembre a las 10.40 de la mañana acampaba en el pueblo de Chilca, conquistado sobre los peruanos por un corresponsal, y el 25, pasando al amanecer por el cordón de lomas que dominan a Curayaco, los fatigados soldados saludaban con regocijo la vista del convoy amigo fondeado en las caletas. A la una de ese mismo día penetraba en pintoresco tropel de asnos, sombreros de petate y toda clase de arcos la primera mitad de la brigada al campamento de Lurín; y el resto de ella llegaba con el mismo talante a cargo del coronel Martínez al día siguiente. Se dijo que el general en jefe, al divisar la apostura de los oficiales, que se habían provisto de sombreros peruanos para protegerse contra el sol, les intimó arresto; más parece que la cosa no pasó de una simple reconvención un si es no es amistosa. En los detalles como en el conjunto, el general en jefe se mostraba inexorable, y más de un oficial pasó sentado en un cuerpo de guardia larga noche de vela por haber olvidado una prenda cualquiera de su vestuario de ordenanza. El olvido de la espada al cinto constituía verdadero delito, y se castigaba con prisión no de horas, sino de días y aun de semanas.

El general Baquedano había llegado a Lurín, dos horas después que el coronel Lynch, el día de Navidad, y en esa misma clásica fecha el almirante Riveros reconocía en persona a bordo de la Magallanes la conocida caleta de Pescadores para el desembarco de la artillería pesada, a la vista de Lurín.

El día 23 el Angamos y el vapor Barnard Castle se había dirigido a Pisco a conducir la brigada Amunátegui de la división Villagrán y luego les siguió el Chile y otros buques que se desocupaban.

Gastando laudable actividad, estas tropas llegaban a Curayaco el 26, y al día siguiente el general Villagrán recibía a bordo del Chile la orden de regresar al sur a disposición del gobierno, en castigo de su desobediencia, acto que causó dolorosa impresión en el ejército, porque no hay más duro apremio para un hombre de honor y de guerra que privarle del

mando de su tropa en la víspera de la prueba. El coronel Lynch fue nombrado para reemplazar al general Villagrán en el mando de la 1.<sup>a</sup> división.

Ese mismo día 26 de diciembre comenzó el desembarco de la artillería pesada, y se concluyó el de la infantería, siendo los cuerpos menos favorecidos en aquella larga operación los Zapadores y el Coquimbo que sólo el 27 pudieron marchar a Lurín.

Por fin, el último día del año se hallaba cómodamente instalado en sus diversos campamentos a una y otra banda del remanso, cristalino y pintoresco río de Lurín, el ejército más brillante, numeroso y aguerrido que jamás hubiera paseado sus banderas por las comarcas del Pacífico y aun de la América española. Se componía a esas horas y según el prolijo estado que más adelante insertaremos íntegro, de 27.674 plazas en esta forma:

5 generales  
189 jefes  
1.061 oficiales  
26.422 soldados

Disponía además el ejército chileno de 56 cañones, 4 ametralladoras, 2.777 caballos y 798 mulas, que en breve se aumentaron a mil doscientas con unas cuantas pjaras que llevó la barca Valdivia, fletada en Valparaíso y que pasó por Arica el 22 de diciembre.

Y agregando a estas cifras las tripulaciones de treinta y cuatro buques y todo el personal sin calificación militar determinada que sigue a los ejércitos, podía asegurarse que treinta y cuatro mil hombres se alistaban el 1.<sup>o</sup> de enero de 1881 para colocar los destinos de Chile a la altura de una gran misión americana.

Milagros del patriotismo que la ceguedad de un gobierno miope, desconfiado y pusilánime había tenido paralizados cerca de dos años, empleando sus más robustas fuerzas en operaciones que no eran una solución sino el retardo de esa solución.

Por ventura la hora de la última iba a llegar.

## Capítulo XXIV

Los últimos aprestos de Piérola

La misma mano de hielo que desde la tablazón de un buque extranjero sujetó en las aguas de Arica el curso de nuestras quillas en su rumbo victorioso por el Pacífico hacia la solución de la guerra y hacia Lima, paralizó hasta cierto punto la actividad bélica de esta ciudad y la del Callao, que eran a la sazón las dos válvulas en actividad del corazón del Perú.

El dictador Piérola no creía en la paz; pero sabía que el gobierno de Chile sentía sed insaciable de ella, y se dejaba mecer en la esperanza que esa codicia podía llevar a algún extraño desvarío a sus émulo y vencedores.

Por otra parte, los marinos chilenos que bloqueaban al Callao, si no tenían fe en la paz, se sentían profundamente hastiados del bloqueo, que era la peor fortuna de la guerra, y llenaban su tarea con señalado desabrimiento y desengaño. Desde el mes de octubre en que dejábamos anclada a manera de pontón nuestra relación marítima, a los bombardeos y a los combates de lanchas habían sucedido las rondas nocturnas y las alarmas matinales en el cuarto de guardia que los antiguos llamaban «de la modorra». Los cohetes incendiarios habían reemplazado a los cañones, el sueño del cansancio a la vigilancia del desvelo.

El 12 de octubre el transporte Pisagua (antes Barnard Castle) había entregado a la escuadra surta en San Lorenzo dos ágiles portatorpedos, que iban a ser de considerable utilidad en un bloqueo de alarmas, y con éstos se ensayó desde fines de aquel mes el sistema de asustar por las noches a los peruanos, quemando cohetes de nueva invención, pero del sistema Congrève, que no hacían el menor daño.

Tomaban esto a diversión los marinos chilenos juntamente con los bloqueados, y unos y otros asistían al espectáculo como a la quema de fuegos de artificio.

«El día está fresco -decía una correspondencia portuguesa de los diarios de Lima, contando las peripecias cotidianas del bloqueo, con fecha 13 de octubre-:

Los buques enemigos parecen imágenes de fantasmagoría sobre un telón ceniciento.

Media escuadra chilena está reunida en el Cabezo.

Esa gente se encuentra frente a esta plaza, quizás para llevar a cabo algún plan.

Siete buques, más un vaporcito-lancha y dos lanchas portatorpedos, nos custodian.

Son los dragones que guardan la entrada del jardín de las Hespérides.

Les voy a pasar lista por orden de graduación:

Los blindados.- El Blanco y el Cochrane. El primero fondeado bajo la farola, con su chimenea y cofas pintadas de amarillo. El segundo a quinientos metros al norte del Cabezo, con la insignia de almirante en el tope de mesana, y una bandera cuadrada, insignia de ministro en el tope del palo mayor, lo que revela que a bordo de ese buque está hospedado

un personaje de vara alta, un ministro chileno; el pico del mismo palo tiene una bandera cuadrada azul, que no sé lo que significará.

Una corbeta, la Pilco, que llegó esta mañana del norte a las siete, está fondeada a trescientos metros del Cochrane, aproada afuera.

El vaporcito-lancha Princesa Luisa, en el promedio de la bahía, con la insignia de buque de guardia y atascado de tripulación como sardinas en canasta. Parece un pequeño Huáscar, la gente hace ejercicio de cañón a proa.

El Pisagua, fondeado entre los dos blindados, especie de caricatura del Angamos por su forma.

El Carlos Alberto entre la Pilco y el buque almirante.

El Matías Cousiño trasbordando carga, atracado a babor del Blanco.

El Toltén, con su chimenea, que parece ave de pescuezo largo, proyectado sobre tierra.

Las dos lanchas-torpedos Fresia y Guacolda, en la caleta Pescadores haciendo limpieza.

Después de pasar revista a los buques enemigos vamos a reposarnos en la isla.

La caleta de Pescadores es el campamento de los bloqueadores.

Un gran cordel atestado de ropa blanca, en su mayor parte sábanas, prueba que hoy fue día de lavado de la ropa blanca de los oficiales».

A la verdad, había degenerado de tal manera en una operación simplemente mecánica y doméstica el asedio marítimo del Callao, que una mujer dio a luz un niño, como en su casa, en la isla de San Lorenzo, y los aburridos tripulantes de las naves de Chile le pusieron en su árida pila de piedra y cascajo, como para consagrar su eterno fastidio, el nombre del santo mártir que el peñón recordaba: Lorenzo Bloqueo.

Entre tanto, en los primeros días de noviembre había regresado del sur y de su refacción el monitor Huáscar, y el 3 de ese mes comenzó su tarea disparando, en reemplazo del Angamos y su cañón mal criado, contra la Punta. Los peruanos respondieron, a su decir, «por pura cortesía».

Un mes más tarde, esto es, el 6 de diciembre, tuvo lugar entre las lanchas de ronda un combate que los cronistas de la guerra marítima en tierra firme llamaron «maravilloso», y en el cual la lancha a vapor Fresia se fue a pique, siendo puesta a flote poco más tarde. Murió ahogado en este encuentro el aprendiz mecánico de esa embarcación, y sobre su cubierta, al ir a buscar una compresa para un marinero herido, cayó el joven y animoso aspirante Morel. Herido mortalmente a bala, porque estos combates nocturnos o del alba se libraban casi cuerpo a cuerpo, expiró el infeliz mancebo al llegar a la escalera de la Chacabuco, donde iba a ser curado. Sus nobles restos fueron enviados a Chile.

Pero la desgracia de mayor cuenta ocurrida a nuestra escuadra en aquel larguísimo y estéril bloqueo de diez meses, fue la pérdida del famoso cañón del Angamos y la muerte del

teniente segundo don Tomás Pérez, interesante oficial de mar y distinguido artillero, que en ese momento y por afición lo servía.

Sucedió tan triste lance de la siguiente manera:

Había ordenado el almirante el 9 de diciembre que el Angamos se ocupase exclusivamente de disparar sobre la Unión, único barco de cuenta que quedaba a los peruanos, y en cuyo honor se bloqueaba en realidad el surgidero desde hacía tantos meses; y como el capitán Moraga de la Pilcomayo, tuviera reputación de ser, a la par con el capitán Orella, de la O'Higgins, el artillero más feliz de la escuadra, pasaba aquel todos los días al Angamos a dirigir las punterías a su objetivo.

Se verificó esto con algún resultado en los días 9, 10 y 11 de diciembre, arrojando quince o veinte bombas sobre la Dársena cada día y dañando visiblemente a la codiciada corbeta peruana. Mas en el último día, el prefecto Astete hizo adelantarse el Atahualpa como en protección del averiado barco, y habiendo hecho señales el almirante chileno de rechazar aquel ataque, el capitán Moraga se trasladó a su buque, dejando el cañón del Angamos a cargo del teniente Pérez y del mecánico inglés que por encargo de su constructor, el ingeniero Armstrong, lo estudiaba, cuidándolo esmeradamente, como pieza de ensayo.

Intentó hacer el teniente Pérez, hijo de Valparaíso y de uno de sus más honrados vecinos, un último disparo, después de la partida de Moraga y al tirar la rabiza se vio con asombro que el tubo del cañón se desprendía por completo del aro que lo sostenía en los muñones, y se iba por atrás, salvando el buque como un simple proyectil, sumergiéndose para no ser jamás encontrado en el fondo de fango de la bahía. Probablemente, recalentado el cañón con la frecuencia de los disparos, había quebrantado, en fuerza de la expansión, su cohesión metálica en el aro central de sostenimiento y de aquí la catástrofe, porque el escaparse por su parte posterior mató instantáneamente al desgraciado teniente Peña y al cabo de cañón Faguelo, que se hallaban en su puesto.

Desde ese día hasta el 4 de enero de 1881 en que la O'Higgins acompañada del Toltén bombardearon a Ancón durante dos o tres horas, puede decirse que no hubo novedad marítima en la campaña. Los peruanos se jactaron de haber rechazado aquel «conato de desembarco» con su artillería volante y un batallón de la reserva (el 24) que allí hizo su estreno.

Fuera de esto, el prefecto y comandante militar de las baterías, cuyo trabajo no se había paralizado un solo día hasta el 31 de diciembre, continuaban ostentando a cada paso sus genialidades, ya armando querrela al comandante general de marina, un viejo capitán de navío llamado García, por cuestiones de simple etiqueta, ya solicitando se le otorgaran las prerrogativas y honores de una comandancia en jefe de ejército, dando por razón para ello la de que tenía a sus órdenes cuatro mil hombres y doce baterías.

Por lo demás el bloqueo no había alcanzado, como medida eficaz de guerra ni aun su objeto más obvio, cual era encarecer los sustentos en Lima; y si bien el dictador con fecha 9 de noviembre tenía nombrada una comisión de aprovisionamiento, presidida por el caballero tacneño don Modesto Basadre, fue esto no en vista del bloqueo, que era un acto negativo,

sino de un asedio posible por la parte de tierra. A la verdad, no es desde el Callao sino desde Jauja de donde puede bloquearse a Lima como ciudad de consumos, porque, hasta última hora la capital peruana vivió en la abundancia, vendiéndose a lo sumo la mejor carne a 1 sol 30 centavos de papel la libra, la manteca de puerco que es la grasa de Lima, a 1 sol 90, y la mantequilla serrana a 2 soles 50; el arroz 60 centavos, los huevos 15 centavos, el azúcar 60 centavos, etc., entendiéndose que el sol valía apenas 7 u 8 centavos porque el cambio corría de 3 a 3 y medio peniques.

No había sido más activa la guerra en su faz terrestre desde las conferencias de Arica, que fueron sólo un falaz miraje, reflejado en lienzo destinado a ser cuajado en sangre a la postre de criminales ilusiones. Los peruanos, a semejanza del pastor y de los lobos de la fábula, a fuerza de repetir que los chilenos no se atrevían a venir a Lima, habían concluido por creer que no venían.

Por manera que cuando en la mañana del 19 de noviembre de 1880 circularon por las calles de la engañada y muelle ciudad los altisonantes telegramas de Zamudio desde Pisco, todo fue carreras, alarma y alharacas.

«Las noticias -decía el Peruano (diario oficial) del 22 de noviembre- recibidas del valle de Chincha, después de los telegramas oficiales del viernes, que anunciaron la presencia en Pisco de varios buques de guerra y de transportes enemigos, confirman la llegada a dicho puerto de la expedición que se prepara hace tanto tiempo en Chile contra esta capital y las fuerzas que la defienden.

La situación en que se encuentran nuestros enemigos, que los obliga a gastos superiores a su exhausto tesoro, no podía dejar de obligarlos a intentar este supremo esfuerzo, en que van a perder tal vez en un instante todas las ventajas con que los ha favorecido la suerte en los dieciocho meses de esta sangrienta guerra».

Y luego agregaba:

«La capital no ha sido sorprendida con estos acontecimientos, para los que se está previniendo hace seis meses, no ha experimentado la menor perturbación, revelando en su calma y serenidad la confianza que tiene en el poder de los medios de defensa de que se ve rodeada».

No contenidos por el pudor oficial, los diarios sueltos de Lima volvían a su tarea de ensañarse contra los invasores como si insultar fuera vencer, y la Patria del día siguiente al desembarco en un artículo titulado «Aníbal ad portas» se expresaba en los términos que siguen:



«El pérfido enemigo que pretende justificar sus crímenes con el éxito de sus armas, pisa ya con su inmundada planta el departamento vecino a nuestra capital.

Sesenta leguas nos separan de él; sesenta leguas que deberá regar con su sangre antes que reciba el ejemplar castigo que merece.

Vienen azuzados por la codicia, vienen repletos de envidia, vienen con el alma saturada de todos los apetitos inmundos que forman su delicia... Vengan, pues, ahogaremos en su sangre los estímulos de sus torpezas y de sus infamias».

Entre tanto, el ejército defensor de Lima había crecido «en número» desde las primeras horas de la dictadura, a una cantidad prodigiosa. Tenemos a la vista estados oficiales y originales del ejército de Lima correspondiente al mes de marzo de 1880 y de ellos resulta que la fuerza efectiva de que sus dos ejércitos podían disponer era de 10.715 reclutas, con excepción del batallón Callao, 9 de línea, de 450 plazas, que en aquella época mandaba en Chorrillos el veterano coronel Rosa Jil.

Pero otorgados al dictador todos los plazos que quiso para hacer descender desde las más altas peñas de las cordilleras y aun de los valles amazónicos su «serranería», Piérola podía jactarse de ostentar el día en que los chilenos desembarcaban en Pisco un doble ejército de línea y de reserva que excedía de 45 mil hombres en cifras, pero de cual al menos la mitad era carne cruda de cañón.

Se hallaba la tropa de línea dividida en dos ejércitos, que era uno solo con los nombres de Norte y Centro, el primero bajo el mando del anciano general Vargas Machuca, «vencedor de Pichincha», en sus cantones de Santa Clara, y el segundo a las órdenes del coronel don Juan Nepomuceno Vargas, desenterrado para el caso de entre las momias de la independencia. El coronel Vargas no era un anciano: era un fósil.

A su vez se hallaba el ejército del Norte fraccionado en cinco divisiones, en el orden siguiente:

- 1.<sup>a</sup>: División, coronel Mariano Noriega.
- 2.<sup>a</sup>: Coronel Manuel Reguino Cano.
- 3.<sup>a</sup>: Coronel Pablo Arguedas.
- 4.<sup>a</sup>: Coronel Buenaventura Aguirre.
- 5.<sup>a</sup>: Coronel Andrés Avelino Cáceres.

Análoga era la distribución del ejército del centro, y sus divisiones se hallaban comandadas de la manera siguiente:

- 1.<sup>a</sup>: Coronel Justo Pastor Dávila.
- 2.<sup>a</sup>: Coronel César Canevaro.
- 3.<sup>a</sup>: Coronel Miguel Iglesias.

4.<sup>a</sup>: Coronel Fabián Marino.

En este orden se mantuvieron los cuerpos hasta fines de diciembre; pero el mismo día en que se supo en Lima la presencia de los chilenos en Chilca (diciembre 22), juzgando llegada la hora del combate, el dictador, que en todo seguía la estela francesa, ordenó concentrar los dos ejércitos del Norte y Centro en cuatro cuerpos de ejército, confiándolos a sus más aguerridos lugartenientes en este orden:

Primer cuerpo de ejército, compuesto de la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> división del ejército del Norte, al mando del coronel Iglesias.

2.<sup>o</sup> Cuerpo, formado por la 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> división del mismo coronel Suárez.

3.<sup>o</sup> Cuerpo, de las divisiones 3.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> del ejército del Centro: coronel Dávila.

4.<sup>o</sup> Cuerpo de la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> división del anterior: coronel Cáceres.

«Cada uno de estos grandes cuerpos del ejército -decía modestamente un diario limeño- podrán medirse ventajosamente con cualquiera de las divisiones chilenas. Para un Villagrán habrá un Iglesias, para un Lynch un Suárez, para un Lagos un Dávila, para un Sotomayor un Cáceres; con esta especialísima circunstancia, que los jefes peruanos están más fogueados y más habituados al mando que los chilenos.

Al tomar su puesto de combate, el pundonoroso coronel Iglesias cedía la cartera de guerra al subjefe de estado mayor, el prolijo coronel Secada, hombre de gabinete, y en ese mismo día eran llamados al servicio activo los generales Buendía y Montero, en calidad de ayudantes de honor del dictador, cortándose el proceso del primero y otorgándose al último una libertad que sólo en el nombre había disfrutado hasta hacía poco. Para ir a Ancón el 29 de noviembre el general Montero había necesitado pasaporte especial del prefecto de Lima Peña y Coronel.

Algo más adelante se llamó al servicio al coronel Velarde «por su honrosa conducta en Tacna»; y sólo los coroneles y prefectos Salmón y Aguirre, que acababan de asistir ilesos al paseo triunfal del coronel Lynch, no disfrutaron el privilegio de ir a la batalla. El coronel Alejandro Herrera que mandaba una columna en Trujillo, pidió ‘gracia para asistir al combate’.

Por su parte, la reserva fue acuartelada el 6 de diciembre, y con esto la alegre Lima, convertida ahora en lúgubre ciudadela, parecía, al decir de sus fáciles hijos, sólo ‘un inmenso sepulcro’».

A fin de contar su gente, animándola con espectáculos adecuados a la grandeza de la situación, el dictador ideó inaugurar la fortaleza que fantásticamente había hecho construir a toda prisa en la cumbre del cerro San Cristóbal, el 9 de diciembre de 1880, aniversario de la batalla de Ayacucho, en medio de una fiesta patriótica y militar. A ella asistiría todo el ejército para presenciar la bendición de las banderas de los cuerpos, la del reducto que se

llamaría ciudadela Piérola, confiada al afortunado marino Villavicencio, y la de la propia espada del dictador, constituido ahora en generalísimo.

Solemne y en extremo fantástica y pintoresca fue aquella ceremonia celebrada en claro día veraniego en la cumbre de los cerros. Precedido de banderas y de corporaciones y seguido de innumerables legiones, el dictador había ascendido a caballo hasta la cima, siguiendo los zig-zag recientemente labrados por las tropas, y entregado su espada a su vicario general castrense el doctor don Antonio García. enseguida se la devolvió éste como el ventero de los campos de Montiel a don Quijote armado caballero.

«Bendigo a vuestros jefes todos -exclamó el orador sagrado, meciéndose en las nubes de las salvas que coronaban las alturas-, que no economizarán su sangre, como no la economizaron Grau, Aguirre, Bolognesi, Moore, Ugarte, Zavala y tantos otros que tan alto han levantado el nombre de jefes del ejército; os bendigo a todos, soldados del Perú, que en cien combates habéis mostrado vuestro valor y vuestro arrojo; bendigo vuestras armas para que, con la gracia que el cielo les comunica, seáis invencibles; bendigo estas fortalezas para que, defendidas por el poder de Dios, sean inexpugnables; bendigo el pabellón del Perú, el símbolo querido de nuestra patria, para que, con la protección divina, permanezca levantado e incólume ante nuestros enemigos».

Echado este discurso, añade una descripción de la fiesta publicada el propio día, procedió el mismo señor vicario castrense a bendecir las armas de los ejércitos, y enseguida pasó el concurso del lugar en que está la cruz al fuerte principal. En el tránsito el mismo señor vicario devolvió al jefe supremo su espada, que también había sido bendecida.

En la plataforma se hizo a continuación la bendición de los fuertes y del pabellón de la república, que fue izado y saludado con una salva de 21 cañonazos, habiéndose disparado el primero a las diez y cuarenta minutos, cuya salva fue contestada por el Callao y las baterías de Chorrillos y Miraflores, ejecutándose al mismo tiempo la canción nacional por todas las bandas de los ejércitos.

No pueden expresarse en toda su extensión y sublimidad las emociones que experimentaron en aquellos solemnes momentos cuantos presenciaban tan grandioso espectáculo.

El pabellón peruano flotando orgulloso en la encumbrada cima del gran cerro, como si quisiera enviar a la América su saludo de paz y envolver a los americanos en un abrazo de fraternidad».

En cuando al dictador, como de costumbre, también habló en la cúspide del monte, y esta vez se mostró digno del sitio y de sí mismo:

«Os lo he dicho varias veces -exclamó-, y no me cansaré de repetirlo, porque es mi convicción de toda hora: el Perú para ser grande en el continente y en la historia no ha menester sino adquirir la conciencia de su propia fuerza.

Puede y debe serlo.

Es preciso que lo sea y lo será.

Este mismo sol que alumbra la afanosa y sangrienta tarea de hoy, es el que alumbró la legendaria epopeya de Ayacucho. Y como entonces sellamos la emancipación de un continente, como entonces consagraremos ahora el imperio de la justicia y del derecho en América.

Un pueblo fatricida; pueblo rebelde a la civilización cristiana; pueblo sin la conciencia en los destinos del mundo de Colón, aprovechó de nuestro descuido para apoderarse de parte de nuestro suelo y de nuestros tesoros, llamando conquista a lo que no es sino la cuitada ocupación del salteador, juzgando duradera la criminal fortuna de una hora.

En la ebriedad de un efímero éxito, para nadie más sorprendente que para él mismo, entregándose a atentados y desmanes que afrentarán al siglo en que vivimos, ha caído en la ceguedad del que corre en pos de su castigo.

Ese pueblo está loco.

Ha soñado ocupar a la ciudad de Pizarro, la ciudad de los titanes del año 21 e imponer desde ella la ley al Perú y a la América del Sur».

A estas palabras, y después de consumada la hostia del sacrificio en aquella ceremonia singular, que recordaría bajo más de un concepto el pacto de «los tres locos de Panamá» descubridores del Perú, tronó alternativamente el cañón saludando al Dios de las Alturas en la ciudadela Piérola, en el Callao, en Miraflores y en las remotas líneas de Chorrillos, perdidas en la bruma de los trópicos.

Se encontraban, en efecto, en gran parte artilladas estas posiciones de defensa, verdadero palladium de Lima antes que su ejército, y si bien habremos de ocuparnos de ellas con alguna detención más adelante, será necesario por ahora decir, que esos trabajos de fortificación emprendidos perezosamente y más como estudio que como ejecución desde febrero de 1880, sólo habían tomado calor desde que, a mediados de noviembre, se aparecieron los chilenos con el general Villagrán en Pisco.

Habían sido sus principales directores un ingeniero austríaco llamado Máximo Gorbitz, que se jactaba de haber construido las fortificaciones ligeras de Plewna que mantuvieron a raya el ejército ruso en la guerra de 1877-78, y el ingeniero militar Arancibia, hijo de chileno y educado en Bélgica donde su padre fue cónsul. Uno de sus principales ayudantes, a más de algunos ingenieros peruanos, había sido un tal Michel, retocador de retratos fotográficos del taller de Garreaud y C.<sup>a</sup> de Lima.

En cuanto a la ciudadela Piérola, último desatino militar del dictador, fue construida por Gorbitz en los últimos días de diciembre, alternándose los cuerpos militares en el trabajo mediante primas en incas de plata que se les pagaban. El ingeniero austríaco, con fecha 13 de diciembre da cuenta de estas primas, y todavía el 31 de diciembre el secretario general García y García disponía que cien «matriculados» (fleteros) del Callao viniesen a prestar sus servicios en la cima del San Cristóbal, a las órdenes del comandante Villavicencio. El 2 de enero se ensayó la luz eléctrica en la cumbre de la fortaleza, el 5 quedó establecido el telégrafo y sólo el 9 de enero fue montada a brazos la última colisa del Apurímac.

Con fecha 17 de diciembre el dictador había dispuesto asimismo que a la fortaleza de Miraflores más vecina al mar se le diese el famoso nombre de Alfonso Ugarte, en memoria del bizarro mozo que, como La Rosa en Iquique, se había despeñado al océano desde la cumbre del morro de Arica.

Hecho todo esto y tomada posesión militar de las vías férreas el 22 de diciembre, el dictador ordenó el día siguiente, 23 de diciembre, que el ejército de línea en número de 20 mil hombres ocupase las líneas de Chorrillos y que la reserva saliese el día de Navidad a ocupar sus puestos en las de Miraflores.

Dio esta última resolución lugar a tiernas escenas que pusieron en alto relieve la virilidad del corazón de la mujer limeña, tan superior bajo todos conceptos al sexo que la domina. Las columnas desfilaron desde sus respectivos cuarteles a la estación de los ferrocarriles unidos bajo una lluvia de flores, de lágrimas y de preces, comunicándose con éstas de una manera especial el diocesano de Lima.

«Llegó nuestro turno -decía un soldado de la reserva que pertenecía al batallón número 8, mandado por el coronel Rivero- y tomamos el tren. Parte el convoy y con voz de trueno se entona por todos la canción nacional. Era la música de los libres y de las glorias de la independencia saludando a los nuevos defensores de la integridad nacional.

Llegados a Miraflores, nos encaminamos a nuestro cuartel. Orden más completo no es concebible. Allí pasamos la noche y al despuntar el día formaba el batallón para dirigirnos a nuestro campamento.

A partir de Miraflores se encadenan los reductos y fortalezas que circulan la capital. Los batallones 2, 4, 6, 8, 10 y 12 fueron tomando sus posiciones en el orden en que están indicados. A nosotros nos toca ocupar un magnífico reducto. No debemos decir nada de la defensa ni de nuestros elementos. Baste saber que si siempre se ha tenido y se tiene seguridad del triunfo de nuestra causa, con las nuevas obras es indefectible.

De una de las eminencias de nuestro campamento dirigimos la mirada, auxiliados por el antejo de un compañero, a la línea de la reserva. ¡Qué golpe de vista! ¡Qué grandeza! ¡Qué prodigio! Aquello no puede describirse. Se siente la impresión, pero no hay como darle forma expresiva.

Esas legiones de voluntarios se han amoldado desde luego a la vida militar. El día en que se instalaron en sus posiciones las fuerzas de la reserva, nacieron como por encanto con ingenio y prontitud.

El sol, abrasador desde las primeras horas del día, hizo que se fabricasen esos nuevos pueblos en miniatura. El carrizo y la caña no escasean. Todos han levantado en pocos instantes su tienda de campaña».

Tales eran los aprestos y tales la actitud y las escenas con que la orgullosa Lima aguardaba al poderoso ejército que desde tan lejos venía a combatirla, en los últimos días del segundo año de la guerra y en los principios del tercero.

«La población continúa silenciosa y tranquila -dice La Patria de Lima del 4 de enero de 1881-, el comercio está cerrado y los objetos por las nubes: nadie puede alcanzarlos.

La guardia urbana recorre todas las calles con prolijidad y esmero, pone término a los pocos desórdenes que se suscitan y conduce presos a los que sin causa legal y justificada transitan a deshoras de la noche».

Toda la vida de aquel pueblo muelle, fácil y feliz estado ahora concentrada en sus líneas de San Juan y Miraflores, donde, arma al brazo, bajo la lona y el carrizo, palpitaban los corazones de 40 mil combatientes.

La hora grave y final del largo drama se acercaba, y a esa breve e inmortal epopeya de tres días, la más grande como cuadro militar de la América española, vamos nosotros enseguida a asistir.

## Capítulo XXV

### Los chilenos en Lurin

(El Manzano y Ate)

Desde el 23 de diciembre de 1880 en que el coronel Gana tomó posesión con su brigada del ameno y anchuroso valle de Lurín, hasta el día 26 en que hizo su entrada la segunda mitad de la brigada Lynch al mando del coronel Martínez, no cesaron de llegar los cuerpos chilenos desde Curayaco a aquel hermoso campamento. Era un verdadero río humano que iba a derramarse con las fauces secas en aquel delicioso cauce de agua cristalina para apagar su inextinguible sed.

Los peruanos nunca supieron hacer la guerra de recursos a sus invasores. La sed nativa del chileno, ser criado a orillas de las acequias o al borde de las vegas, era su mejor aliada; y en todas partes, en vez de cegarlos, le dejaban intactos los pozos, los estanques, los puquios, los indígenas jaguayes y bebederos de los chasques. Y así, mientras los chilenos solían olvidar aun sus caramayolas, aquellos desventurados les abandonaban hasta sus ríos caudalosos como en Dolores, como en Ilo, como en Pisco, como en Lurín, o se los echaban encima para anegarlos, que era lo que los chilenos codiciaban.

Forma el valle de Lurín, que desciende estrecho y tortuoso de las serranías de la costa, una especie de ancho delta al entrar al Pacífico, y en esta pradera boscosa, fértil y risueña existen separadas por un callejón de frondosos sauces, camino real de Lima a Cañete, las haciendas de Buenavista y de San Pedro, esta última de jesuítica tradición. El río Lurín corre acostado, límpido y generoso, lamiendo el pie de unas colinas medanosas hacia el norte del valle; y desde el pueblo indígena que da nombre a la comarca y que se halla situado donde comienza el valle por el sur, al punto de suspensión del río, donde aquel termina, corre una distancia medida a cordel de 4.800 metros, o sea cerca de legua y media de Chile.

En ese trayecto sucesivamente se acampó el ejército chileno a medida que iban llegando sus regimientos.

La brigada Amunátegui pasó el río y se situó con el Coquimbo junto al mar, y enseguida el Chacabuco, el 4.º y la Artillería de Marina, al pie septentrional de la cerrillada que ostenta las maravillosas ruinas de Pachacamac, templo, fortaleza y cementerio de una raza formidable y prehistórica anterior evidentemente a la estirpe y al poderío usurpado de los incas.

Seguían sucesivamente en escalones por regimientos, y en ambas orillas del camino real ya citado, la brigada Martínez; en pos la brigada Gana, y junto al pueblo de Lurín cubriendo todo su frente la brigada Barceló, de la división Lagos. La artillería de campaña desembarcaba en la caleta de Pescadores el 30 de diciembre, había llegado en la tarde de ese mismo día al campamento.

La brigada Barbosa de esta división, había ido a acantonarse en otra cerrillada que yace unos 600 metros hacia el oriente del pueblo de Lurín, valle arriba, donde existe el caserío de vivos y de momias llamado también de Pachacamac, capital de distrito con 435 habitantes. Lurín, aldea antiquísima de 900 pobladores, es también cabecera de

jurisdicción, y en los momentos de la ocupación chilena se hallaba completamente desierto, como todo el valle hasta sus cabeceras de Manchay y Cieneguilla, que son estancias de monte proveedoras de leña de Lima, como Colina lo es todavía de Santiago. «Lurín» es el nombre de un pequeño pájaro indígena del Perú, parecido al tordo, y de aquí viene que este nombre sea común a muchos parajes. «Lurín-Chincha», «Luringancho», etc.

La caballería forrajeaba en los potreros de alfalfa que dan su carga a los borricos de Lima, y la artillería ocupaba el centro envuelta por la reserva.

«Desde el puente de Lurín -decía una descripción animada del campamento en los primeros días de enero de 1881-, y volviendo hacia el pueblo, se van encontrando a uno y otro lado, en extensos potreros, los campamentos de nuestra tropa.

El primero a la izquierda es el del regimiento de Cazadores, que tiene campo bastante para su caballada, y un poco a la costa, los Carabineros de Yungay. A la derecha los cuerpos están escalonados en este orden: Aconcagua, Valparaíso, Navales, Concepción, Caupolicán, Valdivia, Bulnes y Santiago.

Ahí corta al otro el camino que conduce a Pachacamac, internándose al oeste y dejando a la izquierda de su intersección una llamada plaza, donde está la maquinaria a vapor de la Hacienda y unas casas de alto que ocupan el general Baquedano, sus ayudantes y los señores Errázuriz, Godoy, Altamirano y otros.

Al frente, en una serie de carpas, el general Sotomayor y los ayudantes de su estado mayor.

Siguiendo directamente al puente, una batería de artillería, Buin, Chillán, Granaderos a caballo, batería de artillería, Talca, 2.º de línea, Artillería de Marina y Melipilla, tocando al río Lurín.

En Pachacamac, que dista bien una legua de San Pedro, está acampada la brigada Barbosa. El camino que conduce ahí, ancho y cómodo en algunos trechos, se angosta en otros hasta convertirse en sendero por el profuso crecimiento de los árboles de las orillas, faldea un cerro y cae por fin en otra plaza, centro del distrito, que no es más que el patio grande de una hacienda chilena, con una iglesia decente en un costado. Frente a ella hay, como en todos los demás templos de por acá, una columna de la pasión, tal como la de los Capuchinos de Santiago. Un soldado, no sabiendo cómo llamarla, dijo con toda irreverencia que era la Mercería del Gallo.

Si alguien quiere tener idea -añade el alegre cronista- de lo que es el conjunto de cada campamento, no tiene más que figurarse un gigantesco paseo al campo. En cada grupo se ha construido una ramada de hojas verdes, que adornan con banderas, cabezas de plátanos y otros distintivos.

Es algo como el golpe de vista que ofrece la cancha de carreras de Viña del Mar el día de su gran fiesta de octubre.



Una que otra tienda alterna el fondo verde del conjunto, que es el más animado y pintoresco que pueda imaginarse, con aquel mundo de gente que pulula en torno de las ramadas, que ríe, canta y se ocupa en mil quehaceres diferentes, desde el lavado de la ropa, la cocina y la costura hasta la matanza de animales, trabajo de zapatería, fragua, peluquería, cuanto hay en este mundo. La fantasía de los soldados encuentra en esta vida especial de aislamiento íntimo en medio de esa gran muchedumbre que le rodea, ancho campo en que lucir sus caprichos tan originales como agudos.

Por los callejones se oye pregonar cuanto no existe en esta tierra, sino en sus recuerdos.

-Papas y fréjoles, buen medio.

-Guindas y cerezas negras.

-Uva blanca y de la otra.

-Alguna cosa de tienda.

... Preguntarle a cada soldado qué anda haciendo un poco perdido por los bosques, y la respuesta es infalible:

-Andamos viendo.

En cuanto a la temperatura, no he recogido más datos que los que yo mismo he experimentado, encontrando que ni el calor es tanto, ni tanta la humedad de las noches, y para defenderse de los primeros está tan a la mano el recurso de los baños y de las ramadas de caña en las orillas de las acequias, o la sombra de los grandes árboles».

No hay nada que se asemeje más a la devastadora langosta que el soldado, de suyo voraz y libertoso en todos los países; y en consecuencia, en menos de tres días todo aquel fértil campo quedó talado de cañas de azúcar y menestras, de camotes y de asnos. Tan sólo el regimiento Chillán se comió siete de los últimos...

La provisión suministrada al soldado era, a la verdad, escasa, porque las recuas de mulas apenas transportaban lo que 26 mil hombres consumían cada día, pues era preciso trasladar al propio tiempo el parque y los cañones.

Mataban entre tanto su tedio y su apetito los alegres soldados de Chile, que divisaban ya las codiciadas cúpulas de Lima, como mejor les era posible, con ejercicios de armas, construcciones caprichosas de tiendas y enramadas, entregas de estandartes como la que tuvo con imponente ceremonia para devolver al 2.º de línea su prenda de Tarapacá, fiestas cabalísticas de chinos, funciones acrobáticas o de títeres, cuyo héroe o don Cristóbal era ordinariamente Piérola, y especialmente con las emociones de los continuos reconocimientos que hacia las líneas peruanas se emprendían.

Conviene recordar aquí que el ejército de Piérola había ocupado sus posiciones definitivas desde Villa a Monterrico (una especie de arco de tres leguas) el mismo día en que la brigada Gana tomaba posesión de Lurín, esto es, el 23 de diciembre; y en consecuencia, a la mañana siguiente de la ocupación, el comandante Dublé Almeida (Diego) emprendió un reconocimiento por el lado de Manchay, región boscosa del oriente, con 150 Cazadores y algunas compañías del Esmeralda y del 3.º. Hubo en una asechanza del bosque uno o dos muertos de nuestra parte, porque el enemigo se parapetó en unos riscos inaccesibles, y cortado el mayor Silva del último regimiento por algunos guerrilleros, tuvo que abrirse paso a sablazos entre sus medrosas filas. Este primer reconocimiento se consideró frustrado.

El 25, día de Navidad, el comandante don Ambrosio Letelier, sostenido por un pelotón de Carabineros al mando del valiente mayor Alzérreca se adelantó en dirección de Villa, hacienda de caña, al pie meridional del morro Solar, y se batió, pajonal de por medio, junto a la playa con los Lanceros de Torata, que comandaba el coronel Bermúdez, y los infantes del batallón Callao, allí acantonados de gran guardia.

Ese mismo día, de madrugada, el mayor don Manuel Rodríguez, animoso explorador del ejército desde Calama y que vino a morir en ingrato olvido pocos meses después de sus señalados servicios y por su causa, capturó un oficial del batallón 71 (división Canevaro) que se había extraviado con un soldado en las pampas de La Tablada. Se llama así la llanura que separa a Lurín de las cerrilladas de Villa y de San Juan, donde, caminando hacia el norte, comienza el valle y la planicie del Rimac.

Mientras todo esto tenía lugar incesantemente, día por día, casi hora por hora, al frente del enemigo, la brigada Barbosa le asestaba un rudo golpe por uno de sus flancos en la noche del 27 de diciembre y en los días sucesivos, según pasamos brevemente a referirlo.

Desde que en la alborada del 18 de diciembre el coronel Sevilla intentó una sorpresa sobre los Granaderos que formaban la vanguardia de la brigada Lynch, al descender a Hervay a orillas del río de Cañete, se había puesto aquél a retaguardia, del último pero tan intimidado, no obstante su reputación de valiente, que se contentaba con seguirle sus pasos sin disparar siquiera de noche sus carabinas Remington. El regimiento 3.º o Cazadores del Rimac, constaba de 333 plazas, y su jefe que se había batido con valor en Casma y en Ingavi, pasaba a esas horas como una de las esperanzas de honra del Perú, según en otra ocasión lo hemos recordado. El coronel Sevilla era natural de Piura, y según se ha dicho, hijo de ruso en vientre de española, hombre de pelo en pecho y canosa barba, de más de 60 años de edad.

En aquella marcha casi paralela y que duró una semana, supo Sevilla el día 23 de diciembre que los chilenos, desembarcando en Chilca, le habían cortado el camino real hacia Lima, y en consecuencia se dirigió el 24 hacia Calango, lugar distante cinco leguas de la costa. Desde aquí se proponía adelantar sus jornadas hasta Lima por el camino llamado de los Lomeros, es decir, internándose hacia la sierra para ir a caer al valle de Lurín en sus cabeceras, por Manchay y Cieneguilla.

Con este propósito marchó encubierto el jinete peruano con los suyos por los montes y matorrales los días 25, 26 y 27 de diciembre, habiendo elegido la noche del último día para descabezar el valle y escapar.

Pero el viejo coronel peruano no había contado con la sagacidad y la vigilancia incansable del coronel Barbosa, encargado, según antes dijimos, desde su campamento de Pachacamac, de proteger el flanco derecho de nuestras extensas posiciones.

Desde su instalación había hecho en efecto aquel jefe adelantar grandes guardias y avanzadas hacía una quebrada lateral que desemboca en el valle de Lurín por el sudeste y que los naturales llaman del Manzano o Pueblo viejo; y gracias a esta precaución logró tomar lenguas por el extravío de un expreso del coronel Sevilla y de su inmediata aproximación en la tarde del 27 de diciembre.

Tomó en vista de esto el coronel Barbosa todas las medidas que la situación requería y que dieron por resultado el completo encierro de la columna peruana y su dispersión y captura conforme al siguiente boletín, que ha sido conservado inédito, ignoramos por qué motivo, y que hemos copiado expresamente del libro de órdenes de la 2.<sup>a</sup> brigada de la división Sotomayor. El lector no habrá echado en olvido que ésta había sido la primera en ocupar a Lurín.

El comprensivo parte de lo que se ha llamado la jornada del Manzano y que se publica por la primera vez, dice así:

«Diciembre 29 de 1880.

Señor general jefe de la 2.<sup>a</sup> división:

Tengo el honor de comunicar a US. que a consecuencia de haber llegado a este campamento repetidos denuncios de que se aproximaba una fuerza enemiga de caballería salida de Calango, hice colocar en previsión de todo evento fuertes avanzadas de los distintos cuerpos de mi mando procurándoles una colocación ventajosa desde la cual pudieran observar el movimiento y dirección del enemigo.

El día 27 del corriente a las 6 p. m. el capitán de una de las avanzadas del regimiento Curicó dio aviso de que en dirección a Manzano o Pueblo Viejo se avistaban fuerzas enemigas de infantería y caballería.

Inmediatamente me trasladé al lugar amagado y en previsión de que las fuerzas avanzadas fueran numerosas y de que el jefe enemigo proyectara una sorpresa, ordené que todo el regimiento Curicó se pusiera en marcha con el objeto de reforzar sus compañías de avanzadas y apoyarlas en el combate.

A retaguardia de este regimiento hice colocar cinco compañías del 3.º de línea escalonadas en el trayecto que forzosamente tenía que recorrer en su marcha el enemigo, procurando evitar que en ningún caso pudieran cruzarse sus fuegos y ofenderse recíprocamente.

El resto del regimiento 3.º de línea, Lautaro, batallón Victoria y la batería de artillería, recibieron también órdenes de estar listas para el ataque, y al efecto ocuparon las posiciones que estimé más ventajosas para cortar la retirada del enemigo.

Media hora después de haberme trasladado al sitio que designé como centro de operaciones, el enemigo rompió sus fuegos sobre nuestras tropas, fuegos que fueron inmediatamente contestados por las compañías de avanzadas y poco después por el resto del 2.º batallón del regimiento Curicó.

Quince minutos después de empeñada la acción, temeroso, a causa de la oscuridad de la noche, de que pudieran nuestras tropas ofenderse, mandé parar el fuego, orden que fue puntualmente obedecida.

Veinte minutos más tarde, el enemigo repitió el ataque y dos veces sucesivas con cortos intervalos, pretendió abrirse paso a viva fuerza por entre las filas de nuestra infantería la que repelió con bríos la acometida, consiguiendo tomarles algunos prisioneros y obligándolos por último a ponerse en fuga en completa dispersión con dirección a los cerros que dominan la planicie en que tuvo lugar el encuentro.

A pesar de que la oscuridad de la noche era intensa, ordené a la escasa fuerza de cazadores a caballo que tenía a mis órdenes, saliera a cortar el paso de los fugitivos, designándole al efecto, se apostara en un portezuelo vecino al camino que había dado acceso al enemigo; hice avanzar al regimiento Curicó y acampar diez cuerdas más adelante de sus primeras posiciones con orden de emprender antes del alba la persecución. Dos compañías del 3.º de línea fueron asimismo desplegadas en guerrilla a retaguardia de nuestra caballería con el objeto de apoyar sus movimientos.

A las 3 a. m. la infantería designada al efecto, reforzada por la caballería que pocas horas antes pedí al cuartel general y que oportunamente se me envió, emprendí la persecución del enemigo acordonando por los infantes todos los cerros vecinos y enviando pequeñas fuerzas de caballería y de infantería a todas las quebradas y llanos en que oculto o fugitivo suponía estar el enemigo.

La persecución se prosiguió con toda actividad el día 28 y parte del 29, dando los favorables resultados que me prometía. Han caído en nuestro poder tres de sus principales jefes, siendo uno de ellos el comandante del regimiento Rimac, señor coronel Sevilla, 9 oficiales, 1 cirujano, 1 practicante, 1 telegrafista y 12 individuos de tropa.

El número de muertos que durante el combate y la persecución ha tenido el enemigo pasa de 13, entre éstos el teniente coronel 2.º jefe don Baldomero Aróstegui.

Además de las ventajas anteriormente consignadas, se tomaron al enemigo más de 100 carabinas Remington, casi igual número de lanzas y sables y 120 caballos, y como complemento, más de 1.000 animales entre vacunos, lanares y cabríos. Cayó asimismo en nuestro poder el aparato telegráfico de que se servía el enemigo, el instrumental de su banda de música, la documentación del regimiento e importantes comunicaciones privadas y oficiales.

Me es doloroso tener que comunicar a U. S. que el precio de este triunfo obtenido sobre el enemigo ha sido a costa de algunas pérdidas de nuestra parte, siendo la más sensible de todas ellas la muerte del 2.º jefe del regimiento Curicó, teniente coronel don José Olano, que murió en su puesto a las primeras descargas del enemigo. Por lo demás, nuestras bajas se reducen a 4 individuos de tropa heridos del mismo regimiento, dos de ellos de gravedad.

Me hago un deber en manifestar a U. S. el digno comportamiento de los señores jefes, oficiales y soldados del regimiento Curicó que fue quien sostuvo el ataque, como asimismo la disciplina y serenidad que durante la acción observaron las fuerzas de mi mando ocupando cada uno de los cuerpos las posiciones en que fueron apostadas sin que se notara durante las dos horas en que se sucedieron los fuegos del enemigo otros movimientos que los que tuve a bien ordenar, en previsión de que este nos atacara por el flanco. También me es grato recomendar a U. S. los eficaces servicios que durante el combate prestaron mis ayudantes de campo mayor Subercaseaux y capitanes Laermando Tagle Castro y San Martín y el alférez Urrutia, jefe del piquete de Cazadores a caballo que está a mis órdenes, como igualmente los que al día siguiente del combate prestaron en la persecución de los fugitivos y apresamiento de estos los mayores Lira, Pantoja y Villagrán, los capitanes Terán y Letelier, teniente Walker, Fornés y Hermosilla y los alféreces Larraín, Montt y Solar.

Estimo, señor general, que las ventajas obtenidas por la brigada de mi mando en la jornada de la noche del 27, atendido a que el regimiento Rimac, totalmente destruido, era la mejor caballería con que contaba el ejército enemigo, son de alguna consideración y por ella me es satisfactorio felicitar a U. S. como mi jefe inmediato, por su triunfo que inicia de una manera en mi concepto favorable, nuestra campaña sobre la capital del Perú.

No terminaré sin hacer presente a U. S. que tanto en el ataque como en los reconocimientos anteriores, me ha acompañado como ayudante prestando buenos servicios el señor Ángel Custodio Vicuña.

Incluyo a U. S. el parte que el comandante del regimiento Curicó me pasa sobre el hecho de armas de la noche del día 27.

Dios guarde a U. S.

O. Barbosa».

Después de la fausta sorpresa del Manzano, verdadero aguinaldo de año nuevo que fue recibido con vivo regocijo en el ejército y en el país, enturbiándolo sólo la muerte del bravo comandante Olano, mozo de increíble perseverancia e innumerables aventuras romancescas, continuaron los reconocimientos de frente hacia las líneas del enemigo.

El más formal de éstos tuvo lugar el 28 de diciembre bajo la dirección del coronel Lagos, que día a día recorría las avanzadas y se acercaba a tiro de rifle de las posiciones enemigas

en San Juan como en Tacna, en Chorrillos como en Arica. El coronel Lagos maquinaba constantemente «robarse» una avanzada enemiga, hasta que a fuerza de acechos y de vigiliass se enfermó en una ruda ramada ubicada en un potrero sembrado de sabrosas yucas.

En pos de estas operaciones, se emprendió un reconocimiento más formal el día 31 por el lado de Pampa Grande, que colinda con Ate. Condujo este el activo comandante don Jorge Wood, a la cabeza de 150 Cazadores y Carabineros. El 2 de enero el general en jefe se internó en esa misma dirección acompañado del coronel Velásquez y de sus ayudantes.

Otro reconocimiento tuvo lugar el día 5 por la quebrada llamada de Picapedreros, en la cual, sorprendido el coronel Barbosa, expuso su vida; y puede decirse que no pasaba día sin que los oficiales del cuartel general o del estado mayor no adelantasen alguna nueva jornada hacia las líneas enemigas.

Por la marina se ejecutaron también diversos reconocimientos, llegando nuestras naves varias veces hasta el pie del Morro Solar y a la vista de Chorrillos. El 2 de enero hizo una exploración preliminar en el vapor Gaviota el capitán de corbeta don Manuel Riofrío, el cual fue ratificado por la Magallanes el día 4, embarcándose en este buque los coroneles Lagos y Lynch. El último iba a medir su propio campo de batalla.

Por último, el 5 de enero, esto es, cuando el coronel Barbosa vagaba en la quebrada de Picapedreros, el almirante Riveros se cercioró de las posiciones enemigas embarcado en el vaporcito El Toro. Lástima y no pequeña fue, sin embargo, que en el curso lento de aquellos días la escuadra no bombardeara reciamente las líneas enemigas, porque esto habría sido de gran efecto para su vacilante moral y sus aprestos.

Esto no obstante, el reconocimiento definitivo de las líneas que defendían la ciudad de los Reyes sólo tuvo lugar el día 6 de enero, aniversario de su advenimiento y de su título. Presidió esta importante jornada en persona el resuelto general en jefe, a fin de señalar a cada uno su puesto de combate, y he aquí como refiere la primera parte del afanoso día uno que en el hecho anduvo:

«El día 6 de enero, al toque de la diana, llegaban a la tienda del general, los jefes de división, de brigada, de la mayor parte de los regimientos, y los oficiales de los estados mayores divisionarios. Se iba a practicar un reconocimiento sobre Villa, pues en los días 25 y 28 de diciembre sólo se habían hecho ligeras exploraciones por fuerzas de nuestra caballería.

A la invitación del general en jefe, todos habían acudido gustosos, pues iban a ver y observar las posiciones enemigas lo que era de suma utilidad en vísperas de la batalla.

Formaban parte de la expedición cuatro piezas de artillería de campaña, dos Armstrong y dos Krupp; 100 buines montados, los Granaderos, parte de los Cazadores y los Carabineros de Yungay; asistían también a este reconocimiento los distinguidos jefes y oficiales de la marina inglesa, francesa, italiana y de los Estados Unidos que habían acompañado desde Arica al ejército.

A las 7:52 a. m. llegaba la artillería a la ceja de la Tablada, distante ocho mil a nueve mil metros de las líneas enemigas, hacía alto y colocaba sus piezas en batería, los Armstrong tomaban la vanguardia por tener menos alcance: los buines se desmontaban y avanzando dispersos en guerrilla hacían alto a mil quinientos metros aproximadamente.

La caballería quedó en unas lomas y los jefes y oficiales tomaron la colocación que les plugo en las diversas colinas que dominan el hermoso valle del Rimac».

Lo demás está contado sucesivamente en los siguientes telegramas que resumen las peripecias de aquel día en el campo peruano y en el palacio de Lima:

«Palacio, 6 de enero.

Señor secretario de guerra:

De San Juan anuncian que el enemigo se avista, según propio llegado.

Paz Soldán».

«9:50 a. m.

Señor secretario de guerra:

Continúa el fuego de cañón y rifle en la línea.

Paz Soldán».

«11 a. m.

Señor secretario de guerra:

Cesó el fuego; parece ha sido gran reconocimiento. Nuestras tropas entusiastas. Regresan a su campamento, según último aviso».

«12:16 p. m.

Señor secretario de guerra:

El enemigo permanece cerca de Tablada, tres mil más o menos. Suspendido fuegos.

Paz Soldán».

«Señor secretario de guerra:

Después del gran reconocimiento, el enemigo se perdió de vista.

C. Paz Soldán».

El reconocimiento en fuerza del día de los Reyes ejecutado por el centro de las posiciones enemigas equivalió al del 22 de mayo frente al Campo de la Alianza. Conforme a su hábito de guerra, el general Baquedano, que no acostumbra tomar resolución definitiva sino a la vista del enemigo, fue llamando a su lado uno por uno a los jefes de división y de brigada, y señalándoles con el brazo los diversos rumbos de los reductos enemigos que se veían erizados de cañones y de bayonetas, les fue explicando en su lacónico y peculiar lenguaje lo que a cada uno le cumplía hacer en el día ya próximo e inminente de la fatal arremetida.

Cuando caía la tarde, y el sol se escondía entre las ondas azules que forman orla al verde oasis de Lurín, la comitiva atravesaba de regreso y en pintoresco desorden el elegante puente del río, y allí se detenía delante del foco de una máquina fotográfica para recordar al arte y a la historia los acentuados perfiles de su grupo de recios exploradores. El de la manta blanca es el coronel Lagos.

Esto, no obstante, y a fin de completar diferentes exploraciones que por mar habían ejecutado jefes de tierra y el almirante Riveros en persona sobre la extrema derecha del enemigo, es decir, hacia sus posiciones de Chorrillos y del Salto del Fraile, dispuso el general en jefe al subsiguiente día de su reconocimiento del 6, que el incansable coronel Barbosa, jefe de nuestra extrema derecha, en el campamento de Lurín, lanzase el día 9, antevíspera del día fijado para la batalla, más que un reconocimiento, un verdadero ataque sobre la extrema izquierda del enemigo, que se apoyaba en Monterrico, dando para ello un largo rodeo por el áspero camino montañoso denominado «la Rinconada de Ate». Para este efecto, una división de cerca de dos mil hombres escogidos fue puesta a disposición de aquel jefe, sacados de las tropas de su propia brigada, en la tarde del 8 de enero, e inmediatamente se dirigió a dar cumplimiento a tan riesgosa como importante comisión en el orden siguiente:

Cien hombres del Buin, montados en caballos de los Granaderos, iban adelante con 150 de estos fornidos jinetes. El mayor Vallejos, soldado de los Ángeles, conocido por su rudo valor, mandaba los Buines. El entusiasta mayor Marzán conducía los Granaderos como en el Campo de la Alianza.



Marchaba en pos el regimiento 3.º de línea al mando de uno de los mejores y más cabales jefes que cuenta el ejército de la república, el hoy coronel don José Antonio Gutiérrez, y el segundo batallón del Lautaro iba a las órdenes del viejo y bravo Robles, roble de batalla, y de su segundo y bizarro jefe, el mismo que lo había llevado a Moquegua en su famosa visita del año nuevo, que acababa de expirar, joven de raro mérito y que es hoy una de las más brillantes esperanzas de nuestras armas, el comandante don Ramón Carvallo, hijo de Valparaíso.

Iba además en la columna, protegida de cerca por el Lautaro, una sección de artillería compuesta de dos piezas Krupp, mandadas por el mayor von Koeller, prusiano de nacimiento, mozo esforzado de ánimo y recio de miembros, que había hecho hacía poco las victoriosas campañas de su patria.

Un pelotón de 25 Cazadores al mando del alférez Avaria, oficial que comenzara su carrera con buen nombre en la Guardia Municipal de Santiago, servía de escolta al comandante en jefe de la expedición.

Venían también a su lado, como representantes del estado mayor general, los ayudantes don Ricardo Walker, mestizo atacameño, y don Manuel Hermógenes Maturana, hijo de San Fernando, diarista en este pueblo y en Quillota, soldado de ingenio y de hígados, que había sido compañero de aventuras y de hazañas en «La Verde» del capitán Dardignac, «el bravo entre los bravos».

Conforme a las órdenes impartidas en la mañana del 8, se hallaron todas aquellas fuerzas, que llegaban por diversos senderos a las cuatro de la tarde de ese día, en el solitario y abandonado caserío de la hacienda de Manchay, estancia boscosa del valle de Lurín, propiedad de un viejo coronel Arias, proveedor de leña en grande escala de la ciudad vecina.

Allí, y conforme a su costumbre, había precedido a todos el jefe de la expedición, el jinete más recio del ejército después del coronel Lagos, centauro de hierro. El coronel Barbosa en campaña no duerme sino sobre el lomo del caballo. Le acompañaba su inseparable ayudante, el mayor Francisco Subercaseaux Latorre, uno de los voluntarios más brillantes del ejército movilizad, mozo lleno de valor, de lealtad y de inteligencia, que ha peleado bizarramente en todas partes, en la segunda y tercera campaña, en Tarata y en Ate, en Miraflores y en Chorrillos.

Acampó en Manchay la columna hasta la media noche, y a esa hora se puso silenciosamente en marcha por el monte. Iban adelante Buines y Granaderos guiados por el comandante Carvallo que había visitado todos aquellos parajes, y esperaba sorprender una avanzada que en cierta loma conocida mantenían los peruanos.

Forma propiamente lo que los labriegos limeños llaman la «Rinconada de Ate», unas cuantas pequeñas chácaras vegas que las acequias del Rimac riegan y revienen junto a su margen izquierda y cuyo centro ocupa la aldea de Ate, formada por una sola calle de solares abiertos y de ranchos pajizos, abrigo de un centenar de cultivadores que proveen con sus menestras el diario mercado de Lima.

Más allá del terreno reducido a escaso cultivo de pasto y dividido en pequeños potreros, se interna a manera de quebrada dominada por altos cerros desnudos y arenosos, la rinconada propia, que es cascajosa, estéril y va angostándose hasta formar, como los «cajones» de Chile, una estrechura y garganta de pocos metros de espacio. Su mayor ámbito entre los dos cerros no pasa de dos cuadras, y la cadena que la domina por la derecha es mucho más alta y peinada que el cordón de lomas que cae al lado de la costa. Un portezuelo cierra por las dereceras en que venían los chilenos, es decir, por el sur, el cajón y su desarrollo, y desde su cima, que es comparativamente aplastada, columbrase entre la bruma amarillosa de los valles tropicales, los contrafuertes de San Bartolomé y de San Cristóbal, y más hacia el poniente las cúpulas opacas de Lima a sus pies.

Tal era el terreno que iba a reconocerse, y en el cual los peruanos nos aguardaban.

Aquel día no tenían colocadas sus avanzadas en el paraje acostumbrado, por lo cual se frustró su captura; pero conforme a su triste sistema de defensa automática, habían sembrado el cajón y las laderas de bombas escondidas, que por esta causa y la conocida gula de la gente chilena denominaban ellos burlonamente «camotes»... En cuanto a su línea de resistencia, apoyada a la distancia por el San Bartolomé, consistía en anchos focos y trincheras de tierra que cortaban la quebrada de banda a banda, junto a los terrenos de cultivo, dejando un reducido paso a la derecha que conducía al Rimac y era el desfiladero previsto de la fuga.

El camino transitable desde el portezuelo corre por el costado izquierdo de la quebrada inclinándose a los cerros de la costa.

Por consiguiente, el campo de batalla iba a ser simplemente una quebrada, o más propiamente lo que en Chile denominamos «un cajón», el cajón de Ate.

Con los primeros inciertos albores del amanecer del domingo 9 de enero, la trasnochada pero valiente vanguardia del coronel Barbosa, Buines y Granaderos, halcones y gavilanes, en demanda de matutina presa, llegaban al portezuelo de Ate, y una bomba traidora, que hería mortalmente a un soldado del Buin, era el aviso dado con su estrépito estridente, a los unos y a los otros, de que el combate iba a comenzar.

La división chilena apresuró en efecto el paso, y los peruanos de Ate, despertando en sus campamentos del valle, comenzaron a rellenar el foso y a coronar las empinadas alturas de la derecha con cuadrillas de carne de cañón.

Pasada la primera emoción de la alevosía, la división de reconocimiento bajó en orden al valle; y en los momentos en que el sol de enero derramaba ancha y rojiza luz en las áridas y plomizas cimas, el coronel Barbosa, que había trepado a pie a un mogote del cajón, disponía con consumada maestría el plan de ataque, diseñándose en su tostado rostro, tipo hermoso del araucano de la selva y del beduino del desierto, su peculiar sonrisa de husmeador del fuego.

El 3.º de línea estaba destinado a llevar en sus hombros el peso y la gloria del día, como en Arica.

Ordenó para este fin el coronel Barbosa que tres compañías de aquel bien probado regimiento avanzaran por el fondo del valle al mando de su tercer jefe el mayor don Gregorio Silva, soldado arribano alentadísimo, llamado por su tropa «el zunco» porque le faltaba un dedo de la diestra, si bien le sobran brazo, corazón y espada.

La cuarta compañía, que era la guerrillera, del primer batallón fue despachada a reconocer los cerros de la derecha del cajón, por cuyas cabeceras subían en ese momento enjambres de enemigos con la velocidad de gamos. Iba esta ágil y adiestrada tropa al mando del capitán don Ricardo Serrano, héroe del día, que en el sitio ganaría su último grado en su juvenil carrera.

En pos de él iba la compañía que mandaba Luis Alberto Riquelme Lazo, capitán de 19 años. Y ¡triste episodio de carnífera guerra! aquellos dos mozos que en Ate se cubrirían de denodada gloria, en Chorrillos serían sólo dos mutilados cadáveres, el uno junto al otro, allí como en la inmortalidad.

Los cien Buines del mayor Vallejos apoyaban desde la distancia este atrevido movimiento, llevando su vanguardia el animoso teniente Ibarra, uno de los muchos generosos estudiantes de medicina que habían cambiado en la campaña, por entusiasmo patrio o por desengaños en el servicio, el escalpelo por la espada.

Mientras se da lugar a que los capitanes Serrano y Riquelme (otra curiosa coincidencia con los dos nombres y los dos heroísmos de la Esmeralda) trepen la escarpada cima, avanza lentamente por la opuesta ladera la compañía del 3.º que manda el capitán Eleodoro Guzmán; y porque sus jefes no le ven llegar a las trincheras a paso de carga, como se le tenía prevenido, piden al día siguiente su baja del ejército: ¡tanta era la emulación de la gloria y del deber en la víspera de los grandes días!

El capitán Guzmán se rehabilitó por lo mismo, manteniéndose en Miraflores en lo más crudo del fuego como ayudante del general Maturana; y así obtuvo en un campo de batalla la rehabilitación de su honra comprometida en otro campo de batalla.

En las campañas de Chile en el Perú, la gloria no ha dado treguas, ni quitas, ni esperas a la gloria.

El capitán Serrano avanzaba entre tanto por la fatigosa subida, y como su tropa iba vestida de blanco, y se cansaba, rezagándose algunos soldados por la fatiga, más no por el miedo, juzgaban los que desde el valle les divisaban, que eran heridos o muertos que caían.

Los peruanos habían roto desde el primer momento un fuego desatentado que les sirvió sólo para quemar su pólvora. En ningún combate de tierra sus punterías había sido más infortunadas.

Entre tanto, y con admirable acierto, el capitán von Koeller había roto sus fuegos de cañón sobre los fosos y sobre las crestas, y tan fijo era su ojo, ojo de prusiano, que dejaba poco trabajo a los infantes. Media hora después del primer disparo se veía en efecto a los peruanos huir en todas direcciones. Por su parte, el ágil capitán Serrano no sólo había coronado la altura con su tropa victoriosa e inermes, sino que precipitándose a las chácaras y caseríos de Ate había hecho prisionero a un ingeniero norteamericano llamado Murphy, viejo mañoso, que a su decir era administrador de una hacienda del valle, pero que llevado a la tienda del ministro de la guerra aquella tarde dio importantes detalles científicos sobre las defensas del enemigo.

Al propio tiempo, el mayor Silva avanzaba por el fondo de la quebrada a paso de trote, sostenido ahora por los Buines del mayor Vallejos, sobre los fosos enemigos, resuelto a tomarlos a la bayoneta. Era aquella una terrible apuesta de desnudo en terreno de seco entre dos terribles lleulles de ultra Maule.

Ignoraba en ese momento el coronel Barbosa, que en sus anchas narices aspiraba el olfato a la batalla, el número de los enemigos que iba a combatir; pero como sus instrucciones se limitaban a descubrir su fuerza y a amargarla, sin comprometer por esto un combate decisivo, juzgó que era llegado el momento crítico del encuentro y ordenó el avance general de su división exploradora, infantes, jinetes y cañones:

«A la hora y media de fuego -dice un testigo de vista en una relación anónima de la prensa de Valparaíso- el capitán Serrano era dueño de las alturas de la derecha; sólo las fuerzas ocultas en los fosos hacían fuego; mandó a la carga Barbosa, y el valiente Silva cargó a la bayoneta, al mismo tiempo que Vallejos por la izquierda ejecutaba con igual resolución la misma carga. En esos momentos llega un ayudante anunciando la dispersión del enemigo; inmediatamente el coronel Barbosa, radiante de coraje y de entusiasmo, proclama en breves pero arrebatadoras palabras a los Granaderos, que con la celeridad del rayo desenvainan los afilados sables y en medio de un sonoro chivateo desaparecen envueltos en el polvo que levantan sus caballos y el humo del fuego; llegan a los fosos: no hay pasada, son demasiado anchos para saltarlos; ¡qué hacer! El bravo mayor que los manda, empinándose en los estribos, descubre la única y estrecha pasada entre el cerro y los fosos, y en medio de un diluvio de balas ejecutan una contramarcha tan perfecta como si hubiera sido en el campo de instrucción: colocados entre los fosos y las trincheras, carga la primera mitad al mando de Vivanco y acuchilla sin piedad a los pocos que no alcanzan a ganar las trincheras, distantes 15 metros de los fosos; 3 oficiales y 22 soldados caen en esta atrevida carga; tras de esta mitad se precipita la segunda al mando del bizarro Varela, se estrella por dos veces contra las tapias del frente y por sobre estas logra acuchillar a unos cuantos enemigos».

A esta bizarra carga agregaremos un simple detalle de nombre, o más bien de profesiones: el capitán Varela era un joven abogado de Concepción que había ido a la guerra por la convicción del patriotismo; el subteniente Vivanco, ex preceptor de Linares, había ido, como mucho de sus colegas, Terán, Villar, Arroyo, Elgueda y otros, por el entusiasmo del patriotismo. En esta guerra los obreros de la inteligencia han tenido también sus duelos

como los lleulles, hijos y escarmentadores de los bárbaros. Un detalle doloroso todavía: el alférez Vivanco, que en la caballería mereció los honores del día, junto con Serrano capitán de infantes, alcanzó en el borde de una ancha acequia de regadío a un joven oficial peruano y lo atravesó de parte a parte con la espada. Una hora después, cuando los chilenos eran completamente dueños del campo de Ate, algunos de sus oficiales observaron, poseídos de dolorosa impresión, que el agua de los regadíos pasaba sobre el lívido rostro del enemigo muerto, lavando con melancólico murmullo la ancha herida que le atravesaba el pecho. El alférez Vivanco fue ascendido por su bizarría, y es hoy teniente de su regimiento.

Con la dispersión del enemigo que protegía la extrema izquierda del ejército peruano contra un movimiento envolvente, «a lo Moltke», quedaba terminada la comisión que en la víspera había recibido en el cuartel general el coronel Barbosa. Los cañones del San Bartolomé, que cerraban en esa dirección el paso de Lima, situada a su espalda, comenzaban también a enviar mal dirigidas bombas hacia la quebrada; y aunque entonces se dijo que el jefe de la columna chilena había pedido un refuerzo de 3.000 hombres, comprometiéndose a tomar la capital peruana por la espalda de sus líneas de defensa, es lo cierto que como buen soldado, se limitó a cumplir sus instrucciones.

A las doce del día el coronel Barbosa estaba en plena, tranquila y ordenada retirada; y tan lejos se habían hallado los enemigos vencidos de molestarlo, que los Granaderos lacearon un buey a su vista y sabrosamente lo carnearon.

Terminada así con rara felicidad aquella operación de guerra que debía llevar en hora tan crítica de la campaña honda perturbación al real peruano, no quedaba ya nada más que hacer sino levantar de prisa el campo de Lurín y marchar resueltamente sobre las formidables barreras que el enemigo había levantado a nuestro frente y que hora por hora seguía reforzando.

Y esto fue lo que quedó acordado en junta de guerra del día 11 de enero, última fecha de consultas y de movimientos preliminares antes de las grandes batallas que serían las últimas jornadas de la campaña y del presente libro.

## Capítulo XXVI

### La batalla de San Juan

Resuelto irrevocablemente desde el día 6 de enero en el cálculo y en el heroísmo el plan de ataque de frente a las formidables posesiones de los peruanos en la línea de Chorrillos a San Juan por los tres hombres de guerra que habían forjado la batalla campal de Tacna y el

asalto victorioso de Arica, es decir, por el general Baquedano y por los coroneles Velásquez y Lagos, convocó el primero el día 11, a la hora del mediodía, en su alojamiento de las casas de San Pedro, especie de claustro, granero y fortaleza jesuítica, una junta de guerra, no para cubrir su responsabilidad sino para acentuarla.

Asistieron a esa conferencia los generales Maturana, jefe de estado mayor; Saavedra, inspector general del ejército; Sotomayor, jefe de la 2.<sup>a</sup> división; el coronel Lynch, comandante general de la 1.<sup>a</sup> división; el ministro de la guerra en campaña, el ex ministro de Chile en el Perú don Joaquín Godoy y los secretarios Altamirano y Lira. El coronel Lagos, comandante general de la tercera división, no se halló presente a causa de una ligera indisposición motivada por los insomnios y la fatiga. El elemento militar estaba casi balanceado en el consejo por el elemento civil.

Expuso el general en jefe netamente su plan en aquella junta, y no encontró sino débiles contradictores. El general Saavedra habría preferido demorar el asalto hasta hacer venir nuevas reservas de Tacna. El ministro de la guerra, que desde el reconocimiento de Barbosa en la quebrada de Ate y por los informes del ingeniero Murphy que allí fue tomado, según antes dijimos, se había impresionado en el sentido de lanzar el ejército por esa vía de circunvalación, insinuó su conveniencia, pero no con el calor que la pasión política ha atribuido después a aquellas divergencias. Era una simple opinión que él sugería a la responsabilidad del general en jefe, y que en definitiva dejaba a su albedrío. Por último, el jefe de estado mayor, que desde Tacna traía madurado un plan de batalla concebido en tres jornadas sucesivas y por aquella misma dirección, apoyó sin entusiasmo al ministro; pero fue combatido en lo absoluto y con energía por el coronel Velásquez. En su condición de jefe de la artillería de campaña, naturalmente, no era dable al último aceptar una maniobra en terreno desconocido, que hubiese podido embarazar el uso de sus cañones y los de la escuadra, que en la combinación por Ate quedaban por necesidad eliminados.

Por su parte, y con su laconismo acostumbrado, el general en jefe alegó las graves razones que con trasparente claridad apunta en su parte oficial de las batallas de Lima, y entre aquéllas figuran en primera línea la falta de movilidad para emprender un movimiento que habría podido durar dos o tres días, marchando peligrosamente por el flanco, la temeraria prescindencia de la cooperación de la escuadra y el peligro inminente de que el enemigo hubiese podido ocupar a Lurín maniobrando a su retaguardia y cortándole, no sólo su base de operaciones sino su natural retirada. A todo esto habría podido agregar que en la ciencia y la experiencia de la guerra está demostrado que quien lleva un asalto de frente lleva la ventaja, si cuenta para ello con la oscuridad y la sorpresa, la disciplina y el valor conocido del soldado.

Por otra parte, y así como habría sido probable que, dando la vuelta por Ate, hubiese podido el ejército de Chile ocupar a Lima casi sin resistencia, habría sido acaso esa misma ventaja ocasionada a encontrar en escala más abultada los gravísimos inconvenientes que el vencedor halló a su paso algunas horas más tarde en la conflagración y en el alcohol de Chorrillos.

Acordada definitivamente la marcha de frente, se dispuso todo para verificarla en la tarde del 12 de enero, y a fin de detallar a cada cual lo que le correspondía hacer en la batalla, el

general Baquedano citó en la mañana de aquel día a una junta de jefes en su sala de despacho, asistiendo todos los comandantes generales de brigada y de cuerpo:

«El 12 por la mañana -decía el coronel Gana en una carta íntima de familia escrita desde Lima el 29 de enero- fuimos citados todos los jefes a la presencia del general Baquedano. Reunidos en un gran salón de la hacienda de San Pedro, el general nos dijo:

-Esta tarde a las seis marchará todo el ejército para caer sobre el enemigo antes de aclarar; la primera división atacará el ala derecha del enemigo, la segunda el centro por San Juan y la tercera la izquierda. Yo espero -añadió- que todos cumplirán con su deber. Somos chilenos y el amor a Chile nos señala el camino de la victoria. ¡Adiós, compañeros! ¡Hasta mañana después de la batalla!».

Visible era la santa y generosa expansión del patriotismo en todos los semblantes al oír aquella arenga de soldado y de patriota. Algunos, como el coronel Martínez, del Atacama, se mostraron sombríos pero resueltos; otros entusiastas y alegres:

-¡Cuántos de nosotros estaremos mañana vivos!, dijo al comandante Holley uno de sus compañeros de brigada.

-Qué importa -le respondió el último-, si la victoria de Chile está más allá de la muerte!

Enseguida todos arreglaron sus relojes por el del general en jefe, remontaron a su nivel sus corazones, y de allí marcharon a ocupar sus puestos al frente de sus tropas.

A esa hora en aquel memorable día circulaba asimismo de mano en mano en los afanados y bulliciosos campamentos una proclama manuscrita del general en jefe (porque se había descuidado llevar siquiera una prensa litográfica portátil), que resumía las nobles impresiones de todo el ejército y estaba concebida en los términos siguientes:

«A los señores jefes, oficiales, clases y soldados del ejército.

Vuestras largas fatigas tocan ya a su fin. En cerca de dos años de guerra cruda, más contra el desierto que contra los hombres, habéis sabido resignaros a esperar tranquilos la hora de los combates, sometidos a la rigurosa disciplina de los campamentos y a todas sus privaciones. En los ejercicios diarios y en las penosas marchas a través de arenas quemadas por el sol, donde os torturaba la sed, os habéis endurecido por la lucha y aprendido a vencer.

Por eso habéis podido recorrer con el arma al brazo casi todo el inmenso territorio de esta república, que ni siquiera procuraba embarazar vuestro camino. Y cuando habéis encontrado ejércitos preparados para la resistencia detrás de fosos o trincheras, albergados

en alturas inaccesibles, o protegidos por minas traidoras, habéis marchado al asalto firmes, imperturbables y resueltos, con paso de vencedores.

Ahora el Perú se encuentra reducido a su capital, donde está dando desde hace muchos meses el triste espectáculo de la agonía de un pueblo. Y como se ha negado a aceptar en hora oportuna su condición de vencido, venimos a buscarlo en sus últimos atrincheramientos para darle en la cabeza el golpe de gracia y matar allí, humillándolo para siempre, el germen de aquella orgullosa envidia que ha sido la única pasión de los eternos vencidos por el valor y la generosidad de Chile.

Pues bien: que se haga lo que ha querido; si no lo han aleccionado bastante sus derrotas sucesivas en el mar y en la tierra, donde quiera que sus soldados y marinos se han encontrado con los nuestros, que se resigne con su suerte y sufra el último y supremo castigo.

Vencedores de Pisagua, de San Francisco y de Tarapacá, de Ángeles, de Tacna y Arica: ¡Adelante!

El enemigo que os aguarda es el mismo que los hijos de Chile aprendieron a vencer en 1839 y que vosotros, los herederos de sus grandes tradiciones, habéis vencido también en tantas gloriosas jornadas.

¡Adelante! ¡A cumplir la sagrada misión que nos ha impuesto la Patria! Allí, detrás de esas trincheras, débil obstáculo para vuestros brazos armados de bayonetas, os esperan el triunfo y el descanso; y allá, en el suelo querido de Chile, os aguardan vuestros hogares, donde viviréis perpetuamente protegidos por vuestra gloria y por el amor y el respeto de vuestros conciudadanos.

Mañana, al aclarar el alba, caeréis sobre el enemigo; y al plantar sobre sus trincheras el hermoso tricolor chileno, hallaréis a vuestro lado a vuestro general en jefe, que os acompañará a enviar a la Patria ausente el saludo del triunfo, diciendo con vosotros: ¡Viva Chile!

Manuel Baquedano».

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día comenzó el grandioso desfile del ejército hacia el puente de hierro de Lurín. Los regimientos marchaban por el flanco, ligeros los corazones, risueños los semblantes, ágiles los músculos. Al fin, aquellos hombres sufridos iban a Lima, después de dos años de impaciencia y de esperanza. Las bandas de música que los precedían alentaban su marcha ejecutando aires patrióticos, y una hora después el campo de la Tablada que separa el valle de Lurín del de San Juan, hervía con los giros y los pasos de veinticuatro mil combatientes que se adelantaban a cumplir los destinos de su patria. La distancia lineal de Lurín a San Juan, conforme a los planos del ingeniero Orrego, es de 17.400 metros, o sea más o menos, contando con las ondulaciones del terreno, cinco



leguas chilenas. El leguario antiguo del Perú arroja una distancia de 6 leguas españolas de Lima a Lurín y 7 de Lurín a Chilca.

El terreno que los chilenos tenían que recorrer era llano pero pesado. Se denomina con propiedad aquella comarca árida y medanosa «la Tablada de Lurín», porque es una meseta que se empina algunos metros sobre el nivel del río y va a morir en el del Rimac, que a su vez comienza en San Juan o en Chorrillos, divididos ambos allí por áspero lomaje.

Tiene aquel paraje algo de semejante a la formación geológica del llano de Maipo entre el Mapocho y el río de aquel nombre, salvo que las arenas del mar vecino esparcidas por vientos seculares siembran su espacio de montículos movibles y han formado dos series de médanos paralelos que corren de sur a norte, el uno junto a las playas y el otro algunas cuadras más hacia el interior. Se llama la Tablada en realidad sólo el espacio arenoso comprendido entre esas dos cadenas de médanos, y por su centro corren el camino de Cañete, el trazado de un futuro ferrocarril y los postes del telégrafo.

Más hacia el oriente, y separado por los médanos interiores que dejamos indicados, corre un camino de atraveso llamado de Otocongo o la Capilla, por una ruina que en su medianía existe, sendero de mulas que el dueño de la hacienda leñera de Manchay, un coronel Arias, había hecho hacía poco carretero para el tráfico del combustible a la ciudad. Este camino penetra en la Tablada hacia su medianía por un blando portezuelo de tres o cuatro caracoles.

El derrotero que corta por su centro la Tablada va a desembocar en Villa, hacienda de regadío, es decir, de alfalfa y de caña, situada a espaldas de la que fue fastuosa villa balnearia de Chorrillos y forma lo que se llama el camino real del sur en el Perú. El sendero de Otongo o camino de Manchay, es más propiamente la vía montañosa de Ayacucho y de Arequipa, y ésta, cortando las cerrilladas de Chorrillos en su centro, va a pasar por la hacienda de San Juan, gemela de la de Villa, pero situada en el faldeo opuesto de los cerros, y enseguida por las de Tebes y la Palma, famosas éstas últimas en las guerras civiles del Perú.

La hacienda de Villa fue heredad hace algunos años de la familia feudal de Lima de Lavalles y es ahora propiedad de los Goyeneche, familia feudal de Arequipa. San Juan perteneció hasta hace poco a un chileno natural de Talcahuano llamado Fernández, hombre terco y orgulloso, que dejó infeliz familia de dos hijos, uno de ellos loco en San Andrés y el otro en poder del pérfido tutor, conocido hombre público del Perú, de quien se dijo que por heredar a su pupilo lo arrojó vivo al cárcamo del ingenio, y allí pereció.

En la organización mucho más fantástica que efectiva que el genio meticuloso del dictador había impreso a las regiones agrestes y despobladas que forman cintura a Lima, el distrito de Chilca llevaba el nombre de zona número 10, y el de Lurín, comprendiendo las haciendas de San Pedro y Buenavista, zona número 9. La zona de Chorrillos (número 8) abrazaba las poblaciones de Chorrillos, Villa, San Juan, Surco, Barranco y Miraflores, y la zona 7.<sup>a</sup> las haciendas, aldeas y chácaras situadas en la rinconada de Ate o sus lindes, como Vásquez, Monte Rico, Melgarejo, la Molina, etc. La zona número 6 era la de la Magdalena antigua y moderna; y pasado el río, seguían hacia el norte seis zonas más, todas dentro del

departamento litoral de Lima, Huacho y Supe. Por el sur las zonas terminaban en Cañete con el número 12, de suerte que había seis zonas al norte del Rimac y seis al sur.

Conforme a esta disposición del terreno y a la misión encomendada a cada una de las secciones del ejército de Chile la división Lynch avanzó de frente por el centro de la Tablada, destacando por la orilla de la playa al regimiento Coquimbo y al batallón Melipilla a cuyos cuerpos se encomendó la arriesgada tarea de atacar el caserío de Villa y sus fortificaciones por sorpresa y por el flanco.

La división Lagos, que pasó el puente de Lurín en pos de Lynch, debía ejecutar en el centro de la Tablada una conversión hacia su derecha para caer sobre la izquierda enemiga, al paso que la división Sotomayor, haciendo un corto rodeo por los potreros del valle, tomaría el camino de Otocongo, pasando el río por un puente provisional. La artillería de campaña recorrería esa misma senda, que por su posición resguardada era mucho menos medanosa y fatigaría menos sus tiros. La artillería de montaña repartida en brigadas seguiría a retaguardia de las respectivas divisiones a lomo de robustas mulas y en el orden siguiente en cada división.

Acompañaba a la división Lynch la brigada del 2.º regimiento mandada por el sargento mayor don Emilio Gana, compuesta de las baterías de los capitanes don Gumersindo Fontecilla y don José Antonio Errázuriz; a la 2.ª la brigada del sargento mayor don Manuel J. Jarpa, del mismo regimiento número 2, y formada por las baterías de los capitanes don Eduardo Sanfuentes, don Emilio A. Ferreira y don Jorge von Köller, y, por fin, a la tercera, la brigada del primer regimiento a las inmediatas órdenes del sargento mayor don José Lorenzo Herrera y al mando superior del segundo jefe de ese cuerpo, teniente coronel don Antonio R. González, compuesta de las baterías del capitán don Francisco Ruiz y del teniente don Manuel Jofré.

A las 7 de la tarde todos los cuerpos habían cruzado el río Lurín y no quedaban en el campamento sino dos compañías del Curicó al mando del capitán don Tristán López y un pelotón de granaderos con el alférez Padilla, para proteger a los enfermos, cuyo número llegaba a 200, los víveres y los bagajes.

La caballería debía partir a las 10 de la noche para llegar fresca al campo de la acción, y el cuartel general se movería sólo después de media noche entre las sombras. El parque seguía en secciones el avance general de las divisiones.

La luna que al día siguiente sería llena, entoldada por nubes que velaban su claridad sin extinguirla, alumbraba tenuemente el camino de las tropas. En marcha y avanzando con intervalos de una hora de fatiga y veinte minutos de descanso, en seis horas completarían las tres divisiones cómodamente su jornada.

A la 1 de la noche el coronel Lynch tendía, en efecto, su división en la arena agrupada en columnas por regimiento, y allí los fatigados infantes dormían su último sueño frente a los tres empinados morros que iban a ser su tumba y su diadema.

La división Lagos, que tenía mayor extensión que recorrer en su marcha oblicua, seguía avanzando hasta las dos de la mañana, y se detenía sólo a la vista de los cerros de la derecha que iba a envolver, mientras que la división Sotomayor, desembocando por el portezuelo de las carretas leñeras de Manchay, penetraba a la Tablada media hora más tarde y se alojaba demasiado a retaguardia de su puesto de combate en un repliegue del terreno, junto a unos corrales. Los cañones de campaña del coronel Velásquez habían seguido aquella misma ruta, pero en la cumbre del portezuelo debieron aguardar largo trecho para dar paso a los infantes. Hubo además un momento de alarma en aquel sitio, porque se dio aviso que en la llanada se avistaba caballería enemiga. Ordenó el coronel Velásquez en semejante coyuntura se adelantaran a reconocer sus ayudantes Ovalle y Guevara, y cuando éstos descendían de la colina encontraron al infatigable explorador del ejército, el bravo capitán Flores, en su tradicional caballo blanco, con la noticia de que los jinetes avistados eran nuestros. Bien pronto habremos de saber quiénes eran aquellos exploradores de la noche y por qué por ese rumbo andaban.

Se verificaba todo esto en el más profundo silencio, y como para hacerlo más intenso y propicio, la matutina camanchaca del desierto y del océano se adelantó aquella noche a su hora quedando los dos ejércitos a la vista pero envueltos en densa niebla a la distancia máxima de ocho mil metros (dos leguas) el uno del otro.

Eran las 2 de la mañana, y a esa hora llegaba el general en jefe con el estado mayor y el cuartel general a una loma alta y central que desde el reconocimiento del 6 de enero había quedado designada como el divisadero general del campo de batalla y su sitio más adecuado para dirigirla.

«Esperando que llegara la hora de la partida -dice uno de la comitiva del general en jefe-, fijada en las doce de la noche, me reuní en las bodegas de las casas al general Maturana y a los otros amigos que, tendidos sobre los líos de charqui y sacos de galletas y fréjoles de la provisión del ejército, charlaban, entreteniéndose la velada con los más alegres cuentos y con un suculento asado, comido a dedos y a mordiscos, que había tenido la buena idea de preparar el simpático coronel Valdivieso».

La marcha de aquella caravana fue breve pero silenciosa y casi melancólica. Nadie hablaba. Los corazones latían silenciosamente dentro de los pechos que frígida niebla envolvía, y cada cual mantenía allí con el distante hogar el diálogo callado de los recuerdos, de los presentimientos y de los adioses.

«Llegados al lugar del acecho -agregaba el narrador que acabamos de citar-, allí permanecimos tres largas horas sin que nadie, ni las bestias, hicieran el más perceptible ruido. Sólo el caballo del ministro de la guerra, el mismo en que cargara en Tacna, a la cabeza de los Granaderos, relinchó por tres veces cuando nos acercábamos a las líneas enemigas. El noble bruto reconoció sin duda a sus antiguos contendores y quiso desafiarlos impaciente, con su guerrero y bullicioso clarín...».

¿Qué hacían entre tanto los peruanos dentro de sus temerosas líneas de combate?

Según lo tenemos referido, el ejército de línea del dictador en número de veinte mil hombres había comenzado a ocupar el 23 de diciembre las fuertes posiciones naturales que se extienden desde el Morro Solar, escarpe formidable del océano, hasta Monte-Rico Chico, chácara de faldeos, especie de Peñalolén de Lima, situada en la base de los cerros de Vásquez, Chácara de mayorazgos, ubicada en las dereceras de la ciudad.

Tenía ese movimiento lugar el mismo día en que la brigada Gana ocupaba a Lurín. El ejército de reserva, a su turno, marchaba a ocupar la segunda línea de Miraflores, que corría de ese pueblo hasta los cerros de Vásquez, apoyándose en una batería denominada la Calera de la Merced y repartiéndose en una extensión de cerca de dos leguas. De esta manera los peruanos tenían dos líneas sucesivas de combate que se desarrollaban una y otra en el espacio de cerca de cinco leguas, defendidas por ciento veinte cañones y treinta y dos mil hombres, de los cuales doce mil correspondían a la reserva. El San Cristóbal y el San Bartolomé, dos altos cerros que cubren a Lima por el oriente como dos sólidos contrafuertes de los Andes allí vecinos, semejantes al San Cristóbal de Santiago y al Badajoz en España, formaban la tercera y fantástica línea de defensa de Lima con sus poderosas baterías de marina servidas por gente de la escuadra.

Según se observará, desde luego, las líneas de defensa de la capital del Perú eran demasiado extensas, abiertas y múltiples. El último era su más notorio defecto de flaqueza, porque no quedaba en manera alguna vedado al ejército invasor atacarlas en detalle, cual aconteció, librándoles tres batallas en tres días.

Las líneas de Miraflores, consideradas en sí mismas, habían sido hábilmente dispuestas, y fueron ejecutadas por ingenieros entendidos en el arte militar. Por lo opuesto, las de Chorrillos a Monte-Rico chico, cuyo centro estaba en San Juan, no fueron ni con mucho tan cuidadosamente estudiadas ni dispuestas conforme a preceptos de la ciencia de la guerra, y esto porque en realidad no lo necesitaban. Una áspera naturaleza se había anticipado allí a la labor del hombre y héchola hasta cierto punto excusada.

Desde el Morro Solar y con una ligera inclinación hacia el nordeste se levanta una cerrillada arenosa que va formando diversas curvas, contrafuertes y picos salientes, algunos de los cuales se encumbran hasta la altura de 180 metros sobre la arena muerta de la Tablada de Lurín. El Morro Solar, que recuerda por su posición, por su estructura y por el heroísmo chileno, causa de su renombre, el famoso Morro de Arica, se empina abrupto, sombrío y casi inaccesible hasta una altura, recientemente medida, de 275 metros, algo que equivaldrá cinco veces a la elevación vertical del peñón de Santa Lucía de Santiago, cuya más encumbrada roca se alza 66 metros sobre el plan de la ciudad. Cuando se habla de posiciones tomadas al asalto y a la bayoneta, la medida en metros de los lugares es la más acentuada revelación del heroísmo, porque cada pulgada de ascenso representa un esfuerzo sobrehumano.

Se sucede en pos, camino del oriente, una cadena desigual erizada de morros que ostentan su árida cabeza en el horizonte calcinado por el sol y por el cierzo. De éstos, tres son los principales, y contando desde el más vecino al mar, se encuentran a 50, a 64 y a 96 metros sucesivamente. Tales eran los terribles morros, verdaderos castillos naturales, que debía atacar antes de romper la luz del alba la división Lynch.

Continuando hacia la derecha se destacaba aquella noche, mostrando su parda silueta en la semiclaridad de la luna anublada, una cuchilla de una altura más o menos uniforme, en forma de meseta inclinada; y enseguida todavía más hacia el oriente los morros llamados propiamente de San Juan, que miden respectivamente 168 y 176 metros de elevación.

De esta manera el ejército chileno, aparte del Morro Solar, en cuya altísima cumbre existía una batería de ocho cañones de a 12 y tres formidables ametralladoras bávaras de oscilación, y sin tomar en cuenta muchas eminencias de menor importancia que interrumpían la línea enemiga y la hacían más inaccesible, tenía delante de sus pasos no menos de nueve alturas artilladas que eran otras tantas fortalezas casi inexpugnables.

Por consiguiente, las obras artificiales de defensa ejecutadas por los peruanos consistían sólo en algunas profundas cortaduras para ligar aquellos contrafuertes naturales entre sí, y de trecho en trecho sólidos parapetos de sacos con plataformas colocadas en los sitios más adecuados para manejar sus baterías de cañones de tiro y campo medidos. Sesenta de éstos estaban distribuidos desde Chorrillos a San Juan en la extensión de 4.400 metros.

Se encontraban también desde San Juan a Monte-Rico Chico unas pocas piezas mal distribuidas, porque la distancia de la línea entre los últimos puntos era de 8.000 metros, o sea dos leguas: total de las distancias, estimadas a vuelo de pájaro, o más propiamente siguiendo el trazado del compás en el mapa, 12.800 metros: tres leguas.

Desde San Juan al Morro Solar aquella compacta cerrillada se agrupa como si los vientos furiosos hubieran arremolinado las arenas, y enseguida petrificándolas el hálito candente del sol tropical. Y esto es de tal modo, que empedernidos médanos sólo dejan dos pasos transitables para la rueda de los vehículos o la uña de las arrias: una al pie del morro Solar que llaman el abra de Santa Teresa, por un caserío de este nombre que allí hubo, y el otro el abra de San Juan que forma un portezuelo de sólo 26 metros de altura sobre el nivel de la planicie.

Por el abra de Santa Teresa penetra el camino real y un canal ancho que trae el agua del Rimac por el cauce llamado río de Surco hasta Villa, y es la ruta de mayor tráfico entre Lima y Lurín.

Por la abra de San Juan encuentra paso el camino de mulas de Otocongo o de Manchay, recientemente ensanchado para cruzar enseguida por los caseríos y hacienda de su propio nombre (San Juan), la de Tebes y la de la Palma situadas en el centro de la llanura que separa a Chorrillos de Lurín.

Aquellas dos aberturas de la cuchilla medanosa de Chorrillos, verdaderos lechos del muro de granito que guarda a Lima por el sur, eran en consecuencia las dos llaves maestras, las

verdaderas puertas de calle de las posiciones enemigas. A fin de destruir a fondo el ejército del dictador, era forzoso conquistarlas a toda costa, así como era forzoso para tomarlas apoderarse previamente de los morros que las dominaban a manera de fortalezas naturales erizadas de soldados y de cañones.

En la abra de Santa Teresa estaban tendidos en batalla, a derecha e izquierda del desfiladero, los batallones Ica y Libres de Cajamarca, sosteniendo una brigada de artillería volante mandada por el sargento mayor don Enrique Dellorme, joven descendiente de francés, que siendo cadete había sido promovido a capitán por una infantil hazaña en el combate del Dos de Mayo contra la escuadra española.

Los peruanos, mucho más estratégicos que lo que vulgarmente se les reconoce, se habían dado clara cuenta del valor militar de sus posiciones y tenían formadas en esa virtud sus agrupaciones de armas con notoria precisión y habilidad.

«El observador -decía en efecto un cirujano de las ambulancias peruanas establecidas en San Tadeo, el doctor don Avelino Vizcarra, escribiendo a un hermano suyo residente en el Cuzco y describiéndole minuciosamente aquellas posiciones-, el observador, colocado en la más elevada de estas colinas, situada casi delante del ingenio de San Juan, a donde se hallaba establecida la oficina de señales semafóricas de nuestro ejército, ve desplegarse a su frente una inmensa llanura árida y de una arena suelta, que sirve como de preámbulo a la muy conocida tablada de Lurín. La vista se pierde en un horizonte triste y desolado, y allá a lo lejos, en medio de la compacta uniformidad del desierto, se notan algunos puntos negros sobre las leves lomadas que lo ondulan; con ayuda de anteojos se distinguen claramente grupos de caballos: son las avanzadas del enemigo.

Al oriente del cerro de que hablamos, la cadena se rompe bruscamente para reanudarse sin solución de continuidad, formando así un hondo y anchísimo camino defendido por un sinnúmero de bombas automáticas enterradas, que debían estallar a la más leve presión.

Al poniente del mismo cerro, como a distancia de una milla, se extiende verde y florida la hacienda de Villa, formando una nueva interrupción a la serie de colinas que van aumentando de elevación hasta el morro Solar y que vienen naturalmente a servir de barrera de defensa contra toda invasión por ese lado. Sacos de arena, ametralladoras, cañones, minas y anchos fosos triplican, al parecer al menos del soldado improvisado, la natural fortaleza de tan formidables posiciones. La extrema izquierda de nuestra línea es Teves. La extrema derecha es Chorrillos; hay dos leguas y media de un punto a otro».

Maravillado de la solidez de aquellas defensas el facultativo peruano que acabamos de citar, aseguraba que ni sesenta mil hombres se abrirían camino a través de aquella inexpugnable barrera; y cosa notable, de idéntica opinión fue el capitán Marckham del acorazado inglés Triumph, cuando invitado a almorzar en sus líneas por el suntuoso anfitrión Canevaro le citó éste para el banquete final de la victoria el 19 de enero en su palacio de Lima.

Más al oriente de San Juan, las defensas de los peruanos se debilitaban en razón de la naturaleza del terreno. La cerrillada no se pega allí a la cordillera de la costa sino que huyendo bruscamente hacia el norte y disminuyendo sus lomas y perfiles a un promedio de 70 metros de altura, deja hacia el oriente una llanura árida que va denominándose, según la zona o chacara que sus lindes tocan, Pampa grande, Pamplona y Pampa del Cascajal, esta última en la vecindad de Monte-Rico Chico, término septentrional de las líneas de Chorrillos.

Allí los ingenieros peruanos, más novelescos que prácticos, habían recurrido a una defensa especial, que fue empero del todo ineficaz para sus propósitos. No pudiendo colocar cañones en un terreno abierto, lo sembraron con millares de cubos de hierro que contenían tres o cuatro libras de dinamita, los cuales enterrados en la tierra dejaban sólo en la superficie una especie de cresta a manera de corcho de botella destinado a producir la ignición por la presión del pie del soldado o la pezuña del caballo sobre un depósito de pierato de potasa. Muchas de estas minas automáticas estaban cubiertas por un guijarro y las de mayor calibre solían atarlas a algún objeto reluciente o de codicia para tentar al soldado. Se ha dicho que en algunos pusieron hasta relojes y billetes de banco en un rollo, lo cual a la verdad era ingenioso y no era caro.

La división Lagos, seguida de la caballería, debería recorrer aquella traidora planicie para descender a los campos irrigados de San Juan y Surco, sujetando así las fuerzas que de la línea de Monte-Rico o de Lima pudieran correrse para sostener las posiciones centrales del enemigo.

Las más respetables obras de fortificación pasajeras de los peruanos existían en el fondo de los dos pasos que ya hemos descrito y consistían en trincheras de sacos y en zanjas profundas para el abrigo de la infantería. En Santa Teresa había ubicado el dictador el cuartel general, la estación telegráfica central y hacia un lado, en el fundo llamado San Tadeo, su primera ambulancia.

A última hora habían conseguido también los ingenieros peruanos unir las dos extremidades de la línea desde Santa Teresa a Monte-Rico Chico, frente a Tebes, con una línea telegráfica y un servicio de postes de señales para transmitir las órdenes y las alarmas en la noche.

Por todo esto se dejará comprender cuán poco exacta es la relación peruana de la batalla de San Juan, cuando el escritor don José María Quimper, hombre serio, haciendo cargos al dictador por la debilidad de su primera línea de defensa, dice estas palabras textuales:

«Es un error el creer que la línea peruana estaba fortificada. Por nuestra derecha, pequeñas pero insignificantes excavaciones en el terreno, y en San Juan algunas zanjas con el pomposo nombre de reductos, fue todo. Nuestra artillería, numerosa pero de poco alcance y de mala calidad, estuvo inconvenientemente colocada en la misma línea, sin más defensa que la de los cuerpos de infantería que la formaban».

A la verdad, sólo podía decirse que la línea de San Juan no se hallaba artificialmente fortificada sino en comparación con las de Miraflores, porque la última obedecía a principios fijos de castramentación militar. Y en esta virtud mucho más justo y más serio cargo debería hacerse al dictador Piérola por no haber agrupado todas sus fuerzas, línea y reserva, en una sola masa a fin de librar una batalla decisiva en que el número y la naturaleza habría sido formidable atajo contra los chilenos. Treinta y un mil soldados defendiendo tras de un muro sus hogares, contra veintitrés mil que venían a escalarlos a pechos descubiertos, ésa habría sido la proporción, la desigualdad y el peligro.

Dada la disposición del terreno y la proyección demasiado extensa de la línea de San Juan a Santa Teresa, que de abra a abra medía al menos legua y media, contando con las depresiones y eminencias del terreno, los peruanos tenían colocados los cuatro cuerpos de ejército en que había refundido sus divisiones de línea en el orden siguiente, contando de derecha a izquierda, es decir, desde el mar hacia el oriente.

El primer cuerpo de ejército estaba a las órdenes del coronel don Miguel Iglesias y era formado por las tres primeras divisiones del ejército del Norte, a saber la 1.<sup>a</sup> coronel Noriega, veterano de la escuela de Castilla, la 2.<sup>a</sup> coronel Manuel Reguino Cano, natural de Cajamarca como su jefe superior. La 3.<sup>a</sup> división tenía por jefe al célebre coronel don Pablo Arguedas, autor del motín que hizo a Piérola dictador.

Esta masa de tropas compuesta de más de seis mil hombres tenía avanzado de gran guardia en las casas de Villa el veterano batallón Callao a las órdenes del coronel Rosa Jil.

Se hallaba el cuerpo de ejército del coronel Iglesias formado por tropas escogidas por él mismo como ministro de la guerra, y figuraban entre sus mejores batallones el Ayacucho, el Cajamarca (que él había traído de sus nativas montañas) y la Guardia peruana, cuerpo favorito del dictador y mandado por su propio hermano el coronel don Carlos de Piérola. Estos tres batallones formaban la división Noriega, y componían la del coronel Cano, el Tacna, el aguerrido Callao y los libres de Trujillo, estos últimos comandados por el coronel movilizado don Justiniano Borgoño, hijo de un jefe chileno, natural de Petorca y antiguo vecino de Trujillo, el general don Pedro Antonio Borgoño.

Enseguida, con rumbo al oriente y coronando un mamelón largo y poco accidentado en sus crestas, se mantenía sólidamente atrincherado el cuerpo del ejército que mandaba el bizarro coronel (hoy general) don Andrés Avelino Cáceres, ayacuchano y reputado el mejor infante del Perú. Sus brigadas formadas por la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> división del antiguo Ejército del centro estaban colocadas en este orden: división Merino, división Ayarza y división Canevaro, esta última encargada de guardar a sangre y fuego la abra de San Juan, barrera de la victoria en el centro de la línea.

El coronel Fabián Merino, era uno de los mejor reputados jefes del ejército peruano y hasta hacía poco había mandado el batallón Unión.



Más adelante y torciendo un ángulo casi recto al norte, con vista al oriente y a las pampas que antes hemos descrito, defendidas por su esterilidad, su aspereza y por sus minas, se hallaba, más que formado, esparcido a trechos el cuerpo de ejército del coronel Dávila, jefe moquehuano, más turbulento que bravo, perteneciente a aquella escuela antigua de soldados que creen que la murmuración es la mejor parte del valor, y la practican.

Tenía Dávila a sus órdenes la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> división del ejército del centro, y como sus tropas, girando cual si fuera sobre un eje central, podían ser llamadas a sostener a Cáceres y a Iglesias por su derecha, o corriéndose hacia Vásquez y San Bartolomé, dar la mano a la reserva en caso que los chilenos (como se temía), atacasen por Ate, le habían agregado las mejores tropas de la guarnición de Lima, entre éstas una división llamada volante compuesta de mil celadores o gendarmes de las dos ciudades vecinas, bajo las órdenes del coronel Mariano Bustamante, subprefecto de Lima y cómplice de Piérola en el motín del 21 de diciembre que forjó la dictadura. El coronel don Manuel Velarde mandaba también en esa ala una columna de honor compuesta de oficiales indefinidos y que sin duda lo eran tales por el escaso salario y el valor.

Uno de los más sólidos batallones del ala de Dávila era el Piérola que comandaba el joven coronel don Reinaldo Vivanco, mozo bravo y aun atrevido, hijo del famoso general de este nombre y que allí pagó su nombre con su vida. Se atribuía asimismo por los limeños importancia suma al batallón de camaleros, gente de aparato que había cambiado el cuchillo de degolladores de reces por el rifle; pero al primer cañonazo fueron los primeros en huir hasta el canal...

Se albergaba, por último, en el punto central de Chorrillos, como reserva general, el 2.<sup>o</sup> cuerpo de ejército a las órdenes del coronel don Belisario Suárez, que perdió en las tres jornadas de Lima su fama de Arequipa y Tarapacá. Tenía bajo su mano dos divisiones, la 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> del Norte y mandaba la primera el bravo coronel civilista y vencedor de Iglesias en 1874 don Buenaventura Aguirre, que herido en Chorrillos, pereció gloriosamente en Miraflores.

En resumen, Iglesias y Dávila tenían cada uno nueve batallones a sus órdenes, y Cáceres y Suárez seis; un total de 30 batallones de línea, más o menos disciplinados, bajo el rifle; no así, según se vio, bajo el plomo.

Tales eran los aprestos con que los peruanos aguardaban a sus aborrecidos huéspedes desde el último tercio del mes de diciembre. El dictador Piérola tenía su cuartel general en el elegante rancho-palacio del escritor don Manuel A. Fuentes, y se veía rodeado de un estado mayor digno de un emir asiático, por los galones y los títulos, figurando en él no menos de seis generales y treinta o cuarenta coroneles y jefes, incluso su propio hijo, el capitán Piérola, especie de príncipe imperial de 18 años, que el protector de indígenas criaba como a predestinado de su raza. Entre los primeros se contaba a los generales Buendía, Montero, los dos Canseco, don Andrés Segura, el coronel Leiva, una cohorte, en fin de entorchados, aparte de su secretario general García y García y de su ayudante favorito y secretario privado el célebre escritor boliviano don Julio L. Jaimes.

La actividad física y mental del dictador parecían inextinguibles en medio de aquel dorado torbellino, y hacía quince días que no se quitaba las botas de generalísimo, arrojando apenas su casco prusiano para dormir sobresaltado y sólo de vez en cuando sobre un canapé de campaña.

Mas, y precisamente en aquel día, víspera de sangrientas y sucesivas jornadas, cierta calma, signo de la confianza, reinaba en los diversos campamentos del dictador. Retardada la batalla campal desde el día 6 de enero en que se creyó entonces la noticia de que los chilenos habían pedido refuerzos a Tacna; y en otro sentido, nunca se apartó del todo de la mente de los recelosos defensores de Lima el temor fundado de una agresión en masa por el lado de Ancón, lo que ciertamente no era difícil llevar a cabo.

Además de esto, ciertas supersticiones lugareñas que el miedo suele acariciar por la demora, les hacía esperar relativamente tranquilos el curso de aquel día. Estaba muy cerca el 20 de enero, aniversario de Yungay, y ¿no querían los chilenos elegir esa fecha para renovar sus legendarias hazañas? Otros, de más largo aliento, hablaban del aniversario de Chacabuco que caía el 12 de febrero, y no faltó quien asegurase bajo la tienda de los generales ayudantes del dictador, que el general Baquedano no se batiría nunca en «día 13».

Sin embargo, el dictador, menos pueril que sus consejeros, se mostraba preocupado aquel día, especialmente a causa del ataque que en la antevíspera había llevado tan oportunamente por la rinconada de Ate el coronel Barbosa; y avivó en su ánimo suspicaz esta ansiedad la carta que el general Vargas Machuca escribiera aquella mañana (la del 12) señalándole por aquel rumbo el itinerario de los chilenos.

Dominado por estas impresiones montó a caballo el generalísimo a las once de la noche, acompañado del coronel moquehuano don Octavio Chocano, que le servía de inseparable compañero y de baquiano, de su hijo y de un pelotón de soldados de su escolta. Y con esta comitiva se dirigió de ligero hacia Vásquez y Ate, para visitar personalmente esa ala. Su cuartel general y el secretario García y García quedaban en Chorrillos encargados de comunicarle telegráficamente todo lo que ocurriese.

Y la novedad que le traía inquieto no tardó sino minutos en surgir.

A las once y media de la noche, en efecto era llevado a la presencia del secretario general que a esas horas dormía, un ambulante chileno tomado prisionero por las avanzadas de Villa y que de golpe reveló la partida del ejército chileno de su campo de Lurín. Era uno de esos pobres diablos, cuyo nombre por fortuna se ha perdido, que había reclutado el servicio médico a la aventura, y que declaró haber sido sirviente de una casa de Santiago sita en la calle del Estado, sin embargo de llevar a su espalda la mochila de curación de su ministerio y la cruz roja al brazo. En presencia de los ayudantes del dictador reiteró sus cobardes avisos, y éstos fueron en el acto transmitidos por el telégrafo, siguiendo a aquél en su excursión nocturna.

Y cosa extraña, el último, una hora después telegrafió de Vásquez afirmando que ya todo lo sabía... ¿Cómo? Nunca se ha tenido noticia de este segundo aviso, si bien se ha referido que fue una mujer peruana que por el lado de Manchay corrió con la nueva hacia los suyos.

Por otros se ha asegurado que causó aquella novedad una chilena extraviada, como el empleado de las ambulancias; pero no hay motivo para creerlo, porque desde la madrugada del 12 una compañía de Granaderos al mando del capitán don Federico Yávar (muerto más tarde) y dirigida por el oficial de estado mayor don Florentino Pantoja, había acordado toda la Tablada, de cuchilla a cuchilla, para no dejar pasar a vanguardia un solo ser viviente. Y estos jinetes fueron precisamente aquellos que a la media noche, vagando como espectros en la llanura, habían dado lugar a la alarma de los artilleros en el portezuelo del camino de la Capilla, según en su lugar contamos.

Se dio, en consecuencia, la alarma a la línea de batalla por el telégrafo y por medio de las luces de señales a todos los cuerpos del ejército, de tal manera que a las doce de la noche del 12 de enero, se veía en la larga fila de postes colocados desde Santa Teresa a Monte Rico los tres faroles de colores rojo, azul y blanco (los colores de Chile) que en su alfabeto de guerra figurado querían decir: «El ejército chileno avanza en masa sobre nuestras posiciones».

Uno de los principales elementos de victoria con que había contado el general Baquedano - la sorpresa- estaba así malogrado por la culpa de un imbécil. Pero le quedaba todavía la noche y el pecho de bronce de su ejército.

Eran, en efecto, las tres y media de la mañana del memorable 13 de enero, y todos comenzaban a ocupar sus puestos de combate en las divisiones chilenas, sacudiendo cada cual la última y dulce pereza de la vida.

El coronel Lynch había mantenido agrupada su compacta división sumergida en las sombras y el silencio. De propósito ordenó que nadie llevase asnos en la marcha, y sólo una mula de la artillería de campaña, echando tal vez de menos la alfalfa de Lurín o de Rancagua, interrumpió con un relincho la pavorosa soledad de la alta noche. A esa misma hora el coronel Lagos, que se había detenido una larga hora aguardando el desfile oblicuo de la segunda división, conversaba con sus ayudantes echado en la arena, cual en Arica, y este experimentado capitán de guerra manejaba su gente con tanta cautela, que habiendo encendido un cigarro bajo su poncho el comandante Ambrosio Letelier, le ordenó a aquél lo apagara. La vislumbre de una chispa haría mal a aquella jornada en que millones de disparos esparcirían en breves momentos por todas partes la muerte.

Más atrasada en su marcha, a causa de su intempestivo alojamiento, la división Sotomayor comenzaba apenas a esa hora a desfilar por la retaguardia de Lagos en su marcha diagonal hacia San Juan; y mientras se verificaba todo esto, el general en jefe divisaba desde su sitio central el titánico esfuerzo de los artilleros y de sus lozanos brutos conductores de los cañones de campaña trepando aquí y allá con recios bríos y diez o doce parejas las colinas esparcidas en la Tablada para dominar con sus fuegos las cumbres que servían de inexpugnable parapeto al enemigo.

Tenía éste medido su campo de tiro en todas direcciones; pero desde el reconocimiento del 6 de enero el coronel Velásquez había aprendido, como en San Francisco y como en Tacna, donde debería colocar sus bombas en medio de las mejor guardadas trincheras enemigas.

La artillería de campaña del primer regimiento (dieciséis piezas) mandadas por el comandante don Carlos Wood, iba a la cabeza de la división Lagos, destinada a rebasar el llano de Pampa grande para batir por el flanco o por la retaguardia las posiciones enemigas, y fue singular acaso que esta fuerza recibiera la primera el bautismo del fuego de una avanzada peruana.

La caballería, compuesta de 1.375 jinetes, Granaderos (495) y Carabineros (440), se mantenía agrupada al abrigo de los cerros al mando del comandante don Emeterio Letelier y destinada a cooperar a las maniobras envolventes de la división Lagos, cuya misión principal era rodear al enemigo y capturarlo en su derrota. El regimiento de Cazadores (440), favorito del general en jefe, seguía de cerca sus pasos y una compañía mandada por el capitán don Juvenal Calderón le servía de escolta.

Según el parte oficial del general Baquedano, las fuerzas que en la madrugada del 13 de enero entraron en combate alcanzaban a 23.129 plazas, y éstas estaban distribuidas más o menos en el orden siguiente, en las tres divisiones que componían el grueso del ejército:

División Lynch: 9 regimientos y 1 batallón 8.000 hombres.

División Sotomayor: 7 regimientos y 2 batallones 7.000 hombres.

División Lagos: 4 regimientos y 4 batallones 6.000 hombres.

Total: 20 regimientos y 7 batallones, sin contar la artillería.

La reserva, compuesta de tres mil hombres y formada por los regimientos 3.º, Zapadores y Valparaíso, había sido elegida esta vez con más tacto militar que en Tacna, porque siendo el ejército a que iba a servir mucho más abultado, era inferior a aquélla en cuerpos y en número. Se había ofrecido su mando el día de la víspera al general Saavedra, y no habiendo éste aceptado, la condujo bizarramente por el centro de la Tablaba, llenando los claros de las divisiones, el comandante de ingenieros don Arístides Martínez.

Las disposiciones del ejército chileno no podían ser, en consecuencia de todo esto, ni más acertadas, ni más felices, ni mejor combinadas.

Ellas darían, por tanto, sus frutos en la acción, y mucho más aprisa de lo que aun los más optimistas habrían podido imaginarse.

Faltaba un cuarto de hora para las cuatro de la mañana, que es el comienzo del amanecer del estío en aquel clima, en el reloj del coronel Lynch, cuando este jefe, puntual e impasible como su reloj, dio en voz baja a los respectivos jefes la orden de ir a asaltar los fuertes que se les tenía señalados y que, mostrándoles con el brazo los tres morros de su frente, les fue uno a uno indicando.

El 4.º y el Chacabuco, que formaban la extrema izquierda de su posición, marcharían de frente sobre el morro de Santa Teresa. El Atacama sostenido por el Talca, el del centro, y el 2.º de línea apoyado en el bisoño Colchagua, el de la extrema derecha. La artillería de Marina acudiría donde fuera preciso, obrando como reserva divisionaria.

El Atacama, acostumbrado a servir de vanguardia al ejército desde Pisagua, fue el primero en tomar las armas y moverse:

«Pero cuando ya me disponía a formar en batalla -exclama su jefe en su diario de la campaña- para emprender la marcha, se me acercó uno de los capellanes del ejército, creo que un señor Vivanco, y me preguntó si tendría inconveniente en permitirle dirigir la palabra al regimiento.

Le contesté que podía hacerlo siempre que no hablase muy fuerte, pues estábamos muy próximos al enemigo.

Para que al capellán pudieran oírlo mejor hice estrechar todo lo posible las filas de la columna y en esta disposición les habló de la patria y de la religión, concluyendo por hacer arrodillar al personal del regimiento y absolverlo».

Fue aquél a la verdad uno de los cuadros más lúgubres y más sublimes de la guerra y del patriotismo y, cuando, después de elevada al cielo íntima, muda y misericordiosa plegaria, aquellos hombres de hierro, mimados por cien victorias, movieron sus brazos para llevar a sus pechos y a sus frente la señal del cristiano, fervoroso bullicio cundió en torno a la densa columna que la religión y la esperanza agitaban como en el vaivén de onda callada y poderosa.

Desde el sitio en que las columnas de la división Lynch habían hecho su postrer descanso hasta el pie de los morros que debía tomar a filo de bayoneta, se extiende una faja pesada y arenosa de ochocientos a mil metros de extensión, y era precisamente aquel el campo que los peruanos tenían medido a palmas para alza de sus cañones Grieve y sus rifles Peabody de largo alcance. Y reconociendo este peligro, la mayor parte de los jefes de regimiento se empeñaban en atravesar aquella zona de la muerte protegidos por las inciertas sombras en que la noche cambia su manto al acercarse el alba.

Mas, apenas habían tocado sus dinteles las tres columnas chilenas, seis mil hombres dispersos en guerrilla, se observaron en los cerros de la derecha destellos de señales y en el instante un horrísimo fuego de fusilería y de cañón estalló en todo su frente.

Eran las 5 menos 5 minutos de la mañana por los relojes de los comandantes generales, y en ese momento despuntaba apenas en el horizonte de las mañanas neblinosas de los trópicos la primera tenue y vagarosa claridad del día. Se columbraban por esto los fuegos de las líneas peruanas en la distancia, a la manera de esas cornisas vívidas y cambiantes de fuego que en las noches de regocijos populares suelen alumbrar los edificios públicos de las

ciudades, iluminando allí el mar y las montañas con siniestros resplandores el lampo continuo del cañón y del fusil.

La marcha de los chilenos había sido durante tres cuartos de hora sumamente pesada por la arena y por las sombras, y por lo que aconteció al Atacama es dable juzgar de la prueba a que fueron sometidos los regimientos menos ágiles y fornidos que marchaban en sus alas. El comandante Dublé Almeida había despachado a la vanguardia como explorador al valeroso capitán atacameño don Gregorio Ramírez con su compañía, que era la 3.<sup>a</sup> del 2.<sup>o</sup> batallón; y esta preferencia le diera el comandante a la última sin ser compañía guerrillera, porque el coronel Martínez le había recomendado para tales empresas a aquel brillante oficial. Y fiel al consejo, le señalaba ahora el puesto de mayor peligro, que en breve veremos en demasía merecía.

«Ejecutado este movimiento por la compañía del capitán Ramírez -refiere en efecto el jefe citado, en su relación inédita-, el regimiento Atacama desplegó en batalla y principió la fatigosa marcha por un piso de arena sumamente blanda y por una superficie irregular que hacía muy penoso el camino, sobre todo yendo formados en batalla. A cada instante las hileras se echaban encima unas de otras o se separaban a grandes distancias a causa de la irregularidad del terreno. Los soldados no perdían de vista el cerro enemigo que a cada momento se iba haciendo más y más imperceptible a causa de la neblina que aumentaba.

Así marchamos veinte minutos, a paso rápido. El cansancio en la tropa era muy grande. Se oía la respiración fatigosa del soldado a gran distancia.

Ordené hacer alto y mandé al ayudante Fontanes que fuese a decir al capitán Ramírez que marchaba a nuestro frente que con su compañía hiciera lo mismo. Nada veíamos a 300 metros de nosotros. Sentíamos a nuestra retaguardia el sordo ruido que formaba la marcha del resto de la división.

En ese momento aparece cerca de nosotros y a nuestro frente un jinete. Es el comandante don Wenceslao Bulnes, ayudante de campo del señor general en jefe, que anda en desempeño de sus funciones y a quien la camanchaca ha extraviado. Le pregunté si no había pasado por entre nuestra guerrilla que marchaba a vanguardia. Me contestó que no.

El ayudante Fontanes tampoco aparecía.

Continuamos la marcha después de veinte minutos de descanso. El comandante Bulnes, ya orientado, se me separó en busca del general en jefe.

El camino era cada vez más fatigoso. Suponía que estuviésemos muy cerca del enemigo. Eran las 4 de la mañana. El ayudante Fontanes volvió después de una hora de ausencia con su caballo gastado. No había encontrado al capitán Ramírez a nuestro frente ni a nuestros flancos. Mucho me inquietó el extravío de esta compañía.

El cansancio de la tropa era extraordinario. Principiábamos a subir una loma suave. Las posiciones enemigas apenas se diseñaban a causa de la camanchaca. Eran las 4 horas 40 minutos. La suave pendiente que subíamos había terminado».

Lo que caracteriza, más que la solidez, la obediencia y el valor estoico al soldado chileno en la batalla, es su individualismo para obrar y su impetuosidad para avanzar sobre el enemigo que lo daña. El combatiente de esta tierra es todavía, como en el Arauco no domado del poeta, eminentemente agresivo. Pega primero pero pega dos veces, y esto no es ardid sino propensión heredada del indio y del ibero que nunca retroceden y prefieren por instinto, a la fuga que derriba y avergüenza, el combate cuerpo a cuerpo que protege y honra.

Así es que desde el primer disparo todos los regimientos se arrojaron al trote y a la carrera hacia los morros, sin disparar un tiro, atravesando los arenales, muchos cayendo en las grietas del terreno, echándose al suelo, los unos por táctica, los otros por cansancio, en los faldeos y avanzando siempre y siempre hasta ponerse a cómodo tiro de fusil de chispa. Y hecho esto, se precipitaron todos en confusa masa cual vorágine de fuego sobre los parapetos enemigos dejando a su espalda innumerables hileras de heridos y de cadáveres.

Una hora después de emprendido el ataque todos los cuerpos se hallaban en efecto a media falda, en demanda de las altísimas crestas, marchando revueltos los soldados de los regimientos y aun de las brigadas hacia las cumbres y tomando a la bayoneta todos los reductos y defensas exteriores que obstruían su paso.

La marcha de los seis regimientos de la división Lynch, a la que se había agregado como auxiliar la Artillería de marina, era desordenada pero simultánea e impetuosa a la manera de esas densas bandadas de aves que al venir la hora de la luz abandonan la enramada del bosque, en busca de la mies y van todas a la misma altura y en pintorescos grupos en una ancha faja del espacio.

«El estandarte del 2.º Atacama -dice su propio jefe, describiendo aquel ascenso que recuerda a lo vivo el: ¡Excelsior!, ¡Excelsior!, ¡Excelsior! del bardo americano- servía de guía. Éste se hallaba cubierto de sangre. Al tomarnos las primeras trincheras, una granada enemiga reventó sobre el soldado Adolfo Morales que formaba parte de la escolta, y su sangre y aun pedazos de carne cubrieron el estandarte».

Y esto sucedía de tal manera, que habiéndose apoderado en uno de los reductos del centro, de una ametralladora «manejada por ingleses» el subteniente del 2.º de línea don Marcos Aurelio Larenas, hijo de Concepción, contó los soldados que le acompañaban y resultaron ser 49 pertenecientes a la división Lynch en esta forma: 11 soldados del 2.º, 13 del Atacama, 9 del Talca, 8 de la Artillería de marina, 5 del Colchagua y 3 del Coquimbo, cuyo cuerpo distaba de aquel paraje al menos media legua.

Los 13 atacameños venían mandados por el capitán Ramírez, aquel bravo explorador del alba, que perdido en la camanchaca ascendió por su cuenta el áspero morro, dejando casi toda su compañía muerta en las laderas. En los momentos en que el encontraba su jefe, y entre airado y radioso le reconvenía por su temeraria acción, le acompañaban sólo los subtenientes Martínez y Fritis y los trece soldados de la fama que dejamos mencionados.

Entre tanto, un siniestro silencio reinaba en el ala derecha de la división Lynch, que hacía larga media hora tenía empeñada la batalla. Aquel hombre de bronce, impassible como una estatua de granito, interrogaba con su antejo de batalla los horizontes ya claros de la alborada y despachaba sus ayudantes uno en pos de otro en demanda de noticias a Souper, a Walker, a Juan Nepomuceno Rojas, al capitán de marina Barahona, hoy pacífico labrador, a Alfredo Cruz Vergara, a todos y se quedaba solo.

Pero nada ni nadie venía.

Los ayudantes mismos no regresaban, porque en el torbellino de plomo que corría a raudales por el llano desaparecían como si la tierra los ocultara en sus entrañas. Así había caído el mayor Rafael Guerrero, y así caería en breve llenando valerosísima misión, Roberto Souper.

-¡Qué, irán a dejarme solo!... -se oye exclamar una o dos veces al coronel Lynch, y ésta fue la única señal de impaciencia de aquel jinete de mármol en medio de todos los conflictos.

Igual ansiedad señalaba en el cuartel general a cuya cabeza en una alta colina el general Baquedano contemplaba el denodado avance de aquellos siete mil valientes contra todo el ejército peruano.

Por fortuna, la artillería de montaña que acompañaba la división Lynch siguiéndole paso a paso, y especialmente la artillería de campaña admirablemente manejada por el coronel Velásquez, mudando de tiempo en tiempo sus alzas, hacía prodigios.

«Y a propósito de artillería -exclamaba con este motivo uno de los jefes más inteligentes que en la función de los infantes tomaba parte principal- debo decir que los fuegos de esta cuando el Atacama y el Talca ascendían los cerros en las primeras horas del combate, nos ayudaron y secundaron de un modo espléndido. Confieso que tuve temores que a la larga distancia a que estaba colocada pudieran sus fuegos causarnos algún daño; pero observé que a medida que subíamos las punterías de nuestros artilleros se elevaban.

Durante dos horas hemos marchado y combatido bajo las trayectorias de los proyectiles de la artillería chilena».

¿Dónde está la división Sotomayor?, era entre tanto la interrogación de todos los labios, la ansiedad de todos los pechos, la visual de todos los anteojos.



Retardada en su marcha por la causa que antes dejamos apuntada y por cierto extravío del regimiento Chillán, debido a rivalidades de cuartel que habían comenzado en Caucato, el general Sotomayor no rompía todavía el fuego en esas horas, cuando su ataque a fondo era la verdadera y gran maniobra de la jornada y la victoria.

La impaciencia azotaba con ráfagas de fuego el rostro del general en jefe, y sus ayudantes corrían en todas direcciones en demanda del comandante general de la segunda división que se creía fatalmente extraviada. Y mientras se le veía aparecer, con un golpe de vista de admirable precisión y serenidad, ordenaba aquel al comandante Arístides Martínez lanzar los tres magníficos regimientos de la reserva en sostén de las fatigadas columnas de la división Lynch, Zapadores al centro, el 3.º a la izquierda, el Valparaíso a la derecha destinado a sostener al 2.º de línea, allí como en todas partes acosado por el número. Cuando los dos bravos jefes de aquellos regimientos, Estanislao del Canto y José María Marchant, se reconocieron en la hora del apuro y del socorro, corrieron recíprocamente al encuentro el uno del otro y con efusión se abrazaron. El Valparaíso llevaba al 2.º no sólo la victoria sino la venganza, porque ya habían caído algunos de sus más bravos capitanes, Reyes Campos, Inostroza y el joven subteniente don Artemón 2.º Cifuentes. Rindió así noble vida a su patria en hora temprana aquel animoso mancebo, voluntario de San Felipe donde su padre era estimado administrador de correos. El capitán don Salustio Ortiz, héroe allí como en Tacna y en todas partes, estaba ya herido y su valerosa compañía hecha pedazos por el plomo.

Por dicha de Chile y de sus armas, en el momento más necesitado por el apremio llegaba a escape al cuartel general el bravo general Sotomayor, y después de haber sentido el estallido de una bomba automática bajo el vientre de su caballo y el eco de una protesta amistosa pero militar del general en jefe por su tardanza, saltó sobre bestia de respeto con la agilidad de un niño, y corrió a empujar sus atrasadas columnas a la acción.

Fue grave contraste por la sangre que costara la tardanza de tres cuartos de hora escasos que empleó la división Sotomayor en entrar al fuego; pero además de que este involuntario retardo ha sido exagerado en sus causas y en su duración, es lo cierto que la división Sotomayor cumplió de sobra su cometido militar, y a su empuje se debió aquel día la victoria que a la hora de su entrada en línea era dudosa.

Y en efecto, cuando el general Sotomayor llegaba a sus líneas a las 5 y tres cuartos de la mañana, ya la brigada Gana que iba adelante, se había lanzado vigorosamente sobre los formidables atrincheramientos que cerraban a nuestro ejército la entrada de San Juan, eje real de la batalla.

En los primeros momentos la falta de órdenes superiores había causado cierta vacilación, y una bomba caída en medio de la segunda compañía del 2.º batallón del regimiento Chillán formado en columna, mató impunemente siete hombres entre tres mil.

Instó en tal coyuntura, con la voz conmovida del heroísmo sacrificado a la rutina, el comandante del regimiento Esmeralda al jefe de su brigada para desplegar los cuerpos y lanzarlos al ataque, y esa voz fue escuchada en noble pecho, porque haciendo el coronel Gana una hábil conversión sobre su derecha, burló las punterías fijas de los cañones de San

Juan y lanzó el Buin, seguido del Esmeralda y éste del Chillán, al asalto de las posiciones que tenía a su frente, y que iba envolviendo por la derecha, al paso que la brigada Barbosa despejaba sus flancos de enemigos parapetados en los últimos contrafuertes de la cordillera. Uno de estos espolones andinos que se empinaba hasta la altura de 284 metros sobre la árida pampa y que coronaba un batallón peruano como en Pan de Azúcar, lo tomó a la bayoneta el Curicó, cayendo en la subida su bravo jefe el comandante Cortes. El coronel Barbosa había encomendado tan atrevida empresa a aquella tropa bisoña, gritando a sus soldados: «Aquel cerro que está vomitando fuego, le toca al Curicó».

El Lautaro ascendiendo al mismo cerro en otras direcciones se cubrió también allí de gloria.

Entre tanto, jamás se había visto en las briosas cargas a la bayoneta de la infantería de Chile avance más impetuoso y acelerado que el del regimiento Buin. Retenido este cuerpo de preferencia histórica y militar como reserva en todos los combates de las tres campañas, recobraba ahora por la primera vez su suelta de guerra y quería probar a sus compañeros de armas que su número de orden no era sólo una cifra muerta encima de la visera de su kepí.

Marchando en guerrilla como en un ejercicio del Campo de Marte al toque de corneta y entusiasmados por una promesa que llevó a sus filas un ayudante del ministro de la guerra, ofreciendo el grado de capitán al primero que clavase la bandera de Chile en las alturas, los tres regimientos iban dejando largo reguero de muertos en su esforzado avance contra la metralla y los fusiles de largo alcance de la división Cáceres, y uno de los primeros en caer había sido el segundo jefe del Chillán, el mayor don Nicolás Jiménez Vargas, oriundo del Ñuble y sobrino del bravo comandante Vargas Pinochet, que allí le había llevado.

Una bala disparada de soslayo de uno de los altos cerros que asaltaron hacia la derecha los cuerpos de la división Barbosa, le quitó la vida; y al divisarle, echado de bruces con su largo paletó negro ceñido a su cintura por una faja de seda azul, muchos de los que pasaban hacia adelante le tomaron por uno de los capellanes del ejército, pues éstos en todas partes se exponían a las balas. Sucedió también un lance oscuro pero doloroso en el avance de la brigada Gana porque habiéndose quedado con una rodilla en tierra un soldado anciano del 2.º batallón del regimiento Esmeralda, le reconvino aquel jefe, y al darle con voz trémula una excusa el infeliz se desplomó sobre su rifle, murmurando: «¡Mi coronel, estoy bandeado!».

entre tanto, el comandante García que conducía al Buin en persona, había logrado tomar de revés dos cerros arenosos y bregando por sus faldas con esfuerzo verdaderamente titánico, llegaba casi sin ser percibido por los soldados de Cáceres y Canevaro y coronaba la altura aclamando a Chile. Fue allí donde el sargento Daniel Rebolledo de la segunda compañía del segundo batallón del Buin, mozo humilde y alegre de Villa Alegre de Loncomilla, adelantándose diez pasos hacia la cima, clavó el primero la banderola tricolor del regimiento y pidió testimonio a su bravo jefe de su hazaña y de su premio.

Llegaba el último a caballo en aquel instante a la cumbre, y ordenaba al valentísimo mayor Vallejos, su segundo, se precipitara con toda la gente disponible sobre la trinchera que tenía a sus pies en el desfiladero, y que desde aquella eminencia quedaba flanqueada y cogida por la espalda. A la manera de hambrientas águilas trescientos Buines que habían llegado a

la cresta se lanzaron a la carrera sobre su presa y en menos de diez minutos mataron al arma blanca tres veces su número de enemigos.

«Aquí de la matanza -exclama uno de los más pintorescos cronistas de la guerra-: Aquí de las más horribles escenas de la guerra. De todo aquel cuerpo de tropas numerosísimo; de todos aquellos batallones de refresco, cuyo número era por lo menos cinco veces superior al de sus vencedores, de todos ellos muy pocos escaparon. Los soldados del Buin, sin perder su calma de veteranos ni aun en aquellos extraordinarios momentos, no se preocupaban tanto de avanzar, sino que, siguiendo las órdenes de su comandante, se detuvieron allí, y desde las faldas, desde la cumbre, desde la planicie, concentraron terrífico fuego sobre la entrada del puente.

Los peruanos eran derribados a centenares, como cuando la guadaña del segador echa abajo las maduras espigas. Había allí verdaderas gavillas de cadáveres. Unos sobre otros, tendidos boca abajo, en la actitud de la fuga, con los brazos abiertos hacia adelante, mordían el polvo vergonzosamente heridos por la espalda. Los que más atrás venían encontraban allí una muralla de carnes palpitantes que les impedía el paso, y caían a su turno. Al contemplar aquellos montones de cuerpos se nos figuraba que así debieron quedar las puertas de la Compañía cuando las víctimas, huyendo del fuego, tropezaban con el nudo humano que forcejeaba por salir. Sólo que aquí no eran hermosas vírgenes las que morían, sino alevos peruanos, enemigos jurados de nuestra bandera y nuestra patria».

El comandante García se había mantenido en la altura reuniendo sus soldados que jadeantes llegaban por las arenosas cuchillas y mientras el mayor de su cuerpo don José Evangelista Vallejos, seguido del capitán ayudante don Juan Ramón Rivera, descendían del opuesto revés de la cadena persiguiendo a los fugitivos para recibir el uno gravísima herida en la sienes y golpe mortal el otro en el pecho, regresaba el jefe a retaguardia a encuentro de su jefe de brigada gritando: «¡Victoria!, ¡Victoria!»; y reclamando los cañones del comandante Wood para completarla en la opuesta llanura, hacia San Juan.

No había durado todo aquel terrífico empuje más de una hora, porque daban las 8 de la mañana cuando la brigada Gana, coronando con sus tres heroicos regimientos las crestas de San Juan, rompía en su centro la línea de resistencia del enemigo, y rechazando sus dos alas hacia su base hacía que el cuerpo del coronel Iglesias, acosado ya de cerca por la división Lynch, se trepara al morro Solar como a un último refugio, mientras que las tropas de Dávila, sorprendidas por el ímpetu de la acometida, se desbandaban por la planicie y sus potreros, casi sin disparar un tiro, hacia las líneas de Miraflores. Había bastado que el mayor Castillo del Santiago se avanzase por la Pampa grande con las compañías guerrilleras barriendo su frente en orden disperso, para que los gendarmes de Lima, los famosos camaleros, y la columna de honor del coronel Velarde se dispersasen cogidos todos de irreflexiva cobardía. El cálculo del general en jefe en todos los detalles de la acción había sido verdaderamente admirable, y cada cosa se cumplía en su hora y como él lo había previsto. Es posible que el general Baquedano no haya leído muchos libros de

guerra, pero conocía a fondo su ejército y el del enemigo, y por esto en todas partes, como hombre de guerra, acertaba.

Y, en efecto, a esa hora cabal, las ocho de la mañana, el coronel Lynch se había apoderado de la abra de Santa Teresa y tenía asida la victoria por una de sus alas, mientras el general Sotomayor enclavaba la otra en sus trincheras. Todos los regimientos habían estado a la altura de su misión, con excepción del Colchagua cuyo segundo batallón se atrasó notablemente en la subida. Envió por esto a su jefe duro reto el coronel Lynch con su ayudante Roberto Souper, y fue en los momentos en que este hombre que desde el vientre de su madre había venido a luz reñido con el miedo, estaba cumpliendo su misión animando con su ejemplo a los bisoños y a los intimidados, cuando siete balas le postraron con su montura. Su famoso caballo «Pedro José», que aún sobrevive, recibió cinco proyectiles y dos el jinete, fracturándole una pierna de lo que murió siempre heroico y siempre sonriente dos semanas más tarde (a las 5 de la mañana del 2 de febrero) en un hospital de Lima. Por lo demás, algunos oficiales del Colchagua como los capitanes Pumarino y Gajardo que quedaron fuera de combate y el capitán don Juan Domingo Reytes, valiente mozo hijo de un industrial francés vecino de los Ángeles y que se había señalado por su bravura en Pisagua, donde fue herido bajo la bandera del Buin, volvió a serlo en el ascenso de las cumbres. Y abandonado allí, le encontraron al tercer día de su agonía en una cueva que él mismo se había labrado para guarecerse... ¡Tal era la obra y la misericordia del servicio sanitario en el campo de batalla!

El ascenso grandioso de las cumbres de San Juan y de Santa Teresa que había sido la victoria, fue sumamente mortífero para los diez regimientos chilenos que pelearon allí a cuerpo descubierto. Pero la muerte pareció ensañarse contra los segundos jefes de los regimientos porque hemos visto como cayó el del Chillán y como fue herido el del Buin en San Juan en los momentos en que el segundo jefe del Talca, el brillante oficial don Carlos Silva Renard y el segundo del Chacabuco tan bizarro y pundonoroso como él, don Belisario Zañartu, ambos heridos en Tarapacá, recibían mortal herida a que sucumbirían pocas horas más tarde. A esas mismas horas era herido levemente en una mano el tercer jefe del Colchagua, el mayor don Avelino Villagrán, apuesto mozo, hijo de Lota.

En cambio, en la línea enemiga habían sucumbido en la división Iglesias el famoso coronel Arguedas, comandante general de división y en el cuerpo de Cáceres el coronel don Domingo Ayarza, notorio desde la quema de los Gutiérrez. El mismo pundonoroso jefe de aquella ala perdía dos o tres caballos y en diferentes sitios del vasto y accidentado campo de batalla perecían, como en Tacna, no menos de diez jefes peruanos dignos de su causa y su bandera. Se contaban entre los señalados el coronel Bernal, rico minero de Cajamarca, jefe del cuerpo de este nombre y que expiró el día 15 a consecuencia de sus heridas, el coronel J. G. Chariarse, militar facultativo, jefe del batallón Paucarpata, el coronel M. Porrás del Junín, M. P. Sevilla del 2.º Ayacucho y el coronel Zorrilla que había reemplazado a Arguedas en el mando del batallón Ica.

Se señalaron también para ejemplo de los empleados de las ambulancias de Chile, dos practicantes de medicina llamados Moya y Montes que perecieron cumpliendo su honroso deber en el campo de batalla.

De los oficiales subalternos del ejército de Chile se haría demasiado prolija tarea dar cuenta minuciosa. Pero no es posible dejar sin especial mención entre cien bravos ya olvidados a los dos capitanes del 2.º Reyes Campos, que fue derribado de su caballo en los momentos en que saludaba con su kepí la victoria y el viejo Inostrosa que moribundo en Santiago se embarcó sólo para pelear y para morir, desembarcando en Curayaco el día de la víspera de la batalla.

A las ocho de la mañana la victoria de San Juan era completa en toda la línea, y los cuerpos de la reserva peruana que desde lo alto de sus parapetos contemplaban ansiosos el cuadro lejano de la batalla como en una tela, sólo divisaban a esas horas dos baterías de cañones que parecían batirse, por una ilusión de óptica, en las nubes: era la brigada de artillería de montaña Emilio Gana (capitanes Errázuriz y Fontecilla) que habiendo coronado las inaccesibles alturas conquistadas por nuestros infantes, cañoneaban los últimos restos del cuerpo de Iglesias refugiados en la cumbre del morro Solar, al abrigo de sus arrecifes y de sus parapetos.

A su turno, la artillería de campaña del comandante Wood, colocada en batería en las cumbres de San Juan, vomitaba la metralla sobre los postreros fugitivos que corrían hacia las casas de aquella hacienda por las pendientes arenosas de las cuchillas o por los potreros regados y anegadizos, cuajados de cañaverales.

Y mientras esto sucedía en la división Sotomayor, la caballería del coronel Lagos, completando su obra de circunvalación por la Pampa, deshacía a sablazos en dos ocasiones y en dos campos sucesivos los últimos cuerpos organizados de Dávila y de Cáceres. En una de estas cargas, cayó bizarramente el comandante Yávar, cargando a la altura del tercer escuadrón de su regimiento, atravesado por una bala que le perforó la mano de la rienda y el vientre, al paso que el comandante de Carabineros don Manuel Bulnes, digno de la fama de su nombre y su fortuna tradicional, salía ileso de una valerosísima acometida que con sus jinetes dio en los potreros de Surco a dos batallones peruanos. El jefe de uno de estos, el bravo Reinaldo Vivanco, cayó a filo de sable sin rendirse, y entre los jinetes de Chile pereció el capitán Terán de Carabineros, recibiendo grave herida el capitán de Granaderos don José Luis Contreras, soldado de Pilocoyan, lugarejo de Linares.

Se ensañaron los centauros de Chile en sus sables y no dieron cuartel a prófugos ni a rendidos por vengar los unos a su jefe y por precaución de guerra los más, porque habiendo hecho gracia de la vida a un infante el valeroso capitán Temístocles Urrutia que mandaba la compañía delantera de la carga de los Granaderos, le tiró aquél por la espalda sin acertarle. El elemento cholo como todas las razas serviles y abatidas, es de suyo aleve.

El general en jefe, que en persona había tomado aquellas oportunísimas medidas coronadas, de éxito tan maravilloso, poniendo ahora a disposición del general Sotomayor la artillería de Wood y ordenando las cargas sucesivas de la caballería, atravesada en esos momentos, rebotando en justa alegría, el desfiladero que abriera a su paso la brigada Gana y corría a felicitar a este jefe y al comandante del Buin que tan gallardamente condujera su regimiento. Estos jefes en ese momento calmaban y reunían sus soldados en las casas de aquella hacienda que a esas horas eran sólo un campo de atroz carnicería. Su iglesia, según la expresión de un testigo de vista, era sólo «un montón de cadáveres y de fusiles

ensangrentados». En el camino bordeado de sauces que por los potreros conducen al caminante desde el desfiladero al ingenio, un cabo del Buin lavaba afectuosamente bajo un árbol el pecho ensangrentado de un oficial chileno. Era el capitán Rivera del Buin que al pasar el general en jefe le devolvía sus saluciones con el grito desfallecido de una alma heroica: «¡Mi general!, ¡hemos vencido! ¡Viva Chile! ¿Qué importa ahora morir?».

Con tales hombres, ¿a qué sitio de la América no habrán de llegar algún día las armas y las banderas de Chile?

Seguro ya de su día y seguido de los tres regimientos de la reserva, el general en jefe atravesó el camino de San Juan hacia Chorrillos, siendo aclamado en todas partes con frenético entusiasmo y fue a situarse en una colina que dominaba todo el verde campo, donde apeándose de su caballo, se sentó a descansar.

Eran las ocho y media de la mañana y la victoria eran tan completa como la batalla había sido diestramente combinada, lográndose todos sus objetos. El mismo Piérola había huido, y a esas horas sólo quedaba en las líneas peruanas un puñado de hombres completamente acorralados en la alta meseta del morro Solar. De los nueve batallones del cuerpo de ejército de Iglesias, la mayor parte se habían dispersado, especialmente el Ica y el Cajamarca que guardaban el desfiladero, muriendo a los primeros tiros el mayor Dellorme que mandaba allí la artillería. Sólo el coronel Noriega de la 1.<sup>a</sup> división había logrado abrirse paso hacia Chorrillos con unos cuantos grupos organizados, empero mucho más dispuestos a la fuga que al combate.

La batalla de San Juan era, por consiguiente, una de las más grandes y más cabales jornadas militares de la república; y si bien fue cierto que costó raudales de generosa sangre a sus más nobles hijos, la gloria compensaba el sacrificio, y el logro alcanzado correspondía a los titánicos esfuerzos.

Mas, por una de esas aberraciones del destino, y como suele suceder en los incendios de las grandes ciudades en que del foco ya apagado se comunica la chispa que reduce a cenizas la parte más florida, así, cuando habría sido suficiente rodear el morro a la distancia y cañonearlo hasta rendirlo, colocando fuera de la línea de los fuegos los fatigados cuerpos de infantería, se trabó sin propósito y sin motivo una nueva, más encarnizada y más sangrienta batalla que en manera alguna iba a compensar con sus resultados las pérdidas que impuso a nuestro ya mutilado aunque invencible ejército.

Esa segunda batalla será la que en la historia habrá de llamarse de «Chorrillos» o del «Morro Solar», en todo diversa de la que en «San Juan» nos había dado la posesión de Lima y de toda su comarca, y a ella consagraremos nuestro próximo capítulo.

## La batalla de Chorrillos

Al finalizar el capítulo precedente, demostrábamos que la gloriosa y admirable batalla de San Juan estaba completamente terminada en toda la línea a las ocho y media de la mañana. El general en jefe fija esta hora media hora más tarde, cuando dice en su parte oficial de la jornada: «La gran batalla pudo considerarse terminada a las nueve de la mañana con la derrota completa del poderoso ejército enemigo».

Cuatro horas de constante heroísmo y de una previsión y táctica de guerra fielmente ejecutadas en el terreno, habían bastado para alcanzar aquel maravilloso resultado que postraba al pie del asta del pabellón de Chile, colocado en doce eminencias inaccesibles, un ejército de treinta mil hombres que defendía el orgullo y los hogares de su nación.

A esa hora cabal por el reloj de los comandantes generales, el coronel Lynch se había apoderado por completo de la garganta de Santa Teresa y la dominaba con los doce cañones de la artillería de montaña del mayor Gana trepados con brioso esfuerzo a las más empinadas alturas del campo de batalla. Los batallones que custodiaban ese paso, especialmente el Ica y el Cajamarca, habían sido despedazados y su artillería estaba en nuestras manos. Las ambulancias mismas de San Tadeo habían caído en poder de los vencedores, y según el testimonio de uno de sus propios facultativos (el cirujano Vizcarra) habían necesitado los últimos meterse en la acequia de Villa con el agua a la cintura para escapar a la matanza.

En el centro, la victoria era mucho más completa, porque la división Gana y enseguida los jinetes de Yávar y de Bulnes, habían barrido toda la planicie de enemigos; al paso que la división Lagos marchando arma al brazo y sin quemar un cartucho, excepto en sus guerrillas mandadas por Castillo, avanzaba desde Pampa Grande hacia los potreros irrigados del valle, envolviendo la aldea de Surco y acercándose a los faldeos de Vásquez, donde apoyaba su izquierda la en ese momento desguarnecida y azorada línea de Miraflores. Estando al testimonio de los peruanos que cuidadosamente hemos recogido, si el coronel Lagos hubiese recibido orden a esas horas de marchar sobre Lima por ese rumbo, la habría ocupado sin disparar un fusilazo: tan grande era el desconcierto y el pánico introducido por los fugitivos de las líneas de Chorrillos, San Juan y Monte Rico en las de Miraflores.

A la verdad, en los primeros momentos en que los batallones de la reserva, parapetados tras sus muros sintieron al amanecer, los primeros rumores de la lejana batalla, se manifestaron poseídos de cierto bélico ardimiento, y tomando de prisa las armas gritaban a sus jefes: «¡A Surco! ¡A Surco!»,

Su inspiración, como sucede de continuo en la colectividad de los soldados, era feliz y aun era certera; pero a esas horas era ya tardía. Si la reserva peruana hubiese sido llevada a

Surco y a Barranco el día de la víspera, la batalla de San Juan habría sido sólo un Loncomilla o una San Bartolomé:

«El camino de Barrancos a Miraflores, -dice, en efecto, confirmando esta relación en todas sus partes un oficial del campo que servía como ayudante de un jefe superior en las últimas trincheras- estaba sembrado de dispersos que huían en el más espantoso desorden, unos heridos y arrastrándose; otros pidiendo auxilio; unos con armas, otros sin ellas, llenos de sangre y la ropa hecha pedazos, presentando el espectáculo más desgarrador.

Por el terraplén de la vía férrea avanzaba un largo cordón de gente; por el medio de los potreros también corrían los soldados en pequeños grupos. Se les llamaba, se les gritaba, pero no hacían caso; no respetaban ni los grados ni las amenazas, sino los balazos. No era esa la actitud de un ejército victorioso. Un amargo desaliento se apoderó de nosotros; nos miramos unos a otros sin poder articular palabra y lanzamos nuestros caballos sobre los dispersos. Varias compañías de los batallones se desplegaron en guerrilla y pequeñas fuerzas de caballería se escalonaron en los puntos más aparentes para cortarles el camino de Lima.

Pero, a medida que el tiempo transcurría, se hacía más doloroso el cuadro de esa multitud que huía despavorida por todas partes; la caballería llegaba a bandadas, las mulas cargadas de cajas de municiones y de aparejos para los cañones de montaña, los cañones y ametralladoras rodadas; caballos sin jinete a galope tendido; artilleros, coroneles, jefes de toda graduación inundaban las avenidas del ferrocarril, formando una espantosa confusión. No provenían tantos dispersos de una división desbandada, como habíamos oído decir; era todo un ejército en fuga. Algunos batallones entraron íntegros en nuestra línea, como el Concepción y el Valladares y gran parte de otros de la división Pereira, que quedó formada el arma al brazo a la izquierda de la línea férrea. Serían las diez de la mañana cuando llegó Piérola con un reducido estado mayor, en el que se notaba a los generales Buendía, Segura y coronel Suárez».

A esas horas todo estaba definitivamente terminado como acción de guerra, y el general Baquedano que contemplaba el campo intermedio entre San Juan y Miraflores desde un punto de vista diverso, pero convergente al del narrador peruano, llegaba a idéntica conclusión.

La batalla de San Juan había sido rápidamente ganada por los chilenos, y las bandas de música tocaban en todas partes, a lo largo del extenso campo de batalla conquistado por los chilenos, las alegres y embriagadoras dianas de la victoria.

A la verdad, lo que había caracterizado más especialmente la batalla de San Juan, bajo un punto de vista dinámico y militar había sido el ímpetu y la celeridad de la carga de los infantes que de hecho había comenzado en Lurín a las cuatro de la tarde en el día de la víspera y que había durado dieciséis horas consecutivas. La quema de cartuchos fue comparativamente escasa, y cuando los jefes de los parques divisionarios abrieron sus



cajones en el revés opuesto de las colinas y trincheras arrebatadas a la bayoneta, los soldados de la segunda división, desfilando por el flanco, apenas tomaban uno o dos paquetes para reemplazar los consumidos.

Por otra parte, la presencia del dictador en la retaguardia de su última muralla de defensa a las diez de la mañana, estaba probando que la batalla empeñada en sus primeras líneas se hallaba irrevocablemente perdida para los confiados defensores de Lima.

¿Qué había hecho este tanto el último por cubrir su insondable responsabilidad ante su infeliz patria otra vez vencida, desde que le dejamos en la media noche de la víspera en su excursión de zozobra y vigilancia hacia Vásquez?

El generalísimo había recibido el doble aviso de la aproximación de los chilenos de que ya hemos dado cuenta, y por consiguiente no era dueño de alegar la sorpresa como excusa de sus procedimientos.

Mas, en lugar de regresar a su cuartel general de Chorrillos en aquella hora suprema, torció por Surco hacia San Juan, y allí pasó aquella noche las pocas horas que tardó en aparecer el alba veraniega orlada esta vez con una diadema de fuego. De suerte que cuando la brigada Gana atacó aquella posición y la capturó a la bayoneta, el dictador estalla allí pero a respetuosa distancia. El batallón Veintiuno de Mayo, al mando del coronel Mejía y fuerte de 533 plazas, defendía las casas de aquella estancia como dentro de un castillo.

Viéndose arrollado por la corriente de los fugitivos que nada ni nadie contenía, retrocedió de nuevo el generalísimo hasta Surco en los momentos en que por otro rumbo llegaban a galope sus veinte o treinta ayudantes de honor precedidos por Montero, trayéndole la infausta nueva de que ya había sido forzada por los chilenos la brecha de Santa Teresa.

Aquel vistoso grupo de gente de parada había intentado en las primeras horas del combate dirigirse a Villa o por lo menos a San Tadeo; pero los proyectiles chilenos que allí caían como el granizo de una tempestad de verano, les atajaron el paso, y hubieron de retroceder por los pajonales derribando tapias y vadeando zanjas para reunirse a su caudillo.

El cuerpo de ayudantes informó a Piérola que sólo los restos del cuerpo de ejército del coronel Iglesias mantenían el campo, completamente aislados y sin remedio humano.

En cuanto al coronel Suárez que tenía bajo sus manos seis batallones en la Escuela de Cabos de Chorrillos, no había dado un paso hacia adelante, sea por taima, sea por irresolución, sea, lo que es más probable, por antipatriótica represalia de pasados y recientes agravios. Uno de los más grandes errores morales y estratégicos del dictador había sido, en efecto, confiar a última hora el mando superior de sus crudas e inconexas divisiones a jefes que éstas no conocían y que además se habían señalado por intensa o disimulada animadversión a su persona; y en consecuencia, todos los lugartenientes de Tacna, Cáceres, Dávila y Suárez, especialmente los dos últimos, no estuvieron, aquella mañana en manera alguna a la altura de sus antecedentes militares. Por el contrario, el

primer cuerpo de ejército compuesto de tropas del norte y mandado por un jefe del norte, secuaz ardiente del caudillo, se había batido y seguiría batiéndose con señalada bizarría.

En tan crítica coyuntura tuvo el generalísimo un arranque de aliento, homenaje debido a la fidelidad de los que por él morían. Después de un momento de vacilación se precipitó en su caballo blanco de batalla por el camino que conduce directamente de Surco a Chorrillos seguido de unos pocos de sus más esforzados ayudantes. Entre éstos iban el fiel Chocano, el coronel Montero Rosas, rico hacendado de Chancay que en la víspera había venido a pedir un puesto de combate, su propio imberbe hijo y el capitán Canseco natural de Arequipa.

Hasta ese momento los que le habían contemplado en la batalla habían echado de ver únicamente su tristeza y su silencio. Era la partida demasiado grande para su alma, y el azar le traía aturdido.

Con indisputable arrogancia subió sin embargo el dictador por el camino carretero que en forma de zigzag habían labrado los peruanos por el lado de Chorrillos al morro Solar, y allí conferenció con su denodado lugarteniente Iglesias exhortándolo a no desmayar en el combate. Para esto le prometió los inmediatos y poderosos refuerzos de Suárez y aquéllos que él podría enviarle o conducir en persona desde las líneas de Miraflores.

Hecho esto afirmó las espuelas en los ijares de su caballo y descendió al pueblo de Chorrillos para impartir órdenes.

Salieron a escape a cumplir estas el coronel Montero Rosas y el capitán Canseco; pero ni uno ni otro regresaron. Fue muerto el primero por una bala de rifle, cumpliendo noblemente su deber, y aun cuando se aseguró que su opulenta familia ofrecería cinco mil duros por su cadáver o sus arreos de soldado, encontraron sólo su caballo, ensillado a la usanza de los lujosos hacendados peruanos. El capitán Canseco cayó también herido y no volvió a reunirse a su jefe.

Después de comunicar el último orden perentoria al coronel Suárez de avanzar desde la Escuela de Cabos en protección de Iglesias, descendió por la ancha rampa de los baños de Chorrillos, y galopando una buena legua por la arenosa playa al pie de los altos farellones que forman allí a manera de muralla la abrupta costa, fue a ascender por la escalinata de madera que sirve a los bañistas de Miraflores, ejecutando por consiguiente verdaderos prodigios de arte hípico. Harto mejor que eso le habría estado para su fama ponerse a la cabeza de los vacilantes batallones de Suárez y conducirlos en persona a rescatar el día o a morir en las laderas que en hora de tanta angustia enrojecía a raudales la sangre de sus desventurados compatriotas.

No sería lícito por esto sostener, dentro de la justicia de la historia, que el dictador del Perú se hubiese mostrado cobarde en aquella gran jornada. Lo que don Nicolás de Piérola no alcanzó en esa vez, como en todas las crisis anteriores de su agitada vida, fue colocarse a la altura de la magnanimidad, que es el heroísmo del deber.

Dada la situación, la rapidez y la hora de la gran batalla, la mayor de su historia, alcanzada por los chilenos en San Juan y arrojados sus contendores, que eran veinte mil, a la cima de una roca a manera de náfragos, en número de unos cuantos centenares de revueltos infantes y artilleros, parecía que la única maniobra necesitada por la situación era continuar el movimiento envolvente de la división Lagos hasta Barranco, es decir, hasta la orilla del mar y colocar nuestra poderosa artillería de campaña en posiciones a fin de silenciar las cinco o seis piezas tras de las cuales se parapetaban los peruanos en la altura.

Había también otro arbitrio militar un tanto más aventurado pero de grandiosa solución para el genio de los jefes y el coraje de los soldados de Chile; esto es, poner asedio al puñado de defensores del Morro Solar con la escuadra, la división Lynch y la reserva, y ordenar al impetuoso Lagos continuase, reforzado por Sotomayor, su marcha victoriosa por Monte-Rico y Vásquez, precedido por la caballería que había aterrado a los peruanos seguido por 30 cañones de campaña. Con este empuje dos horas más tarde los chilenos habrían forzado de seguro la línea de Miraflores por su izquierda; y así las dos últimas batallas de aquella gran jornada de tres días acaso se habrían reunido en una sola fecha y en una sola gloria para Chile.

Mas por desdicha no aconteció de esa manera, y para comprender cómo, a ejemplo de lo que sucediera después de Maipo en las casas de Espejo, volvió a surgir del fondo de una campal victoria una nueva batalla completamente infructuosa, no necesitada y carnífera, se hace preciso describir los principales perfiles del terreno en que se librara.

La angosta planicie de tres leguas que se extiende desde las cerrilladas de Chorrillos a Lima entre los últimos faldeos de la cordillera real y el océano, se asemeja en su formación a la Tablada de Lurín, salvo que la barrera que aquellos levantan enfrente de los vientos del sur protegen la última planicie contra las arenas y los médanos, formando los riegos del Rimac amenos y fertilísimos campos en todo su circuito. Sirve de cauce principal, o de acequia madre a aquellos cultivos de caña y de alfalfa, de legumbres y jardines, el río, o más bien, el zanjón de Surco, especie de «Zanjón de la Aguada» de Lima. Este cauce, en oposición al de Santiago, corre de norte a sur y proyecta uno de sus ramales hasta la hacienda de Villa, atravesando la abra de Santa Teresa hacia el sur, como la acequia de Paine atraviesa en el valle de Maipo la angostura de ese nombre.

El río Surco riega principalmente y en orden sucesivo desde los arrabales de Lima las chacaras de Ate, Quiros, Tebes, la Palma, Vásquez, propiedad esta última de la familia de Vásquez de Velasco, cuyo último retoño vivía en Madrid en 1860, y enseguida las heredades de Monte-Rico, San Juan y Surco. Surco es una aldea rural como Ate, formada por unos cuantos míseros chacareros. La propiedad rústica se halla en torno a Lima tan dividida y fraccionada como sus castas, y no representa ninguna fortuna de consecuencia. La más considerable es la de Tebes, que puede medir 150 cuadras, y a causa de la humedad de sus terrenos, su último propietario el doctor Meléndez, cambió su usufructo de caña por el de alfalfa. Vásquez mide la mitad de esa extensión, y en la época de la guerra se hallaba arrendada a don Ramón Roca y Boloña, jefe de un batallón de la reserva; y la de la Palma, que es mucho más reducida, a un portugués llamado Rodríguez.

De Surco parte un camino de atraveso hacia Barranco y Chorrillos, y de San Juan una especie de avenida recta y recientemente abierta a la última ciudad; pero como las lomas que se extienden al sur sujetan los derrames del valle, se han formado al pie de aquellos extensos pajonales cubiertos de verde totora. La misma causa geológica y agrícola ha formado al otro lado de los cerros el pajonal de Villa y su laguna, exactamente como sucede en Quintero, en Bucalemu, en Cahuil, donde quiera que haya agua, riegos y médanos en Chile.

Sauces de Castilla y una especie de algarrobo que los peruanos llaman «guarangos», crecen descuidados en aquellas zonas que el arado del trabajo libre rara vez perturba, y aun esas mismas benéficas plantas son entregadas al hacha del leñador extranjero para el consumo de Lima. Poco antes de la llegada de los chilenos, el administrador de la hacienda de San Juan, un tal Dábalos, había vendido a un italiano Gorella las alamedas de San Juan para leña, por un precio que equivalía a 1.200 pesos de la moneda de Chile (12.000 soles).

Todo lo demás del terreno está repartido en pequeños cercos o diminutos potreros, destinados a laborioso y manual cultivo. La campiña de Lima no ha salido todavía del período indígena, o más propiamente, ha vuelto a él.

Todo esto por lo que se refiere a la topografía del llano.

La región que podría llamarse montañosa del distrito de Chorrillos, se compone de la cadena transversal que ya hemos descrito, salvo que su ascenso por el lado del norte es mucho más suave y tendido a causa de que las arenas seculares han ido formando en esa dirección una especie de plano inclinado que facilita su subida.

El morro Solar se levanta sin embargo abrupto y sombrío en el horizonte, divisándose desde Lima como el morro de Arica se presenta a la distancia en alta mar. Inmediatamente y en forma longitudinal, siguiendo la curva del barranco que domina a sus pies, yace la famosa ciudad de baños de Chorrillos con treinta o cuarenta manzanas irregulares distribuidas en calles angostas pero pintorescas. Dos anchas avenidas modernas se diseñaban cerca de la estación del ferrocarril, simple galpón de rústica madera que servía de paradero a los antes felices y desocupados pobladores de Lima. En el sentido del ocio, del placer y del deleite, Chorrillos, o «el Chorrillo», según decían los antiguos por la grieta de agua que se ve todavía en su barranco marítimo, era una simple sucursal de Lima y sus locos, deletéreos y corrosivos devaneos.

Apoderado ahora el demonio de la guerra de aquel sitio de indulgentes delicias, los peruanos habían trocado el morro, que ostentara antes como el de Santa Lucía la cruz de su fe, en castillo formidable rodeado de obras accesorias de fortificación. La más sólida de éstas había sido colocada en una especie de promontorio que el morro Solar proyecta hacia el mar, el cual lleva el nombre singular del salto del Fraile y que nuestros soldados llamaban de la Casita blanca por una pequeña construcción que la coronaba. En este paraje, de suyo fuerte hasta parecer inexpugnable contra la infantería, habían colocado los ingenieros peruanos con grandes fatigas un cañón de a 300 extraído de las baterías del Callao, y en una eminencia inmediata llamada «La Calavera» pusieron dos piezas de marina de a 70 a cargo de un comandante de artillería llamado Benítez. Un contra maestre

portugués que hacía 40 años servía en la marina del Perú había dirigido este trabajo con las peonadas de los pueblos o zonas comarcanas. Su nombre era José Guerrero.

Al derredor de esas crestas cuyos fuegos tenían campo de tiro hasta San Juan por el oriente y hasta Barranco con dirección al norte, los peruanos, envalentonados por la visita del dictador y su promesa de inmediatos socorros, se dispusieron a defenderse con una energía desesperada y que ciertamente refleja honra no pequeña sobre sus jefes. Las tropas allí asiladas, aparte de unos cien o doscientos artilleros y matriculados de Chorrillos eran restos de los batallones Guardia peruana mandada por don Carlos de Piérola hermano del dictador; el Callao, de Rosa Jil, desalojado de las casas de Villa por el Coquimbo; el Ayacucho número 5 y los tres cuerpos del Norte que el coronel Iglesias había elegido como gente suya, el Cajamarca, el Trujillo y el Tarma. Los artilleros pertenecían a las piezas de campaña o de gran calibre ya nombradas, a la artillería volante y a las secciones especiales de Chorrillos y del Callao encargadas de defender la «Calavera» y el «Salto del Fraile». Visibles están todavía las argollas, postes y aparatos que sirvieron a los peruanos para alzar a tamañas alturas cañones que sólo se miden por el peso de sus toneladas, y cuyo arte de instalación hace recordar el genio maravilloso de sus predecesores en el arbitrio de erigir construcciones ciclópeas sin más recursos que sus brazos. Para subir a la cumbre, habían construido también últimamente un camino carretero de zig-zag como el de San Cristóbal.

Se agregaba a todo esto que la población de Chorrillos, aunque construida de cañas y de movedizas azoteas, que se mecen bajo los pies de los curiosos, podía ofrecer una mediana resistencia en un combate de fusilería y cuerpo a cuerpo: no así al cañón que la habría reducido a escombros disparando con fuegos rasantes desde las colinas.

Dadas estas condiciones del terreno, de la perspectiva y del nervio de la defensa del último baluarte peruano, no había nada más sencillo que someterlo a las armas vencedoras de Chile, sin quemar una sola cápsula de rifle, sin derramar una gota más de la rica sangre de sus filas ya demasiado pródigamente vertida. Encerrados por el lado de la costa y del sur por los cañones y ametralladoras de nuestra escuadra y por la división que por Villa había conducido el valiente comandante Soto del Coquimbo; apretados contra sus laderas por la mano de hierro de Lynch en todo su ámbito del oriente, no se hacía ahora necesario sino prolongar el movimiento del coronel Lagos tendiendo su división en el centro del valle que mira al norte y mantenerla en esa posición, a la manera de esos cordones de fuego que nuestros vaqueros encienden en los altos montes, y enseguida pedir a cañonazos a los obstinados de la altura el trapo blanco de la rendición.

Parecía esto sobre manera obvio y era lo que habría ejecutado sin vacilar cualquier ejército europeo, forjando allí un pequeño Sedan. Pero fuera que nuestros jefes, y especialmente el coronel Lynch, se dejasen arrebatar de la impetuosidad incontenible del soldado chileno, fuera error de estrategia o desconocimiento de lo inexpugnable de las posiciones enemigas, es lo cierto que terminada la batalla de San Juan, y cuando ya no se oían sino los disparos dispersos de los prófugos y de los que los perseguían, ordenó el comandante general de la primera división que los regimientos 4.º de línea y Chacabuco que habían capturado uno en pos de otro cuatro fuertes reductos, marcharan temerariamente al asalto del inaccesible morro Solar por su falda del oriente.

Era la misma fatal maniobra del número 1 de Coquimbo en la jornada de Maipo cuando la batalla había ya cesado por completo.

El resultado de aquella operación emprendida cuando el sol y la sed, los rifles caldeados y el suelo cubierto de candente arena, remataban el cansancio del infeliz soldado, no podía ser dudoso. El Chacabuco había perdido ya sus dos bizarros generales y marchaba mandado sólo por sus capitanes, en todo dignos de aquellos. El caballeresco coronel Toro Herrera había perdido dos caballos y una tercera bala, recibida en el muslo, le había puesto fuera de combate, al paso que su segundo el heroico Belisario Zañartu, el zapador invicto de Tarapacá, caía tres cuartos de hora más tarde para morir, bandeado mortalmente en el estómago.

Junto con aquéllos, se adelantaban a la cabeza de sus compañías los capitanes Otto Moltke, Ramón Sota-Dávila, Camilo Ovalle -dos niños de veinte años- Benjamín Silva (capitán ayudante); y todos estos denodados mozos sucumbirían en el fatal ascenso para no divisar otra vez su bandera.

El 4.º de línea iba mandado por su intrépido segundo jefe don Luis Solo Saldívar con sus escaladores de Arica entre los que el alegre y heroico Casimiro Ibáñez marchaba risueño a vanguardia sosteniendo su oriflama. Ibáñez, el festivo cantor de la odisea marítima de su regimiento, quería volver a colocar la bandera de Arica en aquel otro morro que tenía a sus pies a Lima y su comarca.

El bravo capitán Benjamín Lastarria, subteniente del Yungay en 1851 y ayudante ahora del coronel Amunátegui, jefe de la brigada, les acompañaba así como muchos voluntarios de otros cuerpos.

No podía haber nada más audaz y al mismo tiempo nada tan peligroso y tan innecesario como aquella maniobra. Mil infantes agobiados por una lucha de seis horas eran enviados a desalojar de una altura cortada en todas direcciones a pico la postrera diminuta y desesperada guarnición del Perú. ¿Para qué?

El fracaso inevitable no se hizo esperar.

Hicieron los peruanos converger sus ametralladoras, sus rifles y sus cañones hacia la cuchilla por donde trepaban los asaltantes, y vomitando sobre sus filas un verdadero torrente de plomo los diezmaron en pocos minutos, matando o hiriendo a sus principales jefes y oficiales. El Chacabuco tuvo en esa jornada 19 oficiales, sobre 35, fuera de combate y el 4.º de línea 14. Entre los dos heroicos y maltratados regimientos recibieron ese aciago día 645 bajas, cabiendo 356 al Chacabuco y 289 al 4.º.

Uno de los primeros en sucumbir en el mismo campo de batalla fue el heroico Ibáñez, y notando que su fiel asistente se quedaba a su lado para velar su agonía tuvo todavía fuerzas y autoridad para decirle que no lo necesitaba y que siguiera peleando. ¡Magnánimo soldado!

Ibáñez había prometido a sus camaradas en la víspera de aquel día ejecutar una hazaña de renombre con su compañía, y como llevara la bandera del regimiento en sus mitades pereció por sostenerla, después de haber caído cinco de sus defensores, entre éstos el cabo Estanislao Jara y los subtenientes Prieto y Martín Bravo, este último, natural de Talca y herido gloriosamente en Arica.

Delante de aquella horrible matanza se detuvieron las filas enrarecidas y desgarradas por el plomo, y notando los de arriba su flaqueza lanzaron sobre ella una columna al mando del coronel Borgoño del Trujillo que a paso de vencedor descendió a media falda.

La situación era sumamente crítica. En la retirada fue derribado recibiendo una bala en el pecho el valeroso capitán Moltke, descendiente de una distinguida familia de Altona, en Dinamarca; y tan de cerca hacían ahora su persecución los peruanos que se apoderaron de su cuerpo y lo despedazaron con la culata de sus rifles y la cuchilla de sus yataganes.

Durante algunos minutos los diezmados restos del Chacabuco y del 4.º, reunidos a la voz de Solo Saldívar, único jefe que el hierro había respetado, intentaron hacerse fuertes tras un muro a cuyo pie corre la acequia de Villa hasta que les llegaran refuerzos. En esos momentos aparecía en aquel paraje un jinete de rostro tostado y de enérgica fisonomía a quien se había visto en todas partes animando las filas. Era el bravo coronel don Gregorio Urrutia, jefe de estado mayor de la 1.ª división que notando el peligro venía al socorro.

-Comandante Saldívar -le gritó el soldado de Arauco, es preciso hacer aquí un esfuerzo supremo. ¡Carguemos sobre el enemigo que avanza!...

Pero eso era ya imposible. El cansancio postraba todos los brazos, y ni aun los más coléricos soldados podían levantar sus rifles del suelo.

Para mayor confusión, la brigada de montaña del mayor Gana, que hasta ese momento había sido el nervio de la 1.ª división, apagó sus fuegos por falta de municiones, y aunque el viejo y patriota voluntario don Benito Alamos, que acababa de recibir en sus brazos a dos de sus cuatro hijos guerreros heridos mortalmente, se presentó con algunas cargas de cartuchos de artillería cuyo parque servía, no por esto fue menos indispensable bajar aquellas doce piezas de la altura para ponerlas al reparo.

Cobraron de nuevo bríos los defensores del inaccesible morro, y descendiendo en diversas direcciones por las laderas o avanzando desde Chorrillos, comenzaron a ganar terreno sobre los batallones ya completamente extenuados de la primera división.

Al anuncio del riesgo inminente y del rechazo del 4.º y del Chacabuco habían corrido todos los jefes en pos del coronel Urrutia, notándose entre los más resueltos el tres veces heroico comandante del Talca don Silvestre Urizar Garfias, hijo de la tres veces heroica San Felipe que con su manta terciada sobre el pecho y sin consentir apearse un solo instante del caballo que le llevaba como de blanco, peleó en aquel día con una bravura verdaderamente sublime por su firmeza y su modestia. Cuando sus jóvenes oficiales le gritaban que se bajase del caballo, les contestaba sonriendo con esta espontánea simplicidad de chileno: ¿Para qué? Lo mismo se muere a pie que a caballo...

A su vez el coronel Lynch, impasible en la buena como en la mala fortuna, tomaba eficaces medidas para rehacerse y despachaba sus ayudantes en todas direcciones en busca de socorros.

Eran las diez y media de la mañana y la izquierda chilena, vencedora desde la primera hora comenzaba a retroceder barrida por el plomo que caía desde la cima a manera de candente cascada de lava derretida por todas las grietas del terreno.

Por fortuna llegaba en ese momento un tanto recobrados de su fatiga el regimiento Atacama reducido a la mitad de su efectivo, y algunos destacamentos del Talca, que el coronel Lynch lanzó inmediatamente en protección del Chacabuco y del 4.º. Los valerosos comandantes Vidaurre y Urizar conducían esta tropa con imperturbable denuedo; pero el implacable cerro erizando sus lomos de fuego los rechazaba hacia el llano por la tercera vez.

La posición era completamente inexpugnable, y la obstinación en asaltarla era locura.

«El coronel Lynch mandó en esta crítica situación un ayudante a llamarme -refiere del lance el comandante del Atacama en su diario citado de campaña-. Encargué al mayor Valenzuela, mi tercer jefe, el cuidado de mi gente y que reuniese a todos los dispersos que por ahí andaban.

Subí a la eminencia en que se hallaba el coronel. Desde allí se venía el combate desesperado que sostenía en las primeras faldas del Morro Solar el 4.º, el Chacabuco y Artillería de Marina. Nuestros soldados se retiraban en gran número hacia Villa. El coronel Lynch me ordenó que fuese con mi regimiento a atajar por el bajo que se extendía a nuestra izquierda a aquella gente que se retiraba del campo de batalla. Bajé del cerro y al trote me dirigí con los atacameños hacia los potreros de Villa. En el camino encontré que llevaban unos arrieros varias cargas de municiones. Las hice tomar y descargar, abriendo los cajones, a lo largo de una gran acequia que corre paralela a una muralla o tapia en los afueras de Villa y que cierran los potreros por el lado norte. En orden y con sus cañones a lomo de mula se retiraba del campo de batalla una batería de artillería chilena. Habían concluido sus municiones. Enseguida venían oficiales y soldados de Artillería de marina, del 4.º y del Chacabuco, a quienes se mandó hacer alto. Todos decían que no tenían municiones. Se les indicó la acequia que estaba cubierta de ellos, y allí se dirigieron cesando la defección. Los demás que llegaban juntos con los primeros se tiraban al suelo sumamente cansados.

Tomaron agua, se municionaron, pero no se movían. Era preciso dejarlos descansar. La defección había cesado.

Detrás de todas las lomas bajas, que allí hay muchas, de las tapias de las trincheras, había centenares de soldados y oficiales que no podían moverse de cansados, y permanecían sordos e indiferentes a las órdenes, a los ruegos y a las amenazas para continuar la marcha. Así pasaron como treinta minutos. Desde una altura pude ver a mi frente que los cuartos, chacabucos y marinos aún mantenían las posiciones que habían tomado, pero con fuegos



muy flojos. En el valle, a mi derecha y a gran distancia divisó varios cuerpos que avanzan al trote hacia nosotros. Son cuerpos de nuestra reserva. Bajo y doy la buena noticia a los cansados. Los atacameños los animan. Se levantan, gritan: ‘¡Viva Chile!’; y avanzan alegres al morro Solar.

Al grito de: ‘¡Viva Chile!’; o más bien, al patriotismo del soldado chileno, se debe más de la mitad de nuestras victorias. El sentimiento de amor a la patria en los días de combate es más poderoso que la disciplina y que todo».

La fuerza que llegaba por el lado del oriente era la reserva, otra vez oportunamente despachada al rescate de la primera división por el general en jefe.

En efecto, y mientras se prolongaba en las laderas contiguas a la abra de Santa Teresa y en los ásperos recodos del Morro Solar, aquel terrible combate de escaladores ensañados, como los Titanes antiguos, en llegar a la cúspide, en la llanura se desarrollaba una doble acción. Chilenos y peruanos corrían en defensa de los suyos, guiados por el estrépito del cañón que repercutía en las gargantas y por el apremiante aviso de los ayudantes que en ese día hicieron verdaderos prodigios de honor y de actividad.

El general en jefe del ejército chileno que a las 9 había dado por terminada la faena de aquel día, y había descendido de su famoso caballo Diamante, bridón colchaguino, sorprendido ahora por la súbita recrudescencia del combate, hacía tomar las armas a los tres cuerpos de la reserva que tenía a su lado, el 3.º, Zapadores y Valparaíso, y despachaba ayudante tras ayudante en demanda de la brigada Gana, que había dejado en San Juan y de la división Lagos que en ese momento desembocaba de los páramos de la Pampa Grande entre los verdes potreros y pajonales del valle. Se divisaban en efecto desde temprano fornidos regimientos marchando por el flanco a semejanza de inmensas pardas serpientes arrastrándose en el césped.

Con ojo de verdadero soldado el general Sotomayor había hecho tocar tropa a su gente en los patios de la hacienda de San Juan, y en esta virtud, cuando tronó el cañón de Chorrillos estaba pronto a marchar.

Al primer llamado lanzó en consecuencia en el camino directo de San Juan a Chorrillos, que corre al pie de las cerrilladas, la brigada Gana, el Esmeralda adelante. Uno de los batallones de este lucido regimiento había sido despachado hacia Surco al mando de su tercer jefe el bravo mayor don Saturnino Retamales, para sostener nuestra caballería; de suerte que con el primer batallón marchaban sólo el primero y segundo jefe, Holley y Lopetegui.

Por el camino recto que hemos dicho pone en comunicación directa a Chorrillos con San Juan, por el faldeo de los cerros, se adelantaban los tres cuerpos de la reserva, y por el centro de los potreros cargados de matorrales y de bombas, la artillería de campaña mandada por los capitanes Montauban, Besoain y Ferreira, y más atrás la división Lagos.

No había alterado su paso este experto jefe en los primeros momentos, contestando al ayudante del coronel Lynch, Ricardo Walker, que no le era dable emprender nada sin orden superior. Pero cuando vio llegar cubierto de sudor y con el rostro animado por patriótica ansiedad al capitán Juan Nepomuceno Rojas, uno de los más inteligentes oficiales del estado mayor del coronel Lynch, haciéndole ver lo apurado del caso, dio la voz de trote y lanzó el Santiago y el Valdivia hacia el socorro. El general Maturana llegaba en ese momento, y colocándose al lado del coronel Barceló conducía su brigada personalmente al fuego, como si hubiera sido un simple guía. En pocas batallas de Chile se había hecho mayor gasto de buena voluntad y de heroísmo que en aquella cruel jornada.

Avanzando con redoble acelerado no habían tardado por su parte los bravos del Buin y del Esmeralda en llegar al pueblo de Chorrillos en los momentos en que el Valparaíso y Zapadores, conducidos por el brillante jefe de la reserva y guiados por el valiente capitán de marina Barahona, que servía de ayudante al coronel Lynch, se precipitaban por los faldeos de los cerros a sostener por su flanco la acribillada primera división tan imprudentemente comprometida después de haber cumplido por entero su faena militar. El 3.º descendía a la llanura para atacar por otro rumbo.

Llegado a las primeras bocacalles de la población, el Esmeralda dividió su diminuta fuerza en dos porciones, marchando el comandante Lopetegui con una buena parte hacia el Salto del Fraile por el lado de los cerros, e internándose el comandante Holley en la ciudad para cortar la retirada a los combatientes del Morro.

Pero el incauto jefe chileno no había contado con las extrañas peripecias de las batallas americanas; porque al notar la reserva de Suárez, que ya se replegaba sobre Miraflores, la renovación del combate a sus espaldas, hizo alto, y se trabó una riña de jefes por ir a pelear noblemente al lado de los suyos.

Poseído de un verdadero vértigo, cuya causa no se ha explicado todavía, el coronel Suárez se negaba abiertamente a obedecer las órdenes del dictador, alegando que con posterioridad el general Silva le había impartido otras en contrario, y de esto resultó que su jefe de estado mayor divisionario, el valiente cuanto petulante coronel Recabarren, le exigió le dejase marchar siquiera con un batallón hacia Chorrillos.

Con su consentimiento o sin el, el pundonoroso arequipeño se puso a la cabeza del batallón Zuavos de Lima, y sostenido por dos cañones colocados en carros blindados, corrió por los rieles a restablecer el combate a retaguardia. En ese mismo instante el coronel Cáceres partía con igual propósito de las líneas de Miraflores a la cabeza de dos mil soldados de todos los cuerpos derrotados, que daban señales de querer volver por su honor perdido en la alborada.

Comenzaba de esta suerte la segunda batalla de aquel memorable día y la única que por los sitios en que se libró es acreedora al nombre genérico que se ha dado a los hechos de armas de aquella doble jornada, «la batalla de Chorrillos». En la de San Juan no brilló siquiera un sable ni un fusil en aquella ciudad ni en todo su circuito.

Al penetrar el coronel Recabarren por las calles de la población, dejaba cortado el pelotón de la Esmeralda que seguía a Holley y lo reducía a la alternativa de rendirse o de morir. Pero parapetándose tras unas tapias, los esmeraldinos, que no eran sino 22, se dispusieron a vender su sangre por subido precio, mientras un mozo verdaderamente heroico los salvaba. Fue este el ayudante don Desiderio Ilabaca, natural de Chimbarongo, que gritando: «¡Viva el Perú!»; atravesó las líneas enemigas y llegó hasta donde se encontraba el coronel Gana, en demanda de socorro. Cuando el mancebo daba su recado caía su caballo bajo sus pies, y registrado le encontraron cinco balazos que lo bandeaban: «Los soldados Juan Cortes, Eugenio Escobar y Belisario Cuevas, han sido héroes en esta jornada», dice de los que le acompañaban el jefe del Esmeralda, y a su vez el actual general en jefe del ejército de ocupación de Lima comprobando el hecho en un sumario tardío pero justiciero, ha pedido al gobierno un premio especial para todos ellos.

Pero el peligro de Holley y de Lopetegui no consistía sólo en su aislamiento, porque la artillería de montaña de la división Sotomayor había ido a tomar posiciones cerca de los rieles demasiado alejada de la infantería para encontrar buen campo de tiro, cuando de súbito se vio asaltada por los Zuavos de Recabarren y otros cuerpos que llegaban en carros artillados de la línea de Miraflores. Entre éstos se ha dicho que venía el Zepita y que allí murió su segundo jefe.

Increíble y nunca visto hasta aquel momento era el arrojo y encarnizamiento con que se batían los peruanos mandados ahora en la cumbre y en el llano por la flor de sus jefes, y tan apurados tuvieron a los artilleros del mayor Jarpa que hubo este de recurrir al último reparo de su arma, a la metralla disparada a boca de jarra. Sobrevino un instante de tan recio apremio que los artilleros zafaron sus carabinas de la espalda y se batieron como en duelo.

Eran en ese momento las once y media del día, y el combate, a semejanza de los incendios de las selvas, tomaba de improvisó proporciones colosales que nadie atinaba a explicarse.

Las tres divisiones estaban comprometidas.

Los enemigos parecían caer de las nubes y brotar de debajo de la tierra.

Singular zozobra reinaba en los pechos recalentados por el ardor del día y por la ira después de la ilimitada confianza de la victoria y la expansión de sus regocijos.

¿Qué iba a suceder?

Nadie acertaba a explicarse como se había verificado aquel cambio sombrío de decoración en el paisaje sangriento del combate, pero vagaba en los ánimos el presentimiento de que la división Lynch había caído en una celada y que era preciso meter de cabeza todo el ejército en los abismos para sacarla salva.

Por fortuna, en instantes de tanto apuro y ansiedad llegaba a escape por el polvoroso camino de San Juan un jinete de tostado rostro, gesto de fuego, brazo inflexible, con voz semejante a la del ronco grito de la corneta que toca en la batalla las señales del vencimiento.

¿Quién era?

Era el comandante del 3.º, don José Antonio Gutiérrez, que desprendiéndose de la reserva con su indómito regimiento, llegaba al rescate de la artillería y del Esmeralda.

-Coronel Gana, aquí estoy, fue su único saludo al jefe de la brigada allí comprometida.  
¿Qué ordena, su señoría?

-Lance un batallón a defender las piezas de Jarpa y otro a salvar a Holley en la población - fue la respuesta.

Y entonces el jefe recién llegado, arrancando a su bronco pecho la sonoridad del bronce que el aire del pulmón imprime a los instrumentos de guerra, mandó desfilar por los flancos a derecha e izquierda los dos batallones que llegaban a carrera. Y aquellos hombres que aborrecían a los peruanos desde el fondo de sus entrañas a causa de su expulsión inhumana del desierto, valientes e implacables como la metralla, se lanzaron sobre los Zuavos de Recabarren y el Zepita de Fonseca que ocupaban la línea, y los barrieron de ella como el mata-vacas de las locomotoras avienta la paja y el polvo de la trocha. Allí fue muerto el comandante del batallón Zuavos de Lima y herido de gravedad en un hombro el valiente Recabarren.

Los soldados iban a matarlo pero lo salvó un sargento Román, y cubierto de sangre lo presentó al general Sotomayor que lo hizo su huésped. El comandante de caballería peruana Barrenechea, que acompañaba a Recabarren en su valerosa acometida, fingió rendirse levantando en el aire la culata de una carabina, pero al asirle la brida un tercerano, clavó las espuelas a su caballo y desapareció.

El batallón de la izquierda seguía entre tanto al trote por el callejón sembrado de cadáveres, dirigiéndose a envolver el pueblo por el faldeo del morro Solar en cuyo yermo declive brillan todavía lúgubramente las paredes del cementerio de aquella Capua de todos los deleites.

Se arremolinaron allí los pelotones de tropas que a esas horas bajaban de la altura esforzándose por abrirse paso hacia los rieles a reunirse con los que venían en su auxilio, y uno de estos destacamentos venía a cargo del coronel Noriega, que allí fue herido en la cabeza. En cambio, juntos, casi asidos de las manos y formando un grupo digno del cincel de la inmortalidad, habían sido derribados en aquella fatal carrera tres de los más juveniles y más valientes capitanes del aguerrido 3.º, Avelino Valenzuela, Luis Alberto Riquelme, natural de Santiago, y Ricardo Serrano de Melipilla, el mismo que en Ate se había cubierto de gloria y recibido un ascenso en el campo de batalla. Cuando en la tarde de aquel encuentro aciago el hermano del héroe recogió su cadáver, notó que un viejo sargento parecía haber querido proteger con su vida la de su joven caudillo, porque yacía delante de él cubriéndole con sus brazos.

Avelino Valenzuela era hijo de Curicó y mozo apenas de 29 años. Había sido educado en la academia militar; sirvió en la marina y hacía sólo tres meses que era capitán. Alberto

Riquelme Lazo, sobrino bisnieto del general O'Higgins y nieto del magistrado don Silvestre Lazo, era capitán hacía dos días; y en aquella pira de la juventud generosa, se asociaba con su sangre y su valor sobrenatural el niño Juan Ramón Santelices, natural de Vichuquén, que escapado de un colegio de Valparaíso sentó plaza de soldado raso en el 3.º, y por su mérito probado en seis batallas, era ya oficial. «En Ate escapé ileso -escribía el último a un amigo-; pero aquí me han...»; y empleaba tal expresión de soldado que ni al heroísmo es lícito reproducirla, por más que Cambronne la inmortalizara en Waterloo.

Era la hora del mediodía, y con la intensidad del sol tomaba un calor horrible la refriega. La artillería de campaña de Chile había ocupado posiciones ventajosas en el llano, y mientras cañoneaba con admirables pero un tanto morosas punterías las baterías del Salto del Fraile y de la Calavera que hacían graves estragos en las filas de nuestros regimientos en marcha, daba lugar y desahogo para que atravesando innumerables potreros y bordeando profundos pajonales llenos de emboscadas, llegase en hora oportunísima la brigada Barceló de la división Lagos. Los regimientos iban al trote, y cuando los ayudantes llegaban acezando a apresurar su paso, el estoico viejo que los mandaba se limitaba a decirles sonriendo: «Ya llegaremos... Acordaos que hace día y medio que venimos marchando...». Y ésa era la verdad.

Con la presencia de la brigada Barceló, que llegaba intacta y fogosa al pie del morro Solar se restablecían todas las ventajas del combate en un momento balanceadas por la sorpresa. El Santiago, sediento de venganza, se precipitaba como un torrente de fuego sobre los arrabales de la ciudad, y por donde pasaban sus terribles hileras ardían como heno resecado los edificios y los palacios de los que mataban a mansalva a sus camaradas... Y una vez que dejaba prendida a su espalda la hoguera del castigo, trepaba a las laderas para acabar su obra de exterminio en la alta cima. Hacía bien la capital del Perú en sentir miedo y sudor frío cuando nombraba al regimiento que en el ejército invasor tenía el nombre de la capital de Chile.

Fue aquél el momento más febril, más ansioso y a la vez más pintoresco y dramático de aquella terrible batalla llena de extraordinarias peripecias.

En medio de horrísono fuego y entre nubes de humo y fuego se veía por todas partes la ascensión de los chilenos al empinado morro, el Valparaíso y Zapadores por el lado de Santa Teresa; el Santiago revuelto con el Valdivia y el Caupolicán por el ancho zigzag de Chorrillos. En algunos parajes los soldados clavaban sus yataganes en las grietas para hacer seguro su paso, y así cargaban de frente sobre los cañones, desparramados a manera de lobos hambrientos sueltos por los riscos: «Daría un brazo por una corneta!», exclamaba el heroico comandante del regimiento santiaguino don Demófilo Fuenzalida. ¡Tanta era su ansiedad por llevar en fila compacta su tropa y caer encima de las baterías que no cesaban de diezmarlo!

Se renovaban en todas partes las escenas de un inextinguible heroísmo. El abanderado Majorell, de estirpe alemana, arengaba una mitad del Buin y la conducía al trote a la pelea, y cuando casi todos aquellos bravos habían caído, volvía por otro y otro repuesto de aquella manada de leones. Era su propósito arrebatarse una banderola que flotaba erguida en la

ladera, y sólo cuando lo hubo conseguido sosegó sus bríos. Hoy esa banderola adorna el tranquilo gabinete de trabajo de su jefe de brigada.

Más allá, el capitán Ilabaca de los Cazadores a caballo, pedía a gritos le dejaran cargar sobre los cañones enemigos, y como si aquella batalla en anfiteatro sirviese de emulación a todas las grandes almas, el heroísmo se paseaba con mágico desmán de fila en fila retando a la muerte.

No lejos de aquellos grupos caía en el Santiago el adolescente Arnaldo Calderón, natural de Cauquenes, que había ido a la campaña a vengar a su hermano Emilio, tan adolescente como él, sacrificado en Tacna; y bajo la bandera de los Zapadores, que había servido de mortaja en el Campo de la Alianza a su nieto de la beldad de Chile doña Ana María Cotapos, sucumbía su segundo hermano al trepar la áspera cumbre. El nombre del último era Justo Pastor Salinas.

La patria había concurrido por familias a esta campaña, que se hizo una cruzada doméstica y casi una guerra santa cuando se le señaló a Lima como término. Una familia de Cauquenes envió siete hijos a las filas. Los Alamos eran cuatro, los Fernández Letelier y los Bravos, de Talca, tres en cada grupo, y el mayor número de los que hemos nombrado enrojecieron aquel suelo en ese día con su sangre.

En el asalto del Morro Solar y al afirmar el capitán del Atacama don Remigio Barrientos una mano sobre la banda de una tapia, cual si hubiese sido la lengüeta de una víbora, una bala la perforó de parte a parte. El capitán Barrientos era natural del Tai, cerca de Castro, y había sido bandeado por la mitad del cuerpo en Pisagua. Como Torreblanca y como Páez, pasó los Andes al rumor de la guerra para ofrecer a la patria ausente el pago de la deuda de amor de todos los chilenos.

Mas quien sobresalió a mayor altura entre todos los jóvenes oficiales que se hallaban presentes en aquel sangriento lance que era de final victoria, fue el arrogante capitán del Valdivia don Belisario Troncoso, mozo de mil empresas atrevidas, hijo de Bulnes, que en temprana mocedad había recorrido una buena parte del mundo, y que llegando el primero a las crestas del Salto del Fraile, hacía silenciar sus cañones y rendía allí un centenar de artilleros.

Pero un soldado oscuro, oriundo de Arauco y llamado José Riquelme, le sobrepujó a su turno en sublime bravura, porque queriendo su capitán poner una bandera chilena como señal a nuestros artilleros para que suspendiesen sus fuegos en la llanura, preguntó: «¿Quién se anima a tenerla?»; «Yo, mi capitán», contestó el bravo; y cuando la batía ufano del honor y del riesgo que corría, una bomba de nuestros propios cañones lo mató.

Los peruanos entre tanto comenzaban a desfallecer en sus reductos. Estaban rodeados como en un corral de buitres. Porque mientras por el norte y por el oriente los envolvían seis regimientos chilenos, el Coquimbo y el Melipilla, desembarazados de los mil obstáculos que habían retardado su vuelo, llegaban a la altura por el lado de villa y del mar. Aquellas fuerzas destinadas a obrar aisladamente en sitio mal reconocido, habían llenado su misión hasta aquel momento con laudable esfuerzo, pero escasa fortuna. Dieron al amanecer un

asalto victorioso a las casas de Villa y a su reducto, tomando seis cañones y varias ametralladoras, pero dejaron allí dos existencias apenas comenzadas que valían más que el bronce de cien baterías, porque los primeros tiros de la altura troncharon en flor la vida del capitán Alberto Pérez, amable e inteligente niño de 22 años, y la de Federico Valdivieso Huici, ambos del Melipilla, amigos del aula y del barrio, del corazón y del hogar, de la tienda y del sepulcro.

Continuó bizarramente avanzando el comandante Soto, que mandaba en jefe aquellos 1.500 bravos, rechazando todos los puestos avanzados del enemigo hacia la altura, hasta que, como suele acontecer a los hatos de gamuzas en los Alpes, llegaron a un desfiladero que no tenía salida sino sobre la boca de tres ametralladoras que los peruanos tenían de antemano asestadas en aquel pasaje y con campo de tiro medido por milímetros.

Imposible de todo punto era pasar.

El comandante Soto se mordía los canos bigotes de cólera, y de momento en momento hacía una arremetida hacia el fatal desfiladero, pero en vano.

Se hizo voluntario para pasar con su gente el capitán Marcial Páez del Coquimbo, hombre de hígados y de encuentros que había sido soldado, minero, arriador de ganado en las pampas argentinas y había regresado a Chile al grito de guerra como los bravos ya nombrados y como Juan Nepomuceno Rojas, este último profesor premiado en Venezuela. Un proyectil le dejó muerto instantáneamente. El plomo corría por aquella rendija de la montaña en un verdadero raudal, y no había otro paso practicable. Para dar el ejemplo se adelantó el jefe y cayó a su vez bandeado en un hombro con herida casi mortal.

En vano la lancha a vapor del Blanco que recorría la ribera del mar en la misma dirección que ascendía el Coquimbo, disparaba sin cesar, ametralladora contra ametralladora, en protección de los nuestros. Y cosa dolorosa, el auxiliar más eficaz de aquella columna aislada, el teniente Avelino Rodríguez que comandaba la embarcación de la nave almiranta, estaba también destinado a morir.

El combate de Chorrillos no fue una batalla, fue una horrible inextinguible matanza. Cuando al día siguiente los empleados del servicio de la intendencia desembarcaban en Chira y en Chorrillos, veían las rocas que forman la base inferior del sombrío morro cubiertas de puntos blanquecinos. Eran los cadáveres de los peruanos que por millares habían rodado a los precipicios y cuya vestidura de dril blanco las olas espumosas lavaban con su pesado ir y venir como las lavazas de la muerte.

Por la parte del mar, la cooperación de la escuadra fue casi tan ineficaz en las batallas del 13, como decisiva y poderosa en la del 15. Verdad es que la mayor parte de los buques, a virtud de la posición de sus cañones, no tenían ángulo de tiro suficiente para dominar las alturas. La O'Higgins y la Pilcomayo, sin embargo, con sus portas abiertas, podían arrojar proyectiles hasta en la cumbre del morro Solar. Pero a poco de comenzada la batalla el distinguido teniente de marina don Alberto Silva Palma, que había sido comisionado para el servicio de comunicaciones desde tierra con la escuadra, puso señales, por orden superior, de no hacer fuego, y los buques quedaron convertidos en meros espectadores.

Por fin, calmado o dirigido en otro rumbo el fuego mortífero de las ametralladoras bávaras, el entusiasta comandante Balmaceda que había tomado el mando de la hueste coquimbana, valientemente secundado por el comandante Pinto Agüero, segundo jefe de aquel denodado regimiento, dio orden de ganar la cima marchando él adelante con vistosa bandera para lucir su brillante hazaña. En esa carga final, el Melipilla hacía 80 prisioneros y el Coquimbo 200.

Daban en ese momento las dos y media de la tarde, y después de sañudo lidiar que duraba ya siete horas en la mitad más cálida del día, los peruanos dieron señales de rendirse; y protegidos por la autoridad y la presencia de los coroneles Barceló y Fuenzalida entregaban a estos jefes sus espadas los coroneles Iglesias, Billinghamurst, Valle-Riestra, jefe y subjefe de estado mayor de aquel cuerpo de ejército, el coronel Panizo, comandante general de la artillería en Tacna, don Carlos de Piérola, hermano del dictador, el coronel cajamarquino Cano, y el jefe del Trujillo, Borgoño, que no quería rendirse sino al coronel Lynch, diciéndose su deudo. El coronel Piérola estaba herido y había muerto a su lado su segundo don Pedro Alcocer.

Mas nosotros, por la irreflexiva y casi culpable codicia de conseguir tan mezquino botín de harapos y aflicciones, compensado apenas por un destello de heroísmo en el campo peruano, habíamos perdido el doble de aquel número de bravos y entre ellos algunas de las más caras vidas del ejército.

Y todavía aquello no sería todo, porque vagando por entre los maderos calcinados y las cenizas calientes de Chorrillos, batiéndose en cada puerta, de azotea en azotea, de tronera en tronera, vida por vida, la matanza en pos de la matanza, la embriaguez del alcohol en pos de la de la sangre calcinada, grupos de soldados de todos los cuerpos que habían tomado parte en el asalto se entregaban, al caer la noche, a brutal orgía, arranque de nuevos y más dolorosos sacrificios.

Los jefes chilenos echaron lamentablemente en olvido en aquel día una propensión irresistible de la sangre araucana que prevalecía al menos en dos tercios en las filas; porque es sabido que cuando los aborígenes celebran sus orgías de placer o de victoria, sus mujeres invariablemente esconden las armas de los guerreros, porque saben que, una vez turbada su razón, se acometen y se matan implacablemente entre sí. Ese olvido fatal queda en consecuencia a cargo del general en jefe, del jefe de estado mayor y de todos los comandantes de cuerpos que consintieron en dejar las armas a su gente, cuando la batalla en todas partes había terminado.

Peció en aquel vértigo fatal de la victoria y el botín el inteligente y pundonoroso comandante Baldomero Dublé Almeida, hermano del de Atacama y el teniente de Zapadores don Federico Weber, hijo de alemán y vecino de Constitución, soldado-diarista sacrificado en el albor de la vida por cumplir un deber de humanidad después del deber del patriotismo.

«Aquello era un infierno -dice un testigo presencial del vértigo de Chorrillos, en una relación inédita-. Por todas las calles se veían destrozos de todo género, muebles



despedazados, cadáveres y heridos tanto chilenos como peruanos, casas que principiaban a incendiarse, puertas y ventanas destrozadas, silbidos de balas disparadas del interior de las habitaciones a los que pasaban, caballería nuestra que atravesaba las calles a escape, soldados ebrios que salían de los almacenes y que caían heridos por traidora bala dirigida del interior de alguna casa vecina. Aquello era terrible y producía mayor efecto moral que la vista de un campo de batalla.

Ardua, difícil tarea era la de hacer salir a los soldados de aquella ratonera. Después de recorrer toda la población, logré sacar de ella gran número de atacameños y conducirlos al Cementerio donde ponían siempre inconvenientes para entrar, aduciendo que ellos no podían pasar la noche con los muertos. Más pronto se conformaban cuando les decía que yo también dormiría con ellos en ese lugar.

Eran las 6 p. m. cuando terminaba la tarea de recoger dispersos. Con todo, no alcanzaba el número de Atacameños a 500 hombres».

La noche de Chorrillos será de todos modos una fecha lúgubre en la historia de la república, y tanto más digna de dolorosa memoria cuanto que precedió a una grande e inmortal victoria que en breve vamos a narrar. Fue aquella, después de la de Mollendo, la segunda noche triste de México; pero siquiera fue la noche que precedió a Otumba...

## Capítulo XXVIII

### El armisticio de San Juan

El 14 de enero, día viernes, víspera de Miraflores, fue una jornada comparativamente tranquila y hartamente necesitada de sosiego.

El ejército, antes que todo, debía dormir, porque había pasado en vela las dos noches del 12 y del 13, dos grandes vigiliadas entre dos sangrientas batallas.

Cosa corriente es en el vulgo de los juicios humanos que las horas que siguen a los combates son de una suprema dicha y de indecible regocijo para los que en ellos vencieron; pero tal creencia está basada en engaño evidente del ánimo, porque lo que naturalmente sucede a la tensión violenta del alma y de todo el ser que trabaja y padece, es la reacción de profunda fatiga, el sueño, el cansancio, el llanto de las lástimas íntimas que corre silencioso

hacia dentro de los corazones, las alarmas, las iras comprimidas, la compasión misma que inspira al bravo el cuadro de los enemigos inmolados, los tropeles lívidos de los cautivos que confunden en el campo sus dolorosos alaridos con los que triunfando cayeron. Y eso con mayor intensidad debía acontecer a los combatientes de San Juan y de Chorrillos, que habían marchado sobre la arena ocho leguas para pelear consecutivamente igual número de horas.

Por fortuna, el plan de posesionarse de Lima siguiendo la ribera del mar, en cuyas aguas flotaba un segundo y poderoso ejército que era nuestro baluarte, y no por los faldeos andinos, donde habríamos ido a encontrar el más cruel de los adversarios que el chileno ha hallado en su camino durante esta guerra de desierto -la sed-, permitió renovar en pocas horas todo el material movibles del ejército especialmente los víveres y las municiones. La escuadra mandada en persona por el contralmirante Riveros, había fondeado al amanecer del día siguiente al de la victoria en la abierta rada de Chorrillos después de haberla explorado impávidamente el capitán Moraga con el buque de su mando, la Pilcomayo, traída del Callao. La quilla de la cañonera no tropezó con un solo torpedo, fuera porque no existían no fuera porque su mala construcción y el agua corrosiva del mar los había inutilizado. Estaba escrito que en nuestra guerra marítima no lesionarían a los barcos de Chile sino los torpedos que sus propios comandantes se echaran encima.

Desplegando celo recomendable la intendencia general, precedida por su inteligente jefe don Hermógenes Pérez de Arce, que había venido expresamente de Arica para atender aquellos servicios, desembarcó por el muelle de Chorrillos víveres frescos en abundancia y municiones en cantidad sobrada para dos nuevas batallas.

La fragata Avestruz con el parque general fue acercada a pocos cables de tierra para el caso.

Y si en tal coyuntura nos hubiéramos alejado de Chorrillos, como se pretendía, ¿qué habríamos hecho?

El Cochrane, al mando de Latorre pasó aquella noche custodiando los transportes de Curayaco.

Se recogieron asimismo los heridos más cercanos al campo de batalla de Chorrillos; y la Escuela de Cabos, vasto claustro construido a la salida de Chorrillos en dirección a Lima, fue convertido en el hospital común y horroroso de ambos combatientes. Más de tres mil heridos ensordecían en aquella noche fatal el sangriento recinto con los quejidos de su desamparo o de su agonía.

En cuanto a los muertos, nadie pensaba en ellos, a no ser algún compasivo amigo que cumplía un voto o un contrato de fidelidad más allá de la vida. Generalmente los que van a morir hacen compañía, y esta sin escritura ni testigos se cumple en un hueco de la tierra con una azada y una lágrima.

El ejército había amanecido aquella mañana en sus improvisados campamentos en torno a Chorrillos, al morro Solar y a San Juan. En la vecindad de esta última espaciosa casa de

campo, que el olor a los cadáveres y sus rimeros hacían inhabitable, había plantado su tienda, bajo los frondosos árboles de la avenida que conduce a Chorrillos, el general en jefe, al paso que el coronel Lynch había dormido con su división sobre su propio campo de batalla, es decir, en las alturas que rodean a Santa Teresa y el morro Solar. La división Lagos se había tendido adelante de Chorrillos, y la que mandaba el general Sotomayor en el camino recto de la última población a San Juan.

Aquella disposición no era inconsulta para el caso de una renovación del combate por parte de los peruanos, si bien nada estaba más lejos de acontecer. No hay memoria en el Perú de que un ejército vencido se haya rehecho. El indio peruano huye hasta su choza, al paso que el chileno, el argentino y el colombiano retrogradan sólo hasta su campamento o su cuartel. Y de aquí Maipo después de Cancha Rayada. De aquí Ayacucho después de Matará.

Sin embargo de esto, los hombres que en el campamento de Chorrillos representaban el elemento civil y que más tarde tan hondamente se ensañaron contra las disposiciones bélicas de los jefes que venían conduciendo el ejército de victoria en victoria desde Pisagua y los Ángeles, cometieron un grave error, lo inspiraron o lo consintieron. Fue este el extraer de su prisión en los aposentos altos de la Escuela de Cabos al ministro de la guerra Iglesias y enviarlo al campo de Miraflores acompañado de don Isidoro Errázuriz, secretario del ministro de la guerra, para intimar a los peruanos una especie de voto por la cesación de las hostilidades, después de la cruel carnicería de la víspera y de la noche.

Aquella misión como propósito humanitario no merecía reproche. ¿Pero era cuerda? ¿Era oportuna y ocasionada a un resultado práctico cualquiera? O en realidad aquella conferencia, proporcionada a sus anchas al dictador y a su ministro de la guerra, en su propio campo, siendo portador el último de todos las novedades de que había sido testigo ¿no era una ventaja enorme concedida gratuitamente al adversario?

Y en el hecho así aconteció, porque habiendo partido sus dos emisarios de la tienda del ministro de la guerra (que había fijado su residencia en la vecindad de la del general en jefe) a las 9 de la mañana, eran detenidos una hora después por las avanzadas peruanas que adelante de las líneas de Miraflores mandaba a esas horas el coronel don Julián Arias y Aragues, hermano del jefe que tan bizarramente había perecido sin rendirse en el fuerte ciudadela de Arica. El coronel Arias sujetó la comitiva, dio paso franco sólo al coronel Iglesias, y después de dos horas de amplia conversación con su amigo de intimidad, el dictador, regresó el emisario haciéndose portador de un mensaje de fórmula que era casi una burla tratándose de la respuesta de un vencido. Don Nicolás de Piérola se negaba a recibir a un simple parlamentario, pero aceptaría conferencias con un plenipotenciario debidamente autorizado si los chilenos tenían a bien enviarlo a su campo.

Aparentemente al menos, el dictador no se apeaba una línea de su antigua arrogancia, si bien es cierto que esa era su mejor táctica, así como la de los ofrecimientos y piedades mal comprendidas de los chilenos eran simplemente un absurdo de la situación.

A la verdad, el generalísimo de las líneas de San Juan y de Chorrillos no pudo menos de sentirse envalentonado con aquella doble visita de los vencedores. Desde la víspera, la

mayoría de sus jefes reunidos en consejo a las tres de la tarde habían tomado la resolución de librar un nuevo combate defensivo; y toda dilación o aplazamiento era un auxiliar que llegaba a sus reductos. Y todavía, según una carta póstuma del dictador, escrita al jefe de estado mayor de su reserva desde Jauja el 3 de febrero, su plan era formar una tercera línea de combate en torno de Lima apoyándose en el Callao y en las fortalezas del San Cristóbal y de San Bartolomé.

Después de su romántica pero bajo ningún concepto heroica escapada del morro Solar por la lengua del mar y la escalinata de Miraflores en la mañana del día 13, el dictador se había ocupado en efecto en recorrer la línea desde el fuerte Alfonso Ugarte, construido a pocos pasos del barranco del océano, hasta el reducto número 8, que era el último en las faldas de los cerros de Vásquez, hacia el oriente. A esas horas (las diez y veinte de la mañana) llegaban los dispersos no en grupos, sino en bandadas y por batallones; y de tal suerte que la reserva, ayudada por la caballería, apenas lograba contenerlos en su invencible pánico. A fuerza de sable y de revólver, pudieron los jinetes de retaguardia juntar hasta tres mil derrotados, especialmente del cuerpo de ejército de Dávila que se había desbandado sin disparar un solo tiro. Uno de estos soldados, como el zuavo de Regnault en el campo de Sedan, levantó los puños e increpó al dictador al verlo atravesar los rieles a caballo, y el generalísimo vencido y humillado se contentó con decir usando una expresión peruana y vulgar: «No me metan barullos». La división Suárez se había retirado en buen orden. El coronel Canevaro que, acompañado de un animoso práctico (el famoso negro Jil), se había acercado al Morro Solar para conferenciar con Iglesias, después de la retirada de Piérola, trajo consigo hasta unos mil hombres desde el Barranco donde había logrado sujetarlos. En todo, los peruanos habían hecho una adición de seis mil hombres del ejército de línea a su reserva.

Continuó Piérola su excursión hasta Vásquez, donde llegó a las 11 de la mañana, y allí se quedó profundamente dormido en un escaño. Le pusieron centinela para velar su reposo, pero una hora más tarde notando sus ayudantes por el sonido y el humo la recrudescencia extraordinaria que a esas horas tomaba el combate en torno a Chorrillos, le despertaron y regresaron con él al cuartel general de Miraflores. Desde Vásquez ordenó el dictador por un telegrama que Astete enviara a las líneas la guarnición disponible del Callao que era de tres mil infantes y artilleros.

En consecuencia, aquella tarde la mitad de esa fuerza mandada por el capitán de navío Fanning la tropa de marina y por el coronel don Carlos Arrieta la reserva denominada «Guardia Chalaca», atravesaba las calles de Lima en demanda del campamento. Y ¡cosa singular, pero peculiarísima de aquella tierra!, cuando aquellos dos resueltos jefes marchaban a rendir la vida por su patria, un tercer caudillo, el general La Cotera, les salía al paso para tentar su fidelidad y ofrecerles el poder a nombre de la constitucionalidad, la rebelión y la derrota...

Y en esos momentos, como una lección terrible que el destino se empeñaba en ofrecer a aquella desaconsejada gente, se alzaba en espirales de humo de una ciudad entera, testigo de su molición, convertida por la guerra en pira de fuego, de sangre, de expiación y de cadáveres.

«Desde las tres o cuatro de la tarde -dice el reservista que en otra ocasión hemos citado- se notaba del lado del ferrocarril una ligera humareda que se creía proviniese de las descargas, pero a medida que el tiempo pasaba, iba aumentando más y más, hasta que una columna de humo negro se levantó súbitamente rodeada de inmensas llamas. De noche, la inmensa fogata, desprendiendo nubes de chispas, se proyectó sobre la mole de los cerros e iluminó a lo lejos el cielo y la extensión del mar. Y nosotros del alto de los parapetos, contemplábamos, en silencio, ese horroroso cuadro, sin saber que igual suerte esperaba también a Miraflores. El 15 por la mañana, al través del manto de una espesa neblina, se veían arder las últimas casas: Chorrillos no era más que un hacinamiento de escombros. Los chilenos le habían prendido fuego como le habían prendido fuego a San Juan».

Reposado apenas de sus fatigas, de su insomnio y sus galopes en la tarde del 13, el dictador había citado a junta de guerra a todos sus jefes y especialmente a los de la reserva en su regia mansión de Miraflores, ubicada en la quinta del banquero Schell, rodeada de amenísimos jardines.

«En efecto -continúa diciendo el autor de la relación que acabamos de recordar-, no tardaron en llegar de sus divisiones y reunirse los generales Montero, Buendía, Segura; los coroneles Dávila, Montero, Cáceres, Suárez, Iglesias, Noriega, Figari, Pereira, Derteano, Correa y Santiago, La Fuente, Echenique y muchos otros cuyos nombres se me escapan. Se formó en el salón un gran círculo. Se mandó despejar los corredores y cerrar herméticamente las puertas. De nuestro escondite oíamos claramente la voz de S. E.

Comenzó por exponerles que los había reunido no para conocer sus ideas personales sobre la situación, ni si estaban listos para dar su vida si necesario fuera, de lo que no dudaba, sino para que le manifestaran el espíritu que animaba a las tropas y si podían éstas hacer una seria resistencia; añadiendo que, como condición previa para entrar en negociación de paz, exigía el general chileno la entrega inmediata de la línea de Miraflores, con todos sus reductos y defensas, pero que él rechazaba tan humillante proposición. Tres o cuatro de los jefes opinaron por que la tropa estaba muy desalentada e incapaz de sostener diez minutos de combate».

Aceptando como sinceras las revelaciones intrínsecas de aquella conferencia secreta, el que manifestó más hondo desánimo fue el coronel Suárez, y este jefe, tan altamente reputado antes de las pruebas de aquel día, llegó a increpar a Piérola que la batalla se había perdido por su inepta dirección y por su culpa. El dictador le reprochó a su vez su desobediencia, y hubo con este motivo un altercado de calor. Pero en general los comandantes generales de la línea se mostraron resueltos, especialmente el coronel Aguirre, que se hallaba envuelto con los trapos sangrientos que vendaban una herida recibida en las sienas. Interrogados los comandantes generales de la reserva Derteano y Correa y Santiago, contestaron que respondían de su gente, porque ningún reservista quería volver a Lima con su fusil enjuto,

conociendo al soez populacho de aquella ciudad y en especial a sus magníficas y desdeñosas mujeres.

La batalla quedó en consecuencia acordada aquella misma noche, y durante todas sus horas de trabajó activamente en terminar muchas de las comenzadas obras de la defensa. Entre los reductos números 1 y 2 se colocó en aquella tarde un cañón de a 120, y en el camino real dos Vavasseur escapados de San Juan.

En el reducto número 2 se instalaron dos ametralladoras salvadas también de la derrota, y en el espacio que se extendía hasta el número 3, se pusieron no menos de diez cañones y ametralladoras, asomando sus bocas por las aspilleras de gruesas tapias convenientemente horadadas. El ejército peruano se había convertido en faena de obreros, y si bien no alcanzaron aquella noche a montar ningún cañón en el reducto número 3, los artilleros peruanos convirtieron en una verdadera ciudadela las casas arruinadas de la hacienda de la Palma, allí contigua. Fue ése el lugar de fama en que Castilla, penetrando en columna por su ancho callejón, derrotó a Echenique y le quitó la banda y la silla en 1854. Se colocaron allí dos cañones de grueso calibre. La línea de Miraflores se hacía así formidable. Veinticuatro horas más tarde se habría convertido tal vez en inexpugnable.

¿Qué tenía lugar entre tanto durante estos intervalos en Lima, la ciudad impresionable, olvidadiza y veleidosa por excelencia, mal llamada «de los reyes», porque sólo la mujer es allí reina y los hombres de todas las razas, sus esclavos?

Por un efecto de la configuración del llano y las montañas, o por el viento que no encuentra ecos acústicos, o por el blando sopor de la población adormecida a la sombra de sus plataneros y de sus jazmines en las noches de caluroso estío, nadie había sentido al amanecer el lejano rumor de la batalla. Pero desde las ocho de la mañana comenzaron a llegar dispersos y cobardes contando las patrañas jactanciosas de todas las derrotas. Los que huyen acostumbran fingir que vencen para cohonestar su ignominia.

Corría poco después de mano en mano un telegrama que llevaba la firma de Piérola y en el que se anunciaban ventajas que no existían. Leyó este despacho el ministro inglés, pero lo contradijo con mejor autoridad el representante de los Dreyfus, Mr. Federico Ford: que en estos tiempos, el agio sabe de continuo más que la diplomacia y los gobiernos.

A eso de las diez de la mañana se vio atravesar a galope las calles de la ciudad un ayudante del dictador y deudo suyo llamado Lanfranco. Nadie necesitó ver sino su pálido rostro para conocer que una nueva derrota había visitado las banderas del Perú.

A mediodía, la certidumbre del fracaso era universal; pero los pueblos acostumbrados a vivir sólo en los vaivenes del deleite y del dolor, se forman una especie de filosofía aparte, en que la indiferencia y el prodigio se alternan a la par con las horas de la existencia y la esperanza. Lima sabía que estaba perdida; pero confiaba todavía en algo misterioso, como la aparición prehistórica del Titicaca o como los milagros de Santa Rosa; y así creía que con orar y confiar iba a sujetar a los vándalos del sud. No encontrarían, sin embargo, los últimos a Santo Toribio de Mogrovejo bajo los arcos de sus históricas portadas para detenerlos.

En otro sentido, la gente de aquella tierra cree que las proclamas son cosa parecida a la victoria o parte de ella, y con leerlas se engríe y se «retempla». A mediodía circulaba, en efecto, en una hoja suelta que contenía un boletín de falsedades, el siguiente llamamiento al patriotismo en agonía:

«¡A las armas!

Ya el enemigo acerca su planta aleve, y Lima debe pagar su tributo de sangre.

Mucho tiempo hemos estado esperando estos momentos y nuestra energía debe retemplarse al aproximarse la hora de la venganza.

¡Antes la muerte que la deshonra!

Éste debe ser nuestro único credo.

Tenemos al frente a la horda que viene asesinando desde hace tiempo a nuestras débiles mujeres, a los inválidos ancianos y a los tiernos niños.

Un momento de debilidad entregará al enemigo la honra y vida de nuestras esposas, de nuestros hijos, de todo lo más valioso para nosotros.

¿Habrà quien pueda sobrevivir a la deshonra de su hermano, su esposa o hija?

¡No, mil veces no!

No hay en Lima quien pueda soportar tamaña afrenta.

¡A las armas, pues!

Y, aunque nuestro ejército sabrà contener al enemigo e impedirle la entrada a Lima, que Lima se levante y presente el hermoso aspecto de una reserva inagotable».

En el fondo de los corazones el desaliento era entre tanto profundo. Al caer la noche había regresado a la ciudad el contralmirante Montero, y a nadie disimulaba su convicción de que todo estaba perdido y que en pocas horas más los chilenos entrarían a Lima con la espada o con la tea, según se les exigiese. A su juicio, la situación era completamente desesperada y ¡acaso en secreto su alma acariciaba esa creencia como una represalia. Singular país en que la derrota sucesiva de sus caudillos los venga alternativamente de las derrotas sufridas! San Francisco vengó a Moore náufrago y preso en Arica; Tacna vengó a Buendía encausado en Lima, y ahora San Juan y Chorrillos vengaban a Montero mientras llegaban el turno histórico al dictador y a sus sucesores.

Por lo demás, la ciudad estaba completamente desarmada. En ausencia de Piérola, gobernaba su ministro del culto, o más propiamente su ministro universal, don Pedro José Calderón, hombre sibarita e insolente pero incapaz de levantarse en las horas de grave conflicto a la altura del deber, menos a la del sacrificio.

Todo lo contrario, y por castigar un desmán de la guardia urbana, compuesta de cuatro mil extranjeros, y una de cuyas patrullas le había llevado descompuesto y disfrazado a un depósito de policía en una de aquellas noches de solemne expectativa en compañía de un alemán cómplice y usufructuario de sus orgías, la disolvió por un ucuse en los momentos en que la ciudad entera confiaba a aquel cuerpo protector su custodia. El ministro de la guerra Villar había cooperado a aquella medida insensata y criminal enojado porque, conforme a lo ordenado en un bando reciente de policía doméstica, un destacamento le obligara a cerrar su puerta de calle a las 10 de la noche. ¡Qué hombres para semejante situación!

Pero si los limeños y sus sedes tomaban las cosas de esa manera, no obedecían a criterio semejante los representantes de las naciones extranjeras que en aquella ciudad cosmopolita, como Alejandría o como Esmirna, tenían bajo su responsabilidad tantas importantes vidas y tan valiosos intereses. En un sentido industrial y mercantil, Lima no es una colonia, es una colmena, y allí las abejas que trabajan acumulan su propio caudal y el de los zánganos.

Era el miembro más influyente del cuerpo diplomático residente en Lima el ministro de S. M. B. Mr. Spencer Saint John, hombre serio y experimentado durante una larga carrera consular en las Antillas. Se había mostrado este funcionario en varias ocasiones deferente hacia Chile, especialmente a causa de los canjes de prisioneros, y con este motivo pero sin razón los peruanos le aborrecían. Más tarde se encontraron despachos de Calderón en que le acusaba de parcial, de testarudo y hasta de mal criado y sospechoso.

El ministro de Francia M. de Vorges, era un hombre de carrera, que había ascendido por la escala de sus servicios y de sus años, al paso que su colega de Alemania M. de Gramatsky, personaje obeso, alegre y bonachón, era considerado como una improvisación en la diplomacia. Había sido juez en Berlín como Mr. Christiancy, ministro de Estados Unidos, lo había sido en Detroit. Por lo demás, pasaba por un hombre de buena índole, aunque un poco sensual, por el estilo del ministro Calderón, su amigo y su camarada. El ministro de Italia, señor Vivien era un ex Magistrado de Florencia, y del de Brasil ya en otra ocasión hemos hablado.

Por un acaso era el decano de aquel cuerpo el caballero salteño don Jorge Tezanos Pinto, y el más moderno de los representantes su compatriota e hijo político el ilustrado doctor Uriburu, que en dos ocasiones había presidido el Congreso de su patria.

Alarmados justamente por la suerte de Lima y de sus connacionales; sabiendo que Chorrillos ardía, que los chilenos se ensañaban y notando, por último, que el procónsul Calderón no se ocupaba sino en perseguir a los civilistas acusándolos de traidores, como a Riva Agüero, a quien quiso extraer por fuerza de la legación francesa en que había tomado asilo, ya mandando prender a La Cotera para fusilarlo por su alocución a las tropas del Callao, creyeron llegada la hora de convocarse espontáneamente, y puesto que no había gobierno en Lima, constituirse en su tutela a manera de curadores ad litem en el último



litigio de aquella infeliz nación desgobernada. Los almirantes Sterling y Du Petit Thouars comandante en jefe de las estaciones de Inglaterra y Francia en el Pacífico, cooperaban con su autoridad y sus cañones a aquella acción protectora.

En consecuencia del estado de cosas indescriptible que dejamos rápidamente trazado, celebró el cuerpo diplomático una reunión apremiante en casa del ministro alemán en la mañana del 14, y allí se acordó por unanimidad de pareceres interponerse entre los beligerantes, o más propiamente, entre los combatientes, para ver manera de alcanzar estos tres laudables fines:

- 1.º: Abrir los caminos hacia la paz por medio de un armisticio o suspensión de armas;
- 2.º: Evitar mayor efusión de sangre; y,
- 3.º: Salvar a Lima, esto es, proteger sus propios hogares.

El espectáculo de Chorrillos traía espantado a todos los hombres que cobijaban una familia bajo su techo.

Resuelto el plan, se consultó por telégrafo al dictador, y este inmediatamente envió su aquiescencia explícita al propósito de una negociación de paz que comenzaría por una suspensión de armas.

Venía aquella idea a salvar a don Nicolás de Piérola y a poner a cubierto sus más recónditas ambiciones. Su gran ideal era el poder. Lo había perseguido toda la vida, desde el claustro, desde la escuela, bajo la austera sotana de Santo Toribio, bajo la casaca recamada de oro del Jefe Supremo improvisado y lugareño en Moquegua y en Torata. Y Piérola amaba el poder no sólo como pasión personal sino como destino manifiesto, porque a virtud de ciertas propensiones místicas de su espíritu incubadas en el Seminario, en la prensa religiosa y en el altar, se creía destinado a ser no sólo el salvador de su patria sino su regenerador. Por consiguiente, la idea de conservar su dictadura con un ejército y con una marina que serían sus baluartes contra la ola popular o el alboroto indomable de la soldadesca, le desvivía en el fondo de su alma inquieta, por más que aparentase no ambicionar otra cosa que desafiar las iras del cielo hasta expulsar a los odiosos invasores de su suelo.

De este orden de sentimientos imperantes en su espíritu abundan pruebas en su carrera antes de aquellos días y en horas posteriores; pero uno de sus más íntimos confidentes, el prefecto Echenique, ahora general en jefe de su reserva, no había sentido embarazo para acentuar su persuasión de que el Perú vencido o victorioso sería por larga década su presa. «Tenemos para diez años, por lo menos -solía exclamar en el seno de la confianza-. Si triunfamos, la victoria sería nuestro pilar. Si sucumbimos, ¿quién querría hacerse cargo del cadáver?».

En lo último, sin embargo, el favorito del dictador se equivocaba, porque hoy están aferrados a las argollas y a los cordones del ataúd mucho mayor número de lúgubres portadores que los que a sus costados caben.

Pero esto, no obstante, y con la refinada astucia que es propia de los hombres del Perú, y en general de la gente de los trópicos, que viven del perpetuo envite de sus codicias o de sus ambiciones, el dictador deseaba en sus adentros que otros hicieran su juego. Y esto era precisamente lo que a la sordina estaba sucediendo, tal vez por ocultas y bien guardadas sugerencias tuyas.

Obtenido así el consentimiento explícito del dictador, se nombró por el cuerpo diplomático una comisión encargada con plenos poderes de iniciar las negociaciones, y ésta quedó compuesta del ministro decano y de los representantes de Inglaterra y de Francia. No se habló en esa reunión de las bases de un tratado, tema prematura de discusión desde que lo que se buscaba era una tregua, pero todos tenían por cosa subentendida que las bases de la paz definitiva no podían ser sino las impuestas por Chile en Arica, reagradas ahora por la prodigalidad de la sangre, del oro y de la gloria de Chile, alcanzado todo a costa del vencido y a su cargo.

Y, en efecto, la comisión partió aquella misma noche del 14 en un tren especial, enganchado a las diez de la noche, para conferenciar con el dictador en su propio campo antes de trasladarse al del general Baquedano.

De lo que pasó en aquella entrevista de Miraflores durante una larga hora no ha quedado por ahora constancia. Pero el criterio de la historia está autorizado para suponer que en presencia de dos diplomáticos del calibre de los embajadores de Francia y de Inglaterra y de los 30 cañones de campaña del coronel Velásquez puestos ya en posiciones, no era posible discutir fantasías ni petulancias sino las fases más o menos sombrías de una horrible realidad: «Voe victis!».

Todo lo demás, incluso la papelada que se encontró en los libros del Ministerio de Relaciones Exteriores y que se ha tomado como el trasunto del ultimátum de Piérola en Arica, son esos simples ardides de la diplomacia peruana destinados a engañar sólo a aquéllos que deseen engañarse. La cesión incondicional de Tarapacá era la base primordial de todo tratado de paz, o más propiamente, de toda negociación encaminada a la paz.

Sea de ello lo que fuere, mientras la luz definitiva llega, en la media noche del 14 de enero perturbaba el sueño de los campamentos chilenos el extraño ruido de una locomotora que arrastrando un carro se deslizaba por los rieles ostentando junto a su farola una enorme bandera blanca. Eran los tres ministros ya nombrados, que continuando su viaje desde Miraflores, iban a solicitar una conferencia del general vencedor.

Aceptó el último con la cortesía debida aquella súplica, pero como en hora tan avanzada nada podía hacerse, quedó aplazada la entrevista para el siguiente día a las siete de la mañana.

Puntuales como ingleses se presentaron los comisionados a la cita en la madrugada del 15 de enero, y de esta manera aquel día que iba a expirar, alumbrando con los últimos destellos del sol y de la pólvora un cuadro de horrible carnicería, empezaba con los anuncios de alma paz. Los soldados chilenos, que tienen el instinto burdo pero certero de todas las grandes situaciones, no se engañaron sin embargo, y a medida que el tren avanzaba hacia Chorrillos

ostentando su trazo de parlamento, los unos levantaban sus kepís, saludando con entusiasmo no a los recién venidos sino a Chile, mientras que los más lo dejaban pasar recelosos, repitiéndose los unos a los otros que aquel era «engaño de ingleses».

En la Escuela de Cabos aguardaba a esas horas a los comisionados el jefe de estado mayor, general Maturana, con caballos listos, y él mismo los escoltó a la tienda del general en jefe, que a esa hora desayunaba su frugal té matinal después del té de la media noche y de todas las horas. Sin esfuerzo, el general Baquedano iba a hacer a Mr. Saint John una recepción rigurosamente inglesa.

Rodeaban al general en jefe del ejército de Chile en esos momentos el ministro de la guerra y los señores Altamirano y Godoy, que patrióticamente sobrellevaban las penalidades y los peligros de la campaña. El general Baquedano, aconsejado por los plenipotenciarios que le acompañaban (sin que él hubiese recibido notificación oficial de ello), impuso como condición inapelable para aceptar una suspensión de armas, la entrega previa del Callao y de sus fuertes. Sólo la posesión de esa plaza de guerra salvaría la plaza abierta e indefensa de Lima y su comarca.

Los delegados del cuerpo diplomático del Perú asumieron en esta vez con leal franqueza el simple rol de intermediarios, y ofrecieron someter aquella dura pero indispensable condición al dictador; y para darse tiempo solicitaron una suspensión informal de las hostilidades, sin más base cierta que el compromiso moral del general en jefe del ejército de Chile y su propia palabra de representantes de tres naciones amigas. No se puso por escrito una sola línea, como en tan graves casos es obvia ley de precaución y de guerra.

Después de algunas vacilaciones y consultas, les fue otorgado lo que pedían, extendiéndose la promesa de no romper los fuegos hasta las doce de la noche de aquel día, pero quedando entendido que ambos beligerantes podían ocupar las posiciones que mejor les conviniera. La única prohibición expresa era no poner el dedo en el gatillo.

Adolecía aquel fatal pacto de un defecto lamentable, esto es, su vaga informalidad y su carencia de personería directa y responsable.

No había en realidad armisticio militar, porque no había delegados militares, ni ajuste, ni líneas definidas, nada, en fin.

No era aquello propiamente un contrato, era una promesa.

No era una suspensión de armas efectiva y determinada. Era una cortesía internacional que obligaba a los beligerantes para con terceros oficiosos, pero en realidad no los obligaba entre sí.

Un armisticio, es decir, como su nombre lo implica, una paralización momentánea del uso de las armas, es un acto determinado de guerra que se ajusta directamente entre las partes comprometidas, detallándose una a una sus condiciones, siempre o casi siempre por escrito y por funcionarios diputados por los generales en jefe para tan importante caso. Un armisticio no es muchas veces sino un preliminar de un tratado, y en las relaciones

recíprocas de los estados nada hay más austero ni más solemne que semejantes empeños, no sólo en la fórmula, sino en el espíritu y hasta en el lenguaje.

¿Reunía una sola de esas condiciones el así llamado armisticio de Miraflores, o como debiera llamarse, si tal hubiera existido, -armisticio de San Juan-, porque allí fue donde se trató de celebrarlo?

Ni en lo más mínimo, porque la única promesa del general en jefe no iba más allá de no hacer materialmente fuego sobre las líneas enemigas y en todo lo demás se dejaba absoluta y amplia libertad en un movimiento. Podía así flanquearlas y envolverlas, no sólo con sus regimientos sino con sus buques, lo cual era hartamente más peligroso para el desenlace de la inminente batalla que el hecho de disparar los rifles. Antes se ganaban o perdían las batallas matando. Desde Napoleón I hasta Moltke, se ganan o se pierden maniobrando.

Pero, lo que es mucho más trascendental que todo esto, de parte de los peruanos no hubo compromiso directo ni explícito de ningún género, ni siquiera hubo promesa declarada como la del general chileno. Los negociadores manifestaron que solicitarían la venia de Piérola en favor de ese acto militar, pero nunca que nosotros sepamos se envió al cuartel general del vencedor ni pliego, ni mensaje, ni siquiera una esquela que sirviera de testimonio de la aceptación explícita, y tal cual es indispensable en tan inminentes situaciones, de la aceptación de aquellos tratos por el generalísimo del Perú.

Sin embargo, donde falta la documentación histórica, hay pruebas de mil géneros que ponen de manifiesto que al regreso de los plenipotenciarios, el dictador no sólo aceptó la base de la entrega previa del Callao para tratar, sino que la escribió de su puño y letra para conocimiento y constancia del cuerpo diplomático en Lima.

En cuanto a la condición recíproca de no romper los fuegos, no se estampó nada y se dejó como cosa subentendida y subordinada a las peripecias a que podrían dar lugar los movimientos estratégicos que cada cual se reservaba poner en inmediata ejecución. Es muy posible, y nosotros lo tenemos por seguro, que esta manera de ver el acto singular que se ha llamado el armisticio de Miraflores y que enseguida se cambió en la denominación de «traición de Miraflores», habrá de ir apareciendo del testimonio internacional de todos los que en él tomaron parte; y desde, luego el único de sus cooperadores que hasta hoy ha hablado, se expresa en los términos siguientes:

«Las condiciones del armisticio permitían a los chilenos mover su artillería a la izquierda durante el día, puesto que el armisticio duraba solamente hasta las doce de la noche, pero con la expresa condición de que no avanzarían sus fuerzas más allá del punto ocupado por su gran guardia.

Es un hecho que cuando se suspendieron las hostilidades, los chilenos avanzaron sus fuerzas cerca de un cuarto de milla hacia la línea peruana y en algunos momentos tan cerca que se podían reconocer con los del lado contrario, y esto indujo a los peruanos a comenzar la batalla, anticipándose a un ataque inmediato de parte de los chilenos».

Entre tanto; y cuando los delegados del cuerpo diplomático constituido en permanencia en Lima llegaban al cuartel general de Miraflores desde el campamento de San Juan, eran las diez de la mañana, y después de conferenciar largamente con Piérola, prosiguieron su viaje a Lima. Vaga es la enunciación de los últimos, pero se ha asegurado por personas altamente colocadas como actores en aquellas negociaciones confidenciales, que el jefe supremo del Perú iba de lleno a la paz, con cesión de territorio e indemnización de guerra, agregándose que para cubrir su responsabilidad con la ajena y dar al acto dictatorial que iba a acometer toda la fuerza que su situación requería, ordenó que para aquella misma tarde se citase en Lima al Consejo de Estado, a la Corte Suprema, en una palabra, a todos los grandes dignatarios que, suprimido el Congreso, rodeaban como una corte la personalidad del jefe supremo.

Se dio cuenta de todo esto en la reunión que poco después de medio día celebraron los representantes de las naciones neutrales, y para fortificar al dictador en su sensata y en el fondo patriótica actitud, resolvieron trasladarse inmediatamente en cuerpo al campo de Miraflores.

Sucedía esto pocos minutos antes de las dos de la tarde, y cuando en medio de la agitación de un campamento que se alistaba para librar una batalla o recibirla, se presentaba el cuerpo diplomático en la antesala de la quinta de Schell, hogar y despacho del jefe supremo del Perú, se les introducía por los ayudantes a una sala de espera rogándoles se sirvieran aguardar que S. E. despachara su almuerzo en que familiar y tranquilamente departía con los almirantes Sterling y Du Petit Thouars y el capitán Sabrano de la fragata italiana Garibaldi, que también les hacía compañía.

¿Qué significaba la presencia de tan ilustres huéspedes en aquella hora, en tal sitio y con precedencia inusitada a los representantes diplomáticos de sus países a cuyas órdenes generalmente aquéllos se hallan sometidos en sus estaciones?

Punto de novedad es ése destinado a ser puesto en evidencia en el próximo capítulo de este libro que a grandes jornadas se acerca, balanceándose como frágil y quebradizo madero entre las alterosas vacilaciones de la guerra y de la paz, a su última página y a su postrer desenlace en los más sangrientos campos de batalla de esta parte de la América española.

## Capítulo XXIX

Los chilenos delante de Miraflores

Mientras los derrotados de San Juan y de Chorrillos ponían en angustiosa tensión su último esfuerzo para fortificar sus postreros parapetos delante de Lima, los chilenos no estaban ociosos.

El general en jefe, sin darse reposo después de las batallas de la víspera, había combinado el día 14 un plan de ataque sobre los atrincheramientos de Miraflores que, tomando en cuenta las vagas noticias de aquella línea tendida e invisible en la llanura y los imperfectos reconocimientos que había sido dable emprender desde la distancia, no carecía ciertamente de tacto y de inspiración militar.

La base de ese plan en una de sus alas, era la escuadra, y el general Baquedano que guardaba siempre, en oposición al ministro de la guerra, la más estrecha y cordial inteligencia con el almirante Riveros, le envió a llamar oportunamente a su campo. El jefe de la escuadra, a fin de utilizar en un combate de tierra los cañones de más largo alcance de sus buques, había despachado en la madrugada del 14 el Cochrane a sostener el bloqueo del Callao y traído a Chorrillos el Huáscar y la Pilcomayo.

Consistía el plan de combate del general en jefe del ejército chileno en un doble movimiento envolvente por los flancos del enemigo, destinado a coger a Lima dentro de una red de fuego, como a Sedan.

Para esto, la división Lagos que había quedado comparativamente incólume en la batalla del 13, atacaría, sostenida por la escuadra, la extrema derecha de los peruanos que se apoyaba a orillas del mar en la fortaleza Alfonso Ugarte, posición verdaderamente formidable, al paso que la segunda división ejecutaría un ataque simultáneo por la izquierda, faldeando los cerros de Vásquez y siguiendo las sinuosidades del cauce de Surco, como quien, pasado el Maipo por el puente colgante de Pirque, se adelantase a asaltar a Santiago por los anchos rebordes del canal de Maipo y sus potreros.

La fatigada división Lynch, repuesta apenas de las fatigas del heroísmo y del desorden, empeñaría más débilmente el ataque de frente, sostenida por la reserva del comandante Martínez. Las baterías del Morro Solar, manejadas ahora por marinos de la escuadra servirían de respeto a retaguardia y aun podrían quebrantar, disparando por elevación, las líneas enemigas.

Para poner en ejecución estas bien combinadas medidas, el terreno había sido diversamente estudiado desde el mediodía del 14.

A las diez de esa mañana el nunca cansado y siempre vigilante coronel Lagos se había adelantado desde Chorrillos a Barranco, pueblo sucursal del placer de aquella ciudad, distante una media legua por el barranco del mar o sea 2.400 metros, medidos como se mide el vuelo de las aves o la trayectoria de la bala de cañón. El laborioso capitán iba acompañado del coronel Barceló, su amigo desde la niñez, así como lo era de ambos el comandante del Santiago don Demófilo Fuenzalida, natural de Rancagua, como Barceló. Al principio de la guerra esos tres jefes, columnas del ejército, habían entrado al último

regimiento como primero, segundo y tercer jefe, y su vieja amistad llevada al altar, les hacía vivir como dentro de una sola familia: los tres eran compadres.

Siguiendo los rieles, el coronel Lagos había detenido su caballo a la puerta de una panadería situada a cinco o seis cuadras del Barranco, y allí supo por dos italianos que custodiaban sus hornos y bateas que el pueblo estaba desierto.

Pero sus informantes de buena fe lo engañaban, porque al penetrar en sus solitarias calles la comitiva notó con asombro que diversos pelotones de soldados chilenos, en número de quince o veinte, registraban a sus anchas las casas y especialmente las bodegas, pisando los talones a los enemigos que huían. Interrogados por aquella avilantez, contestaron como siempre que «andaban viendo».

Todas las suntuosas habitaciones del lugar se hallaban abiertas y abandonadas; muchos de los muebles, especialmente lujosos sofás y cómodos divanes tapizados de brocado carmesí o de amarillo, habían sido sacados a las aceras para el regalo del sueño de aquellos atrevidos sibaritas, temeraria y eterna vanguardia de todas las marchas y de su botín. En el salón de gala de una casa primorosamente alhajada, uno de los ayudantes del jefe de la tercera división, a quien debemos estos detalles, encontró sobre mesa ricamente tallada un álbum de fotografías, en cuyas hojas, ¡curioso hallazgo!, se notaban alternadas con las más renombradas beldades del Rimac algunos hermosos tipos de chilenas. El arte caprichoso había forjado aquella alianza de la belleza y la gracia que la tea y el plomo convertirían pronto en hedionda y ensangrentada pavesa.

Reconocido el pueblo que debe su nombre a la hondonada profunda en que yacía esparcido, formando vistosas pero singulares construcciones a orillas del mar y del barranco, la partida de reconocimiento se adelantó ocho o diez cuadras hacia Miraflores, siguiendo siempre la trocha del ferrocarril o el camino carretero, que en toda esa distancia hasta las portadas de Lima corre más o menos paralelo a la vía férrea y por su costado del poniente. Miraflores dista una legua de Barranco o sea 4.000 metros en línea recta. Desde Miraflores a las puertas de Lima, es decir, al edificio de la Exposición, situado en las afueras de su barrio sur, como si se dijera en el Camino de cintura de la capital de Chile, hay una distancia lineal de 6.800 metros, o sea cerca de dos leguas. En consecuencia la distancia total de Chorrillos a Lima, es de 12.600 metros, más o menos la misma que de San Bernardo a Santiago, y por idéntico rumbo y llano, salvo en el último la lejanía del mar, no así la de las cordilleras que por el oriente lo acordonan.

Desde el paraje abierto en que el coronel Lagos sujetó su brida en la llanura, podían divisarse con la vista desnuda los puntos avanzados de la línea de Miraflores, echados los jinetes perezosamente sobre la verde hierba a la sombra de los naranjos o de los plátanos, mientras que otros corrían en diversas direcciones llevando órdenes y alarmas. Estudió el jefe de la 3.<sup>a</sup> división durante larga media hora el sitio, recorriéndolo en varias direcciones con sus ayudantes, y después de explicar a éstos los diversos puntos en que debían colocar los cuerpos de su sección, regresaba tranquilamente a Chorrillos a las dos de la tarde de aquel día. Su punto principal de mira había sido una casa pintoresca de cinco miradores que pertenecía a un opulento italiano llamado Bregante y un molino de viento que quedaba un poco a su derecha.

Dos horas después, y en cumplimiento de órdenes recibidas, la 3.<sup>a</sup> división se movía por el mismo camino que había recorrido su comandante general, conducida en persona por el coronel Barceló, jefe de brigada, y se acampaba a las seis de la tarde a cuatro cuadras del pueblo de Barranco.

Una hora después, jinetes chilenos a las órdenes de un oficial reconocían la abandonada y pintoresca población y le prendían fuego por sus cuatro costados. Era una resolución terrible pero inevitable del coronel Lagos, vengador de su patria en el Perú. El espectáculo horrendo de Chorrillos y de sus excesos era un fantasma que con razón no se apartaba de la vista de los jefes chilenos; y la salud de su ejército contra la orgía o contra la metralla, les autorizaba plenamente para ejecutar tan crueles pero salvadoras providencias.

La presencia de los merodeadores de la mañana era ya un síntoma de mal augurio.

El ejército de Chile durmió en consecuencia aquella noche iluminados sus campamentos por dos inmensas piras.

Por su parte, y llevado de natural inquietud en vista de lo vago de la situación, el coronel Velásquez había solicitado en la noche del 14 la venia del general en jefe para ejecutar en la alborada siguiente una exploración prolija del campo, destinada especialmente a encontrar una situación adecuada para la artillería de campaña y de batir que estaba a su cargo y que debía llevar consigo.

La obtuvo con plenas facultades el sagaz capitán cuyo pecho no cesó de trabajar aquella noche el insomnio y el presentimiento, de tal suerte que antes de romper la luz estaba a caballo en los callejones de San Juan con sus cuarenta cañones y sus inteligentes y afectuosos ayudantes, camino del Barranco y de Miraflores. Entre los últimos se contaban el valiente mayor Gormaz, voluntario desde Calama, Roberto Ovalle, herido en Tarapacá, Salvador Larraín que dejaba un lucrativo puesto de banco, Juan Brown, mozo millonario hijo de Valparaíso, Salvador Guevara, soldado-escritor, Elías Lillo, soldado-cirujano, Alonso Toro, Ángel C. Baso, todos mozos entusiastas y probados.

El aspecto del campo enemigo, el ir y venir de los ayudantes, el bullicio de las máquinas acarreadoras, todo reveló a la mirada experta del comandante general de artillería que se trataba de los aprestos de una nueva batalla, y taciturno volvía al campamento, cuando en la estación de Chorrillos descendían del tren los plenipotenciarios de Francia, de Inglaterra y del Salvador para dirigirse a las conferencias que produjeron el, así llamado, armisticio de San Juan. Y como el coronel Velásquez, a guisa de viejo y malicioso soldado, sospechase el primero lo que más tarde aconteció, se adelantó al galope por los polvorosos callejones para comunicar sus sombrías impresiones al general en jefe, sin cuidarse, contra la recomendación del galante general Maturana, encargado de recibir aquellos peligrosos huéspedes, de las nubes de polvo que les dejaba con su comitiva en pos.

Sus cañones habían quedado a buen recaudo adelante de la línea de batalla.



Derribando tapias en los potreros e improvisando puentes en las acequias de riego, había avanzado, en efecto, el coronel Velásquez hasta colocar su poderosa artillería cuatro o cinco cuabras a vanguardia más adelante de nuestras columnas de infantería, y aunque un tanto desguarnecido se juzgó aquel jefe dueño de la situación si le dejaban obrar.

«Entre las diez y media y las once de la mañana -dice el jefe de estado mayor de la 3.<sup>a</sup> división en su diario de campaña que acabamos de citar- llegó el coronel Velásquez con sus ayudantes, y momentos después toda la artillería de campaña sin ninguna tropa de infantería; la artillería se detuvo al frente de una casa con los cinco miradores de la señora Montecino de Bregante, como a ocho cuabras del puente de Barranco. En este lugar conversé con el coronel Velásquez sobre la importancia de traer más infantería, desde que la artillería había llegado a ese lugar. Le previne tenerle como 1.200 hombres de avanzada al frente con tales y tales órdenes. Después de esta conversación el coronel Velásquez con sus ayudantes avanzó a buscar un lugar donde colocar sus cañones.

A las 12:40 p. m. -agrega el mismo jefe- encontré nuevamente al coronel Velásquez, inmediato a la casa de los miradores y me dijo:

-Tengo colocada la artillería en una posición que serán barridos los enemigos; los voy a arrollar. ¡Ayúdeme Ud. para que dejen obrar la artillería si nos volvemos a batir, y verá Ud. entonces...».

Las seis baterías de campaña de los capitanes Flores, Nieto Ortúzar, Fontecilla, Besoain y Montauban quedaron así avanzadas un poco temerariamente cuatro o cinco cuabras adelante de nuestra infantería.

Aquella misma noche (la del 14) se habían practicado por la caballería y especialmente por los cazadores divididos en pequeños pelotones, exploraciones en diversos sentidos. Uno de éstos al mando del alférez don Carlos F. Souper guiado por el capitán Mac Cucheon, que de corresponsal de un diario neoyorquino había pasado a ser oficial y práctico en el estado mayor del ejército de Chile. El capitán norteamericano conocía apenas la comarca de Lima; y después de haber vagado en los campos y en los senderos de Vásquez cubiertos de cadáveres sableados por los chilenos en la mañana del 13, grupos siniestros que ponían espanto a los caballos en la oscuridad, se dirigieron al amanecer hacia las líneas de Miraflores, y estuvieron escuchando un rato sus dianas del despertar, con la pierna echada sobre la crin de los caballos.

Aquellos lejanos toques del alegre clarín matinal serían los postreros que oiría en ordenadas filas el ejército peruano antes de dispersarse en míseras montoneras, y Souper regresó a su campamento sin más novedad que el sacrificio de un tierno potrillo que, muerta la madre peruana en los combates de la víspera, se puso a la siga de su caravana; y como relinchara a cada instante, dos soldados se bajaron de sus caballos y después de enlazarlo, de un sablazo lo mataron.

En la mañana del 15 continuaron con mayor actividad las exploraciones, y mientras los plenipotenciarios charlaban de paz y bebían té en la tienda del general en jefe, en las avanzadas se daban a mansalva de balazos.

«A eso de las nueve de la mañana -dice un oficial peruano que a esas horas estudiaba el campo con sus gemelos desde la línea de Miraflores- mirábamos con el antejo las llamas que rodeaban a un edificio del Barranco, en cuyo mirador flameaba una bandera francesa, cuando presenciamos un incidente de avanzadas. Como antes hemos dicho, la vía férrea está costeadada como a una cuadra de distancia por una tapia, detrás de la cual había fuerzas nuestras emboscadas. Pues bien, de detrás de unas casitas blancas, dos jinetes primero, enseguida tres y a corta distancia dos, salieron de un bosquecito que se extiende en el frente, como a mil metros del reducto número 2, y avanzaron por el terraplén de la vía férrea. Los que nos rodeaban los notaron igualmente; más al ver la seguridad con que se dirigían a Miraflores cesó toda sospecha. Sin embargo, se detuvieron un momento como para reconocer el terreno, y sólo después de algunos minutos emprendieron de nuevo audazmente su marcha. De súbito parten repetidas detonaciones y los jinetes huyen al triple galope de sus caballos. Nos dirigimos al instante al lugar de donde habían partido los tiros. Cuando llegamos a él vimos a unos soldados en posesión de un caballo que conducían en triunfo; uno se había ya calzado un par de medias botas amarillas y otro enseñaba una polquita de mujer que decía ser del difunto. Efectivamente, a uno de los lados del terraplén de la vía férrea, se hallaba tendido un sargento chileno con el cráneo atravesado por un balazo y el pecho por dos. No sabemos de dónde salió un mataperros como de 13 años que nos enseñó triunfante su cartera, su retrato y un pañuelo blanco, en cuyo fondo estaban bordadas dos manos entrelazadas: «¡Pobre mozo, probablemente estaba de novio!».

Entre tanto, la conferencia diplomática de que tenemos dada prolija cuenta en el capítulo precedente estaba terminada.

Daban las doce del día y el ejército entero, conforme a lo vagamente convenido con los representantes neutrales, emprendía un movimiento general de avance hacia los últimos parapetos del ejército del Perú.

A esa hora las posiciones y movimientos de las diversas fracciones del ejército de Chile, eran los siguientes:

La división Lagos, la más avanzada desde la víspera, se tendía en línea de batalla frente a las líneas de Miraflores, a retaguardia de nuestra artillería de campaña, protegida a más por el 3.º, cubriendo el espacio comprendido entre la línea férrea y el barranco del mar la brigada Barceló, y uniéndose hacia su derecha, es decir, hacia el oriente, a la brigada Urriola (Navales y Aconcagua).

Un poco a vanguardia de la primera posición de estas fuerzas y en unos potreros abiertos que pertenecían a don Aurelio García y García, el coronel Velásquez había colocado con rapidez sus cañones, y hacía situarse en la cima de un molino de viento allí vecino a su

ayudante el capitán don Juan Brown Caces para que le informara minuto por minuto de los movimientos del enemigo. El mismo subía con frecuencia a la azotea de la casa-quinta de García y García, y con su antejo recorría ansiosamente los horizontes, oyéndole sus ayudantes exclamar a cada paso: «¡Nos atacan! ¡Nos atacan!». El coronel Velásquez fue el Argos de la batalla de Miraflores, y si se hubieran seguido sus inspiraciones, se habría perdido tal vez un poco de gloria pero se habría ahorrado torrentes de generosa y malgastada sangre.

Pocos minutos después y haciendo el diligente jefe de estado mayor de la 3.<sup>a</sup> división las mismas observaciones desde una de las torrecillas de la casa de cinco miradores, dirigía por escrito al jefe de su división, que en esos instantes se hallaba a retaguardia, el siguiente significativo y alarmante aviso:

«A las 12 y media p. m.

Desde un mirador de la casa italiana observo que el enemigo refuerza apresuradamente su línea; veo llegar infantería y caballería; el tren acarrea fuerzas, conviene venga inmediatamente la división, disponga US. lo que guste.

J. E. Gorostiaga».

A eso de la una del día se hallaban por consiguiente, frente a frente del enemigo, separados por un espacio de cuatro a cinco cuerdas (unos 600 metros) más o menos unos tres mil chilenos, infantes y artilleros, distribuidos más o menos en la forma siguiente, por el orden de su antigüedad y de su formación, contando desde el barranco del mar:

Regimiento Concepción, comandante Seguel 665  
Batallón Caupolicán, comandante Canto 416  
Batallón Valdivia, comandante Martínez 493  
Regimiento Santiago, comandante Fuenzalida 872  
Regimiento Aconcagua, comandante Díaz Muñoz 1000  
Batallón Naval, comandante Fierro 870

El Concepción se extendía hasta los arrecifes cortados a pico del océano y cerraba así nuestra línea por su extremidad izquierda.

Todas esas tropas se hallaban guarecidas tras de una muralla, excepto dos compañías del Concepción mandadas por los capitanes Fierro y Villar Eyzaguirre que quedaban a descubierto en una loma árida encima de la playa.

La reserva, mandada siempre por el intrépido comandante Arístides Martínez, había llegado a esas horas a la altura del Barranco y allí se había tendido en línea de descanso sobre las armas, esperando órdenes.

A ruegos del coronel Velásquez, el 3.º de línea se había adelantado un tanto para cubrir sus cañones demasiado avanzados sobre el enemigo.

La caballería, Granaderos y Carabineros, se guarecían también tras los muros calcinados por el fuego de aquella malaventurada población.

Al mismo tiempo, y por órdenes expresas del general en jefe, tomaban las armas las divisiones Lynch y Sotomayor, y escalonándose sus numerosos cuerpos por la trocha de la vía férrea y por el polvoroso sendero de callejones que corre a su costado, como el camino real en el ferrocarril del Sur de Chile, avanzaba simultáneamente para tomar su colocación de combate, la primera en el centro y la segunda en su extrema derecha. El regimiento Esmeralda (comandante Holley) quedaba en la Escuela de cabos custodiando a los enfermos y a los prisioneros, y el Bulnes desempeñaba a esas horas en Chorrillos el humilde oficio de enterrador de muertos.

Descontadas estas mermas, dieciocho mil chilenos avanzaban en esos instantes sobre Lima, resueltos a adueñarse de ella sin que nada ni nadie fuera poderoso a sujetarlos.

El general en jefe, acompañado del estado mayor, se adelantaba en esas mismas horas a ocupar su puesto y era recibido en lo más avanzado de la línea por los coroneles Lagos y Velásquez que le daban cuenta de la situación y de sus alarmas.

El jefe de estado mayor de la 3.ª división comandante Gorostiaga había enviado a su inmediato superior repetidos avisos sobre los movimientos del enemigo, y uno de éstos por escrito, según ya vimos, a fin de cubrir su responsabilidad.

Una compañía del Santiago, destacada temprano de vanguardia al mando del entusiasta capitán don Pedro Pablo Toledo, natural de Renca, había sido recibida a balazos (en pleno armisticio) y se había hecho preciso reforzarla con otra compañía del Santiago, a las órdenes del capitán Monroy, soldado burdo pero valiente que murió más tarde asesinado en Lima, y otra del Aconcagua que condujo el capitán ayudante don Augusto Nordhenflicht, quien en aquel día ofrecería a su patria el tributo de su sangre esclarecida.

Esas tres compañías quedaron toda la mañana tendidas en guerrilla cubriendo el frente de la brigada Barceló que se extendía desde los rieles a la playa. Desde aquella parte, el camino de hierro de la estación de Chorrillos no se separa de la playa más de 900 a mil metros, de modo que el viajero que recorre aquella planicie tiene siempre a su vista el mar, desde que avista a Miraflores. Miraflores es el Miramar del Perú.

Sólo cuando pudo dominar desde aquellos parajes con su anteojo la árida planicie que en forma de hondonada separaba las posiciones del ejército, o más propiamente de la 3.ª división, de las que servían de parapeto y de cortina al ejército peruano, pudo darse cuenta el general en jefe de que aún quedaba por acometer, antes de penetrar a Lima, objetivo de la campaña, una ardua jornada.

Cualquiera que fuese el valor moral de las tropas peruanas, en todas partes arrolladas, sus postreras defensas eran a la verdad formidables y muy superiores a las de San Juan y de Chorrillos, porque eran unidas, compactas y científicas.

Las líneas de Miraflores formaban un verdadero campo atrincherado semejante a los usados por los romanos en la guerra de las Galias, porque sus ingenieros habían sacado ventaja de todos los perfiles naturales y artificiales del terreno. En su extensión de cerca de dos leguas formaban una serie de fuertes tendidos en la llanura, y por consiguiente eran éstos mucho más peligrosos que los reductos colocados en alturas, porque no sólo es difícil flanquearlos sino casi imposible dominarlos desde que toda la zona de combate carecía de relieve. Fuera de esto, los tiros rasantes de las bocas de fuegos, rifles, cañones y ametralladoras, colocadas a flor de tierra son mucho más mortíferos que los disparos perpendiculares de las alturas destinados por lo general a herir en las extremidades a los combatientes que pelean ascendiendo. Una bala lanzada en esa proyección, si no toca al individuo, se entierra inerte e inofensiva en el suelo, al paso que en la llanura los proyectiles barren todo su campo de tiro sembrando la muerte en toda la profundidad de su trayectoria.

Por otra parte, el enemigo se mantenía completamente invisible y sólo se tenía noticia de sus movimientos por los avisos del capitán Brown constituido en vigía y que de cuarto de hora en cuarto de hora anunciaba la llegada de un tren con tropas o pertrechos a los parapetos. A su vez, el coronel Velásquez había fatigado los caballos de sus ayudantes haciéndolos correr a media rienda al cuartel general dando aviso de aquellos movimientos y repitiéndoles en cada ocasión su convencimiento de que iban a ser atacados en aquel mismo día. El capitán Toledo daba asimismo cuenta desde su acecho de vanguardia, que con la vista desnuda veía a los soldados enemigos abrir portillos y aspilleras en todo su frente, conociéndose aquella operación por el polvo que las barretas levantaban al penetrar en los gruesos adobones.

La fuerte línea peruana se extendía ocho o diez cuadras al frente de Miraflores por el espacio de dos leguas, más o menos, como la de San Juan, entre el alto e inaccesible barranco del mar que por el poniente le servía de reparo hasta los cerros de Vásquez, estos últimos erizados de minas y provistos de cañones de calibre, servidos por la marinería, y teniendo a su espalda sucesivamente las altas baterías del San Bartolomé y del San Cristóbal. Los peruanos habían ido a buscar asilo a su miedo hasta en las nubes.

Cada ochocientos o mil metros, aquella línea desigual, que seguía la dirección de las paredes de los potreros irrigados, separándolos del eriazo u hondonada del Barranco y de las chácaras de la pampa, estaba interrumpida por un reducto de sacos de arena de siete a ocho hileras de elevación, con un ancho foso lleno de agua por el frente, escarpa y contra escarpa para resistir a los cañones de batir y provistos por la parte interior con una serie de escalinatas proporcionadas a las tallas de la tropa, para que ésta pudiese herir sin ser dañada y aun sin ser vista. El más poderoso de aquellos reductos estaba colocado sobre una eminencia a cincuenta metros de la playa y era el que a fines de diciembre los peruanos habían bautizado por su ubicación y su recuerdo con el nombre de Alfonso Ugarte. Era ésta una fortaleza completa, de forma circular, ejecutada para resistir el ataque de una escuadra, y esta armada, además de varias ametralladoras, con dos cañones Rodman de gran calibre

extraídos de las baterías del Callao. Aquel reducto era la torre de Malakoff del Sebastopol peruano.

La prolongada cortina, más o menos accidentada, que se extendía hasta el paso de los rieles estaba armada de trecho en trecho con cañones Grieve fundidos en Lima y sería defendida en aquella jornada por las tropas del coronel Cáceres que apenas habían peleado en San Juan, pero no en Chorrillos.

Al estrellarse los parapetos de la defensa en un solo punto convergente con la vía férrea y la vía carretera, las obras de fortificación se redoblaban. Los peruanos habían querido levantar allí sus Termópilas, y aquellos dos pasos estaban cortados por trincheras, fosos y un fornido muro en forma de media luna denominado reducto número 2».

En esa parte, las líneas de tapias se esquivaban violentamente hacia el nordeste en dirección más recta a Lima, de modo que la fuerza de resistencia presentaba allí un ángulo o codo en que los fuegos se cruzarían, rechazando todo ataque por el flanco y por el centro. No menos de once cañones guarnecían a trechos esta segunda cortina, y a última hora había sido fortificado a su espalda, según vimos, el caserío histórico y macizo de la Palma y colocándose dos cañones Krupp de montaña arrastrados desde San Juan en la antevíspera, para barrer a metralla la línea férrea. Los fuertes así escalonados en una línea transversal de sudoeste a nordeste eran ocho en número, y a su espalda, a manera de ciudadelas de segunda línea, los ingenieros Arancibia y Gorbitz habían erigido, aprovechando generalmente viejos edificios o huacas indígenas, gruesos reductos de protección. Contando con éstos, los reductos de Miraflores llegaban a doce, y para juzgar de su resistencia formidable e imponente en muchos casos, bastará estudiar las fotografías que de ellos tomó el artista Spencer después de las batallas.

«Estos últimos fuertes -dice un corresponsal de la prensa de Valparaíso- tenían dos y hasta tres fosos concéntricos, gracias a ocupar algunas eminencias que dominaban las cercanías. Tras el foso exterior se levantaba una fuerte palizada con muralla de tierra que estaba destinada a servir de resguardo a 500 u 800 tiradores. Éstos, en caso de apuro, podían replegarse hacia el interior del fuerte por un camino cubierto que corría a lo largo de la palizada, y ocupar la siguiente, que dominaba a la primera y que estaba a la vez defendida por un nuevo foso. Por último, tras el tercer foso se levantaban los gruesos muros de la obra principal, coronados de cañones, de ametralladoras y de fusileros, todos los cuales podían hacer fuego sobre los asaltantes al mismo tiempo que los de las trincheras bajas, y, después de tomadas éstas, volarlas por medio de enormes minas de dinamita preparadas en diversos sitios, sin dejar de seguir acribillando a balazos a los que salvaran de las tremendas explosiones».

Indudablemente era aquél el sitio más recio de las defensas enemigas, y el que costaría más sangre dominar. Lo mandaba el coronel Suárez.

Se internaba más hacia el oriente a 800 metros de distancia del ferrocarril y del camino público el reducto número 3, a cuyo pie se encontraron algunos cañones de gran calibre que aún no habían sido montados, y así enseguida, de distancia en distancia, las ocho baterías o baluartes de sacos de arena que hemos descrito, hasta tocar en los cerros de Vásquez en un paraje llamado Calera de la Merced que había sido minado con dinamita para atajar en esa dirección el paso de los invasores. Por lo general las minas de Miraflores no eran automáticas como las de San Juan sino de comunicación eléctrica, y fue fácil a los soldados, como en Arica, precaverse de su estrago cortando los alambres con sus yataganes. Se distinguió en esta tarea hasta recibir dos graves heridas el generoso y valiente voluntario don Arturo Villarroel, rey de la dinamita.

Los batallones de la reserva habían sido colocados al abrigo de los fuertes por su orden numérico, confiándose a los soldados de línea y especialmente a los artilleros la defensa de las cortinas. La Guardia Chalaca, reserva del Callao, al mando del coronel don Carlos Arrieta, ciudadano de prestigio en aquella población y jefe de su octava zona, había sido instalada en la confluencia de los dos caminos junto con el batallón de línea llamado de Marina, que no era sino la antigua columna Constitución encargada de suministrar guarniciones militares a los buques de la armada. El capitán de navío Fanning, hombre de honor y buen marino, que había comenzado su carrera a la par con Astete en 1845, y que en la guerra con España era capitán de corbeta, mandaba aquella tropa que allí dio pruebas notorias de valor y disciplina.

Los batallones de la reserva que en su hora entrarían al fuego, estaban escalonados en el orden siguiente dentro de los fuertes: El número 2 (la numeración de la reserva era par, a fin de distinguírsela de la del ejército) en el fuerte Alfonso Ugarte, al mando de su comandante el coronel don Manuel Lecca, apreciable comerciante de Lima, y como su gente perteneciese casi en su totalidad al comercio de trapos y al por menor, las espirituales limeñas les habían puesto por sobrenombre el batallón «holan batista»... De igual manera denominaban «batallón Detente», al que mandaba un hermano de monseñor Roca, y al cual había distribuido este ciertos escapularios de la Virgen con esa piadosa y conocida inscripción: «¡Detente!».

El número 4, comandante Ribeiro, compuesto de gente de la prensa y de curiales, ocupaba el fuerte número 2, y el número 6, que en ese día instalado en el reducto número 3 al mando del ingeniero de Tarapacá La Colina y del diputado Sánchez. El batallón número 8, comandante Ribero, se batió comparativamente bien, y estos cuatro batallones fueron los únicos que tomaron parte en la batalla. Todas estas fuerzas caían bajo el mando directo del coronel Cáceres, cuya fortuna no se había eclipsado todavía.

La izquierda de combate en Miraflores como en San Juan estaba a las órdenes del petulante pero humillado Dávila, que en ninguna parte había sabido morir sino bravear.

Más allá de esa agrupación de combate, se habían guarecido dentro de los fuertes, hasta la chácara de Quirós, que queda al oriente de Lima, como la de la Providencia en Santiago, doce batallones de la reserva mandados por su general en jefe Echenique, hombre de intriga, y su jefe de estado mayor Tenaud, hombre de azúcar, que allí sería el macho cabrío de la cobardía y del infortunio de sus compatriotas. El parque general a las órdenes del

coronel Mariano Bolognesi, hermano menor del de Arica, se hallaba situado en la chacara de Limatambo, a retaguardia de la línea y en el camino de la Palma a Lima.

Los peruanos, en su segunda línea, reforzada por la reserva de Lima y del Callao, presentaban una fuerza balanceada en número a la de sus atrincheramientos de San Juan. Exageración del entusiasmo o de la parcialidad aparte, cosas repudiadas por la historia, quedará en adelante establecido que ambos beligerantes se batieron con fuerzas equilibradas en San Juan y en Miraflores. En Chorrillos, al contrario, la desproporción de los chilenos fue enorme, porque veinte mil de éstos rodearon como en un corral de piedra a mil quinientos derrotados.

En cuanto al aspecto general de la campaña en que iba a librarse en breves horas sangrienta lid de sorpresa, de arrebato y carnicería, el lector no ha podido menos de verla desarrollarse en panorama a sus ojos, en razón de las analogías caseras que hemos ido trazando. Pudiera decirse, sin forzar demasiado el blando declive de la perspectiva mucho más majestuosa en la comarca de Santiago, que las líneas de Miraflores estaban tendidas respecto de Lima en las chacaras de Subercaseaux y de Ochagavía, gemelas en potreros, en viñas y en batallas, cortando la última los rieles y el camino que conduce al sur.

«Forma el valle de Lima -dice a propósito de estos perfiles gemelos un escritor que se ha hecho notorio por su brillante talento descriptivo- un triángulo irregular cuya base corre casi de oriente a poniente a lo largo del Rimac por el norte en una extensión de más veinte kilómetros, es decir, cuatro leguas y media, teniendo en sus lados unos diecisiete kilómetros. Esta última más o menos es también la distancia que separa a San Juan y Chorrillos de Lima.

Toda la superficie de terreno abarcada por este espacioso triángulo no ofrece casi puntos salientes que puedan servir de mira para orientarse respecto de la situación de las diversas localidades. Hay de cuando en cuando algunos pequeños montículos esparcidos entre Lima y Miraflores, pero tan bajos, que sólo llegan a descubrirse a algunos pasos de distancia. Parecen formados por los pulverizados restos de antiguas poblaciones indígenas o por las huacas donde los súbditos de los antecesores de Piérola sepultaban devotamente las momias de sus antepasados. Pero su color arenoso los hace perderse entre el conjunto del terreno, y no alcanzan a alterar la uniformidad de la planicie.

Ésta aparece, pues, sin más accidente que las trincheras y revueltas tapias de los callejones, de los caminos, de las huertas y de los potreros; y en cuanto a las fortalezas levantadas de oriente a poniente desde Miraflores hasta Ate, aun a poca distancia se confunden sus escarpas y explanadas con las líneas de tapias que por todas partes y en todas direcciones lo circundan.

En todo aquel espacio no se levantaba una sola tapia que pudiera dar abrigo a los asaltantes. El terreno, aunque tan fértil sin duda como el de los alrededores de Chorrillos y de Barranco, no está cruzado por acequias ni tapias, porque su pedregosa superficie lo hace completamente inútil para las labores agrícolas.



Sería de creer, en vista del aspecto que ofrece aquella estrecha zona, que por ella ha pasado en remotos años un caudaloso estero, o que en alguna inusitada tempestad lluviosa se descolgó desde los cerros de Tebes copiosa avenida que fue a descargarse en el mar por aquel punto, socavando el barranco que bordea los últimos potreros del pueblo de este nombre. A lo menos todas las demostraciones inducen a creerlo así. Aquella faja de terreno, desde su nacimiento hasta el principio del barranco, está cubierta de menuda piedra de río que forma casi una capa sobre el legamoso terreno.

En algunas partes, sobre todo en las más cercanas al camino real y a la vía férrea, se utilizaba años atrás la piedra con el objeto de pavimentar las calles de Lima y el Callao, y todavía quedan de trecho en trecho en todo lo ancho de la hondanada multitud de montecillos de esa piedra, preparados para echarlos a las carretas que los conducían a Lima. Estos montecillos tienen casi la altura de un hombre, y no son de formas redondeadas sino ovals o cuadrilongas, como las parvas que se forman con el trigo después de sacarlo trillado de la era.

Como es natural, no presentan regularidad alguna en su formación. Por el contrario, están separados uno de otro por diez o doce metros de distancia en los puntos en donde se hallan en mayor número, y a medida que se avanza hacia el interior de la hondanada se presentan más separados y menos numerosos, existiendo muchos en forma de irregulares y recién comenzados montones o simples agrupaciones de piedras.

La sola vista del campo de batalla no hacía más que aumentar la vacilación y los temores. No había allí, como en San Juan y en Chorrillos, elevados morros que indicasen la natural colocación de las tropas enemigas; no se divisaban las anchas y extensas trincheras que coronaban las cumbres y unían las abras y portezuelos, y hasta las tropas mismas, ocultas tras de las interminables tapias, no hacían otra ostentación de sus movimientos, como momentos antes de romperse los fuegos.

La mirada abarcaba sólo una extensa planicie, sembrada de árboles, de casas y de potreros, que al frente se extendía por un lado hasta los suburbios del lejano Callao, cuyos torreones dibujaban en el horizonte sus rojizas siluetas, y por el otro hasta las negras y confusas masas del San Jerónimo y del San Cristóbal, a cuyos pies dejaba ver coquetamente Lima sus misteriosos encantos, velados a medias por umbríos sotos que ocultaban a nuestra vista sus desconocidas bellezas. A nuestra izquierda moría el valle en las barrancosas riberas del océano, mientras que por la derecha se alzaban, en primer término las empinadas cumbres del San Bartolomé, resguardado a sus pies por los cerrillos de Vásquez y de Valdivieso, y en segundo, allá por el fondo de Ate, las primeras serranías que sirven de contrafuertes a las excelsas cumbres de los Andes».

Un detalle importante olvidó, sin embargo, el escritor paisajista en su bien colorido cuadro, y fue el de un puente bajo y descalabrado, al parecer de construcción española, que en el fondo de la hoyada del Barranco servía al tráfico del camino carretero sobre aquel cauce.

Ese viaducto de uno o dos arcos es el camino carretero de Lima a Chorrillos lo que el del zanjón de la Aguada al de Santiago a San Bernardo.

Tal era el aspecto del campo, de la estrategia, de los aprestos y de la defensa de los peruanos, cuando a eso de la una y media de la tarde llegaba el general Baquedano por el terraplén de la vía férrea, y conducido como de la mano por el coronel Lagos visitaba la brigada Barceló sólidamente establecida tras un largo muro desigual en dirección y en altura, entre los rieles y los arrecifes de la costa.

El generalísimo del campo peruano había ejecutado igual operación con algunas horas de anterioridad recorriendo desde las 11 de la mañana sus líneas hasta Vásquez; de suerte que en el momento de que hablamos, se reposaba sentado a la mesa con todos sus ayudantes y acompañado de los almirantes Stirling y Du Petit Thouars y del comandante Sabrano, almorzando espléndidamente, servido por aseados mayordomos chinos, en el suntuoso comedor del banquero Schell. Consistía éste en una construcción semi oriental, cubierta de paredes y techumbre de vidrios de colores, a manera de conservatorio, con plantas trepadoras y vívidas flores en todas direcciones. El dictador del Perú no había hecho, como el Cid, el juramento de no comer pan a manteles antes de sacudir el yugo de su patria.

Al contrario, y al parecer tranquilizado sobre la situación, comía con buen apetito y departía con su natural animación con aquellos huéspedes extranjeros que el destino parecía haber enviado a aquel sitio para ser testigos y rectificadores de uno de los sucesos más graves, más dramáticos y contradictorios de las guerras modernas.

Se coloca aquí la explicación del episodio de aquella visita no poco singular en el campo peruano en tales horas, y brevemente vamos a estamparla llenando un vacío y una promesa de esta relación. Persuadidos los jefes de las estaciones navales del Pacífico que Lima caería irremisiblemente en manos de los chilenos, y temerosos de que una parte de su población recibiera el cruel castigo de Chorrillos y el Barranco, que a esas horas todavía ardían iluminando el horizonte, se resolvieron en la media noche del 14 al 15 trasladarse del Callao a Lima para ofrecer sus servicios a la desgobernada ciudad y a sus infelices pobladores. Tenían aquellos generosos extranjeros atestados sus buques de familias asiladas, y querían ahora extender su amparo a las menos favorecidas, estableciendo a su costa en Ancón un asilo provisional bajo tiendas formadas con el velamen de sus buques para las que no cupiesen a bordo. Pero querían previamente obtener el permiso necesario y el servicio libre del tren de Chancay.

Se dirigieron con este motivo los dos almirantes y el comodoro italiano antes de amanecer el día 15 a golpear a la puerta del obsequioso ministro de la República Argentina señor Uruburu, y le rogaron los condujese a la presencia del gobierno, si es que tal cosa a esas horas existía en Lima.

Juzgando que los ministros estuviesen constituidos en permanencia en instantes de tanta angustia para la patria, los ilustres marinos fueron a golpear a la puerta del palacio y lo encontraron vacío. Nadie respondía. Al fin se levantó de mal humor un portero, y requerido, fue a buscar al ministro Calderón que dormía en su casa a buen recaudo. Y mientras llegaba, paseándose por los solitarios y tenebrosos corredores que presenciaron la

matanza del primer Pizarro, el almirante de Francia con su honrada ingenuidad bretona exclamaba de vez en cuando alzando sus ojos al cielo: «¡Mon Dieu, mon Dieu! ¡Quel pays!, ¡quel pays!...».

Al cabo de una hora, se presentó en su despacho el soñoliento ministro de relaciones exteriores, y escuchando la humanitaria proposición de los marinos, les contestó con brutal enfado que aún no estaban vencidos para aceptar asilos y que en todo caso sería el dictador y no él quien podía autorizar aquel éxodo de la población indefensa y femenina. Para este fin ofreció dar un pase libre a los tres nobles extranjeros, y éstos, haciendo acto de magnanimidad, consintieron en ir por el primer tren a Miraflores.

Y de aquí su entrevista y su almuerzo en el palacio de verano del generalísimo.

Como para aumentar la solemnidad de aquella situación que llevaba a ser testigos y casi mártires de una terrible conflagración a los representantes de la mitad de Europa, llegaban a esa hora y por un segundo tren los miembros del cuerpo diplomático empeñados en ofrecer a Piérola su concurso y su aliento en las miras de paz de cuya iniciativa y desarrollo en el capítulo precedente dimos cuenta.

Los diplomáticos hacían antesala en consecuencia en el salón de la quinta Schell, aguardando que el dictador y los almirantes terminaran en paz su colación.

Había sido la última turbada en más de una ocasión por extraños y siniestros anuncios.

Poco después de servido el primer plato por los cocineros del Celeste Imperio, se había presentado azorado en el comedor el comandante general de la 1.<sup>a</sup> división de la reserva don Dionisio Derteano, y solicitando hablar al dictador le hizo saber, en presencia de los almirantes, que los chilenos invadían por todas partes la planicie que se extiende delante de los atrincheramientos y coronaban las alturas opuestas de aquella hondanada, albergándose al amparo de sus tapias. Le replicó el generalísimo dando por testigos a los almirantes, que se calmara, que en el armisticio aquel movimiento quedaba consentido, y que por lo demás tenía allí, en su propia mesa, a los representantes de las naciones que habían intervenido en aquel pacto y le servían de garantes.

Regresó Derteano con esta respuesta a las líneas, situadas, según hemos dicho, un cuarto de legua a vanguardia de la aldea de Miraflores; pero no había desaparecido todavía entre los árboles aquel primer emisario de la alarma, cuando llegaba a toda brida un ayudante, despachado de diversa parte de la línea, a anunciar al jefe supremo que los chilenos avanzaban en masa sobre su frente y sus flancos.

Era probablemente que a esas horas el Naval y el Aconcagua tomaban posiciones delante de los rieles.

Le dio igual respuesta el dictador, si bien un tanto enfadado por el apremio, y prosiguió su apetitoso almuerzo.

El generalísimo se mostraba completamente tranquilo. Aguardaba y comía.

Todavía otro ayudante de campo llega con alarmantes mensajes, y esta vez el dictador, positivamente incomodado y casi colérico por la insistencia, rehúsa recibirlo. Su edecán de servicio, el comandante Jaimes, se encargó por él de contestar que no había cuidado.

Era aquel el primer momento en que el general Baquedano después de inspeccionar la línea ocupada por la brigada Barceló, satisfecho de su actitud y acompañado por el coronel Lagos, atravesaba los rieles hacia el oriente y visitaba el campo sembrado de potreros en que debían acampar la primera y la segunda división. El general en jefe, completamente dueño de la situación, avanzaba seguido de sus ayudantes y de los del general Maturana con el guión del cuartel general a su espalda. Distaría en esos momentos cinco cuabras al oriente de los rieles y sólo tres de la línea que en esa altura guarnecía el batallón Riveiro, compuesto de estudiantes, gente impresionable. Y es preciso confesar que era aquella acción asaz imprudente de su parte, porque casi era una provocación.

El general en jefe del ejército chileno creía, sin embargo, usar de un lícito derecho y se sentía, por lo mismo, completamente tranquilo:

«Si no se someten esta noche a las doce -acababa de decir al coronel Lagos- mañana esos caballeros amanecerán rodeados como en Sedan. Barbosa romperá el fuego por su retaguardia, antes de amanecer y U. y la escuadra los envolverán por su derecha. Todas las medidas están tomadas».

Hacía pocos momentos, en efecto, que se había separado del general en jefe el contralmirante Riveros, después de haberle manifestado su plan para circunvalar por mar y tierra a los peruanos si, como estaba estipulado, Piérola no podía en sus manos las llaves del Callao que eran las llaves de Lima; y regresaba ahora, siempre confiado en el pacto de la mañana, hacia el sitio que ocupaban con la artillería los jefes Velásquez y Wood en los potreros de García y Bregante. Impaciente por su inercia y agitado de vehementísimas sospechas, el comandante general de la artillería le había rogado en dos o tres ocasiones le permitiese hacer fuego sobre las trincheras que tenía al frente; pero el general se limitaba a contestar: «¡Armisticio! ¡Armisticio!».

Poco más tarde, comprendiendo que se hallaban expuestas sus piezas sin la suficiente infantería para su reparo, rogó aquel mismo jefe al coronel Lagos solicitase el envío de un regimiento, y el último regresando y con sonrisa irónica le replicó: «¡Hombre, no quieren por lo del armisticio!...».

En general los militares habían mirado con profundo y mal disimulado recelo aquellas idas y venidas de los hombres de corbata blanca cuando no pocos de ellos vestía todavía túnicas raídas y polvorosas, manchadas a trechos de generosa sangre. Ni Lagos ni Velásquez se engañaron.

No habían pasado sino unos cuantos minutos desde la doble acción que como las unidades del drama antiguo hemos descrito en un sólo anfiteatro, en la quinta de Schell y en la hondonada del Barranco, cuando estalló de una manera fulminante la más horrenda, tenaz, carnífera e inexplicable batalla de los anales militares de la América del Sud.

Cuando el general en jefe del ejército de Chile se dirigía de regreso de la extrema derecha de la división Lagos hacia su centro, es decir, al punto en que cortaban aquella en dos trozos los rieles, se sintió de repente una rápida crepitación de fusilazos y enseguida, con intervalo de algunos minutos, un fuego tan horrísono y nutrido de toda la línea enemiga, que hubiese parecido la ignición súbita de un ancho reguero de pólvora acumulado en hondo foso.

La batalla de Miraflores iba a comenzar por una sorpresa intentada, o por lo menos, dirigida por los vencidos de la víspera al general vencedor, que confiado en su estrella y en su pujanza, recorría por la última vez sus líneas de batalla, casi a tiro de pistola de las del enemigo.

Las avanzadas del batallón número 4 de la reserva, o según otros las del de Marina, que estaba en su cercanía, habían roto el fuego sobre el grupo a cuya cabeza se columbraba con la vista desnuda desde las líneas peruanas la apuesta figura del general en jefe, notable por su bizarro caballo y su traje de campaña, en que resaltaba el pantalón garance y los bordados de su silla.

La batalla de Miraflores, como el primer pecado, comenzaba por una tentación.

## Capítulo XXX

### La batalla de Miraflores

Cuando en la mitad del memorable 15 de enero de 1881 (día sábado) a la manera de súbito y subterráneo trueno estalló a los pies de los desapercibidos regimientos chilenos el fuego de la sorpresa, si bien no de la traición, se hallaban entregados los últimos a la confianza y a las más pacíficas tareas de los campamentos. Prevalecía en los ánimos el sentimiento de seguridad que inspiran al pecho del soldado el hábito de la victoria y la convicción del amilanamiento del enemigo. Les parecía a los soldados que ya habían sacado su tarea, como en la siega o en la arada nativas, y que sólo les faltaba el bullicio, el premio y el botín de la era y la cosecha que eran Lima. Se hallaban por esto entregados a la tarea manual de

los mil menesteres de su rancho, que en algunos de sus cuerpos comenzaba a hervir bajo la leña de los incendios y el hocico de los chinos. El tercer regimiento, bravo y merodeador por excelencia, se hallaba en ese momento encorvado sobre un campo de repollos, y como en las fiestas de los galos, cada uno traía sobre su kepí, a manera de turbante, los verdes pámpanos de aquella fresca menestra, grata a la marmita y que en el Perú pondera Garcilaso. Por lo mismo, el Aconcagua, el regimiento más sediento del ejército, como que el nombre de su tierra parecería significarlo, llenaba en esos precisos momentos sus caramayolas en un estanque vecino, dejando arrimadas sus armas.

El campo chileno estaba más de fiesta que de vigilia, y mientras los soldados en los enjutos lomos de las tapias con sus piernas perezosamente suspendidas hacia las líneas enemigas, charlaban contemplando risueños el afán de los últimos, más como un espectáculo curioso que como un peligro.

«Se había visto moverse -dice haciéndose cargo de esta precisa situación el general Maturana en su parte de la acción- en el campo enemigo gruesas masas de tropas de un lado a otro. Se había notado que el ala derecha peruana avanzaba hasta ponerse en son de combate muy cerca de nuestra línea. Se habían observado diversos trenes que llegaban del lado de Lima, conduciendo considerables refuerzos. Pero todos estos movimientos, que en realidad eran los preliminares que hacían presumir una gran batalla próxima, se habían atribuido al natural empeño del enemigo de prepararse para el combate del siguiente día, en el caso de que las negociaciones entabladas no dieran resultado, o bien sólo a una maliciosa ostentación de fuerzas y de posiciones formidables para obtener ventajas en el ajuste de las condiciones preliminares de que se trataba».

El día estaba medio nublado hacia la cordillera, luminoso en su cenit, abierto al ocaso, si bien son pocos los que en la guerra se cuidan de los efectos misteriosos del cielo y aun de las perspectivas de la comarca. La naturaleza es una especie de accesorio de la marcha, de la jornada o la batalla, y el soldado hambriento como la bestia exhausta que cabalga, sólo contempla los campos y los admira únicamente en virtud de la vista las mieses que viene a talar.

En obediencia a esta ley muda de los seres, muchos de los oficiales se habían esparcido en todas las fincas de la vecindad, y uno de ellos que era a la vez cirujano y soldado, el valiente y patriota mayor Martínez Ramos, ayudante del coronel Lagos, acababa de ensartar un pavo con su espada, después de haberle hecho alegre autopsia para asarlo en rústica fogata, cuando resonó el clarín de alarma que tocaba a tropa y a las armas. Los chilenos pelearon con rabia en Miraflores porque pelearon con hambre, así como el heroísmo incomparable de Tarapacá había sido en gran manera la no saciada desesperación de la sed.

A causa de todo esto, acontecía que cuando a manera de torbellino de plomo sacudió las paredes que cubrían nuestros regimientos el fuego compacto y atronador de la línea peruana, nada excepto los férreos pechos de los chilenos, estaba listo para la emergencia.

«La confusión fue indescriptible en los primeros momentos -exclama con este motivo un corresponsal que presenciaba de cerca aquel contraste-, desde que nadie esperaba un ataque antes de la expiración del armisticio.

Los ayudantes de campo y del estado mayor corrían en todas direcciones, siendo blanco de las balas enemigas, a comunicar las órdenes de sus jefes.

Los proyectiles formaban una nube compacta; de todos los fuertes de la línea de Miraflores, de las baterías de la Magdalena, del San Bartolomé, los cañones tronaban vomitando metralla. Trenes artillados recorrían toda la línea férrea y adelantaban disparando sus piezas de grueso calibre donde quiera que se veía gente nuestra.

No encuentro palabras para pintar aquel cuadro aterrador. Cada altura del terreno semejava un Vesubio de fuego, cada trinchera semejava una inmensa lava de plomo hirviente que con horrendo estrépito amenazaba envolver a nuestro ejército.

Las balas de rifle, cual interminable e infinita faja de langostas, oscurecían, podemos decir sin hipérbole, el espacio, cayendo en medio de las tropas que acudían en demanda de sus armas o avanzaban por el angosto callejón.

El bronco estruendo de la artillería se confundía con los agudos toques de los clarines y cornetas, el estrépito de las herraduras en el pedernal, el sordo ruido de los carros de municiones y pesados cañones de campaña, relinchos de los caballos, las voces de mando de los jefes y oficiales.

Y todo aquel cuadro quedó envuelto en el humo de la pólvora, en el espeso polvo que levantaban las caballerías, formando un revuelto torbellino».

Según lo tenemos recordado, a esa hora (las dos y media de la tarde), sólo la brigada Barceló se hallaba definitivamente formada en el espacio comprendido entre los rieles y el mar al abrigo de las altas tapias de las chácaras y potreros del Barranco, el Concepción apoyado a la playa; en pos del Valdivia, más a la derecha el Caupolicán y junto a la vía férrea el invicto regimiento Santiago, baluarte del ejército de Chile en aquella batalla, como el Buin lo había sido en San Juan. La brigada Urriola, despojada en esa coyuntura del Bulnes, que recogía heridos y muertos en Chorrillos, y del Valparaíso incorporado a la reserva, sólo podía presentar en línea el batallón de Navales y el regimiento Aconcagua, unos mil trescientos infantes escasos, y aun el segundo batallón del último regimiento, apenas saciado de su sed, comenzaba a entrar en línea conducido por el jefe de estado mayor de la 3.<sup>a</sup> división don J. E. Gorostiaga y el mayor don Julio Argomedo, ayudante favorito del coronel Lagos, cuando comenzó el fuego. Y como los peruanos estaban contemplando este despliegue con la vista desnuda y casi al alcance de la voz natural, hay motivos para vacilar en decidir sobre si fue la presencia del general en jefe y de su vistoso grupo o el avance del Aconcagua por los rieles al llenar el claro que quedaba entre el Santiago y los Navales, lo que determinó la inesperada arremetida del campo de Piérola.

Calmada la sorpresa del primer momento, y escuchada en todas las filas la voz poderosa del coronel Lagos, que a galope señalaba a cada cual su puesto, comenzó el combate con resolución admirable por parte de los seis cuerpos de la 3.<sup>a</sup> división, destinada a sobrellevar durante larga hora todo el peso del combate. El primer soldado que sucumbió en desigual y súbita refriega pertenecía al Concepción, y se llamaba Amador Jara, de la compañía del capitán Fierro, de Talcahuano, que formaba al descubierto sobre una loma a orillas del Pacífico. Y como una muestra de la admirable serenidad que reinaba en el espíritu de los jefes, se ordenó parar los fuegos, porque muchos creyeron, y entre éstos el general en jefe, que la violación del armisticio provenía sólo de una mala inteligencia de los peruanos. Al propio tiempo, era excusado prodigar el fuego contra un ejército invisible cuyos soldados habían recurrido a la estratagema de colocar sus kepís sobre los morros para fingir una línea de batalla imaginaria, mientras que, rodilla en tierra, fusilaban a sus adversarios por las aspilleras. La mayor parte de los cuerpos peruanos, según se observó más tarde, no tenían sus municiones en sus cananas y morrales sino en verdaderos rimeros, como la fruta veraniega de Chile, en el suelo, y así se explica la extraordinaria actividad del fuego y que las balas corrieran, según el decir de nuestra gente, «a ponchadas».

Duró la pausa del fuego en la línea chilena unos pocos minutos, si bien los artilleros no cesaron en realidad de disparar por elevación a su retaguardia sobre los parapetos enemigos.

El único hombre que no había sido tomado de sorpresa en aquella hora suprema era el coronel Velásquez, de suerte que pudo responder con rápido vigor al cañón enemigo. El mayor Frías arrastró la batería de campaña del capitán Ortúzar hacia la izquierda y comenzó a batir el fuerte Alfonso Ugarte a poco más de mil metros de distancia en la línea recta. El mayor Gómez hacía otro tanto en la derecha con la batería Nieto y en el centro se mantenían como dentro de un castillo los capitanes Flores, Besoain y Montauban bajo el mando personal del coronel Velásquez.

La artillería del regimiento que había llevado desde Santiago el comandante Wood se dividía asimismo en dos mitades, mandando una sección de campaña aquel valeroso jefe y otra el mayor Perales, mientras que las piezas de montaña eran distribuidas por igual acierto por derecha e izquierda mandadas por sus jefes González y Herrera.

Se hallaba por tanto la espalda de la 3.<sup>a</sup> división cubierta por una verdadera muralla de bronce, cuyos claros vino a llenar pronto la brigada de montaña del mayor Jarpa (baterías Von Keller y Ferreira) que llegaron de Chorrillos al trote largo de sus mulas, poco después de roto el fuego.

Pero si nuestra infantería, escasa en número, se hallaba espléndidamente sostenida de frente en esa sección, no lo estaba menos por su izquierda, no obstante los mortíferos fuegos de la fortaleza Alfonso Ugarte.

En esa ala los cañones de la escuadra comenzaban a hacer prodigios, y nos aseguraban la victoria.



Fondeados o sobre sus máquinas se encontraban, con su proa al norte desde el amanecer y por previa combinación, frente a la rada abierta de Miraflores, que es la misma de Chorrillos, nuestros buques artillados con piezas de mayor alcance, según antes dijimos, y en el orden siguiente de batalla, con sus costados a tierra por el norte, el Huáscar mandado por el bravo Condell, el Blanco buque almirante, la O'Higgins, capitán Montt, y el diminuto Toro, capitán Asenjo.

La Pilcomayo se había dirigido en la mañana al fondeadero de Chorrillos conduciendo al almirante Riveros llamado por el general en jefe, cual antes vimos, para combinar el plan de la batalla.

No había regresado todavía el último, cuando se sintió el ruido lejano del cañón y comenzaron a llegar hasta Chorrillos los proyectiles enemigos. En tal emergencia, el capitán don Carlos Moraga que mandaba aquella cañonera, de su propio albedrío rompía los fuegos y hacía señales a sus consortes para ejecutarlo por su parte. En esos propios instantes el almirante Riveros llegaba a la escala del muelle de Chorrillos, y embarcándose a toda prisa marchaba a tomar su puesto en el Almirante Blanco y a dirigir la batalla en la parte que ésta tenía de naval. Y fue tan eficaz la última que los vencidos de Miraflores encontraron una fórmula para cohonestar su fracaso: «Nosotros vencimos al ejército de tierra, han dicho los peruanos, pero su escuadra, a su vez, nos derrotó a nosotros».

Durante dos horas largas nuestros buques, que habían comenzado el fuego sólo diez minutos después del asalto de los peruanos, dispararon no menos de 357 proyectiles, en esta forma: 40 el Blanco con sus cañones de proa, 93 la O'Higgins, 101 la Pilcomayo y hasta El Toro jugó dieciséis veces su pequeño cañón de proa. En cuanto al Huáscar, situado a más de cinco mil metros de la orilla para aprovechar el campo de tiro de sus grandes piezas, batía toda la línea peruana hasta cerca de Vásquez, de tal manera que una de sus formidables bombas cónicas, penetrando por el muro de un lejano reducto, mató al estallar sesenta a ochenta de sus defensores.

Los 4.500 infantes del coronel Lagos peleaban de esta manera como emparedados dentro de un muro de fuego, al paso que por su ala derecha eran si no invulnerables, invencibles, desvaneciendo de lleno este sólo argumento de hecho las opiniones insensatas que habrían querido prescindir de la cooperación de la escuadra, cuando la escuadra en la victoria y el fracaso, en el campamento y en la marcha, era nuestro más sólido sostén.

Mas no acontecía lo mismo por desgracia en nuestra extrema derecha, aislada más allá de los rieles en la abierta pampa de Miraflores. Por una singularidad del destino, les había tocado a los bravos si bien demasiado impetuosos Navales formar allí, como en el Campo de la Alianza, el ala derecha de una línea poco protegida, y como en aquella tenaz batalla, fueron también a estrellarse no sólo con un frente de batalla sino con un codo fortificado del enemigo, que por la disposición de las tapias que lo guarnecían en aquella parte tenía tropas en tres direcciones, además de numerosos cañones, entre los reductos número 3 y número 3.

Cupo por consiguiente a aquellos entusiastas soldados la parte más riesgosa y más débil de la jornada, y aunque mandados por heroico jefe y animosísimos oficiales, más de una vez

fue fuerza que flaquearan y aun que retrocedieran junto con el Aconcagua. No menos de siete arremetidas hicieron hacia el fondo del barranco que lo separaba de la línea enemiga, hasta que su bandera cubierta de balas fue plegada sobre los cadáveres de un largo tercio de sus defensores:

«Siete veces -exclama con la sencillez del verdadero valor su comandante don Francisco Javier Fierro, distinguido oficial de ingenieros, hijo de un soldado de la independencia-, siete veces vaciló y aún cayó la bandera del pabellón: fueron otros tantos brazos, otros tantos hombre, que heridos o muertos, caían viviendo a Chile».

Hubo un momento en que el denodado mozo que esto cuenta, secundado allí briosamente por su jefe de brigada que con el pecho de su caballo sujetaba a los dispersos, enterraba su espada en el suelo y gritaba a sus soldados. ¡De aquí nadie pasa!, y exclamando: «A vencer o morir», los encaminaba otra vez a sus puestos. Los Navales habían contado en sus filas sólo tres muertos y seis heridos en la doble jornada del 13, pero en Miraflores sucumbió casi la mitad de su gente, quedando en el campo 62 muertos, 226 heridos y a más 12 oficiales, tres de ellos muertos: ¡total 300 bajas, enorme pérdida para un simple batallón! Ninguno de los regimientos alcanzó a ese número.

Durante los primeros tres cuartos de hora de la batalla, se había mantenido el coronel Lagos a caballo al pie de coposa higuera en el centro de la línea de combate. No vestía ese día, como Osorio en Maipo, su tradicional manta blanca, pero montaba su más corpulento y ágil caballo de batalla, un hermoso animal colorado, manchado de blanco sin ser overo, que más tarde adquirió fama en el Acho toreando los novillos del Perú, exactamente como su amo había toreado a sus soldados en los campos de batalla. Y era tal la profusión de las balas, que el frondoso árbol perdió en pocos minutos su follaje y sus retoños, podados por el plomo, cubriendo sus verdes ramas al jinete y su bridón. ¿Por qué no fueron aquellas hojas laureles?

Eran las tres de la tarde y el jefe de la 3.<sup>a</sup> división, gran soldado de Chile y héroe de aquella terrible sorpresa, sacando su reloj se daba cuenta de que aún estaba sólo como Lynch en Santa Teresa. Pero se mostraba tranquilo porque de todos los puntos de la línea de combate sus animosos ayudantes le traían noticias satisfactorias. Los peruanos disparaban como locos contra muros de tierra que el valor chileno había trocado en granito.

Pero pocos minutos después de las tres, llegaba a escape un ayudante del coronel Urriola (el capitán Fontecilla) anunciándole que la izquierda flaqueaba, y aun que el enemigo comenzaba a salir de sus trincheras dando alaridos de victoria. Era el batallón de marina que notando la dispersión de los chilenos por su frente, salía del reducto número 3 con su bravo comandante el capitán de navío Fanning, para completar su victoria en esa parte capital del campo de batalla que era el centro chileno.

El regimiento Aconcagua y el batallón Naval, habían sido en efecto rechazados en una de sus tentativas para ganar terreno, y como prueba de su bravura y de su infortunio, los

últimos habían dejado materialmente ensartados en las bayonetas del batallón de marina al subteniente don Ramón Lara, un niño hijo de un capitán de Yungay y digno de él. En esos momentos eran también herido para morir en breve el capitán Pedro Dueñas, tipo acabado del soldado caballero y del naval porteño, sacrificado por su patria a los 26 años de edad. El capitán Dueñas tenía en sus venas la sangre de los Carreras, y como ellos acabó temprano la suya.

Comprendió el coronel Lagos el grave peligro que corría su izquierda, y despachó inmediatamente a su animoso ayudante Martínez Ramos y al emisario Fontecilla a pedir refuerzo a la reserva, situada unos pocos centenares de metros a su retaguardia, el Valparaíso adelante, los Zapadores más a retaguardia y el 3.º, custodiando la artillería de campaña en diversas direcciones. Cuatro compañías de este cuerpo habían marchado, como en Chorrillos, al mando de su segundo jefe el fornido comandante Castro, hacia la orilla del mar para proteger al Concepción y al Caupolicán, es decir, nuestra extrema izquierda.

Se habían mantenido estos cuerpos, desde que comenzó el fuego, en columna, echados en los potreros al reparo de las tapias, pero las bombas peruanas solían caer en sus filas matando algunos soldados. Traía esto inquieto y desazonado al pundonoroso comandante Marchant que recorría a caballo sus filas alentándolas con su palabra y su admirable serenidad; de suerte que cuando sonó la corneta que daba la señal de avance, un murmullo de alegría resonó en todas las hileras, e inmediatamente, al toque de trote y seguido de los ágiles Zapadores, lanzó aquel noble jefe su tropa en columna por los rieles.

El despliegue de aquellos dos regimientos fue tan hermoso como carnicero en su pujante acometida. Llegaban en hora oportunísima porque reemplados los peruanos por las vacilaciones de nuestra izquierda, comenzaban a sacar de sus atrincheramientos sus mejores tropas en pos del batallón de marina, y fue en este avance, único de la guerra después del de la antevíspera en Chorrillos, cuando los soldados mataron a bayonetazos al imberbe Lara que no quiso recular. Peleaban así los Navales del Callao contra los Navales de Valparaíso, y era precisamente un regimiento de este nombre y de este pueblo el que venía a decidir la sangrienta liza con su paso.

El Valparaíso con su sola presencia desbarataba, en efecto, la primera ventaja de los peruanos, de suerte que la valerosa vanguardia de los últimos dejó la llanura sembrada de sus gorras cuadradas de vivos encarnados. Su jefe el coronel Fanning quedó con ellos, y caudillo por caudillo, rindió allí su nobilísima vida el comandante Marchant, traspasado su ancho pecho por tres balas que a un tiempo le postraron para levantarle en la fama y en la gratitud de sus compatriotas. El comandante, ascendido a coronel por la posteridad, caía de bruces sobre los rieles, cuando avanzaba a la carrera no obstante su hercúlea corpulencia, y vomitando cuajos de sangre en el acto espiraba.

Tomaba el mando del cuerpo en ese momento crítico su segundo jefe el bravo comandante La Rosa, y haciendo subir un corneta a la grupa de su caballo, hacía avanzar su línea tocando ataque y calacuerda.

«Poco después de la caída del comandante -escribía aquel jefe a uno de sus capitanes que había venido herido a Chile- el centro de fuego del enemigo hizo volver a varios de los

nuestros que con otros de distintos cuerpos se retiraban u ocultaban a orillas de las tapias; en vano era que les ordenara reunirse y atacar, porque no era obedecido; los momentos eran angustiosos y podían traer funestas consecuencias. Felizmente se me ocurrió tomar un corneta y hacerlo subir a las ancas de mi caballo, ordenándole tocara ataque y gritando a la tropa que ya el enemigo corría del fuerte que teníamos al frente, el cual nos había causado muchas bajas. Animando a la tropa y gritando mucho más, reuní como ciento cincuenta hombres, y cargando sobre el enemigo le hicimos desalojar el fuerte y corrimos hasta el pueblo de Miraflores, en donde tomé varios prisioneros. Allí reuní como seiscientos hombres de distintos cuerpos y varios oficiales que andaban sueltos, a los que di mando en dicha tropa, y nos dirigimos en busca del enemigo, que ya principiaba a huir en todas direcciones. Entre los oficiales de mi cuerpo que me acompañaban se encontraban el señor Pérez, ayudante Ramos, Puerta de Vera y Escala; de otros cuerpos recuerdo al mayor Solís, del Aconcagua, capitán Gacitúa, del Quillota, y muchos otros que no conozco por sus nombres, pero que al día siguiente me felicitaban por haberlos tomado a mis órdenes».

Por su parte los Zapadores, arrastrados por su impetuosa carga, fueron a estrellarse al pie de los parapetos enemigos, entre el 1.º y el 2.º reducto, y allí una bala disparada a boca de jarro hería mortalmente a su jefe el valiente comandante don Guillermo Zilleruelo, haciéndole girar largo trecho a la manera de veleta sobre sus talones, tan recio fue el golpe que de cerca le atravesó el rostro a la altura de los ojos.

La reserva en Miraflores, semejante a su acción en San Juan, salvaba la crisis, «el movimiento sicológico» de la contienda, y esta vez era la división Lynch la que, a su turno, llegaba con atraso a cubrir el frente de batalla que le había sido designado.

Aquella dilación provenía de causas múltiples, algunas dolorosas y otras ineludibles, que no estaban a cargo de los jefes, sino de la situación, del terreno y de la sorpresa.

Dejábamos, en efecto, a las dos de la tarde marchando la división Lynch en orden de regimientos por el flanco, la brigada Amunátegui adelante, seguida de la maltratada brigada Martínez, y en pos de ambas, la división Sotomayor destinada a cubrir la extrema derecha de la línea de batalla. Las dos brigadas de la última se hallaban separadas. Gana estaba en Chorrillos con el Buin, el Esmeralda y el Chillán, y allí se quedó. Barbosa con el Lautaro, el Curicó y el Victoria que venía de San Juan, contramarchó de la medianía del camino que unía estos dos puntos por ir a cubrir nuestra derecha.

La marcha de Lynch por la trocha de los rieles y por los callejones que forman la carretera de Chorrillos era de suyo lenta y pesada por la hora y el calor; pero cuando sobrevino el apremio del fragor del combate que llegaba con espantoso aparato de la vanguardia, se hizo angustiosa. Por marchar más aprisa se cansaban los soldados, y se rezagaban. Muchos de aquellos cuerpos diezmados en Chorrillos habían peleado siete horas y no habían recobrado del todo su aplomo y solidez en el reposo, es decir, en el sueño y el alimento, de suerte que

no era raro ver grupos que se ocultaban en las zanjas y quiebras del camino o tras los muros.

De allí los sacaban los oficiales a planazos y se vio al mismo coronel Lynch hacer uso de su sable para escarmentar algún cobarde.

Una circunstancia fatal, imprudente y casi culpable vino todavía a convertir aquella situación en un peligro serio de confusión y conflicto, porque notando que las piezas de campaña del comandante Wood habían agotado sus municiones, alguien les dio orden de retirarse hacía retaguardia para municionarse y esperar órdenes.

Aquella medida era completamente innecesaria porque parecía mucho más acertado traer las municiones para los cañones que llevar éstos a las mulas. Por otra parte, a pocos pasos de la posición en que el comandante Wood se había batido con tanto denuedo, recibiendo extraña herida en su costado de una bala de rifle que destrozó la guarnición de marfil de su puñal de monte, se encontraba la casa-quinta de García y García, y a su abrigo era fácil colocar aquellas baterías. Se hallaba el edificio rodeado de huertas y altas paredes, y a la sombra de sus plataneros estaban echados en la hierba los comisarios de Inglaterra y Francia, los comandantes Ancland y Le Leon, departiendo alegremente con el comandante Stuen, cuando sobrevino el fuego. El prudente británico se había levantado, y tomando su caballo, había corrido a retaguardia perseguido por las balas y exclamando: «This begins to look rather serious».

No imitaron esta cautela los artilleros del primer regimiento, porque sin tomar en cuenta que todo el ejército venía avanzando a esas horas por el camino real, se metieron en sus veredas de vuelta encontrada, produciendo el doble efecto de causar indescriptible confusión en las filas y de desmoralizar la gente que veía, sin podérselo explicar, retroceder la mejor parte de la artillería. Se agregaba a esto que la caballería, estacionada desde que comenzó el combate al reparo de las murallas de Barranco y en sus calles, había recibido a esas horas orden de avanzar hacia el frente, lo que aumentaba la confusión y el desorden, dando a los revueltos y angostos callejones por cuyo centro avanzaba el ejército el aspecto de un campo en derrota.

«En este momento -dice, en efecto, hablando de aquella crítica situación el comandante del Atacama- se producía un gran desorden y alarma. Por el callejón que conduce a Chorrillos aparecen gran número de caballos que vienen desbocados y atropellan a los atacameños. Algunos venían montados por las cantineras o mujeres que acompañaban al ejército, que gritaban que estábamos derrotados. (Estos demonios no han servido en la campaña sino de estorbo; no han sido útiles para nada; sólo sirven para desmoralizar al soldado e inducirlo a cometer faltas. Jamás debe permitirse la presencia de mujeres en un ejército en campaña). Los gritos de las mujeres y niños que lloraban y eran arrojados de sus cabalgaduras; el tropel de los animales que arrojaban sus cargas atropellando todo en aquel angosto callejón; el fuego del enemigo que aumentaba a cada momento y que principiaba a causarnos algunas bajas; las detonaciones que producía la explosión de algunas granadas que reventaban a nuestra inmediación; la caballería nuestra que luchaba contra aquella corriente para pasar adelante, producía un efecto desmoralizador y terrible entre los soldados que impasibles observaban aquel desorden. Nunca los atacameños dieron mayores pruebas de

disciplina que en aquellos terribles momentos. Y mientras tanto nadie venía a comunicarme orden alguna y nadie entre nosotros tenía idea de cuál fuese la posición del enemigo.

Ordené al regimiento que se apoyase contra la muralla a fin de dar paso a la caballería, que demoraba tanto en pasar.

Al fin vino un ayudante que me dijo de orden del general en jefe que marchase al trote a ocupar la derecha de nuestra línea. Y ¿cuál era la derecha de nuestra línea? El ayudante tampoco lo sabía».

Al fin, luchando con todo género de obstáculos, derribando tapias, saltando acequias de regadío y avanzando siempre diagonalmente hacia la derecha para dejar campo expedito a la formación de sus diversos cuerpos, el coronel Lynch llegaba una hora después de rotos los fuegos a su línea de tiro y lanzaba al frente, como de costumbre al regimiento mártir del ejército, al valeroso 2.º de línea, mutilado en todas partes, en Tarapacá, en los Ángeles, en Tacna, en Chorrillos, pero siempre a la vanguardia y esta vez a las órdenes de su bizarro comandante don Estanislao del Canto, soldado cabal y cumplido como el acero de su cinto. Y en pos del 2.º marchó corriéndose a la derecha el Atacama, y sucesivamente el Talca, el Colchagua, el Chacabuco, mandado este último ahora por su tercer jefe el mayor don Julio Quintavalla. Pero, a la manera de esos maderos que echados en la hoguera por una de sus extremidades van rápidamente consumiéndose, a medida que se les empuja hacia el fogón, así aquellos cuerpos, recibiendo de lleno en su marcha de flanco el fuego de la fusilería y de la metralla de la línea enemiga, se arremolinaban, costando inauditos esfuerzos a sus oficiales mantenerlos en línea. Por manera que aquellos maltratados regimientos, sin faltar a su deber ni a su consigna, no marchaban con sus antiguos bríos al asalto. Un soldado del Colchagua se arrastró fatigado hacia donde el coronel Lagos tomaba medidas enérgicas para sostener la batalla en toda su pujanza, y con voz dolorida le gritaba: «Mi coronel, estamos derrotados». «¡Fusilen a este miserable!», fue la única respuesta del enojado capitán, y desde este momento dio orden a sus ayudantes que a quien volviese cara, fuese coronel o tambor, lo matasen.

No cesaba, por lo que se habrá observado en el desarrollo de esta singular batalla, el peligro gravísimo de que el enemigo desbordase nuestra izquierda, como desde el primer momento había demostrado intentarlo, y al contrario, corrida hacia la izquierda mucha de su gente de su derecha que huía del terrífico fuego de la escuadra, se reforzaba así por sí sola su línea frente a aquella ala de la nuestra en que éramos comparativamente más débiles.

El mismo Piérola lo había comprendido así, y por esto, dejando su derecha al mando de Suárez y de Cáceres, había ido a situarse en el centro de su izquierda, más allá del reducto número 4.º, donde, preciso es recordarlo también, no llegaban las balas.

Contemplaba desde allí el generalísimo el aspecto total de la batalla, y como el viejo Carvajal en Xaxijaguana podía cantar el estribillo de los cabellicos desde la primera hora del combate. En el campo que miraba a su frente distinguía, aun sin el uso del anteojo, que

grandes masas chilenas se acumulaban al pie de las lomas y se alistaban para flanquear su débil izquierda.

Era, en efecto, la brigada Barbosa, que reforzada por la Artillería de marina, por el batallón Melipilla y la brigada de artillería Emilio Gana, se aproximaba por órdenes expresas y perfectamente concebidas del general Baquedano, según en su lugar veremos, a decidir la batalla en esa dirección, ya que por la extrema derecha no tenía nada que temer.

Se dio cuenta al generalísimo peruano de lo serio de aquel peligro, y mandó avanzar fuertes guerrillas a su frente, ordenando a su propia escolta y a los lanceros de Torata, es decir, a toda su caballería (unos quinientos jinetes) que cargase.

«De repente -exclama un oficial peruano, aludiendo a esta carga en masa de la caballería peruana a fondo sobre nuestra derecha- de repente vimos a nuestra izquierda levantarse una gran nube de polvo: 'Nuestra caballería carga!', oímos decir, y todas las miradas se dirigieron ansiosas hacia una masa como de 200 caballos que salvó al galope unos mil metros del camino que conduce a San Juan. Se detuvo el grupo súbitamente. Dos o tres jinetes se desprendieron de él y se pusieron a hacer tiros de revólver.

La polvareda nos impidió ver más».

La situación en esa altura de la batalla y en esa ala era, al menos aparentemente, crítica, porque los que peleaban en el centro ignoraban que Barbosa estaba allí a su espalda, para prestarle su fornido brazo en el momento oportuno. Pero una maniobra tan acertada como heroica evitó al fin aquel riesgo en esa parte, un tanto remota del campo de batalla.

«Fuerzas peruanas -dice el coronel Lynch en su parte oficial al general en jefe- en número considerable trataban de envolver nuestra ala derecha; pero en ese momento me mandaba US. el regimiento Coquimbo, que al mando de su jefe el comandante don Marcial Pinto Agüero, se formaba en batalla en medio de las balas enemigas, y desfilando con la izquierda a la cabeza que dirigía su bravo y pundonoroso jefe, entró en línea con precisión admirable y sostuvo el avance que por ese frente hacia el enemigo apoyado por artillería de grueso calibre que tenía en los fuertes y por una columna de caballería que amenazó nuestra derecha».

El Coquimbo llegaba así en su hora histórica, y como en Maipo y en el Campo de la Alianza salvaba el día; porque los que vieron su despliegue en el fragor de la batalla aseguran que fue una cosa asombrosa, como si hubiera sido ejecutado al son de corneta en un día festivo en el campo de parada.

«El Coquimbo -refiere de sus nobles hechos un narrador de la batalla- recibió a eso de las cuatro de la tarde orden de abandonar la posición que ocupaba, escalonado frente a la izquierda enemiga y de marchar a contener su atrevido movimiento.

El comandante Pinto Agüero dio entonces la orden de desplegar el regimiento en guerrilla, yendo el primer batallón a las órdenes del capitán ayudante don Artemón Arellano y el segundo a las del mayor don Luis Larraín Alcalde. Siete compañías formaron línea frente al enemigo, y la 4.<sup>a</sup> del 1.<sup>o</sup> que iba a quedar sumamente retirada del centro, a causa de la extensión de la guerrilla, hizo un cambio de frente avanzando la derecha, por lo que formó ángulo recto con el regimiento y cogió al enemigo de flanco. Este despliegue lo ejecutó el Coquimbo con tanto lucimiento y buen orden, como el más veterano de nuestros regimientos de línea.

Enseguida rompió sus fuegos con suma viveza, y bien pronto el combate se hacía encarnizado y terrible. Al ver la marcha decidida e incesante del regimiento chileno, el enemigo contuvo su avance como asombrado de que se hubiera puesto tan oportuno atajo a su oculta maniobra, y parapetándose tras las innumerables tapias de los potreros, hacía fuego de mampuesto por las aspilleras, perfectamente resguardado contra los tiros de nuestros soldados.

Se continuó entonces el fuego en avance, y lanzando a una el tremendo grito de: «¡Viva Chile!»; avanzó el Coquimbo como furioso torrente, saltando tapias, atravesando potreros, arrostrando impávido los innumerables disparos de los peruanos, rivalizando en ardor los oficiales con la tropa y los dos jefes con sus oficiales.

El enemigo, impotente para resistir el impetuoso ataque del bravo regimiento chileno, aterrado por el hermoso aspecto que presentaban aquellas ordenadas filas, acobardado por el estoico valor de sus atacadores, no reparó en que éstos avanzaban a pecho descubierto y que él se hallaba parapetado tras de invulnerables trincheras. Abandonando las primeras tapias que lo guarecían, huyó cobardemente a las segundas, no sin que muchos soldados fueran alcanzados por las balas del Coquimbo.

Los fugitivos abrieron desde aquí nuevamente nutrido fuego aumentado por los cuerpos que tras de ellas se encontraban ocultos, y de nuevo principiaron a hacernos terribles bajas».

El novicio Quillota venía en pos del Coquimbo conducido por su valeroso jefe, el comandante don José Ramón Echeverría que en su rostro marcial, animado de varonil sonrisa, marcaba a sus bisoños soldados la confianza de los veteranos. Con admirable intrepidez se precipitaba aquel pequeño batallón, que sólo en esa mañana había desembarcado en Chorrillos, llegado de Pisco donde había estado cerca de un mes de guarnición. Recibido a balazos por los propios nuestros que equivocaron su traje de brin sucio con el de los peruanos, más con la galana bizarría del primer fogueo, a la voz de su segundo jefe el valiente Daniel Ramírez, avanzaron los denodados quillotanos como los toros de sus valles hasta los parapetos enemigos, perdiendo un número considerable de



jóvenes y valientes soldados y entre ellos al capitán don Pragmacio Vial, mozo de grandes esperanzas, natural de Melipilla de cuyo banco era cajero, puesto que abandonó por el honor de morir por su patria como los Santa Cruz y los Serrano de su pueblo.

Es de oportunidad advertir aquí que la mayor parte de nuestros cuerpos pelearon en las batallas de Lima con sus trajes de parada, aprovechando el envío de veinte mil uniformes recientemente hecho desde Europa.

Entre tanto, el efecto de la carnicera batalla era a esas horas cruelísimo y general en toda la línea.

«-¡Qué fuego se hacía allí! -exclama una relación peruana, hablando del reducto número 1 de su izquierda.

¡Qué cantidades de plomo vomitaban los Remington!, ¡qué sangre fría y desprecio por la muerte mostraban algunos jóvenes, cuyas manos habríamos querido estrechar! Uno que otro, tal es la verdad, levantaba los brazos y jalaba el gatillo; pero muchos también descubrían el busto, apuntaban con sangre fría y disparaban. Algunos graduaban la mira, observaban el efecto de su tiro, y se notaba en su rostro el deseo de centuplicarlos. Una de las ametralladoras colocadas en la cortina del reducto se descompuso, otra hizo fuego hasta el último momento. El oficial que la dirigía daba vueltas al manubrio como si se hubiese hallado en un simulacro.

Eran, entre tanto, las cinco de la tarde. Se veía a los chilenos avanzar más y más entre el reducto número 1 y 2; el fuego no era ya tan sostenido por nuestra parte; las municiones se agotaban.

Si hubiéramos recibido tropas de refuerzo -añade en esta parte el narrador peruano-, si hubiera habido municiones en abundancia; (y las había de sobra) si quienes tenían el mando superior de las tropas tendidas entre Velásquez, Quiros y los Perales, hubieran tenido un momento de inspiración; si éstos hubieran acudido, parte a sostener nuestra línea desfalleciente y parte a tomar a los chilenos por el flanco, cortando en la dirección de Surco, es evidente que habríamos dormido esa noche en las formidables posiciones que ya sólo tres mil hombres defendían contra un ejército de 15.000 soldados victoriosos de la víspera. Pero el momento terrible se acercaba y ya era un triste presagio de debilidad de nuestra resistencia.

Nosotros mismos, al recorrer de un lado a otro el reducto veíamos la gente no con menos entusiasmo que pocos momentos antes, pero sí agazapada detrás del parapeto, esperando que se enfriase el cañón de sus rifles que, caldeados por un fuego de tres horas, les despellejaba las manos, mientras el enemigo trataba, visiblemente, de interponerse entre los reductos número 1 y 2 y entre el 3 y 4».

Las pérdidas causadas en nuestra derecha a virtud de los fuegos encubiertos del enemigo no podían ser mas dolorosas. En la artillería de campaña, que en toda el ala se batía con vigor extraordinario, habían sido puestos fuera de combate no menos de diez oficiales. Los alféreces Torreblanca, (hermano del héroe de Pisagua y de los Ángeles) Araya, Baccarreza y Errázuriz habían caído en la batería del mayor Frías no lejos del barranco del mar; en la brigada Gómez recibía dos proyectiles el bravo teniente Faz, el mismo que había salvado un cañón en Tarapacá; y el Alférez Toro caía herido en un brazo, en los momentos en que el subteniente Eusebio 2.º Lillo, hijo del ilustre poeta y prefecto de Tacna, era gravemente herido en la batería Besoain.

Casi al mismo tiempo era muerto al pie de los cañones del comandante Wood el teniente León Caballero, nieto de un arquitecto de Santiago, famoso en la colonia, y el alférez Rafael Gaete.

Pero la hazaña del Quillota y del Coquimbo en la extrema izquierda y una animosa acometida de los Carabineros de Yungay que al mando del intrépido comandante Bulnes se presentaron con brillante oportunidad en esa dirección, según habremos de referir más adelante, restablecieron la línea de combate en toda su extensión hasta la altura del 4.º reducto peruano, situado en el centro de su izquierda; y de este modo la batalla que se había mantenido indecisa durante hora y media, entrada ahora en su segunda faz.

«Una hora más -grita el ayudante de la reserva que en diversos pasajes hemos citado-. Una hora más, una hora decíamos, y hacía ya una hora que nuestros soldados disparaban sin cesar.

El ataque de los chilenos se dirigía solamente sobre la derecha de nuestra línea ocupada por la 1.ª división; y el punto a que se concentraba sensiblemente era la extrema derecha, precisamente la que había sido reforzada el día anterior.

Hacía dos horas, sin embargo, que combatíamos y la izquierda no daba señales de vida.

El coronel Cáceres dirigía su anteojo sobre las polvaredas que pudieran indicar tropas en marcha. Refuerzo ninguno. Eran mientras tanto las cuatro de la tarde y el fuego continuaba con gran vivacidad».

Dos horas de porfiada, sangrienta, horrenda lucha librada casi cuerpo a cuerpo, potrero de por medio, y allí los cercados tienen apenas la proporción de un anfiteatro, duraba ya la batalla, y ésta estaba ganada en sus alas y en su centro, a ejemplo de la de San Juan, por los chilenos.

Más que un combate, había sido aquella sorpresa recíproca un pugilato encarnizado y tenaz en que el notorio individualismo del chileno debería al fin triunfar.

El general en jefe, en efecto, recobrado de la emoción natural de su sorpresa y de su violento galope, porque su caballo de batalla herido en un pie se cargó a las riendas en el momento en que casi a quemarropa recibiera la primera descarga de los peruanos, dominaba ahora el campo y la acción general al pie del molino que en la mañana había servido de vigía a los chilenos. El valeroso general Maturana le acompañaba, y en más de una ocasión le hizo decir que allí corría un peligro inminente e innecesario, bastando él para las medidas de detalle que el combate requería a su vanguardia.

Entre tanto, la más viva preocupación del general en jefe no era la suerte de nuestra derecha y de nuestro centro que él veía suficientemente cubiertos. Con su ojo certero de soldado, condición de guerra que nadie se atrevería a negar a aquel caudillo que no sólo no ha perdido una sola batalla sino que jamás ha hecho una falsa maniobra, medía el campo en toda su extensión y se daba cuenta de que sólo siendo atacado vigorosamente por su izquierda podía perderse aquella gran partida prematuramente comprometida.

Los peruanos tenían en esa dirección sus cerros artillados, sus fortalezas inaccesibles de San Bartolomé y de San Cristóbal, minas de calibre, once batallones de la reserva y su caballería intacta compuesta de los Lanceros de Torata, fornidos negros del norte, la escolta del dictador y los restos del regimiento Rimac, unos seis mil hombres en todo.

Pero por fortuna no se movieron, como debieron haberlo hecho y como parecía obvio lo habrían ejecutado si la ruptura de los fuegos en su derecha hubiese sido la señal de una bien urdida traición, y no como en realidad fue una sorpresa recíproca de recíproco aturdimiento.

Pero aquella inmovilidad de plomo que ha hecho a los peruanos acusar de traición a los jefes de esa ala Echenique y Tenaud, dio lugar a que contramarchando a la derecha la brigada Barbosa (en marcha ya hacia Miraflores y en el camino de San Juan a Chorrillos) por órdenes directas del general Baquedano que le llevó el comandante Bulnes, y haciendo largo y peligroso rodeo al afanoso trote de sus regimientos, llegase en la oportunidad debida para sujetar su arranque en ese rumbo. Con la misma sagacidad que inspiró al general en jefe aquella medida, despachó desde el Barranco y por un camino de atravesio la brigada de montaña del mayor Gana que pertenecía a la división Lynch, haciéndola custodiar por el regimiento de Artillería de marina y el batallón Melipilla a través de los campos y de los senderos. Con este refuerzo la brigada Barbosa adquiría la solidez debida y el costado derecho de los chilenos se hacía completamente invulnerable, como su ala izquierda sostenida por la escuadra.

Se coloca aquí por su orden natural uno de los más hermosos y menos conocidos episodios de aquella batalla de episodios: la carga de los Carabineros de Yungay sobre la caballería peruana, en los momentos en que el dictador en persona hacía avanzar los lanceros de Torata y su propia escolta por su izquierda, según antes vimos. El comandante Bulnes, colocado en línea en las calles del Barranco junto con los Granaderos, recibía en efecto orden de ir a galope a rechazar el peligroso avance de la caballería por nuestra derecha, y salvando tapias y potreros, estuvo en pocos minutos en aptitud de obrar.

Los jinetes enemigos se habían hecho invisibles; pero luego se le presentó el valiente coronel don Gregorio Urrutia, jefe de estado mayor de la 1.<sup>a</sup> división que en todas partes prodigaba su vida, y que acababa de ver a su hijo y ayudante suyo caer envuelto en una nube de polvo levantada por una bomba del San Bartolomé. Y este jefe, que había seguido con ansiedad el movimiento envolvente de los peruanos, condujo el intrépido regimiento chileno a un campo despejado donde podía organizarse y cargar. Mas apenas había destacado el bizarro Bulnes una mitad a cargo del teniente don Aníbal Godoy y dado la voz de: «¡carguen!»; huyeron como en todas partes los jinetes peruanos, a todo el correr de sus caballos. Los siguieron de cerca los Carabineros, perdiendo algunos de sus soldados y resultando herido el alférez Sotomayor, y con esta maniobra, la más oportuna tal vez del combate y cuyo honor cupo al general en jefe que la dispuso y a los jefes Urrutia y Bulnes que la ejecutaron, la extrema derecha de los chilenos quedó limpia de enemigos, algunos de los cuales habían osado llegar hasta las casas de San Juan donde tomaron prisioneros tres sirvientes de ambulancia.

Poco después aparecía por esa dirección la brigada Barbosa, y colocando sus doce piezas de montaña el mayor Gana en una cuchilla que Piérola denomina el Cerro amarillo, comenzó a cañonear los batallones de Tenaud. Acabó esto de desmoralizarlos, y de tal modo que cuando el dictador intentaba mover alguna parte de aquella fuerza para robustecer su centro, al llegar a la confluencia del camino de Lima con Chorrillos cuerpos enteros se fugaban hacia la ciudad.

Eran en ese momento las cinco de la tarde y la batalla de Miraflores estaba ganada en toda la línea bajo su faz estratégica y militar.

Faltaba sólo arrojar al enemigo de sus atrincheramientos, y esto sería sólo cuestión de músculo, de bayoneta y de reloj.

Con alguna anterioridad a la altura del combate que hemos venido trazando sólo en sus rasgos más salientes, el coronel Lagos se había apercibido que trabajado terriblemente el enemigo en su flanco derecho por la artillería poderosa de la escuadra y la de tierra que tenía a su frente, comenzaba a debilitar gradualmente el brío extraordinario de su primera hora y juzgó que era llegado el momento del asalto de las posiciones enemigas en toda su línea y especialmente en aquel estado.

Es asunto más digno, más congenial y apropiado al estro del poeta libre y grandioso que al molde helado en que el historiador vacía de ordinario sus juicios y aun sus márgenes, la pintura de aquel cuadro a la vez terrible y pintoresco en que se ve un ejército entero atravesar a pecho descubierto una llanura de fuego contra bien parapetado e invisible enemigo hasta llegar a su propia guarida y sacarlo de ella en la punta de sus armas y arrojarlo de parapeto en parapeto a su completa ruina y su castigo.

El regimiento Santiago, digno del nombre que llevaba inscrito en su bandera, y que durante lo más recio de la pelea había sido como la pieza de resistencia, eje real del ejército colocado en su centro y girando entre la victoria y la muerte en la trocha férrea de la vía que le cupo ocupar, fue el primero, en lanzarse al asalto salvando las altas paredes que lo habían al principio resguardado. El comandante Fuenzalida, no obstante su corpulencia,

había sido el primero en salvar con la espada en los dientes aquella barrera de la muerte, y en pos de él, compañía tras compañía, la del valiente capitán arribano don Carlos Gatica la primera todo el regimiento se tendió en guerrilla en el pedregoso llano. Y como por la interposición de un muro lateral no oyese la voz de: «¡carguen!»; el comandante del segundo batallón don Anacleto Lagos, hermano del general, se trepó a la tapia fronteriza, en que las balas remendaban el silbido del viento y el ruido sordo del granizo, un mozo de corta estatura que ese día despertó la admiración de todo el ejército. Era el cirujano don Rodolfo Serrano, hermano del que sobre el puente del Huáscar habían dejado morir los peruanos con inmisericordiosa indiferencia y del que el día de la víspera cayera a las puertas de Chorrillos acometiendo la ciudad.

Pocas horas hacía que en hombros de soldados y en los suyos había llevado al último a su sepultura en aquel pueblo. Sobre sus manes aún tibios aquel oficial de raza había hecho el juramento de vengarlo. Y para cumplirlo al romperse los fuegos, y mientras el grito de: «¡traición!, ¡traición!»; resonaba en las filas, aquel mancebo, que retirado del cuerpo médico servía ahora de ayudante al coronel Lagos, había ido de hilera en hilera recomendando a los soldados de Santiago (que a la verdad no lo necesitaban) no dar cuartel, y así lo cumplieron. Serrano pertenecía a esa numerosa y escogida legión de médicos-soldados a quienes el absurdo o el favoritismo vedaba el derecho de curar a sus compañeros de armas, y forzados a elegir entre el patriotismo y el ocio, tomaron una espada para ayudarles a matar.

«Todo lo que se diga de la bravura de este oficial -exclama, en efecto, el comandante del regimiento Santiago, que en el elogio es parco, hablando del hermano menor de los Serrano- será pálido comparado con la realidad. Su valentía tornó en locura y se disputaba ser el primero en asaltar las trincheras y animaba a la tropa y la dirigía al lugar de más peligro».

Era este último el puente desbaratado que hemos señalado en el centro del campo de batalla y al cual, para estorbar el paso de los asaltantes, convergían todos los fuegos de las trincheras, fusilería, cañones y ametralladoras. Fue animando a su tropa en ese desfiladero donde sería derribado para no erguirse otra vez sobre su espada que llevaba levantada en alto, el bravo e inteligente capitán Silva del Canto, mozo de estudio que solía ganar su vida en los tribunales de Santiago. Y no lejos de él, junto al cauce, una bala atravesaba de parte a parte el cráneo al subteniente Adolfo Lagos, deudo inmediato del comandante general de la división.

A su turno y ya muy cerca de las trincheras, tres proyectiles herían al comandante Fuenzalida en el pecho y en el brazo, que todavía, después de un año, lleva en banda; pero dejando correr libremente su sangre aquel hombre tres veces heroico, no consintió siquiera en vendarse sino cuando tarde de la noche le obligaran a sentarse en un aposento de la estación de Miraflores para hacerle salvadora cura.

Vestía el regimiento Santiago, como el 3.º, el 4.º y el Caupolicán pantalón rojo en aquel día, y podía trazarse con la simple vista, antes de la recogida de los sepultureros, el itinerario de su obstinado, invicto heroísmo. El mismo Piérola que lo divisaba maniobrar en la hondonada, reuniéndose y dispersándose, al toque de la corneta, preguntaba a cada instante a sus azorados ayudantes: «Quiénes son esos colorados?».

Eran los hijos de Santiago, que ese día tomarían a los peruanos 30 cañones y 12 ametralladoras.

No era menos briosa la acometida del Concepción en su confín. Allí el cauce del barranco que da nombre al lugar se hace invadible cuando la marea penetra por la arenosa playa; pero arrojándose en él con el agua a la cintura, los bravos de Penco acostumbrados a sus caudalosos ríos y precedidos por su jefe atravesaban la hondonada, desalojaban a bayonetazos de unos hornos de cocer teja que tenían a su frente al enemigo, y dejando nobles vidas esparcidas en su itinerario, llegaban a la meta con 106 bajas. Cayó en la carga el juvenil alférez Yusep que había recorrido una buena parte del mundo, y al alzar la cabeza para llamar a un corneta mató una bala al subteniente Claro, niño de 15 años que el día de la víspera había cambiado su jineta de sargento por un galón de honor para morir. Casi mortalmente quedó también herido en el campo el capitán Wenceslao Villar Eyzaguirre, preceptor de escuela de Batuco, mozo en quien el patriotismo era convencimiento y el pundonor guía, como en muchos de los que en su condición sirvieron en la guerra. Terán en el Santiago, Arroyo en el Coquimbo, Vivanco en los Granaderos, Elgueda, subjefe de la escuela superior de Illapel, muerto bajo la bandera del Chacabuco, y muchos otros. Eterno honor sea tributado a estos magnánimos defensores de la patria salidos de la cartilla que enseña y que redime! Bastarían sus nombres para ennoblecer la historia de esta guerra si los colegios y las escuelas de la república no hubiesen enviado su más rico contingente a las batallas. El asilo de desamparados de San José, de Santiago, tuvo por sí sólo once representantes en los campos de batalla.

La arrogancia con que marchó al asalto el batallón Caupolicán, que espaldeaba al Concepción (y a ambos un batallón del 3.º), es de fama legendaria desde que quien lo condujo en lo más reñido de la carga fue su segundo jefe el mayor Dardignac, «el bravo de los bravos». En los primeros momentos, este héroe chileno anduvo en las filas ofreciendo el fuego de su cigarro a sus jóvenes oficiales para sentir los latidos de su pulso, y formádoles enseguida en corrillo, les dijo que si después de la traición que se atribuía al enemigo alguno de ellos perdonaba una sola vida, les pediría satisfacción no como jefe sino como amigo.

El pundonoroso comandante don José María del Canto había hecho salir un momento hacia, y en obediencia a una orden general del comandante Barceló, la compañía de guerrilla del Caupolicán a las órdenes del valiente joven santiaguino don Enrique Bernal de Putron, y al asaltar la tapia que a todos protegía al grito de: «¡Viva Chile!», redoblaba el entusiasmo de los que quedaban.

El teniente de Bernal era el joven don Alfredo Valdés que allí sucumbiría gloriosamente. Uno de los hermanos capitanes Pereira Astorga que pertenecía a aquel cuerpo, caía

también, pero envuelto en la bandera que con arrogancia suma conducía al frente de las filas.

Hecho todo esto, el impetuoso Dardignac, acompañado del valiente voluntario Rafael Penjean, hijo de un honrado mercader de Córcega, y de su fiel asistente Arredondo, bravo muchacho del barrio del Barón en Valparaíso que le llevaba el caballo por la brida, el héroe de La Verde avanzó y avanzó hasta que una bala, despedazándole el hueso de la pierna derecha, le produjo herida mortal a la que sucumbió días más tarde con estoicismo incomparable.

Uno de sus compañeros, el capitán santiaguino don Vicente Palacios, seguido de cerca del teniente Penjean, fue el primero en plantar dentro del fuerte Alfonso Ugarte el pabellón de Chile, y momentos después, entrando revueltos en el recinto soldados del Concepción, del Valdivia y del Caupolicán, tomó el mando de aquella revuelta fuerza el comandante Seguel a quien cupo el honor de la captura como a jefe. Lo seguían por diversos rumbos de la llanura su segundo y tercer jefe Herminio González y Enrique Astorga que allí se mostraron verdaderos héroes. Los capitanes del 3.º Fredes y Novoa, mozos valentísimos, iban también en aquel pelotón de hombres arrojados, tocando la carga un corneta de tiernos años que cayó muerto a su lado. El Valdivia, valerosamente conducido por sus dos jefes Martínez y Rodríguez, había venido sosteniendo aquella fuerza en su heroína carrera, distinguiéndose como siempre en la furiosa carga el capitán Troncoso de la 3.ª compañía; y no lejos de aquellos jefes, se había adelantado solo, o casi solo, el coronel Barceló, comandante general de la brigada, para hacer poner a la escuadra la señal de parar los fuegos.

Iba el impertérrito veterano por la mitad del llano, y reconociendo en el camino real al capitán de artillería Flores que se adelantaba en su caballo blanco, le gritó que se apartara de aquel sitio que la muerte barría con una onda compacta de plomo derretido. Mas no se había apagado la voz de cariñosa advertencia en la garganta del veterano, cuando el más noble adalid del ejército, a la par con Torreblanca y Dardignac, caía atravesado por una bala en su ancha sien. Hemos visto su sombrero de campaña, estilo de la India, y el proyectil homicida tocó sólo el borde de la visera para marcar su fatal paso. A su turno, el coronel Barceló, allí como en Tacna, era derribado por una bala que le atravesó de parte a parte el cuello dejándole, sin embargo, incólume: un verdadero milagro, porque los que le recogieron exánime del sitio, creyeron que no sobreviviría. De las tres columnas del regimiento Santiago, sólo el coronel Lagos quedó en pie en aquella espantosa brega, y así pudo socorrer aquella noche a sus dos amigos. Por la intimidad y la firmeza de estos tres hombres de guerra, un escritor insigne ha llamado pintorescamente la batalla de Miraflores: «la batalla de los tres compadres...».

La voz de la victoria, que es la mágica electricidad de las batallas, comenzó a correr desde esos momentos desde nuestra izquierda, y devolvía la confianza aún a los cuerpos más fatigados por la lucha, el plomo o el cansancio.

«En un grupo de Colchagua -dice una relación de la batalla- había comenzado a cebarse el desaliento.

Por más que los respectivos oficiales animaban sin cesar a su gente -dice el corresponsal Caviedes- nadie quería ser el primero en exponerse a las balas del enemigo, que disparaba desde sólo cinco o seis metros de distancia.

El capitán-ayudante del Colchagua don Adolfo Krug, que iba al mando del primer batallón, estaba ya ronco de animar a su consternada tropa, y al oír uno de los soldados sus voces, se atrevió a decirle:

-¡Vaya, capitán! ¿Por qué no va usted adelante? Entonces todos nosotros le seguiremos.

El capitán Krug aceptó el reto del soldado, y en compañía del capitán del mismo Colchagua don Pedro A. Vivar, que llevaba en la mano una bandera chilena, saltó intrépidamente las tapias, arrastrando con su ejemplo a la entusiasmada tropa.

El capitán Krug llegaba ileso al otro lado de la tapia, a pesar de que una bala enemiga le daba en medio del pecho; pero por fortuna se embotaba el proyectil en el poncho que llevaba terciado, y esto lo libraba de una muerte segura. El capitán Vivar, al contrario, era víctima allí de su temerario arrojo. Una bala de Peabody, penetrándole por la boca, iba a salirle por el cerebro y le producía una muerte instantánea.

Durante toda la batalla había dado el capitán Vivar las más elocuentes pruebas de valor y de serenidad. Su muerte, lejos de desalentar a la tropa, le dio ánimos y excitó sus deseos de vengar la sangre de aquel valeroso oficial que con la espada en una mano y la bandera chilena en la otra había avanzado a una muerte casi segura para señalar a sus soldados el peligroso puesto a que los llamaba su deber.

Todos, con el capitán Krug a la cabeza, asaltaron como un rayo las tapias del frente, haciendo espantosa carnicería en el atrincherado enemigo, que ni aun tuvo tiempo para poner pies en polvorosa.

Entre los oficiales del Talca que se encontraban en el grupo guiado al asalto por los capitanes Vivar y Krug del Colchagua, era herido el capitán don Eneas Fernández Letelier. El proyectil enemigo, penetrándole por el cuello, iba a salirle por la espalda, y le causaba por lo tanto una herida de suma gravedad. El capitán Fernández había marchado hasta entonces a la cabeza de su tropa, alentándola con sus palabras y su ejemplo, y ahora caía al atravesar el angosto callejón que separaba los dos campos contrarios».

Hablando a su vez de las sangrientas peripecias y aun las vacilaciones casi invencibles de su propio cuerpo en aquella revuelta jornada, el comandante Dublé Almeida refiere que en el ángulo de dos tapias en que el Atacama se había taimado en un avance, cayeron sus más nobles oficiales Ramírez, Zorraíno y el bravo, sufrido y memorable coronel Martínez, jefe de la brigada y el Epaminondas de estas batallas gemelas de Chile.



El coronel Martínez había llegado adelante de sus soldados y se había adelantado a reconocer las posiciones enemigas con el impasible y silencioso valor que le era peculiar, hasta unas tapias desmoronadas que tenía a su frente. Se apeó allí del caballo, miró un trecho con su anteojo y volvió a subir a la silla para encaminar su brigada, después de sostener un corto altercado de jerarquía con el jefe de estado mayor de la tercera división, Gorostiaga, que allí se le presentó mostrándole el camino. Siguió entonces el rudo veterano su camino, siempre taciturno, y al apearse por la segunda vez de su caballo, una bala le atravesó el vientre. Su tristeza había sido notoria como su bravura, y desde la junta de Chorrillos la profunda melancolía de su rostro atezado y riguroso había impresionado a todos sus compañeros. ¿Era tal vez la memoria de sus sacrificados hijos la que así atormentaba su alma estoica?:

«El coronel Martínez -dice en su diario de campaña el jefe de estado mayor de la tercera división, hablando de los precisos momentos que precedieron a su caída- se mostró muy sereno, pero noté en él cierta tristeza que no estaba en armonía con su modo de siempre. Mis ayudantes me observaron igual cosa».

Sucumbía también heroicamente en aquel paraje, que parecía el apostadero de la muerte, el capitán del Aconcagua don Augusto Northenflicht que se había precipitado con un puñado de valerosos soldados de su cuerpo hacia los últimos atrincheramientos del enemigo y mientras una bala le atravesaba la frente al saltar una tapia el denonado segundo jefe del Atacama Rafael Zorraíndo recibía en la boca una bala que le quitaba instantáneamente la vida, y el capitán ayudante Marconi caía bandedo de su caballo junto a su jefe, después de cumplir sus últimas órdenes.

«Cuando volvía de cumplir su cometido -dice de él el comandante Dublé Almeida en su diario de campaña ya citado-, y en el momento que algo iba a decirme, una bala le atravesó el pecho entrándole por debajo de la tetilla derecha y saliendo por la espalda. El ayudante se inclinó sobre su caballo y enseguida cayó a la izquierda, quedándole enredadas las piernas en unas correas que tenía delante de la montura.

Bajé de mi caballo para sacarlo de esa posición y como no tenía fuerzas para levantarlo solicité la ayuda del coronel Urriola, que hacía algunos momentos nos acompañaba. Entre los dos colocamos al ayudante en tierra. Éste me conoció y me dijo:

-Siga su camino, señor, mi herida es mortal; que me coloquen donde no me dé otra bala.

Enseguida me entregó un lujoso puñal para que cuando viera a don Guillermo Matta se lo devolviera. Esta arma había sido obsequio de este señor. Marconi fue colocado detrás de una tapia y me despedí de él.

Vuelto a la línea de batalla, vi que la situación era difícil. Sostenían el fuego muy pocos de nuestros hombres. Casi todos se habían ido a retaguardia, detrás de las tapias, donde permanecían sentados e indiferentes a todo.

Anduve como doscientos metros a la derecha y encontré al comandante Canto, del 2.º de línea, que revólver en mano contenía en la línea de combate a los pocos que le quedaban.

Le había sucedido, más o menos, lo que a mí. Le pregunté que órdenes tenía, y me contestó:

-«Ninguna; me bato como me parece mejor.

Y esto mismo habían hecho casi todos los jefes de cuerpo. Observándole la presencia de caballería a nuestra derecha, me dijo que era la nuestra (era Bulnes después de su brillante carga).

Al mismo tiempo noto que regimientos nuestros andan a gran distancia a nuestra retaguardia y derecha (era Barbosa), y comprendo que nuestra situación es sólo mala en la apariencia; pero ¿cómo hacerla comprender a nuestros soldados? Convinimos con Canto en que los cornetas tocasen dianas, y nosotros corriendo a caballo con nuestros quepis levantados gritamos:

-¡Hemos triunfado: el enemigo en derrota!

A estas voces, repetidas hasta enronquecer, salieron de detrás de las tapias más de dos mil hombres de distintos cuerpos gritando: '¡Viva Chile!'. Aprovechamos este momento de entusiasmo de las tropas y avanzamos sobre la línea enemiga seguidos al trote por nuestros soldados. Viendo este buen resultado, nos juntamos con el comandante Canto y nos dimos un abrazo de satisfacción. Creíamos que el día era nuestro; pero no sabíamos absolutamente lo que pasaba en otros puntos de la línea».

Era aquella la hora más terrífica de la batalla, porque era su agonía.

«En estos momentos -exclama uno de los jefes que en aquella parte y ala de la batalla andaba- el fuego es vivísimo, la artillería e infantería atruenan los aires. Yo y mis ayudantes estamos bajo una bóveda de fierro y plomo en movimiento; nuestra artillería a retaguardia hace un fuego muy sostenido de cañón; nuestra escuadra manda bombas en todas direcciones; notamos fuegos de infantería por nuestra espalda de nuestros grupos de tropas perdidos en los potreros; están tirando muchos al vuelo; mucha gente está cayendo por nuestros mismos tiros; ¡qué diablos!, la leona es espantosa; parece que hasta el cielo está disparando armas de fuego; granadas enemigas con espoletas de tiempo revientan sobre nuestras cabezas, pero a una altura muy grande; el efecto es precioso: parecen voladores de luces que se pierden en el cielo y después revientan; mis ayudantes están muy contentos observando esta fiesta de los diablos».

Se batían todos los cuerpos del centro y de la izquierda chilena con el furor, casi con la angustia de la desesperación, y todos hacían titánicos esfuerzos por decidir la tremenda y ya prolongada brega.

Había perdido el regimiento Chacabuco, que peleaba no lejos del Atacama, la mayor parte de sus oficiales en Chorrillos, pero pudo ofrecer todavía un tierno y doloroso holocausto a su bandera. El subteniente Enrique Prenafeta, nieto de un soldado catalán de Maipo, niño de un raro valor, era derribado de espaldas al asaltar una trinchera y moría enseguida a bordo de uno de los «sepulcros flotantes» que se llamaron «transportes de heridos», con una energía extraordinaria para sus años. Era mozo de grande alma, y habiendo sido cadete y enseguida bachiller a los 18 años, escribía a su padre en esa época estas palabras que eran su divisa: «Necesito, señor, trabajar para llegar al grado más alto a que puede llegar un hombre».

¡Pobre niño! ¡La gloria le arrebatava en sus brazos en el primer ensayo de su arrogante y generosa ambición!

En cuanto al valeroso regimiento Coquimbo que en aquella ala decidía la batalla, y que ya había visto caer sucesivamente a sus tres primeros jefes y que mandaba ahora el valentísimo cuanto modesto capitán don Artemón Arellano, antiguo comandante de policía de Melipilla, se lanzó a consumir la obra que se le había encomendado y lo logró de una manera verdaderamente espléndida.

El Coquimbo avanzó iracundo. La falta de resistencia enconaba más y más su ánimo, y ahora sentía a la vez ira y desprecio contra aquel cobarde enemigo que fundaba su osadía, no en la voluntad y el valor de sus soldados, sino exclusivamente en las inmensas dificultades naturales y artificiales de las trincheras que lo cobijaban.

El regimiento chileno, saltando las tapias, atravesando a carrera la angosta extensión de los potreros, fusilando a los pocos que alcanzaba a cortar, pronto llegó a la linde meridional de la zona pedregosa a cuyo largo se hallaban extendidas las tropas de la primera división, y sin detenerse continuó embravecido su irresistible marcha, mientras los peruanos se acogían nuevamente tras las tapias del frente, detenidos por los cuerpos que se hallaban allí acantonados.

El hábil movimiento de flanqueo de parte de los peruanos estaba ya completamente desbaratado. El Coquimbo, que en pocos momentos había rechazado y puesto en fuga los numerosos cuerpos peruanos que marchaban a la cabeza del avance, daba brillante término a su importantísima tarea y adelantaba ahora, en compañía de toda nuestra línea de batalla, a atacar al enemigo en sus propios formidables reductos, tapias, trincheras y fortalezas.

Faltaba todavía al Coquimbo, o más bien, como lo expresa honradamente en su parte oficial el coronel Lynch, a todos los pelotones de los diversos cuerpos que se habían agrupado bajo su bandera, su última hazaña y su postrer asalto para consumir por completo tan señalada victoria en la extrema derecha de la extensa y quebrantada línea de batalla de los chilenos. Fue aquella el asalto verdaderamente heroico del reducto de la Merced, defendido con

obstinación por los peruanos, que allí, a ejemplo de Arica, tenían por auxiliar formidable mina subterránea que estalló con horrísono estrépito. El héroe de aquel episodio de la batalla fue un joven subteniente, natural de Combarbalá, de cuyo cabildo era regidor y se llamaba José Rafael Salinas. Herido en la cabeza, empapado de sangre y montado en caballo oscuro como la pólvora que el mismo había quitado al enemigo, acaudilló por tres veces a los que querían seguirle hasta la fatal loma minada, verdadera fortaleza defendida por gruesos cañones sobre cuyas cureñas se precipitaban aquellos hombres poseídos de indómito y delirante entusiasmo.

Fue muerto también allí el subteniente del Coquimbo don Daniel Mascareño, escribiente de oficina en la Serena, pero dotado de tan vehemente energía que en Chorrillos perecieron no menos de 30 peruanos acorralados por él en una casa y a los cuales no quiso dar cuartel. Se distinguieron asimismo en ese asalto los capitanes Machuca, profesor del liceo de la Serena, Rahausen, el mismo intrépido Cazador del Desierto que entró el primero al fuerte de Tacna, y los subtenientes Arroyo, preceptor de escuela, y don Pedro Juan Covarrubias, natural de Coinco, minero en Caracoles, ensayador en Huanchaca, guerrillero en Calama que había entrado a su cuerpo de sargento y que herido en Chorrillos tuvo fuerzas para batirse con los suyos hasta el postrer momento. Entre los que volaron en el aire al estallar la mina, se contó a un subteniente del Atacama llamado Juan Luis Rojas, que su comandante quiso enviar a una ambulancia a fin de curarlo pero no sin su protesta porque él solo quería entrar a Lima «aunque fuese amarrado en un burro».

El capitán Arellano, como jefe de aquella tropa, se cubrió allí de imperecedera gloria, y un reflejo de ésta cupo al mayor Daniel Cuervo, ayudante del ministro de la guerra, y al comandante Gorostiaga que allí se hallaron en el momento crítico del porfiado y sangriento encuentro.

Diversa pero de igual manera arrojada era la maniobra que ponía fin a la batalla en el extremo opuesto de la extensa línea defendida ya apenas por el desdichado coronel Cáceres, abandonado, como Iglesias, a su suerte por el dictador:

-¡Hacía más de tres horas que combatíamos! -exclama un ayudante del ala derecha peruana-  
¡La línea de fuego no se extendía sino desde el reducto número 4, y, sin embargo, no recibíamos ningún refuerzo!

Cáceres, desesperado, decía confidencialmente en un grupo:

-¡No tenemos ya municiones, estamos perdidos!

Reuniendo entonces el coronel Lagos todos los destacamentos aislados que, conforme a la incorregible costumbre del chileno, peleaban en todo el ámbito en que se escuchaban las dianas de la victoria, marchó adelante con cerca de tres mil hombres que confió al mando inmediato de los comandantes Fuenzalida y Gutiérrez del 3.º, cuyo cuerpo, allí como en Chorrillos, había estado fraccionado por compañías batiéndose en cinco o seis parajes diferentes. Y entre roncós gritos de entusiasmo, a manera de hirviente alud humano desbordado, aquella masa de combatientes que sobrevivían a la matanza de diez regimientos, salvando las trincheras abandonadas ya por los peruanos se precipitó a

posesionarse de la estación y pueblo de Miraflores, llave estratégica de la derrota, porque la mayor parte de los fugitivos se salvaba por los rieles.

Habían olvidado los últimos en su pánico llevarse un convoy de carros cargados con víveres y municiones que aguardaba en la estación; pero resolvieron rescatarlo, y en sus últimos apuros despacharon una máquina blindada con tres o cuatro carros blindados y repletos de fusileros: «¡Vienen a llevarse el tren de víveres!...»; exclaman los hambrientos soldados de Lagos, y apartándose a ambos lados de la vía en dos filas los aguardan, comandados todavía por Fuenzalida y el mayor Castillo del Santiago.

Se acercó entonces impávidamente el tren de guerra a la estación haciendo nutridísimo fuego de rifle y de cañón; pero los cansados chilenos que no sólo disputaban ahora la gloria sino su pan, los atacaron con tal cólera y pujanza que la máquina a su turno tomó el camino de Lima llevando su convoy repleto de muertos y de heridos. Se oían claros los alaridos de los últimos cuando el fúnebre tren de la derrota con la máquina acribillada, daba contravapor y se alejaba.

Eran las cinco y media de la tarde, y después de tres horas de ruda, incesante, heroica lid sostenida casi cuerpo a cuerpo, la batalla de Miraflores estaba terminada. Y como para confirmarlo, un arco iris luminoso se ostentaba en ese momento cual si fuera una colosal bandera tricolor suspendida entre los Andes y el cielo.

La derrota de los peruanos había comenzado a pronunciarse en su derecha desde que, a eso de las tres y media de la tarde, los certeros disparos de la escuadra no sólo apagaron los fuegos de cañón del reducto Alfonso Ugarte sino que desmontaron sus dos piezas Rodman; y en el centro, antes que en su izquierda, cerca de las cinco, a virtud del implacable avance del Santiago y del Concepción, del Valdivia y del Caupolicán.

«De súbito notamos -dice uno de los ayudantes de la reserva peruana que se batía en esa parte de la línea junto al reducto número 2- que la tropa de línea que estaba a nuestra izquierda, en lugar de disparar en el mismo sentido que nosotros sobre el enemigo que se extendía por delante, hacía fuego por el lado contrario. El comandante general lo notó también. Estamos flanqueados, nos decíamos, y este es el momento decisivo. No bien había hecho estas rápidas reflexiones, cuando se produjo en las tropas cierto movimiento; algunos bajaron las gradas de la banqueta como para ir a ejecutar la orden de restablecer los fuegos de la izquierda.

El coronel Ribeiro que ponía el pie en el estribo en ese momento, se volvió y mandó a reforzar la izquierda. No bien acababa de pronunciar estas palabras cuando se abalanzaron algunos soldados al lugar designado; sus compañeros, que no conocían la orden de moverse, los imitaron, pero en masa; se produjo entonces una inexplicable confusión: hubo un desorden general y en menos de un minuto, sin explicárnoslo y como por efecto de un golpe mágico, se precipitaron esos soldados hacia afuera del reducto...

... La súbita interrupción de los fuegos del número 2, daba al agresor más valor y audacia. Había penetrado ya en nuestra línea, nuestros soldados caían por centenares en la retirada. El enemigo hacía un fuego infernal y el número de cadáveres se aumentaba a cada paso.

En los reductos había perecido mucha gente. Pero al salir de ellos, sea que fuesen atropellados por los caballos, sea que se encontrasen con los acequiones llenos de agua, sea que tuvieran que saltar tapias, y que todos estos obstáculos dieran tiempo al enemigo para hacer certeros disparos, lo cierto es que hubo una espantosa carnicería, y que al día siguiente una masa confusa de cadáveres señalaba el sitio de tan sangrienta vía crucis.

De súbito se dejó oír el grito: «¡Ahí viene la caballería chilena!»; y vimos en efecto a lo lejos una inmensa polvareda. Esa fuerza de caballería, a no dudarlo, se desplegaba en guerrillas como para recoger prisioneros, pero pronto reconocimos que era la nuestra.

Mientras todo esto se pasaba, el tiroteo continuaba debilísimo del lado del mar. Los fuertes de San Bartolomé, del Pino y la Calera de la Merced disparaban también de tiempo en tiempo. Pero más tarde los chilenos establecieron una batería en los cerros y de allí cañonearon casi perpendicularmente a este último reducto.

El camino real y los potreros estaban cubiertos de dispersos que se retiraban en medio de las bombas y las balas.

Por segunda vez presenciábamos las escenas que para reorganizar el ejército tuvieron lugar en Miraflores. La caballería trataba de contener a los dispersos y les hacía tiros; éstos contestaban también y al través de zanjas, tapias y potreros, huían en pequeños grupos.

Nos reunimos en Surquillo. De cinco ayudantes uno había salido herido, Flavio Castañeda; dos habían sacado heridos sus caballos; de cinco ordenanzas, cuatro estaban heridos. Los fuertes disparaban con cortos intervalos.

La batalla había terminado. ¡Un arco iris se desplegaba majestuosamente en el cielo! ¡Oh, sarcasmo del destino!».

Quedaba sólo por consumir la persecución y la matanza, y ésta fue tan rápida como espantosa. Era casi imposible contener a los soldados y el cansancio más que las órdenes desobedecidas de los jefes contuvo a muchos casi en los suburbios de Lima.

«Fue horrorosa la carnicería que hicieron los chilenos durante la persecución -dice uno de los suyos-. Las cercanías de los fuertes, las tapias que los respaldaban, los potreros y huertos, los caminos y los callejones, todo quedaba sembrado con los cadáveres de los fugitivos. Por los callejones que hacia el lado de Tebes se dirigen a Lima y por el camino de este nombre, había a trechos verdaderas natas de cuerpos humanos. Gran parte de ellos eran de pobres serranos calzados con ojotas, pertenecientes a los batallones recién llegados a Lima de distintos puntos del interior.

Aquel rosario de cadáveres llegaba más allá de la hacienda de San Borja, hasta tres o cuatro cuadras de Lima por el lado de Barbones. Entre ellos habían muchos cuerpos de los

caballos en que habían montado algunos jefes y oficiales para escapar con más ligereza de las certeras balas, pero que de ese modo lograron sólo llamar sobre sí la atención de sus perseguidores. Fue aquella una verdadera cacería, una corrida de huanacos humanos».

Las minas y las voces de traición generalizadas en toda la línea habían desbordado todos los límites del encono, y hubo oficial chileno que había perdido en las campañas dos hermanos, y que encontrando refugiados en una casa del camino hacia Lima hasta treinta peruanos, los hizo fusilar sin compasión en los sótanos en que se habían metido.

Entre los que más se avanzaron hacia Lima fueron notorios el teniente Serrano, el valiente mayor de Navales, don Loredano Fuenzalida, y el capitán de este mismo cuerpo Elías Beitía, oficial de primer orden que fue de capitán a la guerra y de capitán volvió a su sosegado puesto en uno de los bancos de Valparaíso.

En el postrer momento los Carabineros de Yungay dieron también un galope por los potreros, simple paseo de la tarde que un lápiz complaciente ha denominado «carga de Miraflores», y enseguida las tres divisiones durmieron, como los franceses en Marengo, sobre el campo de batalla. La brigada Barbosa en la chacra de Monte-Rico, la división Lynch en la pampa histórica de la Palma y la fatigada división Lagos en torno a la estación de Miraflores, cuyo pueblo, situado algunas cuadras al oriente, ardió aquella noche como había ardido el Barranco en la noche del 14.

Con excepción del combate de Tarapacá en que perecieron dos tercios de los que allí pelearon bajo la bandera de Chile, la batalla de Miraflores fue la más sangrienta, encarnizada y tenaz de nuestros anales. Cayeron allí, conforme a los estados oficiales 2.124 chilenos, siendo de estos 149 jefes y oficiales; y si bien estas cifras acusan una disminución de 1.186 víctimas sobre las hecatombes de San Juan y de Chorrillos, es preciso no olvidar que esas fueron dos batallas separadas y que en ellas tomaron parte, más o menos, todos los cuerpos del ejército.

En las batallas del 13 tuvo el último 3.310 bajas, contando con la matanza postrera y fratricida de Chorrillos, sobre un total de 23.000 combatientes; pero en Miraflores lucharon apenas 10.000 chilenos contra igual o mayor número de peruanos, al paso que en las líneas de San Juan luchó desesperadamente el esfuerzo de cerca de 50 mil combatientes.

No debe olvidarse tampoco que de parte de los chilenos la 2.<sup>a</sup> división, reforzada por un regimiento y un batallón de la 1.<sup>a</sup> (la Artillería de marina y el Melipilla) no disparó un solo tiro.

Además, la mayor parte de los cuerpos, especialmente los que comandaba el coronel Lynch entraron a formar con un tercio menos de su efectivo y muchos con la mitad apenas de sus bravos oficiales. De éstos, 158 cayeron en las batallas del 13 a la cabeza de 23.000 hombres y casi igual número (149) sucumbió en Miraflores al frente de un tercio de aquella cifra.

Llamaron por esto los soldados a aquel terrible hecho de armas «la batalla de los futres» honrando a su manera el heroísmo de sus superiores, así como la honra de otros encuentros, y especialmente el de Tacna, había sido atribuida «al general Pililo», esto es, al hábil y generoso roto de Chile. En Tacna sobre 2.001 soldados, el cuerpo de oficiales tuvo sólo 107 bajas.

Reunidas en una sola fúnebre lista las tres batallas que costó, por una criminal demora, la posesión de Lima, arrojan un total de 5.443 víctimas de los cuales 1.299 se computaban a fines de enero como muertos y 4.144 como heridos, o sea un 20 por ciento de la cifra total del ejército expedicionario; pero tomando todo en cuenta no habría error de exageración en decir que esos hechos de guerra representan para Chile dos mil vidas y cuatro mil heridos, un gran total de seis mil bajas, cuando, en hora oportuna, un quinto de ese número nos habría asegurado harto más venturosa victoria.

Descendiendo en efecto a los detalles, tuvo en Miraflores la división Lagos, que entró al fuego con menos de 4.500 plazas, 1.131 bajas, es decir, una cuarta parte de su efectivo, al paso que la división Lynch, comprometida cerca de una hora más tarde, contó en la tropa una pérdida de 686 individuos, esto es, apenas un tercio de su matanza en Chorrillos donde dejó en el campo 1.843 soldados. Lynch perdió 92 oficiales al pie del Morro Solar y 53 al pie de los parapetos que en la llanura le cerraban el paso hacia Lima.

En todo, y tomando en conjunto las nóminas del campo de batalla y las de las ambulancias y hospitales de sangre, más crueles que el plomo de las batallas, la captura de Lima costó a la república en enero de 1881 las vidas de un coronel, 6 tenientes coroneles, 4 sargentos mayores, 24 capitanes, 25 tenientes y 55 subtenientes y aspirantes. Gran total 115 nobles hijos de Chile que sucumbieron en el puesto del deber. ¡La gloria y la gratitud perdurable de los siglos sea con sus manes!

Entre aquellas nobilísimas víctimas, holocausto del deber, la historia no puede dejar en el olvido la memoria de un joven marino que sucumbió en el desarme y casi en el reposo de la batalla al hacer extraer del ánima de un cañón del Blanco una granada cuya espoleta ardía después de la refriega: El teniente segundo don Avelino Rodríguez. Era este inteligente y valeroso joven natural de Santiago donde había nacido en 1854, y después de brillantes estudios en Chile los había perfeccionado a bordo de la marina de guerra de la república francesa, especialmente en los navíos acorazados el Magnánime y el Richelieu.

Llamado por el gobierno a servir en la escuadra de operaciones, hizo toda la campaña marítima y el 13 de enero mandó al pie del Morro Solar la lancha a vapor del Blanco a cargo de una ametralladora. Su muerte fue un duelo para la escuadra y especialmente para el almirante Riveros, que así lo manifiesta en su parte de la jornada.

Los peruanos, por su parte, desplegaron en el último de aquellos combates librado a las puertas de sus hogares un valor digno de menos desdichada suerte que la que allí les cupo. Se distinguieron los cuatro cuerpos de la reserva señalados del 2 al 8, sucumbiendo muchos de sus jefes y oficiales en los reductos que le fueron confiados. Vestidos con la humilde túnica de mezclilla azul del soldado raso, los representantes de la magistratura, del Congreso, de la prensa, de la administración, de la juventud, de la fortuna, perecieron en la



lucha centenares de nobles hombres, cubriendo con sus cadáveres la brecha que cerraba el paso a los invasores hacia lo más santo que guarda y defiende el hombre: el hogar, emblema de la patria. Se contaron entre los primeros al doctor don Manuel Pino, juez jubilado de la corte superior de Puno, anciano de 60 años, a los jueces de letras de Tumbes y de Iquique, don Manuel Iribarren y don Félix Olcay, y el secretario de la junta de comercio don Francisco Ugariza.

Como salvaguardia de la ley de su patria, perecieron allí los diputados don Natalio Sánchez, segundo jefe del batallón 6 de reserva, el doctor Hernando, a quien su colega Quimper llama en su relación de la batalla el «puritano liberal», y el secretario de aquel cuerpo don Javier Fernández, ciudadano honorable que dejó diez hijos huérfanos.

La administración pública del Perú se hizo representar en aquel holocausto por los dos hermanos La Jara, vista el uno y tesorero el otro del Callao, los dos hermanos Los Heros, don Ramón y don Ambrosio, deudos del oficial que pereció en el Huáscar, y el primero oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores. Sucumbieron también allí don Francisco Seguin, oficial de ministerio, don Ricardo García Calderón, secretario de la junta de ingenieros y don Samuel Márquez, hermano del célebre poeta y ex cónsul del Perú en Chile y otros países.

La prensa contribuyó con noble contingente, pero no figuraron entre los que allí supieron morir los insultadores sistemáticos de Chile, sino gente de más humilde nombre como el ciudadano don Enrique del Campo, administrador del Peruano, el cronista Carlos Amézaga, de La Patria y don Saturnino del Castillo, «autor de obras didácticas». El inteligente y popular tradicionalista Ricardo Palma se batió allí como los otros y escapó ileso, no así su mansión y su rica biblioteca americana, que fue aquella noche fatal presa de las llamas.

Se sacrificó también en aquella prueba noblemente la juventud de Lima, pereciendo un hijo del coronel Iglesias, el valeroso joven don Francisco Retes, que siendo dueño de una cuantiosa fortuna se hizo voluntario del Huáscar y cayó prisionero en Angamos, don Eugenio Lembeke, que dejó tierna desposada destinada a seguirlo loca a la tumba, y el adolescente don Carlos González Larragaña, cuya madre, hermosísima aparición de la juventud en lejanas tierras, le había dejado apenas alejarse del regazo. Entre aquellos generosos mancebos rindió también la vida el abanderado de San Marcos Torres Paz, un niño legendario en el Perú, bachiller en la Universidad y que había paseado la bandera de su claustro por entre el humo de San Francisco y de Tarapacá, de Tacna y de San Juan.

Entre los jefes superiores del ejército peruano las pérdidas fueron también numerosas y sensibles, prueba de la honrosa tenacidad con que se batieron. Resultaron heridos los generales Vargas Machuca, Silva y Segura, el último ya completamente sordo, el coronel Cáceres que sacó cinco heridas leves, Canevaro, herido en un hombro y muchos otros de menor cuenta que murieron como los comandantes Seminario y La Rosa que mandaban dos batallones de Piura (el 61 y el 67) el teniente coronel Suárez, segundo del batallón de Marina, el bravo indio Antay, los comandantes Calderón, Saavedra, Baluarte, Quiñones, Lastra y el jefe de los indios morocuches, llegados de Ayacucho en la víspera de las grandes batallas. Se llamaba el último el coronel Miola.

A la verdad, en cada reducto de la derecha y como para dar testimonio de su generoso patriotismo, quedó en su puesto algunos de sus comandantes: el coronel don Narciso de la Colina, ingeniero e industrial opulento de Iquique con su segundo el diputado Sánchez y el coronel Juan de la Fuente en el reducto número 2; el coronel Gómez en el 3.º y el coronel Richardson, del Callao, en el 4.º; todos jefes de la reserva, así como el coronel Carlos Arrieta que mandaba la Guardia Chalaca o reserva del Callao.

En el ejército de línea, además del pundonoroso coronel Aguirre, que en Chorrillos se abría paso con los restos de su división y del coronel don J. M. Fanning que en Miraflores salió de sus trincheras, se contaron entre los muertos al coronel Díaz, jefe de la 3.ª división, el coronel don Hipólito de la Melena, jefe de zona, Ortiz y el bravo don José González llamado «el patón» subjefe de la 1.ª división, tan conocido por su porfiada defensa del palacio de Pezet en 1865.

Como jefes del cuerpo perecieron el coronel don Julián Arias y Araguez, comandante del Jauja y hermano del de Arica, los comandantes Odicio y Moreno de la Artillería, el coronel Verástegui, comandante del batallón Exploradores y el coronel arequipeño don Máximo Abril, antiguo prefecto y hombre de notoria influencia que servía ahora como edecán del Senado. En todo unos dieciocho o veinte coroneles del ejército y de la reserva.

Ni en muchos siglos olvidará el Perú tan cruel hecatombe; pero su propia sangre así generosamente vertida por el deber habrá tal vez de servirle de estímulo y de regeneración.

Con respecto a la carne anónima de cañón, la carnicería de los infelices peruanos fue espantosa, especialmente en la derrota, cual sucede de ordinario en las batallas americanas, o más bien en todas las batallas, desde Zama, derrota de Aníbal. Según una expresión del campamento chileno, que hemos citado, los cuerpos de los fugitivos «hacían nata» en algunos parajes, especialmente al bordo de las acequias y a las orillas de las tapias que no les era posible salvar. No sería exagerado calcular, a falta de estadística, en tres mil quinientas bajas las que allí tuvo el ejército peruano, si bien sólo se batió un tercio de su reserva. En las tres batallas perdieron los vencidos probablemente diez mil hombres, la mitad muertos.

En cuanto al dictador, jefe supremo y generalísimo de los ejércitos del Perú, no supo encontrar la muerte ni siquiera un vendaje que restañara en su propio pecho la sangre que a raudales su atolondrada arrogancia hiciera verter a sus desdichados compatriotas. Se mantuvo a la izquierda, donde no había peligro, durante toda la batalla, y allí como en San Juan y como en Chorrillos, se retiró casi solo, ordenando la disolución de la reserva, la destrucción de la escuadra en el Callao y encaminándose en la misma noche de su fuga hacia el corazón de las sierras, donde, después de vagar un año, sus propias tropas lo repudiarían.

A las doce de la noche el dictador se despedía al pie del San Cristóbal de sus favoritos Echenique y Tenaud, que como él no se habían batido.

Sería este el momento de tomar en cuenta y discutir lo que se ha llamado «la traición de Miraflores» perpetuándose este calificativo hasta la hora presente como un hecho

consumado e irrevocable. Pero de la narración sencilla de los hechos que hemos venido trazando con la imparcialidad de la historia, inapelable por más que sea rigurosa, naturalmente se desprende que aquello fue sólo un fantasma que recíprocamente se apareció en uno y otro campo en alas de la sorpresa y de los pavores del primer instante. Sorpresa hubo, y ésta fue culpa evidente de los peruanos. Pero «traición» en el sentido genuino y deliberado de esta palabra y de su significación histórica y moral, no podía existir, desde que con disparar primero atolondradamente los peruanos se perdieron.

Se ha buscado por algunos la clave de aquella imputación en ciertos telegramas subalternos inconexos y sin responsabilidad encontrados en diferentes oficinas; pero además de que esas comunicaciones no hacen sino afirmar el hecho verdadero de que el ejército peruano estaba listo para combatir tras de sus tapias (lo cual ciertamente no era un hecho de traición), no avanza la más insignificante revelación sobre la felonía del generalísimo, único que podía haberla consentido y mandado ejecutar. Y por el contrario resulta que a nadie sorprendió más hondamente el súbito y fatal estallido del fuego que al dictador, ocupado evidentemente en esas horas de pactos de paz con el cuerpo diplomático y dispuesto a todos los sacrificios, excepto uno, el de su poder tan largo tiempo buscado y a costa de tanta sangre y de tantos sacrificios obtenido.

Pero aparte de que aquél sería tal vez el primer ejemplo de un ejército que dos veces vencido provocara deliberadamente una tercer batalla, teniendo a su frente un ejército superior y victorioso y una escuadra formidable en su flanco, para que hubiese habido traición era indispensable que hubiera habido plan, concierto, cómplices y ejecutores aleccionados, o lo que es lo mismo, era preciso que hubieran existido jefes apostados que aprovechándose de la sorpresa hubieran emprendido alguna maniobra eficaz, especialmente por nuestra derecha que en ese momento se hallaba totalmente desguarnecida, encontrándose la brigada Barbosa encargada de cubrirla a más de tres leguas de distancia por el rodeo de San Juan. Y precisamente fue esa ala de los peruanos la que se quedó inmóvil, cuando en su centro y su derecha obligaban sus fuegos a concentrar todo el ejército chileno disponible.

Y esta apreciación no es nueva porque esa fue precisamente la primera y correcta impresión del campo chileno, especialmente entre los hombres de guerra que conocían la guerra y no se dejaban dominar por pasajeras y vulgares impresiones del momento.

«En el cuartel general chileno -dice en efecto la relación políglota de las batallas de Lima que antes hemos citado y que fue impresa en esa ciudad en enero- dominó en los primeros días que siguieron al combate la idea de que la ruptura inesperada de los fuegos fue consecuencia natural de la vaguedad de ciertas estipulaciones del armisticio y resultado inmediato de la precipitación de algún jefe peruano bisoño y nervioso. Y esta interpretación encontraba su apoyo en la circunstancia de que, al principiar el ataque, el dictador peruano se hallaba acompañado de los principales ministros del Cuerpo diplomático de Lima, en torno de la mesa de once, en su alojamiento de Miraflores».

No; tras los parapetos de Miraflores no hubo traición porque no hubo propósito, ni premeditación, ni cálculo, ni connivencia, ni ejecución: hubo sólo sorpresa y miedo como ha ocurrido en cien casos semejantes.

Pero si bien la historia futura e imparcial de estos sangrientos combates absolverá de seguro al dictador del cargo de felonía, no limpiará ciertamente su fama de su egoísmo personal y de la infamia positiva de haber ocurrido por la primera vez durante la campaña al uso de las balas explosivas, hecho que ha sido en esta ocasión completamente comprobado.

Prescindiendo de todo esto, simples accidentes y episodios de una gran catástrofe, el resultado militar de la batalla de Miraflores nunca ni por un sólo momento pudo ser dudoso para los chilenos, ni logró ofrecer a sus adversarios la más remota esperanza de éxito. Y para probarlo será suficiente recordar que la mitad de nuestro ejército, esto es, la brigada Barbosa, la brigada Gana, es decir, la división Sotomayor toda entera, varios cuerpos de la división Lynch, como el Melipilla y la Artillería de Marina; el batallón Bulnes de la división Lagos; la brigada de artillería Emilio Gana, toda la caballería, compuesta de más de mil jinetes, el primer regimiento de artillería que fue retirado temprano del fuego, y por último, la escuadra puesta a tiro de rifle del flanco peruano y dominando su línea en toda su extensión, estaban allí intactos, cuando la derrota inevitable se pronunció en las aturdidas filas del enemigo.

No. Las batallas pueden tener sus incertidumbres, pueden los pueblos acariciar creencias absurdas, guardar a veces inextinguibles rivalidades; pero la augusta y reparadora verdad brilla al fin y sobre el campo de los cañones y al espesa humareda de la pólvora. No. Miraflores, como Guía, fue una sorpresa recíproca, pero no fue una traición. No fue propiamente una batalla campal de éxito dudoso, sino como Loncomilla, un pugilato encarnizado y terrible y una matanza bárbara y heroica, tardía y superflua: una verdadera fatalidad de la guerra.

Las puertas de Lima habían sido en efecto sacadas en sus dos goznes reales en San Juan y en Santa Teresa, y el sangriento combate de Miraflores no fue sino la brega terrible y obstinada de los que en la última avenida luchaban por entrar y por resistir en compacto torbellino de rifles, cañones, ensangrentados pechos y brazos crispados por el odio y por la cólera.

Miraflores no fue la última batalla del Perú, fue su hecatombe.

Su orgullosa capital quedaba a los pies del ejército de Chile tres veces vencedor allí como en Tarapacá y como en Tacna; y para dar fin al drama y a su historia, sólo se necesitaba abocar los cañones a sus portadas y marchar de frente y en columna de honor hacia su plaza, su catedral y su palacio.

Y eso fue lo que se hizo.

Sucesos de tal magnitud es lo único que nos queda por compaginar en esta crónica que ya toca a su fin como historia de la guerra y será lo que habremos de cumplir con suma brevedad en el próximo capítulo que es su epílogo.

## Capítulo XXXIX y último

### Entrada de los chilenos a Lima

(17 y 18 de enero de 1881)

La noche triste, nebulosa y fría que sucedió a la batalla de Miraflores, pasó sin señalada novedad en el campo profundamente dormido de los vencedores. El ejército chileno había peleado doce horas y media durante tres días casi sucesivos, y la victoria, como el vino generoso, trae blando sueño al encendido párpado y al cansado músculo. Después de la batalla duermen los muertos y los que han vencido. Sólo los que huyen velan.

A esos de las diez y media de aquella noche, se presentó en las avanzadas que mandaba, diez cuadras adelante de la estación de Miraflores, el capitán del Caupolicán don Eduardo Kinast, el coronel peruano Caveró trayendo cinco fusiles por delante de su caballo, y aunque venía preguntando por la tropa de su nación, todos comprendieron que quería entregarse para llorar bajo la tienda, como el Caveró de la Independencia bajo el mástil. Por él se supo que Lima estaba postrada y que no tardaría en rendirse. Piérola había huido.

Poco más tarde, a media noche, en las horas de las apariciones, se presentó una locomotora. Juzgándola enemiga, el coronel Gutiérrez que mandaba en Miraflores y velaba a la lumbre de su incendio, le hizo disparar dos cañonazos, pero era sólo mensajera de tratos de paz. Por su parte, el general en jefe, retirado a su tienda de San Juan, había dictado aquella misma noche a su secretario una comunicación dirigida al decano del cuerpo diplomático de Lima en la cual denunciaba la insigne deslealtad que había dado lugar en su concepto a la batalla de la tarde e intimaba que procedería a bombardear la ciudad hasta obtener su rendición incondicional.

La tienda de campaña del general Baquedano había sido instalada en el promedio del camino recto de San Juan a Chorrillos, a pocos pasos de la ramada que al abrigo de unas tapias albergaba al ministro de la guerra.

Aquella notificación fue inmediatamente escuchada, y a las dos de la tarde del domingo 16 de enero se presentaba en el cuartel general de Chorrillos el alcalde de Lima don Rufino Torrico, hijo segundo del general de este nombre, antiguo oficial de caballería y amigo de

los chilenos en cuyos colegios se educara, mozo serio, de seso y de fortuna, íntimo además de Piérola y depositario de sus últimos votos e instrucciones.

Lo acompañaban, a título de fiadores, los ministros de Francia e Inglaterra, sus almirantes y el capitán Sabrano, comandante de la estación naval italiana en el Pacífico; y en una breve conferencia se pactó que Lima sería entregada inmediatamente, comprometiéndose el alcalde a desarmar los restos del ejército y a influir eficazmente para que el Callao, sus baterías y su escuadra fueran entregadas ilesas al vencedor.

No fue dable al último representante de la autoridad en el Perú cumplir sus empeños, porque en la noche de aquel mismo día, sueltas, desbandadas y hambrientas las tropas que la derrota había esparcido en Lima y el Callao, se echaron a manera de hordas feroces, primero sobre los puestos de comestibles y licores y enseguida sobre los más valiosos almacenes para ponerlos a saco, incendiando y matando cuanto encontraban en la vorágine de su sangrienta orgía, despedazando especialmente a los infelices chinos.

«Pretextando tener hambre -dice la relación sucinta de las tres últimas jornadas de Lima que se publicó en seis idiomas diversos en esta ciudad, en la primera semana de su ocupación por los chilenos-, pretextando tener hambre, se lanzaron sobre las tiendas de víveres de los inermes asiáticos: las puertas fueron voladas a disparos de rifle o despedazadas a hachazos, saqueadas y por último entregadas al fuego.

De ahí pasaron a los grandes y valiosos almacenes que acumulaban las joyas, telas y demás obras primorosas de la manufactura china, los cuales fueron robados y quemados como aquéllos.

Del numeroso comercio de esta nación, no ha quedado en Lima más que rastros humeantes y ensangrentados, porque al robo y al incendio se agregó necesariamente el asesinato de los infelices que intentaron salvar sus propiedades. Se calcula que no menos de trescientos asiáticos fueron inmolados en las calles de la ciudad y en las chacras circunvecinas.

Uno de los más acaudalados comerciantes chinos, cuando vio que sus almacenes ardían, hizo sellar sus libros de negocio en la Legación inglesa, y hoy prueba que ha sido víctima de una pérdida de ciento cuarenta y nueve mil libras esterlinas.

Las calles de Bodegones, Melchor-malo, Palacio, Polvos Azules, Zavala, Capón, Albaquitas, Hoyos y casi todas las que quedan abajo del puente, fueron otros tantos centros de estas escenas de horror y desolación.

En esta última parte de la ciudad, no sólo fueron asaltados y saqueados los almacenes asiáticos, sino también los de algunos italianos. En el de la Ninfa, perteneciente a súbdito de esta última nacionalidad, se encontró el cadáver de su dueño en la puerta del almacén.

La luz del sol del día 17 vino a alumbrar tantos y tan funestos cuadros.

La ‘Cuadra de Palacio’ se hallaba sembrada de cadáveres lo mismo que la de ‘Polvos Azules’, y las demás invadidas; pero donde había campeado el crimen bajo todas sus faces

había sido en Hoyos, albaquitas, y abajo del puente, en donde las turbas habían destrozado lo que no podían poseer.

A las primeras horas del día acudieron las bombas a los lugares incendiados con el fin de extinguir el fuego; pero las turbas comunistas se oponían a viva fuerza a permitir que las bombas funcionasen.

Tan nutrido era el fuego que hacían sobre el cuerpo de bomberos, que este tuvo que abandonar el campo para salvar la vida, y entonces trataron de incendiar las bombas, logrando su intento con algunos carros.

Un bombero fue herido por bala de rifle.

Las colonias extranjeras que constituyen la guardia urbana de bomberos y salvadores neutrales, en vista de tantos crímenes y de que sus autores trataban de continuar su infame tarea de desolación, asumieron en la mañana del 17 una actitud enérgica. Solicitaron armas y municiones, que el señor alcalde municipal don Rufino Torrico se encargó de proporcionarles, e inmediatamente formaron algunas patrullas, que partieron a los lugares invadidos a disipar los grupos apostados en las calles, logrando contener la sangrienta bacanal que declinaba también por la fatiga del sueño y la embriaguez».

Idénticas, verdaderamente horribles y aun más atroces habían sido las escenas de despojo y muerte ocurridas simultáneamente en la población más impresionable y más revuelta de razas y pasiones del Callao. Gobernada esta plaza por un hombre de cerebro perturbado, ebrio y sordo, la tropa insolentada le había proclamado dictador en medio de infernales libaciones; y enseguida el populacho, y especialmente las mujeres, se habían entregado a todos los furores de la rapacidad y de la cólera. Aquel ruido de dos ciudades saqueadas, incendiadas, vilmente deshonradas por sus propios hijos en la víspera de su sumisión irremediable a un vencedor extranjero, tenía algo de bárbaro, inusitado y repugnante que presentaba desnudas las más culpables flaquezas del corazón humano que el deber, la religión y el trabajo no han redimido. En la media noche del 16 de enero de 1881, la comuna negra se enseñoreaba sin freno alguno en la capitán del Perú y en su puerto. Los Gutiérrez habían resucitado...

Se agregaba a este cuadro de espanto social, aviso precursor de la disolución moral de un pueblo, el espectáculo de la destrucción cobarde de todas las defensas de tierra del Callao y de sus buques y embarcaciones de todos portes, incluso sus pontones. Sin sentirse con bríos para intentar siquiera una fuga que les habría permitido escapar dos o más de sus transportes, o morir combatiendo, o rendirse siempre en el puente de una nave, les había prendido fuego y echádolas a pique haciendo volar con dinamita todos los cañones, para lo cual estaban cavilosa y villanamente preparados de antemano.

Se habían encargado cada cual a su manera, de aquella obra de destrucción y de barbarie contra sí propios, especialmente cuando se estaba practicando el salvamento de la capital, el

prefecto Astete, por lo que tocaba a las baterías de tierra y el comandante general de marina don José María García, llamado «el pelón», respecto de los buques, mientras el comandante Latorre bloqueaba el puerto sólo con cuatro naves insuficientes para custodiar una de sus salidas. Las detonaciones de las minas comenzaron a media noche y se prolongaron hasta el amanecer, ejecutándose todo en las sombras y en la impunidad como los crímenes privados y de lesa patria.

Quemaron así los peruanos los últimos restos de su poderío naval por sus propias culpables manos, y de esa manera completaron en el mar las postreras victorias de Chile. Su ponderada corbeta Unión, los transportes Rimac, Chalaco, Limeña, Oroya y Talismán, el monitor Atahualpa, gemelo del de Arica, su lancha Urcos, sus pontones mismos, como el Pachitea y el Apurimac, barrenados por torpedos de dinamita, desaparecieron aquella fatal noche en medio de espantosos estallidos y naufragios que simulaban la agonía de todo un pueblo.

Y fue esto de tal manera que para salvarse de sí misma la capital del Perú hubo de implorar de los chilenos, casi como una clemencia, la ocupación y apoderamiento inmediato de sus armas, que en lid abierta no habían sabido sujetar. Temprano en la mañana del 17 de enero el alcalde y postrer jefe político y militar de la capital del Perú dirigió al general en jefe del ejército chileno a su campo de Miraflores, una angustiada nota que no era sólo una rendición, sino un dolorido llamamiento a la misericordia.

¡Caso extraño y revelador del porvenir, que sin embargo no fue escuchado por hombres presuntuosos, que malograron una era entera de generosos sacrificios! El Perú llamaba a los chilenos para salvarse del Perú, y Lima puesta de rodillas pedía a sus invasores de 1820 y de 1839 que apresurasen el paso para protegerla a sí misma. La nota suplicativa de su alcalde estaba, en efecto, concebida en los términos siguientes:

«Municipalidad y Alcaldía de Lima.

Lima, enero 17 de 1881.

Señor general:

A mi llegada ayer a esta capital, encontré que gran parte de las tropas se habían disuelto, y que había un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no había sido posible recoger. La guardia urbana no estaba organizada y armada hasta este momento; la consecuencia, pues, ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados y armados, han atacado las propiedades y vidas de gran número de ciudadanos, causando pérdidas sensibles con motivo de los incendios y robos consumados.

Con estas condiciones, creo de mi deber hacerlo presente a que juzgue conveniente.

He tenido el honor de hacer presente al honorable cuerpo diplomático esto mismo, y han sido de opinión que lo comunique a V. E., como lo verifico.



Con la expresión de la más alta consideración me suscribo de V. E. su atento y seguro servidor.

R. Torrico».

En consecuencia de estos sucesos y de lo pactado en la tarde del 16 de enero, tres mil hombres de las tres armas, de los que la batalla había dejado en mejor pie, se alistaron en el campo de Miraflores, y después de bruñir sus cañones y fusiles y de acepillar sus polvorosos trajes como para una fiesta de parada, se dirigieron a Lima a las tres de la tarde del lunes 17 de enero, llevando a su cabeza al general de brigada don Cornelio Saavedra, que acababa de ser nombrado gobernador militar de la ciudad y su distrito.

Se componía aquella hermosa columna de honor de los siguientes cuerpos, que en el orden apuntado desfilaron por las calles principales de la ciudad en dirección a la plaza pública, en medio de una población que se mostraba más curiosa que consternada. Tres baterías de campaña bajo las órdenes del coronel Velásquez rompían la marcha, precedidas de su banda que ejecutaba, no aires nacionales absurdamente prohibidos, sino alegres tocatas de marcha y pasos dobles de tropa como en las retretas. Seguía en pos el Buin y de la brigada Gana, vencedora en San Juan, los Zapadores de la reserva con el comandante Martínez a la cabeza, el batallón Bulnes destinado a la custodia de la ciudad, y cerrando la retaguardia, los lucidos regimientos de Carabineros y de Cazadores a caballo, terror de los peruanos y tema de admiración para los extranjeros, numerosísimos en aquella ciudad cosmopolita, «Babilonia de la América del Sur», según la expresión de Santa Cruz en una ocasión célebre.

Era aquella la primera muestra que se veía en Lima de la verdadera caballería sudamericana y la tercera entrada de su gloriosa, probada, invencible infantería.

Después de haber desfilado en compuesto y digno silencio pero con las frentes erguidas y el rostro fiero aquella brillante vanguardia a las 6 de la tarde delante del atrio de la Catedral, a cuyo frente se situara el jefe que la mandaba como para pasarle revista de honor, sus diferentes cuerpos se dirigieron a sus cuarteles, y la orgullosa ciudad de Lima era pacífica y totalmente ocupada a los dos años menos unos cuantos días, desde que el 14 de febrero de 1879 se emprendiera de hecho la guerra, azuzada por sus cábalas y sus codicias secretas.

Al día siguiente, 18 de enero, la división Lynch se dirigía asimismo al Callao, ocupando la plaza desmantelada y saqueada, a título de gobernador militar. Y algunas horas más tarde el coronel Lagos atravesaba de banda en banda la ciudad y el río por su puente histórico, camino de la chacara de Aliaga. Era éste el campamento destinado a la 3.<sup>a</sup> división por el lado norte, mientras la división Sotomayor acampaba al pie de los cerros de Vásquez, que la dominan por el sur.

El general en jefe del ejército de Chile ocupado entre tanto de la piadosa faena de recoger los muertos, de salvar a los heridos y de reunir los trofeos inmensos de tres batallas y del

asedio del Callao, no había consentido en entrar a Lima, dando en ello muestras relevantes de una digna modestia y del generoso apego al deber en todos los oficios de su noble carrera. Y resumiendo todo esto en un boletín sucinto pero que en sus cifras remedaba las más abultadas páginas de la gloria militar de pueblos famosos, decía así al gobierno de la nación a que servía.

«En nuestro poder ha dejado el enemigo municiones y material de guerra. Nos hemos apoderado de 222 cañones; en el Callao de 57, desde el calibre de a 1.000 hasta el de 250; en los dos campos de batalla de 41, desde el calibre de 600 hasta el de 32; y de 124 piezas de campaña y de montaña, comprendidas en estas 19 ametralladoras. Tenemos también recogidos hasta la fecha cerca de 15.000 rifles de diversos sistemas, más de 4.000.000 de tiros y una buena cantidad de pólvora y de dinamita. Agregaré a esto que el poder naval del Perú ha desaparecido tan completamente que no le queda ya en el mar el más pequeño falucho».

Hecho todo esto con el tesón infatigable de los deberes sin brillo, de la disciplina sin vanagloria y del triunfo sin ostentación, el general Baquedano se dirigió en la tarde de ese mismo día, 18 de enero de 1881, antevíspera de una fecha clásica en su vida de soldado y en la historia de la república, a la ciudad de Lima donde 42 años hacía, entrara con su ilustre padre, guardador entonces de su adolescencia. Al apearse en la puerta del palacio de gobierno, echó de ver que la gloriosa bandera tricolor de Lima y de Yungay, de Tacna y de Arica, de San Juan y Miraflores, no había sido aún izada en el mástil viudo de la mansión histórica de Francisco Pizarro, de San Martín y de Bolívar, y ordenó se levantara allí en permanencia en señal de definitiva posesión a la manera de los Cruzados y de los Conquistadores del nuevo mundo cuando cuatro siglos antes tomaran posesión de su suelo.

Se repartía así y se instalaba cómodamente en torno a la insensata ciudad que guardara durante siete años el pacto secreto de una conspiración continental fraguada contra Chile, el glorioso ejército que con sus bayonetas lo rompiera, en catorce batallas de mar y tierra. Y con este motivo llegados todos al término de la prolongada, fiera y sangrienta contienda, justamente enorgullecido de su obra común, el general en jefe les dirigía en la orden del día del 18 de enero estas palabras, que eran los ecos de la gratitud de Chile envueltos en los rayos de su gloria:

«Hoy, al tomar posesión, en nombre de la República de Chile, de esta ciudad de Lima, término de la gran jornada que principió en Antofagasta el 14 de febrero de 1879, me apresuro a cumplir con el deber de enviar mis más entusiastas felicitaciones a mis compañeros de armas por las grandes victorias de Chorrillos y Miraflores, obtenidas merced a su esfuerzo y que nos abrieron las puertas de la capital del Perú.

La obra está consumada. Los grandes sacrificios hechos en esta larga campaña obtienen hoy el mejor de los premios en el inmenso placer que inunda nuestras almas cuando vemos flotar aquí, embellecida por el triunfo, la querida bandera de la patria.

En esta hora de júbilo y de expansión quiero también deciros que estoy satisfecho de vuestra conducta y que será siempre la satisfacción más pura y mas legítima de mi vida haber tenido la honra de mandaros.

Cuando vuelvo la vista hacia atrás para mirar el camino recorrido, no se que admirar más: si la energía del país que acometió la colosal empresa de esta guerra, o la que vosotros habéis necesitado para llevarla a cabo. Paso a paso, sin vacilar nunca, sin retroceder jamás, habéis venido haciendo vuestro camino dejando señalado con una victoria el término de cada jornada. Por eso, si Chile va a ser una nación grande, próspera, poderosa y respetable, os lo deberá a vosotros.

En las dos últimas sangrientas batallas, vuestro valor realizó verdaderos prodigios. Esas formidables trincheras que servían de amparo a los enemigos, tomadas al asalto y marchando a pecho descubierto, serán perpetuamente el mejor testimonio de vuestro heroísmo.

Os saludo otra vez, valientes amigos y compañeros de armas, y os declaro, que habéis merecido bien de la patria.

Felicito especialmente a los jefes de división, general Sotomayor y coroneles Lynch y Lagos, por la serenidad que han manifestado en los combates y por la precisión con que han ejecutado mis órdenes; a los jefes de las brigadas y a los jefes de los cuerpos, por su arrojo y por el noble ejemplo que daban a sus soldados; a éstos, en fin, por su bravura sin igual.

Debo también mis felicitaciones y mi gratitud a mi infatigable colaborador el general don Marcos Maturana, jefe de estado mayor general, al comandante general de artillería, coronel don José Velásquez, que tanto lustre ha dado al arma de su predilección; al comandante general de caballería y jefes que servían a sus órdenes.

En cuanto a los que cayeron en la brecha, como el coronel Martínez, los comandantes Yávar, Marchant y Silva Renard, los mayores Zañartu y Jiménez y ese valiente capitán Flores, de la Artillería, que reciban en su gloriosa sepultura las bendiciones que la patria no alcanzó a prodigarles en vida.

Cumplido este deber, estrecho cordialmente la mano de todos y cada uno de mis compañeros de armas con cuyo concurso he podido realizar la obra de tan alto honor y de tan inmensa responsabilidad que me confió el gobierno de mi país.

Palacio de gobierno, Lima, 18 de enero de 1881.

Manuel Baquedano».

Quedaba de esta suerte cumplida, por la tercera vez en el curso incompleto de un siglo, la evolución antigua, misteriosa e irresistible que en la degeneración de los pueblos, de las

razas y de las épocas iba marcando a Chile el sendero de su poderío y de su apoderamiento del Pacífico, aspiración de su pueblo, símbolo de su destino manifiesto y coronamiento de la obra inmortal de su ejército y marina, cuyas etapas hemos venido siguiendo con respetuosa adhesión e incontrastable fidelidad en los cuatro volúmenes de esta historia contemporánea consagrada a la verdad, a la gloria y a la imperecedera grandeza de la patria y de sus más nobles servidores.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**